

# Peregrinaciones de una paria

Flora Tristán



## **BIBLIOTECA JUVENIL AREQUIPA**

Gobierno Regional de Arequipa

Presidente del Gobierno Regional:

*Juan Manuel Guillén Benavides*

Colección dirigida por

*César Delgado Díaz del Olmo*

Coordinador del proyecto editorial:

*Misael Ramos Velásquez*

## **PEREGRINACIONES DE UNA PARIA**

Flora Tristán

Revisión de textos: Percy Prado Salazar

Diseño de portada: Jaime Mamani Velásquez

Foto de portada: Arim Almuelle Andrade

Diseño y diagramación: Tuteuruto Editores.

Arequipa, Perú.

2010

# PEREGRINACIONES DE UNA PARRA

---

**Flora Tristán**





Flora Tristan



## PRESENTACIÓN

**F**lora Tristán nació en el año 1803, y murió cuarenta y un años después. Su vida relativamente breve fue, sin embargo, una vida riquísima en experiencias y a través de ella nosotros podemos vislumbrar los grandes temas y los grandes problemas de la sociedad francesa y europea de su época. Ella era hija de un militar peruano-español avocinado en el Perú; el Perú formaba parte todavía de España cuando Flora Tristán nació. Y su nacimiento fue, ella lo descubriría sólo después, una tragedia porque el coronel don Mariano Tristán no se casó guardando todas las formalidades. Estaba destacado en Bilbao, en donde conoció a una francesita, Teresa Laisney (o Lainé), que había huído con toda su familia de la revolución y se había domiciliado allí. Para un militar español casarse con una francesa exigía un trámite, unos permisos, unas licencias que el coronel don Mariano Tristán no hizo y su matrimonio, que se llevó a cabo gracias a un curita francés, también exiliado en Bilbao, no tuvo ningún valor legal. La pareja se trasladó a Francia; allí nació Flora Tristán, y cuando ella tenía apenas cuatro años y medio el coronel, don Mariano Tristán, murió de un síncope. Vivían en un barrio residencial de París, en Vaugirard, en una casa que Flora Tristán recordaría siempre como un paraíso que, seguramente, con la vida difícil y sacrificada que tuvo, su memoria idealizó. Y entonces, como no tenía unos papeles que justificaran heredar esa mansión, Flora Tristán y su madre fueron arrojadas de ese paraíso y condenadas a vivir miserablemente; luego de haber vivido en uno de los barrios más elegantes, fueron a vivir en uno de los barrios más pobres de París, en la plaza Maubert, un barrio lleno de borrachos, vagabundos y gentes de mal vivir. Cuando era muy jovencita Flora Tristán, su madre consiguió emplearla en un taller de grabados como obrera colorista, obrera que coloreaba los grabados que realizaba el dueño llamado André Chazal, que tenía esta pequeña imprenta. El señor Chazal, que era mayor, se enamoró de esta jovencita y la madre prohijó estos amores e impulsó a su hija a casarse con su jefe. Flora Tristán se casó con André Chazal y el matrimonio fue un desastre. Duró apenas cuatro años y en ellos Flora Tristán tuvo tres hijos, dos de los cuales morirían en tierna edad y sobreviviría solo una niña, llamada Aline, que sería la madre de Paul Gauguin. El matrimonio fue para

Flora Tristán una experiencia traumática; descubrió no solamente que no quería a ese señor, al que la ley había convertido prácticamente en su amo, sino también que detestaba la servidumbre que representaba el vínculo matrimonial, y entonces, en esa muchacha que no tenía casi formación, que no había recibido ninguna educación regular, brotó con una fuerza incontenible y que no la abandonaría hasta su lecho de muerte, ese apetito de libertad, que es el elemento crucial en su vida y el motor que guiaría prácticamente toda su conducta. Descubrió, al mismo tiempo, que detestaba la institución que sentía como una esclavitud, que no había manera de librarse de ella, pues no existía el divorcio y la separación, si no era consentida, tampoco existía. Y a pesar de ello Flora Tristán dio un paso que la convirtió, desde el punto de vista legal, en una delincuente. Abandonó su hogar, abandonó a su marido, pese a los esfuerzos de su madre, que le dijo que una mujer que deja a su marido es poco menos que una perdida y si el marido la denuncia la llevan presa, como delincuente. Pero ella no pudo resistir esa servidumbre y corrió el riesgo, y entonces inició una vida que tenemos que conocer más a través de la imaginación y la adivinación, porque no hay fuentes sobre ella. Empezó a esconderse y a huir, siempre con el temor de que don André Chazal la denunciara como prófuga, de que la policía la buscara y la encerrara en la cárcel como una esposa indigna y una madre desnaturalizada. ¿Qué cosas hizo en esos años oscuros? No lo sabemos. Hay suposiciones bastante fundadas de que trabajó en los miserables oficios en los que podía trabajar una persona que carecía de instrucción, que era el caso de la inmensa mayoría de las mujeres de su tiempo: como empleada doméstica o como obrera. Lo que sí se sabe es que, en un momento dado, se empleó como dama de compañía (un eufemismo) de una familia inglesa a la que acompañó en sus viajes por Europa. Pasó unos años en Inglaterra porque aprendió el inglés, un país que siempre detestaría. Londres fue siempre una ciudad maldita para ella. Seguramente porque la condición de empleada doméstica en una familia inglesa significó para Flora Tristán, una mujer que amaba tanto la independencia y la libertad, un verdadero suplicio.

Así pasan muchos años en la vida de Flora Tristán. Siempre moviéndose, viviendo en la oscuridad, escondiéndose y con el temor de ser un día descubierta y enviada a prisión. Un buen día, en una hostería de París, un señor que estaba cerca de ella a la hora de la comida, oyó que la dueña de la pensión pronunciaba su nombre, doña Flora Tristán, su nombre de soltera. Entonces se acercó a ella y le dijo: «Usted se apellida Tristán. ¿Usted no será pariente de unos Tristán del Perú? Yo soy marino. Hago viajes regularmente hacia América del Sur, he estado muchas veces en el sur del Perú, en la ciudad de Arequipa, y allí la familia Tristán es la familia más poderosa e influyente. Yo conozco a don Pío Tristán, que fue uno de los últimos virreyes del Perú y uno de los primeros presidentes de la Repú-



blica». Y Flora Tristán descubrió así, que el hermano de su padre, don Mariano Tristán, era un personaje poderosísimo en el remoto Perú. Y le escribió una carta, diciéndole que ella era su sobrina carnal, que le gustaría muchísimo conocer a su familia peruana, que su madre había tratado de ponerse en contacto con ella a la muerte de don Mariano y no lo había conseguido. Muchos meses después, don Pío Tristán le contestó.

En la carta, Flora Tristán había cometido un error que luego lamentaría amargamente. Le había contado la difícilísima situación de la familia a la muerte de su padre, por la naturaleza irregular del matrimonio en España, que carecía de valor legal. Don Pío Tristán le envió un pasaje para que viajara al Perú y así cambió radicalmente el destino de esta mujer, todavía joven, apenas treinta años, que se embarca un buen día, en Burdeos, en un barco de pasajeros llamado el «Mexicano», en el que había diecinueve hombres. Ella era la única mujer. El viaje de Flora Tristán, de Burdeos a Valparaíso, es de por sí una aventura apasionante. La travesía duró seis meses y, en ese lapso —hay pruebas de ello—, el capitán se enamoró de Flora Tristán. Es fácil deducir, asimismo, que los otros caballeros, entre tripulantes y pasajeros, también se enamoraron de ella. Pero, aparentemente, ella resistió todas las tentaciones y llegó a Valparaíso sin compromiso, haciéndose pasar por una mujer soltera. En Arequipa, la familia Tristán la recibió con los brazos abiertos y allí, durante cerca de diez meses, vivió una vida que era poco menos que de sueño, con una familia enormemente próspera y de ínfulas aristocráticas, que la trataba como una verdadera reina. La noche que llegó le regalaron una esclava y así conoció de cerca la esclavitud, una institución que en Francia ya había desaparecido hacía bastante tiempo. Y descubrió también un país, que era una República recientísima, pero que estaba todavía impregnada de las instituciones, las costumbres, los usos, los prejuicios de la era colonial. Todo ello lo describiría luego al regresar a París, un año más tarde, en un libro hermosísimo, **Peregrinaciones de una paria**, un libro donde ella dio un paso absolutamente insólito para su tiempo, el paso de la franqueza total. En ese libro no sólo se limita a referir su viaje al Perú, sus aventuras peruanas, sino que cuenta su vida con una libertad de palabra insólita, asumiendo su condición de hija ilegítima, de mujer bastarda a la que esta «falta» de nacimiento condena en la vida a una suerte de marginalidad. Cuenta el horror que significó para ella el matrimonio y cómo a través del matrimonio descubrió la condición de servidumbre, de ciudadana de segunda clase, que era la condición de la mujer, la absoluta falta de protección legal en que se encontraba y su inferioridad, desde todo punto de vista, frente al hombre. Este libro fue escrito de una manera espontánea y sin elegancia ni calidades literarias que, evidentemente, ella no tenía; ya digo, que su formación era mínima y siempre la avergonzaron las faltas de ortografía que tenía que hacerse corregir.

A pesar de todo ello, el libro tuvo un éxito enorme en París, y de la noche a la mañana convirtió a Flora Tristán, esta desconocida, esta paría, como se llamó a sí misma, en un personaje popular en el medio intelectual. Comenzó a visitar los salones, se hizo amiga de escritores y artistas y empezó a figurar en las publicaciones de la época. Allí apareció André Chazal, esgrimiendo esos fueros que le concedía la ley como marido abandonado por una mujer moralmente indigna para la moral de la época, a la que entonces se dedicó a perseguir judicialmente. Existía el rumor de que Flora Tristán había regresado del Perú rica, dueña de una herencia, y uno de los motivos por los cuales André Chazal inició una persecución legal contra su mujer —lo era y no podía dejar de serlo puesto que el divorcio no existía y la separación legal no se la había concedido— era la supuesta fortuna que había traído del Perú doña Flora Tristán. La historia de esta persecución judicial es también de por sí una novela de aventuras; sirve sobre todo para ver la condición de indefensión en que se encontraba una mujer en Francia, una sociedad supuestamente avanzada y a la vanguardia de la modernidad en su tiempo.

Y luego, un buen día André Chazal la espera en la puerta de su casa, en la rue du Bac, con dos pistolas. Le dispara la primera y no consigue disparar la segunda paralizado por una sensación, o de culpa o de miedo, con lo cual Flora Tristán se salva milagrosamente de morir, pero se queda con una bala junto al corazón que la acompañará el resto de sus días. Dos médicos muy conocidos de la época la atienden, tratan de extraerle la bala, no lo consiguen, le advierten que desde entonces, con ese metal que tiene allí cerca del corazón, ella debe llevar una vida extremadamente calma, prudente, serena, sedentaria, y ella hace exactamente lo contrario.

El haber estado a punto de morir, el haber sido humillada públicamente en ese juicio, se convierte para ella en una experiencia que elabora y reelabora, y de la cual saca unas conclusiones sorprendentes y admirables: la necesidad de luchar, de luchar con todas las fuerzas de que es capaz para remediar esa situación, para cambiar esa sociedad donde las mujeres siguen siendo ciudadanas de segunda clase, desprotegidas y relegadas a meros instrumentos de placer para el hombre o sombras, dice ella, furtivas en un mundo exclusivamente masculino en todo lo que es importante.

Flora hace un viaje a Londres y escribe, luego de pasarse cuatro meses en la capital de lo que era entonces el centro de la Revolución Industrial, un libro también admirable, que se llama **Paseos en Londres**. Gran parte de estos cuatro meses los pasó disfrazada de hombre, para poder entrar a todos los sitios que ella quería conocer y describir en su libro, y donde no estaban autorizadas las mujeres, como el Parlamento británico, al que las mujeres no tenían acceso. Pero también para

*entrar al mundo de la noche y de la catacumba, al mundo de la prostitución donde ella veía justamente, en su expresión más descarnada, la condición discriminada y explotada de la mujer. Visitó los prostíbulos, visitó los bares pecaminosos y en su libro presenta unas escenas que son verdaderamente espeluznantes de la otra cara de la Revolución Industrial, que significaba, por supuesto, el progreso, la modernización y, además, el primer paso a lo que sería una revolución tecnológica, científica, económica y política en el mundo entero.*

*Lo que el libro nos dice es que es extraordinario lo que está ocurriendo en estas fábricas pero, al mismo tiempo, que esta revolución industrial tiene un precio, un precio en sufrimiento, un precio en sacrificios y quienes pagan, ante todo, el precio de esta extraordinaria transformación son las mujeres. Describe los talleres, donde las mujeres ganan la tercera parte, a veces la quinta parte que los obreros por un trabajo idéntico. Describe la absoluta y total desprotección en que se encuentran los trabajadores y, sobre todo, las trabajadoras; describe las cárceles que ella visita y los manicomios. En ese sentido, Flora Tristán es una de las pensadoras más avanzadas de su tiempo, una de las primeras personas en ver, tanto en la locura como en la delincuencia, la manifestación de una problemática social. La locura como resultado de la desesperación a que conduce la miseria, la marginación, la falta de perspectiva en el mundo; y una de las primeras en condenar, de manera muy enérgica y sistemática, el que se permitiera trabajar a los niños. Describe talleres que funcionaban con niños de siete a diez años, que prácticamente no ganaban sino que recibían meras propinas, y también el hecho de que los niños fueran juzgados por los tribunales exactamente como los adultos y enviados a las cárceles. Su descripción de éstas, donde hay niños de ocho, de diez años, cumpliendo penas, son verdaderamente espeluznantes. Allí, en Inglaterra, ella concibe de pronto una idea que será de alguna manera la que pocos años después y de manera mucho más elaborada, menos romántica, más intelectual y más sólida, desarrolle Karl Marx, la idea de que la transformación radical de la sociedad la harán las víctimas de esa sociedad; es decir, los explotados, los obreros, quienes no tienen más que ofrecer en el mercado que su fuerza de trabajo.*

*Ella concibe esta idea: «En realidad nosotras las mujeres, luchando solas, nunca vamos a transformar la sociedad. Vamos a ser atajadas, frenadas, reprimidas, y nuestra lucha será un sacrificio inútil. Hay que unir a las mujeres con las otras víctimas de la sociedad, que son los obreros, los trabajadores explotados». Cuando ella habla de obreros no solamente habla de trabajadores industriales, habla también de trabajadores artesanos, de campesinos, y dentro de esta denominación incluye a todas las víctimas, a quienes están en una condición de inferioridad en la sociedad. Y entonces ella dice: «Eso es lo que hay que hacer, vamos a unir a las mujeres y a los obreros, de Francia, de Europa, del mundo. Y con eso vamos*

*a crear una fuerza irresistible que va a transformar profundamente la legislación y que va a hacer de la libertad, por fin, un derecho al alcance de todos los seres humanos sin excepción».*

Éste es el proyecto que ella llamará *La Unión Obrera*. Escribe rápidamente un librito, de ciento y pico de páginas, y regresa a Francia poseída de una especie de entusiasmo místico e inmediatamente comienza a poner en práctica esta idea, que es una utopía más dentro de las muchas utopías decimonónicas. Empieza a tener reuniones con las mutuales obreras. No existían los sindicatos. Es apasionante imaginarla entrando a discutir con estos dirigentes de las mutuales que no estaban acostumbrados a ver entre ellos a una mujer; una mujer que no era, además, una obrera, sino, desde su perspectiva, una intelectual, una señora de sociedad y que les hablaba con una energía y con una convicción contagiosas. Además respondía con igual energía y a veces ferocidad a cualquier síntoma que denotara en sus auditorios el prejuicio contra ella, porque tenía faldas y no llevaba pantalones. Consigue así instalar los primeros comités, y entonces quiere ir más allá y decide hacer una gira, primero por Francia y después por toda Europa, creando los comités de esta internacional, aunque ella no use la palabra, pero eso era, una internacional, porque no reconocía fronteras. Las fronteras nacionales, dentro del designio de Flora Tristán, no existían. Entonces, y a pesar de que los médicos le dicen que es una verdadera locura en su estado, con una bala allí junto a su corazón, someterse a un esfuerzo de esa índole, inicia una gira que dura exactamente ocho meses, por todo el sur y el suroeste de Francia. Es una gira de la que ella lleva un diario, que es un texto extraordinario sobre esta mujer extraordinaria, en la que con una voluntad realmente de acero se enfrenta a toda clase de obstáculos, desde la desconfianza de los propios obreros que muchas veces la rechazan y la hostilidad de las mujeres de los obreros que le hacen manifestaciones —en algunos sitios la insultan y la llaman prostituta porque piensan que quiere seducir o corromper a sus maridos en estas reuniones a las que los invita—, hasta sufre la hostilidad de la fuerza pública, de la policía, que le prohíbe las asambleas, que registra su cuarto de hotel y le decomisa sus documentos. Y al mismo tiempo, ella no se desanima, sino al contrario, mantiene siempre un entusiasmo y una voluntad contra la que su organismo va pareciendo cada día más débil, más enfermo. Es una verdadera experiencia de sacrificio y de voluntad contra la adversidad realmente extraordinaria.

Así llega a Burdeos, donde simplemente el cuerpo no le da más; a los dos días de llegar la habían invitado a un concierto que daba Franz Litz, en el gran teatro de Burdeos y allí, en medio del recital, se desploma desmayada. Una pareja de sansimonianos, otros utopistas de la época que la admiraban, la llevan a su casa. Allí agoniza, allí muere y allí la entierran. Un centenar de obreros acompañan su cadáver hasta el cementerio de La Cartuja, donde está enterrada.

## PRESENTACIÓN

*La utopía de Flora Tristán no se realiza, pero de alguna manera ella siembra una semilla. Una semilla que irá germinando poco a poco hasta que, un siglo y medio después, muchas de las cosas con las que soñó, por las que luchó, pasan a formar parte ya de la realidad o, si no de la realidad, de la agenda política, de las instituciones, de los partidos, y de las personas democráticas del mundo.*

Mario Vargas Llosa



## A LOS PERUANOS

Peruanos:

He creído que de mi relato podría resultar algún beneficio para vosotros. Por eso os lo dedico. Sin duda, os sorprenderá que una persona que usa tan escasos epítetos laudatorios al hablar de vosotros haya pensado en ofreceros su obra. Hay pueblos semejantes a algunos individuos: mientras menos avanzados están, más susceptible es su amor propio. Aquellos de vosotros que lean mi relación sentirán primero animosidad contra mí y no será sino por un esfuerzo de filosofía que algunos me harán justicia. La falsa censura es cosa vana. Fundada, irrita y por consiguiente, es una de las más grandes pruebas de amistad. He recibido entre vosotros una acogida tan benévola que sería necesario que yo fuese un monstruo de ingratitud, para alimentar contra el Perú sentimientos hostiles. Nadie hay quien desee más sinceramente que yo vuestra prosperidad actual y vuestros progresos en el porvenir. Ese voto de mi corazón domina mi pensamiento y al ver que andáis errados y que no pensáis ante todo en armonizar vuestras costumbres con la organización política que habéis adoptado, he tenido el valor de decirlo, con riesgo de ofender vuestro orgullo nacional.

He dicho, después de haberlo comprobado, que en el Perú la clase alta está profundamente corrompida, para satisfacer su afán de lucro, su amor del poder y sus otras pasiones, a las tentativas más antisociales. He dicho también que el embrutecimiento del pueblo es extremo en todas las razas que lo componen. Esas dos situaciones han luchado siempre, en todas las naciones, la una con la otra. El embrutecimiento de un pueblo, hace nacer la inmoralidad en las clases altas y esta inmoralidad se propaga y llega, con todo el poder adquirido durante su carrera, a los últimos peldaños de la jerarquía social. Cuando la totalidad de los individuos sepa leer y escribir, cuando los periódicos penetren hasta la choza del indio, entonces, encontrando en el pueblo jueces cuya censura habréis de temer y cuyos sufragios deberéis buscar, adquiriréis las virtudes que os faltan. Entonces el clero, para conservar su influencia sobre ese pueblo, reconocerá que los medios que emplea en la actualidad no pueden servirle ya. Las procesiones burlescas y todos los oropeles del paganismo, se reemplazarán

por instructivas prédicas. Porque después de que la Prensa haya despertado la razón de las masas, será a esta nueva facultad a que será preciso dirigirse, si se quiere ser escuchado. Instruid, pues, al pueblo; es por allí por donde debéis empezar para entrar en la vía de la prosperidad. Estableced escuelas hasta en las más humildes aldeas: es lo urgente en la actualidad. Emplead en esto todos vuestros recursos. Consagrad a ello los bienes de los conventos, no podríais darles destino más religioso. Tomad medidas para facilitar el aprendizaje. El hombre que tiene un oficio, no es ya un proletario. A menos que lo hieran calamidades públicas, no tiene ya necesidad de recurrir a la caridad de sus conciudadanos. Conserva así esa independencia de carácter tan necesaria de desarrollar, en un pueblo libre. El porvenir es de América. Los prejuicios no pueden adherirse en ella como en nuestra vieja Europa. Las poblaciones no son bastante homogéneas como para que este obstáculo retarde el progreso. Desde que el trabajo cese de ser considerado como patrimonio del esclavo y de las clases ínfimas de la población, todos harán mérito de él algún día, y la ociosidad, lejos de ser un título a la consideración, no será ya mirada sino como el delito de la escoria de la sociedad.

El Perú, era en toda América el país de civilización más avanzada, a raíz de su descubrimiento por los españoles. Esta circunstancia debe hacer presumir favorablemente acerca de las disposiciones nativas de sus habitantes y de los recursos que ofrece. ¡Que un gobierno progresista llame en su ayuda a las Artes de Asia y de Europa y pueda hacer que los peruanos ocupen aquel rango entre las naciones del Nuevo Mundo! Es el deseo muy sincero que me anima.

Vuestra compatriota y amiga.

*Flora Tristán*

*París, agosto de 1836*



*Pues, en verdad os digo que si tuvieseis una fe  
tan grande como un grano de mostaza,  
diríais a esta montaña: Transportate de aquí a allá  
y se transportaría y nada os sería imposible.*

(San Mateo, XII, 17).

Dios no ha hecho nada en vano. Los mismos malos entran dentro del orden de su Providencia. Todo está coordinado y todo progresa hacia un fin. Los hombres son necesarios a la tierra que habitan, viven de su vida y, formando parte de ese conglomerado, cada uno de ellos tiene una misión a la que la Providencia le ha destinado. Sentimos inútiles pesares, estamos sitiados por impotentes deseos por haber desconocido esta misión y nuestra vida se ve atormentada, hasta que al fin volvemos sobre nuestros pasos. De igual modo, en el orden físico, las enfermedades provienen de la falsa apreciación de las necesidades del organismo para la satisfacción de sus exigencias. Descubriremos, pues, las reglas que hay que seguir para alcanzar en este mundo la mayor suma de felicidad por medio del estudio de nuestro ser moral y físico, de nuestra alma y de la organización del cuerpo al que aquella ha sido destinada a mandar. Las enseñanzas no nos faltan ni para uno ni para otro estudio. El dolor, ese rudo maestro, nos las prodiga sin cesar; pero no ha sido dado al hombre progresar sino con lentitud. Sin embargo, si comparamos los males de que son presa los pueblos salvajes con los que existen todavía entre los pueblos más avanzados en civilización y los goces de los primeros con los de los segundos, nos admiraremos de la inmensa distancia que separa a estas dos fases extremas de colectividades humanas. Pero no es necesario, para comprobar el progreso, comparar dos estados de sociabilidad tan alejados el uno del otro. El progreso gradual de siglo a siglo es fácil de verificar por los documentos históricos que nos presentan el estado social de los pueblos en tiempos anteriores. Para negarlo es preciso no quererlo ver, y el ateo, a fin de ser consecuente consigo mismo, es el único interesado en hacerlo.

Concurrimos todos, a pesar nuestro, al desarrollo progresivo de la especie. Mas en cada siglo, en cada fase de sociabilidad, vemos a hombres que sobresalen de la multitud y que marchan como exploradores, muy por delante de sus contemporáneos. Agentes especiales de la Providencia trazan la vía por la cual, después de ellos, prosigue la humanidad. Esos hombres son más o menos numerosos y ejercen sobre sus contemporáneos una influencia más o menos grande, según el grado de civilización a que ha llegado la sociedad. El punto más alto de civilización será aquél en que cada uno tenga conciencia

de sus facultades intelectuales y las desarrolle deliberadamente en interés de sus semejantes, sin considerarlo diferente del suyo.

Si la apreciación de nosotros mismos es previamente necesaria para el desarrollo de nuestras facultades intelectuales, si el progreso individual está proporcionado al desarrollo y a la aplicación de estas mismas facultades, es incontestable que las obras más útiles para los hombres son aquellas que les ayudan al estudio de ellos mismos, haciéndoles ver al individuo en las diversas posiciones de la existencia social. Los hechos solos no son suficientes para hacer conocer al hombre. Si el grado de su progreso intelectual no se nos presenta y si las pasiones que han sido sus móviles no se nos muestran, los hechos no llegan hasta nosotros sino como otros tantos enigmas que la filosofía, con más o menos éxito, intenta calificar.

La mayor parte de los autores de memorias que contienen revelaciones no han querido que aparezcan sino cuando la muerte los ha cubierto de la responsabilidad de sus actos y palabras, sea que fuesen retenidos por una susceptibilidad de amor propio al hablar de sí mismos, sea por temor a suscitarse enemigos al hablar de otros, sea que temiesen las recriminaciones o los mentís. Procediendo en esta forma han invalidado su testimonio, al que sólo se presta fe cuando los autores de la época lo confirman. Tampoco se puede suponer que el perfeccionamiento ha sido el objeto predominante de su pensamiento. Se ve que han querido hacer hablar de sí mismos dando pasto a la curiosidad y aparecer a los ojos de la posteridad distintos de lo que fueron sus contemporáneos y así han escrito con un propósito personal. Disposiciones recibidas por una generación que ya no se interesa por ellas, pueden ofrecer el cuadro de costumbres de sus antepasados, pero no podrán ejercer sino una débil influencia sobre las suyas. En efecto, es por lo general la opinión de nuestros contemporáneos lo que nos sirve de freno y no la que podrá emitir sobre nosotros la posteridad. Las almas de élite únicamente ambicionan este sufragio; las masas permanecen indiferentes.

En nuestros días, los corifeos proceden de suerte que sus revelaciones testamentarias se publiquen inmediatamente después de su muerte. Es entonces cuando quieren que su sombra arranque violentamente la máscara a quienes les precedieron en la tumba y a algunos de los sobrevivientes a quienes la vejez ha puesto fuera de escena. Así han procedido los Rousseau, los Fouché, los Grégoire, los Lafayette, etc. Así procederán los Talleyrand, los Chateaubriand, los Béranger, etc. La publicación de memorias, hecha al mismo tiempo que la nota necrológica o la oración fúnebre, ofrece, sin duda, más interés que si, como las del duque de Saint-Simon, aparecen un siglo después de la muerte del autor; pero su acción represiva es casi nula. Son ramas de un árbol derri-

bado cuyos frutos no son la sucesión del perfume de sus flores y la tierra no los hará reverdecer jamás.

El interés que se presta a los grandes acontecimientos induce generalmente a los escritores a representar a los hombres en medio de esos grandes acontecimientos y les hace despreocuparse de mostrárnoslos interiormente. Los autores de memorias no están siempre exentos de ese defecto, aunque nos hacen conocer a las personas de quienes hablan y las costumbres de su tiempo mejor que los historiadores propiamente dichos. Pero, la mayoría de estos escritores han tomado a los grandes personajes del orden social como tema de sus escritos y nos han descrito muy rara vez a los hombres de las diversas profesiones que componen las sociedades humanas. El duque de Saint-Simon nos hace ver a los cortesanos y sus intrigas; pero no piensa en referirnos las costumbres del burgués de París o de alguna otra parte de Francia. El carácter moral de un hombre del pueblo no ofrecía ningún interés a los ojos de un gran señor de entonces. Sin embargo, el valor de un individuo no radica en la importancia de las funciones que desempeña, en el rango que ocupa o en las riquezas que posee. Su valor, a los ojos de Dios, está proporcionado a su grado de utilidad en sus relaciones con la especie humana íntegra, y es con esta escala con la que, en adelante, deberá medirse el elogio o la censura. En tiempos del duque de Saint-Simon se estaba aún muy lejos de conocer esta medida de las acciones humanas. Las memorias que harían conocer a los hombres tales cuales son, y que los apreciarían según su valor real, son las del hombre que ha luchado contra la adversidad, las de aquel que en el infortunio se encontró frente al poder del rango y de la riqueza y a quien una creencia religiosa pone por encima de todo temor. Quien ve un semejante en todo ser humano y sufre por sus penas y se regocija con sus goces es quien debe escribir sus memorias, cuando se ha encontrado en situación de recoger sus observaciones... Esas memorias harán conocer a los hombres sin distinción de rangos, tales como la época y el país los presentan.

Si sólo se tratara de presentar los hechos, los ojos bastarían para verlos. Pero, para apreciar la inteligencia y las pasiones del hombre, la instrucción no es lo único necesario. Es preciso haber sufrido y sufrido mucho, pues sólo el infortunio puede enseñarnos a conocer en lo justo lo que valemos y lo que valen los demás. Es preciso, además, haber visto mucho a fin de que, despojados de todo prejuicio, consideremos a la humanidad desde otro punto de vista que el de nuestro campanario. Es preciso, en fin, tener en el corazón una fe de mártir. Si la expresión del pensamiento se detiene por consideración ante la opinión de otro, si la voz de la conciencia se ahoga por temor de hacerse

de enemigos, o por otras consideraciones particulares, se falta a la misión, se reniega de Dios.

Se preguntará quizá si es siempre útil publicar las acciones de los hombres en el momento en que acaban de practicarse. Sí, respondería yo. Todas las que perjudican; todas las que provienen de un abuso de poder, cualquiera que éste sea: de fuerza o de autoridad, de inteligencia o de posición, y que hiera a otro en la independencia que Dios ha concedido sin distinción a todas las criaturas, fuertes o débiles. Pero si la esclavitud existe en la sociedad, si se encuentran ilotas en su seno, si las leyes no son iguales para todos, si los prejuicios religiosos o de otra índole reconocen una clase de PARIAS, ¡oh!, entonces la misma abnegación que nos lleva a señalar ante el desprecio al opresor debe hacernos echar un velo sobre la conducta del oprimido que trata de escapar al yugo. ¿Existe acción más odiosa que la de esos hombres que en las selvas de América van a la caza de negros fugitivos para traerlos de nuevo bajo el látigo del amo? La esclavitud está abolida, se dirá, en la Europa civilizada. Ya no hay, es cierto, mercados de esclavos en las plazas públicas; pero entre los países más avanzados no hay uno en el cual clases numerosas de individuos no tengan mucho que sufrir de una opresión legal: los campesinos en Rusia, los judíos en Roma, los marineros en Inglaterra, las mujeres en todas partes. Sí, en todas partes en donde la cesación del consentimiento mutuo y necesario a la formación del vínculo matrimonial no es suficiente para romperlo, la mujer está en servidumbre. El divorcio obtenido por la voluntad expresa de una de las partes puede únicamente libertarla y ponerla a nivel del hombre, al menos, para los derechos civiles. Así, pues, mientras el sexo débil, sujeto al más fuerte, se encuentre forzado en las afecciones más premiosas de nuestra naturaleza, mientras no haya reciprocidad entre ambos sexos, publicar los amores de las mujeres es exponerlas a la opresión. De parte del hombre es la acción de un cobarde puesto que, a este respecto, él goza de toda su independencia.

Se observa que el nivel de civilización a que han llegado diversas sociedades humanas está en proporción a la independencia de que gozan las mujeres. Algunos escritores, en la vía del progreso, convencidos de la influencia civilizadora de la mujer y al verla por todas partes regida por códigos excepcionales, han querido revelar al mundo los efectos de ese estado de cosas. Con este objeto, desde hace cerca de diez años han lanzado diversos llamamientos a las mujeres para animarlas a publicar sus dolores y sus necesidades, los males que resultan de su sujeción y lo que debería esperarse de la igualdad entre los dos sexos. Ninguna, que yo sepa, ha respondido a este llamamiento. Los prejuicios que reinan en la sociedad parecen haber paralizado su valor y mientras en los tribunales repercuten las demandas dirigidas por las mujeres, ya sea

para obtener pensiones alimenticias de sus maridos o su separación de ellos, ninguna se atreve a levantar la voz contra un orden social que, dejándolas sin profesión, las mantiene en la dependencia, al mismo tiempo que remacha sus cadenas con la indisolubilidad del matrimonio. ¿Me equivoco? Un escritor, que se ha distinguido desde sus comienzos por la elevación de su pensamiento y la dignidad y pureza de su estilo, ha empleado la forma de novela para hacer resaltar la desgracia de la posición que nuestras leyes han asignado a la mujer, y ha puesto tanto de verdad en su descripción que sus propios infortunios han sido presentidos por el lector. Pero, este escritor, que es una mujer, no contento del velo con que ha escondido sus escritos, los ha firmado con nombre masculino. ¿Qué repercusión pueden tener las quejas envueltas entre ficciones? ¿Qué influencia podrán ejercer cuando los hechos que las motivan son despojados de la realidad? Las ficciones agradan, ocupan un instante del pensamiento; pero jamás son los móviles de las acciones de los hombres. La imaginación está cansada, las decepciones la han tornado desconfiada de sí misma. Y es sólo con palpables verdades, con hechos irrecusables, con lo que se puede esperar influir sobre la opinión pública. ¡Que las mujeres cuya vida ha sido atormentada por grandes infortunios hagan hablar sus dolores! Que expongan las desgracias sufridas como consecuencia de la posición que les ha deparado las leyes y los prejuicios que las encadenan; pero que hablen... ¿Quién mejor que ellas estaría a la altura de revelar las iniquidades ocultas en la sombra al desprecio del público?... Que todo individuo, en fin, que ha visto y ha sufrido, y que ha tenido que luchar contra las personas y las cosas, se imponga el deber de contar con toda verdad los acontecimientos en los cuales ha sido autor o testigo y nombre a aquellos a quienes debe censurar o elogiar. Pues, lo repito, la reforma sólo puede operarse, y sólo habrá probidad y franqueza en las relaciones sociales, por efecto de semejantes revelaciones.

En el curso de mi narración hablo a menudo de mí misma. Me pinto con mis dolores, mis pensamientos y mis afectos. Todo resulta de la constitución que Dios me ha dado, de la educación que he recibido y de la posición que las leyes y los prejuicios me han señalado. Nada es completamente igual y, sin duda, hay muchas diferencias entre todas las criaturas de una misma especie y de un mismo sexo. Pero, hay también semejanzas físicas y morales sobre las cuales los usos y las costumbres proceden en forma parecida y producen efectos análogos. Muchas mujeres viven, de hecho, separadas del marido, en los países donde el catolicismo de Roma ha hecho rechazar el divorcio. No es, pues, sobre mí, personalmente, que quiero atraer la atención, sino sobre todas las mujeres que se encuentran en la misma posición y cuyo número aumenta diariamente. Ellas pasan por tribulaciones y por sufrimientos de la

misma naturaleza que los míos, están preocupadas por la misma clase de ideas y sienten los mismos afectos.

Las necesidades de la vida ocupan por igual a uno y otro sexo. Pero el amor no los afecta a ambos en el mismo grado. En la infancia de las sociedades el cuidado de su defensa absorbe la atención del hombre. En una época más avanzada de la civilización, el de hacer fortuna. Pero en todas las fases sociales el amor es para la mujer la pasión central de todos sus pensamientos. Hablo según mis propias impresiones y lo que he observado. En otra obra entraré más a fondo en la cuestión y presentaré el cuadro de los males que resultan de su esclavitud y de la influencia que adquirirá con su liberación.

Todo escritor debe ser veraz. Si no se siente con el valor de serlo debe renunciar al sacerdocio que asume: el de instruir a sus semejantes. La utilidad de sus escritos resultará de las verdades que contengan. Por eso, dejando a las meditaciones de la Filosofía el descubrimiento de las verdades generales, no intento decir sino lo cierto en el relato de las acciones humanas. Esta verdad está al alcance de todos. Si el conocimiento de las acciones de los hombres en diversos grados de progreso intelectual y en las innumerables circunstancias de la existencia que los llama a obrar es indispensable al conocimiento del corazón humano y al estudio de uno mismo, la publicidad dada a las acciones de los hombres vivos es el mejor freno que se puede imponer a la perversidad y la más bella recompensa que ofrecer a la virtud. Sería desconocer extrañamente la gran utilidad moral de la publicidad el querer restringirla a los actos de los funcionarios del Estado. Las costumbres ejercen una influencia constante sobre la organización social; es evidente que el objeto de la publicidad fracasaría si las acciones privadas quedasen aparte. Ninguna hay que sea útil sustraer, ninguna es indiferente. Todas aceleran o retardan el movimiento progresivo de la sociedad. Si se reflexiona en el gran número de iniquidades que se cometen cada día y que las leyes no saben impedir, se convencerán del inmenso mejoramiento de las costumbres que resultaría de la publicidad dada a las acciones privadas. No habría ya hipocresía posible y la deslealtad, la perfidia y la traición no usurparían sin cesar, con apariencias engañosas, la recompensa de la virtud. Habría verdad en las costumbres y la franqueza se trocaría en habilidad.

Pero ¿dónde se encontrarán —está uno tentado de preguntar— esos seres llenos de fe y de inteligencia, cuya abnegación intrépida consienta en desafiar las recriminaciones, los odios, las venganzas y en exponer a toda luz las iniquidades ocultas y los nombres de sus autores? Para publicar acciones en las cuales uno está individualmente interesado, cometidas por personas vivas, que habitan en el mismo país, en la misma ciudad, ¿se encontrarán gentes que

renuncien a todo interés mundano y abracen la vida del mártir? Se encontrará cada día más numerosas, responderé yo con la fe que tengo en el corazón. La religión del progreso tendrá sus mártires, como todas las otras han tenido los suyos, y no faltarán seres suficientemente religiosos para comprender el pensamiento que me guía y tengo también conciencia de que mi ejemplo tendrá imitadores. El reino de Dios llega. Entramos en una era de verdad. Nada de lo que ponga trabas al progreso podrá subsistir. La opinión, esta reina del mundo, ha producido inmensas mejoras. Con los medios de ilustración que aumentan cada día, las producirá más grandes aún. Después de haber renovado la organización social, renovará el estado moral de los pueblos.

Al entrar en la nueva ruta que acabo de trazar, cumplo con la misión que me ha sido dada. Obedezco a mi conciencia. Los odios podrían levantarse contra mí; pero, Ser de fe, ante todo, ninguna consideración me impedirá decir todo cuanto he sufrido. Nombraré a los individuos pertenecientes a diversas clases de la sociedad con quienes las circunstancias me han puesto en contacto. Todos viven aún. Les haré conocer por sus acciones y sus palabras.





## PREFACIO

(A la primera edición)

**A**ntes de comenzar la narración de mi viaje debo hacer conocer al lector la posición en la cual me encontraba cuando lo emprendí y los motivos que lo determinaron. Debo colocarlo en mi punto de vista, a fin de asociarlo a mis pensamientos y a mis impresiones.

Mi madre es francesa. Durante la emigración, se casó en España con un peruano<sup>1</sup>. Como algunos obstáculos se oponían a su unión, se casaron clandestinamente y fue un sacerdote francés emigrado quien celebró la ceremonia del matrimonio en la casa que ocupaba mi madre. Tenía yo cuatro años cuando perdí a mi padre en París<sup>2</sup>. Murió súbitamente, sin haber hecho regularizar su matrimonio y sin haber pensado en reemplazarlo con disposiciones testamentarias. Mi madre no tenía sino pocos recursos para vivir y educarnos a mi hermano menor y a mí. Se retiró al campo, en donde viví hasta la edad de quince años. Mi hermano murió. Regresamos a París, en donde mi madre me obligó a casarme con un hombre<sup>3</sup> a quien no podía amar ni estimar. A esta unión debo todos mis males; pero como mi madre después, no ha cesado de mostrar el más vivo pesar, la he perdonado y en el curso de esta narración, me abstendré de hablar de ella. Tenía veinte años cuando me separé de ese hombre. Hacía seis, en 1833, que duraba esta separación y cuatro solamente que había yo entrado en correspondencia con mi familia del Perú.

Supe, durante esos seis años de aislamiento, todo lo que está condenada a sufrir la mujer separada de su marido en medio de una sociedad que, por la más absurda de las contradicciones, ha conservado viejos prejuicios contra las mujeres colocadas en esta posición, después de haber abolido el divorcio

---

1 Su padre era Mariano Tristán y Moscoso, natural de Arequipa. Su madre se llamaba Teresa Lainé. Flora Tristán asegura que sus padres se casaron clandestinamente, pero al parecer se trató de una unión libre.

2 Flora Tristán nació el 7 de abril de 1803. Su padre muere en 1808.

3 Mr. André Chazal (hijo), grabador y hermano de M.A. Chazal, profesor del jardín Botánico. (*Nota de la autora*).

y hecho casi imposible la separación de cuerpos. La incompatibilidad y mil otros motivos graves que la ley no admite, hacen necesaria la separación de los esposos, pero la perversidad, sin suponer en la mujer motivos que ella pueda declarar, la persigue con sus infames calumnias. Excepto un pequeño número de amigos, nadie cree en lo que dice y, excluida de todo por la malevolencia, no es, en esta sociedad que se enorgullece de su civilización, sino una desgraciada paría, a quien se cree demostrar favor cuando no se le injuria.

Al separarme de mi marido, había abandonado su nombre y tomado el de mi padre. Bien acogida en todas partes, como viuda o como soltera, era rechazada cuando la verdad llegaba a ser descubierta. Joven, bonita y gozando en apariencia de una sombra de independencia, eran causas suficientes para envenenar las conversaciones y hacerme rechazar por una sociedad que gime bajo el peso de las cadenas que se ha forjado, y que no perdona a ninguno de sus miembros el tratar de liberarse.

La presencia de mis hijos me impedía hacerme pasar por soltera y casi siempre me presentaba como viuda<sup>4</sup>. Pero, permaneciendo en la misma ciudad en donde residían mi marido y mis antiguas relaciones, me era muy difícil sostener un rol que una multitud de circunstancias podían hacerme traicionar. Ese rol me ponía frecuentemente en situaciones falsas, echaba sobre mi persona un velo de ambigüedad y me atraía sin cesar los más graves disgustos. Mi vida era un suplicio de todos los instantes. Sensible y orgullosa con exceso, me sentía ofendida continuamente en mis sentimientos, herida e irritada en la dignidad de mi ser. Si no hubiese sido por el amor que tenía a mis hijos, sobre todo a mi hija, cuya suerte en el porvenir, excitaba vivamente mi solicitud y me inducía a quedarme a su lado para protegerla y socorrerla, sin ese deber sagrado que penetraba profundamente en mi corazón ¡que Dios me perdone!, ¡y que los que gobiernan nuestro país tiemblen!, ¡me hubiera dado muerte...! Veo, ante esta confesión, la sonrisa de indiferencia y de egoísmo que no comprende en su inepticia la correlación existente entre todos los individuos de una misma colectividad. Como si la salud del cuerpo social, en el que varios miembros se sienten empujados al suicidio por la desesperación, no ofreciera algún motivo de estudio. Había escrito en 1829 a mi familia del Perú, con el deseo, formulado a medias, de refugiarme cerca de ella y la respuesta que recibí me habría animado a realizar de inmediato ese proyecto si no me hubiese detenido la reflexión desesperante de que también ellos iban a rechazar a una esclava fugitiva, porque, por despreciable que fuera el ser de

---

4 De su matrimonio con Chazal, Tristán tuvo 3 hijos. Alina, la menor, fue la madre del pintor Paul Gauguin.

quien sufría el yugo, su deber era morir en el tormento antes que quebrantar los grillos remachados por la ley.

Las persecuciones de Mr. Chazal me habían obligado, en distintas ocasiones, a huir de París. Cuando mi hijo cumplió ocho años, insistió en tenerlo a su lado y me ofreció el descanso con esta condición. Cansada de tan larga lucha y no pudiendo resistir más, consentí en entregarle a mi hijo vertiendo lágrimas por el porvenir de ese niño; mas apenas transcurridos unos meses después del arreglo, este hombre empezó a atormentarme y quiso también quitarme a mi hija, porque se dio cuenta de que me sentía feliz al tenerla cerca de mí. En esta circunstancia me vi obligada nuevamente a alejarme de París. Era la sexta vez que, para sustraerme a persecuciones incesantes, dejaba la única ciudad del mundo en que me ha gustado vivir. Durante más de seis meses, oculta bajo un nombre supuesto, anduve errante con mi pobre hijita. En esta época la duquesa de Berry recorría la Vendée. Tres veces me detuvieron. Mis ojos y mis largos cabellos negros, que podían corresponder a la filiación de la duquesa, me sirvieron de pasaporte y me salvaron de toda equivocación. El dolor, unido a las fatigas, agotó mis fuerzas. Al llegar a Angulema caí peligrosamente enferma.

Dios me hizo encontrar en aquella ciudad a un ángel de virtud que me brindó la posibilidad de ejecutar el proyecto que, desde hacía dos años, meditaba y me impedía realizar el afecto por mi hija. Me habían indicado la pensión de Mlle. Bourzac, como la mejor para dejar a mi niña. Desde el principio esta excelente persona leyó en la tristeza de mis ojos la intensidad de mis dolores. Recibió a mi hija sin hacerme una sola pregunta y me dijo: «Puede marcharse sin ninguna inquietud. Durante su ausencia le serviré de madre, y si la desgracia quisiera que no la volviese a ver, se quedará con nosotros». Cuando tuve la certidumbre de ser reemplazada cerca de mi hija, resolví ir al Perú y refugiarme en el seno de mi familia paterna, con la esperanza de encontrar allí una posición que me hiciera entrar de nuevo en la sociedad.

Hacia fines de enero de 1833, fui a Burdeos y me presenté en casa de Mr. de Goyeneche, con quien estaba en correspondencia. Mr. de Goyeneche (Mariano) es primo de mi padre. A mi vista, Mr. de Goyeneche se admiró de la extraordinaria semejanza de mi fisonomía con la de mi padre. Le recordaba a su antiguo amigo, y a este recuerdo se unían a él los de su juventud, los de su familia y en fin, los de su país al que extrañaba sin cesar. Concentró, luego, en mí una parte del afecto que había tenido a su primo, y ese anciano, de nobles modales, me recibió con consideraciones que me demostraban cuánto me distinguía. Me presentó a toda la sociedad como su sobrina y me colmó de testimonios de benevolencia. Recibí también muy buena acogida de Mr.

Bertera (Felipe), joven español que vive con Mr. de Goyeneche y se ocupa de los negocios de mi tío Pío de Tristán. Permanecí dos meses y medio en Burdeos, tomando las comidas en casa de mi pariente y me alojé muy cerca, en casa de una señora que me arrendó un departamento amoblado. Tuve alguna demora antes de poder emprender el viaje y un concurso de circunstancias fortuitas vino a complicar aún más mi situación. En 1829 había encontrado en París, en una pensión en donde me alojé al llegar de un viaje, a un capitán de navío que venía de Lima. Sorprendido de la semejanza de mi nombre con el de la familia Tristán que él había conocido en el Perú, me preguntó si éramos parientes. Respondí que no, como tenía costumbre de hacerlo. Diez años hacía que había renegado de esa familia, por causa que más adelante haré conocer, y fue la casualidad de ese encuentro la que me permitió entrar en correspondencia con mis parientes del Perú, hacer el viaje y todo cuanto sucedió después.

Después de una larga conversación con Mr. Chabrié (ese era el nombre del capitán), escribí a mi tío Pío una carta que puede atestiguar la nobleza de mis sentimientos y la lealtad de mi carácter, pero que me perdió, al revelarle la irregularidad del matrimonio de mis padres. Pasaba como viuda en el hotel y mi hija estaba conmigo. Fue en esa situación en que me conoció el capitán Chabrié. Se fue. Yo a mi vez dejé esa casa, poco después de haberle encontrado y, desde entonces, no oí hablar más de él.

En febrero de 1833 sólo había en Burdeos tres navíos que salían para Valparaíso: el *Carlos Adolfo*, cuyo camarote no me convenía; el *Fletes*, al que hube de renunciar porque el capitán no quiso tomar en pago de mi pasaje una letra de cambio pagadera por mi tío; y el *Mexicano*, hermoso barco nuevo que todo el mundo ponderaba. Me había presentado como señorita a Mr. de Goyeneche y a toda su sociedad. Es fácil imaginar el efecto que produjo sobre mí el nombre del capitán del *Mexicano*, cuando mi pariente me dijo que se apellidaba Chabrié. Era el mismo capitán que, en 1829, había encontrado en aquel hotel de París.

Hice cuanto pude a fin de evitar embarcarme en el *Mexicano*; pero, temiendo que mi conducta fuese juzgada como extraordinaria en la casa de mi pariente, en la que Mr. Chabrié había sido muy recomendado por el capitán Roux, quien desde hacía mucho tiempo mantenía relaciones de negocios con mi familia, no me atreví a negarme a visitar el barco.

Pasé dos días y dos noches en una perplejidad de la que no sabía cómo salir. No había visto a Mr. Chabrié sino dos o tres veces, cuando comía con él en la mesa de huéspedes. Sólo me había hablado del Perú, y al escucharle,

pensaba únicamente en una familia cuyo abandono me había causado tan terribles pesares, sin ocuparme en lo menor, del hombre que, sin darse cuenta, me hablaba de mis más caros intereses. Lo había olvidado por completo y ahora hacía penosos esfuerzos para recordar a aquel hombre con quien habría de entenderme. Me atormentaban las más vivas inquietudes. Temía echar a perder mi viaje si lo difería y lo que no cesaba de oír acerca de los capitanes de navío, no era de naturaleza para tranquilizarme sobre el grado de confianza que debía concederme al capitán del *Mexicano*. No podía resistir más a las instancias de mi pariente, a quien presionaba Mr. Chabrié para conocer mi determinación, a fin de poder disponer, si yo no iba en su barco del camarote que me destinaba. Cuando me he encontrado en situaciones embarazosas, no he tomado consejo sino de mi corazón. Hice buscar a Mr. Chabrié, quien en cuanto entró me reconoció y se sorprendió. Yo estaba emocionada. Cuando estuvimos solos, le tendí la mano:

—Señor —le dije—, no le conozco; sin embargo le voy a confiar un secreto muy importante para mí y voy a pedirle un eminente servicio.

—Cualquiera que sea la naturaleza de ese secreto —me respondió—, le doy mi palabra, *señorita*, de que su confianza no estará mal colocada y en cuanto al servicio que espera de mí, le prometo hacerlo, a menos que la cosa sea completamente imposible.

—¡Oh! gracias, gracias —le dije—, apretándole con fuerza la mano. Dios le recompensará del bien que me hace.

La expresión y el acento de verdad de Mr. Chabrié me habían convencido enseguida de que podía contar con él.

—Lo que le pido —continué—, es simplemente olvidar que me ha conocido en París con el nombre de *señora* y con *mi hija*. Le explicaré a bordo la razón. Dentro de dos horas visitaré su navío y escogeré mi camarote. Mr. Bertera, arreglará el precio con usted y hasta la partida, hable de mí como si me hubiese visto hoy por primera vez...

Mr. Chabrié me comprendió y me apretó la mano con cordialidad. Ya éramos amigos.

—¡Valor! —me dijo—, voy a apresurar nuestra partida. Comprendo todo lo que debe sufrir en su situación.

Puedo decirlo. Esta primera visita de Mr. Chabrié es uno de los más felices recuerdos que conservo en el corazón.

Durante los dos meses y medio que permanecí en Burdeos me sentí afectada por las más inquietantes aprensiones. En dos oportunidades había vivido en esa ciudad con mi hija, antes de haber pensado en mi familia del Perú. Había conocido a mucha gente, de suerte que cada vez que salía me exponía a encontrar a algunos de esos antiguos conocidos, quienes podían pedirme noticias de *mi hija*, a mí, la señorita *Flora Tristán*. Sentía una continua ansiedad. ¡Con qué impaciencia esperaba el día en que debíamos hacernos a la vela!

No veía la hora de salir de casa de mi tío, Mr. de Goyeneche. Sin embargo, me trataban con la mayor distinción y sobre todo con pruebas de afecto que me hubiesen hecho muy feliz de haber estado en una posición sólida. Pero tenía demasiado orgullo para complacerme en consideraciones prodigadas a un título que no era el mío y mi corazón, abrevado por largos sufrimientos, no podía ser accesible a los prestigios del mundo y de su lujo. Esta sociedad organizada para el dolor, en la cual el amor es un instrumento de tortura, no tenía para mí ningún atractivo. Sus placeres no me daban ninguna ilusión, veía el vacío y la realidad de la felicidad que a ella se había sacrificado. Mi existencia había sido destrozada y no aspiraba ya sino a una vida tranquila. El reposo era el sueño constante de mi imaginación y el objeto de todos mis deseos. No me resolvía sin pesar a mi viaje al Perú. Sentía, como por instinto, que iba a atraer nuevas desgracias sobre mi cabeza. Dejar mi país que amaba con predilección; abandonar a mi hija que no tenía más apoyo que el mío; exponer mi vida, mi vida que era una carga para mí, porque sufría y porque no podía gozarla sino furtivamente, pero me hubiera parecido bella y radiante si hubiera sido *libre*. En fin, hacer todos esos sacrificios, afrontar todos esos peligros, porque estaba unida a un ser vil que me reclamaba como a su *esclava*. ¡Oh! esas reflexiones hacían saltar indignado a mi corazón. Maldecía esta organización social que, opuesta a la Providencia, sustituye con la cadena del forzado el lazo de amor y divide la sociedad en *siervos* y en *amos*. A esos movimientos de desesperación sucedía el sentimiento de mi debilidad. Las lágrimas brotaban de mis ojos. Caía de rodillas e imploraba a Dios con fervor para que ayudase a soportar la opresión. Era durante el silencio de la noche, cuando asediada por estas reflexiones, se desenvolvía ante mis pensamientos el irritante cuadro de mis desgracias pasadas. El sueño huía o sólo durante cortos instantes endulzaba mis penas. Me perdía en vanos proyectos, trataba de penetrar el carácter de mi pariente Mr. de Goyeneche. Es religioso, me decía, hasta el punto de no faltar un solo día a misa. Puntual en el cumplimiento de todos los deberes que la religión impone, debe estar en sus pensamientos de Dios, al que nombra a cada paso. Es rico y pariente mío cercano, ¿podría negarse a tomarme a mí y a mi hija bajo su protección? ¡Oh! pensaba, no podría rechazarme. No tiene hijos, yo soy la que Dios le envía. Hoy, esta misma mañana, le confiaré mis

pesares, le relataré el martirio de mi vida y le suplicaré que nos guarde en su casa a mi pobre hijita y a mí. ¿Sería ¡ay! una carga que le impondríamos a él, solterón, sin familia, rebosando de todo y que habita solo en su casa inmensa (el hotel Schicler), en donde su sombra se pierde y en donde nuestras voces amigas harían resonar sin cesar acentos de reconocimiento? ... Pero, en la mañana, cuando me acercaba al anciano con el corazón palpitante de emoción, desde las primeras palabras que me dirigía, me asombraba la expresión seca y egoísta del solterón, del hombre rico y avaro que no piensa sino en sí mismo, que se considera el centro de todas las cosas y atesora siempre para un futuro que no alcanzará jamás. Esta expresión de sequedad me helaba. Enmudecía, encomendaba a mi hija a Dios y deseaba ardientemente estar lejos, en el mar. Nunca hice esta tentativa, es cierto, a pesar de la devoción de mi pariente, pero no hubiera tenido éxito. Tuve la prueba de ello a mi regreso. El catolicismo de Roma nos deja con todas nuestras inclinaciones y da a la del egoísmo mayor intensidad. Nos separa del mundo, mas para concentrar todos nuestros afectos en la Iglesia. Se hace profesión de amar a Dios, y es por la observación de las prácticas religiosas impuestas por la Iglesia, que se cree probarle ese amor. Lejos de creerse uno obligado a socorrer a sus parientes, sus relacionados y amigos, al prójimo en fin, se encuentra casi siempre motivos religiosos, tomados en la conducta del que reclama el socorro, para negárselo. Con largueza para la Iglesia y confiándole algunas limosnas, es como se imagina generalmente satisfacer la caridad por Jesucristo.

Mr. Bertera aunque español y buen católico, había ido muy joven a Francia, en donde fue educado e imbuido en los mismos prejuicios religiosos de Mr. de Goyeneche. Sin embargo, no le concedí mi confianza. Sentía hacia él una amistad desinteresada y no quise comprometerle en la mentira que decía a mi familia. Ese joven, desde que lo conocí, no había cesado de prodigarme testimonios de afecto. Creía en la sinceridad del interés que me manifestaba y me complacía en demostrarle mi reconocimiento. El placer que sentía en hacerlo mitigaba las innumerables tribulaciones que me asaltaron durante mi estancia en Burdeos. Hasta entonces la mayor parte de las personas con quienes las circunstancias me habían puesto en relación, sólo me habían hecho daño, en tanto que Mr. Bertera sentía satisfacción en serme útil. Me confió sus dolorosos pesares y sus preocupaciones. Había visto morir de la misma enfermedad a toda su familia, con la que estaba tiernamente vinculado. Quedó solo y vivía en el aislamiento, en medio del mundo y de su frío egoísmo. El dolor compadece al dolor, por más diversas que sean las causas. Desde la primera conversación, se estableció entre nuestras almas una intimidad melancólica que, piadosa en sus aspiraciones, no tocaba a la tierra por ningún punto. Me gustaba este joven, sentía esa simpatía tierna y afectuosa que, en

la desgracia, los seres sensibles experimentaban unos por otros. Su trato era para mí un dulce perfume. Cerca de él respiraba con más libertad y la horrible pesadilla que continuamente me oprimía pesaba menos duramente sobre mi pecho. Me gustaba salir con él y casi todas las tardes hacíamos largos paseos, mientras mi viejo pariente echaba su siesta. Por su lado, Mr. Bertera buscaba asiduamente todas las ocasiones para serme agradable. Su afecto por mí se manifestaba hasta en las cosas más pequeñas.

En mi vida he vacilado un instante en sacrificar un goce personal, al placer más vivo para mí: el de contribuir a hacer feliz o preservar del pesar a quienes amaba realmente. La sinceridad del afecto que me tenía Mr. Bertera me daba la convicción de que hubiera comprendido mi dolor si le hubiese confiado el secreto de mi cruel pasión y la imposibilidad de cambiarla hubiese aumentado más aún su pesar. Además, la falsa situación en que me ponía la mentira que me habían impuesto los prejuicios de la sociedad, me era demasiado penosa para consentir en que un hombre bueno, a quien quería y para quien tenía tantas obligaciones, soportase una porción cualquiera de las consecuencias que podía acarrear esta mentira. Guardé mi secreto. Tuve el valor de callar cuando estaba segura de encontrar en el corazón de aquel joven una viva simpatía para mis desgracias.

Hice este sacrificio a la amistad que le había jurado, y sólo espero la recompensa de Dios.

Partí, recomendando mi hija a la señorita Bourzac y al único amigo que tenía. Ambos me prometieron amarla como a su hija y conservé la dulce y pura satisfacción de no dejar ningún recuerdo penoso tras de mí.



# PRIMERA PARTE



## CAPÍTULO I

### El Mexicano

**E**l 7 de abril de 1833, aniversario de mi nacimiento, fue el día de nuestra partida. Sentía tal agitación al acercarse ese momento, que durante tres noches no pude saborear una hora de sueño. Tenía el cuerpo quebrantado. Me levanté, sin embargo, al alba, a fin de disponer de tiempo para terminar mis preparativos. A las siete Mr. Bertera vino en coche a buscarme. Con el resto de mis efectos nos dirigimos al barco. ¡Qué multitud de reflexiones me agitaron durante el corto trayecto entre mi morada y el puerto! El ruido creciente de las calles anunciaba el comienzo de la vida activa. Saqué la cabeza fuera de la ventanilla, ávida de ver todavía aquella hermosa ciudad, en la cual, en otros tiempos, había pasado días tan tranquilos. El soplo tibio de la brisa acariciaba mi rostro. Sentía una superabundancia de vida, mientras que el dolor y la desesperación estaban en mi alma. Me asemejaba al reo a quien se conduce a la muerte. Envidiaba la suerte de esas mujeres que venían del campo a vender leche a la ciudad, a esos obreros que iban al trabajo. Testigo yo misma de mi cortejo fúnebre, veía quizá por última vez esta población laboriosa. Pasamos delante del jardín público. Dije adiós a sus hermosos árboles. ¡Con qué sentimiento de pesar recordaba los paseos bajo su sombra! No me atrevía a mirar a Mr. Bertera, pues temía que leyera en mis ojos el atroz dolor del cual era presa. Al llegar al barco, la vista de esas personas reunidas, que llegaban para decir adiós a sus amigos o que iban alegremente a los campos circunvecinos, aumentó mi emoción. El momento fatal había llegado. Mi corazón latía tan apresuradamente que temí un instante no poderme sostener. Sólo Dios puede apreciar la fuerza que necesité desplegar a fin de resistir el impetuoso deseo que me empujaba a decir a Mr. Bertera: «¡En nombre del cielo, sálveme! ¡Por piedad, lléveme lejos de aquí!». Diez veces, durante ese momento de espera, hice un movimiento para coger de la mano a Mr. Bertera y dirigirle este ruego. Pero la presencia de toda esa gente me recordaba como un espectro horrible la sociedad que me había arrojado de su seno. A este recuerdo, mi lengua se heló, un sudor frío me cubrió el

cuerpo y empleando las pocas fuerzas que me quedaban, pedí con fervor a Dios la muerte como único remedio de mis males.

Se dio la señal de partida. Las personas que habían venido a acompañar a sus amigos se retiraron. El barco hizo un movimiento y se alejó. Quedé sola en la cámara a donde había descendido. Todos los pasajeros se hallaban en el puente, haciendo a sus conocidos los últimos signos de adiós. De golpe la indignación me devolvió las fuerzas y lanzándome hacia una de las ventanas, exclamé con voz ahogada:

— ¡Insensatos! Os compadezco y no os odio. Vuestros desdenes me hacen sufrir, pero no turban mi conciencia. Las mismas leyes y los mismos prejuicios de que soy víctima llenan igualmente vuestra vida de amargura. Y como no tenéis el valor de sustraeros a su yugo os convertís en serviles instrumentos. ¡Ah! Si tratáis de la misma suerte a aquellos a quienes la elevación de sus almas y la generosidad de sus corazones llevan a sacrificarse por vuestra causa, os lo predigo, permaneceréis todavía por largo tiempo en vuestra etapa de dolor.

Este arranque me devolvió todo mi valor, me sentí tan tranquila. A pesar mío, Dios había venido a habitar dentro de mí. Los señores del *Mexicano* entraron en la cámara. Sólo Mr. Chabrié parecía emocionado. Gruesas lágrimas caían de sus ojos. Lo atraje hacia mí con una mirada de simpatía. Me dijo:

— Hay que tener valor para alejarse de su país y dejar a sus amigos, mas espero, señorita, que nos volveremos a ver..

Al llegar a Pouillac estaba yo aparentemente resignada. Empleé la noche en escribir mis últimas cartas y a la mañana siguiente, hacia las once, subí a la cubierta del *Mexicano*.

El *Mexicano* era un «brick» nuevo de cerca de 200 toneladas. Se esperaba, a causa de su construcción, que fuese un buen velero. Sus compartimientos eran cómodos, pero muy exiguos. La cámara podía tener de dieciséis a diecisiete pies de largo por doce de ancho. Contenía cinco camarotes, de los cuales cuatro eran muy pequeños y el quinto, más grande, destinado al capitán, se encontraba en un extremo. El camarote del segundo estaba fuera de la cámara, a la entrada. La toldilla, obstruida por jaulas de gallinas, canastas y provisiones de toda especie, no ofrecía sino un espacio reducido en donde estar. Ese barco pertenecía en compañía a Mr. Chabrié que lo mandaba, al segundo Mr. Briet y a Mr. David. La carga, casi íntegra, era igualmente, de propiedad de estos tres señores. La tripulación se componía de quince hombres: ocho marineros, un carpintero, un cocinero, un grumete, un contra maestre, el teniente, el segundo y el capitán. Todos estos hombres eran jóvenes, vigorosos y perfectos en su

oficio. Hago excepción del grumete, cuya pereza y suciedad causaron a bordo una constante irritación. El barco estaba abundantemente aprovisionado y nuestro cocinero era excelente.

No éramos sino cinco pasajeros: un viejo español, un antiguo militar que estuvo en la guerra de 1808 y desde hacía diez años habíase establecido en Lima. Este valiente había querido ver su patria antes de morir y cumpliendo su deseo, regresaba al Perú. Llevaba consigo a un sobrino, muchacho de quince años, notable por su inteligencia. El tío se llamaba don José y el sobrino Cesáreo. El tercer pasajero era peruano, nacido en la Ciudad del Sol (el Cuzco), que había sido enviado a París a la edad de dieciséis años, para educarse. Por entonces tenía veinticuatro. Le acompañaba su primo, joven vizcaíno de diecisiete años. El peruano se llamaba Fermín Miota y su primo, simplemente don Fernando, pues, al igual de los dos primeros pasajeros, sólo era designado por su nombre patronímico. De esos cuatro extranjeros sólo Mr. Miota hablaba el francés. Yo era la quinta persona a bordo del *Mexicano*.

El capitán, Mr. Chabrié (Zacarías), era un hombre de treinta y seis años, nacido en Lorient. Su padre, oficial de la marina real, le hizo seguir la misma carrera y orientó para ello su educación. Después de los acontecimientos de 1815, Mr. Chabrié abandonó la marina del Estado para correr los azares de la marina mercante. Ignoro qué motivos le determinaron a ello.

Mr. Chabrié es completamente distinto de los capitanes de la marina mercante, bravos marinos que de ordinario, han comenzado por ser simples marineros y después han progresado por su inteligencia y buena conducta. Mr. Chabrié tiene mucho espíritu natural, la réplica siempre lista, salidas admirables de sencillez y originalidad; su brusquedad es fruto tanto de su franqueza como de los hábitos de su profesión. Pero lo que hay de más notable en él es la extrema bondad de su corazón y su exaltada imaginación. En cuanto a su carácter, es el más espantoso que alguna vez he encontrado. Su susceptibilidad se irrita por las cosas más pequeñas y es intolerable. Áspero y colérico, sería inútil en sus accesos de mal humor, buscar en él huellas de la bondad de su corazón. No transige con nada, hiere a sus amigos con la ironía más amarga, se complace en torturarlos sin la menor piedad y parece sentir alegría por el mal que les causa. Todo eso con una constancia cuyos períodos me han parecido más de una vez demasiado largos.

A primera vista, Mr. Chabrié parece muy vulgar; pero si se conversa con él unos instantes se reconoce muy pronto al hombre cuya educación ha sido esmerada. Es de estatura mediana y ha debido ser bien proporcionado antes de haber engordado. Su cabeza, casi enteramente desprovista de cabello,

presenta, sobre la coronilla una superficie cuya blancura contrasta de una manera muy curiosa con el rojo oscuro que tiñe su rostro. Sus ojillos azules estropeados por el aire del mar, tienen una expresión indefinible de malicia, descaro y ternura. Su nariz, un poco torcida y sus gruesos labios, tan horribles cuando está enfadado, tan graciosos cuando ríe con esa risa tan sencilla que tienen los niños, dan a este conjunto una expresión a la vez de franqueza, de bondad y de audacia. Lo que tiene de admirable, son sus dientes. Estos forman, según su propia expresión, una *mandíbula modelo*. Como todo en este hombre, contrasta de la manera más extraña, su voz afecta el oído en dos formas muy opuestas; cuando habla no creo que sea posible oír un sonido de voz más ronca, más discordante; pero si esta misma voz canta un pasaje de Rossini, uno de esos trozos de Nourrit, una tirolesa o una linda romanza sentimental, ¡oh!, entonces se siente uno elevado hasta los cielos. Su voz pura y fresca y su acento armónico repercuten hasta el fondo del corazón. Se siente un estremecimiento y una suave emoción. El capitán Chabrié ha errado su vocación como tantos otros en nuestra sociedad al revés. Estaba hecho para cantar en la Opera. Su admirable voz de tenor hubiera encantado a tres mil espectadores, manteniéndoles durante seis horas seguidas en un estado de dulce beatitud, así como lo hace nuestro célebre Nourrit. Para completar el retrato, agregaré que el capitán Chabrié es muy cuidadoso en su vestido y hasta presumido, si se quiere. En extremo friolento, desde que ha sentido los primeros síntomas de un dolor reumático en la pierna, toma los cuidados más minuciosos de su salud y, para preservarse del frío o de la humedad, se cubre con toda clase de vestidos que amontona unos sobre otros, de la manera más grotesca.

El segundo, Mr. Briet (Luis), nació también en Lorient. De la misma edad que Mr. Chabrié, formaba parte de los guardias del emperador en 1815. La caída del águila le arrebató su hermoso caballo y su brillante uniforme, y el *futuro mariscal de Francia* quedó inconsolable. Decepcionado en sus esperanzas de gloria, fue a probar fortuna a las colonias españolas. Mr. Briet optó por el oficio de marino, se hizo graduar de capitán y navegaba por cuenta propia o por la de un patrón. Su carácter tenía más de militar que de marino. Era muy ordenado en todas sus cosas, lo que no ocurre con todos los marinos. Era muy limpio y muy entendido en todo cuanto hacía, y unía esas cualidades una gran sobriedad. Hablaba poco, trabajaba mucho y daba órdenes, siempre con ese tono frío y seco del oficial cuando dirige escuadrones o batallones, sin parecer sentir esa ansiedad del marino por la pronta ejecución de las maniobras que ordena. Su educación había sido descuidada, pero su buen sentido natural la suplía tan bien, que hubiese sido difícil percibirlo antes de haberle estudiado.

Mr. Briet es un buenmozo, alto, bien plantado, tiene hermosas facciones y una fisonomía distinguida. No entraba dentro de su carácter el ser prevenido, ni menos galante con las damas. Pero, a bordo, tenía para con todos atenciones esmeradas y muy convenientes.

Mr. David (Alfredo), nacido en París, tenía treinta y cuatro años. Ofrecía el tipo del parisino que ha corrido mundo. Habiendo salido del colegio Bonaparte a la edad de catorce años, sus padres le hicieron embarcar a bordo de un navío que iba a la India, para hacerle pasar las de Caín. Llegado a Calcuta, el capitán lo dejó en tierra, harto del *incorregible*. El audaz muchacho, de mala cabeza pero con un corazón lleno de energía, tomó la firme resolución de ganar su vida y la ganó. Fue sucesivamente marinero, profesor de gramática, empleado del comercio, etc., etc. y permaneció así durante cinco años en la India. De regreso a Francia, trató de emplearse. Pero, después de ser engañado con esas hermosas promesas que nunca faltan en París, se decidió a probar de nuevo fortuna en la carrera industrial y fue al Perú. En Lima, trabó conocimiento con Mr. Chabrié, se vinculó con él y ambos retornaron juntos a Francia en 1832. Mr. David había estado ausente ocho años.

Mr. David se ha educado a sí mismo y, sin haber profundizado nada, ha adquirido una gran variedad de conocimientos. Activo, emprendedor, infatigable, ávido de placeres, inaccesible al pesar, insensible al dolor, posee en el más alto grado ese espíritu de denigración que el autor de *Cándido* puso de moda a fines del último siglo. Ve siempre el lado malo de la especie humana. Empecinado en su opinión, nunca acata la de los demás, critica todo, porfía a todos. Sofista por carácter, se lanza audazmente en una discusión que le es imposible proseguir; a tal punto repugnan a su espíritu ligero los pensamientos profundos, y a tal punto es incapaz de prestar atención sostenida. Y cuando se ha enredado en medio de sus razonamientos, suelta alguna broma chistosa que excita la hilaridad del auditorio y hace perder de vista el objeto principal de la discusión. Por más superficialmente que conozca la cosa sobre la cual se entabla conversación, Mr. David habla de ella con un aplomo capaz de desconcertar al mismo inventor de aquella cosa. Acogido por precoces decepciones, la vida no ha tenido ilusiones para él. Mr. David odia a la especie humana y considera a los hombres como bestias feroces, prestos a devorarse entre sí, y trata sin cesar de ponerse en guardia contra sus ataques. El desgraciado nunca ha amado a nadie, ni siquiera a una mujer. Ningún ser ha compadecido sus penas, y su corazón se ha endurecido. El único goce que concibe es el de abandonarse a todas sus inclinaciones. Las dulces emociones del alma han sido ahogadas en él antes de haberse desarrollado. Las sensaciones materiales le dominan y su alma está como aniquilada. Gusta de la buena mesa, encuentra delicias en

fumar un cigarro y regocija su pensamiento soñando con las guapas mozas de cualquier color que piensa encontrar en el primer puerto en donde la casualidad nos hiciera anclar. Son los únicos amores que comprende.

Mr. David es un hombre bien plantado, de esbelta estatura, de salud robusta, aunque delgado. La regularidad y la fineza de sus facciones, la palidez de su tez, sus patillas negras y su cabello brillante como el azabache, el fuego de sus ojos y la sonrisa siempre errante sobre sus labios forman un conjunto agradable de contrastes y de armonías que le da una expresión de alegría y de felicidad que está muy lejos de sentir. Mr. David es lo que el mundo llama un hombre amable. Habla mucho, pero con gracia y alegría, y tiene en la conversación el género de amabilidad tan apreciado por los demás. Además, es un dandy que pasa el Cabo de Hornos en medias de seda, se afeita la barba diariamente, perfuma sus cabellos, recita poesías, habla inglés, italiano y español y nunca se cae, a pesar del más fuerte balance. Tales eran los personajes que se encontraban reunidos en el *Mexicano*.

Desde nuestro arribo a bordo, cada uno de nosotros trató de acomodarse en su pequeño hueco lo mejor que pudo. Mr. David me ayudó a hacer mis arreglos, indicándome, con la experiencia adquirida en sus viajes por mar, lo que debía hacer para evitar en lo posible el mayor número de molestias.

Me sentí mareada, una hora después de haber entrado en esa casa flotante. Ese mal ha sido descrito muchas veces por las numerosas víctimas que han sufrido sus torturas y evitaré fatigar a mi lector con una nueva descripción. Diré solamente que el mareo es un sufrimiento completamente distinto de nuestras enfermedades habituales. Es una agonía permanente, una suspensión de la vida. Tiene el horrible poder de quitar el uso de las facultades intelectuales y también el uso de sus sentidos. Las personas de temperamento nervioso sienten los crueles efectos de ese mal con más intensidad que los demás. En cuanto a mí, lo sentí con tal persistencia que no pasó un solo día, durante los ciento treinta y tres del viaje, que no tuviese náuseas.

Nuestro barco estaba anclado en la parte baja del río. El tiempo no parecía favorecer nuestra salida del peligroso golfo de Gascuña. Sin embargo, el capitán hizo levantar el ancla hacia las tres. La pesada máquina, ligera como una pluma en medio de las olas, se puso en marcha a través de la inmensidad que cubre el cielo y, dócil al genio del hombre, iba en la dirección que se le daba.

Estábamos todavía en el golfo, cuando el agudo silbido de los vientos y el tumulto de las olas nos anunciaron la tempestad, que se declaró muy pronto con toda su violencia por medio de espantosos rugidos. Ese espectáculo al que asistía sin verlo, era nuevo para mí. Hubiera encontrado encanto en



contemplantlo si me hubiese quedado un vestigio de fuerzas, pero el mareo absorbía todas mis facultades. No tenía sentimiento de mi existencia sino por los escalofríos que estremecían mi cuerpo y creía que eran los precursores de mi muerte. Pasamos una noche horrible. El capitán tuvo bastante suerte para poder entrar en el río. Una ola nos había arrebatado nuestros carneros, otra nuestras canastas de legumbres y nuestro pobre navío, la víspera tan elegante y tan bien arreglado, estaba ya mutilado. El capitán, aunque agobiado de fatiga, descendió a tierra para comprar otros carneros y reemplazar las legumbres que el mar nos había quitado. Durante su ausencia, el carpintero reparó las averías causadas por la tempestad y los marinos restablecieron el orden, tan necesario a bordo de las embarcaciones.

Esta primera tentativa no nos hizo más prudentes y nos expusimos de nuevo a peligros certeros, de los que pudimos ser víctimas, por un falso punto de honor, el cual induce a menudo a los marinos a desafiar inútiles peligros y les hace comprometer la existencia de los hombres y la seguridad de los navíos confiados a sus cuidados. A la mañana siguiente, 10 de abril, el mar continuaba igualmente agitado y esos señores, que eran muy prudentes, juzgaron con razón que debía retenerse al piloto hasta que el tiempo fuese suficientemente seguro para devolverlo sin peligro. Pero cerca de nosotros estaban anclados otros dos barcos que zarparon de Burdeos el mismo día y para el mismo destino: el *Carlos Adolfo* y el *Fletes*. Este último, por fanfarronada sin duda, devolvió el piloto y tomó de largo. El otro no quiso quedarse atrás e hizo otro trato. Los señores del *Mexicano* comenzaron por censurar la imprudencia de los otros navíos; pero aunque fuesen poco susceptibles de dejarse dominar por el ejemplo de otro, el temor de pasar por *miedosos* les hizo abandonar su primera determinación. Hacia las cuatro de la tarde despidieron al piloto y nos encontramos en medio de las olas embravecidas que, como altas montañas, se elevaban en torno de nuestra nave. No estábamos sino a un punto del abismo y el choque de dos olas nos podía haber sepultado.

Antes de poder salir del golfo, estuvimos tres días continuamente azotados por la tempestad y en la situación más crítica. Todos nuestros hombres, enfermos o rendidos de fatiga, estaban imposibilitados para hacer su servicio. Durante esos tres largos días de agonía, nuestro bravo capitán no abandonó el puente de su navío. Me ha dicho después, que muchas veces había visto a nuestro débil *brick* a punto de estrellarse contra las rocas o ser devorado por las olas. Gracias a Dios, escapamos felizmente. Pero semejantes peligros ¿no deberían hacer reflexionar a los marinos que todos los días cometen tales imprudencias?

El 13, entre las dos y las tres de la tarde, nuestro capitán, agobiado de fatiga y empapado como si hubiese caído al mar, bajó a su cámara, en donde no había entrado desde hacía tres días. Al ver cerrados todos los camarotes y no escuchar el menor soplo humano gritó con su voz gruesa y ronca.

—¡Hola! ¡eh! ¡pasajeros! ¡todo el mundo está muerto aquí?

Nadie contestó a su benevolente pregunta. Entonces Mr. Chabrié entreabrió la puerta de mi camarote y me dijo con un acento de solicitud que jamás olvidaré:

—Señorita Flora, me ha dicho David que ha estado usted muy enferma. ¡Pobre señorita! La compadezco, pues yo antes sufría también mucho con el mareo. Pero tranquilícese, ya hemos salido por fin de la boca del golfo y acabamos de entrar en plena mar. ¿No siente usted el dulce balance que sucede a las horribles convulsiones que sentíamos hace unos momentos? El tiempo es magnífico. Si tiene fuerza para levantarse y subir sobre el puente eso la reanimará. Reina allá arriba un airecito puro y fresco que es una delicia.

Le agradecí con la mirada. Me sentía demasiado debilitada para hacer siquiera el ensayo de hablar.

—¡Pobre señorita!, dijo con la expresión de una bondad compasiva. Este tiempo va a permitirle dormir. Y yo también voy a dormir. Bien lo necesito.

En efecto, dormimos todos veinticuatro horas seguidas. Me despertó Mr. David, que abría los camarotes con gran estrépito, porque quería saber, decía, si todos los pasajeros estábamos decididamente muertos. No estábamos muertos, pero, ¡gran Dios! en qué estado nos hallábamos. Mr. Chabrié, demasiado superior como hombre para darse importancia por ser capitán del navío confiado a sus cuidados, hablaba a la tripulación y a sus pasajeros más bien como amigo y no como *amo después de Dios*. Durante la tempestad era el primer marinero del barco y en general un hombre cuya bondad se interesaba por el bienestar de todas las personas de a bordo. Nos invitó amablemente a levantarnos a fin de cambiar de ropa, a subir y tomar aire y, sobre todo, a comer un poco de sopa caliente. En cuanto a mí, consentí con la condición de que no se me obligara a comer nada. Esos señores tuvieron la amabilidad de arreglarme un lecho sobre la toldilla. Necesité todo mi valor para poder levantarme y vestirme, y sin la ayuda de esos señores me hubiese sido imposible subir al puente.

Los quince primeros días de mi permanencia a bordo fueron para mí de largo entorpecimiento, durante el cual no tuve, sino muy cortos intervalos, la conciencia de mi ser. Desde la salida del sol hasta la seis de la tarde sufría

tanto que me era imposible hilvanar dos ideas. Me sentía indiferente a todo. Deseaba solamente que una cercana muerte viniera a poner término a mis males. Pero una voz interior me decía que no.

A la altura de las Canarias esos señores notaron que el navío hacía agua, y decidieron hacer escala en el primer puerto, a fin de hacerlo calafatear.

No hacía sino veinticinco días que nos habíamos embarcado. Ese tiempo me había parecido tan largo; la vida a bordo me era tan sumamente penosa que, cuando me anunciaron la vista próxima de la tierra, la alegría y el contento que sentí, me hicieron enseguida desvanecerse mi mal: recobré la salud. Hay que haber estado en el mar para conocer el poder de emoción encerrado en esa palabra: *itierra! itierra!* El árabe en el desierto no experimenta un gozo más vivo a la vista de la fuente que debe apagar su sed ardiente. El prisionero, que después de una larga detención, recobra su libertad, siente menos alegría: *itierra! itierra!* Esa palabra, después de largos meses pasados entre el cielo y el abismo, encierra todo para el navegante. Es la vida íntegra con sus goces, es la patria. Entonces los prejuicios nacionales se callan, no se siente sino el lazo que una a la humanidad. Son los goces sociales, la dulce sombra y los prados esmaltados, el amor y la libertad. En fin, esa palabra, tierra, hace renacer el sentimiento de la seguridad que, después de grandes peligros, da encanto mágico a la existencia. A todos estos goces se une, para muchos, la impresión del placer que sentirán al ver a sus amigos o reunirse con su familia, en abrazar a su madre, esposa o hijos. ¡Oh! ¡Tierra! a menudo maldecida por quienes te pisan. Tú les parecerías un Edén si hubiesen habitado algunos meses en el seno de los mares, en donde no se ve ni frescas sombras, ni prados esmaltados y en donde no se encuentran parientes, ni amigos en el camino.

Estábamos todos en el puente, ávidos por descubrir esa tierra que en aquel instante cada uno de nosotros embellecía con los sueños de su imaginación. El corazón nos palpitaba mientras doblábamos el cabo que termina la lengua de tierra y forma la bahía de la Praya.

¿Qué íbamos a ver? Fue en este anclaje en donde me esperaba la primera decepción de mi viaje. Yo no era muy fuerte en geografía y, como jamás había leído la descripción de la Praya, improvisé una en mi cabeza. Pensaba que una isla llamada *Cabo Verde* debía necesariamente ofrecer a la vista de los navegantes un paisaje de verdor. Pues ¿a qué causa sino a esa habría que atribuir el origen de su nombre? No pensaba entonces que los nombres tienen a menudo su origen en circunstancias extrañas que, la mayor parte del tiempo, no guardan la más ligera relación con las cosas que esos nombres designan. Lo que se llama, en el Cabo de Hornos, la *Tierra del Fuego* parece la *Tierra del*

*hielo*. Pero quien la descubrió creyó ver fuego, no se por qué ilusión óptica, y la llamó tal como se presentaba a su vista. De igual modo, Valparaíso (valle del paraíso) recibió ese nombre divino de los primeros marinos españoles que abordaron a su bahía. Después de una travesía tan larga y tan penosa hubieran llamado igualmente paraíso a la costa más árida, al país más espantoso, con tal que respondiera a la palabra tierra. ¡Oh! La tierra es, en efecto, el paraíso del hombre; pero es él quien debe plantar la viña y el olivo y arrancar las espinas y los zarzales.

El aspecto de esta tierra negra, enteramente árida, tiene algo de tan monótono, que uno se siente penosamente entristecido. Toda la bahía está rodeada de rocas más o menos elevadas, contra las cuales vienen a romperse las rugientes olas. En medio de la bahía avanza majestuosamente una alta mole de rocas curvada en forma de herradura y sobre la plataforma que la corona, se eleva la ciudad de la Praya.

De lejos, esta ciudad tiene una gran apariencia. En la parte curva de la herradura se ha colocado una batería provista de veintidós piezas de cañón de grueso calibre. Algunos militares regularmente equipados hacen la guardia. A la izquierda se levanta una bonita iglesia edificada recientemente. A la derecha, la casa del cónsul americano, coronada por un pequeño mirador, sirve de observatorio para descubrir las embarcaciones en el mar. Aquí y allá se distinguen algunos grupos de platanares, sicomoros y otros árboles de anchas hojas.

## CAPÍTULO 2

### La Praya

**E**n cuanto anclamos vimos que había un gran movimiento en la bahía. Pocos instantes después, una pequeña falúa se dirigía hacia nosotros. Había en ella cuatro remeros negros casi completamente desnudos. En la parte posterior, dirigiendo el timón, iba sentado orgullosamente, un hombrecillo con enormes patillas, cuya piel cobriza y crespos cabellos nos indicaban suficientemente que no pertenecía a la raza caucásica. La indumentaria de ese personaje era de lo más grotesca. Su pantalón de nankín databa de 1800, y debía haber pasado por diversas alternativas antes de llegar a su poder. Tenía un chaleco de piqué blanco, una leva de barragán, un inmenso fular rojo con puntos negros le servía de corbata y los extremos flotaban graciosamente al

capricho de los vientos. Para completar dignamente su vestimenta, llevaba un gran sombrero de paja, guantes que un día debieron ser blancos y tenía en la mano un hermoso fular amarillo que le servía de abanico. Se defendía del ardor del sol con un gran paraguas rayado de celeste y rosa, tal como se usaba hace treinta años. Llegado cerca de nuestra embarcación, ese personaje nos hizo saber sus títulos, con gestos no menos ridículos que su vestido. Era a la vez el capitán de puerto de la Praya y el secretario del gobernador. Además era negociante al por mayor y menor, etc. Se veía que la ley contra el acaparamiento no ha penetrado hasta la costa de África. Ese capitán de puerto era portugués. Nos dijo que la isla pertenecía a Don Miguel su ilustre amo. Y al pronunciar ese nombre el burlesco individuo se quitaba el sombrero. Habló mucho de política, tratando de hacerme charlar sobre ese tema. Aceptó nuestro aguardiente y nuestros bizcochos, me dijo pomposos cumplidos en portugués y después de haber permanecido mucho tiempo a bordo, en donde hizo más bien el papel de espía que de cumplidor de los deberes de su cargo, regresó a su falúa, en donde adoptó la actitud activa de un capitán-pachá que sale de Alejandría con toda su flota.

Mientras este pequeño portugués nos hablaba de los altos hechos de su ilustre amo, vinieron a bordo otros dos personajes no menos notables, ya por su indumentaria, ya por sus modales. Uno era el capitán de un *brick* americano; el otro mandaba una pequeña goleta de Sierra Leona. Este último era italiano y al subir a bordo nos dijo que era casado con una parisiense de la calle de Saint-Denis. El valiente capitán Brandisco (era ese su nombre) citaba el nombre de esta calle con tanto énfasis, como en tiempo de César lo haría un patricio al decir que vivía en la plaza del Capitolio.

Nuestro capitán, el segundo Mr. David juzgaron conveniente bajar a tierra al mismo tiempo que el capitán de puerto, a fin de ir donde el gobernador, poner en regla los papeles del barco y conseguir lo más pronto posible los obreros capaces de ayudar a nuestro carpintero a las reparaciones que se harían en la nave.

Puesto que me he prometido decir toda la verdad, confesaré el movimiento de orgullo que sentí al comparar nuestro bote y los hombres que lo tripulaban, con los otros tres miserables botecillos tripulados por negros o pobres marineros americanos. ¡Qué inmensa diferencia! ¡Qué bonito y elegante era el nuestro!, ¡qué buen aspecto tenían nuestros marinos! Mr. Briet dirigía el timón. La nobleza de su porte representaba dignamente la mirada francesa y nuestro capitán, con sus botas bien lustrosas, su pantalón de dril blanco, su casaca azul oscuro, su corbata de seda negra y su hermoso sombrero de paja adornado de terciopelo negro pasado por una pequeña hebilla, representaba

fielmente al marino comerciante. En cuanto al amable Mr. David, era el fashionable en toda su pureza. Tenía botas de gamuza gris, un pantalón de dril gris que formaba polainas, una pequeña casaca de paño verde con muchos alamares. No llevaba chaleco y tenía un pañuelo de Madrás a cuadritos, enrollado negligentemente en el cuello. En la cabeza, una pequeña gorra de terciopelo violeta sólo le cubría la oreja izquierda. Se tenía de pie en medio del bote, me saludaba con el gesto, reía a carcajadas, probablemente del aspecto grotesco de los personajes del puerto de la Praya. En 1833, me hallaba todavía muy lejos de tener las ideas que después se han desarrollado en mi espíritu. En esa época era muy exclusivista. Mi país ocupaba en mi pensamiento más sitio que todo el resto del mundo. Era con las opiniones y los usos de mi patria con lo que juzgaba las opiniones y los usos de los demás. El nombre de Francia y todo lo que se vinculaba a ella producían sobre mí efectos casi mágicos. Entonces consideraba a un inglés, un alemán o un italiano como a otros tantos extranjeros. No veía que todos los hombres son hermanos y el mundo su patria común. Estaba muy lejos todavía de reconocer la solidaridad de las naciones entre sí, de donde resulta que la humanidad íntegra experimenta el bien y el mal de cada una de ellas. Pero relato mis impresiones tales como las sentí a la vista de nuestra superioridad sobre los individuos de las otras naciones que se encontraban en la Praya.

Esos señores permanecieron mucho tiempo en tierra. No regresaron sino en el momento de la comida, cerca de las cinco. Durante su ausencia, nos perdimos en conjeturas sobre las distracciones que podría ofrecer la ciudad de la Praya. Mr. Miota quería alojarse en un hotel, para sustraerse a la vida de a bordo durante la escala. Cesáreo y Fernando proyectaban ir a la población a traer provisiones. Estos dos jóvenes españoles, se hacían grandes ilusiones para ir de caza, correr en la llanura, comer fruta, montar a caballo, hacer en fin el ejercicio tan necesario a su edad y del que sentían gran necesidad sus miembros entorpecidos. Yo también me trazaba un plan de vida para el tiempo de nuestra estadía. Quería alojarme en una casa portuguesa a fin de poder estudiar las costumbres y los usos del país, ver todo y tomar notas exactas sobre las cosas que me parecieran valer la pena. Todos esos hermosos proyectos se hacían sobre el puente, mientras que el viejo don José que al fin podía pasearse a su antojo, ahora que la casa flotante estaba en reposo, gozaba con un aire de delicia, de la inexpresable felicidad de poder caminar doce pasos seguidos sin riesgo de caer. El viejo sólo se detenía para hacer sus cigarrillos de papel. De tiempo en tiempo sonreía al escucharme. Noté su sonrisa y deseando conocer el fondo de su pensamiento, le pregunté lo que pensaba hacer en la ciudad.

—Señorita, —me respondió con esa tranquilidad española que lo distinguía en tan alto grado—, me cuidaré muy bien de ir a ella.

—¡Qué indiferencia! don José, ¿está Ud. pues tan satisfecho a bordo de este navío en donde se tiene tan pequeño espacio para pasearse?

—No señorita. No soy más indiferente que Ud. a la vista de la tierra. Pero tengo sobre usted la ventaja de mi larga experiencia y sé a qué atenerme sobre los placeres que ofrecen estas costas y muchas otras en donde podamos abordar antes de llegar a Lima. Pienso que no vale la pena dejar el barco para estar peor en tierra. Es lo que va a suceder. Pero los niños tienen necesidad de ver por sus propios ojos. ¡Bien! Vean y después me dirán si no tenía yo razón.

Pero la juventud, impaciente de vencer obstáculos, sólo tiene fe en sus deseos y se convence sólo por su propia experiencia. Mostramos desdén por la de don José.

Cuando vimos regresar el bote, nuestra curiosidad se reanimó. Apenas esos señores estuvieron abordo, los asaltamos a preguntas.

Pero el momento no era bien escogido para que pudieran satisfacerlas. Mr. Chabrie estaba ocupado con Mr. Briet, explicando a los obreros que había traído la obra que debían hacer y Mr. David, anglómano por excelencia, se dedicaba por completo a hablar la hermosa lengua de Lord Byron con el joven y muy elegante cónsul americano a quien acababa de conocer y a quien traía a comer abordo.

A la mañana siguiente, después del desayuno, los tres jóvenes españoles, Mr. David, el capitán y yo, fuimos a tierra.

No hay en la Praya muelle que pueda facilitar al desembarque. Las cercanías están erizadas de rocas más o menos grandes, contra las cuales el mar viene a estrellarse con una violencia que haría añicos las más fuertes embarcaciones, si no se tomara las grandes precauciones para preservarlas. Es preciso que un marinero remolque el bote saltando de roca en roca, hasta encontrar abertura conveniente para hacerlo entrar y durante esta maniobra, los marineros que han quedado en la embarcación, se ocupan con sus remos en impedir que las olas la estrellen contra las peñas. Es muy difícil desembarcar sin mojarse, sobre todo en la mañana, en que el mar está siempre muy agitado. Sin embargo, gracias a las precauciones tomadas por esos señores no me mojé. Un marinero me levantó en sus vigorosos brazos y me depositó en tierra en sitio seco. Un pequeño sendero, trazado entre los peñascos que bordean el mar, conduce a la Praia. Este camino no está desprovisto de peligros. La arena negra que recubre la roca se desmorona bajo los pies y al menor paso en falso, se corre

el riesgo de rodar de piedra en piedra hasta el mar. Dejando el sendero se llega a la arena lisa y suave de la Praia, que las olas lamen formando plumillas argentadas. Se siente un descanso al caminar sobre esta arena fina, refrescada continuamente por el mar. Mas apenas se ha recorrido doscientos o trescientos pasos, es preciso abandonarla y seguir un camino pedregoso de los más difíciles. Ese camino en forma de escalera, ha sido abierto contra la mole de rocas, sobre la que está situada la ciudad. Se necesita por lo menos un cuarto de hora para treparlo. Estaba ya tan débil que me vi obligada a descansar en tres ocasiones. Apenas podía caminar. El bueno de Mr. Chabrié me llevaba casi cargada. Mr. Miota me hacía sombra con un paraguas, pues mi sombrilla no me hubiera defendido sino muy débilmente, mientras, que, ligero como un gamo, Mr. David iba por delante como explorador, para indicarnos los sitios menos malos. El sol de los trópicos lanzaba verticalmente sobre nosotros sus ardientes rayos. Ni el menor sople de céfiro venía a secar nuestras frentes bañadas de sudor. Una sed ardiente nos secaba la garganta. Por fin llegamos a la plataforma. Mr. David tomó la delantera y fue a anunciar nuestra llegada al cónsul a fin de que dispusiera algunos refrescos. Atravesamos la ciudad que encontramos casi desierta. Era el mediodía, el momento en que hasta las tres de la tarde, el calor es más fuerte y los habitantes no se exponen a él. Encerrados en sus casas, emplean el tiempo en dormir. La reverberación de los rayos del sol era tan ardiente que nos cegaba. Mr. Chabrié se desesperaba de haberme traído a ese horno y esto lo ponía de un humor detestable. Los tres jóvenes comenzaban ya a echar de menos a sus pequeños camarotes; yo estaba horriblemente contrariada de sentirme tan incómoda, pues temía que eso me impidiera visitar lo que había de curioso en la ciudad. Con esas disposiciones llegamos a la casa del cónsul, a quien encontramos con Mr. David, sentado cerca de una mesita, bebiendo un grog y fumando excelentes cigarrillos de la Habana.

El cónsul americano había transportado a ese triste lugar, toda la comodidad a que su nación concede tan alto precio. Ese hombre de unos treinta años, habitaba hacía cuatro esta residencia. Su casa era grande, bien distribuida y tenida en el orden más minucioso. Nos hizo servir una agradable colación, compuesta de jamón, mantequilla, queso, bizcochos y muchas otras cosas, todo venido de New York. Había también pescado fresco y una gran abundancia de frutas de toda especie provenientes del país.

El salón en que se nos sirvió esa comida estaba completamente amoblado a la inglesa. Una bonita alfombra cubría el piso. Las ventanas estaban provistas de cortinas que representaban vistas de diferentes partes. Hermosos grabados adornaban las paredes. En unos se veían escenas de caza, la partida de una



diligencia, niños que jugaban con perros. En otros se podía admirar esas vaporosas cabezas de mujeres que han ilustrado tanto el buril inglés.

Nuestra mesa estaba servida igualmente al uso de Inglaterra y de América del Norte. Comíamos en grandes platos con dibujos azules, bebimos la cerveza en grandes vasos y el oporto en los más pequeños. Nuestros cuchillos y nuestros tenedores estaban pulidos como si fuesen nuevos. En fin, no teníamos servilletas y cada uno la reemplazaba con el extremo del mantel que tenía por delante. El cónsul parecía en el colmo de la alegría por haber encontrado en Mr. David un anglómano que hablara tan bien la lengua de su cara patria y no cesaba de conversar con él. Hablaba igualmente en inglés con los dos negros que nos servían, de suerte que yo, silenciosa observadora, me figuraba, por momentos —a tal punto la influencia de los objetos que impresionan nuestros sentidos tienen poder sobre nuestra imaginación— que me hallaba en una casa de campo en las cercanías de New York.

Después de la comida, el capitán Brandisco vino a buscarnos para llevarnos donde una dama que se consideraba casi francesa, porque había sido casada con un francés, Mr. Watrin, de Burdeos.

Mr. David se quedó para hablar inglés y tomar té, mientras nosotros fuimos a visitar a la señora Watrin.

Esta señora es la más rica de la ciudad. Es una mujer de cincuenta a cincuenta y cuatro años. Alta, muy gorda, tiene la piel de un color café con leche oscuro, los cabellos ligeramente abreviados y rasgos bastante regulares. La expresión de su fisonomía es dulce. Sus maneras las de una persona bien educada. Habla un poco de francés, lo lee y lo escribe. Su marido le enseñó lo que sabe y ella extraña mucho a ese marido adorado, muerto hacía cuatro años.

Nos recibió en una pieza oscura, mal enladrillada y de aspecto triste. A ésta le llama ella un salón, el mobiliario tenía algo de extraño. En cuanto entramos llamó nuestra atención. Era fácil reconocer que esta pieza había sido habitada por un francés. Las paredes estaban tapizadas con malos grabados que representaban a Bonaparte en cuatro o cinco posiciones diferentes. Todos los generales del Imperio y las principales batallas estaban simétricamente colocadas. En el fondo de ese salón había una biblioteca enrejada, encima un busto del emperador cubierto con un velo negro. Esta biblioteca encerraba algunas obras de Voltaire y de Rousseau, las fábulas de La Fontaine, el Telémaco, Robinson Crusoe; todos estos libros estaban mezclados en las divisiones. Había sobre un mueble dos esferas y un tarro que contenía dos fetos en espíritu de vino. Se veían aquí y acullá objetos traídos de Francia, una pequeña mesa de

costura en caoba, una lámpara, dos sillones de crin negro, jaulas con pájaros, un hermoso tapiz que cubría la gran mesa en medio del salón y una multitud de otras cosas pequeñas. En cuanto entramos, la señora Watrin vino hacia mí, me tomó de la mano y me hizo sentar en uno de los dos sillones. Para recibirme, esta señora se había hecho una gran toilette y había reunido en su casa a varias amigas muy curiosas por ver a una joven extranjera. Nuestras parisienses no estarán quizá disgustadas de conocer la indumentaria de gran etiqueta de las señoras de la Praya. La toilette de Mme. Watrin contrastaba de manera chocante con el conjunto de toda su persona. Tenía un vestido de color cereza. Este vestido era corto, estrecho, muy escotado y con mangas cortas; un enorme chal de crespón de china celeste, en el que sobresalían hermosas rosas blancas bordadas, le servía a la vez de manto y de tocado, pues se envolvía grotescamente en esta enorme manteleta, cubriéndose toda la parte posterior de la cabeza. Sus gruesos brazos estaban adornados con brazaletes de todos colores; sortijas de toda especie cargaban sus dedos; grandes aretes pendían de sus orejas y un collar de coral de siete u ocho hileras rodeaba su cuello. Tenía medias de seda blanca y zapatos de raso azul. Las otras señoras no se aproximaban al lujo de Mme. Watrin. Sus vestidos eran sencillos, de tela de algodón, azul, roja o blanca, pero las formas de ellos y de sus chales eran en todo semejantes.

Mme. Watrin me hizo muchas preguntas sobre Burdeos, lugar del que su marido le había hablado muy a menudo y en seguida se prestó, con una afabilidad rara entre las gentes de aquel país, a satisfacer mi curiosidad en todo lo que deseaba saber.

Me hizo visitar su casa. Consta de tres piezas en el piso bajo y dos buhardillas. Esta casa se encuentra situada al borde de la plataforma opuesta al mar. La vista es magnífica. En la parte baja de la plataforma, hay cinco o seis hermosos jardines muy bien cultivados. Se baja de la casa por una escalera practicada en la roca. Después de esos jardines viene una extensión de arena enteramente desierta. Más allá se descubren unos árboles que forman bosquesillos de verdura.

Mme. Watrin me invitó a quedarme en su casa todo el tiempo que nuestra embarcación permaneciera anclada en el puerto. Agradecí mucho esta atención, pero confieso que no estuve muy tentada de aceptarla. La tierra, cuya vista hace palpitar el corazón de alegría cuando se le descubre desde el mar, pierde todo su encanto cuando se encuentra uno sin amigo y en medio de un pueblo aún muy alejado de la civilización a la que está uno habituado. Al oír el ofrecimiento de Mme. Watrin, Mr. Chabrié enrojció. Sus ojos se fijaron

en mí con una expresión de dolorosa ansiedad. Yo rechacé y nos despedimos de esta amable mujer prometiéndole regresar dos días después.

Dimos la vuelta a la ciudad. Eran las seis de la tarde. El sol bajaba y una ligera brisa ayudaba a soportar la declinación del calor del día.

Toda la población se hallaba en las calles, respirando el fresco delante de las puertas de sus casas. Entonces sentimos el olor de negro, que no se puede comparar con nada, que da náuseas y persigue por todas partes. Se entra en una casa, al instante siente uno esa emanación fétida. Si uno se acerca a algunos niños para ver sus juegos, tiene que alejarse rápidamente, tan repugnante es el olor que exhalan. Yo tengo los sentidos muy susceptibles y el menor olor se me va a la cabeza o al estómago. Sentía un malestar tan insoportable, que nos vimos obligados a precipitar la marcha a fin de encontrarnos fuera del alcance de aquellas exhalaciones africanas.

Luego que descendimos la roca, me senté para descansar. Mr. Chabrié se puso a mi lado, mientras los tres jóvenes vagaban por la Praia buscando conchas. Mr. Chabrié me tomó la mano, la apretó afectuosamente contra su pecho y me dijo con un acento que no le conocía todavía:

—¡Oh, señorita Flora! ¡Cómo le agradezco que no haya aceptado el ofrecimiento de esa señora! ¡Qué dolor me habría causado! ¡Separarme de Ud. que me ha sido confiada, cuando está usted tan delicada! ¡Dejarla sola en esta roca infecta, rodeada de esos horribles negros a quienes usted mira con tanta repugnancia! ¡Oh! No lo hubiera consentido. Y además, ¿quién la hubiera cuidado, si yo no estaba allí?

La expresión apasionada con que Mr. Chabrié pronunció estas palabras produjo en mí un efecto difícil de describir. Me sentí penetrada de un sentimiento a la vez de reconocimiento, de apego hacia él y de terror.

Desde mi partida de Burdeos, había perdido enteramente de vista lo que mi posición tenía de extraordinaria a los ojos de Mr. Chabrié. Mi estado de salud me había impedido pensar. Atribuía a la bondad natural de nuestro capitán los halagos que tenía para mí y las atenciones con que me rodeaba. No había pensado en que pudiera experimentar otro sentimiento diferente del afecto compasivo que mi posición inspiraba generalmente.

A los seres dotados de alma amante, cuyo temperamento es a la vez delicado y magnético, basta una mirada para hacerles penetrar el secreto del individuo a quien hablan. La mirada de Mr. Chabrié me dejó leer claramente su pensamiento. El leyó también el mío. Le apreté la mano. Me dijo entonces con un acento de profunda tristeza:

—Señorita Flora, no espero hacerme amar de Ud. Le pido solamente ayudarla a soportar sus pesares.

Le agradecí con una sonrisa y mostrándole el mar:

—Mi corazón, le dije, se asemeja a ese océano. La desgracia ha abierto en él profundos abismos. No hay poder humano que pueda colmarlos.

—¿Concede usted más poder a la desgracia que al amor?...

Esa respuesta me hizo estremecer. Entonces no podía oír pronunciar la palabra amor sin que las lágrimas se agolparan a mis ojos, Mr. Chabrié ocultó su cabeza entre las manos. Por primera vez lo miré. No conocía todavía sus facciones. Lloraba. Lo examiné atentamente y me abandoné con delicia a los pensamientos más melancólicos.

Nos llamaron. El bote nos esperaba. Nos dirigimos a él lentamente, apoyándome yo en el brazo de Mr. Chabrié. Estábamos absortos en nuestros pensamientos y ni el uno ni el otro trataba de romper el silencio. Encontramos abordado a Mr. David con su cónsul y dos músicos a quienes había traído para hacerme conocer la música del país. Nos reunimos sobre el puente y yo me tendí sobre un doble tapiz. Los señores se sentaron alrededor mío y cada uno, según el orden de ideas que tenía en la cabeza, prestó más o menos atención a la monótona música de los dos africanos.

El concierto se habría prolongado hasta muy avanzada la noche, si uno de los músicos no se hubiese mareado, a pesar de que el barco no tenía oscilación alguna. Esta circunstancia obligó al cónsul a regresar a la ciudad. Así me sentí libre del fastidio que su habla inglesa y sus músicos me producían. Nos quedamos hasta muy tarde conversando en el puente. ¡Son tan hermosas las noches de los trópicos!

A la mañana siguiente, Mr. David y Mr. Miota abandonaron la embarcación con el proyecto de hacer una incursión en el interior de la isla. Iban donde un francés que cultivaba un campo a dieciocho leguas de la ciudad, tanto con el deseo de comprarle provisiones y también para ver el país.

Pasaron dos días durante los cuales me pareció que Mr. Chabrié sentía algún embarazo delante de mí. Su aire turbado no estaba entre sus costumbres y me molestaba. Aumentaba aún más las inquietudes y la tristeza de los pensamientos que la conversación en la roca había hecho nacer en mí.

En esta época, estaba todavía bajo la influencia de todas las ilusiones de una niña que ha conocido poco el mundo, aunque ya hubiese sufrido los más crueles pesares. Educada en el campo, en el más completo aislamiento de la

sociedad y habiendo vivido después en el retiro, había atravesado diez años de desgracias y decepciones sin por eso ser más clarividente. Creía siempre en la benevolencia, en la buena fe. Suponía que la maldad y la perfidia no se mostraban sino por excepción. La profunda soledad a la que me había retirado me había dejado ignorar el mundo y todo cuanto ocurre en él. Me había replegado sobre mí misma y no podía suponer en otro la existencia de vicios, cuyas trazas no descubría en mí y que sublevaban de indignación mi corazón generoso.

¡Oh preciosa ignorancia que hace creer en la buena fe y en la benevolencia!, ¿por qué te he perdido? ¿Por qué la sociedad está tan poco avanzada, que es necesario reemplazar la franqueza con la desconfianza y el abandono con la circunspección? ¡Oh! ¡Cuán herido se siente el corazón por ese cruel desencanto! Bajo el imperio de la violencia, las almas amantes se retiraban a la Tebaida. Todavía deberán habitar en el desierto, mientras el disimulo y la mentira gobiernan la sociedad. Es en la soledad en donde las almas penetradas del espíritu de Dios reciben esas inspiraciones que preparan al mundo para el reino de la verdad.

En 1833 el amor era para mí una religión. Desde la edad de catorce años, mi alma ardiente lo había deificado. Consideraba el amor como el soplo de Dios y a su pensamiento vivificante como la causa de todo lo grande y hermoso. Él sólo tenía mi fe y no habría puesto por encima de los otros animales de la creación a la criatura humana que hubiese podido vivir sin uno de esos grandes amores puros, abnegados, eternos. Amaba a mi país, deseaba poder hacer el bien a mis semejantes, admiraba las maravillas de la naturaleza, pero nada de eso llenaba mi alma. El único afecto que hubiera podido entonces hacerme feliz, habría sido un amor apasionado y exclusivo hacia uno de esos hombres a quienes los grandes sacrificios atraen grandes infortunios y sufren una de esas desgracias que engrandecen y ennoblecen a la víctima a quien hieren.

Había amado dos veces: la primera cuando todavía era una niña. El joven por quien experimenté ese sentimiento lo merecía bajo todo aspecto. Pero, privado de energía de alma, murió antes de desobedecer a su padre, quien en la crueldad de su orgullo, me había rechazado. La segunda vez, el joven que había sido objeto de mi completo cariño, aunque irreprochable en todo lo relacionado con la delicadeza y el honor de sus procedimientos para conmigo, era uno de esos seres fríos y calculadores, a los ojos de los cuales, una gran pasión tiene la apariencia de la locura. Tuvo miedo de mi amor. Temió que lo amara demasiado. Esta segunda decepción me había desgarrado el corazón. Había sufrido horriblemente. Pero lejos de dejarme abatir, mi alma se engrandeció por el dolor y se volvió más amante y más firme en su fe. A toda

alma ardiente es necesario un Dios a quien poder incensar, un templo en el que pueda verter dulces lágrimas y presentir, en el recogimiento, el porvenir que su fe le promete.

Mis sufrimientos me habían revelado todo el poder de amar con que Dios me había dotado. Y después de esas dos decepciones, no entraba en mi pensamiento que la grandeza de mi amor pudiera ser comprendida por un hombre que no hubiese sido él mismo susceptible de otros actos de abnegación. Actos que la raza carneril tilda de locuras, porque no ve ningún interés personal, pero que transmiten a las futuras generaciones el recuerdo de los hombres de corazón, como el más honorable título de la humanidad y que comprueban el mayor de sus progresos.

En todos los tiempos, en todos los países, se han encontrado constantemente hombres que se han impuesto trabajos penosos y que no han retrocedido ante ningún sacrificio con el fin de alcanzar el objeto que se proponían. Esos seres están por encima del común de los hombres, que siempre han sido desconocidos y a menudo la grandeza de sus actos no ha sido apreciada sino muchos años después. La antigüedad no ofrece mayor número de ejemplos de los que presenta la historia moderna en el establecimiento de las religiones y en las revoluciones políticas de los pueblos. A los ojos del escéptico y del egoísta los sacrificios de Juana de Arco, de Carlota Corday, de los mártires de todas las revoluciones, de todas las sectas religiosas, parecen actos de demencia; pero esas almas heroicas seguían el impulso que habían recibido de Dios y aunque ellas deseasen el éxito de sus actos, no era de los hombres de quienes esperaban la recompensa.

Yo sabía por experiencia todo lo que hay de horrible en amar a un ser que no puede comprendernos, cuyo amor no se armoniza con la grandeza del sentimiento que se siente por él. Por eso me había prometido poner todos mis cuidados en no ser jamás la causa de semejante dolor y evitar, en tanto que dependa de mí, el inspirar un sentimiento que yo no hubiese podido compartir. Nunca he comprendido la felicidad que se puede encontrar en hacer nacer un amor que no se puede corresponder. Es un regocijo del amor propio al que son insensibles los seres que sólo viven por el corazón.

No estaba segura de que Mr. Chabrié me amara. Pero, con el temor de que esto pudiera ocurrir, creí que dependía de mi delicadeza prevenir el nacimiento de un amor que yo no podía corresponder.

La ausencia de Mr. David y Miota me daba un poco más de libertad. Los otros tres pasajeros no comprendían una palabra de francés. Podía hablar con Mr. Chabrié sin correr el riesgo de ser escuchada.

Por la noche subí al puente y después de haberme arreglado un diván sobre una de las jaulas de gallinas me puse a conversar con Mr. Chabrié.

—Esta noche es muy hermosa, le dije. Admire usted la magnificencia de la bóveda resplandeciente que cubre nuestras cabezas. Ayúdeme a clasificar todas esas brillantes estrellas que veo por primera vez.

—Mis conocimientos en astronomía no son lo suficientemente completos para que pueda hacer la enumeración de los miles de estrellas que brillan en ese hermoso cielo. Quiero con predilección a esta Cruz del Sur, formada por esas cuatro estrellas, una de las cuales es más pequeña.

—¿Y las dos que veo en ese lado, que brillan con vivo fulgor?

—Esas son los gemelos.

—En efecto, se parecen. Y esas innumerables estrellitas que forman como una nube fulgente de luz, ¿cómo se llaman?

—¡Qué feliz es usted, señorita Flora, de conceder interés a todo! ¡Admiro en usted esa curiosidad de niño! ¡Qué felicidad tener ilusiones! ¡La vida es muy triste cuando ya no se tienen!

—Mas espero, señor Chabrié, que usted no ha de hallarse en ese caso. Con un alma grande como la suya se es joven por mucho tiempo.

—Señorita, se es joven cuando se quiere con amor a un ser de quien se es correspondido; pero el hombre de veinte años que tiene el corazón vacío es un viejo.

—¿Usted cree que no se puede vivir sin esta condición de amar?

—Estoy convencido, a menos que se llame vivir a comer, beber y dormir, como hacen los animales. Pero presumo, señorita, que usted comprende demasiado bien el amor, para dar el nombre de vida a semejante existencia. Sin embargo, es así como viven la mayoría de los hombres. Pensando en eso ¿no siente usted como yo, un sentimiento de vergüenza de pertenecer a la raza humana?

—No. La raza humana sufre y no es despreciable. La compadezco por la desgracia que se ha causado ella misma y la amo porque es desgraciada.

—¿No siente usted jamás el deseo de vengarse?

—Jamás.

—Pero quizá usted jamás ha tenido de quién quejarse. No ha encontrado probablemente sino gentes que la han querido y usted ignora lo horrible, lo desgarrador de una cobarde perfidia.

—Es verdad. Pero conozco algo más horrible que la perfidia; es la insensibilidad. Sí. El ser frío, inaccesible al entusiasmo, que responde con su razón a los sentimientos del corazón y pretende medir los arranques del alma. Sí. Ese autómeta a quien el soplo de Dios no ha animado y que, incapaz de sentir la belleza sublime de la abnegación, desdeña el amor que ha inspirado, es peor que el pérfido. Sí. El ser que teme ser amado con demasía y ve sufrir con la más seca indiferencia a aquella que lo ama, es peor que el pérfido. Este último, señor Chabrié, tiene siempre el amor por móvil; el otro, movido por asqueroso egoísmo, refleja sus afectos sobre sí mismo.

Al pronunciar estas palabras escapadas casi a pesar mío, había olvidado la reserva que, hasta entonces, había guardado escrupulosamente. Mis facciones, el acento de mi voz debían expresar un dolor sobrehumano. Y este dolor cuyo recuerdo animaba mis palabras había sido, como el amor que lo había causado, un sentimiento desconocido sobre la tierra. Mr. Chabrié se admiró de mi expresión y me dijo, mirándome con ansiedad.

—¡Gran Dios! ¿Habrá usted amado a un hombre de naturaleza tan atroz? ¡Ah!, dígame, dígame si semejante dolor pesa sobre usted!

No podía hablar. Dije sí con la cabeza. Miré al cielo como para implorar su auxilio. Después, tendiendo la mano a Mr. Chabrié, no pude sino articular estas palabras:

—¡Cómo sufro!, ¡ah! Dios mío, ¡cómo sufro!

Después de este grito de un dolor que todos mis esfuerzos no habían podido todavía vencer, dejé caer la cabeza sobre mi almohada. Los objetos exteriores me fatigaban, mis ojos se cerraron y, sumida en una confusión de recuerdos, gusté un encanto indefinible en el exceso mismo de mi dolor. Permanecí durante varias horas en la misma actitud, durante las cuales, la agitación convulsa de mi cerebro dominaba las potencias de mi alma.

Mr. Chabrié había ido a traer mi abrigo, me cubrió con él y preservó mi cabeza de la humedad de la noche con un pañuelo de seda. Lo sentía a mi lado. De rato en rato suspiraba como un hombre oprimido por un espasmo. A veces se levantaba, daba algunas vueltas y regresaba a sentarse.

Cuando salí de esta especie de estupor, la luna iluminaba la bahía de la Praya. El pálido fulgor de sus rayos daba una apariencia melancólica a todos



los objetos que nos rodeaban. Ni el más ligero ruido llegaba de la ciudad. Las altas masas de rocas cubiertas por la sombra, recordaban las descripciones que el paganismo nos ha dejado de su infierno. El mar estaba tranquilo. Los tres navíos anclados en la rada no tenían balance alguno perceptible. Mr. Chabrié, sentado al extremo de la jaula sobre la que me hallaba extendida, con la cabeza apoyada sobre una de sus manos, en una actitud melancólica que armonizaba con todo aquel conjunto, contemplaba el cielo con una expresión de dolor.

Permanecí largo tiempo en muda contemplación de esta escena. En esas hermosas noches, los seres de la creación privados de movimiento, parecen expresar una felicidad completa. El acento de dolor no se deja oír y ese silencio es, para el corazón torturado, el más persuasivo de los consuelos. Poco a poco sentí la dulce influencia que ejerce la lucha sobre toda la naturaleza. La calma se hizo en mi espíritu y recuperé mis sentidos para admirar la belleza majestuosa del firmamento.

No me atreví a hablar a Mr. Chabrié por temor de turbar su ensimismamiento. Me moví suavemente. Se volteó en seguida y al verme con los ojos abiertos, se levantó con precipitación. Después, acercándose mucho a mí, me preguntó si deseaba alguna cosa.

— Deseo saber, le dije, qué hora es.

— Más de las doce.

— ¡Tan tarde! ¡Por qué no se ha acostado? Usted proyectaba dormir todas las noches cuando no tuviera que hacer guardia.

— Así como a usted, señorita Flora, a mí me agrada contemplar las hermosas noches de los trópicos. Y además, ahora soy su amigo, su viejo amigo que la quiere demasiado para dejarla dormir sobre una jaula de gallinas, sin velar cerca de usted.

Tomé una de sus manos y la apreté con fuerza entre las mías.

— Gracias, le dije, ¡oh!, ¡gracias! Cuán agradecida estoy a su buena amistad. Cuánto bien me ha hecho y cuánto la necesito; usted también ha tenido pesares. Yo lo ayudaré a consolarse de la perfidia de que ha sido víctima y sus dolores le parecerán ligeros comparados con los míos.

— ¿Me acepta entonces como amigo?...

— ¡Oh, sí lo acepto!...

Y besé su frente en un movimiento de reconocimiento que hizo correr mis lágrimas.

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando bajé a acostarme. Dormí hasta las diez de la mañana. Me despertó la voz armoniosa de Mr. Chabrié que cantaba una vieja romanza sobre la amistad. Me levanté. Todo el mundo había ya desayunado. El grumete me sirvió. Mr. Chabrié vino a hacerme compañía, mondó mis naranjas y mis plátanos y conversaba con un abandono y una franqueza que, a cada instante, me hacían quererle más.

Hacia las tres, Mr. David y Mr. Miota reaparecieron, trayendo consigo al francés de cuya casa venían. Mr. Miota, abrumado de cansancio se acostó. En cuanto a Mr. David no se quejaba de fatiga, pero estaba muy enfadado porque no se había afeitado desde hacía tres días y su toilette estaba en desorden.

Fue necesario cederle la cámara íntegra para que pudiera rehacer por completo su toilette, lo que no fue por lo demás, una privación para ninguno de nosotros, pues el puente se había convertido en salón muy agradable, gracias al toldo que nos defendía del sol.

Las pocas palabras que Mr. David me había dicho sobre el francés, propietario en esta isla del Cabo Verde, me daba deseos de conversar con él. Era un hombrecillo rechoncho, con rasgos angulosos, la tez curtida, los cabellos negros, espesos y que le caían sobre las sienes. Su vestimenta se parecía a la de uno de nuestros campesinos endomingados. Lo abordé con palabras amables, como está uno inclinado a dirigirse a un compatriota a quien se encuentra lejos de su país.

Mr. Tappe (era este su nombre) se mostró agrado con estas pruebas de interés y aunque no era de natural muy locuaz, vi que se animaba de buen grado a contarme su historia.

Hacía catorce años que Mr. Tappe se había establecido en las islas del Cabo Verde.

Le pregunté por qué había escogido una tierra tan árida.

— Señorita, me respondió, no soy yo quien la ha escogido. Pero Dios, en sus incomprensibles decretos, ha querido que permanezca en esta tierra de miseria y de aridez. Desde mi infancia, mis padres me destinaron al santo ministerio del altar. Fui educado en el Seminario de Passe, cerca de Bayona. El celo religioso con que mi alma se sentía abrasada, hizo que mis superiores me distinguieran. Con la caída del usurpador y el restablecimiento de la monarquía, nuestra santa religión había recuperado todo su poder y en 1819, se decidió escoger en todos los seminarios de Francia a los individuos que demostraran más abnegación en la propagación de la fe, para enviarlos como misioneros a diferentes puntos del globo y convertir a las poblaciones

salvajes sumidas en la idolatría. Yo fui uno de los designados y partimos para ir donde nos llamaba nuestro apostolado. Nuestra embarcación tuvo, al igual de la de ustedes, necesidad de reparaciones y desembarcamos en el puerto de la Praya.

Mientras estábamos anclados en la rada, bajé a tierra, en donde me relacioné con un viejo portugués. Este me puso al corriente de todos los recursos que podía ofrecer el país. Vi que con muy poco dinero era posible hacer una fortuna rápida. Tomé después de esto el partido de cambiar mi destino y decidí quedarme en esta costa. Pero, ¡ay! Dios cuyos designios yo respeto, no ha permitido que se realicen mis esperanzas y desde hace catorce años vegeto de la manera más penosa.

Mr. Tappe, al acabar su historia, cruzó las manos sobre el pecho, elevó sus ojillos grises hacia el cielo y recitó a media voz dos o tres frases latinas que no cito, porque no comprendo el latín.

Tenía curiosidad de saber qué clase de negocio había determinado a Mr. Tappe a abandonar el apostolado por los azares de la fortuna. Le pregunté pues, cuál podía ser ese medio de hacer rápida fortuna que lo había seducido.

—Dios mío, señorita, no hay en esta costa, sino un sólo género de comercio: la trata de negros. ¡Cuando vine a establecerme a esta isla era entonces el buen tiempo! Se podía ganar dinero sin darse mucho trabajo. Durante dos años fue un gran negocio. La prohibición misma de la trata, hacía que se vendieran los negros como uno quería. Pero, desde entonces, esos malditos ingleses han insistido tanto en la ejecución rigurosa de los tratados, que los peligros y los gastos que ocasiona el transporte de los negros han arruinado por completo el negocio más lucrativo que ha existido. Además, esta industria la explota todo el mundo ahora y no se gana en ella, más que al vender fardos de lana o algodón.

Mr. Tappe me hablaba de todo lo que acabo de contar sucintamente, con una sencillez tal, que me dejó admirada. Contemplaba a ese hombre y trataba de adivinar en su fisonomía cuál podía ser su pensamiento. Mas durante todo el tiempo que conversó conmigo, su rostro no expresó ninguna emoción. Quedó tranquilo e impasible.

No hallé palabra para responder a Mr. Tappe. Experimenté a su vista una de esas repugnancias instintivas y como no podía librarme de otro modo, bajé a la cámara. Encontré a Mr. David vestido de mañana, en la mesa con su cónsul, quien decididamente no podía abandonarlo. Cuando entré arrojó su cigarrillo y me dijo:

—Y bien, señorita, ¿iqué dice del amable compatriota que le he traído? Espero convendrá usted conmigo, en que se encuentran en las islas del Cabo Verde algunos franceses algo pulcros. Ahí tiene usted a un hombre que habla latín mejor que Cicerón. Ese buen mozo cita a Horacio, a Juvenal o a Virgilio a propósito de los limones verdes o de las coles mal venidas, sin contar los pasajes de las Santas Escrituras. Conoce también el hebreo. Estoy seguro, señorita, que se siente halagada al ver a nuestra bella Francia tan bien representada en la costa de África.

—Señor David, encuentro en este momento muy mal dirigidas sus bromas. Debía usted ver en la expresión de mi rostro que este hombre me inspira la más profunda repugnancia.

—¡Cómo, señorita! Usted tan grande admiradora de los franceses ¿siente repugnancia por un apóstol francés, un santo misionero de los altares?

—Acabemos este capítulo, señor. Este hombre no es francés. Es un antropófago bajo la forma de un carnero.

—¡Oh!, ¡iqué bien! ¡Ah, señorita, esta verdad es encantadora! Es preciso que traduzca esto al cónsul.

Y desde aquel momento Mr. Tappe fue llamado el carnero antropófago.

—En realidad, dije, no puedo adivinar, señor David, con qué objeto ha traído usted a bordo a ese hombre. En cuanto a mí daría mucho por no haberlo visto.

—Mire, señorita, ¡iqué ingrata es usted con los amigos sinceros que la quieren bien! Sin embargo es para usted, para usted sola que he traído aquí a Mr. Tappe.

—¿Y por qué, señor? ¿Qué derecho tiene usted para exponer ante mis ojos a criaturas inmundas?

—Señorita, a fin de que adquiriera por sí misma la prueba de que, entre los hombres, hay criaturas inmundas.

—Y suponiendo que eso fuera cierto, ¿podría decirme qué ganaría con saberlo?

—¡Lo que ganaría usted, señorita! Pues lo que se gana en conocer a los enemigos: usted aprendería a desconfiar.

—¡Oh!, esa ciencia cuesta demasiado caro. Lo poco que acabo de ver ha helado toda mi sangre de horror. ¡Será, pues, verdad que se encuentran en el mundo muchos hombres de la especie de aquel con quien acabo de hablar!

—Desgraciadamente sí, señorita. Y puesto que estamos en un momento de franqueza, me atreveré aun a afirmarle, que la mayoría de la *raza* humana, es en todo, semejante al honorable Mr. Tappe.

—Si esto fuese verdad, enseguida me echaría al mar. Pero felizmente leo en los ojos de Mr. Chabrié un desmentido formal a lo que su misantropía le hace pronunciar más que ligeramente.

—¿Que le cuenta todavía, ese David, señorita Flora? dijo Mr. Chabrié al entrar. Que los hombres son malos, apuesto. Ese es su continuo estribillo y de allí no sale.

—Esta vez hago más que decirlo: lo pruebo. Y es para convencer a nuestra amable pasajera que he traído de San Martín al muy santo y muy virtuoso Mr. Tappe, quien comerá con nosotros, si ustedes quieren permitirlo.

—En eso David ha hecho una tontería, como en general no deja usted escapar la ocasión de hacerla. Su Mr. Tappe me hace el efecto de un voluminoso sapo cuyo veneno salta sobre quienes se le acercan. ¿Qué necesidad tenía de traer a un jesuita de esa laya, cuando sabe que es una casta por la que siento horror y a la que más desprecio?

—Mi querido amigo, no lo he traído para usted. He querido hacérselo ver a la señorita. Me ha parecido una pieza bastante curiosa para ser conservada en la libreta de apuntes de una viajera observadora.

La conversación comenzaba a tomar un tono agrio. Hubiera acabado como de costumbre, entre Mr. David y su amigo, con algunas bromas, si no nos hubiera distraído el grumete que vino a anunciarnos la comida.

Mr. David se acercó entonces a mí y me dijo: Ahora, señorita, ya no bromeo. Le aconsejo estudiar a este hombre. Voy a colocarlo cerca de usted. Domine un poco su repugnancia. Creo que para un viajero este encuentro es una buena suerte.

Cuando se sirvió el primer plato, el antiguo seminarista comió y bebió. Su avidez era tal que no le dejaba tiempo de pronunciar una palabra. Todas las facultades de su ser estaban absorbidas por su plato y su vaso. Yo nunca comía el primer plato, así es que tuve mucho tiempo para examinar a este hombre notable, en su género, como decía Mr. David. Pude conocer en la expresión de sus facciones, la pasión dominante en él: la gula. ¡Cómo brillaban sus ojillos a la vista de la enorme pierna de carnero y de las otras presas de carne que nos servían! Sus narices se dilataban. Pasaba la lengua sobre sus labios delgados y pálidos. El sudor corría por su frente. Parecía estar en uno

de aquellos momentos en los cuales el gozo que no podemos contener, brota por todos nuestros poros. Este hombre me representaba una bestia feroz. Cuando se hubo saciado, sus facciones readquirieron poco a poco su expresión ordinaria, que era la de no tener ninguna y comenzó a hablarme en el mismo tono de antes de la comida.

— Su capitán, señorita, acaba de darme una comida muy buena. ¡Comer! Esa es la vida. Y yo en esta isla de miseria, estoy privado de esa vida.

— ¿No tiene usted nada para comer en esta isla?

— No tenemos sino carneros, aves, legumbres, pescado fresco y frutas.

— Pero me parece que con todas esas cosas se debe tener un menú muy conveniente.

— Sí, si se tuviera un cocinero y todo lo que se necesita para preparar los guisos; pero no hay nada de eso.

— ¿Por qué, pues, no le enseña a cocinar a una de sus negras?

— ¡Ay, señorita! Se ve bien que no conoce usted a la raza negra. Esas miserables criaturas son tan malas, que me es imposible confiar en ninguna de ellas ese trabajo sin correr el riesgo de ser envenenado.

— Entonces las trata usted muy duramente, para que sientan tanto odio y alimenten semejante animosidad contra su amo.

— Los trato como es preciso tratar a los negros, si se quiere ser obedecido: a latigazos. Le aseguro, señorita, que para manejarlos, esos bribones dan más trabajo que los animales.

— ¿Cuántos tiene usted actualmente?

— Tengo dieciocho negros, veintiocho negras y treinta y siete negritos. Desde hace dos años los negritos se venden muy bien, pero cuesta mucho trabajo deshacerse de los negros.

— ¿En qué ocupa usted a esa gente?

— En cultivar mi chacra, en cuidar mi casa. Todo está bien cuidado, pregunte a esos señores.

— Mr. David me ha dicho que es usted casado; ¿es feliz en su matrimonio?

— Me vi obligado a casarme con una de esas negras, para asegurar mi vida. Ya me habían envenenado tres veces. Temía morir y pensé que casándome con una de aquellas mujeres, ella tomaría interés por mí, sobre todo

si le hacía creer que todo lo mío le pertenecía también. La hago cocinar y la obligo a probar, delante de mí, lo que me sirve de comer. Encuentro en esta precaución una gran seguridad. Tengo tres hijos en esta mujer a quienes ella quiere mucho.

— Entonces ya no puede pensar en regresar alguna vez a Francia, pues ya usted está vinculado a este país.

— ¿Por qué?, ¿acaso por esa mujer? ¡Oh! Eso no me inquieta. Cuando haya realizado mi pequeña fortuna traeré aquí a esa negra, un día en que el mar esté muy agitado y le diré: Yo regreso a mi país ¿quieres seguirme?... Como todas estas mujeres tienen un gran miedo al mar, estoy seguro de que se negará a ello. Entonces le diré; mi querida amiga, ves que cumplo con mi deber. Te propongo llevarte conmigo. Te niegas a obedecer a tu marido, soy demasiado bueno para obligarte por la fuerza, te deseo toda clase de felicidades... y me voy.

—¿Y qué será de esa pobre mujer?

—¡Oh! no tema usted nada. No es de compadecerla. Venderá a sus hijos de los que sacará un buen precio y después podrá encontrar otro marido a quien servirá para tener alimentos. Es una moza soberbia que no tiene sino veintisiete años.

—Pero, señor Tappe, esa mujer es su esposa delante de Dios; es la madre de sus hijos. ¿Dejará a todos esos seres a merced de quien quiera comprarlos en la plaza pública?... Es esa una acción atroz...

—Señorita, es una acción semejante a las que se cometen cada día en nuestra sociedad.

Yo estaba de color púrpura, tal era la indignación que me sofocaba. Mr. Tappe lo notó, me miró con asombro, refunfuñó algunas frases latinas y me dijo con una sonrisa malvada:

— Señorita, es usted todavía muy joven. Creo notar que ha visto poco el mundo. Le aconsejo conocerlo más, pues es bueno saber con qué gente se vive, sin lo cual, se es engañado por todos.

Después de la comida, Mr. Tappe regresó a la ciudad. Cuando estuve a solas con Mr. David, me dijo él:

— Pues bien, ¿qué piensa usted del alumno de aquellos señores del célebre seminario de la Passe?

— Mr. David, le repito, hubiera preferido no haber visto a ese hombre.

— Señorita, le ruego excusarme si con el deseo de servirla, le he ocasionado algunos momentos desagradables. Pero es usted demasiado racional para no sentir, que tarde o temprano será preciso resolverse a conocer el mundo en medio del cual uno está obligado a vivir. La sociedad, convengo en ello, no es muy hermosa cuando se le ve de cerca, pero es importante conocerla tal cual es.

Había transcurrido una semana y no había regresado a la ciudad. Me lo impedía mi aversión por el olor de los negros. Sin embargo, la cortesía me hizo dominar mi repugnancia y me resolví a hacer las visitas de despedida a la señora Watrin y al cónsul.

En casa del cónsul me esperaba el espectáculo de una de aquellas escenas bochornosas de atrocidad, tan frecuentes en los países en donde todavía subsiste ese monstruoso ultraje a la humanidad: la esclavitud.

Ese joven cónsul, representante de una república, ese elegante americano, tan gracioso conmigo, tan amable con Mr. David, no parecía sino un amo bárbaro. Lo encontramos en la sala baja golpeando con un garrote a un negro extendido a sus pies, cuyo rostro estaba cubierto de sangre. Hice un movimiento para ir a defender de su opresor a ese negro, a quien la esclavitud paralizaba las fuerzas.

El cónsul encargó a Mr. David que nos explicara por qué golpeaba a su esclavo. El negro era ladrón, embustero, etc., etc. ¡Como si el más enorme de los robos no fuera aquel de que es víctima el esclavo! ¡Como si pudiera existir una virtud para aquel que no puede tener una voluntad! ¡Como si el esclavo debiera algo a su amo y no estuviera, por el contrario, con derecho de intentar todo contra él!

No, no podría describir la dolorosa impresión que produjo en mí esta vista horrorosa. Me imaginaba ver a ese miserable Mr. Tappe en medio de sus negros. ¡Dios mío!, pensaba ¿tendrá razón Mr. David?, ¿todos los hombres serán malvados? Esas reflexiones trastornaban mis ideas morales y me sumían en una negra melancolía. La desconfianza, esa reacción contra los males que hemos sufrido o de los que hemos sido testigos, ese fruto acre de la vida, nació en mí y comenzaba a temer que la bondad no fuera tan general como había pensado hasta entonces. En camino hacia la casa de Mme. Watrin examinaba con mucha atención todas las caras negras y curtidas que se presentaban ante mí. Todos aquellos seres, con escasos vestidos, ofrecían un aspecto repugnante: los hombres tenían una expresión de dureza, a veces hasta la ferocidad y las mujeres, de necedad y descaro. En cuanto a los niños, eran horribles de fealdad, completamente desnudos, flacos, enclenques. Se les hubiera tomado por monos pequeños. Al pasar delante del Municipio, vimos a algunos soldados



ocupados en golpear a unos negros por orden de los dueños a quienes pertenecían. Esta crueldad, que estaba dentro de las costumbres de la población, redobló el humor sombrío que la escena del consulado me había producido. En casa de Mme. Watrin, me quejé a esta señora, que parecía tan buena, de todos los actos de barbarie que había visto cometer en la ciudad. Sonrió y me respondió con su dulce voz:

— Concibo que para usted, crecida con otras costumbres, estos hábitos le parezcan extraordinarios. Pero si estuviera aquí ocho días, no pensaría más en ello.

Esa sequedad, esa dureza me sublevaron. Estaba impaciente por hallarme lejos de toda aquella gente.

La víspera de nuestra partida, cedí a las inoportunidades del capitán Brandisco y fui a hacerle una visita a bordo de su goleta. Me acompañaron Mr. David y Briet, pues Mr. Chabrié no sentía ninguna simpatía por el pobre capitán veneciano.

Ese Brandisco era también un original en su especie. Trataba de hacerse el interesante delante de mí y no creo conveniente desdeñar su descripción. Era un hombre de cincuenta años, flaco y endeble, nacido en Venecia. Desde la edad de seis años, recorría todos los mares. Había sido grumete, marinero, capitán y propietario de navío. Por largo tiempo fue servidor de la esposa del Dux y enseguida se había lanzado al gran océano y había sufrido diversas alternativas de fortuna. Hablaba todas las lenguas, pero todas tan mal que apenas se le podía comprender y a pesar de todo, era un hablador inagotable. Nos tomó gran simpatía, sobre todo a mí, porque decía que yo era la compatriota de su mujercita, era así como la llamaba. El capitán Brandisco nos había contado su historia. De simple gondolero había logrado adquirir una fortuna. Una vez rico, había querido serlo aún más y se había arruinado.

—Sí, nos dijo un día, he tenido un hermoso barco de tres mástiles y de ochocientas toneladas, cargado de tal manera que las cadenas de los obenques tocaban al agua. Pero fui robado por esos perros de los ingleses. Esos piratas me desvalijaron.

—¿En qué paraje? —preguntó Mr. Chabrié—, ¿y cuál era su carga?

—Tenía abordo toda mi fortuna, respondió, evitando contestar a la pregunta. Era mi último viaje. ¡Ah, los tunos de los ingleses! Los veo todavía con sus uniformes rojos. Esos bribones son los bellacos más desvergonzados que Satanás ha puesto en el mundo. No contentos con robarme, los malvados me amarraron y me llevaron a Inglaterra.

—Que el diablo me lleve si lo comprendo a usted, con su hablar extravagante— replicó Mr. Chabrié—. Lo que creo adivinar, capitán Brandisco, es que su hermoso barco de tres mástiles era sencillamente un negrero y el pirata que lo robó, una fragata inglesa que lo apresó: ¿no es eso?

—Tal como usted lo dice capitán. Ese infernal gobierno inglés me tuvo en prisión durante dos años. Me soltaron al fin, pero los muy ladrones se quedaron con mis tres mástiles y con todos mis negros. ¡Es una infamia!

Y Brandisco se puso a llorar.

—Después de haber salido de las prisiones de Inglaterra recibí una pequeña herencia. Fui a París en donde conocí a mi linda mujercita de la calle de Saint Denis. Me casé y ella me ha aconsejado venir y comerciar en Sierra Leona. Desde que estoy en este país he tenido también muchas desgracias y he abandonado casi por completo la trata. Dios no quiere que tenga éxito en vender esos perros de negros. Ahora hago mi pequeño negocio, un poco de contrabando. Mi mujercita tiene una tienda bonita y es muy ordenada, así es que podré dentro de cuatro o cinco años, regresar a mi hermosa Venecia.

La goleta de Brandisco era de treinta a cuarenta toneladas. Me costó mucho trabajo subir a ella. El negrazo que me recibió era espantoso por sus proporciones hercúleas unidas a un aire de ferocidad. Tuve también mucha dificultad para bajar a la cámara. La entrada a ésta, era un hueco cuadrado, al que se arrimaba una pequeña escalera colocada perpendicularmente. Mr. Briet bajó primero y facilitó mi introducción a aquella jaula. Sólo alcanzaba a contener tres personas y Mr. Briet no podía permanecer en pie.

El capitán Brandisco estaba en el colmo de la dicha. Nos recibió lo mejor que pudo, nos ofreció muy buen ron, excelente café y galletas. Tenía de todo, en abundancia. Quería absolutamente que yo aceptase unos collarcitos de vidrio que los negreros tienen siempre en cantidad a bordo, pues África acepta adornos de esta calidad a cambio de sus hijos. Me contenté con tomar un vaso de Bohemia, para no descontentarlo. Después de habernos hablado de su mujercita y de su antigua riqueza, vino a su negocio.

—Ahí tengo —nos dijo— dos lindos negritos que serían muy convenientes para ustedes. Son buenos, honrados, bien educados, fuertes y sanos. ¡Cok! —gritó. Enseguida un negro joven, como de quince o dieciséis años saltó a la cámara y quedó inmóvil delante de nosotros. El miserable Brandisco se puso a elogiar su mercadería, mostrándonos por todos lados a ese ser humano como hubiera podido hacerlo un chalán con un potro joven. Este acto de barbarie

trajo presentes a mi espíritu, todos los males de la esclavitud, odioso cuadro que ya me había ofrecido la Praya. Rogué a Mr. David que regresáramos.

Antes de dejar su barco, Mr. Briet pidió al capitán Brandisco, que hiciera subir a toda su gente al puente, a fin de que yo viese de qué clase de hombres se componía su tripulación. Había ocho negros, todos altos y fuertes, quienes de un solo puñetazo hubieran podido aplastar a su amo. Cuando nos alejamos de esta débil embarcación, dije a Mr. David:

—Lo que no puedo explicarme en este hombre, es esa mezcla de atrevimiento y de bajeza. ¿Sabe usted que se necesita valor para vivir a bordo con ocho negros a quienes maltrata y que podrían muy bien, si la venganza los empujara, torcerle el cuello y arrojárselo al mar?

—Sí, sin duda necesita cierto valor. Convengo en que, en su lugar, no dormiría tranquilo, pero la avaricia es un motor tan poderoso que los hombres exponen diariamente su vida con la esperanza de adquirir oro.

La Praya, tiene cerca de cuatro mil habitantes durante la estación de las lluvias. En los meses de junio, julio y agosto, esta población disminuye a causa de la insalubridad del clima.

El único comercio que se hace es la trata. No existe ningún producto para la exportación. Los habitantes de la Praya cambian negros por harina, vino, aceite, arroz, azúcar y otros comestibles y objetos manufacturados que necesitan. Esta población es pobre, se alimenta muy mal y la mortalidad es considerable, a causa de las numerosas enfermedades a que están expuestos sus habitantes.

Por fin, después de haber permanecido diez días en La Praya para reparar nuestro navío, volvimos a navegar.

### CAPÍTULO 3

#### **La vida a bordo**

**E**n los ocho primeros días estuve tan enferma como había estado al salir de Burdeos. Mi enfermedad tomó después un curso regular. Sentía náuseas todas las mañanas y me encontraba mejor al mediodía. Desde las dos hasta las cuatro, tenía un fuerte malestar, y desde las cuatro de la tarde hasta la mañana siguiente, me sentía completamente bien. Este estado

continuó diariamente hasta nuestra llegada a Valparaíso. Pero cuando el mar se encrespaba estaba enferma día y noche sin interrupción.

Catorce días después de nuestra salida de la Praya, llegamos a las regiones de la línea equinoccial y allí comenzaron nuestras grandes miserias.

Nuestro barco había sido reparado con cuidado y ya no hacía agua. Pero resultó de esto un grave inconveniente. Nos venía de la cala un fuerte olor ocasionado, pensábamos, por la putrefacción del agua que había quedado y que el mar no renovaba. Fue preciso abandonar nuestros camarotes, pues no se podía permanecer en ellos sin correr el riesgo de asfixiarse.

Experimentamos durante doce días los sufrimientos más terribles. Como no podíamos bajar a la cámara, fue necesario resolvernos a permanecer día y noche en el puente. Teníamos de continuo tormenta y lluvia con cuartos de hora de intervalo, y además de esto, el sol del ecuador lanzaba verticalmente sus rayos sobre nuestras cabezas. El calor era intolerable y no podíamos poner el toldo para preservarnos, por la frecuencia de los cambios de viento. Cada uno de nosotros, sobre el puente, trataba de acurrucarse en un rincón lo mejor que podía, a fin de tener un poco de sombra. Mas nuestros esfuerzos eran vanos y no podíamos lograr ponernos al abrigo del sol o de la lluvia. Daba compasión vernos tan mojados, como si el mar nos hubiese cubierto con sus olas, abatidos por el calor, la fatiga y el sueño. La provisión de agua estaba contenida en barriles que, colocados en el puente, se calentaban a tal punto con el ardor del sol, que el agua era más que tibia. Teníamos la boca seca, ardiente. Sentíamos como una especie de rabia.

A pesar de los cuidados y amabilidades que esos señores del *Mexicano* tuvieron para mí en esta ocasión como durante todo el viaje, creí que sucumbiría de cansancio que me abrumó al pasar la línea. Mr. Chabrié había hecho desfondar un tonel vacío y este me servía de defensa. Por medio de esta casa movediza, me hallé por excepción, garantizada a la vez del sol y de la lluvia.

Mr. David, me había prestado sus botas. Mr. Briet se había privado de su gran capote de piel de pescado para prestármelo. Este capote, hecho en la China, era un trabajo soberbio, impermeable y excesivamente liviano. Mr. Chabrié me había dado un gran sombrero de hule, igualmente impermeable. Así disfrazada estaba cual nuevo Diógenes, instalada en mi tonel, haciendo tristes reflexiones sobre la condición humana. Mr. David, que tiene un secreto suyo para soportar el calor y el frío con la misma serenidad, estaba siempre ligero, alegre y bien puesto. Esos señores no usaban sino camisa y pantalón. Sólo Mr. David tenía corbata, medias y una casaca de tela blanca. Él y nuestro

cocinero<sup>5</sup> eran, cada uno en su esfera, el alma del navío. Nada podía abatirlos. Mr. David tenía mil atenciones para con nosotros. Nos hacía refrescar el agua en botellas que sumergía en el mar, nos preparaba limonada con los limones agrios que el piadoso Tappe nos había vendido como de buena calidad y hacía dar a uno sopa, a otro plátanos, a éste té, a aquél un ponche. En fin, era el enfermero de todos.

Permanecimos más o menos diecisiete días en los parajes del ecuador. Poco a poco la infección desapareció. Se limpió perfectamente la cámara. Se quemó espicanardo y vainilla. Cada uno daba todo lo que tenía en materia de perfumes a fin de aromatizar esta cámara que era como la capital de nuestro imperio.

Como la tripulación del *Mexicano* se componía de hombres civilizados, no hubo bautismo al pasar la línea. El navío que hacía su primer viaje, había sido lanzado del astillero sin ser bautizado y por consiguiente, no había tenido padrino ni madrina. Habíamos zarpado un viernes y el capitán no quería celebrar el bautizo: tres acontecimientos importantes que hacían decir a Leborgne, el *verdadero marinero*, que sus hermanas podrían ver florecer los cerezos dos estaciones seguidas antes que viésemos tierra. Nadie se atrevió a contradecir la orden del capitán; pero se tramó una conspiración en el castillo de proa, encabezada por el cocinero. Éste, a nombre de Neptuno, de quien se titulaba secretario, escribió una carta al capitán. Leborgne se encargó de entregarla. Revestido de una lona empapada de agua, tenía cierta apariencia del mensajero del dios de las ondas.

Lamento no haber conservado esta carta. El estilo, la ortografía y el pensamiento eran característicos.

El astuto cocinero expresaba la ira que el dios sentía al ver su imperio atravesado por ciertos capitanes *filósofos*. Amenazaba con tragarlos, a menos que quisieran prestarse de buena gracia a pagar el tributo que le debían. Nuestro capitán comprendió muy bien el ingenioso apólogo y a fin de apaciguar el enojo de Neptuno, envió a sus dignos representantes: vino, aguardiente, pan blanco, un jamón y una bolsa en la que cada uno de los que pasaban la línea por vez primera, habían depositado una moneda. Nos pareció que el dios se había mostrado muy sensible a todos estos dones, pues escuchamos, en medio de los cantos de sus servidores, las voces chillonas del cocinero y de Leborgne que sobresalían de la manera más discordante.

---

5 Cuando se presentó para servir durante el viaje, Mr. Chabrié le observó que el oficio de cocinero a bordo era muy penoso, mas él respondió: “¡Capitán!, esté usted tranquilo, conozco mi oficio y, además, para mí el mar es mi elemento”. (Nota de la autora).

Entre la línea y el Cabo de Hornos tuvimos días más o menos buenos. Entonces fue cuando admiré con entusiasmo la salida del sol con toda su magnificencia. ¡Qué espectáculo en esta zona! Y con todo, la puesta del sol me parecía aún más grandiosa. ¡El ojo humano no puede ver nada más sublime, de grandiosidad más divina, de belleza más deslumbradora, que la puesta del sol en los trópicos! No trataré de describir los efectos mágicos de luz que producen sus rayos sobre las nubes y sobre las olas. La palabra carece de color para pintarlos. El pincel, da vida para animar la pintura. Esos espectáculos encantan, elevan el alma hacia el Creador; pero no está dado al hombre reproducir las emociones que producen.

Después de una hermosa puesta de sol, me gustaba quedarme en el puente una parte de la noche. Me sentaba en un extremo del navío, y allí, conversando con Mr. Chabrié, contemplaba con vivo placer los dibujos de la luz fosforescente que brotaba del movimiento de las olas. ¡Qué brillante cometa arrastraba nuestro barco en pos de sí! ¡Qué riqueza de diamantes levantaban esas locas ondas en sus juegos! Me gustaba también ver las bandas de marsopas que venían a lo largo de la embarcación y dejaban tras de sí las huellas de su carrera, en largos espirales de luz fosforescente que iluminaban vastos trechos de mar. Después llegaba la hora de la salida de la luna. Su claridad invadía poco a poco el imperio de la noche. Los resplandecientes diamantes se iban al fondo del abismo y, atravesadas por los rayos del astro, las olas deslumbradoras de reflejos, centellaban con las estrellas en el firmamento.

¡Cuántas tardes deliciosas he pasado así, sumida en la más dulce contemplación! Mr. Chabrié nos hablaba de las penas que habían atormentado su vida, pero sobre todo de la última decepción que le había destrozado el corazón tan cruelmente. Sufría, y la semejanza de sufrimientos establecía, aun a pesar nuestro, un lazo de simpatía de los más íntimos. Cada día Mr. Chabrié me quería más y cada día yo sentía también un bienestar indecible en sentirme amada por él.

Llegó el Cabo de Hornos con todos sus horrores. Ha sido ya objeto de muchas descripciones y me creo dispensada de hablar de él a mis lectores. Que les baste saber que la temperatura varía de 7 a 20 grados según la estación y la latitud por la que se doble el cabo. Nosotros lo pasamos por los 58° y en los meses de julio y agosto, lo que nos dio de 8 a 12 grados de temperatura. Tuvimos un poco de nieve, granizo y hielo.

Fue allí donde sufrimos una segunda serie de miserias. El mar, en los parajes del Cabo de Hornos, es constantemente espantoso. Encontramos casi en todas partes vientos contrarios. El frío paralizaba las fuerzas de nuestra tripulación,

aun de nuestros hombres más fuertes. Nuestros marineros eran todos jóvenes y vigorosos. Sin embargo, a muchos les salieron forúnculos; otros se hicieron mucho daño al resbalar sobre el puente. Hubo uno que se dejó caer desde el mástil de la cofa sobre el cabrestante y se dislocó el hombro. Aquellos que tenían salud resistente, estaban abrumados de fatiga, por la necesidad de hacer la tarea de los que se encontraban fuera de servicio. Para colmo de males, esos desgraciados no tenían la cuarta parte de las ropas que les hubiera sido necesarias. La indiferencia que da a los marineros la vida aventurera, hace que cuando emprenden un largo viaje, no piensen en proveerse de los vestidos indispensables para defenderse del calor y del frío. Sucede a veces que en la línea les hace falta vestidos ligeros y en el Cabo de Hornos sólo tienen dos camisas de lana por todo repuesto, y lo demás de la indumentaria en la misma proporción. ¡Ah! Es allí en donde he visto en lo que tienen de más horrible los males que pueden azotar al hombre. He visto a marineros cuya camisa de lana y cuyo pantalón se habían *helado sobre ellos* y no podían hacer un movimiento sin magullar su cuerpo por el frotamiento del hielo sobre sus miembros ateridos por el frío. Las cabinas en que estos desgraciados tenían sus lechos, estaban llenas de agua (como sucede de ordinario durante el mal tiempo en el castillo de proa de los navíos pequeños), y no tenían otro sitio para descansar. ¡Oh! ¡Qué doloroso espectáculo el ver a los hombres reducidos a tal estado de sufrimiento!

El ministro de marina podría prevenir las desgracias que resultan de la miseria del marinero, obligando a los comisarios de marina de los puertos por donde se pase, conjuntamente con los capitanes, a la revista de las ropas antes del embarque. Los reglamentos serán siempre impotentes mientras no se provean a los medios de asegurar su rigurosa ejecución. A bordo de las naves del Estado, el vestuario del marinero es objeto de frecuentes inspecciones. Se le proporciona los vestidos que el reglamento exige usar, sin que pueda oponerse a esto porque se retiene el precio de ellos sobre su sueldo. ¿Por qué no ejercer la misma vigilancia a bordo de las embarcaciones de la marina mercante?

La imprevisión del marinero o su indiferencia, aun hacia los males contra los que debe luchar, lo asimila a la infancia. Es preciso prever por él. Nuestro interés, tanto como la humanidad, nos obliga a hacerlo. El sufrimiento físico, llevado al extremo, desmoraliza al hombre a tal punto que no se puede obtener de él ningún servicio. Los señores del *Mexicano* me han referido diversos ejemplos. Ha sucedido a varios capitanes en el Cabo de Hornos, haberse visto forzados a dar órdenes con una pistola cargada en cada mano, a fin de hacerse obedecer, pues los marineros se negaban a subir a las cofas. El frío excesivo hace caer al marinero en una desmoralización que lo vuelve absolutamente

inerte. Resiste a las súplicas, soporta los golpes, sin que nada pueda hacerle mover. Algunas veces se les hiela los dedos a esos desgraciados. Y si entonces se encuentran en las cofas, se dejan caer con riesgo de matarse, tan adoloridas o entumecidas sienten las manos. Si esos hombres estuviesen bien abrigados, si tuviesen un capote impermeable para preservar de toda humedad su ropa de lana, podrían con una alimentación conveniente, soportar cualquier grado de frío. Lo que ocurrió en nuestra embarcación me dio la prueba de lo que afirmo. Cinco de nuestros hombres estaban bien equipados y cuatro en la mayor desnudez. Los cinco que tenían abrigo suficiente toleraron el frío sin enfermarse, mientras que los otros cuatro se quedaron fuera de servicio por los males que adquirieron. Tenían fiebre continua, sus cuerpos se cubrieron de abscesos. No podían comer y se encontraron reducidos a tal estado de debilidad que temimos por sus vidas.

Fue nuevamente, durante esta terrible crisis de dolor y de fatiga, cuando se mostró, en toda su extensión, la indomable energía de nuestro valiente capitán. Siempre sobre el puente, animaba a sus hombres con su ejemplo y sus dulces exhortaciones. Daba uno de sus capotes y sus guantes al hombre que estaba en el timón; un sombrero a éste, un pantalón a otro, botas, medias, camisas, en fin, todo lo que podía dar. Enseguida iba a visitar a los enfermos, en el castillo de proa, los curaba, los consolaba y los reanimaba.

—¡Bueno muchachos! —les decía al entrar—, ¿cómo estamos hoy? ¿desaparecieron ya esos abscesos canallas? ... De ti, Leborgne, se dice que bebes el mar con todos sus peces ¡quizá te has acalorado, muchacho!

—¡Acalorado, capitán! si es todo lo contrario: tiritito.

— Pero animal, tiritas porque tienes fiebre.

—¡Oh! ¡Sí y bien alta! Pero, capitán, siempre había oído decir que se tenía calor con la fiebre y yo estoy helado.

—¿Cómo no vas a estar helado con tu camisa rosada, imbécil? Pero ¿estabas loco cuando te embarcaste para pasar el Cabo de Hornos con esta sola camisa de algodón y un mal pantalón?

—¿Qué quiere, capitán? detesto los equipajes. Encuentro que todo eso molesta a bordo; y luego, el *verdadero marinero* debe ser como el caracol que lleva todo consigo.

—¡Desgraciado! Es por semejantes ideas que has llegado a los treinta y ocho años, sin tener por todo bien más que una camisa rosada y un pantalón de tela.



—¡Capitán! Eso basta al *verdadero marinero*, que hace su servicio por gusto y que sólo vive para conocer nuevos países, ¡y vaya que he conocido países!

—¡Y eso te ha hecho mucho más rico!

—Capitán ¿acaso el *verdadero marinero* piensa en ser rico?

—¡Vamos, muchachos, ahora que están curados y algo limpios, les voy a mandar la sopa y un guiso de la mesa, aquí tienen chocolate y tabaco para mascar que la señorita Flora me ha dado para ustedes. Ella les recomienda tener paciencia con sus males y pedirle lo que pueda gustarles, a fin de enviárselo.

—¡Gracias, capitán, gracias! Diga usted a esa buena señorita que le estamos muy reconocidos por su tabaco. El tabaco es el alma del marinero. Capitán, esté tranquilo, antes de ocho días estaremos en el puente.

Cada vez que Mr. Chabrió regresaba de ver a sus enfermos me refería las conversaciones que había tenido con esos hombres de naturaleza tan especial. Hay que haber vivido entre los marineros y haberse tomado el trabajo de estudiarlos, para poder imaginar el orden extraño de ideas que tienen en la cabeza.

El *verdadero marinero*, como decía Leborgne, no tiene patria ni familia. Su lenguaje no pertenece, en sentido propio, a ninguna nación. Es una amalgama de palabras que ha tomado de todas las lenguas, de la de los negros y de la de los salvajes de América, así como de la de Cervantes y de Shakespeare. No tiene más vestidos que los que lleva puestos, vive al azar, sin inquietarse por el porvenir. Recorre la vasta extensión de los mares; vaga en el seno de las selvas con las poblaciones salvajes o gasta en pocos días, en algún puerto con mujeres públicas, el dinero que ha ganado rudamente durante una larga travesía. El *verdadero marinero* deserta cada vez que puede y pasa sucesivamente a bordo de navíos de todas las naciones, visita todos los países, satisfecho de ver, sin tratar de comprender nada de lo que ve. Es un pájaro viajero que descansa algunos instantes sobre los árboles que encuentra en su camino, pero que no se fija en ningún bosquecillo. El *verdadero marinero* no se apega a nada, no tiene ningún afecto, no quiere a nadie, ni siquiera a sí mismo. Es un ser pasivo, que sirve a la navegación, pero tan indiferente como el ancla con relación a la Praia en donde fondea la embarcación. Al llegar al puerto abandona su nave y el salario que se le debe, va a tierra y vende hasta su pipa para ir a comer con una mujer, y a la mañana siguiente, se enrola de nuevo en el primer navío inglés, sueco o americano que necesite sus servicios. Si en su peligrosa carrera lo preserva el mar, si su salud resiste todos los excesos, todas las fatigas, si sobrevive a todos los males que lo asaltan y si llega a ese

estado de vejez que no le deja ya fuerzas para largar una escota, se resigna a quedar en tierra. Mendiga su pan en el puerto donde lo dejó su último viaje. Come ese pan en la Praia, al sol, y contempla el mar con amor, es el compañero de su juventud. Le trae a la memoria numerosos recuerdos. Gime ante su impotencia y va a morir a un hospital.

Esa es la vida del *verdadero marinero*. Leborgne me ha servido de modelo, pero como todo degenera en nuestra sociedad, ese tipo se pierde más cada día. Ahora los marineros se casan, llevan consigo una maleta bien provista, desertan menos, porque no quieren perder sus efectos ni el dinero que les adeuda, ponen amor propio en ser entendidos en su profesión, tienen ambición por hacer fortuna y cuando sus esfuerzos para alcanzar este objeto no tienen éxito, acaban su vida laboriosa en las embarcaciones o lanchones de los puertos de mar.

El frío de Cabo de Hornos, además de sus funestos efectos sobre la salud del marinero, ejerce una influencia fatal sobre la moral, aun de aquellos que adoptan las mayores precauciones para preservarse de sus ataques. Los oficiales que tienen sus camarotes bien secos y provistos de todo cuanto la industria humana ha podido inventar para precaverse del frío y de la humedad, no sufren como el marinero hasta el punto de enfermarse, pero la aspereza de la temperatura los torna morosos. La extrema dificultad que sienten en ver ejecutadas las órdenes, la vista de los sufrimientos de sus hombres, la energía que exige el cumplimiento de sus deberes, las fatigas extremas que resultan de ello, todas esas causas reunidas los irrita. Su honor se hace desagradable y los caracteres más dulces, al cabo de un mes de permanencia en aquellos parajes, se vuelven insoportables. Mr. Briet, que desde hacía diez años no había abandonado las costas del Perú y de California, en donde el cielo es siempre puro y la temperatura tibia, no podía acostumbrarse a las nieves y hielos de Cabo. Mr. Miota, muy friolento, habituado a todas las dulzuras de la vida de París y cuya salud era muy delicada, sufría horriblemente. Cesáreo y Fernando echaban de menos su hermoso cielo de Andalucía. Sólo don José soportaba el frío sin decir palabra. En cuanto a Mr. David, tenía su punto de honor en parecer insensible, pero la insociabilidad de su humor probaba demasiado a las claras que sufría tanto como nosotros. Mr. Chabrié estaba más brusco y desigual que de ordinario y yo, estaba tan caprichosa e irritable, que la menor contrariedad provocaba mis lágrimas o mi cólera. El único individuo que se mostró igual fue el cocinero. No varió un solo día y fue admirable por su alegría y su valor. Encontraba medio de cocinar a pesar del tiempo espantoso que volcaba sus hornillos. Cuidaba a los marineros, ayudaba al grumete en el servicio de la cámara, daba una mano a la maniobra cuando se necesitaba

y a veces hasta hacía guardia durante la noche. Durante la travesía, no tuvo un minuto de malestar, aunque al verle pequeño, flaco y pálido, se le hubiese tomado por un hombre débil. Era de Burdeos, pero como había hecho en París su aprendizaje de cocinero, había adquirido los modales del *parisién*. Era un gran hablador, un gran lector de novelas. Y había servido de cocinero a bordo de una fragata del Estado y había atravesado el Cabo de Buena Esperanza.

Como navegábamos en julio y agosto en la extremidad meridional de América, no teníamos sino cuatro horas de luz y cuando no brillaba la luna, estábamos durante veinte horas sumidos en una profunda oscuridad. Esas largas noches aumentan las dificultades y los peligros de la navegación y son causa de numerosas averías. Los movimientos violentos del navío, el silbido horroroso de las olas, quitan toda facultad de ocuparse de cualquier otra cosa. No se podía leer, ni pasear, ni siquiera dormir. ¿Qué hubiera sido de mí durante las seis semanas de crueles sufrimientos que tuvimos que soportar en aquellos sitios, si abandonada a mis propias fuerzas mi alma no hubiera estado confortada por el suave y puro afecto de Mr. Chabrié?

Antes de subir al puente a hacer su guardia, Mr. Chabrié se acercaba a mi lecho y me preguntaba con su voz a veces tan dulce:

—Señorita Flora, le suplico, dígame algunas palabras de buena amistad, para que pueda yo soportar cuatro horas de frío, de nieve y de hielo.

—Mi pobre amigo, ¿seré tan feliz como para que mi amistad pueda aligerar sus males? ¡Ah! Entonces es toda suya. Pero ¿sabe usted que es volverme *Dios*, decir que yo puedo disminuir sus sufrimientos?

—Y bien, señorita Flora, usted es *Dios*, al menos para mí. Tal es el poder que usted ejerce sobre todo mi ser, que basta de una palabra suya, de una de sus miradas, de una de sus sonrisas, para aumentar mi fuerza y sostener mi valor. Subo allá arriba y durante cuatro horas pienso en usted y no siento frío.

—¡Cuántas mujeres en mi lugar, estarían halagadas al oír estas palabras! Llenan mi corazón de alegría. Se las agradezco, Chabrié, conservaré el recuerdo de ellas toda mi vida. Suba, querido amigo, y, puesto que pensar en mí lo hace feliz, persuádase bien de que la amistad que siento por usted aventaja mucho, aunque sea diferente en naturaleza, al amor con que otras mujeres lo han amado.

Diciendo estas palabras, le apretaba la mano y le ponía los guantes. A veces también al arreglarle la corbata, a fin de precaverlo del frío lo besaba en la frente. Me gustaba rodearle de estos cuidados y caricias, como si hubiera sido mi hermano o mi hijo.

Siento aquí la dificultad de la tarea que me he impuesto, no porque algo de lo que digo sea para mí causa de arrepentimiento, sino porque temo que la descripción de un amor verdadero por un lado y de una amistad pura por el otro, sea en este siglo materialista acusada de inverosímil. Temo no encontrar sino pocas personas, cuya alma en armonía con la mía crean en mis palabras. Además, antes de comenzar este libro, he examinado atentamente todas las consecuencias posibles de mi narración y, por penosos que fueran los deberes que mi conciencia me imponía, mi fe de apóstol no ha vacilado. No he retrocedido ante su cumplimiento.

Mr. Chabrié, de naturaleza sensible, no pudo ver mis sufrimientos sin conmoverse profundamente. De la amistad pasó al amor, como sucedería a casi todos los hombres de su edad que hubiesen tenido que vivir con una mujer joven en la intimidad de la vida de a bordo y eso durante cinco meses.

Creo que en el mar, el corazón del hombre es más amante. Perdido en medio del océano, separado de la muerte por una débil tabla, reflexiona sobre la inestabilidad de las cosas humanas. Su vida pasada se representa ante él y entre los sentimientos que lo han agitado, no ve sino uno solo que conserva todavía para él recuerdos de felicidad: es el amor. El hombre pronto a dejar la vida, reconoce todo el vacío de la ambición, toda la esterilidad de la gloria. Siente nacer el hastío de las grandezas y la saciedad de las riquezas. Pero la impresión de los amores de su juventud derrama sus encantos hasta los últimos instantes de su existencia. Cree instintivamente que encontrará en un mundo mejor a los seres que tuvieron sus afectos. A bordo, los seres tiernos y religiosos tienen el corazón más amoroso, la fe más viva. Aislados de todos los círculos sociales de la tierra en presencia de la eternidad, sienten el deseo de amar y de creer y ambos sentimientos se depuran de toda mundana aleación.

Mr. Chabrié era uno de aquellos seres. Había tomado la resolución de no amarme sino con amistad, pero el amor entró en su corazón a pesar de su voluntad. Debo decir que lo extraño de nuestras respectivas posiciones, el misterio con que me hallaba envuelta a sus ojos y la viva amistad que yo le demostraba, concurrieron a hacer nacer en él un sentimiento al que quizá no hubiera sido accesible en otra circunstancia.

Según el plan que me había trazado, me había visto obligada a mentir a Mr. Chabrié, al referirle muy sucintamente los acontecimientos de mi vida, le había ocultado mi matrimonio. Sin embargo, había sido necesario explicarle el nacimiento de mi hija. ¡Oh! ¡Aquél que para salir de un aprieto recurre a una primera mentira, no se imagina el camino sin salida que emprende! Es preciso que prosiga mintiendo, no puedo salir de las intrincadas sinuosidades

del tenebroso laberinto sino regresando definitivamente a la verdad. Me vi forzada a decir a Mr. Chabrié que había tenido a la niña siendo aún soltera. Le dije que ese era el secreto motivo al que había que atribuir la repugnancia por el matrimonio de que hacía gala.

Esa confianza tuvo como resultado hacerme amar aún más por Mr. Chabrié. Su alma era demasiado grande y demasiado delicada para no comprender con una exquisita sensibilidad, toda la desgracia que hay en la posición de una joven engañada y abandonada cobardemente por quien la sedujo. Comenzó a compadecerme y sintió por mí ese respeto que inspira un dolor verdadero e irremediable. Pero, después de haberme compadecido, la pasión que sintió le hizo nacer el sublime pensamiento de realizar uno de esos actos de abnegación que no se comprenden en nuestros días y que nuestra estúpida sociedad pone hasta en ridículo, porque no tiene sentido sino para sus intereses materiales y es más fácil a su egoísmo ridiculizar la abnegación que imitarla.

Mr. Chabrié, concibió el proyecto de devolverme a la sociedad de la que me veía excluida, ofreciéndome la protección de su nombre. Ante esta propuesta hecha con una generosidad que está por encima de todo elogio, me sentí penetrada del más profundo agradecimiento hacia él, y al mismo tiempo retrocedía de espanto ante la idea de las consecuencias que podía tener la mentira que me había visto obligada a decir.

Y así, cuando Mr. Chabrié me ofreció casarse conmigo, escondí mi cabeza entre las manos, sin atreverme a responderle, pues temía dejarle leer en mi fisonomía lo que ocurría en el fondo de mi alma. Estuve largo tiempo sin poder encontrar una palabra. Me prosternaba en pensamiento ante semejante amor, y después, al pensar que jamás podría participar de este amor celestial vertería lágrimas de desesperación.

Mr. Chabrié, sufría con mi silencio. Lo rompió y dijo:

— Señorita Flora, si le es imposible contestarme sí o no, míreme. Sus ojos son tan expresivos, que adivinaré con facilidad su pensamiento.

— ¡Ah, mi pobre amigo! Es justamente con el fin de evitarle ese nuevo dolor que no me atrevo a mirarlo.

— ¿Rechaza, pues, el amor de su viejo amigo? ¡Ah! ¡Le amo bastante, sin embargo!

— ¡Chabrié! le dije reclinando mi cabeza sobre su pecho, su amor me parece demasiado grande, demasiado generoso. Temo que no sea sino un momento de locura.

—¡Flora! En este momento no piensa usted en lo que dice. Su respuesta es la del mundo, pues es así como me juzgarán en esa sociedad que se vanagloria de civilización. Pero, hija mía, no he terminado mi propuesta. No le ofrezco ir a vivir a Burdeos, a Lorient o aun a París. En aquellas ciudades, tan vanas por sus perfecciones, se nos señalaría con el dedo; a usted porque ha tenido la desgracia de ser engañada por un hombre bastante cobarde como para abandonarla, y a mí, por haberme elevado sobre miserables prejuicios y porque amándola con un amor verdadero, más poderoso que la vana opinión del mundo, me había casado con usted. Como si la primera obligación de un hombre de honor, no fuese la de casarse con la mujer a quien ama, para adquirir el derecho de protegerla y defenderla, lo que no puede hacer con una amante. Querida Flora, nos quedaremos en América, en Valparaíso, si la ciudad le gusta; en Lima si lo prefiere; en las costas de California, que son tan hermosas; en los Estados Unidos, en las Indias, en la China; donde usted quiera. Amo a Francia, aún más a mi anciano padre. Pero con usted, Flora, no temo sentir ningún vacío. ¡Ah! amiga mía, la amo tanto que el lugar más árido, si usted lo escoge, me parecerá un paraíso.

El amor verdadero tiene un lenguaje, un son de voz, una mirada y una expresión tan propios que ningún otro los podría imitar. Miraba a Mr. Chabrié y comprendí que realmente me amaba. Este descubrimiento produjo en mí un arranque de embeleso, pues el amor, tal como yo lo comprendo, es el espíritu de Dios. Toca a nosotros, mortales, atados a la tierra, adorar a esa divina aparición. Mas a ese arranque de gratitud sucedió la horrible desesperación que nacía de mi posición. ¡Yo unirme a un ser de quien me sentía amada! ¡Imposible! ¡Una voz infernal me repetía con una risa burlona: «¡Tú eres casada! Con un ser despreciable, es cierto; pero encadenada a él para el resto de tus días y no puedes sustraerte a su yugo. Pesa la cadena que te hace su esclava y ve si mejor que en París, la puedes romper». Creí que mi frente iba a estallar. Estaba sentada sobre mi lecho, Mr. Chabrié se hallaba cerca de mí. Atraje su cabeza sobre mis rodillas con intención de hablarle. Iba a revelarle toda la verdad, pero mis lágrimas me sofocaron, cayeron en abundancia e inundaron su rostro. Mr. Chabrié no podía comprenderme. Veía en mí un dolor que se desbordaba y sentía al mismo tiempo que lo amaba con el más sincero afecto. Le rogué que me dejara. Me sentía incapaz de contener mis sollozos y temía ser oída por mis vecinos. Le supliqué que me quisiera siempre y le pedí concederme dos días para reponerme de la agitación producida por esta conversación.

A juzgar por el ofrecimiento que Mr. Chabrié acababa de hacerme, no podía ya dudar de que me amaba con sinceridad y vehementemente, como toda mi vida había ambicionado serlo. Pero ¡ay! ese amor tan puro, tan abnegado,

en el que todavía hubiese podido encontrar la felicidad, llenaba mi corazón de amargura y de desesperación pues me hacía sentir, con todo su horror, el indigno matrimonio que me habían obligado a contraer.

Permanecí dos días en una incertidumbre de las más penosas. A veces, estaba casi decidida a ceder a mi inclinación y decir a Mr. Chabrié toda la verdad sobre mi posición, mas la reflexión venía muy pronto a reprimir esa propensión de mi franqueza. Todas las consecuencias posibles se presentaban a mi espíritu. Me imaginaba a Mr. Chabrié rechazándome como los demás lo habían hecho. Me veía sola, abandonada, presa de mi desesperación. Retrocedía, lo confieso, ante ese aumento de dolor que temía no poder soportar y que podía ser el resultado de una revelación indiscreta. En mi inquietante perplejidad me vino el pensamiento de hacer hablar a Mr. David sobre Mr. Chabrié a fin de conocer más su carácter y también para saber por medio de él, que conocía tan bien el mundo, muchas cosas que yo ignoraba y de las cuales sentía necesidad de estar informada.

Mr. David era siempre muy amable cuando yo quería conversar con él, aunque se mantenía constantemente en un tono de reserva y de ceremonia que conservó hasta los últimos instantes del viaje.

Una tarde Mr. David vino a mi camarote a charlar conmigo mientras Mr. Chabrié estaba de guardia. Entablé la conversación sobre el amor y la amistad, para de allí llegar hasta su amigo Mr. Chabrié.

—¿Cree usted, señor, que hay en la naturaleza hombres que sienten un amor puro, libre enteramente de todo interés personal y con abnegación absoluta?

—Señorita, estoy convencido que no. Mujeres y hombres buscamos la belleza, la riqueza o el talento, por los goces que esperamos de ellos y no amamos sino en proporción de lo que nos da el objeto amado.

—¡Dios mío, siempre tiene usted respuestas áridas y desoladoras!

—¿Le gustaría a usted más que la engañase? ... Siento la más sincera adhesión hacia usted para consentir en esto jamás. Usted es la única mujer por la que mi estimación ha aumentado a medida que mejor la he conocido. Antes de encontrarla no me figuraba que pudiese existir una persona tan realmente buena. Usted me reconcilia con la especie humana y concibo que se la ame sin esperanza de retribución. Pero, querida señorita, usted es la excepción y la excepción confirma la regla.

—¡Y bien! Admito que tenga usted razón, que el amor sea en efecto un sentimiento egoísta y creo con usted que lo es en general, ¿pero sucede lo

mismo en la amistad? Este afecto ¿no existe independientemente de todo interés?

—¡En verdad! ¡la admiro! ¡a los veintiséis años creer aún, con ese candor de niño, que existe la amistad entre los hombres! —Y qué, señor. ¿Lo niega usted?

—Querida señorita, no se sonroje así, ni me mire con sus ojazos llenos de ira y desdén. Le repito, la quiero como si fuera mi hermana y aunque tenga que hacerla sufrir, tendré el valor de ilustrarla. Sepa, pues, niña como es usted todavía, que la palabra *amistad* que se encuentra en todos los libros, en todas las bocas, designa un sentimiento ideal que jamás ha existido entre los hombres. Ninguno de ellos lo cree porque ninguno de ellos lo ha sentido y nadie ha comprobado su existencia en algún otro ser. Las mujeres tienen entre ellas demasiados motivos de rivalidad para poder amarse de una manera desinteresada. Sus relaciones con el otro sexo, cuando no tienen el amor por base, están fundadas sobre el interés, y en total, sus afectos son transitorios como las causas que los han hecho nacer. En cuanto a los hombres nunca sienten amistad hacia las mujeres y no las aman sino por amor, ni se unen a ellas sino por interés. Entre ellos, se buscan o se dejan según el interés del momento lo determine, y la amistad, tal como los poetas y los filósofos nos la describen, es una trampa tendida a la credulidad. Es una palabra cuya vacuidad se encarga de hacernos conocer la sociedad.

—¡Ah, señor! Su misantropía lo vuelve muy injusto y lo hace calumniar a la especie humana. Le afirmo que creo en la existencia de la amistad.

—Señorita, la expresión de su fisonomía, el acento de su voz me prueban que la amistad existe en su corazón, pero se lo repito, es usted una excepción y me parece que hablamos de la raza humana.

—Entonces, señor, esta gran amistad que usted profesa hacia Mr. Chabrié ¿no es sino una vana ilusión?

—Esta pregunta, señorita, es muy delicada. A usted sola le responderé, dándole por allí una prueba irrecusable de mi adhesión. Chabrié es la persona a quien quiero más en el mundo. Sin embargo, el principio de esta amistad descansa por entero sobre las ventajas que yo encuentro en la asociación que he formado con él. Es lo mismo que él siente respecto de mí.

Miré a Mr. David con una emoción que le hizo conocer cuánto sufría. Me tomó de la mano y me dijo con cariño:



—¡Qué quiere, mi querida señorita! Hay que tomar el mundo como es. Pero desearía, así como se lo decía en la Praya, verla conocer ese mundo en medio del cual está usted destinada a vivir, a fin de que evite el ser engañada, desconocida, hasta ridiculizada y en definitiva, desgraciada. Su candor será tomado por hipocresía, se servirán de usted como de un instrumento y será usted abandonada cuando ya no pueda ser útil. El dolor entrará entonces en su corazón bueno y sensible, se abandonará usted a él con toda la violencia de su imaginación. La desesperación se apoderará de usted y gastará en la lucha, por continuas decepciones, esa riqueza de constitución con que la naturaleza la ha dotado.

—¡Le agradezco, mi querido señor, sus advertencias y sus consejo! Creo con usted que es un gran error no conocer el mundo y por muy penoso que sea su estudio, le prometo dedicarle en adelante una atención esmerada. Esta es una necesidad a la que hay que resolverse. Las razones que acaba usted de darme para determinarme a ello, me hacen presentir cuán doloroso es para el corazón adquirir este conocimiento. ¡Dios mío! ¡Cuán seca e insípida debe parecer la vida a los seres que han llegado al punto de considerar todos los afectos del alma como otras tantas ilusiones!

—Lo sería en efecto, si nuestro globo no tuviera sino los hombres por habitantes. Pero también está poblado por animales de toda especie, cubierto por una variedad de plantas y encubre brillantes metales en sus entrañas. Además, los mares de que está rodeada la tierra, el cielo nebuloso o brillante de estrellas, ofrece a nuestra admiración los más imponentes espectáculos. Con una inteligencia como la suya, ¿qué necesidad tiene del afecto de los hombres, para ocupar su pensamiento? A usted le gusta dibujar el paisaje ¡pues bien! encontrará en la satisfacción de ese gusto una fuente inagotable de goces. Animará sus cuadros poniendo animales que puede escoger entre aquellos cuyos instintos ha observado y tendrá así la oportunidad de representar las cualidades que usted busca en vano entre los hombres, pero cuyo modelo se lo ofrecerán los animales. Podrá también estudiar el inmenso reino vegetal y hará cada día nuevos descubrimientos en la organización de las plantas, en sus costumbres y su utilidad. ¡Ah! ¡Créalo, señorita, la naturaleza encierra bastantes tesoros para ocupar todas las facultades del ser inteligente, para que su alma esté encantada y sin sentir la más leve necesidad de interesarse en los miserables y pequeños dramas de los hombres!

Esta última respuesta de Mr. David mostraba que primitivamente había habido, en el corazón de ese hijo de Dios, algo bueno y hermoso. Pero la maldad de los hombres había ahogado en él los gérmenes de las virtudes. Todo acto de

abnegación le parecía un absurdo y en lugar de ser útil a sus hermanos, amándolos, no vivía más que para admirar las maravillas de la naturaleza.

Esta conversación nos había arrastrado más lejos de lo que pude pensar. Dieron las doce de la noche antes de que hubiera podido hablar de Mr. Chabrié. Éste bajó de su guardia y al encontrar a Mr. David en mi camarote demostró fastidio y le dijo cosas duras. No porque Mr. Chabrié estuviera celoso de Mr. David, sino porque temía que su amigo me hubiese hablado de cierta señora Aimée, cosa que Mr. David había hecho algunas veces. Mr. Chabrié se negó a venir a conversar conmigo. Respondió con brusquedad y cólera a la graciosa invitación que le hice. Es tal su mal carácter que, en su ira, es duro con sus mejores amigos, les hace sufrir y sufre él mismo durante días íntegros.

En la noche, no pude conciliar el sueño un instante. Repasaba en mi memoria la larga conversación que acababa de tener con Mr. David. Los argumentos que me había dado para probarme que la amistad no existe me helaba el corazón. Apenas cerraba los ojos, un horroroso espectro, el implacable egoísmo, se presentaba delante de mí haciendo presa de todo cuanto podía alcanzar. La horrible visión me aterrorizaba y despertándome sobresaltada, repetía las palabras de Mr. David: «La amistad no existe, los hombres no aman a las mujeres sino por amor». Este pensamiento me desesperaba y sentía que ya no estaba en mí sentir jamás amor por nadie. En la exaltación febril que hacía latir mis arterias con violencia, me decía: Sí, Mr. David dice la verdad. Chabrié nunca me amaré con amistad y si yo le revelo mi matrimonio, no me querrá con amor. Quiere que sea su esposa, no su amante. Desde el momento en que deba renunciar a la esperanza de casarse conmigo, conozco su delicadeza, huiré de mí. A este pensamiento, temblaba de espanto. Sola, en medio del océano, nada debía temer con su amor. La nobleza de sus sentimientos me defendía contra sí mismo y su intrepidez contra todo otro ataque. Si nuestro navío se hubiese destrozado contra las rocas del Cabo estaba segura de que Chabrié me hubiese salvado, protegido y su valor me hubiera hecho respetar. Si nuestro barco hubiese naufragado en pleno mar, estoy también segura de que Chabrié me habría llevado en la chalupa, me hubiera dado su último pedazo de galleta, su última gota de agua, y me hubiese alimentado con su carne para conservar mis días. En fin, si nuestra nave se hubiese incendiado sin haber tenido tiempo de salvarnos, Chabrié, consagrado por entero a su amor, me hubiese tomado en sus brazos y como me lo dijo cien veces con una expresión del alma, para salvarme de la horrible agonía de las personas que se ahogan, me hubiese hundido el puñal en el corazón. Confesaré que retrocedía espantada ante el temor de que al confesar a Mr. Chabrié toda la verdad, perdiese con su amor, la

poderosa protección que me ofrecía. El instinto de la propia conservación ha sido dado por Dios a todas sus criaturas y cuando la vida está en peligro, es permitido según creo, usar para defenderla de los medios que la Providencia deja a nuestro alcance. Tuve miedo del abandono. Mis días podían depender de la protección de otro ser y me asía del amor de Mr. Chabrié como el náufrago de la tabla que flota.

Además esperaba lograr que Mr. Chabrié comprendiera que mi amistad le sería tan dulce como el amor de las otras mujeres. No era orgullo de mi parte. Procedía de buena fe, pero me engañaba por completo.

Cuando me encontré a solas con Mr. Chabrié, me preguntó lo que había decidido sobre su suerte.

—He decidido —le dije—, que usted será mi amigo, toda la vida, mi excelente amigo a quien querré tiernamente.

—¿Y nada más?... —me preguntó con una voz emocionada—. ¡Ah! ¡qué desgraciado soy! continuó dejando caer la cabeza entre sus manos.

Quedé largo rato contemplándolo. Las venas de su frente se hincharon. Se estremecía como uno que tiene movimientos convulsivos. Todo en él anunciaba un profundo pesar.

Al verlo así, presa de dolor, pensaba en lo que me había dicho la víspera Mr. David: «los hombres no aman a las mujeres sino por amor». Así son los hombres, me dije, suspirando, desdeñan la amistad de las mujeres, no quieren sino amor y las acusan de duplicidad, no tienen para ellas sino un pequeño número de profesiones, tienen más que los hombres necesidad de relaciones de amistad. Pero si una mujer amante se halla en la necesidad de implorar abnegación, el hombre a quien se dirige, exige amor y sin inquietarse si ella puede o quiere dárselo, pone ese precio a los servicios de su amistad.

Después de haber quedado mucho tiempo absorto en sus pensamientos, Mr. Chabrié salió de repente de ellos con un movimiento brusco. Su expresión era altiva, su sonrisa sardónica, su voz agria:

—Así, pues, señorita —me dijo—, ¿usted no me ama?... En efecto concibo que el amor de un viejo lobo de mar como yo, debe parecerle muy ridículo a usted, acostumbrada a las elegantes maneras de los hermosos jóvenes de París, que saben decir lindas frases, pero que no sienten nada, o más bien, me equivoco, sienten *miedo*, pues ¿no me dijo usted una noche, cuando estábamos en la rada de La Praya, que uno de ellos había tenido miedo de su amor?

—Chabrié, usted me recuerda cosas que me desgarran el corazón.

—¡Perdón, señorita, creí en mi sencillez, que cuando una persona permanece impassible a la vista de los atroces dolores que causa, debe estar poco conmovida por un recuerdo!

—Chabrió, me hace usted sufrir. Es injusto para conmigo y no me ama usted tanto como me lo asegura.

—¡Que no la amo tanto como lo aseguro!... Pero, ¿no sabe usted, Flora, que la amo más de lo que yo mismo querría?

—¡Si eso es cierto, deme una prueba!

—¿Cuál?, dígala. Estoy pronto a darlas todas.

—Bien, ámeme con amistad.

—Es inútil pedírmelo. Usted sabe que soy su amigo y el de su hija, hasta mi último soplo de vida.

—Y este afecto ¿no tiene el poder de hacerlo feliz como yo deseo tan ardientemente que lo sea?

—No.

—¡Ah, Chabrió! ¡qué diferencia hay entre los dos! Yo estoy feliz de la amistad que siento por usted. Mi dicha sería completa si un sentimiento de la misma naturaleza llenara igualmente su corazón. Pero veo, con vivo dolor, que jamás sentirá usted ninguna alegría.

—¡Escuche, Flora! Si yo la quisiera menos, podría quizá engañarla, como a pesar de mi franqueza, me ha ocurrido más de una vez con otras. Dígame ¿cree usted que un hombre de mi edad puede permanecer horas enteras sentado a su lado, como me sucede cada día desde hace tres meses, sin enamorarse? Usted debe pensar que esto es imposible. Usted ve esas cosas relatadas en los libros, pero es mentira. Y usted querida amiga, ¿tiene aún sencillez como para creer en los libros!

—¿Por qué no habría de creerles, si me siento capaz de proceder tan bien como lo refieren esos libros?

— Usted quién sabe, querida, porque es un ser de excepción. Usted ha vivido desde su infancia entre lágrimas y dolores. La desgracia es un crisol en el que las almas nobles se purifican, mientras que yo he vivido en medio del túmulo del mundo, menos que David sin duda. También he conservado un alma para amar y ¿cómo quería usted, querida amiga, que no fuese sensible a todos los encantos de su persona? Toda mi vida he deseado gozar de un amor que llamaré completo: el de un alma bella unida a un físico agradable.

He amado a mujeres más hermosas que usted, pero privadas de corazón, esas bellas estatuas se convertían muy pronto en seres abyectos ante mis ojos. En cuanto a la última que retuvo mi afecto, no era hermosa, quedé fascinado por la apariencia de ciertas cualidades que yo supuse en ella. Me engañó. Su ingratitud me ha hecho mucho daño. Ahora, gracias a usted, mi buena Flora, ya no pienso en ella.

—Amigo mío, aquella mujer lo engañó porque quizá no quería más que su amistad y usted exigió de ella su amor.

—Querida Flora, usted es en toda circunstancia, de una sencillez que me admira. Sepa, pues, hija mía, que no hay amistad en el mundo. Sólo hay interés entre los malos y amor entre los buenos. Luego, usted sabe que a su viejo amigo Chabrié es menester colocarlo entre esta última clase.

Mi corazón se oprimió y repetí por lo bajo: Mr. David tenía razón.

A la mañana siguiente y los demás días, Mr. Chabrié regresó a mi camarote en donde la conversación continuó en el mismo tono. Me demostró siempre un amor tan puro como verdadero; pero vi que debía renunciar a la esperanza de inspirarle sólo amistad.

No sé si nuestros compañeros de viaje repararon en las atenciones y cuidados afectuosos que Mr. Chabrié tenía para conmigo. Su conducta era tan digna que, a pesar de sus largas y frecuentes visitas a mi camarote, esos señores me demostraban cada día más amistad y deferencia. ¡A tal punto un amor puro es cosa respetable y ejerce influencia sobre aquellos que son testigos de él!

Durante las duras jornadas del Cabo, yo tenía a menudo que hacer el oficio de conciliadora entre mis compañeros de viaje, esos ocho hombres cuya dureza e irritabilidad envenenan las menores palabras.

Mr. David tenía la grosera y burlesca costumbre de juntar siempre cuatro o cinco juramentos o epítetos cuando se expresaba sobre las cosas o dirigía la palabra a las gentes que hacían el servicio. No hablaba de los peruanos sino con una retahíla de términos injuriosos. Mr. Miota, que se molestaba con esto, no encontraba otro medio de vengarse que excitando a su vez el mal humor de los tres españoles, traduciéndoles las frases que probablemente amplificaba aún.

La vida a bordo es simpática a nuestra naturaleza. Al tormento perpetuo de las sacudidas más o menos violentas del balance, a la privación del ejercicio, de los víveres frescos, a la continuidad de los sufrimientos que agrían el humor y vuelven irascibles los caracteres más dulces, hay que

añadir el cruel suplicio de vivir en un cuartito de diez a doce pies, frente a siete u ocho personas a quienes se ve por la tarde, por la mañana, por la noche, a todo instante. Es una tortura que hay que haberla soportado para comprenderla bien.

Mr. David se levantaba muy temprano a fin de poder usar la mesa íntegra para afeitarse, peinarse y vestirse. Su toilette no se hacía sin ruido. Juraba como para hacer temblar a un ateo contra el pobre grumete que era en realidad tan sucio como perezoso, pero que tenía sólo sino dieciséis años y estaba casi siempre enfermo. Su estado reclamaba un poco de indulgencia y yo lo había tomado bajo mi protección inmediata. Mr. David no se atrevía ya a golpearlo desde que cierto día, en que casi lo mata, yo había intervenido y había obtenido de Mr. Chabrié la prohibición expresa de que se tocara a este muchacho. Terminada su toilette, Mr. David iba a la bodega a lanzar sus juramentos contra el teniente Manuel, cuya negligencia dejaba todo en desorden. La perra Cora era el siguiente objeto de su indignación. Después llegaba a las causas generales y Mr. David daba curso a su irritación, jurando contra el mar y los vientos, el comercio y los hombres. Desacreditaba, sobre todo, con el obligado acompañamiento de injurias, al Perú y sus habitantes. La voz de Mr. David, los lloriqueos del grumete, las respuestas de Manuel, los gritos de la perra, todo formaba tal escándalo, que los que sentían necesidad de sueño no podían dormir. Los oficiales que habían estado de guardia durante la noche se quejaban amargamente. Mr. Briet decía que jamás había oído tanto ruido a bordo de un navío. Mr. Chabrié apostrofaba entonces a Mr. David en términos poco mesurados. Éste respondía en el mismo tono. Se empeñaba la disputa y aumentaba aún más el estrépito que la había hecho nacer. Cuando daban las nueve, se servía el desayuno. Acusados y demandantes se encontraban reunidos y la disputa se prolongaba.

Desde el principio del viaje, me había abstenido de presentarme a esta comida y después lo convertí en regla. Comía muy poco y estaba casi siempre enferma en la mañana y prefería levantarme cuando se había acabado el desayuno y todo el mundo estaba en el puente. Me encontraba entonces más libre para mi toilette y mis pequeños arreglos. Como mi camarote no estaba cerrado sino con persianas, oía todo lo que se decía y veía cuanto sucedía en la cámara sin que pudiesen notarlo.

Esos ocho hombres reunidos durante el desayuno renovaban las recriminaciones con más fuerza y acritud que antes. Mr. Briet se quejaba en tono duro y seco y sus quejas provocaban la ira de Mr. Chabrié contra Mr. David, que hacía frente a todos con un aplomo imperturbable.

—Hay que convenir, Mr. David —decía Mr. Briet—, que usted hubiera sido un excelente despertador. Verdaderamente admiro, yo viejo marino, la facilidad con que jura usted contra la tempestad. Sin embargo, no creo que ésta le moje los cabellos, pues si así fuera, no estarían tan bien rizados. Me asombra que sus juramentos no corrijan a la amable perra de Chabrié de hacer sus inmundicias sobre el puente, lo cual hace el servicio sumamente atrayente. Y también que no vuelvan más cuidadoso a nuestro grumete, aunque emplea toda la mañana en calentar agua *dulce* para jabonar sus blancas manos. Estoy sorprendido de que no tengan más poder sobre ese buen Manuel. Parece, según he oído esta mañana, que no hace más caso de sus recomendaciones que de las mías. Es una maravilla Mr. David. Ciertamente puede usted atribuirse una gran parte de las tribulaciones que nos es preciso soportar en este querido *Mexicano*.

—Briet —decía Mr. Chabrié—, me mortifica que mi perra te disguste o te incomode. He dado a Labarre la orden de amarrarla en su tonel ¿por qué no me ha obedecido?

—Mi querido amigo, tu perra no me disgusta en lo menor. Pero te digo que a bordo de un barquito en donde no se puede dar cuatro pasos, no es agradable tener entre las piernas, durante la maniobra, a un gran diablo de perro como tu Cora. Uno de estos días nos hará quebrarnos el cuello.

—Pero antes de zarpar te pregunté si la querías y consentiste.

—Mi querido amigo, debes pensar que si cada uno de nosotros tuviese un animal a su gusto, mono, ardilla, loro u otro cualquiera, todos esos lindos animales harían de tu nave un infierno insoportable. Pero basta ya, no hablemos más.

—Estoy contento de lo que dice Briet. Usted ve, Chabrié, no soy el único en quejarme de su perra.

—David, usted es un imbécil y un egoísta. Mi perra puede incomodar a Briet pero no a usted que va al puente sólo para fumar un cigarrillo, a usted que está muellemente acostado a las ocho de la noche cuando no tiene que conversar con la señorita Flora. ¿Qué incomodidad puede causarle Cora?... Veo, mi querido David, el fondo de su pensamiento. Usted quiere por medio de mi perra desviarnos de la conversación que había comenzado Briet. ¡Pues bien! Vuelvo a ella, e interpele a todos estos señores para que nos digan si sus perpetuos juramentos y su alboroto de todas las mañanas no les incomoda más de lo que puede hacerle Cora.

—¡Oh! En cuanto a eso —respondía a Mr. Briet—, Chabrié tiene razón. Estoy seguro de que Mr. Miota, y don José son de la misma opinión.

—Confieso —decía Mr. Miota—, que no es muy agradable ser despertado a las seis de la mañana por el alboroto de Mr. David y oír tratar a los peruanos de ladrones, de tunantes, de malvados, de bandidos.

—¡Ah! —decía burlonamente Mr. David—, allí está Mr. Miota con sus susceptibilidades peruanas. Pero, mi querido señor, usted sabe bien que, cuando hablo así de los peruanos, exceptúo primero a usted, a su familia y a todas las familias honorables. Hablo de los peruanos que son ladrones, tunantes, bandidos. Pero no me negará usted que los hay en su país como los hay en Francia, en Inglaterra y, en fin, en todas partes. Pues, allí donde hay hombres, el uno trata de engañar al otro.

—Señor, como es en términos generales en que habla de los peruanos, usted ataca a todos mis compatriotas.

—Pero, mi querido señor Miota, usted no conoce a sus buenos compatriotas. Usted dejó su país a la edad de dieciséis años. No niego que hayan allí como en todas partes, familias muy respetables; tales como la suya, la de la señorita Tristán y muchas más. Pero, le repito, la mayoría de los habitantes son ladrones.

—¿Sabe usted bien señor David, que si debiéramos creerlo nos consideraríamos aquí como otros tantos ladrones, bribones y malvados y no sería eso muy tranquilizador para la asociación que hemos formado juntos?

—Por Dios, Briet, no hagas caso de lo que dice David. ¿No ves que su placer, después de haberse acicalado y de haber fumado decenas de cigarrillos es el de vociferar contra los hombres? Y como el amigo David, con todo su espíritu es, a mi modo de ver muy bruto, está en constante contradicción con sus principios. ¡Ay! ¡mi amigo! cuando se detesta a los hombres se vive en los bosques con los animales y no como usted que no puede estar un instante sin compañía.

Sobre este tono se entablaban casi todas las conversaciones del desayuno. En cuanto me levantaba Mr. Miota venía a darme quejas. Trataba de hacerme participar de su indignación, demostrándome que Mr. David me insultaba junto con la nación peruana. Yo lo calmaba lo mejor posible y le hacía prometer que no respondería una palabra a Mr. David. Cesáreo, de carácter orgulloso y violento, estaba furioso, azuzaba a su tío, así como a Fernando, formaba proyectos de venganza contra Mr. David y era necesario que ejerciera toda mi influencia sobre él para impedir que este niño hiciese alguna escena.



Conversaba con menos frecuencia con Mr. Briet, pero cuando esto sucedía, me llegaba a decir que nunca más formaría una asociación y en su vida pondría los pies a bordo de un navío en donde el capitán olvidaba, al no hacerse respetar, el primer deber que le incumbía.

Cuando daban las tres de la tarde, Mr. David venía a mi camarote a preguntarme cuáles eran los dos platos de conservas que prefería para la comida. Durante todo el curso del viaje, no faltó un día a esta deferencia, pero era tan astuto que tenía la mayor habilidad para hacerme escoger siempre los platos que le convenían, sin inquietarse si les convenía a los demás. Yo aprovechaba de esta visita para regañarle por su conducta de la mañana.

—Querida señorita, perdóneme hoy. Le prometo que en adelante juraré mucho menos. Le doy mi palabra que creía que estaba dormida. Usted sabe que nunca juro delante de usted.

—Pero, mi querido David, ¿por qué acumula usted tantos juramentos? Uno solo vale por mil ¿Y qué significa esa retahíla de epítetos que usted lanza? Si el grumete los mereciera todos ¿sabe usted que sería un ser extraordinario? En nombre del cielo, por consideración a nosotros, conténtese con un solo juramento y un solo epíteto. No grite durante una hora, pues todo lo que dice no hace al muchacho más limpio, en cambio nos despierta y nos hace daño.

—Señorita, me permitiría decirle que es usted quien echa a perder al grumete. Ese tunante se siente sostenido por usted y por Chabrié quien hace todo cuanto usted quiere. Y ya ve como marcha todo aquí.

—Encuentro, señor, que todo marcha aquí tan bien como es posible que suceda a bordo de un barco pequeño e incómodo como el nuestro. Usted es duro para con un niño siempre enfermo, de constitución débil y que sin embargo, sirve a nueve personas, con poca inteligencia es cierto, pero con una gran suma de buena voluntad.

—Con su sistema de indulgencia, todo se encuentra bien, pero confieso que no lo adopto. Sin el temor no puede uno hacerse obedecer y ese bribonzuelo de grumete...

—¡Y sus epítetos contra los peruanos! ¿Cree usted que Mr. Miota y yo debemos estar muy satisfechos de oír tratar así a nuestra nación?

—Pero, señorita, usted es francesa.

—Yo nací en Francia, pero soy del país de mi padre. Es la casualidad lo que nos hace nacer en un lugar o en otro. Mire mis facciones y dígame a que nación pertenezco.

—¡Ah coqueta! me hace esta pregunta para que le diga un piropo sobre sus lindos ojos y sus hermosos cabellos andaluces.

— Señor David, debe usted saber ya, mejor que nadie, cuán poco sensible soy a los cumplimientos. Trata usted de escapar a mis amonestaciones. Se lo repito por vigésima vez: Mr. Miota está profundamente herido por la manera como habla usted de los peruanos delante de él.

—Puede usted creerme, señorita, que mi intención no ha sido jamás la de insultar a Mr. Miota y menos a usted. Cuando usted y él conozcan a los peruanos dirán: David tenía razón... Querida señorita, usted sabe cómo la estimo. He oído muchos elogios sobre su familia. Su tío Pío, es un hombre muy respetable, según dicen, pero le aseguro que los peruanos en masa son los más viles pícaros que se puede uno imaginar.

—Si es así, señor ¿cómo se ha quedado diez años en ese país y por qué regresa a él?

—Porque hay dinero por ganar.

—Pero hay ingratitud en hablar mal de gentes que le permiten hacer su fortuna.

—¡Ay! ¡valiente mérito el que tienen! Les he vendido mis mercaderías al precio en plaza. Si han comprado es porque las necesitaban. No veo por qué razón habría de tenerles agradecimiento.

Mr. David no veía sino el interés como móvil de los hombres. No podía, pues, ser accesible al reconocimiento. Me parece, después de todo, que debemos demostrar benevolencia para el país donde hemos encontrado protección para nuestras personas, nuestros bienes y nuestro trabajo. Si Mr. David hubiese sido consecuente con sus principios, no hubiese acusado la probidad de los peruanos y si hubiese tenido filantropía hubiese deplorado su ignorancia.

Llegaba la hora de la comida. Todos se habían acicalado ligeramente y la conversación durante ella tomaba distinto giro que la del desayuno. Alegres o tristes *según el viento*, cuando estábamos en buena ruta y el vaivén no era muy fuerte, la charla se hacía muy entretenida y estaba llena de salidas de ingenio.

Mr. Chabrié salía de su cabina frotándose las manos.

—¡Vamos, vamos! Amigos míos, paciencia. Nuestro tiempo de miseria toca a su fin. Señorita Flora, estamos en buena ruta y hacemos ocho nudos. Puede venir a la mesa, sin temor de que la sopa se derrame sobre usted. El mar está tranquilo como una niña con los ojos azules....

Vamos, Mr. Miota ¡un poco de valor! dentro de ocho días estaremos en Valparaíso. ¡Oh! ¡qué felicidad! Señores, hagamos algunos proyectos de gula, a fin de que esto nos ayude a engullir este buey salado y los frejoles que el maestro David nos hace poner todos los días en la mesa... Señorita Flora ¿qué comerá usted el primer día de nuestra llegada a Valparaíso?

— Café con crema, naranjas y helados.

— ¡Peste! ¡Va a engordar mucho con ese alimento!...

— ¿Y usted señor Miota?

— ¿Yo? alcachofas con salsa, ensalada y huevos en la nieve.

— ¡Bravo! Le predigo que con ese régimen señor Miota, conservará por mucho tiempo su figura de Cristo. ¡Qué gusto tan singular tienen ustedes los peruanos!

— ¿Y tú, Briet?

— Yo me regalaré con buena mantequilla fresca y con una botella de buena cerveza.

— Ese Briet puede ir a California, pero siempre es bajo-bretón. ¿Y usted, David?

— Yo me haré servir una buena pierna de carnero, un pavo, riñones en Champagne, un fricassé de pollo con cebollas, después algunos platos de legumbres frescas, cremas, fruta...

— En realidad, David, se creería que se le ha hecho ayunar aquí durante tres meses por la manera como proyecta *atracarse*... Por mi parte me contentaré con una cabeza de ternero una perdiz con coles y algunas manzanas.

Durante el postre la conversación versaba sobre política, los viajes o los lugares preferidos de manera especial por cada uno de esos señores.

Mr. Chabrié era republicano, Mr. David, legitimista y Mr. Briet bonapartista.

Mr. David, con su tono pedante y contundente, hacía rabiar a Mr. Chabrié ridiculizando a su partido. Se dirigía a Mr. Briet en los términos más burlescos sobre su difunto emperador.

— Sí, señor David —decía Mr. Briet—, sostengo que el emperador está más vivo que su viejo espantajo. El espíritu de Napoleón sobrevive entre los franceses, en tanto que, sus tres reyes jesuitas, padre, hijo y nieto, que cazan en Alemania, se han hundido para siempre.

—Briet te equivocas —replicaba Mr. Chabrié—. Desde 1816 has salido de Francia e ignoras los cambios que se han operado en los espíritus. La juventud, ahora, no aceptará ya un emperador, ni nada que se le parezca. Ya no considera a Napoleón a pesar de toda su gloria, sino como a un tirano que oprimió la república tal como lo había establecido la constitución del año III. El pueblo de 1830 quiere libertad...

—¡Ah! ¡Qué curioso es este Chabrié con su libertad! —decía Mr. David—. Se llena la boca cuando pronuncia la amada palabra *libertad*. Chabrié ¿quiere usted su gorro frigio? Haría un magnífico efecto sobre su casquete de seda negra y con su tosca chaqueta tejida.

*Chabrié*. —Señor David, no son esas bromas repetidas desde hace cuarenta años por las viejas matronas del barrio de Saint Germain, las que impedirán el progreso de la nación. Cuando se formaba la opinión en los salones de Versalles, concibo la importancia que debían tener entonces los cuodlibetos sostenidos por los grandes señores y las prostitutas de la corte. Pero ese buen tiempo ya pasó. Los hijos de los antiguos cortesanos se ríen entre ellos de los chistes de sus padres, sin que nadie más les preste atención.

David. —Concibo que, en efecto, los razonamientos de los banqueros y de los tenderos sobre política, son mucho más divertidos... Las frases de sus periodistas y de sus oradores de tribuna son de una necedad para morir de risa. Paul Louis Courier tenía razón: es en verdad un gobierno recreativo.

Briet. —¡Ah! En tiempo del Emperador no existían todos esos charlatanes.

*Chabrié*. —No soy, más que usted, partidario del gobierno que nos rige. No habrá felicidad para nosotros sino cuando estemos en la república.

Briet. —No seremos felices sino cuando tengamos un amo que sepa hacerse obedecer como el gran Napoleón.

David. —Briet, si habla usted siempre en forma tan oportuna, estaré con más frecuencia de acuerdo con su opinión.

*Chabrié*. —Pero ¿cuál, es pues, su sistema de gobierno?

Mr. David, a quien le agradaba oír primero a su antagonista, respondía con la misma pregunta:

—¿Cuál es el suyo, Chabrié?

Mr. Chabrié entraba entonces en grandes detalles sobre la organización de su república. Pero como no soy publicista, confieso que prestaba poca

atención a esta parte de la conversación. Su sistema consistía, según podía yo comprender, en hacer distribuir todos los empleos por el pueblo y en hacer a todos los individuos hábiles para desempeñarlos. Terminaba diciendo:

—Espero, señor David, que va a decir que mi organización republicana está calcada sobre la de los Estados Unidos. Mas los resultados obtenidos en aquel país ¿no deberían animarnos a adoptarla para nuestra patria?

David. —¿Cómo es posible mi querido Chabrié, que incurra usted en semejantes desvaríos? ¿No ve que los diez millones de población de los Estados Unidos ocupan un territorio más extenso que los treinta millones de población francesa? Por consiguiente en Francia, la propiedad tiene mayor importancia y menor el individuo. Además ¡qué hermoso país para habitar en él, los Estados Unidos! El obrero es de una insolencia que subleva. No puede uno hacerse servir en ninguna forma. La voluntad de un populacho sin freno hace la ley, hasta el punto de que el individuo que le desagrade no está seguro. Allí se ve incendiar las iglesias católicas en virtud de la libertad de cultos; matar a las gentes de color en nombre de la igualdad ante la ley, y tener a tres millones de negros en la esclavitud por respeto a la libertad individual. En verdad, mi querido Chabrié, debería usted escoger mejor sus modelos. Yo viviría más a gusto en Turquía y no en sus países de libertad.

Chabrié. —¡Oh! Sé que usted prefiere los países en donde el pueblo es servil, en donde el hombre que tiene bienes es todo y el proletario, nada, porque pertenece a la primera de esas dos clases y a usted le gusta que lo adulen. Pero la cuestión es saber si el mayor número se encuentra mejor. En cuanto a mí, nunca comprenderé la justicia que hay en sacrificar el bienestar de veinticinco millones de proletarios para el mayor provecho de tres o cuatro millones de propietarios.

David. —¿Qué entiende usted por *justicia*?

Chabrié. — Estoy admirado de su pregunta. La justicia tal como la entiendo, es esta regla que Dios ha puesto en nuestras almas y que ni el salvaje ni el hombre civilizado, pueden desconocer.

David. —Amigo mío, en todas partes se considera por justo, o injusto lo que es conforme o contrario a la ley del país o a la voluntad de quien hizo la ley. El mejor gobierno es para mí el que me ofrece más ventajas.

Chabrié. — Es la respuesta de un ateo y de un egoísta.

David. —Sus planes de gobierno, soñados por otros antes que usted, no han podido ni podrán triunfar jamás, porque somos en Francia más egoístas que

en ningún otro país y como no creemos en los dogmas religiosos, la religión no es para nosotros ningún freno.

Briet. –El mejor gobierno fue el organizado por el emperador. Francia no puede ser feliz después de las humillaciones sufridas y con los límites que le han dejado. La gloria es necesaria a su felicidad.

Chabrié. –¿No ves, Briet, que bajo el gobierno de uno solo, el despotismo se acrecienta con la extensión del territorio? Puesto que has vivido en la China, debes haber visto el ejemplo de cuanto digo.

Briet. –Pero la China no está mal gobernada. Los mandarines son obedecidos como los comandantes a bordo de nuestros buques de guerra. El país está bien cultivado. Hay canales en todas direcciones y los chinos hacen, en materia de industrias, cosas que a nosotros nos costaría mucho trabajo imitar.

Chabrié. –Briet, no somos chinos y no soportaríamos ser gobernados como ellos... Parece David, que no cree usted en el progreso; pero en definitiva ¿qué gobierno desearía usted para Francia?

David. –Efectivamente, no creo en el progreso en el sentido en que usted lo entiende, sino más bien en el de los vicios de nuestra naturaleza. Hay naciones como los hombres. Al envejecer, los preceptos de moral tienen menos influencia sobre ellos y he ahí por qué los pueblos se inclinan, a medida que envejecen, a reformar la autoridad. El gobierno que convendría a Francia es aquél establecido por el tiempo, el cual se desplomó no porque sus instituciones estuviesen carcomidas (como las gentes de la opinión de usted repiten sin cesar), sino que fue demolido, porque quienes obtenían más ventajas de aquel gobierno, tuvieron el inconcebible extravío de abandonar su cuidado y favorecer a los demoleedores.

Chabrié. –Si no fuera un ateo, David, usted vería el dedo de Dios en ese gran acontecimiento.

David. –Dios se inclina hacia los grandes ejércitos. Dios abandona a los débiles y a los imbéciles.

Chabrié. –¿Cree usted, pues, que nuestras antiguas instituciones eran buenas, aunque se hayan derrumbado? Pero actualmente ¿qué quiere usted poner en lugar de lo que existe?

David. –Si Napoleón hubiese sido legítimo, hubiera resuelto el problema.

Chabrié. –¿Querría entonces un gobierno imperial?

David. —Quiero decir que si Napoleón no hubiera estado maniatado por sus antecedentes, si para dominar a los revolucionarios no se hubiese visto forzado a dar curso a su ambición, haciendo guerras perpetuas y si, en fin, hubiera sido dado a un usurpador poder hacerlo, él habría restablecido por completo las antiguas instituciones, a las que las suyas, con nombres diferentes, se parecían en el fondo cada día más. Y no hubiera tenido la insigne locura de Luis XVIII, quien al encontrar la comedia demasiado corta, quiso empezarla de nuevo y sin tener en cuenta la suerte de su desgraciado hermano, exhumó la soberanía del pueblo para ponerla frente a la que acababa de recuperar.

*Chabrié.* —Pero, vamos al grano, ¿iqué gobierno quisiera usted en la actualidad?

*David.* —Acabo de decirlo: quisiera que se restableciese, con las modificaciones aprobadas por la experiencia, la antigua forma de gobierno. Desearía ver a las provincias administradas por intendentes, bajo el control de las asambleas provinciales, las que serían nombradas por los grandes propietarios y las corporaciones. Desearía que el gobierno se descentralizara y que cada provincia fuera dueña de arreglar sus propios negocios, por medio de su asamblea. Quisiera, en fin, que se acabara con el gobierno charlatán y se enviara a sus casas a nuestros muy queridos diputados, así como a esa mascarada de Cámara de los Pares.

*Chabrié.* —No querría usted la libertad de prensa?

*David.* —Sí, pero para las tarjetas de visita únicamente.

*Chabrié.* —¿Y a quién pondría usted por rey? ¿Al duque de Burdeos o a Luis Felipe?

*David.* —Creo que el principio de la legitimidad consagrado en la persona de Enrique V, sería una garantía para la tranquilidad presente y futura.

*Briet.* —Sí, una garantía de tranquilidad como lo fue Luis XVIII, huyendo a Gante a la aproximación del gran Napoleón, quien ¡con ochocientos hombres solamente! se propuso expulsarle. Una garantía de tranquilidad como lo ha sido Carlos X, a quien cincuenta mil hombres no han podido sostener sobre el trono en presencia del pueblo sublevado y ahora caza en las selvas de Alemania con el héroe del Trocadero y Enrique V, Mr. David.

*David.* —*Habitarunt dii quoque selvas.*

*Chabrié.* —Cada cuba huele al vino que tiene. Ese demonio de David es siempre pedagogo. No puede olvidar que fue profesor de idiomas y no puede perder la costumbre de escupir su latín a cada paso.

*Briet.* —Si es algo bueno podría usted traducirlo para todos nosotros, pobres diablos que no hemos tenido los medios de estar en el Colegio Bonaparte. ¿No es en ese colegio en donde aprendió usted su latín?

*Chabrié.* —Y todavía gratis. ¿Por qué, pues, David, su padre no se hizo dar un título de barón bajo el usurpador?

*David.* —Porque no tenía necesidad de él.

*Chabrié.* —Sin embargo, tenía necesidad para arrastrar su carroza del puesto otorgado por el Emperador. Me admira que no haya aprovechado de la ocasión para hacer agregar algo a su nombre, a fin de que, en el correo por lo menos, se le pudiera distinguir del peluquero de la esquina.

*Briet.* —Pero, Mr. David ¿no se llama Mr. de la Cabusiére y sus hermanos de Thiais?

*Chabrié.* —¡Dios mío! Si la inocente fantasía te seduce, no te costará muy caro satisfacerla. No tendrás más que emplear el mismo procedimiento. Compras en Bretaña sólo media fanegada de bosque, la bautizas con un nombre sonoro y las unes con la noble partícula de honorable nombre que tu padre te dejó.

*Briet.* —¿Y que ganaría yo con esto?

*Chabrié.* —¡Lo que ganarías! ¡Pero, es muy sencillo, Briet! ¡Ganarías lo que gana David! Ser otro imbécil de quien nos burlaremos.

*David.* —Chabrié, si hago mal en hablar latín a quienes cuando más hablan francés, dudo que usted proceda más cuerdamente al responder a mi razón con tonterías.

*Chabrié.* —¿Y quién es el santo que tendría la paciencia de responder de otro modo a la vanidad y al absurdo de que usted hace alarde? Es preciso ser tan necio como un rey legítimo destronado para venir a ponderarnos al viejo gazmoño y a la madre desvergonzada de su Enrique V. Hay que ser un extravagante para firmar con el nombre ridículo de la Cabusiére, una carta en la cual no se trata sino de gros de Nápoles, de telas y de blondas. ¡Cómo deben reírse los comerciantes cuando reciben semejantes epístolas! Ahora que nuestra sociedad tiene carácter público, le declaro David que no quiero que firme nuestras cartas de comercio con un endemoniado nombre feudal. No quiero que el ridículo recaiga sobre mí.

*David.* —Chabrié, es usted tan brutal, que no se puede hablar de nada con usted.



*Chabrié.* —Tengo el valor de ser franco con mis amigos, porque quisiera verlos corregirse de sus defectos. Pero usted tiene demasiado amor propio para reconocer los suyos y llama brutalidad a la franqueza. Además, si yo señalo sus absurdos defectos es porque otros pueden percibirlos igualmente y no quiero ser ridiculizado en la persona de mi asociado. Todavía es tiempo de corregirse. No han echado raíz, pues en el fondo es usted menos necio de como hubiesen querido verlo sus grandes y poderosas primas del barrio de Saint Germaín.

La mitad del mundo se ríe de la otra mitad. Ese adagio es muy cierto. Pero como cada uno de nosotros tiene sus defectos nadie puede tener el derecho de ofenderse por los de otro y la franqueza, para producir buenos efectos, no debe tener acritud ni violencia. Mr. David, debía necesariamente sentirse herido por una franqueza expresada con esa virulencia. Mr. Chabrié tenía más bien el aire de quererlo desafiar y no el de tratar de corregirle su vanidad, al mostrarle su ridiculez.

En cuanto al resultado de las discusiones, el pobre David, a pesar de su imperturbable aplomo, tenía que luchar contra los dos marinos y era siempre derrotado. Chabrié, con sus fogosas salidas, Briet con la acre verdad de sus observaciones, aplastaban a *Mr. de la Cabusiére* y triunfaban de sus brillantes frases pedantes o sofistas. Cuando se veía en una situación desesperada cambiaba con una admirable destreza el curso de las ideas de sus dos interlocutores. Conducía a Briet a sus viajes y a Chabrié a Lorient. Briet era el único que podía hablar de la China. Había permanecido algún tiempo en ese inmenso imperio y como ningún otro de los de a bordo había ido, no tenía contradictores. Se le escuchaba y la irritación se calmaba. La conversación sobre Lorient era más borrascosa. Mr. Chabrié tenía el defecto de ser regionalista. Su vida de viajes no había disminuido en nada un amor exclusivo por su ciudad natal. A sus ojos nada era bueno ni estaba bien sino en Lorient y citaba a Lorient a cada paso.

—Nos va usted a probar, decía Mr. David, que Lorient vale más que París, ¿no es eso?

—Sí, se lo probaré. Primero, se come mejor. Después, las mujeres son más bonitas, bailan con más gracia. En fin, es sólo en Lorient en donde canto realmente bien, porque sólo allí me saben acompañar con método.

—¡Pobre hombre! ¡Qué gracioso es usted con su Lorient!

—¡Y su París! ¡qué hermoso! Un lugar en donde no se pone sal en el pan, ni condimentos en las salsas. En donde todos los hombres se tratan como

amigos desde la primera vista y en donde las mujeres no conocen más amor que el de las modas y el de los espectáculos.

—Eso se lo concedo. Pero aparte de la sal y de los condimentos con que se envenena la cocina de Lorient, ¿cuáles son las grandes diferencias en las costumbres? No creo que se encuentren mujeres más amantes ni amigos más sinceros que en París.

—David, si usted conociera la sociedad de Lorient no hablaría así.

—Y qué, amigo mío, he estado allí durante veinte días y ese tiempo me ha bastado para conocer el modo de ser de su ciudad. Sus mujeres me han parecido menos ligeras que las parisienses; pero en cambio son frías, egoístas, amaneradas con exceso y sin gracia, aunque usted quiera encontrárselas en el baile. En cuanto a los hombres me han parecido muy bruscos, lo que se llama malhumorados y no más francos que los parisienses.

Esas discusiones sobre Lorient y París eran interminables entre Mr. Chabrié y su amigo. Mr. Briet permanecía indiferente. No le gustaba la estancia en ciudades pequeñas y su proyecto era el de retirarse al campo. Mi posición me obliga a una reserva de cada instante. Nunca imaginé al partir la penosa tarea que me imponía tomando el título de *soltera*. En efecto, me era necesario olvidar todo mi pasado, mis ocho años de matrimonio, la existencia de mis hijos y en fin el papel de señora, completamente distinto al de señorita. Como tengo una extrema franqueza y mucho de sencillez, a veces arrastrada por el calor de la imaginación, en una conversación animada hablo con tal rapidez que dejo escapar mi pensamiento a medida que nace sin ver el resultado completo antes de haberlo expresado. Por eso temía esta viveza de mi temperamento y no me atrevía a hablar. Temía olvidar mi posición y nombrar por descuido a mi hija y, arrastrada por los sesgos imprevistos de la conversación, llegar a no contener mi indignación contra las leyes que, en Francia, rigen el matrimonio.

Temía, en fin, traicionarme. Ese temor me ponía en zozobra perpetua y hacía reprimir el vuelo de mi pensamiento, me tenía silenciosa y no respondía sino brevemente a las preguntas de los otros.

Mi temperamento sanguíneo aumentaba el embarazo de mi situación y a veces he deplorado que nuestra voluntad no pueda ejercitarse sobre el oído como sobre la voz. A la menor palabra, a la inflexión que le era dada, a una sola mirada, me sonrojaba a tal punto que atraía la atención de todos aquellos señores. Estaba en un suplicio, temía que mi pensamiento íntimo se revelara o fuera mal interpretado. Mr. Chabrié sólo comprendía a veces esos súbitos rubores. Hacía cuanto podía para evitármelos. Pero la malicia y las bromas de

Mr. David, la franqueza sin freno de Mr. Briet, las preguntas algo indiscretas de Mr. Miota, todo me torturaba de la manera más penosa.

Acabo de exponer la vida que hacía en el *Mexicano*. Esta vida de a bordo, en general de una monotonía tan fatigosa, se variaba con la diversidad de nuestros caracteres y de nuestra posición social y de nuestros esfuerzos para soportar el fastidio. Celebrábamos el domingo consumiendo, en la comida, pasteles y conservas de frutas. Bebíamos Champagne o Burdeos. Al terminar esa comida, Mr. Chabrié cantaba arias de ópera o romanzas. Esos señores me prodigaban grandes atenciones y me hacían frecuentes lecturas. Cuando Mr. Miota se sentía bien venía a leer a mi camarote los autores de la escuela a que pertenecía: Voltaire, Byron... Mr. David me leía el *Viaje del joven Anacharsis*, Chateaubriand o las fábulas de La Fontaine, Mr. Chabrié y yo leíamos Lamartine, Víctor Hugo, Walter Scott y sobre todo Bernardino de Saint-Pierre.

Al salir de Burdeos habían dicho: en ochenta o noventa días estaremos en Valparaíso y sin embargo, Mr. Briet escribía en el diario de a bordo: «El día 120 en mala ruta». Entonces el desaliento comenzó a manifestarse entre nosotros. Temimos que faltara agua. Todo el mundo se puso a ración. Un pequeño candado cerró el tonel de consumo, a fin de que no se pudiera extraerla sino en presencia del oficial de guardia. Eso hizo nacer continuas disputas. Los marineros robaban agua cuando podían. El cocinero bebía la que le daban para la comida y nos servía la sopa tan espesa que no se podía tomar. Don José perdía su filosofía a medida que sus cigarrillos disminuían. Mr. Miota no tenía ya nada que leer. Su impaciencia y su fastidio llegaban al colmo. Todos, en una palabra, sufrían del dolor que consideraban más sensible. El *verdadero marinero* Leborgne no cesaba de repetir que mientras quedara a bordo un puerco se tendrían vientos contrarios.

Chabrié y Briet estaban, como marinos, horriblemente fatigados del largo viaje. Pero el pesar moral que sufrían dominaba con mucho toda su fatiga. Los tres asociados no podían creer, con razón, que los dos navíos destinados para el mismo puerto en compañía de los cuales habíamos dejado las orillas de Burdeos, hubiesen sido contrariados en su viaje como lo habíamos sido nosotros. Abrigaban las más vivas inquietudes acerca de la venta de sus mercaderías, pues tenían la certidumbre de llegar a Valparaíso cuando ya los dos concurrentes hubieran atiborrado los almacenes del país con mercaderías semejantes a aquellas que el *Mexicano* traía. Como hombres de honor y previendo el mal éxito de su viaje, los torturaba el temor de no poder cumplir con los compromisos contraídos. Su ansiedad duró hasta nuestra llegada. Sólo los negociantes pueden tener una idea justa del tormento soportado por ellos. David juraba contra el viento y se desesperaba. Mr. Briet me decía con

tristeza: «No concibo todavía cómo he podido exponerme a los azares del mar, yo que tengo tan poca ambición; pero a mi regreso a Francia, no encontré un sólo amigo, tuve una sola persona capaz de hacerme esta pregunta ¿para qué se embarca usted de nuevo? Y por falta de plan decidido, por ociosidad, por costumbre, como sucede a los marinos, me embarqué». Mr. Chabrié era el único de los tres asociados que soportaba con valor la desgracia que le amenazaba. Ponía las cosas en lo peor, pagaba a los fabricantes con todo cuanto poseía y si no tenía lo suficiente, contaba para acabar de liberarse con su actividad infatigable, con su profesión de marino y con su conocimiento de los negocios comerciales. Me desesperaba la idea de que mi amigo, tan desgraciado hasta entonces en sus empresas y amores, pudiera arruinarse por los resultados de este viaje. A cada momento preguntaba de qué lado soplabá el viento y la respuesta del marinero, la expresión de Mr. Briet o la de Mr. David me penetraba del más vivo dolor.

Pude convencerme, en esta circunstancia, hasta qué grado llegaba Mr. Chabrié en la delicadeza de sus sentimientos. He dicho cómo había aceptado su amor, tanto para no desesperarlo como para asegurarme su poderosa protección. Desde aquel momento hacía sin cesar proyectos brillantes de esperanza, persuadido como estaba de encontrar la felicidad en nuestra unión. Yo escuchaba primero esos planes de dichas sin el pensamiento de partir en su realización. Después, gradualmente, su amor me penetró de tal admiración que me acostumbré a la idea de casarme con él, quedándome en California... Comprendo que las gentes establecidas cómodamente en su hogar en el que viven felices y honradas, se admiren por las consecuencias de la bigamia y sientan desprecio y vergüenza por el individuo que incurre en culpa. Pero ¿quién comete el crimen, si no es la absurda ley que establece la indisolubilidad del matrimonio? ¿somos acaso todos tan semejantes en nuestros afectos y eran nuestras inclinaciones, cuando nuestras personas son tan diversas para que las promesas del corazón, voluntarias o forzadas, sean asimiladas a los contratos relativos a la propiedad? Dios ha puesto en el seno de sus criaturas simpatías y antipatías ¿acaso ha condenado a alguna a la esclavitud o a la esterilidad? El esclavo fugitivo ¿es criminal a sus ojos? ¿lo es cuando sigue las impresiones de su corazón, la ley de la creación?...

El afecto que sentía por Mr. Chabrié no era amor apasionado como ya había yo sentido antes de conocerlo. Pero era un sentimiento de admiración y de reconocimiento. Cuando fuera su esposa lo amaría más y sentía que si con él no encontraba esa suprema felicidad —quimera acariciada por mí siendo más joven— encontraría al menos ese reposo, esa tranquilidad a que aspiraba, ese afecto verdadero y seguro que se aprecia tanto después de las desgarradoras

decepciones de una vida borrascosa. Poníamos a Mr. David dentro de nuestros proyectos. El quería a Mr. Chabrié y éste se había habituado de tal modo al carácter original y jocoso de su amigo, que se le había hecho indispensable.

Mr. David me quería mucho y sea que sospechara las intenciones secretas de Mr. Chabrié, sea que las presintiera, le repetía a menudo:

—¡Es una buena persona, la señorita Flora! Si pudiésemos decidirla a quedarse en Centro América seríamos muy felices. Yo no sé de donde le vienen sus prevenciones contra el matrimonio, pero ella lo quiere a usted mucho y pienso que al fin se decidirá a casarse con usted. En cuanto a mí, he jurado odio al matrimonio, me quedaré con ustedes y les ayudaré a arrullar a los chiquillos, a quienes quiero con locura hasta la edad de siete u ocho años.

Por mi lado, me acostumbraba también a Mr. David. Era complaciente conmigo, era instruido y su compañía en mi hogar no me habría desagradado. No le interesaba regresar a Europa, por el contrario, le gustaba de preferencia el clima de América y si hubiera podido vivir con personas de su agrado, se habría establecido con gusto. Tales eran las disposiciones en que me encontraba al final del viaje.

Una tarde, creo que al 120 día Mr. Chabrié me dijo:

—Mi querida Flora, consuélame, porque sufro mucho al ver que David se desespera como lo hace. Briet está enfermo y me reprocha haberlo comprometido en esta especulación.

—¿Qué hacer, mi pobre amigo? No está en nuestro poder cambiar el viento. El *Carlos Adolfo* y el *Fletes* han llegado probablemente desde hace tiempo a Valparaíso. Es un viaje perdido; pero, amigo mío, yo lo quedo a usted.

—¡Oh!, excelente amiga, no deploro este viaje sino por David y Briet. ¡Ya llegó a mi vida la era de la felicidad! Es en este viaje cuando la dicha ha comenzado a despuntar para mí.

—Querido amigo, hasta aquí, en nuestros proyectos de unión, ni el uno ni el otro hemos pensado en las ventajas de fortuna que podríamos encontrar. Permítame por primera vez decirle dos palabras. Usted sabe que me dirijo donde mi familia, con la esperanza de recoger, si no la totalidad, por lo menos una parte de la herencia de mi padre. Si obtuviera todo, tendría un millón. Pero, como mi título de hija legítima puede ser discutido, no cuento con el millón. Esperemos solamente que, como hija natural, recibiré el quinto de esta suma y además el regalo que pudiera hacerme mi abuela. Porque, mi querido amigo, todo cuanto poseo es suyo. Con esta suma podrá usted pagar sus facturas y proporcionar aún a David los medios de comenzar sobre nuevo pie.

— La reconozco bien en esta generosidad. Pero, querida amiga, le voy a hacer conocer el fondo de mi corazón. Esta fortuna esperada, de la que es usted tan digna de gozar, yo la temo: tiemblo ante la idea de que pueda llegarle.

—¿Y por qué, mi buen amigo?

—¡Querida mía! Le repito que no conoce usted la bajeza de los hombres, su negra maldad y los absurdos prejuicios que gobiernan el mundo.

—Pero Chabrié, no comprendo...

—Escuche, Flora. Usted está ahora sin fortuna. Si yo me caso con usted, se dirá por el mundo que he hecho una tontería, una calaverada. Pero aquellos que tengan el alma noble y generosa, me aprobarán y dirán: ha hecho bien en casarse con la mujer a quien ama. Si, por el contrario, me caso con usted cuando ya sea rica, ¡oh!, entonces dirán a porfía que sólo el interés me ha guiado y que no he vacilado en pasar por encima del honor, pues bajo esa palabra de honor, el mundo comprende también los absurdos prejuicios de que está imbuido. Flora, este pensamiento me hace daño y mientras más nos acercamos a Valparaíso, siento mejor cómo me atenace el cerebro.

—Ah Chabrié! ¡eso es horrible! ¡Como usted, retrocedo espantada ante las consecuencias que podría tener nuestra unión! En mi ignorancia no lo había pensado.

Escondí mi cabeza entre las manos, asustada de las consecuencias de mi mentira...

—Amiga mía —respondió Chabrié—, no se abandone así al dolor. Sin duda nuestra posición es difícil, pues, con mi carácter, siento que una vez que sea su marido, el primer bellaco (que no faltan en América) que se permitiera una palabra o una sonrisa equívoca respecto a usted tendría mi vida, o yo la suya. Pero, querida amiga, no pensemos en desgracias de este género antes de que lleguen. Por lo demás, quizá no reciba usted un peso de toda esa gran fortuna. ¡Dios mío, lo deseo con todo mi corazón!

Me sentía anonadada. Paria en mi país, había creído que al poner entre Francia y yo la inmensidad de los mares, podría recuperar una sombra de libertad, ¡Imposible! En el Nuevo Mundo era también una paria como en el otro. Desde aquel momento renuncié al proyecto y a los dulces goces que el amor de Mr. Chabrié me había hecho concebir. Si el espanto causado por mi soledad y el deseo de protección me habían hecho aceptar ese amor, no podía ya una vez en tierra, comprometer la fortuna, la felicidad y aun la vida del hombre de honor a quien debía el más sincero reconocimiento por la abnegación demostrada durante cinco meses.

Por fin, al 133 día de nuestra navegación descubrimos la *Piedra Blanca* y seis horas después echamos ancla en la rada de Valparaíso.

## CAPÍTULO 4

## Valparaíso

**E**l número considerable de embarcaciones ancladas en la bahía de Valparaíso da inmediatamente una idea de la gran importancia comercial de este puerto. El día de nuestro arribo entraron doce naves extranjeras. Esta circunstancia no era de naturaleza para reanimar las esperanzas comerciales de esos señores. Como son muy conocidos en esos parajes, apenas anclamos, fue mucha gente a saludarnos.

Desde que se tuvo noticia de la entrada del *Mexicano* en la rada, los franceses acudieron al muelle para esperar nuestro desembarco. Las dos naves que habían salido de Burdeos al mismo tiempo que nosotros, y que habían llegado a Valparaíso desde hacía más de un mes, habían salido nuevamente para su viaje por la costa. Los dos capitanes, en sus charlas por la ciudad, creyeron que debían anunciar mi próxima llegada y, no queriendo decir las verdaderas razones, que me impidieron embarcarme con ellos, dijeron con toda desvergüenza que habían dado la preferencia a Mr. Chabrié, a causa de los buenosmozos que se encontraban a bordo, y que el atractivo de esa grata compañía me había hecho pasar sobre los inconvenientes de un navío tan pequeño como el *Mexicano*. Los amables franceses de Valparaíso esperaban, pues, ver desembarcar a una *linda señorita*, porque los dos malvados capitanes, para completar la venganza me habían descrito con insinuaciones malévolas. Esperaban también ver batirse en duelo a los buenosmozos del *Mexicano*, desde la mañana siguiente, lo cual les habría divertido mucho.

Estaban todos reunidos en el muelle cuando pusimos pie en tierra. Me sorprendió el aspecto del lugar. Me creí en una ciudad francesa. Todos los hombres a quienes encontraba hablaban francés y estaban vestidos a la última moda. Noté que yo era el blanco de las miradas de toda esa gente, sin poder comprender entonces el por qué. Mr. David me condujo donde Mme. Aubrit, una francesa que tenía una pensión en Valparaíso. No juzgó conveniente dejar allí a Mr. Miota y lo llevó a otro hotel, administrado igualmente por una francesa. La casa de la señora Aubrit se hallaba a orillas del mar. Mi ventana daba sobre la Praia y la habitación está muy bien amoblada, la mitad a la francesa y la otra mitad a la inglesa.

Al bajar a tierra después de ciento treinta y tres días de navegación, ya no sabía caminar. Me bamboleaba. Todo daba vueltas a mi alrededor y mis pies eran tan sensibles que sentía en las plantas vivos dolores cuando estaba de pie.

Por la tarde vino a verme Mr. Miota. Le rogué ir a la ciudad en busca de noticias de Arequipa, de mi tío Pío y sobre todo averiguar si mi abuela vivía todavía.

Por la noche no pude dormir. Un presentimiento confuso, una voz misteriosa me decía que una nueva desgracia iba a caer sobre mi cabeza. En todas las grandes crisis de mi vida he tenido presentimientos semejantes. Creo que, cuando estamos reservados para grandes pesares, la Providencia nos prepara a ellos por medio de advertencias secretas, a las que prestaríamos mayor atención si no estuviésemos seducidos constantemente por nuestra vana razón, que nos engaña sin cesar y nos arrastra siempre. Después de haber hecho mil suposiciones, todo lo vi peor. Me representé muerta a mi abuela, a mi tío que me rechazaba y a mí sola, a cuatro mil leguas de mi país, sin apoyo, sin fortuna, sin ninguna esperanza. Esta situación tenía algo tan terrible, que su mismo horror levantó mi energía, me dio conciencia de mí misma y esperé el acontecimiento con resignación.

A la mañana siguiente, Mr. Miota regresó a verme hacia las once. En cuanto llegó, leí en su rostro que tenía alguna nueva siniestra que darme. ¡Mi abuela ha muerto...!, le dije. Quiso tomar algunas precauciones para anunciármelo, pero el golpe estaba dado. Había muerto el mismo día de mi salida de Burdeos. ¡Oh! Confieso que por un momento sentí vacilar mis fuerzas. Esta muerte me quitaba mi único refugio, mi única protección, mi última esperanza. Mr. Miota se retiró, comprendiendo bien que, en momentos semejantes, se necesita estar solo. Sin embargo, me dijo al dejarme: Voy a decirle a Mr. Chabrié que venga a verla. El buen joven no sabía que, para mí, Chabrié *había muerto!*...

Existen dolores tan por encima de aquellos a que uno está expuesto por lo común, cuyas garras rudas y ardientes penetran tan profundamente, que ninguna lengua tiene palabras para describirlos. De esta naturaleza fueron los que sentí con la nueva de esta muerte que aniquilaba todas mis esperanzas. No vertí una sola lágrima. Con los ojos secos, ardientes, hundidos en la órbitas, hinchadas las venas del cuello y de la frente, las manos frías y crispadas, permanecí más de dos horas en la misma actitud, contemplando el mar, que me parecía un cuadro horrible sobre el que mi historia estaba trazada con caracteres de fuego. ¡Me sirvieron la comida y comí!... A tal punto, en esta crisis de dolor inextinguible, mi alma se había separado tan por completo de mi cuerpo. Dos seres habitaban en mí: uno, para la vida física, respondía a las preguntas que se le dirigían, veía los objetos que lo rodeaban; y el otro, enteramente espiritual, vivía su vida de visiones, de recuerdos, de presentimientos. Por la tarde Mr. Chabrié entró en mi cuarto, vino a sentarse cerca de mí, me



tomó de la mano, la apretó cariñosamente entre las suyas y lloró. Tenía una de esas naturalezas felices, cuyo dolor se desvanece con las lágrimas.

—¡Dios mío! —me dijo después de un largo silencio—, ¡querida amiga! ¿Qué podría decirle para consolarla? ¡Estoy aterrado! Desde esta mañana no he podido hilvanar dos ideas. No me he atrevido a venir, mi pobre Flora. Su dolor está aquí, en mi viejo corazón, como un ancla que se hunde en el fango por su propio peso. ¡Qué hacer! En nombre de mi amor, dígame qué puedo hacer.

Contemplé el mar con un movimiento de desvarío. Hubiera querido que Chabrié me precipitara en él.

—¿Quiere que le haga regresar?...

—¿Regresar? ... ¿Y a qué país?

—Querida Flora, ¿qué tiene usted? Dios mío, qué frías están sus manos, cómo quema su frente. Querida amiga, cálmese. Su sufrimiento me mata.

Él también contempló el mar y gruesas lágrimas cayeron de sus ojos.

De repente rompió el silencio que reinaba entre nosotros y me dijo:

—¡Bien, Flora! Mientras más pienso, más insisto en creer que este acontecimiento es feliz para los dos. Si usted hubiese encontrado a su abuela en Arequipa, todos sus asuntos de intereses se habrían arreglado como usted deseaba. Hubiera usted sido rica. ¡Oh!, ¡mi querida amiga! Este pensamiento ¿no la hace estremecer?... ¡Usted rica y yo pobre! Usted lo comprende, Flora; en este caso me hubiera sido preciso renunciar a usted. ¡Renunciar a usted! ¡Flora, eso será mi muerte! ...En cambio, por este acontecimiento, usted es mía... ¡Oh! ¡No puedo creer en tanta felicidad, pues toda mi vida he sido tan desgraciado! Siempre he tocado la felicidad con la mano y en el momento de cogerla la veía desvanecerse. Mi buena Flora, tenga piedad de mi gozo, de mi dolor, de las crueles inquietudes que me asaltan... Han pasado tantas cosas en mí desde que he tenido noticias de esa muerte, que en verdad no sé dónde encontrar mi razón.

Chabrié estaba en una agitación como jamás lo había visto. Caminaba a grandes pasos en el cuarto, se detenía delante de la ventana, se aproximaba a mí, me cubría con mi chal, calentaba mis manos heladas, me hablaba de nuestro matrimonio, de su alegría, de los arreglos que iba a hacer para apresurar nuestra unión, me consultaba sobre sus negocios, me pedía que decidiera yo mismo en la forma que quisiera. Chabrié estaba feliz y con la imagen de su felicidad sentía mil serpientes que me devoraban el corazón.

Se retiró. Me arrojé sobre mi lecho. Mi cuerpo estaba quebrantado por la fatiga. Mi cuerpo durmió y mi alma continuó velando. Las personas que han tenido semejantes noches pueden decir que han vivido siglos en mundos diferentes. El alma se despoja de su envoltura, se lanza ávida de conocer, en la inmensidad del pensamiento. Corre, vuela como el cometa, atraviesa miles de esferas y así como este astro luminoso, absorbe las ondas de claridad que refleja en su curso sobre los seres que le son caros. Libertada del cuerpo y de sus exigencias, el alma sigue sin que nada la detenga, los impulsos de Dios, principio de amor del que ella emana, y en su libertad tiene conciencia de sí misma y el presentimiento de su destino.

Dos días después de nuestra llegada a Valparaíso, el hermoso barco de tres mástiles Elizabeth se hizo a la vela para Francia. Al ver los aprestos para su partida, tuve el vivo deseo de irme en aquel barco, pues estaba segura de la mala acogida que me haría mi tío. El temor de afligir a Chabrié me impidió ceder a este deseo. Este paso me hubiera hecho pasar por loca a los ojos de las gentes. Pero no fue esta consideración la que me detuvo. Ya, en esa época tenía costumbre de seguir la voz de mi conciencia. Los afectos de mi corazón podían disuadirme mas no los razonamientos del mundo.

Mr. David vino a verme. Me pareció realmente apenado por la desgracia que me había ocurrido. Me habló primero con bondad y luego sacó a relucir su filosofía. Después, cambiando el curso de la conversación, me dijo:

—¿Sabe, señorita, que aquí se habla mucho desde su llegada?

—¿Y a propósito de qué?

—¡Ah! porque es usted la sobrina de don Pío de Tristán, muy conocido en Valparaíso por su larga estada aquí durante su destierro; porque usted es francesa y esos dos capitanes dijeron que era usted una belleza, una divinidad, en fin porque están sorprendidos de que siendo ocho los que hemos vivido durante cinco meses con usted, no nos hayamos batido los ocho al llegar aquí, como sucede con frecuencia cuando hay una mujer a bordo. Nos acometen a preguntas acerca de usted y todos tienen el más vivo deseo de conocerla.

—¡Ah, señor! Comienzo a comprender la verdad de sus opiniones: los hombres son muy malos.

—Querida señorita, no ha visto usted nada todavía y si se deja llevar de su sensibilidad tendrá mucho que sufrir en este país. Hay que acorazar el corazón, como los antiguos caballeros se ponían corazas sobre el pecho. Sobre todo, oculte sus impresiones. Que no se den cuenta de todo el daño

que le hacen, pues si lo perciben, todo se perdería. Son tan cobardes que desde que ven caer a un hombre, se arrojan sobre él para abrumarlo.

—¿Ha oído hablar mal de mi tío?

—No le repetiré todo cuanto se dice de él, eso la apenaría sin necesidad. Espere, para juzgarlo, conocerlo por usted misma. Aquí lo que hay que observar de curioso es la población francesa. Figúrese que hay en Valparaíso cerca de doscientos franceses.

—Esa cifra es enorme, ¿qué hacen para vivir?

—Practican el comercio con el Perú y Centro América.

—¿Qué género de distracciones encuentran en este país?

—Los ricos tienen mujeres, juegan y montan a caballo. Los que no lo son fuman cigarrillos, cortejan a las muchachas que pasan por los muelles y tienen el recurso de los *chismes*.

—¡Cómo! ¡En Chile también hay chismes! ¿Y sobre qué?

—Sobre todo. Siempre que se encuentran los franceses no pueden faltar los temas. Cada nave que llega les proporciona uno nuevo. En este momento el *Mexicano* y usted, en particular, cautivan toda la atención.

En efecto, nuestra estada en Valparaíso ocupaba mucho a estos franceses, quienes en realidad son los seres más habladores y más chismosos que es dable imaginar. Se destrozan entre sí sin ninguna consideración y se hacen detestar de los habitantes por las bromas que no cesan de dirigirles. Es así como por lo general se muestran en los países extranjeros nuestros queridos compatriotas.

Mme. Aubrit tenía un comedor común en donde se reunían cuarenta o cincuenta de ellos. Cuando vieron que no quería presentarme me hicieron pedir permiso para visitarme. Quizá hice mal en negarme a satisfacer su curiosidad. Pero confieso que no sentía ninguna disposición para hablar de lugares comunes con esos señores. Mi negativa les ofendió y desde aquel momento, me hicieron todas las pequeñas maldades que pudieron.

Creo que mi huésped, la señorita Aubrit, merece figurar aquí. Presentaba en Valparaíso el tipo de la modistilla de París. Había sido modista y tenía unos treinta años. Su físico era agradable, su carácter alegre y despreocupado. Tenía, sobre todo un corazón excelente. Era fina en sus maneras y buena con todo el mundo. Se estaba en su casa mejor de lo que podía uno estar en su propia casa. El precio era de 10 francos por día

por el alojamiento y dos comidas; pero se podía pedir lo que se deseara, pues Mme. Aubrit estaba siempre dispuesta a darlo sin exigir precio adicional.

La señora Aubrit había sido pasajera de Mr. Chabrié y le debía todo. Fue con su ayuda, con su apoyo y sus recomendaciones, con que había podido formar su establecimiento en Valparaíso. Había prosperado y esta excelente mujer sentía por Mr. Chabrié el más vivo reconocimiento. Quizá fue a causa de esto que estuve tan bien en su casa, porque Mr. Chabrié me había recomendado de una manera especial.

Mme. Aubrit es también una de las víctimas del matrimonio. Casada a los dieciséis años con un viejo militar, cuyo carácter y costumbres le eran antipáticos, la infortunada joven tuvo mucho que sufrir. Al fin no pudo soportar ese infierno, se escapó y huyó. Entonces otros males cayeron sobre su cabeza. Mme. Aubrit al dejar a su marido quedó sin medios de subsistencia. Quiso ganarse la vida, pero ¿qué hacer? Para las mujeres, ¿no están cerradas todas las puertas? Cuando se ha tenido un hogar es difícil decidirse a vivir en la dependencia de los demás. La señora Aubrit hubiera tenido que ser otra vez empleada de tienda a no haber esperado algo mejor. Tenía una linda voz y le aconsejaron dedicarse al teatro. Lo hizo así en efecto, en el Variedades. Pero una voz bonita no basta para triunfar en las tablas. Es necesario, además, cantar con escuela, y aunque bastante joven para aprender música, no podía sin dinero, entregarse a este estudio, pues debía trabajar para subvenir a sus necesidades. Arrastró así durante dos años su penosa existencia, ya como dama de compañía, cajera o en su casa, triste, desanimada, enferma y sin nadie que derramara sobre su corazón alguna palabra de consuelo. En la pensión en donde vivía conoció a un joven a quien confió su triste situación. Este no era más feliz que ella y le propuso que se fuese con él a América del Sur. La desgraciada se sentía vencida, no podía ya luchar contra la miseria y la soledad, y aceptó. Ese joven era un conocido de Chabrié. Había perdido su fortuna y con los restos que logró salvar se dirigió a América.

Seis meses después de su llegada a Valparaíso murió el joven. Su larga enfermedad había agotado sus últimos recursos. La pobre Mme. Aubrit quedó encinta y sin ningún medio de subsistencia. Fue en esta cruel situación que Mr. Chabrié la encontró al regreso de su viaje por la costa. Le propuso llevarla a Francia junto con su hijo. Pero ella comprendió que en Francia no sería sino una miserable paria y prefirió quedarse. Entonces el buen Chabrié, con su generosidad habitual, se propuso hacerla salir de la desgraciada situación en que se hallaba. La recomendó a sus consignatarios y garantizó por ella la cantidad de 1,000 pesos. Además de esta garantía le prestó dinero. Con estos

recursos abrió una pensión que prosperó inmediatamente aun más allá de sus esperanzas.

La historia de Mme. Aubrit es la de miles de mujeres que, como ella, están al margen de la sociedad y tienen que sufrir los horrores de la miseria y del abandono. Nuestra sociedad se muestra insensible a la vista de estas desgracias y a la perversidad que las hace nacer. En su estúpido egoísmo no ve que el mal ataca la organización social por su base y los datos estadísticos revelan sus progresos sin que se piense en ponerle remedio.

Cuando la señora Aubrit acabó de referirme sus penas, me habló de Mr. Chabrié, alabó su generosidad y delicadeza y agregó:

—¡Ah, señorita! ¡Es una lástima que tan bella alma haya caído también en tan malas manos!

—¿De quién quiere usted hablar?...

—De aquella mujer que le hizo quedarse en Lima durante tres años perdiendo su tiempo. De esa señora Aimée, de quien quizá Mr. David le ha hablado, pues él no la quería en lo absoluto. Hay mucha razón, señorita, en decir que un buen hueso no es jamás para un buen perro. Creo, sin alabarme, que valgo un poco más que esa señora Aimée y si nunca he encontrado hombres que me han hecho mal, en cambio, no he encontrado ninguno cuyo amor corresponda al mío, mientras esa mujer ha tratado al pobre Chabrié en la forma más indigna y, a pesar de todo, él está como loco por ella.

Todo cuanto Mme. Aubrit me contó respecto a aquella señora Aimée y el daño que le había hecho a Mr. Chabrié, me hizo tomar la resolución de ser su ángel bueno, de esforzarme en reparar con el poder de mi afecto el mal que aquella mujer le había causado. Y, a fin de alcanzar ese objeto, arrancar de su corazón el amor que tenía para mí. Este era el punto principal para triunfar y al mismo tiempo lo más difícil de la tarea que me imponía. Si nunca he retrocedido ante una empresa por penosa que fuera cuando la esperanza de hacer el bien ha sido el móvil, debo confesar, sin embargo, que tuve que sostener una lucha penosa durante tres días. La voz de mi conciencia me decía: Deja a Chabrié. Haz de suerte que no te ame más, tu amor le causaría vivos dolores. Mientras la voz del yo, del interés personal, me repetía sin cesar: Si dejas a Chabrié, si pierdes su amor, te quedarás sola. Sola, sin afectos, sin amistad, la vida será para ti un desierto. Cuando esta voz insidiosa silbaba sus palabras a mi oído, sentía un sudor frío por todo mi cuerpo. Me parecía que tenía miedo.

La amistad de Chabrié era para mí más necesaria y la abnegación de su afecto tomaba nuevo imperio sobre mí a cada instante. David también me agradaba más y la vista de la señora Aubrit, traía presente a mi pensamiento la historia de sus dolores, de los cuales me refería a cada momento nuevos detalles y reanimaba en mí el espanto causado por la perspectiva del aislamiento. Además tenía la salud debilitada por los largos sufrimientos, la moral abatida por la última pérdida que acababa de sufrir, como consecuencia de la cual esperaba nuevas desgracias en mi familia. La reunión de todas esas circunstancias, demasiado fuertes para mí, me hacía sentir un deseo imperioso de cariño y tranquilidad. Por momentos estaba lista a arrojarme al cuello de Chabrié, confesarle todo lo que sufría, pedirle ayuda y protección, sintiéndome ya incapaz de resistir por más tiempo. Pero el temor de causarle un dolor me detenía. Su conducta para conmigo durante todo el viaje, esos cinco meses de amor y complacencia me inspiraban tanto agradecimiento que no tenía valor para hacerle sufrir. No sé lo que habría sucedido y si habría tenido la fuerza para obedecer a mi deber, sin una ocurrencia providencial que me hizo tomar una determinación.

Mr. David venía a verme todas las tardes. Mi habitación era el punto de reunión de aquellos señores. Sus negocios no ofrecían brillantes perspectivas. Habían encontrado la plaza completamente ocupada, no tenían ventas y el vencimiento de sus letras les preocupaba horriblemente. Mr. David entró una tarde con aire muy satisfecho.

—Querida señorita —me dijo—, tengo una buena noticia que darle. Ya estamos sin inquietudes respecto a nuestras fechas de pago. Acabamos de recibir cartas de Mr. Roux, de Burdeos, en las cuales nos anuncia que sale fiador de nosotros y se encarga del pago de todas nuestras obligaciones a medida que se venzan. Dice que considera a Chabrié como miembro de su familia, como si fuera ya su hijo... Usted sabe —agregó Mr. David—, antes de nuestra partida de Burdeos hubo el proyecto de casar a Chabrié con la señorita Roux. El matrimonio no le agradó a nuestro amigo porque encontraba a esta señorita demasiado joven. Suceda lo que suceda, esta circunstancia es muy feliz para nosotros. Nuestra operación es buena, pero las ventas, más tardías de lo que pensábamos, la hubiesen hecho mala sin complacencia de Mr. Roux, quien va a facilitarnos los medios de esperar.

Lo que dijo Mr. David me hizo vislumbrar para Chabrié un porvenir insospechado hasta entonces. Ese matrimonio con la señorita Roux le convenía perfectamente. Él quería a la familia de Mr. Roux tanto como a la suya. La más grande intimidad reinaba entre ellos. Ambos, nacidos en la misma ciudad, educados juntos, habían navegado largo tiempo en la misma embarcación.

Chabrié tenía dieciocho años más que la señorita Roux, pero si la joven le amaba, ¿qué importaba esa diferencia de edad? No sé si mi doble vista me sirvió en esta ocasión, mas pude ver con claridad que Chabrié encontraría en esta unión con la hija de su amigo la felicidad y el reposo que tanto necesitaba. Y desde aquel instante resolví emplear todos mis esfuerzos para decidirle. Me regocijé con Mr. David por la generosa confianza de Mr. Roux, que les sacaba de apuros, y cuando Chabrié vino, conversamos largamente.

Al día siguiente anuncié a Mr. Chabrié que al ver mis intereses comprometidos por la demora no podía esperar por más tiempo su partida y estaba determinada a seguir en línea recta hasta Arequipa.

Chabrié se sorprendió tanto por esta súbita determinación que no pudo creer en mis palabras. Me las hizo repetir varias veces. Calmé su pesar y le mostré que nuestros comunes intereses así lo exigían. Me suplicó que esperara por lo menos dos días, a fin de tener tiempo para reflexionar. Persuadí a Mr. David de la urgencia de mi salida inmediata para Arequipa, y él me ayudó a reconciliar a Chabrié con esta próxima separación. Desde el momento en que tomé esta resolución me sentí fuerte, libre de toda inquietud y gusté esa satisfacción interior que tanto bien hace cuando se tiene la conciencia de haber hecho una buena acción. Me encontré tranquila. Acababa de triunfar de mí. La buena voz había prevalecido.

Libre por completo de toda preocupación, pude entregarme a mi papel de observadora. Recorrí entonces la ciudad en todos sentidos. Para describir una ciudad, por poco importante que sea, hay que hacer una estancia prolongada, conversar con toda clase de gente y ver la campiña que la alimenta. No es sólo de paso como se pueden apreciar los usos y costumbres y conocer la vida íntima. Sólo me quedé catorce días, siempre en Valparaíso y un tiempo tan corto no permite trazar sino un esbozo de su apariencia exterior.

Mr. Chabrié me dijo que había conocido Valparaíso en 1825. En aquella época la ciudad se componía de treinta o cuarenta cabañas de madera. Ahora todas las alturas que circundan el mar están cubiertas de casas. La población se eleva a treinta mil almas. La ciudad presenta tres partes bien distintas: el barrio del Puerto o de la Aduana, formado por una sola calle que se prolonga por las orillas del mar por espacio de una legua. No está todavía pavimentada y en tiempo de lluvias es una cloaca. La Aduana está situada frente al muelle: es un vasto edificio cómodo para su destino, pero sin ninguna decoración arquitectónica. En aquel barrio están las grandes casas de comercio de diversas nacionalidades, los almacenes, los depósitos y las hermosas tiendas de objetos de lujo. Allí la vida es activa y el movimiento continuo. Alejándose de aquel

centro se llega al barrio del Almendral, único paseo de los habitantes. Es en esa parte de la ciudad en donde se hallan los retiros, las casas de recreo con bellos jardines. En fin, la tercera parte se llama la Quebrada (garganta de montañas que ciñen la ciudad) y está habitada por los indios.

El carácter de los chilenos me ha parecido frío. Sus maneras duras y altaneras. Las mujeres son tiesas, hablan poco, ostentan gran lujo en la toilette, pero su manera de vestir carece de gusto. En lo poco que conversé con ellas no quedé impresionada por su amabilidad, y a ese respecto me parecen muy inferiores a las peruanas. Se dice que son excelentes mujeres de hogar, laboriosas y sedentarias. Lo que parecería probarlo es que todos los europeos que llegan a Chile se casan allí, lo que sucede con menos frecuencia en el Perú.

## CAPÍTULO 5

### El Leónidas

**H**abía separado mi pasaje a bordo del tres-mástiles americano «Leónidas». El capitán me hizo prevenir que se había fijado la partida para el domingo 1° de setiembre, a las doce del día.

Me levanté ese día muy temprano, pues no tenía criado para ayudarme a hacer mis maletas y otros preparativos del viaje. Tuve que escribir varias cartas. Todas esas ocupaciones pusieron, por algunos instantes, una tregua a los pesares que me oprimían el alma. En medio de mis preparativos recibí muchas visitas y debí a las molestias del momento la apariencia de calma con que las recibí. Esas personas venían a despedirse de mí, las unas por afecto, el mayor número por curiosidad. El pobre Chabrié no podía estar tranquilo. Iba y venía alternativamente del cuarto al balcón por temor que esos visitantes inoportunos percibiesen su emoción. Gruesas lágrimas brotaban de sus ojos, su voz estaba alterada, no se atrevía a decir una palabra. Su dolor me agobiaba.

Como viéramos que el «Leónidas» se aprestaba a levantar anclas, despedí a mis visitantes. No conocía a todas esas gentes sino desde hacía poco tiempo. Pero estábamos en país extraño, los unos habían venido de Francia conmigo, los otros eran mis compatriotas, hablaban mi idioma y mi corazón se oprimía al verlas alejarse.

Quedé algunos instantes sola con Chabrié.



—¡Oh! —dijo—, Flora, júreme que me quiere usted, que será usted mía y que la veré muy pronto, pues si usted no lo hace, no tendré la fuerza de verla partir.

—Querido amigo ¿tengo necesidad de jurarle que lo amo? En cuanto a la unión proyectada, sólo Dios sabe lo que el porvenir nos tiene reservado.

—Pero ¡su voluntad Flora! repítame que en este momento puedo considerarla como mi esposa. ¡Oh! repítalo.

Hubiera deseado evitar la renovación de una promesa que sabía muy bien no podía cumplir. Pero su dolor me asustó. Temí que no pudiese dominarse y atormentada por su expresión conmovedora, por el temor de que David u otra persona entrase y lo encontrara llorando, le prometí ser su esposa, y quedarme en América a participar de su buena o mala fortuna. El desgraciado, ebrio de alegría, estaba emocionado demasiado vivamente, para percibir el profundo dolor que me agobiaba. No sentía que en sus brazos no estrechaba más que un cadáver incapaz de devolverle la menor caricia. Me dejó porque creyó no tener la fuerza de acompañarme, y fue con Mr. David a bordo. Me despedí de la señora Aubrit y saludé a la multitud de franceses que encontré en mi camino con una sangre fría que me admiraba a mí misma y provenía del estado de aturdimiento en que me encontraba.

Nos hallábamos en el bote. Guardaba silencio y estaba atenta sólo para reprimir dentro de mí el dolor que me devoraba, cuando Mr. David me dijo:

—Señorita Flora, vamos a pasar delante del «Mexicano». ¿No quiere usted decirle adiós a ese pobre «Mexicano» que sin duda no volverá a ver más? Esas palabras produjeron en mí un efecto inconcebible. Fui presa de un temor súbito al que no pude resistir.

Mis dientes castañeteaban. Mr. David lo notó, le dije que sentía frío. Temí por un instante no poder sostener ya mi cabeza.

Mr. Briet, Fernando, Cesáreo, todos estaban en el puente para saludarme y decirme adiós. No podía pronunciar una palabra. ¿Por qué nos deja, señorita Flora? me gritó Mr. Briet. ¡Pobre señorita! decían los demás ¡qué valor tiene! Todos repetían la palabra ¡adiós! que repercutía en mi corazón desgarrado. Inclínaba la cabeza, me ocultaba entre mi velo y murmuraba ¡adiós!, ¡adiós!, invocaba a la muerte.

Subimos a bordo del «Leónidas» en el cual encontramos una inmensa multitud de ingleses y de americanos que habían ido a acompañar a sus amigos. Mr. David después de haberme recomendado calurosamente al capitán, me

condujo a mi cabina junto con el *steward*<sup>6</sup> a quien pidió que me atendiera con celo. Ambos me ayudaron a arreglar mis efectos y a ordenar mi camarote. Enseguida Mr. David me llamó aparte, me describió la manera de ser de los extranjeros con quienes iba a vivir, a fin de ponerme en guardia contra hombres con quienes una mujer debe ser más que reservada, si quiere que la respeten. Había en el salón varios ingleses o americanos sentados en torno de una mesa bebiendo un *grog*. Me convertí en el centro de atención de todos esos extranjeros. Hablaban en inglés y veía que me tomaban por tema de su charla. Sus risas, sus miradas insolentes me provocaban indignación. Sentí cuán sola estaba en medio de aquellos hombres, con vicios inmundos y que desconocían las atenciones debidas a una mujer y a la primera de las leyes sociales: la decencia. Ese espectáculo que daba tanta verdad a los consejos de Mr. David, me entristecía profundamente. Sentía ya todos los horrores del aislamiento. Mr. David se dio cuenta, se esforzó por fortalecer mi valor, por reanimar la confianza en mí misma y cuando levaron anclas se despidió. Lo acompañé hasta el puente y después de haberle visto embarcar en su bote, me senté en la popa del barco, en donde permanecí hasta que vinieron a arrancarme de allí.

Lo que pasaba en mí sería difícil de describir. Mi corazón estaba ahído de dolor, mis miembros tan fatigados, todo tan confuso en mi pobre cabeza tan debilitada y yo tan débil, que los ruidos diferentes, los objetos dispares de que me hallaba rodeada me causaban la más extraña pesadilla, presentaban para mí el más extraño caos. Había ese día, una gran fiesta en la ciudad, con ocasión de una revista de la guardia nacional de Chile. Escuchaba las bandas de música, veía a todo el mundo muy bien vestido y yo asistía de brazo de Chabrié. Poco a poco vi alejarse Valparaíso, los barcos de la rada se volvieron tan pequeños que parecían juguetes de niños. El ruido del puerto, los ladridos de los perros, el canto del gallo, no llegaban ya a mis oídos. ¡Oh, Dios mío! Una vez más perdía tierra. Entonces un dolor violento se apoderó de mi corazón. Recobré mis sentidos, pero fue para maldecir mi destino. Cuanto había sufrido desde mi infancia, mi posición actual, todo, se presentó simultáneamente ante mis ojos. Aquellos recuerdos estaban tan llenos de vida que sentí juntos todos los dolores pasados y los pesares presentes. Mi imaginación me hacía concebir los más funestos pensamientos. Estaba inclinada sobre la barandilla del navío desde hacía unos instantes y miraba con fijeza la casa del cónsul inglés situada en la cima de la más alta montaña de Valparaíso, que gradualmente, se perdía en el horizonte. Mis ojos fatigados miraron el agua. Sentí la inmensidad del mar, los pesares que arrastraba en pos de mí. No sé lo que hubiera ocurrido con

---

6 El *steward* es a bordo de los barcos ingleses, el sirviente que atiende el salón.

ese deseo que a cada momento tomaba más fuerza, si el capitán y un médico, a quienes no había hablado todavía, no hubieran venido a obligarme a dejar mi sitio para conducirme abajo al salón. Quise resistir, más el mareo se había apoderado de todas mis fuerzas y paralizó mi voluntad. Me condujeron a mi cabina. Me acosté y para felicidad, el mareo fue tan fuerte que muy pronto no me quedó idea alguna.

Pasé una noche espantosa. Al amanecer mis sufrimientos se calmaron un tanto. Me quedé dormida y no desperté sino dos horas después del mediodía. El capitán y el doctor me importunaron entonces con sus apremiantes solicitudes para inducirme a tomar alguna cosa. Al fin, impaciente y para librarme de sus reiterados ruegos, consentí en tomar un poco de sopa a la que agregué una taza de café con agua. En efecto, me encontré mejor después de esta ligera colación. Me levanté y subí al puente. Mi primer movimiento fue volver los ojos en dirección de Valparaíso. Pero ¡ay! no había ya nada... nada, sino cielo y agua. Me sentí oprimida y un suspiro se escapó de mi pecho. Me senté sobre la banca destinada a los pasajeros. Mi estado de debilidad me dispensaba de hablar y como no estaba dispuesta en lo absoluto a hacerlo, me puse a observar con atención a mis nuevos compañeros de viaje.

El capitán era uno de esos americanos del norte, cuyo espíritu está circunscrito a la profesión que han abrazado. Pesado, materialista, la bondad resultaba en él fruto del temperamento más bien que de la educación. Yo le había sido recomendada en Valparaíso en forma muy especial por los consignatarios de Mr. Chabrié. Tenía para mí el más grande respeto y todas las complacencias y atenciones que su imaginación podía sugerirle. Nos hicimos buenos amigos en seguida, tanto como podíamos serlo, hablando idiomas diferentes, él, inglés únicamente y yo, francés y español que él no comprendía.

Había tres pasajeros americanos, fuera del doctor. Uno de ellos era un hombre bastante vulgar y no hablaba francés ni español; otro, un joven de diecinueve años, de un físico agradable, de humor sombrío y melancólico, estaba atacado de *spleen*. Le obligaban a hacer un viaje tan largo, sólo con la esperanza de curarlo. Mas en vano había pasado por todas las latitudes del globo. Languidecía siempre, ninguna mejoría se manifestaba en su estado, parecía aspirar a otra vida y no haber venido a este mundo sino para apreciar mejor aquel al que estaba destinado. Me fue imposible hablar mucho con él. No comprendía sino algunas palabras de español y nada de francés.

El tercer americano merece una mención especial. De veinticuatro a veintiséis años de edad, era de talla pequeña, bien formado, gracioso en todos sus movimientos, rubio en extremo, con la piel pecosa, los rasgos finos y regu-

lares, pero le faltaba esa expresión viril que uno gusta de ver en un hombre. Hablaba el español bastante bien, comprendía un poco el francés aunque no lo hablaba y tenía, cosa rara entre los americanos, un excelente tono y todo el exterior de un hombre acostumbrado a la buena sociedad. Era un elegante, de buen gusto, que aun a bordo cambiaba cada día de toilette y su indumentaria presentaba siempre un conjunto de formas y de colores de admirable armonía. Era muy refinado en todo, tenía mucho orden, sin que, a pesar de ello, se le notara afectación en nada. Con todo, su manera de ser parecía provenir de las reglas aprendidas y ser su expresión exacta. Empleaba la mañana en su correspondencia comercial. Después de la comida, leía, tocaba flauta y también cantaba. Era el hermoso ideal, el perfecto modelo del gentleman de trasatlántico. Pero se sentía en él la ausencia de aquel abandono que da tanto encanto a las relaciones íntimas. La regla dominaba al hombre en todos los detalles de la vida. Dotado de tacto y de discernimiento, estaba demasiado en guardia de sí mismo para desviarse jamás de un plan de conducta en el que todo parecía haber sido previsto. En una palabra, la inspiración o la espontaneidad no se manifestaban en nada de cuanto hacía. Como apreciamos nuestros talentos en proporción al trabajo que hemos tenido en adquirirlos, estaría dispuesta a creer que ese elegante americano tenía una alta idea de sí mismo. Nacido en New York, se llamaba Pedro Vanderwoort. Por todas las ventajas exteriores que se había procurado, debía haber obtenido éxitos de salón, pero ¡qué distancia entre el hombre a quien el arte social ha modelado así y aquél a quien la Providencia ha destinado a sobresalir en cualquier parte, a ser eminente como artista, como sabio o como escritor, en fin a marchar a la cabeza de sus semejantes! Este último domina las reglas, no las soporta.

Desde el primer momento que examiné a Mr. Vanderwoort vi que a mi vez era objeto de su observación. Pero no podía adivinar qué efecto producía sobre él. Su fisonomía poco expresiva no dejaba traicionar su pensamiento.

Llegó por fin el doctor, Mr. Víctor de Castellac. Por primera vez en mi vida quizá, encontraba en él a un hombre a quien no llegaba a clasificar. Ese doctor me dijo que tenía treinta y tres años. Le habría dado veinte como cuarenta. Era francés y de no habérmelo dicho, no hubiera podido distinguir a qué nacionalidad pertenecía. Hablaba el francés sin ningún acento local, así es que no se podía discernir en qué provincia de Francia había nacido, y su tono, sus maneras, sus costumbres, su vestido, su conversación tampoco indicaban uno u otro país, ni traicionaban alguna profesión. Me di cuenta de que el doctor me examinaba también con una curiosidad mezclada de sorpresa. No supe en aquel momento a qué atribuirlo. Más tarde, vi que la atención del público

de Valparaíso, de la que a pesar mío había sido objeto, había hecho nacer en él el deseo de conocerme.

Estuve enferma los dos primeros días, mas enseguida me encontré mejor. Readquirí mis fuerzas físicas y con ellas mis fuerzas morales. Aprobaba mi conducta. Me sentía con valor para persistir en ella y luchar contra los obstáculos que me esperaban. La satisfacción de mí misma me devolvió toda mi alegría.

Nos juntamos para conversar, el doctor y yo. Me puse a hablar de París, de Argelia, de otras mil cosas, con un entusiasmo que me admiraba a mí misma. Hablamos sobre todo los temas, pero en especial sobre París, tema al que conducía siempre, porque casi no conocía esa ciudad, habiendo pasado toda su vida, desde su salida del colegio, en las colonias españolas. El elegante americano, se esforzaba por comprender lo que decíamos. Cogía el sentido de algunas frases y adivinaba lo demás. Me dejó al fin conocer la opinión que se había formado de mí y de Mr. de Castellac y tuve más libertad para divertirme con él a expensas de ese pobre doctor que se prestaba a burla en una multitud de ocasiones.

Mr. de Castellac, después de haber permanecido seis años en México, en donde había acumulado una bonita fortuna, fue a París en 1829. Confirió todo su dinero a Mr. Vassel y Cía., pues pensaba que la casa bancaria de esos señores era una de las que ofrecía más garantía. Sobrevino la revolución de 1830. Esos señores quebraron y el doctor perdió, en un solo día, el fruto de seis años de trabajo. En un principio estuvo inconsolable, se quedó un año en París y devoró sus últimos recursos al tratar de salir de compromisos y de recoger algunos restos de su fortuna perdida. Al fin, adoptó su partido. Se resignó a volver a América con la intención de juntar nuevas riquezas. Esta vez había dado su preferencia al Perú y se dirigió a la ciudad del Cuzco.

El doctor era muy conservador y sobre todo muy curioso. En el fondo, excelente hombre, aunque egoísta y desconfiado porque conocía el mundo, y como Mr. David, había sido víctima suya.

Hicimos una travesía muy feliz. El octavo día, a las nueve de la noche, anclamos en la bahía de Islay (costa del Perú).

CAPÍTULO 6  
**Islay**

**E**l día de nuestra llegada no pude distinguir la costa del Perú. En el momento en que nos acercábamos caía una lluvia menuda como la niebla, que nos disimulaba la vista de la ribera. El mar estaba tranquilo, y sin una embarcación inglesa que envió su chalupa para remolcarnos no sé como hubiésemos entrado. Estuvimos muy contrariados por no poder juzgar el aspecto de la comarca. El doctor y yo teníamos viva impaciencia por verla. Agitados por esta curiosidad velamos hasta muy avanzada la noche. Formábamos conjeturas acerca de la naturaleza de un país que ansiábamos conocer, al mismo tiempo que conversábamos sobre nuestros respectivos proyectos. El doctor se levantó de madrugada, atormentado por el deseo de ver. Regresó al salón. Yo no dormía y le veía a través de mis persianas. El pobre hombre me pareció enteramente desmoralizado. Lloraba. Esto me dijo mucho sobre el país. Pocos momentos después el doctor no pudo contenerse más, se acercó a mi puerta y me dijo.

—Paisana ¿duerme usted?

—No —le dije.

—¡Ah! ¡Si usted supiera, señorita, en qué horrible desierto nos encontramos! ¡Es espantoso! Ningún árbol, nada verde, solo arena negra y árida y algunas cabañas de bambú. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué va a ser de mí?

—Doctor, es preciso tomar un partido. La suerte está ya echada. Sus llantos, sus lamentos y sus maldiciones no harán crecer árboles ni verdor. Por lo demás parece que usted viene acá para buscar oro y no hermosos lugares campestres.

Me levanté. Mientras me vestía, mi imaginación exageró de tal manera el horror del país que, cuando subí al puente, me sentí menos afectada por la vista de la aridez y la miseria. Toda la costa del Perú es en extremo árida. Islay y sus alrededores no presentan sino una perspectiva de desolación. Sin embargo, el puerto prospera en forma sorprendente. Me ha referido don Justo, el director del correo, que cuando se estableció en aquel lugar sólo había tres chozas y un gran hangar en donde se instaló la aduana. Después de seis años de existencia, Islay tenía de 1,000 a 1,200 habitantes por lo menos. La mayoría de las casas, construidas de caña, no están enladrilladas, pero hay algunas muy bonitas, hechas de madera, que tienen elegantes ventanas y el suelo entablado. La casa del cónsul inglés estaba a punto de quedar terminada

cuando ingresé a Islay y es encantadora. La aduana es una construcción de madera muy grande. La iglesia es más o menos buena y sus proporciones están en relación con la importancia de la localidad. El puerto de Islay, mejor situado que el de Arica, ha absorbido todos los negocios. Si continúa prosperando como sucede desde hace seis años podrá en diez más tener cuatro o cinco mil habitantes. Pero la esterilidad del territorio será por mucho tiempo un obstáculo para un crecimiento mayor. Enteramente privado de agua, carece de árboles y de vegetación de cualquier especie. La época de los pozos artesianos no ha llegado todavía para este país. Está demasiado atrasado para pensar en ello. Islay no tiene sino una pequeña fuente de agua potable que a menudo se seca en el verano y entonces los habitantes se ven obligados a abandonar sus habitaciones. El suelo está formado por una arena negra y pedregosa que sería indudablemente muy fértil si se pudiese irrigar.

Hacia las seis de la mañana el capitán del puerto vino a bordo a hacer la inspección, como se practica en todas partes a la llegada de los barcos. Se pidieron los pasaportes y cuando leyó el mío, se elevó entre los dos o tres hombres de la aduana un grito de admiración. Esos hombres me preguntaron si yo era pariente de don Pío de Tristán y mi respuesta afirmativa suscitó entre ellos una larga conversación en voz baja. Parecían deliberar si me debían ofrecer sus servicios o esperar las órdenes de sus jefes. El resultado de esa deliberación fue que se me trataría con todas las muestras de deferencia y de distinción propias a los personajes eminentes de la república. El capitán de puerto vino respetuosamente a decirme que era un antiguo servidor de mi tío, a cuya generosidad debía su puesto, pues don Pío se lo había concedido cuando fue prefecto de Arequipa. Me dijo también que desde hacía un mes mi tío estaba en Camaná con toda su familia, en un gran ingenio de azúcar situado a orillas del mar, a cuarenta leguas de Islay y otras tantas de Arequipa. Aproveché de los ofrecimientos del capitán de puerto para rogarle que me precediera en Islay y llevase las cartas de recomendación que traía por el administrador de la aduana y para don Justo de Medina, director del correo y apoderado de mi tío. A las once, después de haber almorzado y habernos vestido abandonamos el Leónidas con todo nuestro equipaje.

Islay no tiene muelle todavía y el desembarque es por lo menos tan difícil como en La Praya. Fui recibida en aquella primera aldea del Perú con todos los honores debidos a los títulos y empleos de mi tío Pío. El administrador de la aduana, don Basilio de la Fuente, me ofreció su casa. Justo de Medina, director del correo, me propuso igualmente que aceptase la suya. Di preferencia a este último porque sentí más simpatía hacia él.

Atravesamos toda la población. Consta de una larga calle no muy bien trazada, en la cual subsisten todavía las rocas del mar y las desigualdades del terreno y en donde uno se hunde en la arena hasta la mitad de las piernas. Allí fui, aún más que en Valparaíso, el punto de mira de todos. Era yo un acontecimiento. Don Justo me instaló en la pieza más hermosa de su casa. Su esposa y su hija se apresuraron a ofrecerme todo cuanto juzgaron que podría serme agradable. El pobre doctor Castellac no me dejaba a sol ni a sombra y, para recompensarle de todos los cuidados que me había prodigado durante el viaje, hice de él realmente *mi médico*. Con este título sería admitido a gozar de las ventajas y de la generosa hospitalidad brindadas a la sobrina de don Pío de Tristán. El doctor ocupó también un cuarto en la casa de don Justo y desde entonces no se separó de mí.

Es necesario, para ilustración del lector, que lo ponga al corriente de las relaciones existentes entre mi tío y yo y que le instruya acerca de la posición de mi tío, respecto a los habitantes del país.

Se ha visto en mi prefacio que el matrimonio de mi madre no había sido regularizado en Francia y que, como resultado de aquel defecto de forma, se me consideraba como hija natural. Hasta la edad de quince años había yo ignorado esta absurda distinción social y sus monstruosas consecuencias. Adoraba la memoria de mi padre y esperaba siempre la protección de mi tío Pío, a quien mi madre me hacía querer y de quien me hablaba continuamente, aunque ella no le conociera sino por su correspondencia con mi padre. Yo había leído y releído esta correspondencia, monumento extraordinario en que el amor fraternal se producía en todas sus formas. Tenía quince años cuando, con ocasión de un matrimonio que yo deseaba contraer, mi madre me reveló la posición en que me colocaba mi nacimiento. Mi orgullo quedó herido de tal manera que en el primer momento de indignación renegué de mi tío Pío y de toda mi familia. En 1829, después de una larga conversación sobre el Perú con Mr. Chabrié, escribí a mi tío la carta siguiente, en la que yo misma, para servirme de la expresión del presidente de la Corte de Arequipa, *me corté en cuatro la cabeza*.

*Al señor Pío de Tristán.*

«Señor:

*«Es la hija de su hermano, de ese Mariano tan querido para usted, quien se toma la libertad de escribirle. Quiero creer que usted ignora mi existencia y que de más de veinte cartas escritas a usted por mi madre, en el espacio de*



diez años, ninguna ha llegado a su poder. Sin una última desgracia que me ha reducido al colmo del infortunio no me dirigiría a usted. He encontrado un conducto seguro para hacerle llegar esta carta y abrigo la esperanza de que no será usted insensible a ella. Adjunto mi partida de bautismo. Si le quedan algunas dudas, el célebre **Bolívar**, amigo íntimo de los autores de mis días, podrá esclarecerlas. Me ha visto educar por mi padre, cuya casa frecuentaba continuamente. Puede usted también ver a su amigo, conocido por nosotros con el nombre de **Robinson**, así como a Mr. Bonpland, a quien ha debido usted conocer antes de que fuese hecho prisionero en el Paraguay. Podría citarle algunas otras personas, pero éstas bastan. Voy, lacónicamente, a exponerle los hechos.

«Para sustraerme a los horrores de la revolución, mi madre fue a España con una señora pariente suya. Estas damas se establecieron en Bilbao. Mi padre trabó amistad con ellas, y de esta relación nació pronto entre él y mi madre un amor irresistible que les hizo indispensables el uno al otro. Las señoras regresaron a Francia en 1802. Mi padre no tardó en seguirlas. Como militar tenía necesidad del permiso del Rey para casarse. No quiso pedirlo (respeto demasiado la memoria de mi padre para tratar de adivinar cuáles pudieron ser sus motivos) y propuso a mi madre unirse a ella solamente por medio de un matrimonio religioso (matrimonio que no tiene valor alguno en Francia). Mi madre sentía que ya no podía vivir sin él y aceptó esta propuesta. La bendición nupcial les fue da por un respetable eclesiástico, Mr. Roncelín, quien conocía a mi madre desde su infancia. Los esposos fueron a habitar en París.

«A la muerte de mi padre, Mr. Adam, de Bilbao, después diputado a las Cortes, y que había conocido a mi madre tanto en España como en Francia, como esposa legítima de don Mariano de Tristán, le envió un acta notarial firmada por más de diez personas, quienes, todas, atestiguaban haberla conocido con este mismo título.

«Usted sabe que entonces mi padre no tenía por fortuna sino la renta de 6,000 francos dejados por su tío el arzobispo de Granada, a título de hijo mayor de la familia de los Tristán. Recibió también algunas sumas que usted le envió; pero las más considerables se perdieron: 20,000 francos fueron capturados por los ingleses y 10,000 volaron en el navío la **Minerva**. Sin embargo, gracias a la economía de mi madre, mi padre llevaba una vida muy honorable. Trece meses antes de su muerte compró una casa en Vaugirard, cerca de París. Cuando murió, el embajador Príncipe de Masserano se apoderó de todos sus papeles. Usted ha debido recibirlos por intermedio del embajador de España y con ellos el contrato de adquisición de la mencionada casa.

«Mi padre había pagado en parte esta propiedad. Si se la hubiesen dejado a mi madre esto la habría ayudado a educarnos a mi hermano y a mí. Pero diez meses después de la muerte de mi padre el gobierno se apoderó de ella como bien perteneciente a un español, a causa de la guerra que entonces había entre ambos países. Después ha sido vendida y hay un excedente de 10,000 francos que se debían sobre el precio de adquisición. Con todo, mi madre pagó 554 francos de alcabala a nombre de los herederos, suma que jamás le ha sido devuelta.

«Usted debe pensar, señor, cuánto ha debido sufrir mi madre al quedar sin fortuna y cargada con dos hijos, pues mi hermano vivió diez años. Mas, a pesar del estado de necesidad en que se encontraba, no quiso que la memoria de aquél que había sido objeto de sus más tiernos afectos quedase manchada. A causa de la guerra mi padre no recibía nada desde hacía veinte meses y, por lo tanto, se hallaba en gran necesidad. A solicitud de mi madre, mi abuela prestó a mi padre 2,800 francos, sin pedirle recibo de aquella suma, lo que hizo que a su muerte se encontrase sin comprobante. Mi madre pagó puntualmente los intereses a mi abuela que los necesitaba para vivir. A la muerte de ella reembolsó el tercio de la suma a su hermana y el otro tercio a su hermano.

«No deseo, señor, que el resumen de mis desgracias cuyos rasgos he trazado débilmente le hagan descubrir los detalles. Su alma sensible al recuerdo de un hermano que le quería a usted como a su hijo, sufriría demasiado midiendo la distancia que existe entre mi suerte actual y la que debería tener la hija de Mariano... de ese hermano que, herido como por un rayo por una muerte súbita y prematura (una apoplejía fulminante), no pudo decir sino estas palabras: «Hija mía... Pío te queda...». ¡Desgraciada hija!...

«Sin embargo, no crea, señor, que cualquiera que sea el resultado de mi carta, los manes de mi padre podrán ofenderse con mis murmuraciones. Su memoria será siempre querida y sagrada.

«Espero de usted justicia y bondad. Me confío a usted con la esperanza de un mejor porvenir. Le pido su protección y le ruego quererme como la hija de su hermano Mariano tiene el derecho de reclamarlo.

Soy su muy humilde y obediente servidora.

Flora de Tristán».

Después de la lectura de esta carta puede juzgarse mi sinceridad cuando he descrito mi completa ignorancia del mundo, mi fe en la probidad, esta crédula confianza en la buena fe, que supone a los demás buenos y justos como lo es uno mismo. Crédula confianza de la que mi tío me enseñó a conocer el abuso, a pesar de haber hecho profesión de tanto amor hacia mi padre. He aquí la respuesta que me dirigió:

*«Señorita Flora de Tristán. Arequipa, 6 de octubre de 1830.*

*«Señorita y mi estimable sobrina:*

*«He recibido con tanta sorpresa como placer su estimable carta de 12 de junio último. Ya sabía, desde que el General Bolívar estuvo aquí en 1825, que mi hermano muy querido, Mariano de Tristán, tenía una hija en el momento de su muerte. Antes, el señor Simón Rodríguez, conocido por usted con el nombre de Robinson, me había dicho igual cosa. Mas, como ni el uno ni el otro me dieron noticias posteriores de usted ni el lugar en donde se encontraba, no me fue posible tratar de algunos asuntos que nos interesaban a usted y a mí. La muerte de su padre me fue anunciada oficialmente por el gobierno español, según noticias enviadas por el Príncipe de Masserano. Envié, por tanto, mis plenos poderes al General Goyeneche, hoy Conde de Guaquí, para el efecto de seguir los asuntos de la sucesión de mi hermano. Pero nada pudo hacer, a causa de la invasión de España por los franceses, lo que le obligó a venir al continente americano por asuntos de gran importancia. Como resultado de esta misma invasión quedamos durante largos años incomunicados y luego la guerra de América nos ocupó de tal manera que no pudimos pensar en cosas que, a causa de la distancia, eran difíciles de solucionar. Sin embargo, el 9 de abril de 1824 envié a Mr. Changeur, negociante de Burdeos, poderes especiales para llegar a descubrir su paradero por intermedio de sus agentes en París y recoger los bienes que el difunto había dejado. Le di la dirección de la casa que habitaba mi hermano en momentos de su muerte. Antes y después del envío de mi poder, le había recomendado muy especialmente y en distintas ocasiones que no perdonara la menor gestión para saber si existían usted y su señora madre. No obtuve más resultado que hacerme cargar en cuenta los gastos inútiles de las averiguaciones practicadas para ello, averiguaciones cuyas pruebas tengo en mi poder.: ¿Cómo después de veinte años a partir de la muerte de mi hermano Tristán, sin tener noticias suyas ni de su madre, podía figurarme que vivía usted todavía? Sí, mi querida sobrina, es una fatalidad que ninguna de las numerosas cartas escritas por su señora madre hayan llegado, cuando la primera dirigida por usted la he recibido*

*sin atraso. Yo soy muy conocido en este país y las relaciones entre sus costas y las de allá son muy frecuentes desde hace ocho años para que me llegase una de sus cartas por lo menos. Esto prueba de manera evidente que ustedes han procedido con cierta negligencia a este respecto.*

*«He visto la partida de bautismo que me ha enviado y tengo fe plena y absoluta en cuanto a su calidad de hija reconocida de mi hermano, aunque esta pieza no está legalizada y firmada por tres notarios que certifiquen como verdadera la firma del cura que la entregó, como debería estarlo. En cuanto a su madre y su calidad de esposa legítima de mi difunto hermano, usted misma reconoce y confiesa que la manera como le fue dada la bendición nupcial es nula y de ningún valor tanto en este país como en toda la cristiandad. En efecto, es extraordinario que un eclesiástico que se llama respetable como Mr. Roncelín, se haya permitido proceder en un acto semejante, tomándose una atribución indebida respecto a los contrayentes. Carece también de valor el hecho de que en momento de su bautismo se haya declarado a usted como hija legítima y es igualmente insignificante el documento que usted me dice haber sido enviado desde Bilbao por intermedio de Mr. Adam y en el cual diez personas de dicha ciudad declaraban haber considerado y conocido a su madre como esposa legítima de Mariano. Esta pieza prueba únicamente que era por pura y simple conveniencia social que se le daba esta calidad y este título. Tengo, por lo demás, en la propia correspondencia de mi hermano hasta hace poco tiempo antes de su muerte, algo que puede servir de prueba bastante contundente, aunque negativa, de lo que sostengo. Y es que mi hermano nunca me habló de esta unión, cosa extraordinaria cuando no teníamos nada oculto el uno para el otro. Agregue usted a esto que, si hubiese habido una unión legítima entre mi hermano y su señora madre, ni el Príncipe de Masserano ni ninguna otra autoridad hubiese podido poner los sellos sobre los bienes de una persona muerta que dejaba descendencia legítima conocida y nacida en el país. Convengamos, pues, en que usted no es sino la hija natural de mi hermano, lo cual no es una razón para que sea menos digna de mi consideración y mi tierno afecto. Yo le doy con mucho gusto el título de sobrina querida y agregaré aún, el de hija, pues nada de lo que era objeto del cariño de mi hermano puede dejar de inspirarme el más vivo interés. Ni el tiempo ni la muerte podrán borrar en mí la tierna adhesión que tenía para él y que conservaré toda mi vida.*

*«Nuestra respetable madre vive todavía y cuenta ya ochenta y nueve años de edad. Conserva toda su razón y todas sus facultades físicas y morales y hace la delicia de toda la familia, entre la cual ha tenido la bondad de distribuir recientemente sus bienes para tener el placer de verla gozar de ellos antes de*

su muerte. Nos hallábamos seriamente ocupados en esta división cuando nos llegó su carta. Se la he leído, y al conocer su existencia y su suerte, a ruego de la familia le ha hecho un importante legado de 3,000 pesos fuertes, en dinero contante, el que le ruego considerar como una prueba de mi interés particular hacia usted, del inagotable amor de nuestra madre hacia su hijo Mariano y del recuerdo imperecedero de todos los miembros de la familia.

«Entre tanto, como usted tiene un derecho equívoco sobre los bienes de mi difunto hermano, bienes que yo administré en virtud de los plenos poderes otorgados el 20 de noviembre de 1801 por ante el notario real de Nuestra Señora de Begoña, en Vizcaya, M.J. Antonio Oleaga, le envío copia de la cuenta corriente que ha existido entre los dos. Esto la convencerá de que no existe ningún fondo perteneciente a mi difunto hermano, puesto que el negocio de Ibáñez absorbió todo cuanto quedaba en momentos de su muerte. Este negocio habría quedado terminado inmediatamente si hubiese tenido conocimiento de él o si los acreedores no hubiesen sido tan negligentes al dejar transcurrir once años antes de hacer alguna diligencia para ser pagados después de la muerte de mi hermano, de la que debieron enterarse a tiempo. De esta manera, los intereses de la deuda aunque sólo al 4% han doblado el capital inicial. Todo fue fatalidad en esta muerte. La forma y la época en que tuvo lugar han hecho su desgracia y me han ocasionado a mí una infinidad de molestias. Olvidemos todo esto y tratemos de poner remedio en cuanto sea posible.

«Mi apoderado y agente en Burdeos es Mr. Bertera, por medio del cual le envío una letra por 2,500 francos. Será necesario, para recibir el importe, que le envíe usted un certificado hecho ante un notario. Trate de que esta suma le baste hasta conseguir los medios de enviarle por su cuenta y riesgo, los 3,000 pesos a que asciende el legado hecho a usted, pero para cuya seguridad tomaré las medidas convenientes. Hará bien en colocar esos 3,000 pesos en fondos públicos u otros fondos, en el caso de que los acontecimientos políticos hagan poco seguros aquéllos, a fin de procurarse por este medio una renta segura que le sea pagada cada seis meses. Encontrará usted en mi conducta una prueba inequívoca, aunque de poco valor, de mi adhesión hacia usted y el tiempo, si vivo y nos reunimos alguna vez, le probará cuanto amo a la hija de mi hermano Mariano.

«Escríbame siempre que pueda, dirija sus cartas al señor Bertera por cuyo medio le escribiré yo también. Dígame en qué lugar reside, hableme de su estado, de los proyectos que forme y de las necesidades que pueda tener con toda la confianza que debe inspirarle mi sinceridad. Le escribo en español porque he olvidado por completo el francés.

*«Me he casado con una de mis sobrinas llamada Joaquina Flores. Tenemos un hijo que se llama Florentino y tres hijas de ocho, cinco y tres años. Quiera Dios que puedan abrazarla algún día y que usted, igualmente, pueda prodigarle sus caricias en aquel país.*

*«En espera de ese placer, reciba la seguridad de todo mi afecto*

*Pío de Tristán».*

Cuando recibí esta respuesta, a pesar de la buena opinión que tenía de los hombres, comprendí que no debía esperar nada de mi tío. Pero me quedaba todavía mi abuela y toda mi esperanza se volvió hacia ella. Parece que mi tío me engañó al escribir que había leído mi carta a mi abuela y a toda mi familia, pues casi ninguno de los miembros de ella conocía mi existencia antes de hacer yo mi aparición, y he adquirido la convicción de que mi abuela también la ignoró<sup>7</sup>. Yo no había informado a mi tío sobre mi viaje al Perú y como no tuve tiempo de prevenirle, él ignoraba mi llegada. Tal era mi posición frente a él. Ahora voy a decir en pocas palabras la posición que él ocupaba en el país.

Don Pío de Tristán había regresado de Europa en 1803 con el grado de coronel. Hizo aquella terrible guerra de la Independencia en la cual los peruanos pusieron tanto encarnizamiento para conquistar su libertad. Mi tío era uno de los más hábiles militares que España envió a aquellos países. Cuando las tropas del Rey Fernando se vieron obligadas a evacuar Buenos Aires y el territorio de la república Argentina, fue él quien las mandó como segundo bajo las órdenes de nuestro primo Mr. de Goyeneche, hermano de Mr. Mariano de Goyeneche de quien ya he hablado. Mi tío era entonces Mariscal de Campo. Efectuaron la retirada y se dirigieron hacia el Alto Perú, atravesaron la inmensa distancia que separa Buenos Aires de Lima, teniendo con frecuencia que sostener combates, atravesar ríos y recorrer lugares en los que no había ningún camino trazado. Esos magníficos soldados del rey, esos guerreros cubiertos de oro, habituados a la vida muelle de las ciudades de la América Española, tuvieron mucho que sufrir en aquellas comarcas salvajes.

---

7 Mi tío, poco tiempo antes de la muerte de mi abuela le hizo hacer un testamento, en el cual, su esposa quedaba beneficiada con 20,000 pesos y en el que yo estaba comprendida con un legado de 3,000 pesos. Este testamento es muy largo y mi abuela que tenía ciega confianza en su hijo Pío, lo firmó sin conocer sus disposiciones. Yo no estaba designada como la hija de don Mariano, sino por mi nombre de Florita solamente, sin que pudiese saber a qué título se me hacía ese don. A raíz de la partición de la herencia, mi existencia fue revelada a las partes interesadas por la deducción del legado. Mi tío tuvo mucho trabajo en hacer consentir a las otras partes en darme esa suma. Se le preguntaba: “Pero ¿por qué dar 15,000 francos a una extranjera? –Porque es presumible que sea hija de mi hermano”. (Nota de la autora).

Vivieron durante ese prodigioso trayecto de los víveres obtenidos con la punta de las bayonetas, de los animales salvajes muertos en la caza y, en fin, de las subsistencias que podían comprar. Mi tío me ha referido a menudo que, en aquellas ocasiones, como no había dinero en la caja del ejército hacía sacar en suerte a los de caballería, que todos tenían espuelas de *oro macizo*, a fin de determinar cuáles de ellos darían una de sus espuelas para pagar los víveres. Uno sólo de aquellos soldados llevaba sobre sí más oro que el que se requeriría en la actualidad para equipar a doscientos de la República. Ese lujo soberbio de las tropas españolas de América les daba una alta idea de sí mismos y de su superioridad sobre los pueblos cuya sumisión aseguraban. Pero es uno de los resortes que más pronto se gastan. Con lo que costaba, en las colonias, un militar español, el Rey hubiese podido sostener veinte soldados alemanes. Las poblaciones indígenas no brillan por sus virtudes marciales. Diseminadas sobre vastos territorios, habrían sido fácilmente sometidas y contenidas si se hubiesen mantenido tropas más numerosas, lo que podía hacer España sin aumentar los gastos. A los ojos de las personas que conocían la América del Sur, el momento de su independencia estaba aún muy lejano y España más que suficientemente fuerte para reprimir las revueltas que habían sido favorecidas por la invasión de la Península por Bonaparte. Pero los acontecimientos desmienten de continuo las prevenciones humanas. La insurrección de Riego vino a paralizar los esfuerzos de la monarquía española, volviendo contra el monarca las fuerzas destinadas a someter a las colonias y la emancipación de América se realizó. Mr. de Goyeneche y mi tío tenían cinco mil hombres bajo su mando al dejar las orillas del Plata y cuando después de dos años de marchas, de fatigas y de combates llegaron al Perú, más o menos la tercera parte de aquel número respondió a la llamada. La guerra en el Perú duró quince años entre las tropas del Rey y los republicanos. Mi tío se encontró en todas las batallas libradas entre ambos partidos y, en fin, combatió en la última que aseguró el triunfo de la causa republicana, en la famosa batalla de Ayacucho ganada por los patriotas peruanos. Mi tío, nombrado Virrey interino, tuvo el valor de aceptar aquella alta función en un momento en que había mayores peligros que ventajas. Después de la pérdida de la batalla, el partido realista se encontraba completamente aniquilado y el Virrey y todos los oficiales no tuvieron más remedio que abandonar la partida. Mi tío anunció entonces su decisión de regresar a España con su familia y su fortuna. Pero los jefes de la República apreciaban su valentía y su talento militar, sentían también la necesidad que sentía el nuevo régimen de atraerse a semejantes hombres y le ofrecieron que se encargase del comando de las tropas, cambiando únicamente su título de Brigadier del Rey por el de General de la República. No aceptó el comando de las tropas, prefirió hacerse nombrar gobernador del Cuzco y se

dirigió a esa provincia que administró durante seis años. Con esta conducta prudente, por completo dentro de sus intereses personales, creyó no irritar a ningún partido. Las cosas sucedieron de distinta manera. En los tiempos de la revolución sólo con actos de abnegación se obtiene la confianza. La habilidad administrativa no puede entonces cubrir el defecto de conciencia política y la tibieza de la opinión. Mi tío se enajenó para siempre a los realistas, quienes lo consideraban como a un *traidor* e inspiró la desconfianza de los republicanos. En vano empleó todos los recursos de su espíritu para unir a los dos partidos, pues amaba al antiguo por afición y servía al nuevo por interés. No pudo lograr ningún éxito. Los realistas le temían porque tenía en sus manos el poder, pero renegaban de él como de un perjuro, mientras los republicanos controlaban todos sus actos hasta el punto de llegar a hacer sus funciones sumamente penosas. Mi tío luchó mucho tiempo contra los vejámenes que recibía de todas partes, con una obstinación que estaría tentada de llamar admirable. Al fin, como los odios se hicieron tan violentos, creyó prudente dejar un lugar en el que su vida ya no estaba segura. Presentó su dimisión y regresó a Arequipa, en donde hubiese podido vivir tan bien y con tanto lujo como puede hacerlo en cualquier lugar de la tierra un hombre que tiene doscientas mil libras de renta. Pero ya estaba acostumbrado a gobernar y los goces de la fortuna aislados no tenían encanto para él. Para sentirse vivir necesitaba verse rodeado de un brillante Estado Mayor o de una multitud de subalternos y emplear en grandes intereses la actividad de su espíritu. Con el propósito de engañar este deseo emprendió viajes a todos sus ingenios azucareros, hizo edificar una magnífica casa de campo, pero ninguna de estas ocupaciones pudo distraerle de su ambición. Intrigó en la sombra y sus maniobras subterráneas obtuvieron tal éxito que sólo le faltaron cinco votos para ser elegido Presidente del Perú. Sus partidarios para desagraciarle de aquella contrariedad lo nombraron prefecto de Arequipa. Mi tío administró los nuevos intereses que le fueron confiados con tanta inteligencia como celo, embelleció muchísimo la ciudad y empleó su solicitud en todo cuanto pudo contribuir al desarrollo de la prosperidad pública. Pero, con todo, lejos de calmarse, los odios se reanimaban a medida que adquiría nuevos títulos a la estimación de sus ciudadanos. Los realistas repitieron sus recriminaciones contra él y los republicanos manifestaron también su desconfianza. Los periódicos que, en el Perú, son más virulentos que en ninguna otra parte, atacaron a mi tío con tanta saña que, al cabo de dos años, se vio de nuevo forzado a presentar su renuncia. Esta vez también su vida estuvo amenazada. Uno de nuestros primos, militar en extremo violento, indignado de los ataques y de los ultrajes que aparecían sin cesar contra don Pío de Tristán en el periódico *La República* fue a buscar al redactor en jefe, tuvo con él un cambio de palabras y puso fin a la disputa dándole una bofetada



tan recia que casi le revienta un ojo. El periodista, furioso, juró vengarse de mi tío. Este que conocía la exasperación de los partidos políticos contra su persona, no juzgó prudente esperar que el periodista se restableciese y realizase su amenaza, y se retiró a Chile.

Para dar una idea de la virulencia de los ataques de que era objeto mi tío, citaré aquí el pasaje de una hoja que circuló en Arequipa y en todo el Perú. Lo reproduzco textualmente:

*Electores y Arequipeños:*

*«Si queréis un presidente entendido en el arte de la guerra y que, con su profunda inteligencia se deje vencer por un ejército compuesto de la tercera parte del suyo, como sucedió en **Salta**, elegid al señor Tristán. Si deseáis un hombre de honor, pero que falte continuamente a sus juramentos, ya sea como magistrado o como particular y cuya mala fe sea conocida de todas las naciones europeas, como se puede ver en el **Atlas histórico** escrito en París por el Conde de las Cases, elegid al señor Tristán. Si queréis un hombre de espíritu y de raro talento para engañar a todo el mundo, como lo hizo con su colega Belgrano, con quien falseó todos los convenios y lo dejó enseguida comprometido con el gobierno, nombrad al señor Tristán. Si queréis un hombre poseedor de **un olfato** particular para descubrir a los verdaderos patriotas y perseguirlos hasta la tumba, tomad al señor Tristán. Si queréis un hombre que aspire a la Presidencia de la República a causa de los grandes servicios prestados a su amo el Rey, elegid al señor Tristán. Si queréis un ciudadano amable, cortés y caritativo, pero hipócrita por naturaleza, tomad al señor Tristán. Si queréis un hombre fiel y consecuente con el Rey, nombrad al señor Tristán. En fin, si queréis un hombre cuyas manos estén manchadas con la sangre de las víctimas sacrificadas ante el altar de nuestros antiguos opresores, ¡oh! entonces, ¡tomad al señor don Pío de Tristán! ¡Si hay un hombre para quien los manes de Lavin y Villenga pidan un justo castigo es el señor don Pío de Tristán! ¡Si queréis ser regidos por el enemigo más encarnizado del pueblo, quien con su táctica dorada no ha trabajado sino contra los intereses de la patria, nombrad al célebre don Pío! Si queréis un Presidente que sobrepuje en mérito a todos los demás, pero que recibirá con los brazos abiertos a los navíos de guerra que España nos envíe para exterminarnos ¡oh! entonces nombrad a don Pío de Tristán. ¡Electores! Si los peruanos han vertido su sangre para ser gobernados por los godos (carlistas rabiosos) y por los cobardes que no han sabido sino capitular, por monstruos que tantas veces han renegado de la naturaleza y de la humanidad y cuya obstinación reniega de la luz de la razón, elegid a don Pío. Complaceréis a España, ante*

*la cual, hoy mismo, él hace valer sus servicios y destruiréis para siempre el descanso y la felicidad de los peruanos.*

*Os comprometemos a agradecer al Globo de Lima, cuyas columnas están llenas, cada día, de pomposos elogios del muy célebre y muy honorable don Pío de Tristán!...».*

Cuando yo llegué al Perú, hacía solamente diez meses que había regresado y pensaba por entonces hacerse elegir Presidente. Sus proyectos de ambición habían contribuido a apresurar su retorno, tanto como el deseo de ver de nuevo a su familia.

Mi tío, con sus intrigas, podía muy bien llegar a conciliar los intereses de los grupos políticos. Pero después de la exposición precedente, es fácil juzgar que no había podido conquistar el afecto de ninguna clase de ciudadanos. Todos le temían, en particular los empleados del gobierno, porque casi siempre él se hallaba en el poder y todos en el fondo lo detestaban.

Los peruanos son corteses en toda circunstancia, aduladores, bajos, vengativos y cobardes. Según este carácter de las gentes del país y la alta influencia de mi tío en el gobierno, se explica uno con facilidad su modo de proceder respecto a mí.

Volvamos ahora al correo de Islay, a la casa de don Justo de Medina.

Desde mi cuarto veía a todas las personas que entraban donde don Justo o visitaban a las señoras en una pieza vecina al escritorio. Me sorprendió la cantidad de gente que iba y venía a esta casa. Noté también que toda ella tenía un aire inquieto y preocupado. Hablaba poco el español, pero lo comprendía muy bien y algunas frases cogidas al paso me advirtieron que yo era el objeto de todas aquellas visitas. El doctor había ido a la aduana por nuestras maletas y a su regreso vino donde mí con un aire de misterio y de alegría cuya causa no podía adivinar.

—¡Ah, señorita! —me dijo en voz baja—, ¡si supiera usted en qué perverso país nos encontramos! Estas gentes del Perú son tan aduonas y viles como los mexicanos. ¡Oh querida Francia! ¿Porqué un mediquito no puede hacer una fortunita en París?

—¡Cómo, doctor! ¡Ya maldiciones contra este país?... ¡Qué mal, pues, le han hecho estas gentes?

—Ninguno todavía. Pero juzgue usted por la muestra que le voy a dar, lo que se puede esperar de ellos. Adopté el aire de no entender español para que no disimulen delante de mí. Pues bien, sepa usted que esos bribones han deliberado

sobre si debían hacerle una buena acogida o si era más prudente ponerle mala cara por temor a disgustar a don Pío de Tristán. Felizmente para usted, se encuentra aquí un enemigo jurado de su tío, sacerdote y diputado. Se le considera como jefe del partido republicano, se dirige a Lima y se llama Francisco Luna Pizarro<sup>8</sup>. Se aloja donde el director de la aduana, don Basilio, quien al no saber cómo proceder respecto a usted, le ha consultado. El sacerdote ha respondido inmediatamente que era necesario recibirla con mucha distinción y él mismo quiere venir a hacerle una visita. Le verá usted aparecer muy pronto.

En efecto, pocos instantes después, el famoso sacerdote Luna Pizarro, pequeño Lamennais peruano, vino a hacerme una visita con don Basilio de la Fuente y los notables del lugar. Después de esta visita oficial, vinieron sucesivamente las señoras de Arequipa que se encontraban en Islay tomando baños de mar. En seguida se presentaron personas de las clases menos elevadas. Don Justo nos dio una buena comida y para festejarnos dignamente reunió en su casa a los músicos y bailarines, a fin de hacerme ver un baile a la moda del país. Las danzas se prolongaron hasta después de la media noche.

Yo esperaba con impaciencia que todos los convidados se retirasen, pues me caía de cansancio. Al fin, pude acostarme. Pero ¡ay! apenas estuve en el lecho me sentí como en una madriguera de pulgas. Desde mi llegada me habían incomodado pero nunca hasta ese punto. No pude dormir en toda la noche y las picaduras de estos insectos inflamaron mi sangre al extremo de tener fiebre. Me levanté en cuanto amaneció y salí al patio para tomar aire. Encontré al doctor que se lavaba la cara, el cuello y los brazos, echando pestes contra las pulgas. Por toda respuesta le mostré mis manos cubiertas de ampollas. El bueno de don Justo se mostró desolado de que las pulgas nos hubiesen impedido dormir. La señora me dijo con embarazo: Señorita, no me atreví a hablarle de lo que era preciso hacer para que la incomodaran menos. Esta noche le enseñaré.

Por la mañana, el agente de negocios de mi tío vino a decirme que había despachado un correo a Camaná para prevenir a la familia de mi llegada. No dudaba de que mi tío me enviase a buscar en cuanto supiese que me hallaba en Islay. Reflexioné algunos instantes y después de todo lo que sabía de él, pensé que no era prudente ir inmediatamente a su casa, en el campo y quedar en cierta forma a su discreción. Creí que era mucho mejor ir directamente a Arequipa, tomar informes, estudiar el terreno y esperar allí que mi tío fuese el primero en abordar la cuestión de intereses. Respondí a este hombre de negocios que a la mañana siguiente saldría para Arequipa, pues me sentía muy

---

8 Arzobispo de Lima, el sacerdote y político arequipeño Francisco Javier de Luna Pizarro presidió el Primer Congreso Constituyente del Perú en 1822.

fatigada para ir a Camaná. Encargué al doctor hacer los preparativos del viaje a fin de ponernos en camino al despuntar el día.

El resto del día lo pasé recibiendo visitas de despedida y recorriendo el lugar. Por la tarde fui donde el administrador de la aduana, quien me había invitado a un té. Para que la hospitalidad fuera más espléndida había reunido, así como don Justo, músicos y bailarines de la población y el baile se prolongó hasta la una de la madrugada. Para no dormirme recurrí al café del que bebí varias tazas. Era muy bueno, pero estuve muy agitada. Al entrar en mi cuarto, la señora de don Justo vino a enseñarme cómo era preciso defenderse de las pulgas. Colocó cuatro o cinco sillas a continuación unas de otras, de tal manera que la última llegaba hasta el lecho. Me hizo desvestirse sobre la primera silla, pasé a la segunda cuando no tenía sino la camisa. La señora se llevó toda mi ropa fuera del cuarto recomendándome que me limpiara con una toalla, a fin de hacer caer las pulgas adheridas al cuerpo. Enseguida fui de silla en silla hasta la cama en donde tomé una camisa blanca sobre la que habían echado agua de Colonia. Ese procedimiento me proporcionó dos horas de tranquilidad, pero después me sentí asaltada por millares de pulgas que subían a mi cama. Es preciso haber vivido en los países en donde abundan estos insectos para poder imaginar el suplicio de sus picaduras. Los dolores que se sienten atacan los nervios, inflaman la sangre y dan fiebre. El Perú está infestado por esos insectos. En las calles de Islay se les ve saltar sobre la arena. Es imposible preservarse de ellas totalmente, pero con más limpieza en las costumbres del país, estará uno menos incomodado.

## CAPÍTULO 7

### El desierto

**A** las cuatro de la mañana, el arriero vino a recoger mi equipaje. Mientras lo cargaba me levanté. Estaba rendida, abrumada de cansancio y según mi costumbre, me reanimé tomando mucho café.

Cuando quise montar en la mula, la encontré muy mala y sobre todo muy mal enjaezada para tan largo viaje. Hice esta observación al doctor, quién se había encargado del trabajo de buscármela y lo felicité por haber estado más afortunado en la elección de la suya, pues la que él montaba era tan buena como bien enjaezada. Miraba a Mr. de Castellac y pensaba en Mr. David. ¡Ah! ¡Cuánta razón tenía, me decía a mí misma! Así son todos los hombres. ¡Todo para ellos! El yo, sólo el yo. Si entonces hubiese

estado mejor iniciada en el conocimiento del mundo, hubiera dicho a ese buen doctor que tomaba tanto interés por mí: Doctor, no partiré si no me encuentra usted una buena mula y una silla cómoda. Hubiera conseguido la una y la otra, porque pensaba que yo podría serle útil. Pero me aseguró que había buscado por todas partes, sin haber podido encontrar algo mejor. Le creí. Jamás hubiera imaginado que un hombre a quien se acaba de prestar algunos servicios pudiera perder tan pronto su recuerdo o los considerara en la misma forma del industrial que explota al público y contempla los objetos de que se ha apoderado. Don Justo me prestó un tapiz con el cual me cubrió el cojín relleno de paja puesto a guisa de silla sobre el lomo del animal. Esta silla económica, se llama en ese país antorcha. Me arreglé lo mejor que pude. Todas las personas, alrededor de nosotros, me decían que cometía una imprudencia al partir tan mal montada, que el viaje era largo y pesado y valía más retardarlo y no hacerlo con aquella montura. Pero la juventud tiene confianza en sí misma y sus planes admiten rara vez las demoras. Contaba con mi fuerza moral, con esa voluntad que nunca me ha traicionado. No tomé en cuenta los ruegos del buen don Justo ni de los de su esposa e hija, quienes me repetían que ellas casi sucumben de cansancio en su último viaje a Arequipa. Partí a las cinco de la mañana. Era el 11 de Setiembre de 1833.

Al principio del viaje, me sentí bien sobre la mula. El café que había bebido me daba una fuerza ficticia, me sentía infatigable y muy satisfecha del partido que había adoptado. Apenas dejamos las alturas de Islay para internarnos en los cerros, nos dieron el alcance dos jinetes. Eran primos del administrador de la aduana de Islay; uno se llamaba don Baltazar de la Fuente y el otro don José de la Fuente. Esos señores se me acercaron y me preguntaron si quería aceptarlos por compañeros de viaje. Les agradecí su atención y estuve encantada del feliz encuentro, pues el valor de Mr. de Castellac no me dejaba sin ciertas inquietudes. El doctor, habituado a viajes en México, en donde los caminos están infestados de bandidos, temía que sucediera lo mismo en el Perú. Se había armado de cabeza a pies, aunque el valor no era su fuerte. Esto era para asustar a los bandidos y no con intención de servirse de sus armas. Esperaba ser un espantapájaros y no dejaba de parecerse en su vestimenta a don Quijote, sin pretender en lo menor el heroico valor de ese noble caballero. Llevaba en la cintura un par de pistolas, encima un cinturón del que pendía un gran sable de acero, un tahalí en el cual estaba amarrado un cuchillo de caza, y en fin dos grandes pistolas en el arzón de su silla. Esas apariencias militares contrastaban de la manera más burlesca con su endeble persona y con su indumentaria casi mezquina. El doctor tenía un pantalón de piel que había usado en su viaje a México, botas con largas espuelas provenientes igualmente

de México, una pequeña casaca de caza de paño verde, tan apretada, tan raída, que podía uno temer verla reventarse en cualquier momento. Tenía la cabeza cubierta con un casquete de seda negro y encima de éste, un enorme sombrero de paja. A todo esto hay que añadir el acompañamiento de canastas y botellas por delante de su mula y sobre la grupa, mantas, alfombras, fulares, abrigos, en una palabra, todos los arreos de un hombre habituado a viajar en el desierto y que teme la falta de todo. En cuanto a mí, ignoraba lo que eran tales viajes y había salido, como lo hubiera hecho de París para ir a Orleans. Tenía borceguíes de cutí gris, un peinador de tela cabritilla, un mandil de seda, en cuyo bolsillo estaban mi cuchillo y mi pañuelo, en la cabeza un sombrerito azul de gros de la India y llevaba también mi abrigo y dos fulares.

Bajamos de los cerros y el peligroso camino nos condujo a Guerrera, a una legua de Islay. Allí vimos fuentes de agua viva, árboles y un poco de vegetación. Había cinco o seis cabañas habitadas por los arrieros. Los señores de la Fuente entablaron conversación conmigo y me hablaron de la admiración producida por mi llegada, que nadie podía esperar, pues mi tío jamás había hecho mención de mí. Enseguida me hablaron de mi abuela y sin darse cuenta del mal que me hacían, deploraron la pérdida que yo había sufrido con la muerte de esta respetable mujer, tan generosa como justa. No había hablado de este acontecimiento desde el día en que lo supe. En Valparaíso, mis amigos evitaban con cuidado todo cuanto podía recordármelo. El doctor tenía la misma atención. En Islay nadie me había dicho una palabra. Pero hay en todos los países muchas gentes a quienes el deseo de hablar hace olvidar las conveniencias. Lo que don Baltazar y su primo me dijeron sobre mi abuela, despertó todos mis dolores y me enterneció hasta el punto de no poder contener mis lágrimas. Cuando esos señores vieron el efecto de sus palabras, trataron de calmarme y cambiaron el tema de la conversación; pero habían excitado mi sensibilidad y sentí el deseo imperioso de llorar. Los dejé ir por delante con el doctor y caminando separada, di libre curso a mis lágrimas.

El estado en que me encontraba dependía de mi temperamento nervioso. Después de grandes fatigas, siempre he sentido los mismos efectos. Los dos días pasados en Islay me habían cansado en extremo. La emoción de verme en ese suelo después de tantos trabajos para llegar a él, la dificultad de expresarme en una lengua que conocía, pero que no tenía costumbre de hablar, la multitud de visitas que había tenido que recibir, las noches febriles causadas por las malditas pulgas, la cantidad de café que había bebido, todo eso había sobreexcitado mi sistema nervioso de la manera más violenta.

Creí primero que las lágrimas vertidas me aliviarían. Pero muy pronto sentí un fuerte dolor de cabeza. El calor comenzaba a ser excesivo. El polvo blanco

y espeso levantado por las patas de nuestras bestias, aumentaba aún más el sufrimiento. Necesitaba todas las fuerzas de mi ánimo para mantenerme en la silla. Don Baltazar sostenía mi valor moral y me aseguraba que una vez que nos halláramos fuera de las gargantas de la montaña, entraríamos en campo raso, en donde encontraríamos un aire puro y fresco. Sentía una sed devoradora, bebía a cada instante agua con vino del país. Esta mezcla tan saludable por lo general redobló mi jaqueca, pues ese vino es fuerte y espirituoso. Por fin salimos de aquellas gargantas sofocantes, en las cuales jamás sentí el más ligero soplo de céfiro y en donde un sol ardiente caldeaba la arena como un horno. Ascendimos la última montaña. Cuando llegamos a su cima, la inmensidad del desierto, la cadena de las cordilleras y los tres gigantes volcans de Arequipa se ofrecieron a nuestras miradas.

A la vista de aquel magnífico espectáculo perdí el sentimiento de mis sufrimientos. No vivía sino para admirar, o más bien, mi vida no bastaba a mi admiración. ¿Era éste el atrio celestial que un poder desconocido me hacía contemplar? La divina mansión ¿estaba más allá de aquél dique de altas montañas que unen el cielo con la tierra, más allá de ese océano ondulado de arena cuyo progreso ellas detienen? Mis ojos vagaban por aquellas ondas argentadas, las seguían hasta verlas confundirse con la bóveda azulada; enseguida contemplaba esos escalones de los cielos, esos montes elevados, cadena sin término, cuyos millares de cimas cubiertas de nieve reverberaban con los reflejos del sol y trazaban sobre el firmamento el límite occidental del desierto con todos los colores del prisma. El infinito penetraba de estupor todos mis sentidos y como a aquel pastor del monte Horeb, Dios se manifestaba a mí con toda su potencia, con todo su esplendor. Después, mis miradas se dirigieron sobre aquellos tres volcanes de Arequipa, unidos en sus bases, que presentan el caos en toda su confusión y alzan hasta las nubes sus tres cimas cubiertas de nieve, las que reflejan los rayos del sol y a veces las llamas de la tierra. Inmensa antorcha de tres ramas encendidas para misteriosas solemnidades, símbolo de una trinidad que rebasa nuestra inteligencia. Estaba yo en éxtasis y no trataba de adivinar los misterios de la creación. Mi alma se unía a Dios en sus arrebatos de amor. Jamás un espectáculo me había emocionado tanto. Ni las olas del vasto océano en su ira espantosa o cuando se agitan resplandecientes con las claridades de las noches de los trópicos, ni la brillante puesta del sol bajo la línea equinoccial, ni la majestad de un cielo centelleante con sus numerosas estrellas, habían producido en mí tan poderosa admiración, como esta sublime manifestación de Dios.

Esos señores no nos habían prevenido. Habían querido gozar del efecto que produciría sobre mí la vista de esas grandes obras de la creación. Don

Baltazar gozaba de mi admiración y me dijo con un vivo sentimiento de orgullo nacional:

—¿Señorita, qué piensa usted de esta vista? ¿Tienen ustedes algo parecido en su hermosa Europa?.

—Don Baltazar, la creación revela en todos los lugares, la alta y todopoderosa inteligencia de su autor; pero se manifiesta a mí en toda su gloria y vale la pena de venir a contemplar este espectáculo solemne desde las extremidades de la tierra.

Mientras admiraba todas aquellas maravillas, el doctor y don José, en vez de emplear el tiempo en extasiarse contemplando esas nieves eternas y esas nieves ardientes, me habían hecho preparar un lecho sobre algunos tapices y levantaron una tienda para preservarnos del sol. Me extendí sobre ese lecho, e hicimos una comida en la que había de todo en abundancia. La buena señora de don Justo, había dado al doctor una canasta bien provista de carnes asadas, legumbres, bizcochos y frutas. Los dos españoles también estaban muy bien aprovisionados, traían salchichones, queso, chocolate, azúcar y fruta. De bebidas había leche, vino y ron. Nuestra merienda fue larga. No me cansaba de admirar. Después de comer, le tocó el turno al doctor. Al fin, fue preciso partir. Teníamos que recorrer treinta y cuatro leguas sin encontrar vestigio de agua. No habíamos avanzado sino seis y eran las diez.

Don José me cedió su yegua que era mejor que la mía nos pusimos en marcha. El magnífico panorama que me había llenado el alma, me tuvo algún tiempo como fascinada bajo el poder de su encanto. Mis sentidos estaban cautivados y hacía cerca de media hora que avanzábamos penosamente, sin que el horroroso desierto en que nos internábamos hubiese producido sobre mí ninguna impresión. El sufrimiento físico vino a sacarme de mi éxtasis intelectual. De repente mis ojos se abrieron y me creí en medio de un mar límpido y azul como el cielo que reflejaba. Veía ondular las olas blandamente, mas por el ardor de horno que se desprendía, por la atmósfera sofocante de que me sentía rodeada, por ese polvo fino, imperceptible y picante como la ortiga que se adhería a mi piel, pensaba que, engañada por una ilusión, veía fuego líquido bajo el aspecto de agua. Y, al dirigir mis miradas hacia las cordilleras, sufría el tormento del ángel caído, expulsado del cielo.

—Don Baltazar —le pregunté espantada— ¿estamos sobre metal fundido y tenemos que caminar mucho tiempo sobre este mar de fuego?.

—Tiene usted razón señorita. La arena es tan caliente, que se puede tomar por vidrio en fusión.



—Pero señor, ¿la arena es líquida?

—Señorita, es efecto del espejismo lo que la hace parecer así. Mire, nuestras mulas de carga se hunden ahora hasta las rodillas, están jadeantes, la arena quema sus patas y, sin embargo, como usted creen ver a la distancia una capa de agua. Véalas redoblar sus esfuerzos para alcanzar esa onda fugitiva. Su sed ardiente las irrita. Las pobres bestias no podrían resistir por largo tiempo el suplicio de esta decepción.

—¿Tenemos agua para abreviarlas?

—Nunca se les da agua en el camino. El propietario del *tambo*<sup>9</sup> tiene provisión de ella para los viajeros cuya llegada espera.

—Don Baltazar, a pesar de la explicación que acaba usted de darme, creo siempre ver olas claramente.

—Esta pampa está cubierta por pequeños montículos de arena semejantes a éstos que el viento acumula. Usted ve que, en efecto, tienen la forma de las olas del mar y el espejismo a la distancia les presta su agitación, Por lo demás nos son más estables que las olas del océano; los vientos los mueven sin cesar.

— Entonces ¿debe haber muchos peligros al encontrarse en la pampa cuando el viento sopla con violencia?

— ¡Oh! Sí. Hace algunos años unos arrieros que iban de Islay a Arequipa fueron sepultados con sus mulas por una tromba, pero esos acontecimientos son raros.

No cesamos de hablar. Pensaba en la debilidad del hombre en presencia de los peligros a que está expuesto en estas vastas soledades y una sombra de terror se apoderó de mí. La tempestad del desierto, me decía, es más temible que la del océano. La sed y el hambre amenazan de continuo al hombre en medio de estas arenas sin límite. Si se extravía o se detiene, perece. En vano se agita, mira en todas direcciones, ni la menor brizna de hierba se ofrece a su vista. Ni la esperanza puede nacer en él, rodeado por todas partes como está, de una naturaleza muerta. Una inmensidad que sus esfuerzos no pueden franquear, lo separa de sus semejantes y, ese ser, tan orgulloso reconoce en sus angustias que nada puede en donde Dios nada ha provisto para él. Yo

---

9 *Tambo*. Posada, mesón, parador de arrieros, viajeros y comerciantes. En los arrabales de la antigua Arequipa había varios de estos tambos que recibían a los viajeros que llegaban de la costa y de la sierra, como Tambo “La Cabezona”, “Tambo del Bronce”, etc.

invocaba a Dios con fervor para que viniera en mi auxilio y me abandonaba a su providencia.

Dirigía la vista sobre mis compañeros de viaje. El doctor estaba sombrío, silencioso. Don José, por las palabras que le dirigía, manifestaba inquietud por la lentitud de nuestro paso. Don Baltazar, confiado en su fuerza y habituado a viajar por el desierto, parecía el único que no estuviera afectado.

Hacia las doce, el calor se hizo tan fuerte, que mi jaqueca redobló, hasta el punto de que casi no podía sostenerme en el caballo. El sol y la reverberación de la arena me quemaban la cara, una sed ardiente me secaba la garganta. En fin, una laxitud general invencible para mi voluntad hacía que cayera como muerta. Dos veces me sentí en peligro de perder el conocimiento. Mis tres compañeros estaban desesperados. El doctor quiso sangrarme. Felizmente don Baltazar se opuso, pues sin duda alguna me habría muerto si hubiese dejado actuar a ese nuevo sangrado. Me acosté sobre el caballo y estoy tentada de creer que una mano invisible me sostuvo. Al ir así a la buena de Dios, no caí una sola vez. Por fin el sol desapareció detrás de los altos volcanes y poco a poco el fresco de la tarde me reanimó. Don Baltazar para excitar mi valor, empleó un medio muy empleado en semejantes circunstancias, el cual consiste en engañar al viajero sobre la distancia que lo separa del *tambo*. Me decía que no estábamos sino a tres leguas.

—Consuélese, mi querida señorita, muy pronto va usted a ver brillar la luz del fanal suspendido a la puerta de esa hermosa posada.

El astuto Baltazar sabía bien que estábamos a más de seis leguas. Contaba con la primera estrella que apareciera sobre las cordilleras, para dar verosimilitud a su superchería. Pero la noche se hizo completamente sombría y nuestra inquietud fue entonces mayor. No hay camino trazado a través del desierto y como en la oscuridad no teníamos sino las estrellas para guiarnos, corríamos el peligro de perdernos, de morir de hambre y de sed en medio de aquellas vastas soledades. El doctor se deshizo en lamentaciones lastimosas y don Baltazar, de carácter muy alegre, lo embromaba en la forma más divertida. Nos abandonamos al instinto de nuestras bestias. Los arrieros en semejantes circunstancias, no tienen otra brújula y es la más segura.

En esta pampa, así como los días son ardientes por el calor del sol y la reverberación de la arena, las noches son frías por la influencia de la brisa que ha atravesado las nieves de las montañas. El frío me hizo mucho bien. Me sentí más fuerte. El dolor de cabeza disminuyó y apuré a mi cabalgadura con un vigor que admiró a esos señores. Dos horas antes estaba a la muerte y ahora me sentía con fuerzas. No había sido víctima de la ilusión con que don

Baltazar había querido engañarme, al indicarme una estrella como el farol del tambo, y fui yo quien distinguí antes que nadie la verdadera linterna. ¡Ah! ¡qué sensación inefable de alegría me hizo sentir esta visión! Fue la del desgraciado náufrago que, a punto de sucumbir divisa un navío que viene a su socorro. Lancé un grito e hice partir a gran trote mi caballo. La distancia era todavía muy grande; pero la vista de ese pequeño fanal sostuvo mi valor. Llegamos al tambo a las doce de la noche. Don Baltazar había ido por delante con su sirviente para hacerme preparar caldo y una cama. Al llegar, me acosté, tomé mi caldo, mas no pude dormir. Tres cosas me lo impidieron: las pulgas que encontré, aún en más abundancia que en Islay, el ruido continuo que se hacía en la posada y en fin, la inquietud de que me llegaran a flaquear las fuerzas y no pudiera continuar el camino.

Esta posada no existía sino desde hacía un año. Antes había que resignarse a reposar a la intemperie, en medio del desierto. La casa constaba de tres piezas separadas por divisiones hechas de bambú: la primera de estas piezas estaba destinada a los arrieros y sus bestias, servía al mismo tiempo de cocina y de almacén. Los viajeros de ambos sexos se acuestan generalmente en la pieza del centro; pero los señores de la Fuente, tuvieron para mí desde el instante de nuestros encuentros hasta el fin del viaje, las atenciones más delicadas, los cuidados más afectuosos y no quisieron, a pesar de mis instancias, permanecer en este cuarto y me lo abandonaron por entero. Se retiraron con el doctor a la cocina, en donde estuvieron muy incómodos en todo sentido y no durmieron mejor que yo. Aunque su conversación fuera en voz baja, oía lo suficiente para asustarme de mi situación. Don Baltazar decía al doctor: Yo no creo prudente, le aseguro, llevar con nosotros a esta pobre señorita. Está en tal estado de debilidad que temo se pueda morir en el camino, tanto más que el trecho que nos falta hacer es mucho más penoso que el ya hecho. Soy de opinión de dejarla aquí y mañana mandarla recoger en una litera. A este propósito el dueño de la posada intervenía y observaba que no estaba seguro de tener agua, pues su provisión estaba agotada y si no le llegaba podría yo morir de sed.

Esas palabras me hicieron estremecer de horror. La idea de que pensaban abandonarme en aquel desierto de que las gentes groseras a quienes quedaría confiada podían tornarse crueles por la sed y dejarme perecer, quizá por un vaso de agua, reanimó mis fuerzas y a pesar de lo que pudiera sucederme, preferí morir de fatiga y no de sed. Sentí en esta circunstancia, cuán poderoso es en nosotros el instinto vital. El temor de una muerte tan espantosa me excitó a tal punto que a las tres de la mañana estaba ya lista. Había arreglado mis cabellos, abierto por encima de mis borceguíes, para que mis pies hinchados

estuviesen más cómodos; me había vestido convenientemente, había puesto en orden todas mis cosas, llamé al doctor y le rogué hacerme preparar una taza de chocolate. Esos señores se sorprendieron al verme tan bien. Les dije que había dormido y que me sentía respuesta por completo. Apuré los preparativos del viaje y dejamos el tambo a las cuatro de la mañana.

Hacía mucho frío. Don Baltazar me prestó un gran *poncho* forrado en franela. Me envolví las dos manos en un *fular* y gracias a todas estas precauciones, pude avanzar sin sufrir mucho por la temperatura.

Al salir del tambo, el paisaje cambia por completo de aspecto. Allí termina la pampa, se entra a una región montañosa que tampoco presenta ningún vestigio de vegetación. Es la naturaleza muerta en todo lo que hay de más triste. Ningún pájaro vuela por el aire, ni el más pequeño animal corre sobre la tierra, nada hay fuera de la arena negra y pedregosa. El hombre a su paso ha aumentado aún más el horror de estos lugares. Esta tierra de desolación está sembrada de esqueletos de animales muertos de hambre y sed en este horrible desierto: son mulas, caballos, asnos o bueyes. En cuanto a las llamas no se les expone a estas travesías muy penosas para su constitución. Necesitan mucha agua y una temperatura fría. La vista de todos estos esqueletos me entristeció profundamente. Los animales que viven en el mismo planeta, en el mismo suelo que nosotros ¿no son nuestros compañeros?, ¿no son también criaturas de Dios? No es por un regreso sobre mí misma que sufro de las penas de mis semejantes. El dolor excita mi compasión, cualquiera que sea el ser que lo soporte y creo que es un deber religioso preservar de él a los animales que se hallan bajo nuestro dominio. Ninguna de las osamentas de estas diversas víctimas de la avaricia humana se presentaba a mis miradas sin que mi imaginación se representara la cruel agonía del ser que había animado ese esqueleto. Veía a esos pobres animales agotados de cansancio, acezantes de sed, morir en un estado de rabia. A esta pintura espantosa, la conversación de la noche anterior volvía a mi espíritu. Entonces sentía con terror cuán débil estaba para sostener todavía la fatiga de tan ruda jornada y temblaba ante la idea de que quizá yo también iba a quedar abandonada en el desierto...

El sol había salido y el calor se hacía más y más ardiente. La arena sobre la que caminábamos se calentaba y nubes de polvo fino como ceniza quemaba nuestros rostros y secaba nuestros paladares. Hacia las ocho entramos en las quebradas, montañas famosas en el país por las dificultades que ofrecen a los viajeros. Al subir los picos sobre los que pasa el camino, me recosté sobre la mula y fui a merced de la Providencia. Al bajar no podía hacer lo mismo y aunque mi mula tenía el paso muy seguro, los peligros que continuamente presentaba el camino me obligaban a prestar la mayor atención. Nuestras

mulas debían franquear las grietas que cortan el camino y trepar enormes rocas y a veces seguir estrechos senderos, en donde sucedía que la arena se desmoronaba bajo sus pisadas, lo cual nos ponía en gran peligro y riesgo de caer al horrible precipicio que rodea la montaña. Don Baltazar iba siempre por delante, a fin de indicarnos la ruta. Su primo era el hombre más atento y más suave que jamás he encontrado y caminaba lo más posible cerca de mí para prestarme asistencia en caso de necesidad. El doctor, hombre de precaución por excelencia, iba siempre por detrás, por temor al peligro de que si uno de nosotros caía, lo pudiera arrastrar en la caída. Yo lo oía gritar a cada paso en falso que daba su cabalgadura, encomendarse a Dios, jurar contra el camino, el sol y el polvo y deplorar su horrible destino.

Descendí bien la primera y segunda montaña. Cuando llegué a la cima de la tercera, me sentí tan débil, tan mal, los movimientos violentos de mi mula me habían dado tal dolor de costado, que me fue imposible sostener la brida. Hicimos un alto en la cima de esta tercera montaña, en donde reina un aire puro y fresco. El viajero jadeante de fatiga y bañado de sudor se siente reanimado. En cuanto a mí, tenía los mismos sufrimientos que había sentido la víspera; una opresión espasmódica me apretaba el pecho y hacía que se hincharan las venas del cuello y de la frente, me corrían las lágrimas sin poderlas contener, no podía sostener ya la cabeza y todos mis miembros estaban aniquilados. La sed, una sed devoradora era el único deseo que sentía. Don José, de complexión delicada y sensible con exceso, se afectó de tal manera al verme en ese estado que de pronto su cara adquirió una palidez de muerte y se desvaneció por completo. El doctor se veía en apuros, se desesperaba, lloraba y no remediaba nada. Sólo don Baltazar no perdió un instante su sangre fría, ni su alegría. Cuidaba a todo el mundo y velaba sobre todo con orden e inteligencia. Hizo volver en sí a su primo, le arregló un lecho sobre alfombras y después de descansar cerca de media hora en lo alto de esa montaña, dio la señal de partida. Le obedecimos sin réplica, sintiendo, como por instinto, que a él se le había sido concedida la fuerza y que él era quien debía guiarnos. Don Baltazar juzgó que en la situación en que me encontraba, no podía montar sobre mi mula sin exponerme al riesgo de rodar al precipicio y me propuso hacer el descenso a pie. El y su primo me tomaron de los brazos, casi cargada y bajamos así, en tanto que Mr. de Castellac tiraba de las riendas de las bestias. Como ese medio resultó bueno, lo empleamos para los demás picos que pasamos sucesivamente y fueron siete u ocho.

Si la víspera la vista de los cadáveres de los animales muertos en estas áridas soledades me había causado tan profunda impresión, se puede juzgar cómo, al día siguiente, mi sensibilidad acrecentada por la irritabilidad del sistema

nervioso, debió afectarse con el espectáculo de las víctimas en lucha con la muerte del desierto. Encontramos a dos desgraciados animales, un asno y una mula, que sucumbían de hambre y de sed y se debatían en la agonía de una muerte horrible. ¡No! ¡No podría decir el efecto que esta escena causó sobre mí! La vista de estos dos seres que espiraban en tan terrible agonía, sus sordos y débiles gemidos me arrancaron sollozos como si hubiese asistido a la muerte de dos de mis semejantes. El propio doctor, a pesar de su frío egoísmo, estaba emocionado. Es que, en aquellos espantosos lugares, los mismos peligros amenazan a todas las criaturas. No podía abandonar el sitio, mis emociones me tenían encadenada a ese espectáculo desgarrador. Don Baltazar me arrastró, haciéndome razonamientos filosóficos sobre la muerte. Hay que haber visto la del desierto para conocer la más espantosa de todas. ¡Ah! ¡Qué penosas sensaciones son desconocidas por los que nunca han sido testigos de ella!

Al subir el último pico, hube de sufrir todavía otra prueba, que la muerte, esa divinidad del desierto, me había reservado. Una tumba situada al borde del camino, de manera que no se la puede evitar, se ofreció a mi vista. Don Baltazar quiso hacerme pasar de largo, pero una curiosidad que no pude dominar, me indujo a leer la inscripción. Es un joven de veintiocho años, muerto en ese lugar al dirigirse a Arequipa. Salió enfermo de Islay a donde fue a tomar baños de mar y el desgraciado no pudo soportar las fatigas del camino. Murió y el más grande de los dolores, el de una madre que llora a su hijo, se ha eternizado en este desierto para que nada falte a su horror. La tumba ha sido levantada en el mismo sitio en donde el joven murió. Se lee sobre la piedra tumularia su deplorable fin. Me representaba vivamente los sufrimientos que ese desgraciado debió sentir al espirar en aquel lugar, lejos de los suyos. Mi imaginación abultaba los dolores, estaba profundamente afectada y temí, por un instante, morir yo también en el mismo lugar. ¡Fue un momento terrible! Me acordaba de mi pobre hija y le imploraba perdón por la muerte que había venido a buscar a cuatro mil leguas de mi país. Pedía a Dios la tomara bajo su protección. Perdonaba a todos cuantos me habían hecho mal y me resignaba a dejar esta vida. Estaba anonadada, inmóvil al pie de la tumba. Don Baltazar fue nuevamente mi salvador. Me subió sobre su mula, y me ató con su poncho y me sostuvo con sus brazos vigorosos. Apuré el paso de las bestias y me hizo llegar, como por encanto, a la cima del último pico. Me tendieron en el suelo. Mis tres compañeros me hablaban a la vez con un acento de felicidad:

—Querida señorita, abra usted los ojos. ¡Vea la verde campiña! ¡Mire qué hermosa es Arequipa!...

—Mire el río Congata —decían los señores de la Fuente—. ¡Mire esos grandes árboles y díganos si en Francia tienen ustedes campos más deliciosos!

¡Ay! Hacía inútiles esfuerzos para abrir los ojos. Estaba completamente agotada. No sentía el aire fresco que soplaba sobre mi frente, no oía sino muy imperfectamente la voz de mis compañeros. Mis ideas se me escapaban y sólo me unía a la tierra un hilo que una nada podía romper. Nos quedaba todavía agua, me lavaron el rostro; frotaron con ron mis manos y mis sienes; me hicieron chupar naranjas y más que eso, el viento fresco me trajo a la vida. Poco a poco recuperé las fuerzas, pude abrir los ojos, miré entonces el riente valle y sentí una emoción tan dulce, que lloré, pero eran lágrimas de gozo. Descansé allí largo rato. Esta vista hizo renacer la esperanza en mi corazón. Reapareció mi energía. Sin embargo, mi agotamiento físico fue el mismo. Quise levantarme para tratar de bajar esta última montaña, pero me fue imposible sostenerme. Don Baltazar esta vez decidió llevarme a la grupa de su caballo. El camino era mejor y no necesitábamos sino media hora para llegar a Congata. Por fin llegamos a las dos de la tarde.

Congata no es una población, pues sólo se compone de tres o cuatro casas y una hermosa chacra que sirve a la vez de correo, de albergue y de lugar de cita para los viajeros que atraviesan el desierto. El propietario de la casa lo es también del establecimiento y se llama don Juan Nájar. Don Baltazar, al entrar al patio, le anunció quién era yo y la urgencia de socorros que mi estado reclamaba. El nombre de mi tío fue una poderosa recomendación. El señor Nájar, su esposa y sus numerosos servidores me atendieron con tal prontitud que en menos de diez minutos me sirvieron un excelente caldo. Me descalzaron, me lavaron los pies con agua tibia y leche, así como la cara y los brazos, me llevaron después a la pequeña capilla de la hacienda en donde habían colocado un lecho para mí. La señora Nájar ayudada por una negra me desvistió, me puso una camisa de batista blanca y fresca, me echó sobre la cama, y me arregló con el mayor cuidado, puso cerca de mí una taza de leche y se retiró cerrando la puerta de la capilla.

Según los datos que me habían dado en Islay, pensé que mi tío no regresaría a Arequipa antes de dos meses y como me encontraba en la necesidad de pedir hospitalidad a otros parientes, la víspera de mi partida había escrito al obispo y a su hermano, el señor de Goyeneche, que eran nuestros primos. El doctor que conocía esta circunstancia la comunicó a Don Baltazar, a fin de que a su llegada a Arequipa fuera a anunciar mi llegada a Congata a la familia Goyeneche y el estado alarmante en que me encontraba.

En cuanto don Baltazar se hubo informado de cuanto necesitaba saber, picó espuelas y se desquitó con una carrera rápida, del fastidio que la lentitud, del

viaje le había producido. Los señores de la Fuente habían hecho el más grande sacrificio que algunos peruanos pueden hacer, al resignarse a caminar con esa lentitud. Si hubiesen estado solos, hubieran hecho ese trayecto en dieciséis a dieciocho horas, en tanto que habíamos empleado cuarenta.

Mr. de Castellac, aunque en apariencia de muy delicada complexión, había soportado muy bien la fatiga y mientras yo descansaba, en lugar de hacer otro tanto por su lado, prefirió conversar con el señor Nájjar. Le refirió todo cuanto sabía de mí, agregó cosas de su invención con el fin de presentarme mejor y de que recayera algo sobre él. Era en el fondo un hombre excelente, pero tenía tanto miedo de fracasar que se aprovechaba de todas las ocasiones.

Dios tuvo piedad de mí. En cuanto estuve acostada, me dormí profundamente. Cuando desperté era cerca de las cinco de la tarde. Consideré con admiración los objetos que me rodeaban y creí al principio que era la continuación de un sueño y no podía creer en la realidad de lo que veía. La capillita en la que me encontraba estaba tan burlescamente decorada como lo están todas las del Perú. El altar estaba recargado de figuras de yeso, con una Virgen vestida extrañamente, un gran Cristo cubierto de gotas de sangre, candeleros de plata, floreros con flores tanto artificiales como naturales y una multitud de otros objetos. Una alfombra más o menos buena cubría el piso, una sola ventana pequeña aclaraba este santo lugar y no dejaba penetrar sino una luz débil que daba a este conjunto un tono pálido y melancólico.

Mi lecho había sido colocado en un rincón cerca del altar. Frente a él se encontraba la puerta de entrada. Cuando abrí los ojos esta puerta se hallaba entreabierta y mi atención se sintió atraída por un animal que sacaba la cabeza y trataba de entrar a la capilla. Este animal era un enorme gato negro de Angora, cuyos ojos color de fuego, tenían una expresión extraordinaria. Era en su especie, el más hermoso animal que había visto hasta entonces. Cerré a medias los ojos para no asustarlo y ver lo que iba a hacer. Entró con pasos lentos, con un aire de misterio y de precaución, entornaba sus grandes ojos llameantes y agitaba su larga cola ondulante como la serpiente que juguetea al sol a lo largo de un seto.

Sea que mi cerebro estuviera todavía agitado por la fiebre o debilitado por los días de sufrimientos inconcebibles que acababa de pasar, sea que estuviese en una de aquellas disposiciones de espíritu en las que se encuentran a veces los seres propensos al sonambulismo, el hecho es que la vista de ese soberbio gato me inspiró un movimiento de temor que no pude explicarme. Quise, sin embargo, dominar ese terror pánico, del que se indignaba mi carácter atrevido y valiente hasta la temeridad, saqué el brazo de entre las sábanas, cogí la taza



de leche que estaba a mi lado y la tendí al animal, llamándolo con voz dulce para no asustarlo. A este movimiento, la bestia erizó su pelaje, dio un salto, después otro y trepó al altar como si hubiese querido lanzarse sobre mí. Iba a pedir socorro cuando apareció en la puerta un pequeño ser, que me hizo el efecto de un ángel.

—No tema usted nada —me dijo al ver mi susto—. Ese gato no es malo, pero es muy arisco y cuando tiene miedo se pone como loco.

Al decir estas palabras, la linda criatura se acercó al altar, habló al gato que se dejó acariciar, y como si fuera demasiado pesado para cargarlo, lo arrastró hacia la puerta que cerró por completo después de haberlo echado fuera. De momento, no sabía qué pensar de esta aparición. Si el enorme gato, con sus ojos encendidos, me había parecido la encarnación de *Lucifer*, la encantadora figurita que estaba allí, delante de mí en una actitud angelical de curiosidad y de sencillez, me parecía un ángel bajado de los cielos.

— Ven cerca de mí —le dije—: ¿quién eres tú?, ¿cómo te llamas?.

La criatura se aproximó, se arrodilló al borde de mi lecho, me presentó su boca para besarla y puso su graciosa cabeza de serafín sobre mi brazo para que lo acariciara.

—Me llaman Mariano. Soy hijo del señor Nájjar. Hace rato que escuchaba a la puerta para saber si había despertado. Me retiré un instante y el gato negro se introdujo. Yo entré por temor de que se tomara su leche ¿No se ha molestado usted, no es cierto?.

Ese pequeño Mariano era un amor de niño. A su edad cinco años, tenía un género de belleza que es difícil encontrar en un muchacho tan joven: la belleza de la expresión. Se leía en sus grandes ojos negros que Dios le había dotado de un alma tan sensible como inteligente. Su frente revelaba el genio; su cabellera, espesa y ondulada, de un hermoso negro lustroso, era admirable. Tenía el cuerpo débil, los miembros muy delgados, lindas manitas y los pies tan pequeños que costaba trabajo verlo caminar. El sonido de su voz conmovía el alma y su lenguaje, todavía infantil daba una gracia muy particular a lo que decía.

Este admirable niño me contemplaba con aire de ternura y de solicitud. Le pregunté la causa.

—Quisiera saber —me dijo—, si sufre usted mucho.

Y me dijo que a mi llegada, al verme con los ojos cerrados y moribunda, tuvo tanta pena que había llorado mucho, mucho. Enseguida me contó todo

cuanto había sucedido desde que me quedé dormida y todo esto con una inteligencia extraordinaria para un niño de esa edad. Le rogué que fuera en busca de su madre. Esta vino con el doctor que estaba radiante.

—¡Ah, señorita! —me dijo—. ¡Cuántas cosas felices tengo que decirle! El obispo de Arequipa acaba de enviar a una de sus gentes con esta carta. Léala para que sepamos de qué se trata. Parece que toda la ciudad está en alboroto por causa suya. Querida señorita, todo va bien ahora. Espero que esté contenta.

La buena señora Nájjar se ocupó de mi salud en lo que el doctor ni pensaba siquiera. Me aconsejó quedarme en cama y ofreció enviarme la comida.

La carta de mi ilustre pariente era muy satisfactoria. Me decía que su hermano iría en persona, al terminar la comida, a ponerse de acuerdo conmigo a fin de prestarme todo los servicios que fueran necesarios.

La señora Nájjar me dio una comida de las más delicadas. Desplegó un lujo y una limpieza que me sorprendió encontrar en aquel lugar. Hermosa porcelana, cristal cortado, manteles de damasco, plata labrada y lo que es raro en el país, cuchillería inglesa. En fin, el servicio fue tan esmerado como hubiera podido serlo en un hotel de las grandes ciudades de Europa. Mi querido Mariano comió conmigo. Se sentó sobre mi lecho y durante todo el tiempo de la comida conversamos de una multitud de cosas. Entonces pude juzgar mejor el gran desarrollo de su inteligencia.

Me levanté a las seis. Tenía el cuerpo magullado y los pies hinchados. Sin embargo, quise dar un paseo por el pequeño bosque del señor Nájjar. Fui con él y con el angelito que no se separaba de mí. Después de dos días pasados en el desierto ¡qué placer sentía al encontrarme en un campo cultivado, al escuchar el murmullo de un ancho arroyo que corre a lo largo del camino que seguíamos y al ver los grandes y hermosos árboles! El aspecto de ese valle encantado me ponía en éxtasis. Hablaba sobre agricultura con el señor Nájjar, cuando un negro vino a anunciarnos la visita del señor don Juan de Goyeneche. Fue el primer pariente a quien estreché la mano. Me gustó un tanto. Su tono era de una cortesía y de una suavidad exquisitas. Me invitó a nombre de su hermano, de su hermana y en suyo propio, a considerar su casa como la mía, pero agregó que mi prima, sobrina de mi tío Pío, le había dicho que no sufriría que me alojase en casa que no fuera la de mi tío y que a la mañana siguiente ella misma me invitaría a venir y a tomar posesión de ella. Mr. de Goyeneche estaba acompañado de un francés, Mr. Durand, venido con el pretexto de servir de intérprete, pero en el fondo, para hacerse

el oficioso y por curiosidad. Después de su partida me retiré a mi capilla y me acosté con un gozo indecible.

A la mañana siguiente, cuando desperté, me sentí completamente repuesta. La buena señora Nájjar tuvo la amabilidad de hacerme traer un baño preparado por orden suya. Permanecí en él media hora, me acosté de nuevo entre mis hermosas sábanas de fina batista bordada y me sirvieron un excelente desayuno. Mi pequeño Mariano me hizo también compañía y me entretuvo mucho con sus razonamientos tan originales como extraordinarios. Me levanté e hice una toilette muy cuidadosa, pues sabía que iba a recibir numerosas visitas. Hacia las doce Mr. de Castellac vino a decirme que debía darme prisa, pues cuatro caballeros, llegados de Arequipa querían serme presentados. Al salir de la capilla situada al extremo de la galería que rodea la casa, vi dirigirse hacia mí a un joven de dieciocho o diecinueve años, que se me parecía de tal manera que le hubiera tomado por hermano mío: era mi primo Manuel de Rivero. Hablaba el francés como si hubiese nacido en Francia. Lo habían mandado allí a la edad de siete años y había regresado sólo desde hacía un año. Inmediatamente sentimos una viva simpatía. He aquí las primeras palabras que me dirigió:

—¡Ah, prima mía! ¿cómo es posible que hasta el presente haya yo ignorado su existencia? He estado cuatro años en París, solo, sin tener una persona amiga. Usted vivía en aquella ciudad y Dios no permitió que la encontrase. ¡Qué cruel pensamiento! No, jamás podré consolarme...

Me gustó este joven desde el primer momento que lo vi. Es francés de carácter, afable y bueno y también ha sufrido.

Manuel me dio una carta de mi prima doña Carmen Piérola de Flórez, quien representaba a mi tío Pío y me invitaba en su nombre a alojarme en su casa, la única que me convendría habitar. La carta íntegra seguía en el mismo tono. Vi por su estilo que tenía que habérmelas con una mujer de espíritu, pero prudente y muy cortés. Mi prima me enviaba, para llevarme a Arequipa, un hermoso caballo sobre el que había puesto una soberbia silla inglesa. Me remitía demás, dos vestidos de amazona, zapatos, guantes y una cantidad de objetos diversos para el caso de no tener mis maletas conmigo y pudiera necesitar vestidos. Los tres caballeros que acompañaban a mi primo eran el señor Arismendi, el señor Rendón y Mr. Durand, grandes amigos de mi prima. Conversé algún tiempo con esos señores, después los dejé en compañía del doctor para hacer un paseo con mi primo. Supe por él que mi llegada ocupaba a toda la ciudad y que todos pensaban que venía a reclamar la herencia de mi padre. Ese joven me puso al corriente del carácter y de la

posición de mi tío de quién él había tenido también mucho que quejarse, pues mi tío se negó con extrema dureza a pagar tres años solamente una pensión que le hubiera permitido acabar sus estudios en Francia. El padre de Manuel había disipado una gran fortuna y reducido a su familia a la miseria. Mi abuela había acudido en ayuda de sus hijos, les había dejado una renta vitalicia que les daba lo preciso con qué vivir. Mi primo, con un afectuoso abandono me contó todos sus pesares de familia, como si nos hubiésemos conocido hacía diez años. Yo también sentía que lo quería como si hubiese sido mi hermano.

Quisimos partir, porque mi prima nos había prevenido que nos esperaba para comer. Pero nuestros excelentes huéspedes me instaron tanto para que hiciera esta última comida con ellos, que acepté con satisfacción, conmovida por las muestras de cordial interés que me prodigaban.

Terminada la comida, luciendo un elegante vestido de amazona de paño verde, un sombrero de hombre con un velo negro sobre la cabeza y montada sobre un hermoso caballo vivo y fogoso, dejé la hacienda de Congata a las seis de la tarde, me coloqué yo a la cabeza de la pequeña comitiva y el inseparable doctor cerraba la marcha.

El camino de Congata a Arequipa es bueno, comparado con los otros del país. Sin embargo no deja de presentar obstáculos a los viajeros. Hay que vadear el río de Congata, lo que es peligroso en ciertas épocas. Había poca agua cuando lo atravesamos, pero las piedras del fondo exponen a que resbalen las patas de los caballos y una caída en ese río podría tener consecuencias funestas. Mi caballo era tan brioso que tuve mucho trabajo en contenerlo. El querido Manuel era mi escudero y gracias a sus cuidados salí sana y salva.

Al alejarme del río vi unos campos bien cultivados y aldeas que me parecieron pobres y pocos habitantes. Mi compatriota Mr. Durand estaba a mi lado y sea con intención de halagarme o más bien para hacerme hablar de mis pesares excitándolos, no cesaba de repetirme a lo largo del camino, como el intendente del marqués de Carabás:

—Esta hacienda es de su tío, el señor Pío de Tristán; esa de sus ilustres primos, los señores de Goyeneche; aquella tierra pertenece también a su tío; la otra igualmente...

Y siempre lo mismo, hasta Arequipa sin que el oficioso Mr. Durand se cansará de designarme las numerosas propiedades de mi familia. Cuando el bueno de Manuel se acercaba, me decía con tristeza:

—Querida prima nuestros parientes son los reyes del país. Ninguna familia de Francia, ni aún las de Rohan y de Montomorency tiene, por su nombre o su fortuna, tanta influencia y sin embargo, nos hallamos en una república. ¡Ah! Sus títulos y sus inmensas riquezas pueden procurarles el poder, mas no el afecto. Duros y pequeños como banqueros, son incapaces de hacer una acción que responda al nombre que llevan.

¡Pobre niño! ¡Qué sentimientos tan generosos! Por la nobleza de su alma mi corazón reconocía en él a un pariente.

Cuando llegamos a las alturas de Tiabaya nos detuvimos a fin de gozar de la perspectiva encantadora que ofrece el valle y la ciudad de Arequipa. El efecto es mágico. Creí ver realizada una de esas creaciones fantásticas de los cuentos árabes. Esos hermosos lugares merecen una descripción muy particular. Hablaré de ellos más adelante.

Encontramos en Tiabaya a una gran cabalgata que venía a nuestro encuentro, conducida por mi salvador, don Baltazar y su primo.

Las otras personas eran amigos de mi prima y siete u ocho franceses residentes en Arequipa.

Por fin llegamos. Cinco leguas separan Congata de Arequipa: ya era de noche cuando entramos a la ciudad. Estaba encantada con esta circunstancia que me libraba de las miradas. Sin embargo, el ruido que hacía esta numerosa comitiva al pasar por las calles, atraía a los curiosos a las puertas de las casas; pero la oscuridad era demasiado grande para que se pudiese distinguir a nadie. Cuando estuvimos en la calle de Santo Domingo, vi una casa cuya fachada estaba alumbrada. Manuel me dijo:

—Esta es la casa de su tío.

Una multitud de esclavos se hallaban en la puerta. Al acercarme, regresaron al interior apurados por anunciarnos. Mi entrada fue una de esas escenas de aparato, como se las ve en el teatro. El patio íntegro estaba alumbrado con antorchas de resina fijadas en las paredes. El gran salón de recepción ocupaba todo el fondo de aquel patio. Hay en medio una gran puerta de entrada, precedida de un pórtico que forma el vestíbulo al cual se llega por una escalinata de cuatro o cinco gradas. El vestíbulo estaba alumbrado por lámparas y el salón resplandecía de luces, con una hermosa araña y una multitud de candelabros en los que ardían velas de diversos colores. Mi prima se había hecho una gran toilette en honor mío, avanzó hacia la escalinata y me recibió con todo el ceremonial prescrito por la etiqueta y las conveniencias. Eché pie a tierra y avancé hacia ella. Estaba emocionada. La tomé de la mano y le agradecí

con efusión, todo cuanto había hecho hasta entonces por mí. Me condujo a un gran sofá y se sentó a mi lado. Apenas estuve sentada se dirigió hacia mí una diputación de cinco o seis monjes de la Orden de Santo Domingo. El gran Prior de la Orden pronunció un largo discurso en el cual me habló de las virtudes de mi abuela y de los magníficos donativos que había hecho al convento. Mientras me recitaba su arenga tuve tiempo de examinar a todos los personajes que llenaban el salón. Era una multitud bastante abigarrada. Con todo, en conjunto, los hombres más que las mujeres me parecieron pertenecer a las primeras clases de la sociedad. Cada uno me dijo un cumplimiento en términos pomposos acompañado de ofrecimiento de servicios, tan exagerados que ninguno de ellos podía ser la expresión de un sentimiento verdadero. Resultaba que en caso necesario no debía contar con ellos para la más ligera ayuda y su lenguaje era simplemente un homenaje servil dirigido a don Pío de Tristán, en la persona de su sobrina. Mi prima me dijo que me había hecho preparar una cena y que nos pondríamos a la mesa cuando quisiera yo dar la señal. Me sentía cansada y por lo demás no me preocupaba ser por más tiempo el objeto de las miradas de aquellos curiosos. Rogué a mi prima que dispensara de asistir a la comida y me permitiera retirarme al departamento que me había destinado. Vi que mi pedido, al que no podía dejar de acceder, contrariaba mucho a la honorable concurrencia. Se me condujo a una parte de la casa compuesta de dos grandes piezas más que mezquinamente amobladas. Una cantidad de personas, además de los monjes, me acompañaron hasta mi dormitorio. Éstos me ofrecieron, verdad es que en broma, ayudarme a desvestir. Manuel se encargó de decir a mi prima que deseaba quedarme sola. Todo el mundo se retiró y por fin cerca de la medianoche, logré estar sola en mi cuarto con una negrita que me dieron para mi servicio.

## CAPÍTULO 8

### **Arequipa**

**M**e encontraba en la casa en donde había nacido mi padre. Casa a la cual mis sueños de infancia me habían transportado tan a menudo, que el presentimiento de verla algún día se había arraigado en mi alma sin abandonarla jamás. Este presentimiento provenía del amor idólatra con que había amado a mi padre, amor que conserva su imagen viva en mi pensamiento.

Cuando la negrita se durmió, cedí al impulsó de examinar las dos salas abovedadas en donde estaba alojada. ¿Quizá mi padre ha vivido aquí?, me decía, y esta idea prestaba todo el encanto del techo paternal a lugares cuyo aspecto sombrío y frío desde la entrada, helaba el corazón. El mobiliario de la primera pieza se componía de una gran cómoda de encina, que debía haber seguido de cerca la expedición de Pizarro al Perú y databa por su forma del reinado de Fernando e Isabel; de una mesa y sillas más modernas, en el estilo que el duque de Anlou, Felipe V, introdujo en España; y en fin, de una gran alfombra inglesa que cubría casi toda la habitación. Las paredes estaban blanqueadas con cal y tapizadas con mapas geográficos. Esta sala de veinticinco pies de largo por veinte de ancho, sólo recibía luz por medio de una ventana pequeña de cuatro vidrios abierta en lo alto. La segunda pieza estaba separada de la primera por una división que no subía hasta la bóveda y no estaba alumbrada directamente. Mucho más pequeña que la otra, su mobiliario consistía en una pequeña cama de fierro guarnecida de cortinas de muselina blanca, una mesa de encina, cuatro sillas viejas y en el suelo un viejo gobelino. El sol no entraba jamás en esta inmensa alcoba parecida por su forma, su atmósfera y su obscuridad, a un sótano. El examen del sitio que mi familia me daba como alojamiento causó en mi alma una profunda impresión de tristeza. La avaricia de mi tío y todo cuanto había temido, se presentaba a mi pensamiento. Es fácil juzgar al dueño de casa por la manera de proceder de quienes le representan. Si doña Carmen me daba tal aposento en ausencia de mi tío, era porque estaba muy segura de que él mismo no me habría destinado otro mejor. A fin de no dejarme duda alguna a este respecto, me había dicho al conducirme que este departamento, aunque poco conveniente, era el único disponible en la casa para recibir a los parientes y amigos. Este rasgo pintaba a mi tío. Jefe de una numerosa familia, relacionado por sus altas funciones y su mérito personal con todo cuanto el país encerraba de más distinguido, don Pío gozaba de una fortuna colosal, pero no podía ofrecer por alojamiento a sus amigos y parientes sino una fría cueva, en la que se necesitaba luz para leer en pleno día. Esta idea me hacía sonrojar de vergüenza. ¡Y qué!, exclamaba involuntariamente, ¿es mi destino estar aliada a personas cuya alma dura es inaccesible a los sentimientos elevados? En seguida pensaba en mi abuela ¡tan noble en todo, tan caritativa!, en mi pobre padre que había sido tan generoso, en el buen Manuel, en su excelente madre y sentía un dulce consuelo al ver en esta familia a algunos individuos a quienes podía reconocer como parientes. Mis reflexiones me agitaron de tal modo que era casi de día cuando quedé dormida.

A la mañana siguiente mi prima me dijo que las principales personas de la ciudad vendrían a visitarme como es la costumbre y que sería conveniente

estar temprano en el salón. Triste y doliente, no estaba dispuesta a recibir a toda aquella gente y, a decir verdad, una razón de coquetería fue el motivo determinante de mi negativa. Durante la travesía del desierto el ardor del sol, el polvo y la acritud del viento que soplaba del mar me habían tostado la cara y las manos. La pomada que la bondadosa señora Nájjar me había dado comenzaba a disminuir la rojez y a ponerme la piel en su estado natural y deseaba esperar cuatro o cinco días más antes de presentarme. Los dos primeros días se aceptó mi excusa de indisposición, pero el tercero causó rumor en la ciudad y Mr. Durand, que conocía muy bien el espíritu de las arequipeñas, me aconsejó que me presentara si no quería exponerme a enajenarme la benevolencia que los habitantes me demostraban. Así son los pueblos en su infancia: su hospitalidad tiene algo de tiránico. En Islay hube de quedarme en el baile, rendida de fatiga, hasta las doce de la noche. En Arequipa, a pesar de mis sufrimientos en el viaje y el dolor que sentía por la muerte de mi abuela, me era preciso recibir a toda la ciudad el tercer día después de mi llegada. Se me hizo con todo apuro un traje negro. Me presenté en el vasto salón de mi tío cubierta con ropas de duelo como toda mi familia y la tristeza de mi alma sobrepasaba la de mis vestidos.

Es costumbre en el Perú, entre las mujeres de la alta clase social, que cuando llegan a una ciudad en la que son extranjeras, permanezcan en la casa sin salir durante todo el primer mes a fin de esperar las visitas. Transcurrido ese tiempo salen para corresponder a su vez las que han recibido. Mi prima Carmen, estricta en estas reglas de etiqueta, me dio instrucciones exactas sobre ellas creyendo que les prestaría igual importancia y que me conformaría a ellas sin omitir detalle alguno. Pero en esta circunstancia el yugo de la costumbre me pareció demasiado pesado y decidí liberarme. Mi prima, a quien no le agradaba más que a mí recibir visitas, aplaudió la forma oportuna con que me eximía de ellas, aunque no se sentía capaz de semejante atrevimiento. Antes de proseguir mi relato es necesario que haga conocer al lector a mi prima doña Carmen.

Con pesar me veo obligada a decir, para ser fiel a la verdad, que mi pobre prima Carmen Piérola de Flores es de una fealdad rayana en la deformidad. Víctima de la viruela, esta espantosa enfermedad ha hecho en ella sus más crueles estragos. Podía entonces tener treinta y ocho o cuarenta años.

Pero Dios no ha querido que sus criaturas peor dotadas estén por completo desprovistas de encantos. Mi prima tenía los pies más lindos, no sólo de Arequipa sino quizá de todo el Perú. Su pie es una miniatura, un amor de pie, el ideal soñado que aún me complazco en recordar. Un pie de sólo seis pulgadas de largo, de ancho proporcionado, de forma perfecta, con el empeine levantado, la pierna fina y lo que es más extraordinario, vista la extrema flacura de



doña Carmen, su pie y su pierna son llenos y torneados. Este lindo pie lleno de gracia y de personalidad está siempre calzado con magníficas medias de seda rosa, gris o blancas y con un elegante zapato de raso de cualquier color. Doña Carmen usa los vestidos muy cortos y tiene razón. Sus pies son admirables para esconder esa pequeña obra maestra de la naturaleza. Es muy elegante, se arregla con gusto, pero con todo, su modo de vestir es el de una persona más joven de lo que su edad permite.

Mi prima es de carácter singular. No ha recibido educación, pero la ha adquirido por sí misma y comprende todo con una admirable inteligencia. La pobre mujer perdió a su madre en la infancia y desde entonces la desgracia comenzó para ella. Educada por una tía dura y soberbia, su vida fue tan miserable que deseando sustraerse a ese yugo y sin tener más alternativa que el matrimonio o el claustro, por el que no sentía ninguna vocación, decidió casarse con el hijo de una hermana de mi padre. Este había pedido su mano atraído por el cebo de una rica dote. Mi primo era un hombre estupendo, muy amable, pero jugador y libertino que despilfarró su fortuna y la de su esposa en desórdenes de toda especie. Doña Carmen orgullosa y arrogante, hubo de sufrir todas las torturas imaginables durante los diez años que duró esta unión. Quería a su marido, a este hombre que no vivía sino para los sentidos, que rechazaba su amor con brutalidad, que la humillaba con su conducta y la ultrajaba con las explicaciones que le daba. En muchas ocasiones la dejó para vivir públicamente con amantes. Esas mujeres pasaban bajo la ventana de doña Carmen, la miraban con cinismo y reían burlonamente del insulto. Cuando en los primeros tiempos del matrimonio la joven esposa trató de hacer escuchar algunas quejas, ya sea en la familia de su marido o a amigos comunes, se le respondió que debía estimarse feliz con tener a un hombre tan guapo por marido y que debía soportar su conducta sin quejarse. Esas personas encontraban en la fealdad de la mujer y en la hermosura del marido razones suficientes para justificar la expoliación de su fortuna y los continuos ultrajes de que era víctima aquella desgraciada. Tal es la moral que resulta de la indisolubilidad del matrimonio. Después, no sé por qué horrible disposición de espíritu, ocurre que hay hombres más crueles que la naturaleza, quienes creen que todo se les está permitido en contra de los seres deformes, a los que prodigan sarcasmos e insultos. Su conducta es tan impía como malvada e insensata. Los defectos, cuya corrección está en nuestro poder, deben ser los únicos objetos del ridículo. No hay monstruos a los ojos de Dios. El árbol derecho y el árbol torcido tienen su razón de ser. Esopo así como Alcibíades fueron dotados por la Providencia de las formas más convenientes al destino que les estaba reservado. Censurar la obra del Creador es poner a nuestra inteligencia por encima de la suya. El hombre en demencia, que al aspecto de

la sociedad lanza una risa convulsiva, es menos insensato que el individuo que ve, en la configuración de una planta, de un hombre o de un ser cualquiera salido de las manos de Dios, un objeto de burla y de ultraje.

Después de esta infructuosa tentativa, doña Carmen no profirió una nueva queja, no dejó oír una murmuración y exagerando la perversidad humana, expulsó desde entonces todo afecto de su corazón, para no dejar sino sentimientos de desprecio y de odio. Mi prima, con el fin de aturdirse, se consagró al mundo. Y aunque privada de fortuna y de belleza, su espíritu atraía siempre a su alrededor a un círculo de adoradores. Doña Carmen tenía demasiado discernimiento para no comprender la causa de las adulaciones que le estaban dirigidas y aprendió así en el curso de sus coqueterías, a conocer el corazón humano. Mientras más avanzaba en este conocimiento aumentaba más su desprecio por la raza humana. Si mi prima hubiese tenido el menor sentimiento religioso, en lugar de espíar los vicios de los hombres con el objeto de alimentar su odio, hubiera tratado de descubrir sus inclinaciones al bien, se hubiera esforzado en hacerlos mejores. Pero Dios no entraba en sus pensamientos, tenía necesidad de la sociedad de esos mismos hombres a quienes despreciaba y les prodigaba lisonjas para a su vez, ser lisonjeada.

Al cabo de diez años de matrimonio, su marido que entonces tenía treinta, volvió donde ella. Había disipado toda la fortuna que ambos poseían, se había endeudado en todas partes y era presa de una horrible enfermedad, que ningún médico pudo conocer. Mientras había tenido dinero, las cortesanas y hasta las hermosas señoras, se habían disputado a este guapo mozo. Mas cuando no le quedó ni un peso, esas mujeres desvergonzadas lo rechazaron con desprecio, le dirigieron risas burlonas y censuraron en alta voz su conducta. El infortunado pudo entonces apreciar los seres inmundos a quienes había prodigado sus riquezas. Sin recursos, abandonado de todos, regresó por instinto donde la mujer a quien había humillado y abandonado a pedirle asilo. Ella lo recibió, con cariño, pues ese sentimiento no podría ya renacer en su corazón, sino con ese secreto placer que sienten las personas de su carácter, de ejercer una noble venganza que exalta su superioridad. El desgraciado pagó caro los desórdenes de su vida. Estuvo en cama dieciséis meses sufriendo las más crueles torturas. Durante ese tiempo su esposa no lo dejó un instante. Fue a la vez su enfermera, su médico, su sacerdote. Había hecho colocar un sofá cerca del lecho de dolor de noche y de día estaba allí, lista a asistirlo en todo. ¡Qué espectáculo para ella! ¡Qué aversión y desprecio abrigaba hacia la especie humana! Veía morir en la flor de la edad a ese joven a quien había amado, pero en estado de decrepitud, pues hasta ese punto lo había envejecido el libertinaje. Y lo veía

morir con cobardía. En esta circunstancia, doña Carmen mostró una fuerza de carácter no desmentida una sola vez. Sufrió con una paciencia admirable, los caprichos, las repulsas y los accesos de desesperación del moribundo. Esta larga enfermedad agotó los últimos recursos de mi desgraciada prima. Después de la muerte de su marido, quedó reducida a vivir de nuevo donde su tía, con su hija, único vástago que había tenido.

Desde entonces su vida había sido un suplicio de todo momento, deseaba siempre vivir en sociedad, mantener un rango y se veía obligada sin cesar a recurrir a una tía dura y avara. La pobre Carmen apenas tenía con qué hacer frente a sus necesidades, aunque presentaba las apariencias de lujo. Cuando llegué a Arequipa hacía doce años que era viuda y doce años que vegetaba, ocultando su miseria real bajo las apariencias de la opulencia. Cada año pasaba seis meses donde su tía, en un ingenio azucarero situado en Camaná, cerca del de mi tío Pío. A ella no le agradaba vivir en el campo, al que la necesidad la obligaba a ir en la época de mi llegada, una causa inesperada la había retenido en la ciudad, por primera vez. Vimos ella y yo en esta circunstancia el dedo de la Providencia, pues si por una ocurrencia fortuita mi prima no hubiera estado en Arequipa, no habría yo encontrado a nadie para recibirme en casa de mi tío.

Si al principio la sequedad y la fealdad de mi pobre pariente produjeron sobre mí un efecto desagradable, muy pronto descubrí en el fondo de aquella alma un género de nobleza y de superioridad que me inspiró simpatía. Desde mi llegada, mi prima me demostró mucho afecto, tuvo para mí todas las atenciones imaginables y se ofreció a ser mi maestra de idiomas. Fue a ella a quien debí el aprender español en poco tiempo. Tenía una paciencia admirable para enseñarme y corregirme cuando me equivocaba. Su casa estaba situada frente a la de mi tío, de manera que siempre estábamos la una donde la otra.

Por la mañana ella me enviaba el desayuno y como a las tres iba yo a comer donde ella. Siempre doña Carmen tenía la atención de invitar a algunos amigos, a fin de que tuviera compañía para distraerme. Pero prefería estar a solas con ella, porque encontraba sin cesar en su conversación, el modo de instruirme sobre las personas y las cosas del lugar.

Desde la mañana siguiente a mi llegada a Arequipa, había escrito a mi tío que estaba en su casa porque mi salud no me permitía ir a buscarlo a Camaná y que esperaba su regreso con la más viva impaciencia.

Transcurrieron quince días sin respuesta de don Pío. Estaba inquieta y mi prima otro tanto. Temía a mi tío y se imaginaba que su silencio podía indicar la desaprobación de la conducta que había observado conmigo. La manera

de proceder de mi tío respecto a mí renovaba la agitación producida por mi llegada, entre sus amigos y enemigos. Los unos decían que tenía miedo de mí; los otros pensaban que maquinaba alguna mala pasada, alguna trampa para cogerme. Los alarmistas llegaban hasta decir que podría hacerme detener. Mi cuarto estaba lleno desde la mañana hasta la noche con estos officiosos amigos, quienes venían a comunicarnos sus temores, sus consejos o sus extravagantes proyectos. Escribí carta sobre carta. Mi prima, la señorita Goyeneche y otras personas escribieron también. Don Pío no daba ninguna respuesta. Estaba en aquel momento en completo descrédito y esta circunstancia feliz para mí, ponía de mi parte a todo el mundo. Por fin, el vigésimo primer día después de mi llegada, todos recibieron una contestación y todas esas misivas estaban escritas con tanto arte, que el ilustre Talleyrand hubiera podido reivindicar el mérito de haber concebido estas obras de arte de diplomacia. Mi tío estaba hecho para ser primer ministro de una monarquía absoluta. En los tiempos difíciles habría dejado muy lejos, tras de sí, por la superioridad de su talento, a los hombres de Estado más notables. Los Nesselrode y los Netternich hubieran palidecido a su lado. Él también se quejaba a menudo del destino que lo reducía a intrigar sordamente, para llegar a la dirección de los negocios de una miserable republiquita, cuando se sentía con las dotes necesarias para dirigir los de una gran monarquía. Me decía a veces: «Si sólo tuviera cuarenta o cincuenta años, me iría inmediatamente a Madrid y necesitaría sólo dos meses para destronar a los grandes dirigentes de San Ildefonso, de tal suerte que tendría todos los resortes del gobierno entre mis manos».

Esta primera carta de mi tío tuvo el resultado que probablemente esperaba. Me demostraba tanta benevolencia, recordaba los servicios que mi padre le había hecho con tanto reconocimiento, que creí su corazón abierto a todo mi afecto y poder contar con su justicia. Era necesario ser tan ignorante del mundo como yo lo era para dejarme engañar por las hermosas palabras de don Pío. ¡Ay! Tenía necesidad de cariño, creía en la probidad, en el agradecimiento y si por instantes me venían ideas de desconfianza contra mi tío, las rechazaba con todas mis fuerzas, obstinándome en no ver el mal que me decían de él. Toda su correspondencia, durante los tres meses de espera, conservó el mismo tono afectuoso, bondadoso y leal. Al fin comprendí que me engañaba. Sus acciones no tenían ninguna relación con sus cartas y esa contradicción me hizo descubrir aquello que se tomaba tanto trabajo en ocultar. La correspondencia con los otros miembros de la familia era muy amable y según creo, un poco más franca.

Mientras permanecí sola en casa de mi tío, no tuve tiempo de aburrirme. Estaba siempre ocupada en recibir o en hacer visitas, en escribir o ver todo cuanto había de curioso en el lugar, de modo que el tiempo transcurría muy rápidamente.

Había llegado a Arequipa el 13 de setiembre, el 18 del mismo mes sentí por primera vez en mi vida un temblor. Fue ese tan famoso por sus desastres que destruyó por completo Tacna y Arica. La primera sacudida tuvo lugar a las seis de la mañana: duró dos minutos. Me desperté sobresaltada y casi fui arrojada fuera de mi lecho. Creí estar todavía a bordo, mecida por las olas y no tuve miedo. Pero enseguida la negra se levantó y gritó: «Señora, ¡temblor! ¡temblor!» Abrió la puerta y salió al patio en donde me precipité tras ella, echándome el peinador sobre los hombros. Los movimientos eran tan violentos, que nos vimos obligadas a echarnos al suelo para no caer. El más valiente hubiera tenido miedo al sentir agitarse así la tierra y ver la oscilación de las casas. Todos los esclavos estaban en el patio, de rodillas, rezando, petrificados y como resignados a morir.

Regresé a acostarme. Mi prima vino enseguida. El terror había trastornado su rostro:

—¡Ah! ¡Florita! —me dijo—, ¡qué horrible terremoto!. Estoy segura de que una parte de la ciudad está derrumbada. Un día me sucederá quedar sepultada bajo las ruinas de mi vieja casa. Y usted mi querida amiga que no está acostumbrada a semejantes convulsiones ¿qué efecto le ha producido?

—Prima, creí estar todavía en un navío. Es así como siente el movimiento de las olas y no he tenido miedo sino cuando me encontré en el patio y vi inclinarse la casa sobre mí, estremecerse el piso y el cielo vacilar como cuando está uno en el mar. Entonces comprendí todo el horror que se apodera del corazón humano en presencia de una plaga que le hace sentir tan profundamente su impotencia. Esos temblores ¿son frecuentes en el país?

—Hay a veces tres o cuatro el mismo día. Es raro que pase una semana sin que se sienta uno más o menos fuerte. Debemos esto a la vecindad del volcán.

Doña Carmen se quedó conversando conmigo. Sentada sobre mi cama, fumaba sus cigarritos y me refería todas las desgracias innumerables que en diferentes ocasiones los temblores habían causado en la región.

Como a las siete se dejó sentir un ruido sordo, que parecía venir de las entrañas de la tierra: era su voz. Mi prima lanzó un grito de espanto y se precipitó fuera de la habitación. Tenía yo los ojos fijos, en aquel momento, en una grieta bastante pequeña que había en el centro de la bóveda. Esta grieta

se entreabrió de repente y las enormes piedras se dislocaron. Creí que toda esa masa iba a desplomarse sobre mi cabeza y huí espantada. Esta sacudida fue menos fuerte que la primera. Regresamos de nuevo y angustiada me acosté. Confieso que estaba trastornada. Mi prima se sentó cerca de mí. La expresión de su rostro me dio miedo.

—¡Execrable país! —exclamó con un acento de furor contenido—, ¡y pensar que estoy condenada a quedarme en él!

—Prima, si le parece tan execrable ¿por qué se queda usted?

—¿Por qué Florita? Por orden de la más dura de las leyes, la de la necesidad. Todo ser privado de fortuna depende de otro, es esclavo y debe vivir donde su amo lo ate.

Y mi prima rechinó los dientes con un movimiento de rebeldía, el cual me probó que no estaba organizada para la esclavitud.

La miré y le dije con un sentimiento de superioridad cuya expresión no pude reprimir:

—Prima, tengo menor fortuna que usted. ¡He querido venir a Arequipa y aquí estoy!

—¿Y qué deduce usted de esto? —me preguntó con un movimiento de envidia.

—Que la libertad no existe sino realmente en la voluntad. Quienes han recibido de Dios esta voluntad fuerte que hace sobreponerse a todos los obstáculos, son libres. Mientras que aquellos cuyo débil querer se cansa o cede ante las contrariedades son esclavos y lo serían aun si la caprichosa fortuna los colocase sobre un trono.

Mi prima no supo qué responder. Sentía instintivamente que tenía razón. Sin embargo, no podía explicarse qué era lo que me daba fuerza para sostener semejante lengua. Me contempló largo tiempo en silencio, soplando el humo de su cigarro en forma de plumillas y dibujos fantásticos que yo seguía maquinalmente con los ojos. De repente se incorporó bruscamente y dijo con mal humor:

—Que Dios me perdone, Florita, usted también me da miedo. ¿Dónde iré a refugiarme? No me atrevo a entrar a mi casa por temor de que se me caiga sobre la cabeza y, por la Santísima Virgen, no me atrevo a quedarme sentada junto a usted y oírle pronunciar, con un aire tranquilo, las palabras que harían temblar a un monje y la harían tomar por loca...

—¿De veras, querida prima? ¡Ah! No tenga miedo. Venga a sentarse aquí, bien cerca de mí, para poder esconderme bajo su mantilla y dígame ¿por qué me toma usted por loca?

—Pero querida Florita, usted pretende que basta una voluntad firme para ser libre. Y es usted, débil mujer, esclava de las leyes, de los prejuicios, sujeta a mil sufrimientos, con una debilidad física que la hace luchar contra el menor obstáculo ¿es usted quien se atreve a avanzar semejante paradoja? ¡Ay, Florita! Se ve que usted no ha estado dominada por una familia altanera y poderosa ni expuesta a la negra maldad de los hombres. Soltera, sin familia, usted ha sido libre en todas sus acciones, dueña absoluta de usted misma. Sin estar sujeta a ningún deber, no tenía obligaciones para con el mundo y la calumnia no podía alcanzarla. Florita, hay pocas mujeres en su feliz posición. Casi todas, casadas muy jóvenes, han tenido sus facultades marchitas, alteradas por la opresión más o menos fuerte que sus amos han hecho pesar sobre ellas. Usted no sabe cuántos de esos penosos sufrimientos está una obligada a ocultar a los ojos del mundo, a disimular aun en el interior y cómo paralizan y debilitan la moral del ser más felizmente dotado. Al menos, tales son los efectos que aquellos sufrimientos producen sobre nosotras pobres mujeres poco avanzadas en civilización. ¿Será de otro modo entre las mujeres de Europa?

—Prima, hay sufrimientos donde hay opresión y opresión donde el poder de ejercitarla existe. En Europa como aquí, las mujeres están sometidas a los hombres y tienen que sufrir aún más su tiranía. Pero en Europa se encuentran, más que acá, mujeres a quienes Dios ha concedido suficientes fuerzas morales para sustraerse al yugo.

Al decir estas palabras, arrastradas por el sentimiento que me inspiraba, el tono de mi voz, la expresión de mi mirada excitaron la sorpresa de mi prima.

—Por esta vez, Florita, la admiro ¡está usted soberbia así! En mi vida he visto una criatura que exprese sus sentimientos con tanto dolor. Es usted muy buena en irritarse así por la suerte de las mujeres. Son en efecto muy desgraciadas y sin embargo, querida amiga, no puede juzgar de ello sino imperfectamente. Para tener una idea justa del abismo de dolor en que está condenada a vivir, hay que estar o haber estado casada. ¡Oh, Florita! El matrimonio es el único infierno que reconozco.

Como me sentía enrojecer por la indignación que esta conversación despertaba en mi alma, había ocultado la cara en uno de los extremos de la mantilla de doña Carmen. Y mientras ella continuaba, sólo estaba atenta a calmarme.

Esta primera conversación me bastó para adivinar todo lo que esta mujer había tenido que sufrir durante la vida de mi primo. Las mujeres de acá, pensaba, son por el matrimonio tan desgraciadas como en Francia. Encuentran igualmente la opresión en ese lazo y la inteligencia con que Dios las ha dotado, queda inerte y estéril.

La mañana del temblor recibí una multitud de visitas. Todos esos buenos arequipeños estaban curiosos por conocer la impresión que había producido sobre mí. Muchos de ellos parecían decirme con su aire: ustedes no tienen esas cosas tan bonitas en Francia.

Ese temblor destruyó por completo la ciudad de Tacna, situada en la costa. Todas las casas quedaron derrumbadas. La iglesia, terminada recientemente y abierta al público desde hacía quince días, se desplomó. Dieciocho personas perecieron y veinticinco fueron heridas gravemente. La ciudad de Arequipa sufrió casi otro tanto. La comarca de Sama, los departamentos de Moquegua y de Tarata fueron devastados. En Locumba la tierra se entreabrió y tragó casas íntegras. En todos estos lugares, muchas personas perecieron o estuvieron heridas de más o menos gravedad. Arequipa sufrió poco. Las casas de esta ciudad están tan sólidamente edificadas, que para derribarlas se necesitaría un temblor que deshiciera todo el Perú. Esta sacudida se dejó sentir igualmente en Lima y en Valparaíso, pero muy amortiguada y no causó ningún desastre. Hay que haber habitado los países en donde son frecuentes esos temblores, para tener una idea del terror que inspiran y de las desgracias que ocasionan, cuando estas espantosas convulsiones remueven la tierra en todo sentido, la hacen ondular como las olas o la entreabren como abismos.

El 24 de setiembre, para festejar a Nuestra Señora, una gran procesión recorrió la ciudad, una de aquellas procesiones en las que el clero del país despliega más ostentación. Son las únicas diversiones del pueblo. Las fiestas de la iglesia peruana dan una idea de lo que debían ser las Bacanales y las Saturnales del paganismo. La religión católica en los tiempos de la más profunda ignorancia, no ha expuesto jamás a toda luz tan indecentes bufonadas, desfiles más escandalosamente impíos. A la cabeza de la procesión marchaban las bandas de músicos y de bailarines, todos disfrazados. Algunos negros y zambos<sup>10</sup> se alquilan por un real al día para representar un rol en esta farsa religiosa. La iglesia los disfraza con las vestimentas más burlescas. Los viste de pierrots, de arlequines, de tontos o de otros caracteres del mismo género y les da, para cubrirse la cara, malas máscaras de todos colores. Los cuarenta o cincuenta bailarines hacían gestos y contorsiones de una cínica

---

10 Los mestizos zambos provienen de la mezcla de los indios y negros. (Nota de la autora).



desvergüenza, molestaban a las negras y muchachas de color formadas en fila, les dirigían toda clase de frases obscenas. Estas, mezclándose en la broma, intentaban por su lado, reconocer a las máscaras. Era una confusión grotesca en donde se oían gritos y risas convulsas y aparté los ojos con disgusto. Después de los bailarines, aparecía la Virgen vestida con magnificencia. Su traje de terciopelo estaba guarnecido de perlas. Tenía diamantes sobre la cabeza, en el cuello y en las manos. Veinte o treinta negros cargaban esta imagen, detrás de la cual iba el Obispo seguido de todo el clero. Enseguida venían los religiosos de todos los conventos, reunidos aquel día para ir juntos en el santo paseo. Las autoridades terminaban la fila oficial, seguida ésta sin ningún orden, por la masa del pueblo que reía, gritaba y creía estar nada menos que en oración.

Estas fiestas y la magnificencia que las caracteriza hacen la felicidad de los habitantes del Perú. Dudo que sea posible espiritualizar su culto antes de mucho tiempo.

Por la tarde se representó un Misterio, al aire libre, en la plaza de las Mercedes. Lamento no haber podido conseguir el manuscrito de ese drama religioso. Si se puede juzgar por lo poco que he visto u oído contar, debe ser un modelo en su género. Doña Carmen se vuelve loca por cualquier espectáculo y me dejó arrastrar por ella a la representación. Mas nos fue imposible acercarnos a la escena. Los primeros sitios estaban ocupados por las mujeres del pueblo, quienes esperaban allí desde la mañana. Las empujamos para tener un rincón desde donde poder ver. Jamás había sido testigo de tanto entusiasmo. Con la ayuda de los señores que nos acompañaban, logré subir sobre un poste y desde mi pedestal, vi con comodidad el magnífico cuadro que la plaza ofrecía. Se había levantado sobre el pórtico de la iglesia, una especie de teatro por medio de tablas colocadas sobre toneles. Algunos decorados, sacados del teatro de la ciudad formaban la escena que debía estar alumbrada por cuatro o cinco quinqués, pero los rayos argentados de la luna suplían la economía de los empresarios y bajo el hermoso cielo de Arequipa, la luna esparce brillantes claridades. Era una cosa nueva para mí, hija del siglo XIX, recién llegada de París, la representación de un misterio bajo el pórtico de una iglesia, en presencia de una inmensa multitud de pueblo. Más el espectáculo más lleno de enseñanza era la brutalidad, los vestidos groseros, los harapos de ese mismo pueblo, cuya extrema y estúpida superstición retrotraían mi imaginación a la Edad Media. Todas esas caras blancas, negras o cobrizas, expresaban una ferocidad salvaje, un fanatismo exaltado. El Misterio se parecía bastante (no diré nada de las bellezas del diálogo pues las palabras no llegaban sino imperfectamente a mis oídos) a los representados en París en el siglo XV, con gran

pompa, en la sala del Palacio de Justicia para edificación del pueblo de París, representación a que nos hace asistir Víctor Hugo en su «Nuestra Señora». Con ayuda de algunas palabras cogidas al vuelo, de algunas explicaciones que me fueron dadas por los iniciados de los bastidores y en fin por la pantomima de los actores, logré comprender el conjunto.

Los cristianos van a la tierra del Islam a combatir a los turcos y sarracenos, a fin de atraerlos a la verdadera fe. Los musulmanes se defienden con obstinación. Tienen a su favor la ventaja del número. Los cristianos hacen la señal de la cruz, pero con todo están a punto de sucumbir, cuando la Virgen Nuestra Señora, dando el brazo a San José y acompañada de un gran séquito de niñas, llega junto al ejército cristiano. Esta celeste aparición reanima su entusiasmo. Enseguida se precipitan sobre los musulmanes gritando: ¡Milagro! ¡Milagro!. La ocasión es propicia, pues éstos, petrificados, parecen haber olvidado el uso de sus armas y su admiración está motivada por la vista de esa multitud de bonitas muchachas de todos los matices de colores, con la cabeza ceñida por una aureola de papel amarillo, las cuales se mezclan con los soldados. Los musulmanes temen herir a éstas huríes del paraíso, y hay, me parece deslealtad por parte de los cristianos, en aprovechar de esta circunstancia para caerles encima. En suma, el sultán y el emperador de los sarracenos son derrotados y despojados con ultraje, de las insignias de su poder. En este estado de miseria prefieren ser reyes cristianos que monarcas destronados, imploran la misericordia de la Virgen de Nuestra Señora y se hacen bautizar así como todos los soldados. Creí comprender que la gloria de esta gran conversión correspondía mucho más a las compañeras de la Virgen que a los soldados de su hijo. Sea lo que fuere, la Virgen parece encantada con esta conversión en masa. Hace muchas cortesías al sultán y al emperador. Nombra al primero patriarca de Constantinopla y al segundo, arcipreste de Mauritania, conservándoles su poder temporal. Uno y otro juran sobre el Crucifijo, traído sobre una fuente de plata, hacer pagar anualmente el diezmo al clero católico en sus vastos estados y el dinero de San Pedro al Papa de Roma. A una señal dada por la Santísima Virgen el coro de jóvenes entona himnos y cánticos, a los que responden a voz en cuello, los soldados turcos, cristianos y sarracenos. Enseguida se ponen a zarandear a los judíos que se encuentran en gran número en el ejército musulmán, a donde han acudido de todas partes para comprar los despojos de los cristianos. Como no quieren convertirse, los cristianos y los nuevos convertidos, los golpean, les quitan su plata, se apoderan de sus vestidos y les dan harapos en cambio. Esas escenas burlescas fueron muy aplaudidas. Después empezaron de nuevo los cánticos mientras se quitan al emperador y al sultán sus vestidos impíos y la Virgen los reviste con gran ceremonia con las vestiduras sacerdotales de sus nuevas dignidades. Llega

entonces Jesucristo, la Santísima Virgen, San José, San Mateo, los generales cristianos, el emperador de los sarracenos y el sultán. Hay trece cubiertos y un judío para aprovechar la cómoda, se desliza furtivamente al décimo tercer asiento que queda desocupado. Jesús ha partido el pan y ha hecho pasar la copa a los convidados, cuando se dan cuenta del fraude.

Inmediatamente el judío es arrojado de su sitio y ahorcado (al menos su efigie) por los soldados. Continúa la comida y la atención es cautivada por la acción de Jesucristo que renueva el milagro de las bodas de Canaán y cambia el agua en vino de Canarias. En realidad, un negro oculto bajo la mesa sustituye con bastante habilidad un vaso de agua por otro lleno de vino durante la comida, el coro de vírgenes canta himnos. Es así como se termina la representación de la cual, imperfectamente sin duda, acabo de trazar un esbozo.

El pueblo estaba como loco. Aplaudía, saltaba de alegría y gritaba con todas sus fuerzas: ¡Viva Jesucristo! ¡Viva la Santísima Virgen! ¡Viva Nuestro Señor don José! ¡Viva Nuestro Santo Padre el Papa! ¡Viva! ¡Viva!

Con estos medios es como se mantiene en sus prejuicios a los pueblos de América. El clero ha ayudado a la revolución, pero no ha pensado en abandonar el poder y lo conservará por mucho tiempo todavía.

Doña Carmen, cuya pasión por los espectáculos de toda clase es tal que tendría fuerza para ir en la misma tarde a ver crucificar a Jesucristo, representación que se da en las iglesias de América durante la Semana Santa, enseguida al teatro a admirar a los bailarines de cuerda y después a las peleas de gallos, mi querida prima, aunque miraba desdeñosamente al populacho reunido en la plaza de las Mercedes, no había dejado de sentir una buena parte del placer experimentado por la multitud al ver maniobrar a la Virgen y a sus soldados, pero se guardó muy bien de confesarlo. Criticó en alta voz ese adesio y estuvo en el fondo, muy contrariada de que yo lo hubiese presenciado.

Los franceses que asistieron con nosotras a la representación del Misterio se contentaron con burlarse y reírse sin impresionarse en otra forma. Por lo que pude ver, fui la única en regresar entristecida de ese espectáculo. Siempre me he interesado vivamente por el bienestar de las sociedades en medio de las cuales el destino me ha transportado y sentía un verdadero pesar por el embrutecimiento de aquel pueblo. Su felicidad, me decía, no ha entrado jamás en las combinaciones de los gobernantes. Si hubieran querido realmente organizar una república, hubiesen tratado de hacer germinar por medio de la instrucción, las virtudes cívicas hasta entre las últimas clases de la sociedad. Pero, como el poder y no la libertad es el objetivo de esa multitud de intrigantes que se suceden en la dirección de los negocios públicos, continúan la obra

del despotismo y para asegurarse la obediencia del pueblo a quien explotan, se asocian con los sacerdotes para mantenerlo con todos los prejuicios de la superstición. Ese país desangrado por veinte años de guerras civiles, se halla en un estado deplorable, y se busca en vano, en la clase que por su fortuna ocupa el primer rango, la esperanza de un porvenir mejor. Pero no se encuentra en ella sino la más orgullosa presunción unida a la más profunda ignorancia y un lenguaje de baladronada del que sonrío con piedad el último marinero europeo. Hay sin duda, algunas excepciones entre los peruanos, pero esas personas gimen por la situación de su país y en cuanto lo pueden dejar se apresuran a hacerlo. El verdadero patriotismo, la abnegación no existen en ninguna parte. No será sino por medio de las más grandes calamidades como se hará la educación política y moral de ese pueblo. Quizá la miseria, que se acrecienta cada día, hará nacer el amor al trabajo y las virtudes sociales que de él resulten. Quizá también la Providencia suscite en este pueblo un hombre con brazo de hierro que lo conduzca a la libertad como Bolívar había comenzado a hacerlo.

Todos los domingos era preciso que, desde las diez de la mañana, estuviera en gran toilette en el salón para recibir visitas hasta las tres, momento en que íbamos a la mesa a almorzar y enseguida, desde las cinco hasta las once de la noche. Jamás he tenido tarea más fatigosa. Las señoras venían para lucir sus galas, los hombres por ociosidad y todos tenían en su fisonomía la expresión de un tedio permanente. Como el país no ofrece ningún recurso para alimentar las conversaciones, resulta que la charla es siempre fría, afectada, monótona. Está uno reducido a murmurar al uno del otro, a hablar de la salud o de la temperatura. El fastidio la hace a una curiosa. Me fue fácil ver que todos mis visitantes hubieran querido conocer cuál podría ser el objeto de mi viaje: pero su carácter cortés y reservado hizo que a mi vez, me observara con mayor cuidado del que me creí capaz. Nadie supo una palabra de mis asuntos, ni aun mi prima, la persona con quien tenía mayor confianza.

El 28 de octubre. Mr. Viollier, francés empleado en la casa de Mr. Le Brie, vino a anunciarme la llegada del *Mexicano* a Islay y me informó que se dirigía allí inmediatamente y que estaría de regreso a la mañana o al día siguiente con Mr. Chabrié. Su amor que no podría corresponder y la promesa que me había arrancado, que por mi parte no podría cumplir, pesaban sobre mi corazón. Temía considerar las consecuencias de todo esto. Sentía un dolor tan profundo que no atreviéndome a confesar que Chabrié existía todavía, casi hubiese deseado que una muerte funesta me permitiera derramar por él dulces lágrimas. ¡Cuántas veces, durante la noche, cuando el sueño huía de mis párpados, había hecho vanos esfuerzos para adormecer mi memoria! A pesar mío mis recuerdos me

llevaban de nuevo al *Mexicano*. Veía a Chabrié apoyado al borde mi lecho, me hablaba de sus esperanzas de felicidad, me pintaba la dicha de que gozaríamos en la hermosa California. Esos cuadros arrebatadores de amor y de tranquilidad, se me aparecían con todo su encanto. Un poder invisible parecía presentarme su imagen para excitar mis pesares. Entonces se renovaban en mí los combates que había soportado en Valparaíso. El interés personal luchaba con obstinación contra las inspiraciones generosas. Un espíritu de tinieblas y un ángel agitaban mi alma. Pero el poder celeste vencía siempre.

Cuando Mr. Viollier me anunció esta nueva, me puse roja y temblorosa, después tan pálida que no pudo contenerse de preguntarme si estaba contrariada.

—No en lo absoluto —le dije—. Quiero mucho a ese valiente capitán. Es un poco grueso, pero me ha demostrado tanto interés durante mis cinco meses de sufrimiento, que siento hacia él la más sincera adhesión.

A pesar de la emoción que no pude ocultar, Mr. Viollier no concibió ninguna sospecha. Nadie, en efecto, hubiese podido creer que yo pensaba en Mr. Chabrié y consintiese en pasar sobre los enormes defectos de su carácter, en favor de las cualidades de su corazón.

La noche y el día siguiente, mi agitación fue extrema. Invocaba a Dios, pues sentía debilitarse mi valor. Mr. Chabrié no vino en la mañana, tuve así una noche y un día más para reafirmarme en mi resolución y prepararme a recibirlo. El sábado, hacia las ocho de la noche, me paseaba en el salón de mi prima y hablaba de filosofía con ella, según nuestra costumbre, cuando vi entrar a Chabrié... Vino hacia mí, me tomó de las manos, las estrechó y besó con ternura, mientras que gruesas lágrimas caían sobre ellas en precipitadas gotas. Felizmente era de noche. Mi prima que se hallaba en la extremidad del salón, podría ver mis gestos, pero no su llanto. Lo conduje a mi departamento. Allí fue incapaz de contener su alegría, y en él, la alegría y el dolor se manifestaban con lágrimas. Estaba sentado cerca de mí, me apretaba las manos, tenía su cabeza sobre mis rodillas, tocaba mis cabellos y repetía con un acento de amor que hacía vibrar hasta mi última fibra.

—¡Oh, mi Flora, mi querida Flora! ¡Por fin la veo! ¡Dios mío, tenía sed de verla! Querida mía, hábleme, quiero oír su voz. Dígame que me quiere, que soy la víctima de un sueño. ¡Oh! Dígamelo, idéjame oírlo! ¡Ah! ¡Me ahogo!...

Yo no podía respirar. Una cadena de hierro me oprimía el pecho. Yo apoyaba su cabeza contra mí, pero no podía encontrar una palabra que decirle.

Nos quedamos así largo tiempo fascinados el uno por el otro, en muda contemplación. Chabrié fue el primero en romper el silencio y fue para decirme: ¡Y usted Flora, usted no llora!...

Esta pregunta me hizo sentir que Chabrié no podría jamás comprender la extensión de mis sentimientos. Mi silencio mi expresión probaban mi amor con más elocuencia que sus lágrimas... Su alma me amaba tanto como podía hacerlo, pero ¡ay! se hallaba lejos de la mía. Suspiré dolorosamente y pensé con amargura que no me había sido dado encontrar sobre la tierra un afecto que correspondiera al que yo sentía que podía darle en cambio.

No nos quedamos conversando mucho tiempo. Mr. Viollier vino a buscar a Chabrié, el cual se alojó en casa de Mr. Le Brie los seis días de su estancia en Arequipa. Ambos se retiraron. Estaban rendidos de cansancio, pues habían hecho el viaje a rienda suelta. Mr. Miota y Fernando no habían podido seguirlos y se habían quedado en Congata.

El día siguiente, domingo, no pude decir una sola palabra a Mr. Chabrié. Estuve continuamente rodeada de gente hasta las doce de la noche. El lunes vino a verme, lo dejé exponer sus proyectos: eran los mismos de Valparaíso. Deseaba además que nos casáramos enseguida, para que se convencieran de que se casaba conmigo por amor, puesto que lo hacía antes de tener ninguna esperanza del lado de mi tío. No había yo previsto esta nueva exigencia. Esto aumentaba las molestias de mi situación, no sabía qué decirle, me sentía atormentada como para perder la cabeza.

Por la tarde, quise evitar encontrarme a solas con él y lo conduje a una casa en donde se tocaba música. Cantó por complacerme, pero su mal humor fue tal, que todo el mundo lo notó. El martes vino a abrumarme de reproches por haberlo hecho perder así una tarde, cuando teníamos apenas tiempo para ocuparnos de nuestros asuntos. Los gastos del *Mexicano* ascendían cada día de 110 a 120 francos y a Chabrié correspondía la tercera parte. Mr. David, me escribía carta sobre carta, rogándome despedir a Chabrié enseguida y éste último me declaraba formalmente que no se iría antes de realizar nuestro matrimonio.

En mi vida me había encontrado en una posición tan cruel como esta en que me ponía la obstinación de Chabrié. Le dije todo cuanto pude imaginar para hacerle entender la razón. Me contestaba a todo con este perpetuo estribillo:

—Si me ama, deme la prueba. Si está usted contenta con la unión que le propongo ¿para qué retardarla? Voy a verme obligado de nuevo a dejarla. Mi

profesión me expone a perecer a cada instante, quizá no la volveré a ver más ¿por qué no aprovechar de la vida mientras gozamos de ella?...

Se puede creer que en esta circunstancia empleaba toda mi influencia sobre Chabrié para hacerle sentir cuánto iba en nuestro interés y en nuestra felicidad, esperar antes de concluir este matrimonio que él hubiese acabado sus negocios y yo los míos. Pero no se qué demonio se había apoderado de su espíritu. Mis palabras, mis ruegos, mis más vivas instancias quedaron sin éxito. Chabrié había sido cruelmente engañado varias veces y se había tornado desconfiado. Además los celos lo privaban de la facultad de razonar.

Pasé la noche del miércoles al jueves en una perplejidad de las más penosas, no porque vacilase en sacrificar a la felicidad de Chabrié el afecto que me inspiraba. Pero estaba preocupada e inquieta por la razón que habría de darle para motivar mi negativa de casarme con él. Tenía la firme convicción de que si le decía la verdad vería en eso una razón más para apresurar nuestra unión, a fin de protegerme y asegurarme un descanso que tanto necesitaba. A bordo había yo pensado de distinta manera. Había creído que, si le decía que era casada, lo alejaría de mí y quizá entonces esta revelación hubiera producido aquel efecto. Después, su amor había tomado sobre él un imperio que dominaba todo su ser. Chabrié respetaba los prejuicios, puesto que para desafiarlos me proponía vivir fuera de Francia. Religioso observador de las leyes, en todo lo referente a la propiedad, creía que les correspondía regular la posesión de las cosas, mas no les concedía el poder de esclavizar las inclinaciones del corazón, y lejos de su país, hubiera en esta suposición, si mi matrimonio hubiera sido un obstáculo que no hubiera osado franquear, no podía confiárselo en este caso sin comprometer un secreto que me interesaba no divulgar, pues su indignación contra mí por haberle hecho creer que era soltera, no hubiera tenido límites, como más tarde tuve la prueba.

La idea de que al aceptar el amor de Chabrié iba a reducirlo a la miseria y al pesar eterno de abandonar su país y su familia para relegarse conmigo a las costas de California, me devolvió todo mi valor y me hizo buscar en la mente un medio de separarlo de mí para siempre. Lo conocía íntegro y de una rigurosa probidad, concebí el pensamiento de atacarlo en ese punto. ¡Ah! Necesité de la ayuda de Dios en la prosecución de un proyecto cuya ejecución sobrepasaba toda la fuerza humana. Al emprender la tarea de hacer renunciar a Chabrié a su amor, corría el riesgo de perder también su estimación y su afecto que, desde hacía ocho meses habían sido los únicos y dulces consuelos de mi alma. ¡Pues bien! ¡Tuve ese valor! Dios sólo ha comprendido la extensión de mi sacrificio.

El jueves por la tarde, Chabrié llegó a casa con apuro, le había prometido la víspera darle una respuesta definitiva al siguiente día.

— ¿Cuál es, pues, su determinación? — me dijo al entrar con la expresiva emoción de un hombre impaciente por conocer su suerte.

— Aquí está señor Chabrié, mi determinación: Si usted me ama tanto como me lo asegura, deme la prueba y sírvame como se lo voy a indicar.

Usted sabe que mi partida de bautismo no basta para hacerme reconocer como hija legítima. Necesito otro acto que compruebe el matrimonio de mi madre con mi padre. Si no lo puedo presentar, no debo contar ni con un peso, mi tío no me dará nada. ¡Pues bien! usted puede darme un millón. Encárguese de hacerme confeccionar una partida de matrimonio por algún viejo misionero de California. Se le pondrá fecha anterior y por cien pesos tendremos un millón. Tal es, Chabrié la condición de la que hago depender mi amor y mi mano.

El desgraciado quedó anonadado, con el codo apoyado sobre la mesa, me contemplaba sin hablar y como un hombre inocente a quien una funesta sentencia acaba de condenar a muerte. Me paseaba de largo a largo y evitaba encontrar su mirada, sufriendo mil muertes por el dolor atroz que causaba a un hombre a quien amaba con el más tierno afecto. Al fin me dijo con acento de una profunda indignación:

— Así es que, cuando quiero casarme con usted sin fortuna, en la posición en que se encuentra, con un hijo, cuando estoy listo a sacrificar todo, todo... usted pone condiciones a su amor... ¡Y qué condiciones!...

— Señor Chabrié ¿vacila usted?

— Vacilar, señorita, ¡oh! no. En tanto que este viejo corazón palpita en mi pecho no vacilaré jamás entre el honor y la infamia.

— ¿En dónde está la infamia de mi propuesta, cuando le pido señor, que me ayude a hacerme devolver lo que me pertenece con toda equidad?

— No soy el juez de sus acciones. Usted quiere hacer de mí un instrumento, hacerme servir sus proyectos de ambición. Es así como corresponde usted a mi amor...

— Si usted me amara, señor Chabrié, usted no vacilaría un instante en hacerme el servicio que le pido y usted me lo niega.

— Pero Flora, mi querida Flora ¿está usted bien despierta? ¿No consume la fiebre su cerebro? ¿La ambición le hace olvidar todo? ¡Y qué! ¡Usted exige mi



deshonra! ¡Ah, Flora! La amo bastante para sacrificarle mi vida. Con usted soportaría la miseria, la soportaría sin quejarme. Pero no me pida envilecerme, pues por el amor que siento por usted, no lo consentiría jamás.

Esta respuesta de Chabrié era la que esperaba. Con un hombre semejante hubiera podido vivir en el fondo de un desierto y gozar momentos deliciosos. ¡Qué delicadeza! ¡Qué amor! Sentí entonces vacilar mis fuerzas. Hice un último esfuerzo y tomando un tono irónico y áspero, continué la conversación en forma de torturar un amor propio herido ya tan vivamente con mi proposición. La exasperación de Chabrié fue tal que me abrumó con los reproches más amargos, con tal ímpetu a la violencia del dolor que le causaba esta última decepción que por un momento creí que iba a emplear las vías de hecho contra mí.

Por fin se retiró y yo caí agotada. Fue la última vez que lo vi. Estas fueron las últimas palabras que me dirigió: «La odio tanto como la he amado»...

Era tan urgente para mí dar fin a las persecuciones de Chabrié y poner un término a su amor que a falta de otro medio, le hice mi extraña propuesta sin considerar cuánto tenía de inverosímil para ser tomada en serio. ¿Cómo pudo creerme, he pensado después, desprovista de sentido hasta el punto de pensar en regularizar el matrimonio de mi madre por medio de una partida fabricada en California? Si hubiera sido capaz de recurrir a una falsificación ¿No era en Europa y no en Arequipa en donde hubiera concebido la idea? Su ejecución ¿no era absolutamente imposible? ¿Cómo encontrar en la costa de California un sacerdote que hubiese estado vinculado en esa calidad, con una iglesia de la ciudad española de Frontera en donde había habitado mi madre antes de su matrimonio? ¿Cómo reemplazar las formalidades de legalización, de timbre, etc. etc.? Sólo en España hubiera podido encontrar alguna probabilidad de lograr éxito para semejante designio. Si Chabrié hubiese tenido suficiente sangre fría para reflexionar sólo diez minutos, se habría convencido fácilmente de no ser todo esto sino un subterfugio de mi parte, un pretexto para romper. Pero estaba tan violentamente agitado, que perdió por completo la razón. Mi proposición hería profundamente su amor propio y por eso me repetía: «¡Usted pone condiciones! ¡a mí, Chabrié, que jamás las ha soportado de nadie! ¡usted quiere hacer de mí un instrumento al servicio de su ambición! ¡Cuando quiero casarme con usted sin nada, después de tantas pruebas de mi absoluta abnegación, no me ama usted sino por interés!...» El pensamiento de haber sido engañado, como le había sucedido con muchas otras mujeres lo volvía loco. Los celos y el orgullo lo dominaron y la violencia de su dolor lo precipitó. Es así como estamos expuestos a ser víctimas no sólo

de los demás, sino de nosotros mismos, cuando actuamos bajo la influencia de una pasión cualquiera.

Al día siguiente partió para Islay. Antes de dejar Arequipa, me envió la carta siguiente:

*A la señorita Flora Tristán en Arequipa.*

«Señorita:

«En momentos de dejarla, probablemente para siempre, quiero decirle adiós... Siento cuán sola y desgraciada va usted a quedar después del amor verdadero y abnegado que acaba usted de perder... No tengo necesidad de decirle todo lo que su extraña conducta... tiene de cruel, de espantoso para mí. La dejo para siempre... ¡Ah, Flora! No deseo que usted comprenda cuánto hay de doloroso en esta palabra siempre...

«Como los pocos servicios que podría ofrecerle no tendrán lugar sino en el caso de sucederle un acontecimiento funesto, no se los ofrezco a usted. Pero le repito: Que sea dulce su última hora, su hija encontrará en mí un amigo, quien le hará amar la memoria de su madre.

«¡Adiós!... ¡Adiós para siempre!

29 de octubre de 1933”.

Esta carta cuya lectura me hizo sentir un pesar muy vivo, me probaba que había logrado plenamente mi objeto. Chabrié había arrancado de su corazón el amor que yo le inspiraba. Y entonces podría hacer un matrimonio de conveniencia, ser feliz quizá, pues con la bondad de su corazón, un hogar y los hijos que tuviera podrían bastar a su felicidad. Sentí un gran consuelo para mis males cuando estuve segura de que el porvenir de un hombre a quien amaba realmente no estaría ya encadenado a mi cruel destino. Le había recomendado a mi hija. Estaba persuadida de que velaría por ella si yo moría y esta convicción me daba una gran tranquilidad.

¡Oh! No debe uno admirarse de encontrar sólo un pequeño número de gentes virtuosas. Sentí de nuevo en esta circunstancia que, para ser virtuoso, se necesita una fuerza más que sobrehumana.

Las cartas que escribí a Chabrié después de nuestra ruptura lo mantuvieron en las mismas disposiciones. Seis semanas después de su ida de Arequipa, abandonó Lima para dirigirse a California y no tuve más noticias suyas sino a su regreso a Francia donde lo precedí por tres meses.

Voy a presentar a los ojos del lector un pequeño número de los párrafos de las cartas de Mr. David y de algunas de las personas de quienes he hablado en el curso de mi narración. Estos extractos de correspondencia servirán de complemento a la pintura hecha.

*«A la señorita Flora de Tristán en Arequipa.*

*Islay, 24 de octubre de 1833*

*«No podría decirle señorita, cuánto pesar me ha causado su carta. Había supuesto por datos que creía fidedignos, que su recepción había sido favorable y su posición y porvenir más risueños. Mis ideas me habían llevado aún más lejos, hasta anticipar su regreso a Europa, cuando llegó el correo y dispó una de las últimas ilusiones que me había forjado, pues no ignora usted señorita que no se ha compartido impunemente con usted los hermosos días de los trópicos y las noches sombrías del Cabo de Hornos. Ese viaje, por triste, por pesado que haya sido, tiene considerado desde más de un aspecto, su lado hermoso y para mí, los momentos de alegría que sorprendí en usted, así como sus amables conversaciones cuando las náuseas del mareo habían pasado, me han dejado un gran vacío. Rara vez voy a su cabina, ocupada por mí ahora, sin evocar la sombra de quien la habitó. Al recordarla a usted, no puedo apartar de mi mente el temor del presente y entonces me siento disgustado, muy disgustado de haberla conocido, puesto que mis deseos son estériles y al desear su felicidad no puedo aún entreverla. Me consideraba usted ligero, cuando juzgaba que no había virtud sobre esta tierra inhospitalaria, sin embargo, el juicio que yo emitía era fundado*

.....

*«Usted había pensado sabiamente en que se trataría de indagar algunas circunstancias de su existencia, de sus relaciones y de sus proyectos. Me han dirigido algunas preguntas dictadas en apariencia por el interés que ofrece una joven viajera. Decir que he respondido favorablemente para usted, es decir sencillamente que he leído algunas páginas de su historia. Como a los hombres no les hago el honor de aborrecerlos, sino sólo el de despreciarlos, no he creído deber responder a ciertas preguntas cuyo sentido era demasiado claro. Han visto que no ganaban nada y desde entonces su elogio ha corrido de boca en boca. Esto es también una lección, pues ¿a qué se asemeja un elogio, cuando no está precedido de alguna acción conocida que pueda darle nacimiento? Esas cortas conversaciones, esas frases tendenciosas, deben más que nunca, fortificarla en la resolución tomada por usted de andar con prudencia. Hay países en el mundo en donde ésta es más necesaria y en donde es preciso conservar un aspecto más igual. Allí, quizá, le faltará talento,*

*pues si mal no recuerdo, la linda frente y los hermosos ojos que expresaban lo que el corazón sentía, podrán difícilmente habituarse a un disimulo que les es extraño y sin embargo tan útil.*

*«El juicio de los hombres es siempre a favor suyo; pero las mujeres fruncen los labios al jurar por Dios que es usted encantadora. Es un principio de civilización...»*

*«Me es muy penoso terminar tan pronto una plática tan agradable. Pero la aduana, las declaraciones de cargo, las visitas femeninas que llueven a bordo del Mexicano privado de su cocinero<sup>11</sup>, me arrancan el poco descanso que me prometía. Acabo deseando que se realicen lo más pronto y lo mejor posible sus intenciones, no como a una buena y encantadora hermana, lo cual me sería difícil, pues nunca he tenido la dicha de tener una, sino como a una persona a quien quiero tanto cuanto respeto y cuya amistad me hace sentir orgullo.»*

*«Don Justo es una pobre bestia. No me admira de que su viaje haya estado tan mal arreglado. Me atrevo a creer que, si hubiésemos estado aquí nosotros, habría usted tenido menos inconvenientes.»*

*«Mr. Briet ha recibido su carta, se ha enternecido y le contestará por correo. ¿Recuerda usted señorita cuando me decía: «Por más malhumorado que esté usted, yo le haré cambiar enseguida si me tomo la molestia de proponérmelo». ¡Pues bien! Sí, a mí y a muchos otros...»*

*Con el derecho que un espíritu amplio y firme en sus designios, tiene sobre el espíritu grosero de los vulgares humanos.*

*«Tal es la distancia que me complace en reconocer. Acepte, señorita, etc.»*

*A. David.*

Segunda carta

Islay 4 de noviembre.

Señorita:

*«Por penosa que sea la idea de juzgar mal, es necesario a veces. Y a pesar de una propensión muy grande a lo contrario, he acabado por asegurarme de que es la base más segura y única sobre la cual es preciso apoyarse. He reconocido*

---

11 Roberto había desertado en Cobija para pasar al servicio del presidente Santa Cruz. Leborgne había desertado igualmente en Valparaíso. (Nota de la autora).

con espanto en los tiempos en que pensaba seriamente en un fin, que de todos los puntos del globo, ninguno como este se halla desprovisto de los elementos que constituyen la felicidad interior y aunque me haya costado muchos sufrimientos y pérdidas, bendije el día en que me desengañé por completo. Mis conversaciones y mis deducciones generales tenían, como se ha convencido usted, antecedentes. Estos se presentan hoy con más fuerza, desde que sé que usted está a punto de soportar en distintas formas, disgustos y sufrimientos semejantes a los míos. Lamento vivamente y desde lo más profundo de mi corazón, que mi carrera aventurera me aleje de usted, señorita, y de los lugares en donde hubiera podido, quizá, serle útil en alguna cosa. Su última carta ha despertado en mí impresiones ya desconocidas desde hacía mucho tiempo y he comprobado que todo sentimiento vivo no está por completo apagado en mí pues el pesar de otro me es tan amargo. A veces puedo ser mejor que mis palabras, pero en general mi conducta está al unísono. Demasiados años pasados sin ningún lazo afectuoso me han vuelto muy frío, muy egoísta y tal vez sólo la desgracia tiene derechos a mi simpatía. No se lo ocultó, señorita. Si la amable y buena pasajera del Mexicano hubiera sido recibida con los brazos abiertos y reintegrada en sus derechos paternos, no hubiera entonces sido para mí sino una pasajera. Triste y abandonada se ha convertido en una verdadera hermana, una tierna amiga en quien encuentro una dulzura muy agradable al poder confiar también los pesares y temores del porvenir. Para un hombre existen consuelos en ocupaciones fuertes y variadas: para la pobre mujer el llanto y las penas! La distribución es tan triste que me estimaría feliz al poder, como verdadero amigo, tomar la parte más pesada de los pesares que la agobian. Pero mi situación me lo impide y al compadecerla y admirarla, no tengo como antes, sino consejos que darle.

«Por aquí, siempre el mismo lenguaje, tocante a la extranjera, su prometida fortuna y su presunta residencia. Esto es decirlo, demasiado buena y demasiado crédula Flora, que no confíe ni en su sombra y use más que nunca de precaución. No me hago mayores ilusiones que antes de su llegada. Temo para usted dificultades, mala fe y quizá la expoliación casi íntegra de su herencia paterna. Esos son los verdaderos males que debe combatir y de los cuales tal vez la hagan triunfar mucha perseverancia y firmeza. Pero antes ¡cuántos pesares, cuántos sufrimientos, cuántas lágrimas!... La compadezco y la compadezco mucho más porque no puedo servirle de ninguna ayuda. Mil leguas nos van a separar y más que la distancia la necesidad...».

## Tercera carta

Lima, 1 de Diciembre de 1833

.....

*Lima a partir de este viaje, ha perdido sus encantos para mí. El viaje a Europa ha reanimado el gusto, ya apagado, que tenía por lo hermoso y lo bueno y en adelante esta ciudad no puede ofrecerme más interés que el de los negocios que me retienen. Todo ha cambiado aquí de color y de figura. Creo soñar cuando veo a mis antiguos camaradas y mis conocidos de ocasión, en este país. Es probable que pase todavía dos o tres años en el Perú o por decir mejor en América y le aseguro que no puedo pensar en este sacrificio, que no lo era al salir de Francia, sin temblar. Quizá las costumbres patriarcales de California me reconciliarán con el destierro y la soledad.*

*«Nuestro porvenir no nos pertenece, como se ha dicho. Depende de todo y a veces de nada. El suyo, señorita, no es más risueño que el mío. La misma pena pide el mismo remedio. Dedicuémonos a aplicarlo al regreso a Francia y allí, si usted lo exige todavía, diré adiós, horrible palabra cuando se quiere bien, deliciosa cuando se deja a los importunos, a los fastidiosos, a los peruanos, en fin...*

## Cuarta carta

Guayaquil, 2 de Diciembre de 1834

.....

*No tenía necesidad de un testimonio más para conservar mis primeras y constantes impresiones sobre el Perú y la América en general. Cada uno en este mundo tiene la pretensión de creerse mejor que su vecino. Yo, sin dificultad y sin orgullo alguno, creo poder avanzar esta pretensión tan lejos como aquel que nunca ha venido a Lima. Aseguraría con gran pesar de mi parte que, nunca hasta entonces, habían entrado a mi cabeza las ideas de falsedad y duplicidad y seguramente mis pérdidas continuas en el comercio han sido la causa. Desde que en la bienaventurada Lima he debido siempre luchar con lo que la bajeza, la mentira y la cobardía tienen de más horroroso, mis ideas han cambiado y desde ese tiempo no he podido ya contar con verdaderos días hermosos, pues he perdido aquello que hace hermosos esos días: una opinión favorable de nuestros semejantes. Cuando me ha oído usted criticar como Aristarco a nuestros republicanos, a nuestros comerciantes (clase de la cual*

*¡ay! formo parte) y a tantos otros, no lo hacía sino a la fuerza. Porque, en fin, al perder la idea del bien, siempre está uno en lo vago, teme uno detenerse, hablar, desahogar el corazón. Se cree siempre encontrar a un falso amigo, a un mercader pícaro, a un militar cobarde, en fin, siempre lo contrario del bien. Este conocimiento es triste. Cuando se adquiere, no se tienen ya más ilusiones y sin ilusiones la vida no tiene ya sol. ¡Pues bien! todo ese saber tan necesario para dirigir bien su barca en este mundo, es en Lima en donde lo he adquirido. Y así, en agradecimiento, he sabido apreciar a sus habitantes y he podido ponerla a usted en guardia contra sus ataques en grande.*

*«Al proseguir la carrera del comercio que aborrezco, soy tan desgraciado en Guayemas, lejos de todo cuanto puede gustarme, que sin la fuerza del compromiso que me liga a Chabrié y sin el temor de perder en un mes el fruto de muchos años de trabajo, habría ya abandonado una tierra más inhospitalaria aun que el árido Perú. Hoy he llegado al colmo de los votos en materia de fortuna. Suplico a mi amigo no emprender operación en grande, pues podría arrastrarnos a la ruina y contentarse con venir a buscarme como simple capitán, dejando el título solemne, comprado demasiado caro, de armador. Es el principio, el fin y el objeto de todas mis largas cartas. Si dependiera sólo de mí, querría desde hoy decir adiós a todo género de tráfico, no por principios de aristocracia, sino de honradez. Porque, sin hablar de las mentiras, se ve uno obligado a ver y a hacer en el comercio cosas ilícitas, según la ley, pero rechazadas por un corazón recto. Vea el punto en que estoy, mi buena hermana, satisfecho como siempre con muy poco respecto a fortuna y miserable más de lo que pueda imaginar, como resultado de mi permanencia indefinida en el más indigno lugar de destierro.*

*A. David».*

### Carta de Mr. Briet

Islay, 25 de octubre de 1833

«Señorita Flora Tristán:

*«He recibido su amable carta con infinito placer y me apresuro a atestiguarle mi reconocimiento y a asegurarle que mis intenciones no han tenido por objeto guardar resentimientos hacia una persona tan amable como usted.*

*«En cuanto al pequeño enojo en cuestión, le diré con franqueza que, si no continué prestándole las atenciones debidas a una pasajera tan perfecta y respetable, fue porque creí que eran tan inútiles como molestas y como no*

*están en mi carácter disgustar a nadie, tomé el partido del silencio, conveniente según creo en esta circunstancia.*

*«Le estoy reconocido por el interés que toma por nuestros negocios y le ruego creer que tendré un placer infinito en recibir noticias suyas y saber su feliz retorno a Francia y hago los votos más sinceros por el éxito de sus proyectos en este país.*

*Reciba mis respetuosos saludos.*

*M. Briet»*

*«Don José me encarga enviarle un recuerdo y decirle que le desea dicha y fortuna».*

Carta de Mr. de Castellac

Cuzco, 6 de diciembre de 1833

*«Señorita Flora de Tristán y Moscoso.*

*«Mi querida y buena compatriota:*

*«Mr. Miota me ha entregado un poco atrasada, su amable carta, pues estuve en Urubamba para ver a un enfermo. Me dice usted que su salud está restablecida y que ha comenzado a acostumbrarse a este nuevo lugar. Estoy verdaderamente encantado al verla tomar una buena dosis de filosofía para calmar esa efervescencia. Pero creo que el volcán de Arequipa, tarde o temprano inflamará su imaginación vagabunda y acabará por tomar horror a este país. Es preciso, encantadora y amable Flora, olvidar, si quiere usted ser feliz, las ilusiones y los placeres de nuestra bella Francia. Es muy difícil, en verdad; pero, en fin, no sería sino por algunos años. Me dice usted que sus asuntos están en el statu quo. Deseo que su señor tío la aprecie y la trate como lo merece.*

*Estoy aquí muy bien. Mis negocios van adelante. Quiera Dios que esto continúe. He sido nombrado cirujano de un regimiento, sin ninguna obligación, es decir, que si se aleja de aquí no tengo la menor obligación de seguirlo. Me darán el hospital dentro de unos días. Comuníqueme sus proyectos, lo que piensa hacer. Usted sabe y debe creer que nadie toma más interés en usted que yo. Deseo verla feliz y contenta. Sabe cuánto la quiero y todo cuanto la toca de cerca me interesa quizá más que a usted misma. Trate de ser amable y obsequiosa con su tío. Eso le será muy fácil, ya que usted es así naturalmente. Los alrededores del Cuzco son encantadores. No puede tener una*



*idea de la riqueza y del temperamento de este país. Tenemos los frutos de Europa y de América. Cada lugar tiene un clima diferente. Esta capital es triste y sucia, pero no llueve tanto como dicen y tenemos días muy hermosos. He sido muy bien recibido. Tienen para mí las más grandes atenciones. Los caballos y las buenas comidas no faltan. Tres o cuatro buenas curaciones me han dado reputación.*

*«Espero que en su próxima carta, como me indica, me pondrá al corriente de sus asuntos. Deseo de todo corazón que estos garabatos la encuentren en buena salud. Escribame a menudo. Siempre tendré un nuevo placer en recibir y en leer su amable escritura.*

*Su adicto compatriota*

*Víctor de Castellac*

Carta de Mr. Miota

Cuzco, 9 de enero de 1834

*«Mi querida señorita:*

*«Con toda razón me debe usted acusar de ingratitud, porque he faltado al reconocimiento que le debo y a los deberes sagrados de la amistad, al quedar tanto tiempo sin escribirle. Pero sería conocerme muy mal juzgarme así, pues sin las numerosas ocupaciones que me han abrumado desde mi llegada a esta ciudad, hace tiempo habría cumplido con estos deberes tan sagrados. Pero su habitual indulgencia para mí me hará obtener perdón sin ninguna dificultad.*

.....

*«Me he sentido sinceramente afectado cuando el doctor me ha referido que su salud estaba algo alterada y sus asuntos no marchaban según sus deseos. Es preciso tener paciencia y servirse, en esos casos borrascosos, de una poderosa filosofía. En cuanto a mí, hago votos porque sea feliz y mi deseo es el de servirle en todo cuanto me sea posible. No dude de mi sinceridad.*

.....

*Su más sincero amigo*

*F. Miota».*

Mr. Miota y su primo permanecieron quince días en Arequipa. Se dirigieron enseguida al Cuzco a donde el doctor de Castellac había llegado desde hacía mucho tiempo.

En esta misma época, mi tío me envió a Mr. Crevoisier, francés que desde hacía veinticinco años administraba su ingenio de Camaná y contaba con treinta y dos años de estancia en el país. Venía a buscarme para llevarme a Camaná y también por el deseo de conocerme. Mr. Crevoisier es el mismo francés de quien habla el general Miller en su obra sobre el Perú. El General nos presenta a Mr. Crevoisier como una especie de orangután, sin saber ya hablar el francés y sin poder hacerse comprender en español. En una palabra, el retrato que hace no tiene la menor semejanza y Mr. Crevoisier tendría derecho a quejarse. Pero lo que hay de más divertido es que el general Miller hable él mismo muy mal el francés y no mejor el español.

Mr. Crevoisier es el tipo del francés de antes de la revolución. Su cortesía rebuscada, su alegría, su tono ligero y jocoso, su buen corazón, su mala cabeza, toda su persona, en fin, así como sus maneras, reproducen a la perfección lo que eran nuestros abuelos.

Pero bajo esta frívola apariencia del siglo pasado, Mr. Crevoisier posee las cualidades esenciales para los hombres reunidos en sociedad. Es el ser más leal, más laborioso, más puntual que se ha encontrado jamás. Goza a justo título de la estimación y del afecto de todos los que han tenido relación con él. Está casado desde hace veinticinco años con una parienta de mi prima Carmen y tiene dos hijos, el mayor de los cuales es un joven encantador. Mr. Crevoisier es querido en toda nuestra familia que lo considera como miembro de ella y es el único que escapa a la envidiosa maledicencia de nuestros amables franceses residentes en el Perú. El querido papá Crevoisier (es así como lo llamábamos) me quería con locura. Se quedó diez días cerca de mí, sin poderme decidir a acompañarlo a Camaná. Feliz de encontrarse con su encantadora compatriota, me demostraba su satisfacción con inagotable alegría y debo decir que, durante su permanencia en Arequipa, no me aburrí un solo instante. Le fue preciso partir, pues los trabajos del ingenio reclamaban sus cuidados. Regresó a Camaná, llevando consigo mi sincero afecto. He aquí algunos pasajes de las cartas que me escribió.

*Camaná, 15 de octubre de 1833*

*«Encantadora y querida señorita:*

«Tengo el honor de anunciarle mi regreso a este sitio después de tres días de camino, los que me han mortificado mucho, por el extremo calor que he sufrido y sobre todo, por el cruel recuerdo de mi separación de mi buena y querida compatriota y de los hermosos días gozados cerca de ella. Pero, en fin, preciso es aprender a resolverse a todo y disponer con placer de un hermoso momento cuando se presente y conformarse con resignación cuando nos sorprenden los días infortunados. Esto es positivamente lo que me ha sucedido. He tenido el honor de conocerla, he pasado días deliciosos en su compañía, no han durado mucho tiempo, luego no soy de los más felices ¡paciencia!

«He visto con placer a toda mi familia, que está bien, así como a Mr. Tristán y su amable esposa, quienes se han apresurado a venir a verme en cuanto llegué. Me han pedido noticias suyas y toda la familia ha estado desesperada al no verla llegar conmigo. Les he hecho comprender que eso era cosa imposible, en vista del temor que usted sentía de coger aquí las tercianas (fiebres), después de todo cuanto le han dicho acerca del peligro que se corre por la aproximación de la estación calurosa que sentimos desde ahora. En fin, les he hecho ver que, aunque usted suspira por conocerlos, prefiere esperar un mes más para gozar, en buena salud, de su sociedad y no tener el desagrado de estar enferma en cama y privada de asistir a sus amables tertulias. Se han convencido y muchos le han dado la razón, excepto Mr. Tristán, quien hubiera deseado absolutamente, verla y abrazarla.

«Me han interrogado sobre el motivo de su llegada al Perú. He respondido que usted era tan reservada que ha sido imposible saber nada acerca de usted, pero he creído entender que su único deseo era el estar cerca de su tío y conservar su ternura y su amistad. También he comprendido, por algunas palabras que se le escaparon, que venía con algunas pretensiones sobre asuntos de interés, pero sin saber nada más.

«Mr. Tristán me ha respondido, que cuando se presente la ocasión le contestará con sus propias cartas, es decir, que él cree que usted no tiene derechos a la legitimidad; pero suspende todo pensamiento hasta haber hablado con usted.

«El conductor me apura y no tengo más que decirle sino que la quiero de corazón y soy y seré siempre su más fiel, abnegado y apasionado servidor.

J. de Crevoisier».

## Segunda carta

Camaná, 3 de diciembre de 1833

«Encantadora y preciosa señorita:

*... Le hablo francamente. Como los franceses pasan, entre las demás naciones por ser inconstantes y en vista de que no me escribía usted, la he llamado ingrata. Me arrepiento y le ruego perdonar esta ligereza de mi parte, no merecida por usted. Desde el instante en que se confiesan los pecados con sinceridad, se merece el perdón. Usted tiene indulgencia. Esta es una de sus virtudes. Así, pues, hagamos la paz, amable Florita y desde aquí la abrazo tiernamente.*

*«Pero sin embargo, tengo todavía deseos de arrepentirme por haberla tratado de indulgente, pues recuerdo que usted pretendía quererme en un día más de lo que yo podía quererla en un mes. Osaré asegurarle que es todo lo contrario, pues le será imposible excederme en amistad. En fin, es siempre cosa halagadora para mí recibir un cumplimiento tan caro y tierno de una persona tan amable como usted. Le agradezco desde lo profundo de mi corazón y le aseguro que todo mi deseo es encontrar una ocasión de probarle toda mi estimación y la amistad sincera que le tengo.*

*«Deseo que se encuentre lo más pronto posible con su señor tío y que todas las cosas se arreglen bien. Pero temo las discusiones, porque podrán entristecerla, no a causa de él que tiene buenas intenciones respecto a usted, sino a causa de los otros herederos, a los que costará mucho trabajo obligarlos a devolver. En fin, dígnese le ruego, escribirme a menudo y sobre todo cuénteme sus asuntos cuando sean favorables. Cualquiera que sea su suerte le repito lo que le prometí en el momento de decirle adiós: mi casa y lo poco que poseo están siempre a su servicio. Si no tuviera sino un pedazo de pan, mi mayor alegría sería dividirlo con usted. Cuente siempre con mi sincera amistad.*

*... Tenga un poco de paciencia y soporte por algunos días las habladurías de esos imprudentes e imbéciles holgazanes. A la llegada de su tío, todo acabará. Concibo la molestia de verse rodeada de gentes tan ridículas y tan despreciables; pero en fin, le repito de nuevo, soporte eso por algunos días...*

J. de Crevoisie.

Después de la partida de todos estos amigos, me encontré muy sola. No había arreglado mi vida de acuerdo con la monotonía de la existencia del país y confieso que comenzaba a estar muy cansada.

He dicho algunas palabras sobre los franceses de Valparaíso. Voy ahora a ocuparme de los que viven en Arequipa, como más tarde, hablaré de los que habitan en Lima.

Arequipa, ciudad del interior, no ofrece al comercio sino recursos limitados. El número de extranjeros es también muy restringido. La única casa francesa es la de Mr. Le Bris. Se estableció en el Perú, hace diez años y sus negocios han ascendido a la más alta escala. Antes de ser explotado el Perú por la concurrencia y arruinado por las guerras civiles, Mr. Le Bris, ganó una fortuna de varios millones. Pero sus casas de Valparaíso y de Lima sufrieron pérdidas enormes por demasiada complacencia en los negocios. Fue preciso que la casa central de Arequipa viniera en socorro de las otras dos. Mr. Le Bris es un hábil negociante y fue a ponerse sucesivamente a la cabeza de cada una de las casas correspondientes y en pocos meses todo quedó restablecido en el antiguo pie.

Mr. Le Bris es de Brest. Tiene treinta y seis a treinta y ocho años. Su salud débil y delicada, está quebrantada por la tormenta de los negocios y el aire volcanizado de Arequipa. Sufre de una afección nerviosa que irrita su carácter, adelgaza su cuerpo y mina su organismo. Mr. Le Bris es instruido, sus maneras son las de un hombre distinguido, su educación ha sido esmerada. Su espíritu fino, ligeramente sardónico, da mucha agudeza a su conversación. La bondad de su corazón, la generosidad de su alma, son admirables y sobrepasan todo cuanto se pudiera decir.

Mr. Le Bris realiza lo que me gustaría calificar de ideal elevado del comerciante. Llegado al Perú en un tiempo en que los negocios eran fáciles, habían podido dar libre expansión a sus proyectos, a sus ideas amplias y grandiosas. Su genio concibe vastas operaciones, ordena los detalles y emprende su ejecución con una inteligencia y un discernimiento notables. Organiza el trabajo, lo reparte entre sus numerosos empleados, según la capacidad que ha podido descubrir en ellos y su gran tacto y buen juicio son casi infalibles. Su atrevimiento en los negocios no es el de un jugador. Es el resultado de su confianza en la exactitud de sus combinaciones. Muy laborioso, su regularidad en todo puede servir de modelo y como negociante, aporta a sus relaciones comerciales tanta integridad y puntualidad, que su palabra vale como un escrito. Está libre de todas esas tacañerías y esas pequeñeces de las cuales parece que el comercio francés jamás podrá desprenderse. Mr. Le Bris en toda circunstancia, es de una complacencia inagotable pero su desinterés y su generosidad hacia aquellos de sus empleados que, por su inteligencia responden a sus expectativas, pueden en Francia, servir de ejemplo. Si envía a uno de ellos a un departamento alejado y el agente tiene éxito en la operación

que le está confiada. Mr. Le Bris le concede un porcentaje en los beneficios a título de gratificación.

Cuando un vendedor minorista solicita un crédito, averigua antes de concedérselo, si es trabajador y honrado y no si es pobre o rico, y cuando sobre este punto son favorables los informes Mr. Le Bris hace adelantos por sumas considerables.

La casa de este respetable negociante no presenta ese lujo excesivo que los ingleses despliegan con ostentación en las suyas. Todo es conveniente y de una limpieza extrema. Mr. Le Bris recibe a mucha gente. Consignatario de un gran número de barcos, los capitanes y sobrecargos que vienen a Arequipa, no tienen más residencia que la suya. Invita constantemente a todos los oficiales de la marina real, así como a los viajeros de distinción que visitan el país. Se decía, cuando salí de Arequipa, que Mr. Le Bris iba a ser nombrado vicecónsul, a fin de que el comercio francés tuviera un representante en aquella ciudad. No se preocupaba de ello al principio, pues la independencia de su carácter rechaza las funciones públicas, pero por interés del comercio nacional ha prometido aceptar su nominación.

Mr. Viollier, primer empleado de la casa, representa a Mr. Le Bris cuando éste se ausenta. Es un joven suizo de treinta años, educado en Burdeos y reside en el Perú hace diez años. Los demás empleados de la casa son jóvenes de diferentes partes de Francia. He conocido a Mr. Delor de Burdeos y a Mr. Jacquet de la misma ciudad. Ambos trabajan ahora por su cuenta.

No hay en total sino ocho o diez franceses en Arequipa. Son, además de los que acabo de nombrar: Mr. Poncignon de Burdeos, cuyo almacén de novedades es el más hermoso de la ciudad; MM. Cerf, judíos de Brest, quienes venden en su tienda toda clase de objetos. Muchos otros franceses tienen igualmente su domicilio en Arequipa, pero no residen allí habitualmente. Los negocios de corretaje de que se ocupan en especial los obliga a ir a todos los puntos del Perú. En el colegio hay un francés en calidad de profesor: se llama Mr. Moriniere. Son, pues, en total ocho o diez franceses en una ciudad de treinta mil almas. Uno se imaginaría naturalmente que esos señores que hablan la misma lengua, originarios del mismo país y que tienen las mismas costumbres, deberían, a tan gran distancia de su patria, buscar la sociedad los unos de los otros y vivir entre sí en relaciones de amistad. ¡Pues bien! No es así. Esos hombres se detestan, se destrozan a cual más. Durante los siete meses que pasé en Arequipa, he tenido tiempo de juzgar hasta dónde puede llegar el odio de los hombres cuando está excitado por la rivalidad y la envidia. Oír y ver proceder a esos individuos es un espectáculo que provoca disgusto.

Mr. Le Bris ocupa el primer lugar por su fortuna y era el eterno objeto de la envidia de sus compatriotas. Su lealtad y su generosidad, reconocidas desde hacía largo tiempo de manera incontestable, no ofrecían asidero para este propósito. Como no podían atacarlo por ese lado, caían sin consideración sobre su carácter, que pintaban violento, áspero y difícil de convivir. De él pasaban a Mr. Viollier, a quien trataban de hipócrita y de adúlón. Mr. Moriniere estaba irritado contra Mr. Le Bris y Viollier venía a verme muy a menudo y no cesaba de quejarse de esos señores.

En las colonias, todo el mundo practica el comercio. Esas costumbres especuladoras existen por todas partes en las dos Américas. Los prejuicios de nuestra vieja Europa sobre las profesiones no han podido propagarse. La esclavitud del negro ha hecho clasificar a los hombres por matices de color, mas no por el género de trabajo a que se dedican. Mr. Moriniere, aunque empleado en el colegio, se ocupaba también de negocios. Había recurrido a Mr. Le Bris, quien en un principio, le concedió su ayuda y su apoyo. Pero ese señor reconoció muy pronto la ineptitud del profesor de filosofía para los negocios. Le hizo observar amistosamente que si continuaba haciendo operaciones comerciales, comprometería su dinero y el de los demás. Mr. Moriniere tuvo la debilidad de ofenderse por una observación cuya exactitud podría apreciar si reflexionaba en la incompatibilidad de las dos ocupaciones que pretendía juntar, pues el hombre cuyo espíritu está ocupado en las altas especulaciones de la ciencia es poco susceptible de conceder la atención exigida por los menudos detalles del comercio... Por la negativa de Mr. Le Bris, el profesor se encontró decepcionado en sus esperanzas de lucro y propaló por todas partes, sobre la dureza y el egoísmo de su compatriota, calumnias que provocaron la sonrisa, porque se comprendía la causa y a las cuáles nadie prestó fe, ya que la reputación de Mr. Le Bris estaba por encima de semejantes ataques. Tal era la posición respecto de los franceses que vivían en Arequipa.

El origen de esta ciudad es bastante fabuloso. Sin embargo se lee en el Cuzco, en una crónica que contiene las tradiciones indígenas, que hacia el siglo XII de nuestra era, Maita Cápac soberano de la Ciudad del Sol, fue destronado. Se libró de sus enemigos mediante la fuga, erró por las selvas y por las cimas heladas de la cordillera acompañado de algunos de los suyos. El cuarto día, rendido de fatiga, muriendo de hambre y de sed, se detuvo al pie del volcán. De repente cediendo a una inspiración divina, Maita plantó su dardo y exclamó: ¡Arequipa! palabra que significa en quechua: «aquí me quedo». Luego, al volverse vio sólo a cinco de sus compañeros que lo habían seguido, pero el Inca confiaba sólo en la voz de Dios. Persistió y alrededor de su dardo, sobre los flancos de un volcán rodeado de desiertos por todos lados,

los hombres agruparon sus habitaciones. Así como los conquistadores, como los fundadores de imperios, Maita no fue sino el ciego instrumento de los secretos designios de la Providencia. Las ciudades que se han desarrollado en el mundo y los hombres que han destacado, han debido a veces, su grandeza a su mérito; pero a menudo también, a causas fortuitas, injustificables a los ojos de la razón.

Aunque Arequipa se encuentra en los 16°, 13'2" de latitud meridional, su elevación sobre el nivel del mar y la vecindad de las montañas hacen el clima templado. La ciudad está situada en medio de un pequeño valle de radiante belleza que no tiene más de una legua de ancho y dos de largo. Encerrado por altas montañas, está regada por el Chili, que tiene sus fuentes al mismo pie del volcán. El ruido de este río y su curso recuerda el Gave de los Pirineos. Su lecho es muy caprichoso, muy ancho en ciertos lugares, se estrecha en otros. Casi siempre erizado por enormes piedras o cubierto de guijarros, ofrece a veces una arena suave y unida como para el pie de una niña. El Chili se asemeja a un torrente después de la estación de las lluvias, y está casi siempre seco durante el verano. En este valle se cultiva trigo, maíz, cebada, alfalfa y hortalizas. Se ven pocas casas de recreo. En el Perú están todos demasiado ocupados en cualquier clase de intrigas para gustar de la estancia en el campo.

La ciudad ocupa en el valle un vasto recinto. Desde las alturas de Tiabaya parece extenderse sobre uno aún mayor. Desde allí, sólo una estrecha faja de terreno hace el efecto de separarla del pie de las montañas. Y esa masa de casas blancas, esa multitud de cúpulas resplandecientes al sol, en medio de la variedad de tonos verdes del valle y del gris de las montañas, causan sobre el espectador un efecto que no se creería dado producir a las cosas de este mundo. El viajero que desde Tiabaya contempla Arequipa por primera vez, está tentado de imaginar que seres de otra naturaleza esconden allí su misteriosa existencia y que el volcán cuya gigantesca elevación llena de estupor a los sentidos, los protege e impide alcanzarlos.

El volcán de Arequipa es una de las más altas cumbres de la cadena de los Andes. Enteramente aislado, presenta un cono perfecto. La uniformidad de su color gris le da un aire de tristeza. La cima está casi por completo cubierta de nieve, más o menos densa, disminuye desde la salida hasta la puesta del sol. Algunas veces el volcán arroja humo, esto sucede particularmente por la tarde. A veces en ese humo he visto llamas. Cuando ha estado mucho tiempo sin humear se espera un temblor. Las nubes envuelven casi siempre la cima de la montaña, parecen cortarla y se distingue perfectamente las zonas matizadas. Esta masa aérea de todos los tonos, posada sobre aquel cono de un solo color,



sobre aquel gigante que oculta entre nubes su cabeza amenazadora, es uno de los magníficos espectáculos ofrecidos por la tierra a los ojos del hombre.

Mi primo Althaus ha trepado hasta la cumbre del volcán, ha visitado su cráter y ha descendido al abismo hasta la tercera chimenea. Tiene sobre su viaje volcánico, notas y dibujos muy curiosos que siento no tener en mi poder para comunicarlos al lector. Hizo esta ascensión acompañado por diez indios armados de garfios. Sólo cinco fueron lo bastante fuertes para seguirle. Tres quedaron en el camino y dos perecieron al caer. Demoraron tres días en subir hasta la cima y no pudieron permanecer allí sino algunas horas, muy intenso era el frío. Las dificultades del descenso superaron mucho a las de la subida. Todos quedaron heridos, desgarrados. Althaus estuvo a punto de perecer. El volcán (no se le designa por otro nombre), está a doce mil pies sobre el nivel del mar. Los dos montes vecinos, cubiertos de nieves perpetuas, brillan con mil reflejos bajo los rayos del sol, se hallan a gran distancia de él y son más gigantescos aún. El primero se llama Pichu Pichu, el segundo Chachani y son dos volcanes completamente extinguidos. La extrema elevación de estas tres montañas aisladas, cuyas bases están igualmente elevadas sobre el nivel del mar, las hace a la distancia, parecer unidas por la base.

A raíz del descubrimiento, Francisco Pizarro estableció en Arequipa un obispado y una de las sedes del gobierno. Los temblores han causado en esta ciudad espantosos desastres en diversas épocas. Los de 1582 y 1600 la destruyeron casi por completo y los de 1687 y 1785 no fueron menos funestos.

Las calles de Arequipa son anchas, cortadas en ángulos rectos, regularmente pavimentadas. En medio de cada una de ellas corre una acequia. Las principales tienen aceras de gruesas losas blancas<sup>12</sup>. Están todas más o menos bien alumbradas, cada propietario está obligado, so pena de multa, a poner una linterna delante de su puerta. La gran plaza es espaciosa. La catedral ocupa el lado norte, la Municipalidad y la prisión militar están al frente, casas particulares forman los otros dos lados. A excepción de la catedral, todas estas construcciones tienen arcos. Bajo las galerías se ven las tiendas con diversas mercaderías. Esta plaza sirve para el mercado de la ciudad, para las fiestas, revistas, etc., etc. El puente sobre el Chili está groseramente construido y es poco sólido para resistir en ciertas estaciones el torrente que pasa por debajo.

Arequipa encierra muchos conventos de hombres y mujeres. Todos tienen muy hermosas iglesias. La catedral es muy vasta, pero oscura, triste y de una arquitectura pesada. Santa Rosa, Santa Catalina, San Francisco se distinguen por la belleza de sus cúpulas de una prodigiosa elevación. En todas las iglesias se ven figuras grotescas de madera y de yeso que personifican los ídolos del catolicismo peruano. Aquí

y allá algunos grotescos mamarrachos dan a los santos que representan el aspecto más burlesco que es dable imaginar. La iglesia de los jesuitas es una excepción a este respecto. Es mucho más discreta en la representación de los santos que ofrece a la invocación de los devotos. Antes de la independencia, todos estos templos, ricamente decorados, tenían candelabros, abalaustradas, columnas, altares, etc. de plata maciza y otros adornos de oro. Estos dos metales estaban prodigados por todos lados con más profusión que gusto. Pero la fe no protege ya estas riquezas. Varios presidentes y jefes de partido, después de haber agotado en sus querellas, el tesoro de la república, despojaron sin escrúpulos a las iglesias. Los frontales de los altares, las columnas y los candelabros fueron fundidos a fin de pagar a los soldados y alimentar los vicios de los generales. Los adornos preciosos que han sido respetados están amenazados de seguir más tarde la misma suerte. Durante la última guerra entre Orbegoso y Bermúdez, se trató la cuestión de quitar a las vírgenes sus perlas, sus diamantes, etc.

Arequipa tiene un hospital para enfermos, una casa de locos y otra para niños huérfanos. Esos tres hospicios están en general muy mal atendidos. Tendré, más adelante, ocasión de hablar de mi visita al hospital. Fui también a visitar a los niños huérfanos y no quedé muy satisfecha de los cuidados que se les prodigaba, como tampoco del que eran objeto los enfermos. Da pena ver a esas desgraciadas criaturas desnudas, flacas, en un estado deplorable. Se cree haber cumplido con los deberes de la caridad proporcionándoles algunos alimentos para sostener su débil existencia; pero, por lo demás no se les da ninguna instrucción, no se les enseña ningún arte. De este modo, los que sobreviven se convierten en vagabundos, consecuencia necesaria de este abandono. El torno que sirve para introducir en el hospicio a estas infortunadas víctimas, me parece bien imaginado. Es una caja en forma de cuna. Se deposita al niño en la abertura exterior, sin que los depositantes puedan ser vistos desde el interior del hospicio. De este modo se evita a la desgraciada madre, forzada a abandonar a su hijo, la obligación de revelarse, obligación que hace cometer muchos crímenes....

Las casas, construidas muy sólidamente con hermosas piedras blancas, no tienen sino un solo piso y abovedado a causa de los temblores. Son en general espaciosas y cómodas. Tienen una gran puerta cochera en medio de la fachada. Todas las ventanas son enrejadas y sin vidrios. Las construcciones de las casas forman tres secciones: el salón, los dormitorios, los escritorios están en la primera, en la segunda que es un jardín, se encuentra el comedor, una galería abierta apropiada al clima, la capilla, la lavandería y diversos oficios; la tercera sección situada en el fondo, está ocupada por la cocina y el alojamiento de los esclavos. Las paredes de las casas tienen de cinco a seis pies de

espesor. Las piezas aunque abovedadas son muy elevadas. Algunas de ellas, sólo tienen una tapicería de papel hasta la mitad de la altura; las paredes de las otras están completamente blanqueadas con cal. Esas bóvedas, hacen que los departamentos se asemejen a sótanos y la monotonía de su tono blanco cansa y entristece. Los muebles son pesados; las camas y las cómodas, de proporciones gigantescas; las sillas y las mesas parecen haber sido hechas para no moverse de su sitio; los espejos son de metal, los cortinajes, sin gusto. Desde hace algunos años, las alfombras inglesas se venden a precio tan bajo en el país que todo el mundo ha cubierto con ellas el piso de las habitaciones. Ninguna pieza está entablada.

Los arequipeños son muy aficionados a la buena mesa y sin embargo, son poco hábiles para procurarse un placer. Su cocina es detestable. Los alimentos no son buenos y el arte culinario está aún en la barbarie. El valle de Arequipa es muy fértil, pero las legumbres son malas; las papas no son harinosas; las coles y las arvejas son duras y sin sabor; la carne no es jugosa; en fin, hasta las aves de corral tienen la carne coriácea y parecen haber sufrido la influencia volcánica. La mantequilla y el queso se traen desde lejos y jamás llegan frescos. Lo mismo sucede con la fruta y el pescado que vienen desde la costa; el aceite que se usa es rancio, mal purificado; el azúcar groseramente refinado; el pan mal hecho. En definitiva, nada es bueno.

Voy a decir cuál es su manera de alimentarse. Se desayuna a las nueve de la mañana. Esa comida se compone de arroz con cebollas (cocidas o crudas, ponen cebollas en todo), carnero asado, pero tan mal preparado que nunca se puede comer. Enseguida viene el chocolate. A las tres se sirve una olla podrida (puchero es el nombre que se le da en el Perú), éste se compone de una mezcla confusa de alimentos: carne de vaca, tocino y carnero hervidos con arroz, siete u ocho especies de legumbres y todas las frutas que les cae a mano, como manzanas, peras, melocotones, ciruelas, uvas, etc. Un concierto de voces falsas, de instrumentos discordantes no sublevan la vista, el olfato y el gusto como lo hace esta bárbara amalgama. Vienen después camarones preparados con tomates, arroz, cebollas crudas y ají; carne con uvas, duraznos y azúcar; pescado con ají; ensalada con cebollas crudas; huevos con ají. Este último ingrediente se emplea con profusión junto con una cantidad de otras especerías, en todos sus guisos. La boca queda cauterizada y para soportarlo el paladar debe haber perdido su sensibilidad. El agua es la bebida ordinaria. La comida tiene lugar a las ocho de la noche y los guisos son de la misma calidad que los del almuerzo.

Las conveniencias en el servicio y los usos de la mesa, no se practican mejor que las armonías culinarias. Aún hoy en muchas casas, no hay sino un vaso

para todos los convidados. Los platos y cubiertos están sucios. La suciedad de los esclavos no es la única causa de ello. Para tales amos, tales criados. Los esclavos de los ingleses son muy limpios. Es de buen tono hacer pasar en el extremo del tenedor un pedazo tomado de su plato, a las personas a quienes se quiere hacer una cortesía. Los europeos se han rebelado de tal modo contra esta costumbre que ahora cae en desuso. Pero no hace sino algunos años, los pedazos de olla, de pescado, de alas de pollo, goteando salsa, circulaban alrededor de la mesa llevados por los esclavos en la punta de los tenedores.

Como todo es muy caro, las invitaciones a comer son poco frecuentes y han prevalecido las invitaciones a tertulias, en cuanto se introdujo esta moda. Todos los domingos, en casa de mi tío se daba una comida a los parientes, a la cual estaban invitados los amigos íntimos y por la noche se tomaba té, chocolate y bizcochos. Las únicas cosas que he encontrado buenas en Arequipa son los bizcochos y las golosinas hechas por las religiosas. Gracias a mis numerosas relaciones no me faltaron nunca durante mi estada allí y esto me permitió hacer muy buenas meriendas.

A los arequipeños les gusta toda clase de espectáculos. Acuden con igual complacencia a las representaciones teatrales y a las religiosas. El defecto total de instrucción les produce esta necesidad y los convierte en espectadores fáciles de satisfacer. La sala de espectáculos está construida de madera y tan mal hecha, que no se está a cubierto de la lluvia. Demasiado pequeña para la población, a menudo no se puede encontrar sitio en ellas. La compañía teatral era muy mala. Se componía de siete u ocho actores, hez de los teatros de Europa, reforzadas en el país por dos o tres indios. Representaba toda clase de piezas, comedias, tragedias y óperas. Estropeaba a Lope de Vega, a Calderón. Destrozaba la música, como para dar ataques de nervios y todo en medio de los aplausos del público. Fui cuatro o cinco veces a este teatro. Se representaba una tragedia y noté que a falta de mantos, los cómicos se envolvían con viejos chales de seda.

Las peleas de gallos, los bailarines de cuerda, las pruebas de los indios, todos esos espectáculos atraen a la multitud. Un acróbata francés con su esposa ganó en el Perú treinta mil pesos.

La iglesia peruana explota en provecho de su influencia, el gusto de la población. Independientemente de las grandes procesiones hechas en las fiestas solemnes, no pasa un mes sin salir alguna por las calles de Arequipa. Ya son los monjes grises, quienes por la tarde sacan una procesión por los muertos y piden para los muertos y se les da para los muertos. Otra vez son los dominicos quienes hacen en honor de la Virgen su paseo religioso. Enseguida es para el

Niño Jesús. Después viene una retahíla de santos. Es la de nunca acabar. He descrito la procesión de las fiestas solemnes. No fatigaré al lector con la descripción de aquellas en que los santos sirven de pretextos. Se hace gala de menos lujo y pompa que en las primeras, pero en el fondo es igualmente burlesco y las escenas, indecentes bufonadas que divierten tanto a este pueblo, no son menos escandalosas. Todas estas procesiones tienen un rasgo de semejanza: los buenos sacerdotes piden siempre y siempre se les da.

Durante la Semana Santa tienen lugar las grandes saturnales del catolicismo peruano. En todas las iglesias de Arequipa se eleva un enorme montículo de tierra y de piedras sobre el cual se plantan ramas de olivo para figurar el calvario con sus rocas y árboles. Sobre este monte ficticio, se da el Viernes Santo la representación del suplicio de Jesús. Se le ve detenido, flagelado y crucificado con los dos ladrones. Es la historia de la Pasión, sin omitir ninguna circunstancia, pero en vivo. Todo acompañado de cantos y recitaciones. Después viene la muerte de Cristo. Los cirios se apagan, reinan las tinieblas... Las costumbres fáciles de ese pueblo, hacinado en el templo, pueden hacer presumir lo que entonces sucede en los diferentes sitios de la iglesia... pero Dios es misericordioso y los sacerdotes, sus ministros disponen de la absolución. El descendimiento de la cruz es la segunda parte. Una multitud confusa de hombres y mujeres de raza blanca, india y negra sitian el calvario, lanzando gritos lastimeros. Pronto están entre sus manos los árboles desarraigados, las rocas levantadas del suelo. La sangre mana de las llagas de ese Cristo de cartón y hace redoblar los aullidos de la multitud. El pueblo, los sacerdotes, la cruz, las ramas de olivo, todo mezclado, forma un caos, un tumulto, una confusión espantosa, que jamás imaginaría uno encontrar en un templo de cualquier religión, Y casi siempre, en aquellas escenas de desorden hay personas heridas más o menos gravemente.

Por la tarde se ve por las calles a los habitantes que van a hacer las estaciones a todas las iglesias. Al entrar rezan sus oraciones en alta voz. Los más celosos se prosternan de rodillas y besan el suelo; unos se dan golpes de pecho; estos se ponen andrajos en la cabeza; aquéllos, con los pies descalzos, llevan la cruz sobre los hombros; otros cargan piedras y en cada caso ejecutan las extravagancias más insensatas, sugeridas a estas cabezas exaltadas por una devoción supersticiosa. No es en sus conciencias en donde buscan su deber, sino en lo maravilloso de sus creencias. El medio de no creerse exento de las virtudes sociales, es efectuar semejantes pruebas... Tales son los resultados obtenidos por las religiones que separan la fe de la caridad.

El día de Pascua se visita a todos los conocidos y la conversación no versa sino sobre las fiestas de la Semana Santa. Se reduce a esto:

—Mi señora ¿se ha divertido usted mucho?. Todo estuvo muy bien en Santo Domingo, en Santa Rosa ¡ah! esto me ha dado mucho gusto.

—Y yo señor, no he encontrado nada tan bien como en los años anteriores. La religión pierde su esplendor. No hubo nada alegre en la Catedral. En Santa Catalina ya no hacen el descendimiento de la cruz. Y a fuerza de ver pelear a todos esos zambos por tener un pedazo de cruz, la cosa me ha parecido monótona. Eso no vale el trabajo que se toma uno en seguir las estaciones.

—Señora mía, el buen tiempo ha pasado, nuestras iglesias no son tan ricas como lo eran antes. Las madres de Santa Catalina gastan todo su dinero en comprar pianos importados de Francia y no hacen ya el descendimiento de la cruz.

El domingo, durante la misa, los hombres permanecen de pie, hablan, se ríen o miran a las mujeres bonitas que están de rodillas por delante, medio ocultas en sus mantillas. Las mismas mujeres son muy distraídas, jamás usan un libro. Ya miran el vestido de su vecina o hablan con sus negras colocadas detrás de ellas. Se les ve, a veces negligentemente reclinadas sobre su alfombra, dormir o conversar.

Los sacerdotes que dicen la misa están siempre suciamente vestidos. Los pobres indios le ayudan con los pies descalzos y a medio vestir. La música en todas esas iglesias es algo espantoso. Dos violines y una especie de gaitas españolas acompañan el órgano y esos instrumentos son tan discordantes y los cantos a menudo tan desentonados, que forman un conjunto imposible de oír durante un cuarto de hora sin sufrir una irritación de los nervios durante todo el día. En Europa las bellas artes cubren por lo menos con un brillante barniz la insípida esterilidad de las ceremonias. Por lo demás, en el Perú, no se frecuentan las iglesias sino como sitios de reunión.

El grado de civilización alcanzado por un pueblo se refleja en todo. Las diversiones del carnaval no son más decentes en Arequipa que las farsas bufonadas de la Semana Santa.

Hay gentes que durante todo el año se ocupan en vaciar las cáscaras de huevo para negociar con ellas. Cuando llega el carnaval, llenan esos cascarones con agua de distintos colores: rosa, azul, verde, roja y después pegan la abertura con cera. Las señoras se proveen de una canasta con esos huevos y vestidas de blanco, se sientan en lo alto de sus casas y desde allí se divierten en lanzarlos sobre las personas que pasan por la calle. Los transeúntes, ya sean de a pie o a caballo, están igualmente provistos de los mismos proyectiles y responden a sus agresoras. Mas, para hacer el juego más simpático, llenan a

veces esos huevos con tinta, miel, aceite y hasta con cosas más asquerosas. Muchos individuos han tenido un ojo reventado en este combate de nuevo género. Me han mostrado tres o cuatro a quienes ha sucedido este accidente y a pesar de aquellos ejemplos, los arequipeños conservan por este juego un gusto que raya en furor. Las jóvenes hacen alarde de las numerosas manchas de sus vestidos y se muestran orgullosas de estas extrañas marcas de galantería. Los esclavos participan también en estas diversiones; se echan harina. Este modo de ataque es muy económico y muchas personas lo emplean. Por la tarde asisten a bailes en donde se ejecutan danzas aun más indecentes. Muchas personas lucen disfraces extraños, pero ningún vestido de carácter. Esas diversiones duran una semana.

De esos huevos inmundos, al diluvio de *confetti* que inunda a los transeúntes de las calles de Roma; de esas groseras diversiones, a las mascaradas de Italia, hay la misma distancia que entre las comedias burlescas que ofrecen las iglesias de Arequipa durante la Semana Santa, la música bárbara que se escucha en ellas, las miserables máscaras, los salvajes adornos con que están decoradas, y las majestuosas ceremonias, la música encantadora, las magníficas producciones de arte y todos esos brillantes y poéticos prestigios(?) con los que Roma sostiene todavía su religión carcomida.

La población de Arequipa, comprendiendo la de los arrabales, se eleva a treinta o cuarenta mil almas. Se puede considerar que se compone poco más o menos de una cuarta parte de blancos, otro tanto de negros o mestizos y la mitad de indios. En el Perú, como en toda la América, el origen europeo es el gran título de nobleza. En el lenguaje aristocrático del país se llama blancos a aquellos cuyos ascendientes no son indios ni negros. He visto a varias señoras que pasaban por blancas, aunque su piel fuera de color canela, porque su padre era nativo de Andalucía o del reino de Valencia. La población libre forma, pues, tres clases, provenientes de tres razas muy distintas: europea, india y negra. En la última clase, bajo la denominación de gentes de color, se confunden los negros y los mestizos de las tres razas. En cuanto a los esclavos, de cualquier raza a que pertenezcan, la privación de la libertad establece entre ellos la igualdad en la desgracia.

Desde hace cuatro o cinco años, se han operado grandes cambios en los usos y costumbres del Perú. La moda de París ha tomado el cetro. No quedan sino algunas ricas y antiguas familias que se muestran rebeldes a su imperio, viejos árboles a los que la savia abandona y subsisten todavía, como los calabozos de la Inquisición, para indicar el punto del que se ha principiado. Las costumbres de las clases elevadas no difieren en nada de las de Europa. Hombres y mujeres están vestidos lo mismo que en París, las señoras siguen las modas con una

exactitud escrupulosa, salvo que van con la cabeza descubierta y el uso les exige siempre ir de negro a la iglesia, con la mantilla y con toda la severidad del vestido español. Los bailes franceses sustituyen al fandango, al bolero y las danzas del país reprobadas por la decencia. Las partituras de nuestras óperas se cantan en los salones, en fin, se llega hasta a leer novelas. Dentro de algún tiempo, ya no irán a misa sino cuando se les haga oír buena música. Las gentes acomodadas pasan el tiempo fumando, leyendo periódicos y jugando al faraón. Los hombres se reunían en el juego, las mujeres en la toilette.

Los arequipeños, tienen por lo general, mucho espíritu natural, una gran facilidad de elocución, una memoria feliz, un carácter alegre, maneras nobles. Son agradables para convivir con ellos y esencialmente apropiados para las intrigas. Las mujeres de Arequipa, así como las de Lima me han parecido superiores a los hombres. No son tan bonitas como las limeñas, tienen otras costumbres y su carácter también es diferente. Su porte digno y orgulloso se impone. A primera vista, se podría suponer que son frías y desdeñosas; pero cuando se las conoce la fineza de su espíritu y la delicadeza de sus sentimientos, encajados en ese grave exterior, realza su valor e impresiona más vivamente. Son sedentarias, trabajadoras; no se parecen en absoluto a las limeñas a quienes la intriga o el placer atraen constantemente fuera de sus casas. Las señoras de Arequipa cosen sus vestidos ellas mismas y esto con una perfección que sorprendería a las mismas modistas. Bailan con gracia y decencia, les gusta mucho la música y la cultivan con éxito. Conozco a cuatro o cinco cuyas voces frescas y melodiosas serían admiradas en los salones de París.

El clima de Arequipa no es saludable. Las disenterías, las jaquecas, las afecciones nerviosas y sobre todo los catarros son muy frecuentes. Los habitantes tienen también la manía de creerse siempre enfermos. Es el pretexto dado para sus viajes perpetuos. La actividad de su imaginación, unida a la falta de instrucción, explica ese furor de movimiento. Sólo cambiando de lugar pueden alimentar su pensamiento, tener nuevas ideas y experimentar otras emociones. Las señoras en especial, van y vienen de los pueblos a la costa, tales como Islay, Camaná y Arica en donde toman baños de mar, o a las fuentes de aguas termales. Hay muchas de esas fuentes en las cercanías de Arequipa y sus propiedades curativas son muy renombradas. La de Yura opera curaciones maravillosas. El agua es verde y caliente hasta quemar. No hay nada más sucio y más incómodo que los lugares de la costa y del interior a donde se dirige la buena sociedad para tomar baños. Sin embargo, todos son muy frecuentados. Se gasta mucho dinero en vivir allí tres semanas o un mes.

Las mujeres de Arequipa aceptan con entusiasmo todas las ocasiones de viajar, en cualquier dirección: Bolivia, Cuzco, Lima, Chile, y los gastos o las



excesivas fatigas no son jamás motivos para detenerlas. A ese gusto por los viajes es al que estaría yo tentada de atribuir las preferencias de las jóvenes por los extranjeros. Al casarse con un extranjero, esperan conocer el país en donde él nació, Francia, Inglaterra o Italia y realizar un viaje cuya ilusión ha sonreído desde hace mucho tiempo a su imaginación. Esta perspectiva da a esas uniones un encanto muy particular, cuando a menudo no lo tienen por sí mismas. Las ideas de viaje como de moda entre las señoras. Muchas la aprenden con la esperanza de necesitarla algún día y en espera de ello, gozan de las lecturas de algunas de nuestras mejores obras y al desarrollar su inteligencia, soportan con menos tedio la monotonía que ofrece el país. Todos los hombres bien educados saben también el francés.

El Panteón, hermoso cementerio recientemente construido, se halla a dos leguas de la ciudad. Está situado sobre la pendiente de una colina, frente al volcán y ocupa un vasto espacio. De lejos, nada es más oscuro ni más melancólico, que la vista de los altos muros y dentellados que lo rodean. En la superficie de aquellos muros están dispuestas tres filas de nichos abiertos en el espesor de ellos. Se depositan los féretros en estos nichos, cuya abertura se cierra con una piedra sellada. Sobre esta piedra los parientes del difunto asocian su vanidad a la nada de la tumba. Se lee sobre planchas de mármol o bronce, escritos en letras de oro: Aquí yace el ilustre mariscal, el célebre general, el venerable cura, etc. Otros epitafios, de ejecución menos rica, hacen una larga enumeración de las virtudes de los difuntos. No se encuentra como en todos los cementerios del mundo, sino buenos padres, esposas queridas, tiernas madres, etc. Es así, como al dictar nuestras palabras la pasión del momento exageramos, en el individuo muerto, las virtudes que habíamos desconocido durante su vida. Los pobres tienen una fosa común, cerrada de la misma manera cuando está llena. Los cuerpos de los protestantes no son admitidos en ese cementerio. Sólo desde hace pocos años no se entierra ya en las iglesias. Ciertas personas murmuran y compran en los conventos, a precios elevados, un sitio en sus templos. Por eso mi abuela tiene su tumba en Santo Domingo. Con dinero se dispensan también con facilidad en este país las prescripciones de la ley y las de la religión. Los rescates de la última son, sin embargo, a mejor precio.

En Arequipa, la muerte de las gentes acomodadas, no regocija únicamente a sus herederos. Los monjes encuentran también ocasión de vender a precios elevados, sus vestidos grises, negros, blancos, carmelitas, etc., para enterrar al difunto. Se acostumbra y es de buen tono hacerse enterrar con hábito de monje y por esta razón esos santos personajes tienen, casi siempre hábitos nuevos que contrastan con la suciedad del resto de su indumentaria. En

cuanto el moribundo ha expirado, se le reviste sin tener en cuenta su sexo, con un hábito de esos religiosos y queda así vestido, con el rostro descubier- to, extendido sobre su lecho por espacio de tres días. Durante ese tiempo se hacen visitas de condolencia. Los parientes más lejanos presiden el duelo, es decir que permanecen en la pieza en donde está el muerto, recibiendo a los visitantes. Estos, sean hombres o mujeres, van vestidos de negro, hacen al entrar un saludo grave a los parientes, quienes se hallan sobre un estrado, enseguida van a sentarse en un rincón y se ponen a rezar. Se lleva el cuerpo en hombros hasta la iglesia y así, también en hombros, después de la ceremonia se le conduce fuera de la ciudad. Desde allí se le transporta en una carretilla al cementerio.

No hay coches en Arequipa. Antiguamente, los grandes personajes se hacían llevar cargados en sillas. Hay una en casa de mi tío, que servía a mi abuela y de la cual se sirve él mismo cuando está enfermo. Se parece a las sillas de mano que había en Francia antes de la revolución. Todo el mundo va a caballo o en mula. Los asnos están destinados a llevar fardos a las montañas. Los indios emplean llamas para esto.

El llama es el animal de carga de las cordilleras<sup>12</sup>. En ella se hacen todos los transportes y el indio la utiliza para comerciar con los valles. Ese gracioso animal es muy interesante de estudiar. Es el único de los animales asociados al hombre al que éste no ha logrado envilecer. El llama no se deja golpear ni maltratar. Consiente en ser útil, pero a condición que se les ruegue y no se le mande. Esos animales caminan en tropas más o menos numerosas, conducidas por indios que van por delante de ellos, a una gran distancia. Si la tropa se siente cansada, se detiene y el indio se detiene igualmente.

Cuando la estación se prolonga, el indio inquieto al ver descender el sol se decide después de haber tomado toda clase de precauciones, a suplicar a sus bestias que continúen el camino. Se pone a cincuenta o sesenta pasos de la tropa, adopta una actitud humilde, hace con la mano un gesto de lo más acariciador a sus llamas, les dirige miradas tiernas y al mismo tiempo grita, con voz dulce y con una paciencia que no podía cansarme de admirar: ic-ic-ic-ic. Si los llamas están dispuestos a ponerse en camino, siguen al indio en buen orden, con paso igual y van muy ligero, pues sus patas son muy largas; pero si están de mal humor, no vuelven la cabeza hacia el lado de la voz que las llama con tanto amor y paciencia. Permanecen inmóviles, apretados los unos contra los otros, ya echados mirando al cielo con miradas tan tiernas,

---

12 *Llama* es femenino en español y se pronuncia *liama*. Me he conformado al uso haciéndola del masculino. (Nota de la autora).

tan melancólicas, que se creería verdaderamente que estas admirables criaturas tienen conciencia de otra vida. Su largo cuello que llevan con graciosa majestad, las largas sedas de su pelaje siempre limpias y brillantes, sus movimientos flexibles y tímidos dan a esos animales una expresión de nobleza y sensibilidad que inspira respeto. Es preciso que sea así, pues los llamas son los únicos animales al servicio del hombre a los que éste no se atreve a golpear. Si sucede (cosa muy rara), que un indio en su cólera quiere exigir por la fuerza o aun por la amenaza lo que su llama no quiere hacer de buena voluntad y si el animal se siente maltratado con las palabras o con los gestos, levanta la cabeza con dignidad, no intenta huir y para escapar a los malos tratos (el llama no es jamás atado o entrabado) se echa al suelo, dirige sus miradas al cielo, gruesas lágrimas caen en abundancia de sus hermosos ojos, se escapan suspiros de su pecho y expira en el espacio de media hora o a lo más de tres cuartos de hora. ¡Felices criaturas! Parecen no haber aceptado la vida sino bajo la condición de que ésta sea dulce.

Como esos animales ofrecen el único medio de comunicación con los indios de la sierra, son de una gran importancia comercial. Pero estaría uno tentado de creer que la reverencia casi supersticiosa de que son objeto, no proviene únicamente del sentimiento de su utilidad. He visto a veces a treinta o cuarenta interceptar el paso de una de las calles más frecuentadas de la ciudad. Los transeúntes llegados cerca de ellos los contemplaban con timidez y volvían atrás. Un día entró una veintena de ellos al patio de nuestra casa y permanecieron seis horas. El indio se desesperaba y nuestros esclavos no podían hacer su servicio. Pero no importa, se soportó la incomodidad causada por estos animales, sin que nadie pensara ni en dirigirles una mirada de disgusto. Por fin, los mismos niños que nada representan, no osan tocar a los llamas. Cuando los indios quieren cargarlas, dos de ellos se aproximan al animal, lo acarician y le cubren la cabeza a fin de que no vea que se le pone un fardo sobre el lomo. Si lo percibiera, caería muerto. Es necesario proceder de igual modo al descargarlos. Si el fardo excede cierto peso, el animal se arroja inmediatamente al suelo y muere. Esos animales son de una gran sobriedad: un puñado de maíz basta para hacerlos vivir tres o cuatro días. Son con todo muy fuertes, viven mucho tiempo. Un indio me afirmó que tenía una de treinta y cuatro años. Ningún otro hombre sino el indio de las cordilleras tendría suficiente paciencia y dulzura para utilizar los llamas. Es sin duda de este extraordinario compañero dado por la Providencia al indígena del Perú, que éste ha aprendido a morir cuando se exige de él más de lo que quiere hacer. Esta fuerza moral, tan rara en nuestra especie, que nos haga escapar por la muerte a la opresión, es muy común entre los indios del Perú. Tendré a menudo ocasión de probarlo.

Como se ha podido ver, la vida de Arequipa es una de las más aburridas. Lo era sobre todo para mí, que soy de una actividad incesante. No podía habituarme a esa monotonía.

La casa de Mr. Le Bris era la única en la cual encontraba algunas distracciones. Todos esos señores me demostraban el más tierno interés y se afanaban por serme agradables. Cada vez que un extranjero llegaba a Arequipa. Mr. Viollier venía a prevenirme, me lo describía y me preguntaba si deseaba que me fuera presentado. Yo aceptaba o rehusaba, según el grado de curiosidad que me inspiraban esos personajes.

Vi en casa de Mr. Le Bris a muchos viajeros, oficiales de marina o comerciantes. Hablaré, sin embargo, sólo de uno que no pertenecía a ninguna de esas dos clases: del señor Vizconde de Sartiges<sup>13</sup>, a quien conocí. Era secretario de embajada en Río de Janeiro, había obtenido de Mr. de Saint Priest, entonces embajador en el Brasil, un permiso de seis meses para visitar el Perú y había venido en la *Thisbé*, mandada por Mr. Murat.

Nunca me he reído más que el día en que Mr. Viollier vino a anunciarme la llegada de Mr. de Sartiges, quien se había instalado en la habitación de Mr. Le Bris, ausente en aquel momento y se proponía quedarse quince días en la ciudad.

Mr. Violler era suizo en Arequipa, como lo era en Burdeos. Las emanaciones del volcán no habían ejercido ninguna influencia sobre su hermosa y robusta constitución. Estaba gordo y fresco como si jamás hubiese salido de sus montañas. Bueno, sencillo, poco locuaz, no abandonaba jamás su flema, pero juzgaba todo con un sentido recto y una tranquilidad que no me cansaba de admirar.

—¡Oh, señorita! me dijo, ¡qué personaje tan singular me ha enviado Mr. Le Bris! Palabra de honor, no sé qué cosa es. Al ver su persona tan bonita, tan frágil, tan delicada, su cara tan sonrosada, sus hermosos cabellos rubios tan erizados, al examinar sus manos blancas y llenas, al oír el sonido de su dulce voz, sin vacilar afirmaré que el Vizconde de Sartiges no es otra cosa que una mujer. Le aseguro que así lo creí en un principio. Pero si se le juzga según sus conversaciones, debe ser un hombre y un hombre muy peligroso para las mujeres... Al llegar ayer por la noche, en lugar de descansar se puso

---

13 Mr. de Sartiges, escribió un interesante relato sobre su viaje al Perú, el cual ha sido publicado en la *Revue des Deux Mondes* en el año 1851 con el nombre de "*Voyages dans les Républiques de l'Amérique du Sud*" (Nota de la traductora). Este relato también se publica en nuestra colección, en el libro "Arequipa y los viajeros".

a hablarme hasta la una de la madrugada. El principal objeto de esta larga charla fue el de inquirir si la ciudad contenía muchas mujeres bonitas. Si estas mujeres bonitas eran casadas o solteras y cuál sería el medio de introducirse cerca de ellas. Y así lo demás. Esto constituyó el lado serio de la plática. La escasa atención que concedió al resto, me pareció igualmente extraño. Por fin, señorita, ese joven o esa mujer es para mí algo extraordinario, inexplicable y recurro a usted para que me ayude a estudiarlo.

Por la tarde Mr. de Sartiges vino a verme. El bueno de Mr. Viollier no decía nada, escuchaba al vizconde con toda atención y sus miradas me interrogaban y parecían decirme: *¿Qué piensa usted? ¿es un hombre o una mujer?*

Confieso que yo misma estaba muy confundida y no hubiera podido responder a esta pregunta. El aspecto de ese vizconde se parecía al de aquellas jóvenes inglesas que encontramos a veces en nuestros paseos, a aquellas encantadoras criaturas cuyos hermosos ojos azules, celestes miradas, menudas facciones de virgen, tez blanca y sonrosada y cabellos con reflejos de oro, parecen disputados a los ángeles de Rafael. Ese joven no tenía barba, ni patillas, sólo un imperceptible bigote rubio guarnecía su labio superior. Sus miembros delgados, su talle fino, su pecho ligeramente sumido, anunciaban en él una extrema debilidad de constitución. La indumentaria de ese pequeño silfo estaba en armonía con su gentil persona.

Un bonito pantalón gris con polainas de tela sedosa, una leva negra que descendía hasta las caderas, un ancho cuello de terciopelo, una corbata de terciopelo negro, hacían resaltar su fina ropa. Guantes amarillos, un bastoncillo en una mano, en la otra unos lentes retenidos alrededor del cuello con una cadena de pelo negro: tal era la toilette del joven diplomático. Si, al verlo costaba trabajo distinguir a qué sexo pertenecía, al escucharlo se quedaba uno aún más perplejo. Su voz tenía un encanto inexplicable. Bajaba los ojos con un candor muy difícil de encontrar en un hombre. Su conversación era extraña, muy variada y salpicada de rasgos de originalidad. Profesaba por todas las damas una admiración que le dispensaba sentir amor por alguna.

—¡Por lo demás —decía—, no creo ya en el amor! Tenía veintidós años. Sí, veintidós primaveras solamente habían pasado sobre esta cabeza imberbe y en tan poco tiempo la moral había llegado a la decrepitud. El joven vizconde se parecía a esos viejos que han gastado la vida y no les queda nada por aprender sobre la tierra. Ya había estado de agregado en las embajadas de Nápoles y de Inglaterra y había tenido en esos dos países, esas grandes aventuras amorosas que hastían el corazón y secan las fuentes de las más caras ilusiones. Ávido de sensaciones nuevas, sentía un deseo incesante de ver. Apenas llegado a

Río de Janeiro, había querido ver más allá. Los hielos del Cabo de Hornos habían tentado su curiosidad y sin tener en cuenta la fragilidad de su endeble persona, se había expuesto con su débil pecho, al espantoso invierno de los mares polares. Llegó a Valparaíso con una tos seca y en un estado de extrema delgadez, pero sin embargo, se había entregado a los placeres y después de haber permanecido en Chile llevando la vida de los marinos en tierra, cansado de las beldades chilenas, había querido conocer a las peruanas. Este niño-viejo se parece mucho al colibrí, que revolotea sucesivamente en las ramas de un árbol sin posarse sobre ninguno, o como dirían los furieristas, la *papillonne* es su dominante.

Mr. de Sartiges hizo furor entre las damas de Arequipa, todas ellas querían tener un mechón de sus rubios cabellos. Cuando pasaba por la calle se ponían a la puerta para ver al lindo francés de blondos cabellos<sup>14</sup>. Las más bonitas de mis amigas envidiaban mi felicidad de poder hablar con el vizconde. Algunas de ellas me preguntaban en su sencillez: ¿Qué le dice ese encantador vizconde? ¿Le habla de amor?...

—No, señoras, Mr. de Sartiges no me habla de amor y eso me hace apreciar más sus frecuentes visitas.

Mr. de Sartiges no vivía en apariencia sino para frívolos goces. Sin embargo trataba de instruirse en todo lo que podía. Por supuesto, ponía sus placeres en primera línea, mas al mismo tiempo recogía aquí y allá datos sobre el país que recorría. Tomaba muchas notas, interrogaba a las personas capaces y prestaba al examen de las cosas una atención sostenida. Mr. Viollier no volvía de su asombro no podía concebir cómo ese pequeño ser se exponía voluntariamente a las más rudas fatigas, las soportaba con valor y desafiaba toda especie de peligros, únicamente para satisfacer su fantasía de ver otros países. Mr. Viollier no pudo jamás explicarse tampoco, cómo esa vida errante y penosa no había cambiado en nada, ni modificado el carácter, los gustos y las costumbres del vizconde. Mr. de Sartiges encontraba encantador dormir en pleno aire, en el suelo, sobre un saco, en medio de la lampa y mientras tanto, durante toda su permanencia en casa de Mr. Le Bris no cesó de quejarse de la dureza de las sillas que se usaban en Arequipa. A la hora de la comida ponía sobre su asiento un tapiz doblado en cuatro. Se quejaba también de la alimentación. No sabían preparar el té, los helados no valían nada. Pero lo que lo desesperaba y lo hacía realmente desgraciado, era que las lavanderas del país no supieran planchar la ropa a su agrado. El vizconde tenía a su lado para servirlo no a un

---

14 En el Perú los cabellos rubios y los ojos azules son los géneros de belleza que se estiman más. (Nota de la autora)

serviente, sino a una especie de Miguel Morín a quien llamaba su hombre. Era un antiguo militar, robusto, hábil, inteligente y que entendía un poco de todo. Mi primo Althaus, les había trazado un itinerario para ir al Cuzco y pretendía que el servidor sabía más que el amo y por esta razón lo había denominado el Barón. Nunca hablé con este último.

Mr. de Sartiges se quedó tres semanas en Arequipa. Todos se afanaron en festejarlo lo mejor que pudieron. Nos reunimos en gran cabalgata para hacerle ver las pocas cosas curiosas que se encuentran en los alrededores de la ciudad. Se le dieron bailes, comidas y en suma, no creo que estuviese descontento de la recepción que se le hizo. Se fue al Cuzco cargado de cartas de recomendación y he tenido el placer de saber que la relación con Mr. Miota, para quien le di una carta, le había sido muy agradable.

Durante la estada de Mr. de Sartiges en Arequipa, vino de Lima uno de mis primos políticos, el hombre más original que he encontrado en mi vida, Althaus, de quien ya he hablado. Desde la primera entrevista nos hicimos amigos. Althaus es alemán, pero habla francés a la perfección, pues ha pasado en Francia gran parte de su vida. A partir de aquel momento no tuve ya tiempo de reposo. Su conversación me gustaba mucho, encontraba tantas ocasiones de instruirme, que aproveché de sus disposiciones de bohemio para entablar con él interminables charlas. Como su esposa, sus hijos y sirvientes estaban con mi tío en Camaná, venía a comer conmigo donde mi prima, de suerte que no nos separábamos. Althaus tiene una manera de hablar de las personas y de las cosas, especial en él. En español, que habla muy bien, así como en francés, encuentra palabras que describen y caracterizan y se citan enseguida como proverbios. Estuvo en todos nuestros paseos con Mr. de Sartiges y todo cuanto me decía respecto a ese hombre-mujer era digno de nota.

—En resumen —me decía un día—, veo mi querida Flora, que desde hace quince años que dejé Francia, la juventud de su país no ha mejorado. En mi tiempo he visto jóvenes de la edad de Mr. de Sartiges que ya tenían dos charreteras y se habían encontrado en mil lances. Jóvenes fuertes, robustos que resistían el frío y el calor, el hambre y la sed y toda especie de fatiga. ¡Esos eran hombres! Pero alfeñiques como su vizconde a quien se tomaría por una marquesita disfrazada, le pregunto ¿de qué utilidad pueden ser a su país? Sin duda es simpático; ¿pero acaso con muñecas de esa naturaleza piensan ustedes hacer avanzar la civilización?

—Althaus, usted no aprecia sino la fuerza Física.

—Es porque la fuerza física arrastra siempre consigo la fuerza moral. Ciertamente, no encontrará usted ser en una frágil apariencia de mujercilla a un César, un Pedro el Grande ni un Napoleón.

—Hay que creer, primo, que los hábitos de la juventud son muy fuertes, pues su buen sentido natural y sus conocimientos científicos no han podido desarraigarse en usted los gustos del soldado.

—Prima es usted encantadora, cuando se rebela contra los soldados. Pero dígame ¿qué espera de la juventud francesa?, ¿hará ella algo que pueda acercarse a las grandes cosas efectuadas por los soldados del Imperio?

Se puede juzgar por estas pocas palabras, el carácter de mi primo Althaus. El hombre ha desaparecido dentro de su profesión. Soldado ante todo, encarna por completo al oficial de fortuna de Walter Scott. Dentro de algunos años, ese tipo no se encontrará más en Europa.

Althaus hace la guerra desde la edad de diecisiete años. Sirvió como oficial de ingeniería en los ejércitos franceses y los aliados. La carrera de las armas es, a sus ojos, la primera, a la cual deben subordinarse los demás. La ejerce con gusto, se interesa en los combates, aunque sea indiferente a la causa por la cual se bate. Le gusta la guerra por ella misma y se enrola con aquel a quien juzga más hábil. Después de los acontecimientos de 1815, permaneció al servicio de Alemania. Tenía un alto grado, buenos emolumentos y hubiera podido llevar una vida alegre en todas las guarniciones. Mas su actividad guerrera no podía acostumbrarse al reposo. Necesitaba ejercer su arte, el juego de las batallas, las fuertes emociones nacidas de los riesgos del éxito y de los reveses, la alegría de los triunfos a la enseñanza de la derrota. Durante tres años esperó las querellas de los reyes y acogió hasta los más débiles rumores que pudieran presagiar la guerra, bien decidido a tomar parte y ponerse bajo la bandera de aquél a quien pareciera favorecer la fortuna. Pero al ver que eran vanos los esfuerzos de los periodistas para provocar la continuación de las hostilidades, que los jefes de los pueblos, menos por moderación que por impotencia, persistían en seguir en paz y que todavía por largo tiempo la juventud de Europa se encontraba condenada a vegetar en sus hogares. Althaus decidió dejar un país sobre el cual, decía, parecía haber caído la maldición de Dios. Presentó su dimisión, abandonó a su familia, que lo amaba tiernamente y como verdadero aventurero vino al Perú en busca de ocasiones de combatir.

Llegado a Lima, Althaus se presentó al jefe del gobierno y sin más recomendación que su buena presencia y su paso marcial, fue recibido con distinción y empleado según sus deseos. Acostumbrado a las proporciones gigantescas de las guerras del Imperio, Althaus no hubiera podido imaginar



que se pensaba entrar en campaña con un ejército menor de cincuenta mil hombres. Se sintió completamente desilusionado cuando se le dijo que el cuerpo del ejército cuyo mando se le confiaba se componía de ochocientos hombres. Cuando vio esos soldados mal equipados, sin ninguna noción de táctica ni de disciplina militar, cobardes y casi sin ninguna de las virtudes del guerrero, el pobre Althaus quedó petrificado y creyó que se burlaban de él. El desgraciado se sintió tentado de abandonar América y acudir a los campos de Grecia, en donde tenía noticias de que había guerra entre la cruz y la media luna. No sé bajo cuál de las dos banderas hubiera decidido enrolarse mi valiente primo. Pero Althaus aborrece el mar. Había sufrido mucho en el viaje que acababa de hacer y la inmensa distancia que separa el país de los Helenos del de los Incas, le hizo temer que no llegaría sino para ser testigo del final de la lucha. Se resignó, pues, a quedarse en el Perú y reflexionando que en este país nuevo sus talentos de ingeniero podían emplearse de mil maneras, propuso al gobierno levantar el plano topográfico del territorio y encargarse de todos los trabajos de esta clase que se juzgara conveniente emprender. Su propuesta fue aceptada. Quedó en el ejército peruano en calidad de coronel de ingeniería, fue nombrado ingeniero y geógrafo en jefe de la República y encargado de la ejecución del mapa del Perú. Se le otorgó 600 pesos al mes (3,000 francos) fuera de sus gastos de viaje. Tuvo dos ayudantes agregados a su persona como jefe de la ingeniería militar y dos ayudantes geógrafos para los trabajos topográficos. Hacía catorce años que Althaus vivía en el Perú. Se había encontrado en todos los combates sin haber recibido jamás en ninguno la menor herida. En 1825 vino en el séquito de Bolívar a Arequipa y se alojó en casa de mi tío Pío a quien conocía mucho. Conoció a mi prima Manuela de Flórez, hija de una hermana de mi padre, se enamoró de ella, se hizo amar por la joven y superando una ligera oposición, la obtuvo de mi tío, tutor de Manuela, que era huérfana. Althaus se casó con mi prima en 1826. Tenían, cuando estuve en el Perú, tres hijos: dos hombres y una mujer.

Althaus tiene todas las virtudes que honran al hombre y al mismo tiempo, defectos aparentemente inconciliables con sus cualidades y que deben atribuirse al largo ejercicio de su profesión. Se acusa a mi primo de ser duro. Se le reprocha la severidad de sus exigencias, el rigor de los castigos que emplea con sus soldados y subordinados. Estoy muy lejos de excusar semejantes defectos, pero haré notar, sin embargo, que a un veterano de los ejércitos de Alemania, le sería preciso ser más que un ángel, para no ser duro y hasta violento el mandar a los peruanos y sería de desear, para el progreso de la civilización, que el Perú tuviese hombres del temple de Althaus a la cabeza de todos los servicios públicos. Amable con todo el mundo, a mi primo le agrada prestar servicios y los ha prestado hasta a sus enemigos. Es caritativo con los pobres,

generoso para todos los que lo rodean, buen padre, buen esposo, aunque a veces un poco brusco; idolatra a sus hijos. Muy laborioso, tiene para todas sus investigaciones, estudios y trabajos de toda índole, una gran paciencia. Posee una rara inteligencia, conocimientos profundos y casi universales. Su espíritu es sardónico con exceso. La franqueza y la extravagancia de sus expresiones, sobrepasan todo cuanto se podría decir. Se ríe de todo, ve siempre el lado chistoso, coge el ridículo de las cosas y de las personas con tanta precisión y lo manifiesta con tanta libertad que los más valientes se estremecen. Althaus no es querido. Es demasiado severo; en el ejercicio de sus deberes ha herido el amor propio de muchos. Se le teme de tal manera que a menudo se desvían de su camino para evitar su encuentro. Althaus tenía entonces cuarenta y ocho años. Su físico es el de un alemán, rubio, grueso y fuerte. Es un hombre cuadrado, infatigable, puntual en todos sus deberes y de una gran lealtad en todas sus relaciones.

Althaus evitaba con cuidado hablarme del motivo de mi viaje y sobre este punto descansaba sobre don Pío, el cual, por resultado de una larga costumbre, trataba de todos los negocios de la familia. Mi tío había administrado, durante cuarenta años, la fortuna de mi abuela y a raíz de la rendición de cuentas y de los arreglos de la sucesión, Althaus, militar franco, poco versado en materia de intereses y teniendo que hacer frente a un hombre de la fuerza de mi tío no obtuvo la mejor parte. Fue perjudicado en todo. Se quejaba entre otras cosas, de que todas las buenas tierras de Camaná, se encontraban dentro del lote de mi tío, mientras las malas habían sido dejadas en las partes de Manuela y de la hija de mi prima Carmen.

De Camaná, mi tío había ido a Islay para tomar baños de mar. Me parecía evidente que afectaba demostrar que no me temía, al diferir con diversos pretextos su regreso a Arequipa. Desde hacía tres meses, vivía en su casa y lo esperaba. Por fin, me anunció su salida de Islay y me invitó a venir a su encuentro, si eso me convenía, hasta su casa de campo, donde pensaba detenerse.

Iba, pues, a ver a este tío sobre quien se cifraban ahora todas mis esperanzas, al hombre que debía todo a mi padre, su educación, su ascenso y por consiguiente, sus éxitos en el mundo. ¿Qué acogida iba a hacerme? ¿Qué sensación experimentaría a su vista? A este pensamiento mi corazón latía con violencia. En mi juventud había yo querido tanto a este tío a quien mi imaginación me representaba como un segundo padre, había sufrido tanto cuando mi madre me había dicho: «Tú tío te ha abandonado», que no pensaba jamás en él sentir la más viva emoción.

El 3 de enero, hacia las cuatro de la tarde, monté a caballo, acompañada de mi querido primo Manuel, del bueno de Mr. Viollier, mis tres íntimos y seguida de una multitud de otras personas, las cuales venían más bien para satisfacer su curiosidad y no por interés por mí o atención hacia don Pío de Tristán. Nos dirigimos a la hermosa casa de campo que mi tío llama simplemente su chacra<sup>15</sup>. Está situada a legua y media de la ciudad. Cuando nos acercamos, Manuel y Althaus se adelantaron para anunciarme. Poco después, vi a un jinete que venía a toda velocidad. Exclamé ¡mi tío!. Lancé mi caballo y en un instante me encontré a su lado. Lo que sentí entonces, no podría expresarlo sino imperfectamente con el lenguaje. Tomé su mano y apretándola con cariño le dije: ¡Oh, tío! ¡Qué necesidad tengo de su cariño!....

—¡Hija mía! lo tiene por completo. La quiero como a mi hija. Usted es mi hermana, pues su padre me sirvió de padre. ¡Ah! mi querida sobrina, qué feliz soy de verla, de contemplar las facciones que me recuerdan tan fielmente las de mi pobre hermano. Él, mi hermano mi querido Mariano, en la persona de Florita.

Me atrajo hacia sí, incliné mi cabeza sobre su pecho, con riesgo de caer del caballo y permanecí así mucho tiempo. Me levanté bañada en lágrimas ¿eran de alegría, de dolor o de recuerdos? No lo sé... Mis emociones fueron demasiado vivas y demasiado confusas para poder precisar la causa. Esos señores nos habían alcanzado. Enjuagué mis lágrimas, logré recuperar mi calma y fui por delante con mi tío sin hablar. Al entrar al patio, mi tía que es también mi prima, porque es hermana de Manuela, vino hacia mí, me acogió graciosamente, pero en el fondo de ella adiviné una gran sequedad de alma. Abracé a sus hijos: tres mujeres y un varón. Los cuatro me parecieron muy fríos. En cuanto a mi prima Manuela, no fue lo mismo. Se echó en mis brazos, me abrazó con ternura y con los ojos llenos de lágrimas y con voz emocionada me dijo:

—¡Ah prima mía! ¡Cuánto he deseado conocerla! Desde que tuve noticias de su existencia, la quiero, admiro su valor y deploro sus sufrimientos.

Nos quedamos cerca de dos horas en este sitio de campo. Me paseaba por el jardín con mi tío. No podía cansarme de oírlo. Hablaba el francés con una pureza y una gracia encantadora. Estaba encantada de su espíritu y su amabilidad me fascinaba.

A las siete nos pusimos en camino para Arequipa. Mi tío subió en su hermosa y fogosa yegua chilena. La habilidad y gracia con que la conducía

---

15 En el Perú se emplea esta palabra para designar una casa de campo. (Nota de la autora).

denotaban que su educación ecuestre había tenido lugar en Andalucía. Estuve, también esta vez a la cabeza de la numerosa caballada. Mi tío a mi derecha, no cesaba de conversarme de la manera más amistosa.

Al llegar a la casa, encontramos a mi prima Carmen ocupada en hacer los honores, en el gran salón, a los numerosos visitantes venidos para recibir a don Pío y a su familia. Mi prima había hecho preparar una comida soberbia. Mi tía invitó a todas las personas presentes. Algunos aceptaron; otros se quedaron a conversar o fumar. Permanecí mucho rato con mi tío. Su conversación tenía para mí un atractivo irresistible. Fue necesario, sin embargo, retirarse y aunque era tarde, lo dejé con pesar. Estaba encantada, y gozando de la dicha de encontrarme cerca de él, no me atrevía a reflexionar en lo que debía esperar, por completo subyugada por el encanto que había esparcido en torno mío.

## SEGUNDA PARTE



**Don Pío de Tristán y su familia**

**M**i tío no tiene cara de europeo. Ha sufrido la influencia que el sol y el clima ejercen sobre el organismo humano, así como sobre todo cuanto existe en la naturaleza. Nuestra familia es sin embargo de pura sangre española y tiene esto de notable: los numerosos individuos que la componen se parecen todos entre sí. Mi prima Manuela y mi tío son los únicos totalmente diferentes de los demás. Don Pío sólo tiene cinco pies de estatura. Es muy delgado y endeble aunque de constitución robusta. Su cabeza es pequeña, guarnecida de cabellos que recién empiezan a encanecer. El color de su piel es amarillento. Sus facciones son finas y regulares; sus ojos azules, chispeantes de espíritu. Tiene toda la agilidad del habitante de las cordilleras. A su edad (tenía entonces sesenta y cuatro años) era más ligero y más activo que un francés de veinticinco. Al verlo por detrás, se le hubiera dado treinta años y de frente a lo más cuarenta y cinco.

Su espíritu reúne a toda la gracia francesa, la astucia y la obstinación propias del habitante de las montañas. Su memoria y su aptitud para todo son extraordinarias. No hay nada que no comprenda con admirable facilidad. Su trato es suave, amable, lleno de encanto. Su conversación es muy animada, brillante, con salidas de ingenio. Es muy alegre y si a veces se permite algunas bromas, son siempre de buen gusto. Ese exterior seductor no se contradice jamás. Todo lo que dice, los gestos que acompañan sus palabras y hasta su manera de fumar un cigarrillo, revelan al hombre distinguido cuya educación ha sido esmerada y se admira uno al descubrir al hombre de corte en el militar que ha pasado veinticinco años de su vida en medio de los soldados. Mi tío tiene el talento exquisito de hablar a cada uno en su lenguaje. Cuando se le escucha, está uno de tal modo fascinado por sus palabras que se olvidan las quejas que se tienen contra él. Es una verdadera sirena. Nadie todavía ha producido sobre mí el efecto mágico que él ejercía sobre todo mi ser.

A todas estas brillantes cualidades que hacen de don Pío de Tristán uno de esos hombres de excepción, destinados por la Providencia a conducir a los demás, se une una pasión dominante, rival de la ambición y que ésta no ha podido reprimir. La avaricia le hace cometer los actos más duros y sus esfuerzos para ocultar una pasión que lo desacredita, lo hacen proceder a veces en una forma muy generosa. Si no fuera visible para todos, no sentiría la necesidad de desmentirla. Sus generosidades accidentales pueden muy bien echar un velo de ambigüedad sobre el fondo de su carácter, ante los ojos de los observadores descuidados, pero no podrían hacerse ilusiones sus íntimos y los que mantienen con él relaciones continuas.

Poco tiempo después de su regreso de España, mi tío se casó con su sobrina, la hermana de Manuela. Mi tía se llama Joaquina Flórez. Debe haber sido sin contradicción, la más hermosa persona de toda la familia. Cuando la vi podía tener unos cuarenta años y era todavía muy bella. Sus numerosos partos (había tenido once hijos), más que los años, habían marchitado su belleza. Sus grandes ojos negros son admirables de forma y de expresión y su piel dorada y limpia, sus dientes de la blancura de las perlas, le daban mucho esplendor. Mi tía me daba una idea de lo que debía haber sido Mme. de Maintenon. Ha sido formada por mi tío y aunque su primera educación haya sido muy descuidada, ciertamente la discípula hace honor al maestro. Joaquina estaba hecha para ser regente de un reino o querida de un rey septuagenario.

Su gran talento es el de hacer creer, hasta a su marido, por más astuto que éste sea, que no sabe nada y que se ocupa únicamente de sus hijos y de su hogar. Su gran devoción, su aire humilde, dulce, sumiso, la bondad con que habla de los pobres, el interés que demuestra a las gentes modestas que la saludan cuando pasa por las calles, la timidez de sus maneras y hasta la extrema sencillez de sus vestidos, todo anuncia en ella a la mujer piadosa, modesta y sin ambición. Joaquina ha adoptado una sonrisa amable, un sonido de voz halagüeños para acercarse a los partidarios de quienes se disputan el poder. Sus maneras son sencillas, su espíritu penetrante, su elocuencia persuasiva y sus hermosos ojos se llenan de lágrimas con la menor emoción. Si esta mujer se hubiese encontrado colocada en una situación que estuviera en relación con sus capacidades, hubiese sido uno de los personajes más notables de la época. Su carácter está moldeado por las costumbres peruanas.

Desde el primer momento, Joaquina me inspiró una repulsión instintiva. Siempre he desconfiado de las personas cuya graciosa sonrisa no está en armonía con su mirada. Mi tía ofrece al ojo avizor, la representación de esta discordancia, a pesar de su cuidado en poner de acuerdo el tono de su voz con la sonrisa de sus labios. Su cortesía causa la admiración de quienes la



conocen, pues en el Perú lo que más se estima es la falsedad. Un día, Carmen después de haberme hecho la enumeración de los mejores diplomáticos del país me dijo con un suspiro de envidia:

—¡Pero ninguno de los que acabo de citar iguala a Joaquina! Imagínese Florita, ha llegado a tal grado de perfección, que recibe a su más encarnizado enemigo con la misma calma y la misma amabilidad que a su amigo más íntimo. Jamás deja ver sobre su rostro el más ligero indicio de los sentimientos que la agitan. ¡Oh! Esa es una mujer extraordinaria. Hubiera representado un gran papel en la corte de España, pero aquí ese hermoso talento está perdido, pues hay nada o poca cosa que hacer.

Joaquina hace gran alarde de religiosidad. Observa todas las prácticas supersticiosas del catolicismo con una puntualidad fatigosa para quienes la rodean. Mas es preciso conciliarse el favor del clero y la veneración de la multitud gazmoña, y nada hay penoso para los intereses de su ambición. Halaga a los pobres con dulces palabras, pero no consuela su miseria como su inmensa fortuna le permitiría hacerlo. La religión no es en ella esa cualidad del alma que se manifiesta por el amor a sus semejantes. La suya no la empuja a ningún sacrificio, a ningún acto de abnegación. Para ella es un instrumento al servicio de sus pasiones y un medio de acallar el remordimiento. Más avara que su marido, Joaquina comete actos de una irritante dureza. Su egoísmo paraliza en ella todo movimiento generoso. Bajo apariencia de humildad, oculta un orgullo y una ambición sin medida. Le gusta la sociedad y sus pompas; el juego, con furor; la buena mesa, con sensualidad; engríe a sus hijos para que no la importunen, de manera que son muy mal educados. Consagrados por entero a su ambición y a su avaricia, los no padres se ocupan de ellos en lo menor y aunque Arequipa ofrece recursos para la instrucción, pues hay maestros de dibujo, de música y de lengua francesa, a los hijos de mi tío no se les instruye en nada, ni poseen nociones de ninguna especie de talento. El mayor tenía, sin embargo, dieciséis años. Los otros, doce, nueve y siete.

La hermana de Joaquina, Manuela Flórez de Althaus no se le parece en nada. Es una de aquellas encantadoras creaciones que el arte imita pero no moldea y que embellecen y vivifican todo, no pareciendo felices sino con la dicha que derraman a su alrededor.

Mi prima Manuela es en Arequipa lo que son en París las elegantes del barrio de Gante o de Bouffé. Es la mujer modelo a quienes todos envidian o tratan de imitar. Manuela no perdona cuidados ni gastos para ponerse al corriente de las nuevas modas. Recibe el periódico que les está consagrado y sus corresponsales le hacen llegar los nuevos vestidos a medida que éstos

aparecen. Mr. Poncignon considera a mi prima como su mejor cliente y la llama antes que a ninguna otra señora de la ciudad, para que escoja las novedades que recibe. En esto Mr. Poncignon procede con mucho discernimiento, pues si Manuela recibe la moda de las parisienses, es ella quien la da a las arequipeñas. La mejor costurera, permanente en su casa, copia las toilettes representadas en los grabados y con tal exactitud, que a menudo al ver a mi prima, creía ver a una de esas gentiles señoras que adornan el escaparate de Martinet en la calle del Coq. Este servilismo en la imitación perjudicaría a muchas otras, pero Manuela es tan graciosa, que sobre ella todo se embellece, todo es encantador. Sus lindas facciones, la expresión de su fisonomía tan espiritual como alegre, su aire distinguido, sus maneras afables, su paso ligero y elegante, se armonizan con todos los vestidos por extraños que parezcan.

Manuela, así como mi tío Pío, no se parece ni por las facciones ni por el carácter a los demás miembros de la familia. Es gastadora hasta la prodigalidad. El lujo y el refinamiento en todo son para ella una necesidad. Sería en realidad desgraciada, si no tuviera camisas de batista adornadas de encajes, bonitas medias de seda y zapatos de raso de los mejor hechos. No hay mujerzuela en París que use más que ella, perfumes, pastas, pomadas, baños y cuidados de toda especie para su persona. Por el perfume que exhala se creería uno rodeada de magnolias, rosas, heliotropos y jazmines. Y las flores tan frescas como hermosas que constantemente adornan su cabeza, la harían suponer consagrada a su culto. Su casa está arreglada con mucho lujo. Sus esclavos están bien vestidos y sus hijos son los mejor puestos de toda la ciudad, sobre todo la niñita, que es un amor, a tal punto, es simpática y bien ataviada. Manuela no tiene nada de la seriedad española, es de una alegría loca, aturdida, ligera y de una puerilidad cuyo candor contrasta con esa cortesía rastrera y disimulada de la sociedad peruana. Busca las diversiones con pasión. Le agradan todas. Los espectáculos, bailes, soirées, paseos y visitas son sus más caras ocupaciones y con todo no bastan a su actividad. Encuentra tiempo para interesarse en la política, para leer todos los periódicos, para estar perfectamente enterada de todos los asuntos de su país y de los de Europa. Ha aprendido hasta francés para poder leer los periódicos publicados en Francia. Además sostiene una correspondencia continua y voluminosa con su marido, quien está casi siempre ausente, y con muchas otras personas. Escribe muy bien y con una facilidad sorprendente. Reúne a todas estas ventajas las cualidades del corazón, es muy generosa y de una sensibilidad que se encuentra muy rara vez entre las personas. Manuela estaba hecha para vivir en las sociedades de élite que ofrecen las grandes capitales de Europa y hubiera brillado con vivo esplendor. Pero ¡ay! la pobre prima está reducida a gastar su rico organismo en medio de un mundo en el cual las pequeñas intrigas no se avienen con su

carácter. Sus elegantes toilettes, que en los brillantes salones de París encantarían a una multitud, son cosa perdida en las reuniones de Arequipa y para la clase de personas que las forman bien podría evitarse tanto trabajo. Mas el adorno es para su naturaleza, como la belleza del plumaje para los pájaros de su país: nacida reina, brilla en un oasis del desierto. Según el retrato que acabo de trazar de mi prima, se admirará uno quizá de que haya escogido por marido a un soldado como Althaus, cuyas maneras simpatizan poco con las de esta mujer tan graciosa, tan perfumada y tan refinada; pero con todo, se llevan muy bien. Manuela quiere mucho a su marido, soporta todas sus brusquedades sin asustarse en lo menor y no por eso deja de hacer sus cuatro voluntades. Althaus por su lado, quiere a su esposa y se lo prueba con todas las atenciones que tiene para ella. La deja de dueña absoluta, le compra todo cuanto cree que le puede gustar y goza con los adornos con que engalana su hermosura. El ejemplo de ese hogar prueba que los contrastes se armonizan a veces mejor que las similitudes.

Los primeros días de la llegada de mi tío se pasaron en conversar. No me cansaba de escucharlo. Me refirió la historia de toda nuestra familia, deploró la fatalidad que lo había privado de conocerme antes, y en fin, me habló con tanta bondad y cariño, que olvidé su conducta anterior y creí poder contar con su justicia respecto a mí. Pero ¡ay! no tardé en desengañarme. Un día que hablábamos de asuntos de familia, me pareció que deseaba enterarse del motivo de mi viaje al Perú. Le dije que, como no tenía en Francia parientes ni fortuna, había venido a buscar auxilio y protección al lado de mi abuela, pero al tener noticia de su muerte en Valparaíso, apoyaba ahora en su afecto y en su justicia todas mis esperanzas.

Esta respuesta pareció inquietarlo y desde sus primeras palabras sobre este tema quedé petrificada de admiración y de dolor.

—Florita —me dijo—, cuando se trata de negocios, no conozco sino las leyes y pongo de lado toda consideración particular. Usted me muestra una partida de bautismo en la que está usted calificada de hija legítima. Pero no me presenta el certificado de matrimonio de su madre y la partida del estado civil establece que usted ha sido inscrita como hija natural. Con este título tiene usted derecho al quinto de la sucesión de su padre. Ya le he enviado las cuentas de los bienes que él dejó y que yo había quedado encargado de administrar. Usted ha visto que he tenido apenas con qué pagar las deudas que contrajo en España mucho tiempo antes de pasar a Francia. En cuanto a la sucesión de nuestra madre, usted sabe Florita que los hijos naturales no tienen ningún derecho sobre los bienes de los ascendientes de sus padres. Así, pues no tengo nada suyo, mientras no dé a conocer una partida revestida de

todas las formas legales que compruebe el matrimonio de su madre con mi hermano.

Mi tío habló sobre este tono más de media hora y la sequedad de su voz y la expresión de sus facciones, demostraba que se hallaba en uno de esos momentos en los cuales el hombre está poseído por entero por su pasión dominante. Era el avaro descrito por Walter Scott, el padre de Rebeca, quien cuenta una por una las piezas de oro de su saco y las vuelve a colocar sin dar nada al que acaba de hacérselas encontrar. ¡Oh! ¡Cómo se empequeñece el hombre, cómo se envilece cuando se deja así tiranizar por pasiones que ahogan en él los sentimientos de la naturaleza! Estaba en el escritorio de mi tío, sentada sobre un sofá y él se paseaba a lo largo, hablando mucho, como un hombre que trata de persuadirse a sí mismo de que no comete una mala acción. Yo veía lo que pasaba dentro de él y le tenía piedad. Los malos son desgraciados, hay que compadecerlos. Los vicios no dependen de ellos. Son los amos que nos han dado las instituciones sociales y al yugo de los cuales, sólo las naturalezas privilegiadas pueden sustraerse.

—Tío —le dije—, ¿está usted bien seguro de que soy hija de su hermano?

—¡Oh! Sin duda Florita. Su imagen se reproduce en usted demasiado fielmente para ponerlo en duda.

—Tío, usted cree en Dios. Cada mañana entona sus alabanzas y observa con exactitud los ritos de la religión. ¿Supone que Dios puede ordenar al hermano que abandone a la hija de su hermano, que la desconozca y la trate como a una extranjera? ¿Piensa usted no infringir la ley cuyo divino sello, está en nosotros, negándose a entregar a la hija la herencia de su padre? ¡Oh! No, tío, tengo la convicción de que no será usted sordo a la voz de su alma, no mentirá a su conciencia ni renegará de Dios.

—Florita, los hombres han hecho las leyes. Estas son tan sagradas como los preceptos de Dios. Sin duda debo quererla y la quiero a usted, en efecto, como a la hija de mi hermano. Pero como la ley no le confiere ningún título a la herencia que le hubiere correspondido a mi hermano, no le debo nada de lo que hubiera podido pertenecerle. Le toca solamente el quinto de aquello que poseía en el momento de su muerte.

—Tío, el matrimonio de mi padre con mi madre es un hecho notorio. No ha sido disuelto sino por la muerte. Este matrimonio celebrado por un sacerdote, como usted sabe, no ha sido, convengo en ello, revestido de las formalidades prescritas por las leyes humanas. He sido la primera en anunciárselo. Pero la buena fe ¿podría invocar un derecho por la omisión de esas

formalidades para apropiarse del pan de la huérfana? ¿Piensa usted que me hubiera faltado los medios de suplir esas fórmulas omitidas, si hubiera dudado de su justicia? ¿Cree usted que me habría sido difícil obtener en una de las iglesias de España un título que regularizara el matrimonio de mi madre? Provista de esta pieza usted hubiera en vano intentado negarme la parte correspondiente a mi padre. No hubiera podido privarse de un sólo óbolo. Antes de mi partida he consultado con muchos abogados españoles. Todos me aconsejaron proveerme de semejante título y me indicaron el medio que debía emplear para procurarlo. Pues bien, tío, he rechazado esos consejos y mi correspondencia debe hacerle añadir fe a mis palabras. Los he rechazado porque he creído en su afecto y porque no quería obtener sino de su justicia la fortuna que me podía tocar.

—Pero Florita, no concibo por qué se obstina usted en creerme injusto. ¿Soy depositario de sus dineros? ¿Tiene derecho a reclamarme un peso?

—Sea, tío, puesto que se encasilla usted en la letra de la ley, tiene razón y sé por lo demás que, bajo la nominación de hija natural, no tengo derecho a la herencia de mi abuela. Pero como hija de su hermano a quien usted le debe todo ¿no tengo derecho a su reconocimiento particular? Pues bien tío, es ese reconocimiento el que invoco. No pido a usted ni a los coherederos los 800,000 francos que cada uno de ustedes ha recibido. Sólo le pido la octava parte de aquella suma, lo justo para tener con qué vivir de manera independiente. Mis necesidades son muy restringidas y mis gustos modestos. No me agrada la sociedad ni su lujo. Con 5,000 francos, de renta podría vivir en cualquier parte libre y feliz. Ese don, tío, colmará todos mi votos. No quiero deberlo sino a *usted sólo*. Yo lo bendeciré y mi vida no sería nunca bastante larga para poder satisfacer la gratitud que sentiría.

Al decir estas palabras, fui a su lado. Tomé una de sus manos y la apreté fuertemente contra mi corazón. Mi voz estaba entrecortada por mis lágrimas. Lo miraba con una expresión inefable de ternura, de ansiedad y de reconocimiento y esperaba, temblando, la respuesta que parecía meditar.

—Querido tío ¿consiente usted, no es cierto, en hacerme feliz? ¡Ah! ¡Que Dios le conceda larga vida! Mi felicidad y gratitud van a derramar dulzura y quietud y le pagarán así con creces todo cuanto haga por mí.

Mi tío salió de su silencio con un movimiento brusco.

—Pero Florita ¿cómo, pues, entiende usted este asunto? ¿Piensa usted que yo puedo darle 20,000 pesos? ¡Es una suma enorme!... ¡20,000 pesos!

No podría explicar el efecto súbito que la brusquedad y la dureza de esta respuesta produjeron en mí. Lo que puedo decir es que al estado de sensibilidad en que me hallaba desde el principio de la conversación, sucedió enseguida un acceso de indignación tan violento, la conmoción que sentí fue tan fuerte, que creí llegar a mi último instante. Me paseaba por el cuarto sin poder hablar. De mis ojos brotaban relámpagos, mis músculos estaban rígidos. No hubiera entonces oído caer el rayo. No sabía lo que mi tío decía. Estaba en uno de esos momentos en que el alma se comunica con una potencia sobrehumana.

Me detuve delante de mi tío, le apreté el brazo con fuerza y hablé en un tono de voz que no me había oído nunca.

—Así pues, don Pío, con sangre fría y con premeditación, usted rechaza a la hija de su hermano, de ese hermano que le sirvió de padre, a quien debe usted su educación, su fortuna y todo lo que es usted. En reconocimiento de lo que usted debe a mi padre, usted que posee 300,000 francos de renta, me condena fríamente a sufrir la miseria. Cuando usted tiene un millón mío, usted me abandona a los horrores de la pobreza, usted me entrega a la desesperación, usted me obliga a despreciarlo, usted a quien mi padre me enseñó a amar, usted, el único pariente sobre quien descansaban todas mis esperanzas. ¡Ah! ¡Hombre sin fe, sin honor, sin humanidad, yo lo rechazo a mi vez, no soy de su sangre, lo entrego a los remordimientos de su conciencia! No quiero ya nada suyo. Desde esta tarde saldré de su casa y mañana toda la ciudad conocerá su ingratitud para con la memoria de ese hermano que provoca sus lágrimas cada vez que pronuncia su nombre, su dureza para conmigo y la manera como ha burlado usted la imprudente confianza que yo había depositado en usted.

Salí del gabinete y entré a mi gran sala abovedada. Me hallaba en un estado de exasperación y de sufrimiento que las palabras no podrán hacer concebir. Escribí enseguida a Mr. Viollier. Cuando éste llegó le rogué buscarme un alojamiento y le confíé mi deseo de no permanecer por más tiempo en casa de mi tío. Me suplicó esperar dos días, pues Mr. Le Bris debía llegar de Islay el día subsiguiente.

Mi tío había ido enseguida a comunicar a toda la familia mis intenciones hostiles. Althaus quedó encargado de traerme palabras de paz. Le referí la escena que acababa de tener con don Pío.

—Eso no me admira, me dijo, después de todo lo que usted sabe de él, hubiera debido esperarlo. Pero mi querida Flora, antes de hacer escándalo y de atraerse pesares más vivos aún, veamos si no es posible arreglar las cosas. Si usted tiene algunos derechos, no será yo ni Manuela quienes los pondremos en duda. Se reharán las partes, tendremos cada uno lo que es nuestro y todo

quedará terminado. Don Pío y el tío de Margarita (la hija de mi prima Carmen) son dos abogados muy astutos, pero usted podría escoger al Dr. Valdivia, quien ciertamente está a la altura de poder luchar con ellos. Si usted persiste en querer salir de la casa de don Pío, le ofrezco la nuestra y aunque litiguemos el uno contra el otro, no por eso dejaremos de ser buenos amigos.

Manuela vino a hacerme los mismos ofrecimientos, me demostró mucho interés y me prodigó todos los consuelos que estaban en su poder.

Por la noche no pude gustar de un sólo instante de reposo. La fiebre agitaba mi sangre y me impedía permanecer extendida sobre mi lecho. No podía estar en el mismo sitio. Iba y venía y hasta me vi obligada a salir al patio para respirar el aire fresco de la mañana. ¡Oh! ¡Qué sufrimiento era el mío! ¡Destruída mi última esperanza! Esta familia a la que había venido a buscar desde tan lejos, cuyos miembros me presentaban el egoísmo en todos sus aspectos, en todas sus facetas, fríos, insensibles a la desgracia de otro, como estatuas de mármol: Mi tío el único de ellos que había vivido con mi padre, de quien había sido tan amado, quien había depositado en él toda su confianza. ¡Mi tío cuyo afecto me había abandonado, mi tío, cuyo corazón a muchos títulos debió compadecer los sufrimientos del mío, se mostraba a mí con toda la árida desnudez de su avaricia y de su ingratitud! Fue también una de esas épocas de mi vida en la que todos los males de mi destino se dibujaron ante mis ojos con todo cuanto tenían de cruel tortura. Nacida con todas las ventajas que excitan la ambición de los hombres, éstas no se me eran mostradas sino para hacerme sentir la injusticia que me despojaba de su goce. Veía abismos por donde quiera; a las sociedades humanas organizadas contra mí; seguridad y simpatía en ninguna parte. ¡Oh! ¡Padre mío! Exclamaba involuntariamente ¡cuánto mal me has hecho! ¡Y tú madre mía...! ¡Ah madre mía! te perdono, pero el cúmulo de males que has amontonado sobre mi cabeza es demasiado pesado para las fuerzas de una sola criatura. En cuanto a usted don Pío, hermano más criminal que lo fue Caín al matar a su hermano de un solo golpe, pues usted asesina a la hija del suyo con mil tormentos, no lo entrego a su conciencia, porque no tiene conciencia quien como usted se prosterna tarde y mañana al pie de la cruz y tarde y mañana desmiente con sus actos las santas palabras de sus oraciones. Sólo las pasiones son los dioses de su fe: el dios de la suya es el oro. Así, por un poco de oro, usted desgarró mi corazón, usted lleva la desesperación y el odio a un alma que Dios había creado para amar a sus semejantes y elevarse hasta Él para la meditación. ¡Oh!, tío mío, ¿quién podrá hacerle comprender la extensión de los males que su execrable avaricia me condena a sufrir? Pero no, ese hombre no siente nada fuera del único goce de contemplar su oro

¡Pues bien! —Exclamé en un momento en que me sentí con una irresistible necesidad de venganza—, ¡deseo que tú pierdas la vista!

Por la mañana mi cuerpo estaba agotado de cansancio, sin tener el menor deseo de dormir o de comer. La exaltación de mi cerebro me sostuvo así durante cinco días.

A la mañana siguiente fui a ver al presidente de la Corte de Justicia, hombre muy versado en las leyes y le confíé mi situación. Me dijo que, cuando mi tío recibió mi primera carta fue a consultarle y a la lectura de aquella carta, él, antiguo abogado, había dicho a don Pío que no se inquietara en lo absoluto por las pretensiones que pudiera tener la hija de su hermano, puesto que no tenía derecho a reclamar sino el quinto de los bienes dejados por su padre.

—Señorita —agregó—, no he comprendido jamás cómo pudo usted escribir semejante carta... Don Pío mismo quedó sorprendido de tal modo, que la hizo leer a un francés, temiendo haberse equivocado en el sentido de su contenido. Esta carta la ha perdido. Se puede decir que usted misma *se ha cortado en cuatro la cabeza*.

El señor presidente me invitó, sin embargo, a consultar con uno de los mejores abogados a fin de no tener ningún reproche que hacerme. Consulté con dos y opinaron porque había materia para un proceso, pero me confesaron que el éxito era dudoso, sobre todo litigando contra don Pío, en un país en donde se vende la justicia. Mi tío era la parte más interesada, pues había recibido una tercera parte además de la suya por los derechos de su esposa, sin contar con un legado de 100,000 francos que mi abuela le había hecho a Joaquina. Era hombre capaz de sacrificar el cuarto y hasta la mitad si fuera necesario, a fin de obtener el triunfo. Esos dos abogados no pudieron comprender mi conducta mejor que el presidente.

—Esta carta señorita —me dijeron—, esta desgraciada carta la pierde. Si todavía hubiera usted venido con un documento que comprobara la notoriedad del matrimonio de su madre con su padre, esto aquí hubiera sido considerado como una verdadera partida de matrimonio y hubiera usted vencido todas las dificultades que hubieran podido oponerle.

No me atreví a decir a esos señores que había contado con *el cariño, el reconocimiento y la justicia de mi tío*. Me hubieran creído loca y preferí pasar por aturdida.

Mr. Le Bris llegó. Le consulté sobre lo que debía hacer. Se manifestó indignado contra mi tío a quien conoce y estima en su justo valor. Su carácter orgulloso lo llevó a aconsejarme que dejara enseguida la casa de don Pío. Me



hizo todos los ofrecimientos de servicios que podía yo esperar de un antiguo amigo y encontré, en el interés que me demostró, un dulce consuelo.

Sin embargo, mi tío no tenía interés en verme salir de su casa. Está dentro de su sistema, arreglar amigablemente toda disputa, en cuanto es posible, conceder por experiencia por la superioridad de su talento en materia de transacciones. Me escribió, pues y me preguntó si quería reunirme con todos los miembros de la familia: él, Althaus y el viejo doctor, representante de Margarita, hija de Carmen. Yo no había podido decidirme a verlo de nuevo después de la escena que acabo de relatar. Me servían la comida en mi cuarto y estaba siempre decidida a irme.

Con todo, cedí a las instancias de Althaus y me dirigí al gabinete de mi tío. ¡Qué cruel dolor sentí al ver otra vez a este hombre que me obligaba a despreciarlo! A él a quien me sentía inclinada a querer con el más vivo afecto. Me habló con más dulzura y amistad que nunca. Me hizo presente ante esos dos testigos la conducta que había seguido conmigo. Althaus y el viejo doctor reconocieron que fue a solicitud de don Pío que me habían sido concedidos, a raíz de la división de los bienes de mi abuela, los 15,000 francos que ésta me había legado.

Estos dos señores me dijeron también que a la generosidad de mi tío sólo, debía la pensión de 2,500 francos que recibía desde hacía cinco años. Me conmoví con estas pruebas de afecto de parte de mi tío. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Él se dio cuenta de esto y temiendo que mi orgullo sufriera por recibir anualmente esta suma a título gratuito, se apresuró a responder a esos señores que eso no era un don de su parte, sino una deuda que me pagaba. Porque, agregó, si por algunas faltas de forma en el matrimonio de su madre con mi hermano, Florita se encuentra privada de los derechos de hija legítima, ella tiene el derecho incontestable, como hija natural, por lo menos a una pensión alimenticia. Me he encargado yo solo de pagársela y le ruego aceptarla siempre como si fuese su encargado de negocios. Después de una larga conversación, en la cual mi tío tuvo el talento de persuadirnos, hasta a mí, de que me quería al igual que su propia hija y que su conducta con relación a mí no había cesado de ser leal, generosa y llena de reconocimiento por todo lo que debía a mi padre; después de haberme enternecido hasta provocar mis lágrimas y conmover a Althaus, me pidió con el modo más cariñoso, olvidar todo lo que había pasado entre nosotros y me suplicó permanecer en su casa como hija suya, como su amiga, la de su esposa y como la segunda madre de sus hijos. Y todo esto con tanto encanto, con tanta veracidad en su acento, que le prometí cuanto quiso. Joaquina vino enseguida a acabar lo que mi tío había comenzado

tan bien y las dos *sirenas* me fascinaron a tal punto que, renunciando a todo proceso, me confié no ya a su justicia, sino a sus promesas.

Mr. Le Bris y todas las personas de mi intimidad admiraron mi valor y se asombraron de la resignación con que me dejaba despojar. No lo habían esperado del orgullo y de la independencia de mi carácter. Comprendí su admiración. Mi gran franqueza no podía, en efecto, hacerme atribuir ninguna simpatía hacia gentes tales como mi tío y mi tía, quienes no tenían más móvil que la ambición y la avaricia y modelaban su carácter flexible al grado de su interés, según las ocurrencias del momento. El mío no era tan fácilmente adaptable. Había conservado mi independencia nativa y no me cuadraba esta angélica resignación. Pero cedía a la dura ley que me imponían las circunstancias de mi situación, circunstancias que no podían revelar ni a Mr. Le Bris ni a quien quiera que fuese.

El interés de mis hijos subyugaba mi carácter. Si conducía a mi tío ante los tribunales, si hacía escándalo, enajenaba su voluntad para siempre. Tenía pocas probabilidades de triunfar sobre su influencia y con el proceso perdería también la protección que podría conceder a mis hijos. Ciertamente, si hubiera tenido que pensar sólo en mí, no hubiese vacilado un solo instante. Mis pretensiones estaban apoyadas por mi partida de bautismo, en un país en donde más o menos este es el único título que comprueba la legitimidad. Hubiera intentado reconquistar la situación que mi imprudente carta me había hecho perder. Y si no era reconocida como miembro legítimo de la familia, hubiera roto totalmente con esos parientes desnaturalizados y rechazado con indignación el socorro anual que me concedían, como para impedir que muriera de hambre. Pero no era libre de proceder así. Debía acallar mi orgullo y no comprometer un socorro que, aunque insuficiente, me era indispensable para subvenir a la educación de mis hijos, a menos de que pudiese adquirir la probabilidad de ganar el proceso o de llegar a una transacción. Por lo demás, para entablar el proceso se necesitaba dinero, mucho dinero. Cuando salí de Burdeos, Mr. Bertera, cediendo a la generosidad de su corazón y al interés que sentía por mí, me había entregado la suma de 5,000 pesos (25,000 francos) en letras de crédito a cargo de Mr. de Goyeneche en Arequipa. Además, a mi llegada a Valparaíso encontré una carta de Mr. Bertera que contenía otro crédito de 2,000 pesos (10,000 francos). Así es que tenía a mi disposición más dinero del necesario para los gastos judiciales. Pero si no ganaba, como había lugar a temer, quedaba en deuda con Mr. Bertera y muy apurada para pagarle. La misma razón me impedía igualmente aprovechar la complacencia de Mr. Le Bris. No hubiera podido jamás tomar sobre mí la responsabilidad de aceptar ninguno de esos ofrecimientos, sin tener la certeza de poder reembolsar los

adelantos que me habían sido hechos. Consideré al mismo tiempo el estado de debilitamiento en que había caído. Los largos sufrimientos de mis cinco meses de navegación habían alterado mi salud y desde que había desembarcado en el suelo del Perú, no había cesado de estar enferma al aire volcanizado de Arequipa y la alimentación me era tan desagradable, la sacudida violenta experimentada al tener noticias de la muerte de mi abuela, la separación de Chabrié, en fin, la cruel decepción sentida ante la dura negativa de mi tío, todas esas causas reunidas, me habían agotado de tal manera que creí no poder vivir mucho tiempo. Mi fin parecía próximo y esta certidumbre me devolvió la tranquilidad. Pensé que en esta situación me debía por completo a mis hijos y sobre todo a mi hija que iba a quedar sola sobre la tierra. Esperaba que el triste espectáculo de mi muerte tuviese quizá el poder de conmover a mi tío y que, en mis últimos instantes de agonía podría arrancarle la promesa de tomar a mis hijos bajo su protección y asegurarles los medios de existencia que los pusiese fuera del alcance de la miseria.

Los acontecimientos políticos habían venido entre tanto a complicar la situación y a hacer más dudoso aún el éxito del proceso. Mi tío había regresado a Arequipa el 3 de enero y el 23 del mismo mes se tuvo noticia de la revolución de Lima. El presidente Bermúdez, aunque estaba sostenido por las intrigas del antiguo presidente Gamarra, había sido derrocado y Orbegoso reconocido en su lugar. A la lectura de los periódicos que daban cuenta de este acontecimiento, se produjo un movimiento en Arequipa. La mayoría se declaró a favor de Orbegoso. El general Nieto fue nombrado comandante general de las tropas del departamento. Althaus, jefe de Estado Mayor y Cuadros prefecto. En una palabra, se improvisó un gobierno en veinticuatro horas y sin tomar el tiempo de reflexionar sobre las consecuencias de tal decisión, se separaron de los departamentos de Puno, Cuzco, Ayacucho y otros. Esta revolución había producido espanto en la ciudad. Cada cual, amenazado en su propia fortuna, no tenía ya simpatía que conceder a la situación de los demás. Lo caprichoso de la mía había cautivado, antes de esta crisis, el interés general; pero en cuanto los arequipeños hubieron de ocuparse de ellos mismos, no pensaron más en mí. El abogado Valdivia, se lanzó en medio de los acontecimientos con la esperanza de hacer fortuna y me hizo decir que no podía atender mi asunto. Los otros abogados me inspiraban poca confianza y por lo demás, me rechazaron igualmente, temiendo comprometerse con don Pío. Sobre el suelo clásico del egoísmo ¿podía esperar que en tiempo de alarma esas gentes pensarán en cosa distinta de sus propios intereses? No necesitaba mucha penetración para ver que esta revolución me dejaba sin la menor posibilidad de éxito. Mi tío volvería probablemente al poder. Esta perspectiva me quitaba toda esperanza de encontrar imparcialidad entre los jueces. Un nuevo porvenir se ofrecía ante

mí y me parecía que había locura e impiedad en pretender resistir todavía, después de semejante manifestación de la Providencia. Incliné la cabeza bajo la potencia de la fatalidad que pesaba sobre mí desde mi nacimiento y como el musulmán, exclamé: ¡Dios es grande!... Abandoné a la vez toda idea de proceso y toda esperanza de fortuna, sabiendo muy bien que nada tenía que esperar de la generosidad de mi tío, nada de los reproches de su conciencia. Le escribí la carta siguiente:

*«A don Pío de Tristán.*

*«Esta carta está destinada a la familia. La dirijo a usted, tío, como a su jefe y le ruego traducirla fielmente a aquellos de sus miembros que no comprenden el francés.*

*«Había venido donde usted tío, más bien en busca de un afecto paternal, de una protección benevolente, que para hacerme rendir cuentas. Mis esperanzas han sido defraudadas. Armado con la letra de la ley, sin sentir ninguna emoción, usted ha arrancado uno por uno los títulos que me unían a la familia a cuyo seno venía a refugiarme. Usted no se ha contenido ni por el respeto de la memoria de un hermano a quien usted quiso. Ninguna piedad ha hablado a favor de una víctima inocente de la culpable negligencia de los autores de sus días. Usted me ha rechazado y tratado como a una extraña. Tío, semejantes actos no pueden ser juzgados sino por Dios...*

*«Si en el primer movimiento de mi justa indignación he querido presentar ante el tribunal de los hombres el horroroso espectáculo de estas iniquidades, después de algunos días de reflexión he sentido que mis fuerzas debilitadas desde hace tiempo no me permitirían soportar el dolor atroz que me causaría el escándalo de tal proceso. Sé tío que esta consideración no obra lo mismo en todos los individuos y que hay personas cuyo corazón, cerrado a todo sentimiento noble, divulgarían sin pudor en la barra de un tribunal las faltas y crímenes de su padre y madre así como los de su hermano, por el cebo de un poco de oro. En cuanto a mí, lo confieso, ese solo pensamiento me hace sufrir. La legitimidad de mi nacimiento ha sido puesta en duda. Era ése un motivo para desear ardientemente ser reconocida como hija legítima, a fin de echar un velo sobre la culpa de mi padre, cuya memoria queda manchada por el estado de abandono en que ha dejado a su hija. Pero al entrar en el examen de los medios a que se debería recurrir para dar realce a mi demanda, le repito tío, he retrocedido espantada. En efecto, usted debería demostrar que su hermano fue un hombre sin probidad y un padre criminal, que tuvo la infamia de engañar cobardemente a una joven sin apoyo, a quien su desgracia*

*debía haber hecho respetar en la tierra extranjera en donde se había refugiado, huyendo del hacha revolucionaria y abusando del amor y de la inexperiencia, cubrió su perfidia con la truhanería de un matrimonio clandestino. Usted debería probar también que su hermano abandonó la hija que Dios le dio a la miseria, a los insultos, al desprecio de una sociedad bárbara y mientras él le recomendaba a su hija con sus últimas palabras, usted debería, al calumniar su memoria, imputar a premeditación la falta de su negligencia. ¡Oh! Aunque debiera ganar delante de la justicia, renuncio a ello. Me siento con el valor de soportar la pobreza con dignidad como lo he hecho hasta el presente y que a este precio descansen en paz los manes de mi padre.*

*«Usted me ha invitado a seguir viviendo en su casa. Lo consiento con la condición de que no se me exija alegría y se me tenga todo el respeto que mi desgracia merece. Jamás oírás usted una queja de mí, ni verá un signo que pueda ser su manifestación.*

*«Flora de Tristán».*

Confieso que después del envío de esta carta me sentí consolada. Era una satisfacción que reclamaba el orgullo de mi carácter: el hacer conocer mi pensamiento a toda la familia.

Mi tío mostró esta carta a la familia. Joaquina fue la única que se ofendió con ella. Su marido le hizo comprender que el estado de dolor y de exaltación en que me hallaba, debía hacerme excusar y le dio el ejemplo de indulgencia al no quejarse en absoluto de las palabras duras que le había dirigido. Por la tarde, don José el capellán de la casa, vino a decirme como en confidencia (pero vi que había recibido la orden de hacerlo) que se ocupaban en la familia de hacer una bolsa común a fin de permitirme comprar una pequeña propiedad en donde pudiera vivir convenientemente.

Mi prima Carmen, Manuela, Althaus, don Juan de Goyeneche, todos, en fin, fuera de Mr. Le Bris, me censuraron por haber procedido con mi tío como lo había hecho y sobre todo con mi tía.

—No era ésta la forma que se debía adoptar —me decían—, para obtener algo de ellos. Ya que usted no quería litigar, era necesario emplear la dulzura, hacer la corte a su tío, halagar a Joaquina, esperar con paciencia y aprovechar del momento en que don Pío hubiera hecho ostentación a los ojos del mundo, de su gran generosidad hacia usted. En lugar de eso, usted los trata desde la altura de su superioridad, los hiere en los sitios más sensibles, expone a los

ojos de todos su avaricia ¿cómo quiere usted que no le tomen odio, odio que será tanto más peligroso cuanto que quedará oculto?

Tenían razón. Otra en mi lugar hubiera podido obtener cien mil francos de mi tío y la graciosa protección de Joaquina. Pero hubiera sido necesario que esa otra no tuviera mi orgullo, la franqueza de mi carácter y sintiera como yo, un invencible disgusto hacia el oficio de adulador. Si mi tío hubiera consentido, con nobleza, en darme 100,000 francos, así satisfecha hubiera tenido por él, al aceptar ese don de su generosidad, un vivo reconocimiento; pero cuando para obtener aquella suma me veía forzada a renunciar a la independencia de mi carácter, prefería quedarme pobre pues estimaba en demasiado alto precio la libertad de mi pensamiento y la individualidad que Dios me ha dado, para cambiarlas por un poco de oro, cuya sola vista había excitado mis remordimientos.

Althaus me dijo que mi tío se había comprometido delante de toda la familia a asegurarme la pensión de dos mil quinientos francos que me daba. Le hice agradecer por esto, sin contar mucho sobre su palabra y me reservé el recordárselo cuando se tratara de solicitar algunos ligeros socorros para mis hijos.

Reconocí entonces toda la verdad encerrada en esas palabras de Bernardino de Saint Pierre, en las que compara la desgracia al Himalaya, desde la cima del cual todas las montañas circundantes, no parecen sino pequeños montículos y desde donde se descubren los hermosos países de Cachemira y Lahor. Había llegado al apogeo del dolor y debo decir, para consuelo del infortunio, que llegada a ese punto extremo, encontré en el dolor, gozos inefables, celestiales podría decir y de los cuales mi imaginación no había ni sospechado la existencia. Me sentía elevada por una potencia sobrehumana que me transportaba a las regiones superiores, desde donde podía percibir las cosas de la tierra con su verdadero aspecto, despojadas del prestigio engañoso con que las revisten las pasiones de los hombres. Jamás en ninguna época de mi vida estuve más tranquila. Si hubiese podido vivir en la soledad con los libros y flores, mi felicidad hubiera sido completa.

## La república y los tres presidentes

**M**e sería difícil exponer a mis lectores las causas de la revolución que estalló en Lima en enero de 1834 y de las guerras civiles que fueron su secuela. Jamás he podido comprender cómo los tres pretendientes a la presidencia, podían fundar sus derechos ante los ojos de sus partidarios. Las explicaciones dadas por mi tío a este respecto no fueron muy inteligibles. Cuando interrogaba a Althaus sobre este tema, me respondía riendo:

—Florita, desde que tengo el honor de servir a la República del Perú, no he visto todavía a ningún presidente cuyo título no fuera muy discutible... A veces han habido hasta cinco que se decían legalmente elegidos.

En resumen, he aquí lo que he podido comprender. La presidenta Gamarra, al ver que no podía ya mantener a su marido en el poder, hizo que sus partidarios llevaran como candidato a Bermúdez, una de sus criaturas y éste fue elegido presidente. Sus antagonistas alegaban, no sé por qué razones, que la nominación de Bermúdez era nula y por su lado, nombraron a Orbegoso. Entonces estallaron los desórdenes.

Recuerdo que el día en que la nueva llegó de Lima, estaba enferma. Vestida me había recostado sobre la cama y conversaba con mi prima Carmen, sobre el vacío de las cosas humanas. Podían ser las cuatro. De repente, Manuel se precipitó en el cuarto con un aire despavorido y nos dijo:

—¿Saben ustedes lo que ocurre? El correo acaba de traer la noticia de que ha habido una horrible revolución en Lima. ¡Una matanza espantosa! Ha causado aquí tal indignación que acaba de producirse espontáneamente un movimiento general. Todo el pueblo está reunido en la plaza de la catedral. El general Nieto ha sido nombrado Comandante del departamento. Es una confusión de no saber qué creer ni qué entender. Mi padre me envía a buscar a mi tío Pío.

—¡Bueno! —dijo mi prima sin conmoverse y sacudiendo la ceniza de su cigarro—, anda a contar todo esto a don Pío de Tristán. Esos acontecimientos le interesan a él que puede temer pagar por los vencedores o los vencidos. Pero a nosotras ¿qué nos importa? Florita ¿no es extranjera? y yo no poseo ya ni un maravedí, ¿qué necesidad tengo de saber si se matan por Orbegoso, Bermúdez o Gamarra?

Manuel se retiró. Poco tiempo después entró Joaquina.

—¡Virgen Santa! hermanas mías ¿saben ustedes la desgracia que viene a azotar a nuestro país? La ciudad está en laberinto. Un nuevo gobierno se ha formado y los miserables que están a la cabeza de la insurrección van a exprimir a los desgraciados propietarios ¡Dios mío! ¡Qué calamidad!

—Tienes razón —dijo Carmen—. En semejantes circunstancias está una casi satisfecha de no ser propietaria, pues es duro dar su plata para hacer la guerra civil, cuando se podría emplearla en socorrer a los desgraciados. Pero ¿qué quieres? es el reverso de la medalla.

Vinieron enseguida mi tío y Althaus. Ambos estaban visiblemente inquietos. Mi tío porque temía que le hicieran dar dinero; mi primo, porque vacilaba en pronunciarse por uno u otro partido. Los dos tenían igualmente mucha confianza en mí y en esta situación embarazosa me pidieron mi opinión.

Mi tío acercándose mucho a mí me dijo con abandono:

—Mi querida Florita, estoy muy inquieto. Aconséjeme. Usted tiene apreciaciones tan justas en todo y es realmente la única persona aquí con la cual puedo hablar de cosas tan graves. Ese Nieto es un miserable sin honor, un derrochador, un hombre débil que va a dejarse manejar por el abogado Valdivia, hombre muy capaz, pero intrigante y revolucionario furioso. Esos bandidos van a ponernos cupos a nosotros los propietarios, Dios sabe hasta qué punto. Florita, me ha venido una idea. Si mañana yo fuese muy temprano a ofrecer a esos ladrones dos mil pesos y al mismo tiempo les propusiese imponer un cupo a todos los demás propietarios, ¿no cree usted que esto me daría la apariencia de estar de su lado y tendría tal vez el resultado de impedir que me gravaran muy fuertemente? Querida niña, ¿qué piensa usted?

—Tío, encuentro su idea excelente, pero creo que la suma que usted ofrece no es bastante fuerte.

—Pero Florita ¿me cree usted tan rico como el Papa? ¡Cómo! ¿No se contentarán con diez mil francos?

—Querido tío, piense en que sus exigencias estarán en relación con las fortunas. Usted comprende que si usted, el hombre más rico de la ciudad no da sino diez mil francos, con esa proporción sus entradas no serán muy considerables, no tendrán una buena presa y creo poderle asegurar que su intención es la de hacer un saqueo de mano maestra.

—¿Cómo es eso? ¿Sabe usted alguna cosa?

— No precisamente; pero tengo noticias.



—¡Ah mi Florita!, póngame al corriente ¡Althaus es tan reservado conmigo! Jamás puedo sacarle una palabra. Ese Manuelito huye de mí. Los dos la quieren a usted mucho, trate de que la tengan siempre bien informada. Voy a retirarme a mis habitaciones y me fingiré enfermo, pues en estas circunstancias, no me atrevo a hablar. Bastaría de una palabra para comprometerme.

Mis relaciones con Valdivia, me habían hecho juzgar al hombre. Al saber que estaba en el gobierno que se organizaba, presumí que los propietarios serían explotados. Eso fue lo que me hizo hablar con tanta seguridad a mi tío.

Cuando éste salió, Althaus se acercó a mí a su vez y me dijo:

—Prima, despida a toda esta gente que la cansa. Quería conversar con usted. Estoy en una posición muy embarazosa. No sé qué partido tomar.

Llamé a mi prima Carmen y le rogué despedir a todos los visitantes, quienes creyendo causarme un placer, venían a mi cuarto y aumentaban mi jaqueca con su bulliciosa conversación. Todo el mundo se retiró y diez minutos después regresó Althaus.

—Florita, no sé qué hacer: ¿Por cuál de esos tres bribones de presidentes debo tomar partido?

—Primo, no tiene usted lugar a elegir. Si aquí se reconoce a Orbegoso, es preciso marchar bajo el estandarte y el gobierno de Nieto.

—Eso es justamente lo que me hace rabiar. Ese Nieto es un asno, presuntuoso como todos los necios y se dejará gobernar por ese *abogadillo* Valdivia. Mientras que en el lado de Bermúdez hay algunos soldados con quienes podría marchar.

—Sea, pero Bermúdez está en el Cuzco y usted está en Arequipa. Si se niega a ir con estos, van a destituirlo, a exigirle rescate y vejarlo en todo.

—Eso es lo que temo. ¿Qué piensa don Pío de la duración de este gobierno? No le digo nada, porque me ha mentido tantas veces que no creo ya en ninguna de sus palabras.

—Al menos, primo, usted cree en sus actos. Lo que debe determinar es que don Pío concede suficiente duración a este gobierno como para ofrecerle dinero. Mañana le irá a llevar 4,000 pesos a Nieto.

—¿Él se lo ha dicho?

—Sí, querido amigo.

—¡Oh! Entonces eso cambia las cosas. Usted tiene razón, prima. Cuando un hombre político como don Pío ofrece 4,000 pesos, a un pobre soldado como yo, debe aceptar el puesto que le ofrecen, de jefe de Estado Mayor. Mañana, antes de las ocho estaré donde el General. ¡Maldito oficio! Yo, Althaus, obligado a servir bajo las órdenes de un hombre a quien, cuando yo fui teniente del ejército del Rhin no habría aceptado ni por simple caporal ¡Ah, banda de ladrones! ¡Si llevo a hacerme pagar solamente la mitad de lo que me debéis por los trabajos que os he hecho y que sois incapaces de apreciar, juro dejar vuestro maldito país para no volver a verlo jamás!

Althaus, una vez lanzado, se desencadenó contra los tres presidentes: el antiguo, Gamarra; el nuevo, Orbegoso y en fin, contra el que estaba en posesión del poder militar. Despreciaba por igual a los tres. Pero muy pronto vio las cosas por el lado jocoso y me dijo a este propósito los chistes más originales.

Después de dejarme Althaus, mis pensamientos tomaron un curso más serio. No pude evitar el deplorar las desgracias de esta América española, donde en ninguna parte se ha establecido un gobierno protector de las personas y de las propiedades en forma estable. Adonde acuden de todas partes, desde hace veinte años, los hombres de violencia que al ver en Europa cerrada la arena de los combates por los progresos de la razón humana, van a América a fomentar los odios, tomar parte en las querellas, prolongar las resistencias con su cooperación y perpetuar así las calamidades de la guerra. No es actualmente por principios por lo que combaten los hispano-americanos, sino por jefes que los recompensen con el saqueo de sus hermanos. Jamás la guerra se ha mostrado bajo un aspecto más repugnante y más despreciable. No cesarán sus destrozos en esos desgraciados países, sino cuando ya nada tiene su avaricia y ese momento no está muy alejado. Llegará por fin el día fijado por la Providencia en que esos pueblos estén unidos bajo el estandarte del trabajo. ¡Ojalá puedan, con el recuerdo de las calamidades pasadas, tomar en santo horror a los hombres de sangre y de rapiña! ¡Que las cruces, las estrellas, las condecoraciones de toda especie con que los cubren sus amos, no sean a sus ojos, sino estigmas de infamia y los rechacen por todas partes y no acojan sino a la ciencia y al talento, aplicados a su felicidad común!

Al día siguiente, mi tío entró a mi cuarto por la mañana. Yo estaba adormecida.

—Querida Florita, perdóneme si la molesto tan temprano: ¿cómo está usted?, ¿ha descansado esta noche?

—No tío, he tenido una agitación febril que me privó de todo sueño. El dolor de cabeza no me deja y me siento en extremo débil.

—No me admira, si no come nada, ¿cree usted que con naranjas, café y un poco de leche va a poder reponerse de las duras fatigas de su largo viaje? Joaquina y yo no nos atrevemos a contrariarla, pero sufrimos al ver el trato que se da. Carmen tiene razón al llamarla *flor del aire*. En efecto, usted se parece algo a esa planta, que se alimenta con aire únicamente<sup>16</sup>.

—Tío, toda mi vida me he alimentado lo mismo y sin embargo, siempre he estado muy bien. Creo que es al aire del volcán al que se debe atribuir mi enfermedad. Y usted, tío, parece inquieto y mortificado ¿está también enfermo?

—No hija mía. Sin embargo no he dormido durante la noche. Esos acontecimientos me han trastornado. Florita, he reflexionado en lo que me dijo. Temo que 2,000 pesos no sean suficientes ¡pero 4,000 pesos es demasiado!

—Sí, sin duda. Pero Althaus me ha dicho ayer que tomarían ese dinero sólo a título de préstamo.

—¡Ah! ¡ah! ¡Ellos también se sirven de hermosas palabras!, ¡llaman a eso *préstamos!*... ¡descarados bribones! Bolívar daba también el nombre de *préstamo* a sus exacciones.

¿Y quién me ha devuelto o pensado en devolverme los 25,000 pesos que el ilustre *libertador* me tomó cuando estuvo por acá? Fue igualmente a título de préstamo que el general Sucre nos tomaba nuestro dinero y sin embargo, no he visto jamás los 10,000 pesos que me tomó prestados. ¡Ah! Florita, semejante imprudencia me hace salir fuera de mí. Venir a robar a las gentes a su casa, a mano armada y añadiendo la infamia a la irrisión, registran las sumas robadas con la denominación de préstamos. Eso pasa toda desvergüenza...

—Tío: ¿qué hora es?

—Las ocho.

—Pues bien, lo invito a irse, porque sé que a las diez se debe publicar en la ciudad el bando que pone el cupo a los propietarios.

—¿De veras? Entonces no tengo tiempo que perder. Me decido por los 4,000 pesos.

Así es, pensaba yo. Por un equilibrio providencial, el dinero que la iniquidad me niega, la violencia lo arrebató. Si pudiera creer en una venganza divina ¿no venía en esto un ejemplo? Mi tío ¿no ha sido herido en lo que

---

<sup>16</sup> En Buenos Aires todos los balcones de las casas están decorados con esa planta que se llama *flor del aire*, porque no tiene raíces y se alimenta con el aire. (Nota de la autora).

tiene de más caro? Como si Dios hubiese querido que la injusticia fuese a su vez víctima de la injusticia.

Mi tío regresó contento.

—¡Ah, Florita! ¡Qué bien he hecho en proceder según sus consejos! Figúrese que estos bribones han hecho ya su lista. El General me recibió muy bien. Pero ese Valdivia tenía el aire de adivinar el motivo que me hacía ir. Su mirada parecía decirme: «Usted nos trae su plata por temor de que le pidiéramos más. Nada ganará con eso». Felizmente soy tan vivo como él.

A las diez se publicó en la ciudad el bando (orden impartida por pregones). No. ¡Jamás en la vida he oído semejante rumor! ¡Althaus vino donde mí riendo como un loco!

—¡Ah, prima! ¡Qué feliz es usted de no tener plata! ¡Hoy, quienes la poseen ponen una cara tan lastimosa que me daría pena verla hacer a usted, que es tan simpática, semejante mueca! Ahora me ve usted de jefe de Estado Mayor del generalísimo Nieto. ¡Eso me representa ya 800 pesos! El amable doctor Valdivia, había considerado en su bando a Manuela Flórez de Althaus con la módica suma de 800 pesos. Pero como todo en este tiempo feliz se hace a nombre del poder militar, el dicho bando llegó a mi escritorio y antes de firmarlo tuve la buena idea de leer los nombres de las víctimas. Cuando leí el de mi ilustre esposa, lo taché sin ninguna ceremonia y fui donde el General gritando muy alto. Le dije que encontraba extraordinario que hubiesen considerado a mi consorte con 800 pesos, cuando ni la suya ni las de los demás miembros del Gobierno Supremo figuraban en el bando con un real. Valdivia quiso replicar y dijo: «que la sobrina de don Pío...». Aquí, exclamé interrumpiéndolo con vehemencia, no se debe ver a la sobrina de don Pío, sino únicamente a la esposa del Jefe del Estado Mayor, Althaus, si los lobos se devoran entre ellos, entonces ¡al diablo! arrojo la piel y me voy a aullar a otra guarida... Al pronunciar estas palabras con mi dulce voz hice sonar mi sable y mis espuelas contra el suelo con tal fuerza que el monje tomó la pluma para tachar el nombre de mi esposa. Al encontrarlo tachado, frunció los labios, palideció y su mirada trató de penetrar de dónde provenía mi seguridad. Pero al igual que en Waterloo permanecí firme como una roca y mirándolo de frente le dije: —Camarada, en este negocio cada uno de nosotros tendrá su tarea: usted la de fabricar los bandos que extorsionen el dinero a los burgueses y yo, la de hacerlos ejecutar. Pienso que en esta circunstancia, mi sable será tan útil como su pluma. El camarada comprendió... y, le aseguro Florita, que esta salida *soldadesca* como va usted a llamarla, causó buen efecto.

Como a las doce, mi prima Carmen entró con la expresión de una alegría reconcentrada:

—Florita, vengo a buscarla. Querida amiga levántese. Es preciso, absolutamente, que usted venga a sentarse a la ventana de mi salón para gozar conmigo del espectáculo que ofrece la calle de Santo Domingo. Es un acontecimiento que debe figurar en su diario. Ya he tomado nota, para usted, de los dos más curiosos. Usted va a envolverse en su abrigo, a cubrirse la cabeza con su gran velo negro y pondré en el borde de la ventana alfombras y cojines. Estará usted allí como en su lecho y nos divertiremos como reinas.

—Pero prima ¿qué ocurre en la calle de Santo Domingo?...

—¡Lo que ocurre! El espectáculo más divertido que se puede ver. Verá a todos esos propietarios con sacos de plata bajo el brazo, con la cara pálida, alargada, ir como gentes a quienes se conduce a un auto de fe. Venga pronto, Florita. En este momento perdemos mucho.

Arrastrada por sus instancias, fui a instalarme a su ventana. Carmen tenía razón. Encontré interesantes observaciones que hacer.

Mi prima está penetrada de ese espíritu sordamente malo, muy corriente entre los seres que no se atreven a ponerse en lucha abierta contra la sociedad de la que han sido víctimas y aprovechan con complacencia de todas las ocasiones para vengarse de esta misma sociedad a la cual odian. Por eso se dirigía a cada individuo que pasaba delante de nosotros y se gozaba en revolver el puñal en la llaga.

—¡Qué cambiado está usted señor Gamio! ¿Dónde lleva usted esos grandes sacos de pesos?... Con eso podría comprar una chacrita para cada una de sus hijas.

—Cómo, doña Carmen ¿no sabe usted que han tenido la iniquidad de imponerme 6,000 pesos?...

—¿De veras, señor Gamio? ¡Ah! ¡Eso es espantoso!... A un padre de familia, a un hombre tan ordenado, tan económico, que se priva de lo necesario para amontonar saco sobre saco. ¡Eso es de una injusticia clamorosa!

—Sí, usted bien sabe si me he privado de todo para ahorrar. ¡Pues bien! ¡Aquí están los frutos de mis economías perdidos de un solo golpe! ¡Me quitan todo!

—Y con todo don José ¡Si quedará usted libre con esta suma!...

—¡Ah! pero ¿cree usted que me pedirán más?

—Don José vivimos en un tiempo en el cual las gentes honradas no tienen la libertad de hablar. Hay que encomendar el alma a la Santísima Virgen y rogar por los desgraciados que tienen dinero...

El señor Gamio con las lágrimas en los ojos, temblando de temor, dejó la ventana de Carmen con la desesperación en el corazón.

Después de él pasó el señor Ugarte, hombre tan rico como mi tío, pero mucho más avaro. En los días corrientes, Ugarte usa medias azules, zapatos rotos y un vestido remendado. Ese día exasperado por el dolor del avaro, quizá el más fuerte de todos los dolores, se había puesto todo cuanto tenía de más andrajoso, creyendo de esta manera disimular sus riquezas. Ataviado de harapos de todos colores, su exterior y su semblante eran de los más grotescos. Al verlo no pude impedir el soltar una carcajada. Oculté la cabeza entre mi velo, mientras mi prima habituada a dominar sus emociones, hacía hablar a ese pobre rico a quien se hubiera podido tomar por un *mendigo* y sin embargo posee de 5 a 6 millones de fortuna.

—¿Por qué, señor Ugarte, se desloma usted en llevar sacos con ese peso? ¿No tiene un negro o un asno que puedan evitarle ese trabajo?

—¡Confiar sacos de plata a un negro! ¡Lo piensa usted, doña Carmen! Ayúdeme un poco a poner esos sacos sobre su ventana. ¡Hay allí 10,000 pesos, doña Carmen! ¡Y casi todo en oro!...

—¡Oh señor! el color no viene al caso; pero concibo que sea duro despojarse así de tan hermosa suma que descansaba tranquilamente en el fondo de algún subterráneo, para darlas a gentes que las van a hacer circular.

—¡Darlas! ¡Diga más bien que me las roban! Pues, por la Virgen que está en el cielo con su hijo amantísimo, si no fuera porque me han amenazado con tomarme preso y durante mi prisión mi mujer hubiera podido robarme mi plata, me hubiera dejado quemar antes de darles un maravedí. ¡Pobre mi plata! ¡Mi único consuelo! ¡Me la quitan!

El insensato, en el paroxismo de su dolor, se puso a llorar al contemplar sus sacos como una madre en presencia de su hijo muerto. Mi prima entró al salón para reír con libertad. En cuanto a mí, consideraba a aquel desgraciado con un sentimiento de piedad. Le creí atacado de enajenación mental y la demencia excita todo mi interés y toda mi compasión. Pero pronto no vi en él sino al vil esclavo del oro, al hombre sin corazón para sus semejantes, aislado de todos, extraño a las más caras afecciones de nuestra naturaleza y sentí el más profundo desprecio hacia aquel miserable que, rico de 6 millones, se cubriría con sucios harapos. Esta guerra civil, pensaba, está dentro de los decretos de

la Providencia. Las extorsiones del poder militar tendrán por lo menos como resultado inmediato hacer circular metales cuya única utilidad está en la circulación, en espera de que un deseo unánime de orden y de seguridad traiga el establecimiento de un gobierno protector.

Mi prima había regresado a la ventana y ofreció un cigarrillo a Ugarte, pues sabía que éste era el mejor medio de hacerlo volver en sí. Ugarte no ofrece jamás cigarros a nadie, sino que por el contrario, siempre olvida los suyos, para que se los den de caridad: es un maravedí economizado.

—Aquí, tiene señor Ugarte, un hermoso cigarro de la Habana de contrabando: cuesta dos centavos.

—Gracias, señora. Me hace un verdadero regalo. Es para mí, un real placer fumar un buen cigarrillo, pero usted comprende que no puedo hacerlo a ese precio.

—Pero señor, con la cuarta parte de uno de esos sacos, habría con qué comprar cigarros de la Habana en tal cantidad como las torres de Santo Domingo. Pero después de semejantes expoliaciones está usted privado para toda su vida de buenos cigarros.

—Y lo que hay de más horrible, doña Carmen es ver la injusticia con que se me trata. ¡Imponerme 10,000 pesos a mí, pobre hombre que no tengo un vestido que ponerme! Mis enemigos me llaman rico ¡Yo, rico! ¡Santísima Virgen! Porque tengo dos o tres pequeñas propiedades, que me cuestan más de lo que producen. Es notorio que, desde hace seis años, no he recibido un peso de mis arrendatarios. El poco dinero contante que tenía lo he prestado a gentes que no me lo devuelven. En fin, es hasta el punto de que mi mujer no tiene a menudo con que ir al mercado.

—Y sin embargo, señor, desde esta mañana a las diez, y no son sino las doce, usted ha encontrado esos sacos de oro en algunos rincones...

El pobre loco contempló a mi prima con aire espantado.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Usted no lo ignora: todo se sabe en este país. Se llega hasta a decir que usted tiene en un sótano un tonel lleno de oro.

—¡Virgen Santa!, ¡qué maldad!, ¡qué calumnia! ¡Qué! ¡Mis enemigos llegan a decir que tengo un tonel lleno de oro? ¡Ah! ¡Pero ya no me puedo contener! Doña Carmen, usted no lo cree ¿no es cierto?... ¡Señorita! ¡Esas son mentiras infames! ¡No las crea!... ¡San José! ¡Me harán perder la cabeza!...

El insensato cargó de nuevo sus sacos. Su cara adquirió la expresión de una locura sombría, sus músculos se contrajeron, todos sus miembros temblaban. Se veía que sufría horriblemente. Ese mendigo, doblegado bajo el peso de su oro, se alejó tan presto como se lo permitía su fardo.

—Carmen, es usted muy mala. Será la causa de que este desgraciado se vuelva loco de remate.

—¡Ah! ¡Qué gran pérdida sufriría el país! Un hombre semejante basta para deshonar la ciudad donde ha nacido. ¿No es irritante ver a un millonario, cubierto con los harapos de la miseria, acumular siempre para no gozar jamás y privar a los desgraciados de trabajo, enterrando sus riquezas? La ciudad tiene cinco o seis individuos riquísimos y a cual de ellos más miserables. Son otras tantas sanguijuelas que chupan incesantemente el oro y la plata de la sociedad sin devolverle nada.

La indignación de Carmen era fundada. En los países en donde el dinero como vehículo de trabajo está puesto al alcance de todos los que tienen una industria, por medio del establecimiento de bancos emisores de papel moneda, el avaro es un loco de quien todo el mundo ríe. Pero en los países atrasados, en donde el oro ha conservado todo su poder, el avaro es un enemigo público que detiene la circulación de la moneda y vuelve el trabajo oneroso o aún imposible por la exorbitancia de sus exigencias. No se debe admirar, pues, que las masas explotadas por la avaricia de algunos se regocijen y apoyen con sus fuerzas las extorsiones del poder. Se vengan de las que soportan cada día. La invención de los tiempos modernos, más fecunda quizá en resultados, es después de la imprenta, la del papel moneda. Ha venido a poner un freno al poder del oro al hacerle la competencia. Ha hecho siempre posible la adquisición de riquezas para el trabajo hábil y constante. En una palabra, ha aniquilado la usura y la esclavitud del talento. En todos los países en donde el sistema de crédito público no ponga el dinero o la divisa que lo representa al alcance del trabajo las gentes con dinero serán tan odiosas al pueblo como lo eran para los romanos y como los judíos para el pueblo de la Edad Media y en todas las ocasiones se mostrará dispuesto a prestar su apoyo al poder que los despoja.

Cuando acabábamos las reflexiones provocadas por la avaricia del señor Ugarte, don Juan de Goyeneche se acercó a nosotros. Estaba deshecho, hasta el punto de que creí que iba a caerse. Carmen lo invitó a entrar.

—Voy donde don Pío —dijo—. Espero que él pueda prestarme dinero, de otra manera sólo Dios sabe lo que va suceder a nuestra familia. Ustedes saben, señores, que esas gentes... (Doña Carmen ¿no hay peligro de que nos oigan? mire por la ventana si alguien nos escucha), ustedes saben que han



tenido la desvergüenza de imponer a nuestro venerable hermano, el Obispo, ¡20,000 pesos! Mi hermana ha sido gravada con 5,000 y yo con 6,000. Así pues ¡son 31,000 pesos arrebatados de un solo golpe a nuestra fortuna! ¡Ah, Florita! ¡Cuánto daría por estar en lugar de nuestro hermano Mariano! Él está tranquilo. Goza apaciblemente en Burdeos de sus rentas. No es sólo desde hoy que me arrepiento de haberle comprado todos los bienes que poseía acá, pero como nunca, desde esta revolución. Deploro la insigne locura que he cometido al haberme encadenado a este país.

—Don Juan —dijo mi prima—, todo esto no es sino una tempestad. Cuando haya cesado, volverá a ser usted rey. Su hermano es aquí el primero por su dignidad, como lo es usted por sus riquezas. Esta posición eminente ¿la encontrará en Francia, en donde la abundancia de grandes fortunas no permite distinguir a ninguna?

—¡Ah, doña Carmen! La ventaja de ser alguna cosa en un país de revoluciones cuesta demasiado caro para no preferir la oscuridad, al vano goce de semejante distinción. Piense usted en lo que nos ha costado cada aparición de un nuevo gobierno. El *libertador* Bolívar quitó a nuestra casa 40,000 pesos, el general Sucre, 30,000, San Martín todo lo que mi hermano Mariano poseía en Lima y ahora son Nieto y Valdivia quienes han emprendido la tarea de arruinarnos.

—Primo, se necesita un poco de filosofía. Los billetes ganadores y los perdedores salen de la rueda de la fortuna. No se puede siempre coger los primeros. Su padre vino a este país sin nada y aquí acumuló grandes bienes. Su hermano Don Manuel, hoy conde de Guaqui, dicen que tiene 20 millones. Todo eso proviene del Perú. ¿Cree usted don Juan realmente que si su padre se hubiera quedado en Vizcaya, sus hermanos serían ahora, el uno obispo y el otro grande de España?

Interrumpí a la maligna Carmen que se complacía en torturar a ese otro Ugarte.

—Primo —le dije—, este dinero le será fielmente devuelto. Mi tío Pío está convencido de ello y prestaría a este gobierno cuanto le pidieran.

—Entonces Florita, dígame se lo ruego, ¿por qué nuestro amable primo no le ha prestado sino 4,000 pesos, cuando dicen que aconsejó a Valdivia obligarnos a nosotros a prestar *treinta y un mil*?

—Primo no hay que prestar fe a los decires. Dicen también de usted cosas que no serían muy agradables para mi tío.

—Pero Florita, convenga al menos en que esta despreocupación es chocante. Todo el mundo sabe que don Pío es más rico que yo y...

—Don Juan —dijo Carmen—, parece que es el día en que sólo se encuentran pobres en Arequipa. Acabamos de ver pasar a Ugarte que no tenía zapatos en los pies...

Se levantó, viendo que no era de Carmen, que lo detesta, de quien podía esperar el menor consuelo.

—Voy a ver —dijo—, si don Pío quiere prestarme el dinero. Y salió.

—Supongo Florita que aquí encuentra excelentes tipos para poner en su diario. ¿Qué piensa usted de todos estos millonarios? ¿No le parece que nuestro ilustre pariente Mr. de Goyeneche es digno de compasión? Su padre llegó de Vizcaya con zuecos en los pies. Era tonto de capirote, lo que en todo tiempo es una cualidad para hacer fortuna y en aquella época feliz no se necesitaba mucho espíritu para ganar dinero. Ganó enormemente, se casó con una prima de la abuela de usted, una señorita Moscoso, quien le llevó una rica dote. El uno y la otra, muy avaros, criaron a sus hijos en esos buenos principios, hicieron dar educación a los mayores, don Manuel y don Mariano a quien usted conoce. Manuel se fue a España, sirvió como militar y obtuvo confianza de no se qué ministro, quien lo envió al Perú para sostener la causa del rey. Cuando esta causa se perdió, recibió la misión de recoger los restos del antiguo esplendor y trasladarlos a España. Ejecutó esta orden con tanto rigor como si hubiese nacido castellano, sacó del Perú todo cuanto pudo, tratando a su propio país en donde su padre había hecho fortuna, como a país conquistado. Nunca se ha sabido con exactitud cuántos millones arrebató a los peruanos. Pero lo que hay de muy cierto es que guardó unos veinte para sí. Usted ve, querida amiga, que nadie se arruina por los asuntos del rey. Fue don Manuel quien hizo nombrar Obispo a su hermano y Mariano ocupaba también por influencia suya, el puesto de Juez en Lima. Éste último fue arrojado por San Martín que se apoderó de todo cuanto poseía en Lima y aunque todavía es rico, pues tiene 100,000 libras de renta, se ha hecho dar por el gobierno español una pensión de 20,000 francos a título de indemnización. No le hablo de los honores que han llovido sobre ellos, las cruces de San Juan, de Santiago, los títulos de conde de Guaqui, de grande de España, etc. y he aquí a este don Juan que viene a llorar miserias porque la República le pide 6,000 pesos. Que se vayan al diablo todos estos extranjeros que no acuden a un país nuevo sino para despojarlo y, después de burlarse de aquellos a quienes han arruinado, se retiran con su botín a las ciudades de Europa.

Era evidente que Carmen sentía un gozo secreto en vengarse de aquellos avaros que habían criticado su manera de vivir, aceptaban sus cigarros de *dos centavos*, sus comidas y sus fiestas.

Insistía en hacerme regresar a la ventana, pero ese espectáculo de la avaricia en pugna con la opresión me repugnaba. Me mostraba la humanidad bajo un aspecto tan despreciable que resistí a las solicitudes de Carmen.

—Al menos, Florita, venga a ver al viejo vecino Hurtado. El buen hombre hace cargar estoicamente sus 6,000 pesos por su asno. Ese es filósofo... Veamos lo que nos va a contar.

Me dejé llevar por la curiosidad de saber lo que pensaba el viejo filósofo al dar sus pesos.

—¡Bravo, padre Hurtado! Por lo menos usted no se fatiga en cargar sus sacos hasta la municipalidad.

—Carmen, el filósofo no debe doblegarse sino bajo el peso de la sabiduría. Mi asno está destinado a cargar los fardos y no veo por qué el oro y la plata serían, por excepción, transportados exclusivamente por los hombres, cuando el fierro y el cobre y el plomo, metales mucho más útiles, se llevan sobre bestias de carga.

—Vecino, veo que procede usted de buena gracia, lo que es fácil cuando como usted se posee un *tapado*. Pero los desgraciados como don Pío de Tristán, Juan de Goyeneche, Ugarte, Gamio y otros no pueden, usted comprende, resignarse tan fácilmente.

—Sí Carmen, usted tiene razón. Tengo un *tapado*<sup>17</sup>, pues la verdadera sabiduría es más inagotable aun que la tumba más rica de los antiguos incas.

—La sabiduría, vecino, la sabiduría es cosa preciosa, convengo en ello. Mas le aseguro que yo podría ser tan sabia como uno de aquellos sabios griegos o romanos, cuyos nombres nunca he conocido y todo eso no me pondría una onza en el bolsillo.

—Usted lo cree así, hija mía y ese es precisamente su error.

—Padre Hurtado, usted me va hacer encolerizar nuevamente. Sucede lo mismo cada vez que converso con usted. No va a tratar de probarme que su sabiduría es lo que le ha proporcionado los medios de comprar las siete u ocho

---

17 Se dice de las gentes que tienen una fortuna cuyo origen no se conoce, que tienen un *tapado*, porque los antiguos peruanos eran enterrados con sus tesoros y cuando la conquista, ocultaron sus riquezas en las tumbas. (Nota de la autora).

casas que posee en la ciudad, su hacienda y su ingenio azucarero. Que es con su sabiduría con lo que ha criado a sus once hijos, les ha dado educación y dotado a sus hijas. Que es con su sabiduría con lo que puede sostener a su hija, religiosa de Santa Catalina, con un lujo que escandaliza a toda la comunidad, hacer ofrendas a los conventos, construir una iglesia en el pueblo en donde está su hacienda... ¡Ah! ¡Déjeme tranquila con toda su sabiduría! ¡Por Cristo! A ese precio todo el mundo sería sabio.

—Sí. Si las disposiciones para la sabiduría hubiesen sido concedidas a todo el mundo. Pero he observado atentamente por todos lados, sin descubrir ningún sabio y no veo sino locos... Adiós vecina... Mi querida señorita Florita, puesto que se siente mejor, venga a visitarme. Tengo todavía muchas cosas curiosas que mostrarle en mi gabinete. Usted tiene todo, mi querida niña, para llegar a la sabiduría. Por eso me gusta tanto conversar con usted.

Y se alejó.

—¡Que el cielo te confunda, viejo loco, con tu sabiduría! —exclamó Carmen—. Cada vez que ese indio viejo me habla, me hace poner la carne de gallina. Tiene un tapado, estoy tan segura de ello, como de tener mi cigarro en la mano. Lo explota desde hace sesenta u ochenta años, pues ese zambo ha sobrevivido a los más viejos. Su tesoro lo da para construir casas, iglesias e irrigar su hacienda. Compra para su hija, la religiosa, los objetos más costosos que traen los navíos de Europa y el viejo hipócrita tiene el cinismo de venir a predicarme la sabiduría... a mí, que desde hace veinte años soporto con una verdadera filosofía todo género de privaciones y no tengo a veces ni para comprar un par de medias de seda. Es verdad, Florita, esas son cosas que me irritan. No concibo cómo no ha tomado usted la palabra para demostrarle que usted no se engaña y que se corre el riesgo de ser mal recibido cuando poseyendo un *tapado* se viene a hacer ostentación de sabiduría ante los que no tienen un centavo.

Todo el mundo en Arequipa está persuadido de que el viejo Hurtado ha encontrado un *tapado* que provee a sus inmensos gastos. En cuanto a mí creo que como el viejo de La Fontaine, ha hallado un tesoro en su trabajo o como él dice, en su sabiduría. Ciertamente el trabajo inteligente es la mejor sabiduría humana. Ese venerable anciano es económico sin avaricia y muy trabajador. Ha trabajado durante su larga vida y ha podido llevar a buen fin sus numerosas empresas. El origen de su fortuna está, por lo que me parece, suficientemente explicado, sin que haya necesidad de recurrir al descubrimiento milagroso de un *tapado*. Además, si el destino lo hubiese favorecido, deberían regocijarse, pues hace de sus riquezas un noble empleo. Pero se envidia a los hombres cuya

inteligencia sobresale entre los demás. Cuando no se puede calumniar sus éxitos, se atribuyen estos a milagros antes de reconocer su superioridad.

Mi tío me mandó buscar y me retiré a su casa. A pesar de la carta dirigida a la familia, don Pío continuaba demostrándome una entera confianza, me hablaba de sus inquietudes más secretas, me consultaba sobre todo y esto con un abandono y una amistad que yo misma no sabía cómo explicar. ¿Temía mi resentimiento y quería paralizar sus efectos? Estaría tentada de creerlo. Yo podía con mis relaciones, hacerle algunos servicios y cuando una persona puede serle útil, por humilde que sea, don Pío tiene un talento particular para servirse de ella, así como para adormecer los odios de sus enemigos.

Desde los últimos acontecimientos, la ciudad había cambiado de aspecto por completo. De la calma monótona, del fastidio abrumador de antes de la revolución, acababa de pasar a una agitación extraordinaria, a un movimiento y alboroto perpetuos. El gobierno que se había organizado en nombre de Orbegoso debía emplear las sumas recibidas de los propietarios en poner en pie un ejército bastante fuerte, capaz de resistir al de Bermúdez. Yo estaba al corriente de todo cuanto sucedía en la comandancia general. Althaus con su franqueza y el deseo que sentía de poner en ridículo a sus ilustres jefes, me repetía hasta los más pequeños detalles. La presunción, la incapacidad, la incuria de esos hombres rebasaba todo lo que se podría suponer. Manuel por su lado me confiaba todo lo que Althaus no podía saber, de suerte que yo era la mejor informada del país. Si Nieto y Valdivia hubiesen estado por sus talentos, al nivel de su posición política, ciertamente habrían podido, con orden, economía y actividad, satisfacer las necesidades del momento, con las sumas enormes extorsionadas a los desgraciados propietarios. Pero el dinero obtenido sin trabajo se gasta con prodigalidad. No hubo falta ni extravagancia que no cometieran estos dos hombres. Si llegaba un barco a Islay, el General hacía preguntar enseguida, con énfasis, qué armas y municiones traía, y daba orden de comprar inmediatamente los sables, fusiles, pólvora, balas, géneros, etc., etc., que podrían encontrarse a bordo. Valdivia no actuaba con más tino, sin olvidar, no obstante, sus intereses personales. Fundó en Arequipa un periódico cuya redacción costaba muy caro, pero él era el redactor en jefe, con 1,000 pesos de sueldo al mes, fuera del precio que recibía por cada artículo de que era autor.

Apenas había transcurrido un mes, desde la publicación del famoso bando, cuando un día entró Althaus en mi cuarto, riendo sin poderse contener.

—¿Qué puede producir así su hilaridad, primo? Apuesto que nuevos errores del Generalísimo. Cuéntemelos pronto, para reír junto con usted.

—¡Ah Florita! He reído tanto desde esta mañana, que, palabra de honor, creo estar enfermo.

—Pero ¿qué cosa es?, dígame...

—Pues bien, figúrese... ¡ah!, ¡ah! perdón prima, pero no podré contarle eso. ¡Es increíble!... Esta página de su diario será curiosa. ¡Ah! ¡Bribón de Nieto! Te perdono el no poder comprender la más sencilla figura de geometría. Cuando se hace reír a los viejos matemáticos como me has hecho reír desde esta mañana, se debe estar dispensado de saber que 2 y 2 son 4.

—¡Bueno, Althaus! Me voy a incomodar. Hemos convenido en que yo sería la confidente de los goces así como de las tribulaciones. Quiero reír a mi vez.

—Sepa pues, querida prima, que esta mañana nuestro amable y previsor General me hizo decir que fuese a arreglar lo que él llama su gran *almacén* y es sencillamente la capillita que comunica con la prisión. Después del desayuno llevé conmigo dos hombres y fui a ese santuario en donde, hasta entonces, se me había prohibido la entrada. No era sin razón que me hacían tanto misterio. Adivine, querida niña, lo que encontré en aquel almacén.

—Pero, qué sé yo, ¿sables, fusiles...?

—Sí, sables, pero no adivina usted en qué número... Hay en el almacén dos mil ochocientos sables acabados de comprar y yo desafío a Nieto a reunir seiscientos u ochocientos hombres bajo sus órdenes. Hay mil ochocientos fusiles y, ¡qué fusiles! ¡Ah! ¡No hay peligro! No matarán a sus hermanos con esos fusiles fabricados en Birmingham. Aquí no cuestan sino 22 francos. Es verdad que son de fabricación inglesa y baratos, pero un inocente rodrigón sería más temible que diez de estos fusiles. ¡Y los sables! ¡Oh! Serían excelentes instrumentos para cortar nabos. No le hablo de las piezas de tela azul, color de los *granaderos franceses* y de los millares de cinturones, de los tahalíes que encontré en un rincón sin ver por ningún lado una sola cartuchera. Que el diablo me lleve, pero hay que creer que las palomas mensajeras han llevado la noticia de la revolución de Lima a esos jocosos capitanes ingleses y franceses, para que hayan venido a infestar el Perú con todos los desperdicios de sus tiendas. ¿Cree usted que todas esas armas estaban arregladas en el orden exigido para su conservación? ¿Que los fusiles por ejemplo, habrán sido dispuestos en forma de prevenir que se enmohezcan?. De ninguna manera. Todos los objetos del almacén, arrumados en la vieja capilla, en donde el agua cae por todos lados, han sido arrojados como manojos de heno. Pero

no importa, mojados o no, esos perros de fusiles no ladrarán jamás. ¡Vamos bravos burgueses de Arequipa!

¡Actualmente debéis estar contentos! ¡Si se toma vuestro dinero, podéis tener a lo menos la satisfacción de verlo útilmente empleado! Allí tenéis un gran almacén en donde el número de sables es mayor que el de los soldados que podéis armar... en donde tenéis rimeros de paño azul, cuando no hay ni sastres para coser los vestidos y una abundante cantidad de tahalíes. En cuanto a las cartucheras, el capitán las ha vendido a Santa Cruz. ¡Ah!, ¡Es delicioso! Diga Flora, cuando les describa en Francia esas mascaradas peruanas, creerán que usted oscurece el cuadro: ¡idos mil ochocientos sables para seiscientos soldados que no tienen zapatos en los pies ni morriones en la cabeza, a quienes en fin les falta todo...! ¡Bravo, mi General! Creo que entiendes de todo eso admirablemente. ¡Qué cuidadoso proveedor habrías sido! Los del Gran Ejército daban a los soldados zapatos que no les duraban ocho días; pero tú, fina flor de proveedores, les hubieras dado ¡tres sables en lugar de un par de zapatos!

Althaus se quedó más de dos horas embromando sobre los hechos y dichos de los ilustres jefes de la república y esto con una originalidad tal, como para reír tanto como él.

—Florita, cuénteles a don Pío en gran confianza, todo cuanto acabo de decirle. No me molestaría si lo supiese, pero no quiero que lo sepa por mí.

—Althaus, usted debería aconsejar a esas gentes. Usted ve bien que no tienen idea alguna de lo que deben hacer en las graves circunstancias en que su ignorante temeridad los ha colocado.

—¡Darles consejos!, ¡ah! Florita, se ve que no conoce aún el espíritu de las gentes de este país. Son tan necios y presuntuosos que creen tener la ciencia infusa. En los primeros años de mi estancia en América, me apenaba como usted al verlos cometer tantas faltas y les advertía con franqueza que si obraban de otra manera las cosas irían mejor. ¿Sabe usted lo que sucedió? Me suscité enemigos implacables entre todos esos imbéciles. Desconfiaron de mí, me hicieron misterio del todo, como usted ve el que me han hecho con las armas, y sin la necesidad urgente que tenían de mis conocimientos, me hubiesen arrojado como a un hombre abominable. Hube de sufrir mucho al principio con tales gentes; pero al fin adopté mi partido y sin inquietarme más los dejé hacer sus tonterías y me contenté con embromar, pues durante mi estada en Francia conocí el poder del ridículo cuando se emplea oportunamente y con habilidad.

—Pero, Althaus todo cuanto me acaba usted de decir es muy alarmante. Semejantes extravagancias tendrán consecuencias desgraciadas para los habitantes de Arequipa. Si Nieto compra así todas las vejeces de los capitanes europeos, se verá obligado a recurrir a nuevas extorsiones y por la manera como proceden, éstas se repetirán sin cesar.

—Será como usted lo dice. El audaz monje Valdivia, prepara ya su segundo bando. Esta vez don Pío no se le escapará. Ugarte y Gamio van a ser esquilados, pero sobre todo van a golpear sobre el Obispo y su casa. ¡Ah, señores burgueses!, ¿queréis república? Bien, bien, amigos míos ¡vamos a mostraros lo que cuesta una república!

Althaus se dedicó a ridiculizar ese sistema de gobierno. El absolutismo estaba en el alma del barón de Althaus y los resultados que tenía delante de los ojos no eran a propósito para convertirlo a la organización republicana.

Las ciudades de la América española, separadas unas de otras por inmensas extensiones de territorio sin cultivo y sin habitantes, tienen todavía pocos intereses comunes. La necesidad más urgente hubiese sido el dotarlas de organizaciones municipales proporcionadas al adelanto intelectual de sus poblaciones y susceptibles de progresar con ellas y unir las por un lazo federal que sería la expresión de las relaciones existentes entre estas ciudades. Pero, para libertarse de España, fue necesario levantar ejércitos y como sucede siempre, la potencia del sable ha querido dominar. Si las poblaciones de esas repúblicas estuviesen aproximadas, se encontraría más unidad de aspiraciones y no presentarían, después de veinte años, el espectáculo aflictivo de guerras renacientes sin cesar.

El gran acontecimiento de la independencia ha engañado todas las previsiones. Inglaterra gastó sumas enormes en provocarla y desde que la América española es independiente, el comercio inglés hace operaciones ruinosas. El sentimiento que se explotó para excitar a esos pueblos a sacudir el yugo de España no fue el amor de una libertad política, deseo que estaban muy lejos de sentir, ni el de una independencia comercial, que las masas eran demasiado pobres para poder gozar. Se puso en juego contra los españoles el odio, alimentado por las preferencias de que eran objeto.

Con los ojos fijos en los prodigios que la libertad ha hecho florecer en la América del Norte, se admira uno de ver a la del Sur presa, por tanto tiempo, de las convulsiones políticas y de las guerras civiles y no se presta suficiente atención a la diversidad de climas y a las diferencias morales de los dos pueblos. En América del Sur las necesidades son restringidas y fáciles de satisfacer. Las riquezas están también repartidas con mucha desigualdad y la mendicidad,



compañera inseparable del catolicismo español, es casi una profesión. Existían en el Perú, antes de la independencia, inmensas fortunas hechas en los empleos públicos, en el comercio y en especial en el comercio intérlope y por fin en la explotación de las minas. Un número muy pequeño de esas fortunas tenía su origen en el cultivo de las tierras. La masa de la población estaba cubierta de harapos y no ha mejorado su suerte desde entonces. Mientras tanto en la América inglesa las costumbres y los usos se habían formado bajo el imperio de las ideas liberales, políticas y religiosas. Las poblaciones estaban cercanas, habitaban en un clima que suscita muchas necesidades, habían conservado las costumbres laboriosas de Europa y como la riqueza no se adquiría sino por el cultivo de las tierras y el comercio regular, había bastante igualdad en su distribución.

Se puede uno sorprender de que según las reglas de la prudencia humana, todas las gentes ricas no hayan evacuado América al mismo tiempo que el gobierno español. Era evidente que serían las víctimas de todas las conmociones. Sus riquezas, en efecto, han alimentado las guerras y éstas no cesarán sino cuando ya no haya grandes fortunas que expoliar. La explotación de las minas disminuye cada día, muchas a consecuencia de las guerras se han inundado y cuando la tranquilidad se restablezca, los habitantes se encontrarán obligados a entregarse casi por completo al cultivo de las tierras y ese trabajo civilizador hará nacer gradualmente entre ellos las ideas de orden y de libertad racional.

En cuanto la nueva de los acontecimientos de Lima llegó a Arequipa, los hombres que hicieron a la ciudad pronunciarse a favor de Orbegoso, no estaban movidos por el amor del bien, ni porque estimaran que este Presidente valía más que sus competidores. Vieron la ocasión de apoderarse del poder, de llegar a la fortuna y se apresuraron en aprovecharla. Valdivia ejercía una gran influencia sobre el general Nieto y lo empujó a tomar el gobierno militar de todo el departamento. Él mismo, bajo los auspicios del General, se puso a la cabeza del gobierno civil y distribuyó entre sus paniaguados todos los empleos. Esos dos hombres o más bien Valdivia solo, dirigió todos los asuntos durante tres meses hasta la llegada de San Román.

El monje Valdivia, nacido con eminentes talentos, fue educado en el más famoso convento de Arequipa, el de los jesuitas. Su aptitud, su prodigiosa inteligencia y la audacia de su carácter lo elevaron sobre la multitud de alumnos y atrajeron todas las miradas. El sacerdote Luna Pizarro lo tomó bajo su protección inmediata, lo tuvo en su casa, lo nombró su secretario y le prodigó todos sus cuidados hasta completar la educación del joven de quien contaba servirse un día. Valdivia se convirtió pronto en confidente de Luna Pizarro.

Éste lo inició en todos sus proyectos de ambición. Los dos sacerdotes hicieron un pacto y unieron sus respectivos medios de acción para llegar uno y otro al poder. Luna Pizarro aspiraba al Obispado de Arequipa, lo que le hubiese dado el poder eclesiástico y cerca de 100,000 pesos de renta. Todos sus manejos tendían hacia esa posición eminente.

Valdivia es un hombre de cerca de treinta y seis años. Desde hace quince ha observado el curso de los acontecimientos, la marcha de la opinión y ha reconocido que los tiempos del poder civil han llegado, y que el pueblo a pesar de su excesiva beatitud y superstición, concederá naturalmente más autoridad a los agentes nombrados por él mismo, a los depositarios de su voluntad y no a los sacerdotes impuestos por un poder exterior. El catolicismo ha debido comenzar a declinar desde el día en que, abandonando la elección popular, el sacerdocio no ha querido recibir sus funciones de la conciencia de los pueblos, sino de los reyes y de los príncipes de la Iglesia. Esta religión se ha detenido desde entonces y al cesar de progresar a la par que las naciones, ha sido abandonada sucesivamente. Esto sucederá en el Perú y ocurrirá en todas partes si no se armoniza con los adelantos del pensamiento humano.

Valdivia entró a la carrera civil, se hizo abogado, escritor, periodista, sin dejar de ser sacerdote. Se puso así en situación de aprovechar de todos los acontecimientos, reservándose el cubrirse, en caso necesario, de su carácter sacerdotal y servirse de éste, según los acontecimientos, como medio de agresión. Luna Pizarro diputado de Arequipa ante el Congreso Nacional, intrigaba en Lima, aprovechaba de todas las ocasiones para fomentar la discordia, excitar el desorden y provocar las revoluciones, mientras en Arequipa Valdivia hacía, como sacerdote, las predicciones más furibundas contra el Obispo, lo atacaba en sus alegatos, en los virulentos artículos de su periódico, irritaba contra él a toda la población arrastrándolo por el lodo, le quitaba todo prestigio y el respeto con que el prelado había estado rodeado hasta entonces. El monje tiene tanto espíritu, lógica y vehemencia, que cada artículo lanzado en su periódico contra el Obispo, le hacía a éste perder uno de sus *miembros*, como decía Althaus. Pero si la voz del impetuoso Valdivia tuvo tanto poder contra el Obispo, fue porque había mucho de verdad en sus ataques. Valdivia y Luna Pizarro no se mostraron más duros e implacables contra el prelado, de lo que éste lo había sido igualmente, durante doce años con los desgraciados a quienes los deberes de apóstol, las condiciones que la ciudad le había impuesto y en fin las consideraciones sociales y religiosas, le imponían la rigurosa obligación de consolar.

Don José Sebastián de Goyeneche, ocupa desde hace catorce años, la sede episcopal de Arequipa. Obtuvo esta alta dignidad mediante la todopoderosa

influencia que en los asuntos del Perú tenía su hermano don Manuel, conde de Guaqui, muy en favor entonces en la corte de Fernando. El Obispado de Arequipa, produce anualmente 100,000 pesos; pero el Obispo está obligado según las disposiciones impuestas por la ciudad al concederle esta suma, a distribuir entre los pobres una parte de ella. Esta obligación que sería injuriosa para el carácter apostólico de un obispo, si la caridad fuera infaliblemente la virtud de los prelados nombrados por las cortes, fue para los desgraciados de Arequipa una garantía insuficiente de la beneficencia del señor de Goyeneche. Ya he dicho que el vicio dominante de esta familia es la avaricia. En el Obispo llega a una escandalosa exageración... No sólo privaba a los pobres de las limosnas a que tenían derecho sobre su enorme renta, sino que aun cometía diariamente actos de la más irritante dureza. Una pobre viuda desprovista de todo recurso, vino a solicitar un socorro y el Obispo le hizo dar un real (14 céntimos). Un padre de familia se fracturó un miembro y le envió una limosna de igual valor. Una señora pobre, de muy alto nacimiento que había perdido a una hija a la que amaba tiernamente, fue un día donde el Obispo y le rogó darle tres pesos (15 francos) que le faltaban para colocar una modesta piedra sobre la tumba de su hija. El Obispo se los negó... Cuando mi abuela murió, todos los pobres siguieron el cortejo hasta el cementerio y repetían llorando: «Perdemos a una mujer que nos daba en un mes más que el Obispo en todo el año». Esta horrible avaricia ha atraído sobre él y sobre su casa el desprecio público hasta tal punto que se ha hecho proverbial decir, cuando alguno comete una mezquindad: es a la Goyeneche. Pero si su extrema avaricia priva de estimación y de afecto a toda la familia, ésta se aplica, con un exterior lleno de afabilidad, de cortesía y de modestia, en conciliarse el respeto de todos. El mendigo desarrapado a quien se niega una limosna, se siente honrado al ser saludado por un prelado cubierto de seda carmesí, que lleva una cadena de oro al cuello, una hermosa sortija en el dedo y va seguido de cuatro sacerdotes ricamente ataviados. La hermana era también graciosa para con todo el mundo e igualmente los hermanos. Bajo esta apariencia de rústica sencillez, todos ellos aprecian con suficiente exactitud el corazón humano para conocer el valor que se debe atribuir a las cortesías que descienden de lo alto y creen deber ofrecerlas en compensación de las virtudes que les falta.

Valdivia golpeaba en el punto preciso al atacar al Obispo y produjo un efecto correspondiente a la gravedad de sus acusaciones. Publicó en su periódico una serie de artículos en los cuales describía la avaricia del prelado con los colores más odiosos. Y cuando exaltó hasta el colmo la indignación pública, probó que durante toda la duración de su episcopado, el señor de Goyeneche había distribuido anualmente, a los indigentes de la ciudad o a los curas del campo, sólo 1,000 pesos, mientras que hubiera debido emplear

14,000 para este uso sobre los 100,000 que la ciudad concedía a su Obispo. Después establecía la cuenta de las sumas *robadas* a los pobres y demostró que, en el curso de diez años, les había sustraído una suma que ascendía con sus intereses a 200,000 pesos (más de un millón de nuestra moneda) y el monje pedía a gritos que se forzara al Obispo a la restitución. Todo el mundo, aun los amigos de la familia Goyeneche, no podían dejar de reconocer la verdad de los cálculos de Valdivia y las conclusiones deducidas de ellos. Por toda respuesta, los Goyeneche vociferaban sobre la irreverencia y el escándalo de semejantes ataques y se negaban a entender el asunto de manera diferente. Valdivia no abandonó su presa, persiguió al Obispo con una constancia y una fuerza de lógica que redujeron a silencio a los tímidos defensores del prelado. El propósito del audaz monje era el de hacerlo comparecer ante un tribunal de alta jurisdicción, con una acusación de *peculado*. El señor de Goyeneche, de salud precaria, habría sucumbido con la vergüenza de semejante proceso o se vería obligado a dar su dimisión. Una vez abatido el árbol, Valdivia habría corrido a las ramas y Luna Pizarro adoptado sus medidas para ocupar la sede ya vacante.

Al organizar el nuevo gobierno, Valdivia había colocado bajo sus órdenes a gentes nulas en extremo, con el fin de paralizar toda oposición y tener constantemente a su disposición dóciles instrumentos. Nombró Prefecto a don Manuel Cuadros, hombre completamente incapaz, pero que tenía para sí la recomendación del odio implacable que sentía hacia los Goyeneche. El señor Cuadros había pedido en matrimonio a la señorita Goyeneche. Esta señorita a quien la fortuna hacía exigente, había ya rechazado numerosos pretendientes. El señor Cuadros fue, según creo, el vigésimo despedido. Ella se enfadaba con cada nueva propuesta que se le hacía y decía en alta voz «que no concebía cómo hombres que tenían por toda fortuna sólo 60,000 u 80,000 pesos osaban venirle a ofrecer un peso a cambio de una onza». El señor Cuadros de Osencio pertenecía a una familia muy antigua de Cádiz. Tan orgulloso como necio, furioso de ver que se medía su mérito por el número de sus pesos, se convirtió en enemigo irreconciliable de esta familia y cuando se presentó la ocasión, la pobre Mariquita pagó muy caro el rechazo un poco altivo hecho al señor Cuadros.

Como Althaus me lo había anunciado, Valdivia hizo aparecer un segundo bando un mes después del primero. Esta vez a mi tío se le impuso 6,000 pesos. Protestó, pero fue necesario pagar el mismo día. El bando decía que los retardatarios serían reducidos a prisión. Al Obispo se le impuso 30,000 pesos; a su hermano 6,000 y a su hermana igual suma; a Ugarte 10,000. Este último tuvo acceso de locura y su esposa se vio obligada a llevarlo al campo. El pobre

Gamio casi muere. Una de mis primas apellidada Gutiérrez, fue la única que demostró energía. Se encaprichó en no pagar y no se le pudo obligar. Toda la ciudad se hallaba en tal exasperación que Nieto no se atrevía ya a salir a las calles. El audaz Valdivia que desde hacía tiempo se vestía de paisano, juzgo prudente revestir la sotana. El hábito del monje ha conservado aún influencia sobre el populacho y Valdivia se inquietaba muy poco del resentimiento de los propietarios. Después de haber impuesto esta segunda contribución que no fue mejor empleada que la primera, se hizo una requisición de caballos, después de yeguas y de mulas y al fin, quitaron hasta los asnos. Todas esas exacciones agotaron a los desgraciados arequipeños. Las soportaban murmurando, y sin tener el valor de libertarse, cuando la leva de hombres ordenada por el general Nieto, llevó al colmo sus dolores y su indignación. El pueblo peruano es *antimilitarista*. Todos aborrecen el estado de soldado, el mismo indio prefiere matarse antes que servir<sup>18</sup>. En un principio los arequipeños se negaron rotundamente a obedecer a la llamada del general. Valdivia recurrió entonces a la persuasión y en una serie de artículos en su periódico supo con tanta astucia interesar su orgullo, que todos los jóvenes se enrolaron voluntariamente. El hábil monje explotaba su vanidad y su ignorancia, los comparaba a los espartanos, a los romanos y en fin, a los *inmortales parisienses* de 1830. Consiguió por medio de adulaciones excitar su emulación de tal modo que todos, jóvenes o viejos, marcharon en las filas de los defensores de la patria. Recuerdo que los artículos del monje comenzaban siempre así: «¡Arequipeños!: La República del Perú espera encontrar en vosotros defensores, pues no quiere ver su noble causa defendida por lo que se llama *soldados*». Otra vez les dijo: «Arequipeños vosotros todos sois libres. El jefe no es más que el subordinado, el subordinado es tanto como su jefe. Ya no hay soldados entre vosotros, *sólo hermanos, hombres, defensores de la patria*, etc., etc.».

— En verdad —me decía Althaus—, estoy tentado por creer con las viejas, que este monje condenado ha encontrado los *cuernos del diablo*, que según ellas dan el poder de hacer milagros. En cuanto a mí, le estoy sumamente agradecido, pues le aseguro que me saca de un gran apuro. El General, que es miedoso como una perdiz, me había dado el pesado encargo de registrar las casas para descubrir los conscriptos que no quisieran presentarse. Este trabajo no me cuadraba en absoluto. Soy hombre capaz de cargar sobre mis hombros a tres de esos mozalbetes si los encontraba en los linderos de un bosque; pero

---

18 Mi tío me ha referido que, durante sus veinte años de guerras en el Perú, cada vez que tenía que atravesar ríos o costear precipicios, perdía un gran número de soldados indios quienes se arrojaban ellos mismos al río o al precipicio, prefiriendo esta muerte espantosa a la vida de soldado. (Nota de la autora).

forzar la entrada de una casa en donde me hubieran rodeado suplicantes la anciana madre y la esposa llorosa, y los hijos me hubieran saltado al cuello para acariciarme... no hubiera podido resistirlo. Soy duro sobre el campo de batalla, porque allí he aprendido a serlo y es una necesidad. Pero con desgraciados que sufren y lloran, yo sufro y lloro también.

—¡Ah, primo! Se pinta usted en estas palabras y me agrada usted así. Althaus, usted no está hecho para matar a los hombres...

— Florita, sin embargo nunca he estado mejor que en Waterloo y allí maté hombres.

—¡Por Dios! No me hable de su Waterloo. Esa palabra me hace estremecer de horror, no puedo oírlo sin estar penosamente afectada. ¿Usted decía pues primo, que el padre Valdivia ha conseguido que los conscriptos vayan voluntariamente, sin emplear con ellos la fuerza?

— Es un hecho muy cierto. Los llama Alejandro, Césares, Napoleones. Les habla en griego y en latín y quizá sí les dice en esas antiguas lenguas: malditos animales, cobardes, etc., etc., pues que el diablo me lleve si uno sólo de sus lectores sabe latín. Entre otras bellas frases que les recita ¿no tiene la desfachatez de decirles que Europa, que el mundo entero los contempla?, ¡Que en París van a estar *envidiosos* de su valor! Qué se yo todas las paparruchas que les dice... ¿Por qué no lee usted su periódico y sus sublimes proclamas? Le aseguro que son piezas muy curiosas.

— Leo todo cuanto ese sacerdote escribe. Pero evito hablar de ello, porque me hace sufrir. Es imposible burlarse así de todo un pueblo con tanta impavidez.

—¡Ah, Florita! ¿Por qué este pueblo es tan torpe como para dejarse engañar por ese intrigante? Esos imbéciles peruanos están tan hinchados de orgullo, que tienen la estupidez de creer que sobrepasan en valor y en inteligencia a los Alejandro, los Césares y los Napoleones. ¡Pues bien! No tendrán sino lo que merecen. Es preciso que paguen su necedad. Soltarán el queso, el zorro se apoderará de él y se reirá en sus narices. Es usted muy buena en tener compasión de ellos. Ríase conmigo de sus tonteras. ¿Sabe que se organiza un cuerpo de guardias nacionales a imitación de París? Creo, hermosa prima, que es por agradecer a usted que desde su llegada todo se hace aquí, según la moda parisiense, *al uso de París*. Ese cuerpo de ejército se llama *Los Inmortales* ¡Es para reventar de risa! Han venido hoy a rogarme que les dé *algunas nociones de arte militar*, absolutamente como iría donde un maestro de baile a decirle: enséñeme en dos o tres lecciones un paso de danza... ¡Miserables burgueses!

¡Algunas lecciones de arte militar! pero, ¡Cuerda de tenderos!, hace treinta años que yo nacido en los campamentos, estudio el arte de la guerra y no soy sino un aprendiz al lado de los grandes capitanes que han deslumbrado el mundo con su gloria. ¡Ah! Si mis antiguos camaradas del ejército del Rhin me vieran haciendo maniobrar a estas muñecas peruanas, ¡Cómo se reirían! ¡Dios mío, cómo se reirían! Felizmente en Alemania no se ocupan en lo menor de los hechos y dichos de los inmortales peruanos. Con todo, deploro no haberme cambiado de nombre cuando llegué a este país.

— Pero si parece usted tan humillado por dirigir a tales hombres ¿Por qué se queda entre ellos?

—¿Por qué?, ¿por qué? Porque quiero primero que me paguen los 150,000 pesos que me deben. Enseguida porque mi estado es el de ser soldado y aquí se baten. Oigo a veces algunos tiros de fusil y eso me recuerda mis buenos tiempos. Ahora estoy un poco viejo para ir a enrolarme bajo el estandarte del *pachá* de Egipto o bajo el del príncipe Othon. Además Florita, los ejércitos del Oriente me parecerían muy mezquinos después de los que he visto. Por otro lado en aquellos países no habrá de que reír, mientras aquí me divierto como un loco con todas sus necedades y ya eso es algo. Prima, el domingo usted verá al General. Felicítelo por su hermoso *cuerpo de Inmortales*, se siente muy halagado cuando usted habla de guerra con él y me pregunta a menudo lo que piensa sobre todos estos asuntos. A veces me provoca contestarle que lo considera a él como el primero entre los ignorantes.

—Althaus, los lobos no se devoran entre ellos. Esté tranquilo, el domingo le diré que jamás he visto en París nada tan grandioso y tan magnífico.

—¡Oh! lo creará.

Tal es el carácter peruano, vanidoso, fanfarrón, crédulo, destroza todo con la palabra y tan incapaz de firmeza en la acción como de perseverancia en una resolución valerosa.

El movimiento tumultuoso de la ciudad, mis numerosas relaciones y mis conversaciones íntimas con mi tío, con Althaus y con Manuel, me proporcionaban una existencia variada y bastante ocupada. Pero nada de esto interesaba mi corazón y desde entonces, un vacío espantoso, una tristeza indecible se apoderaron de mí. Los seres de naturaleza amante, no pueden vivir sólo de la agitación provocada por los acontecimientos exteriores, necesitan afectos. Reconocí, aunque demasiado tarde, que empujada por el dolor había cedido con imprudente facilidad a mi imaginación, al venir a buscar en el Perú una tranquilidad, una felicidad que sólo podía encontrar en el fondo

de las dulces emociones que ya no me era permitido sentir. Joven todavía y pasando por soltera, hubiera podido esperar ser amada de un hombre que se hubiese casado conmigo aun privada de fortuna. Puedo decir sin temor a un desmentido, que muchos de esos señores de Arequipa me manifestaron con bastante claridad sus intenciones, para tener alguna duda a este respecto. Si hubiese sido libre, hubiese compartido el cariño y aceptado con reconocimiento la protección de alguno de ellos. Pero sentía el peso de mis cadenas, aun a la distancia inmensa que me separaba del amo a quien pertenecía y debí refrenar los impulsos de la naturaleza que Dios había puesto en mí y parecer fría, indiferente y a menudo, hasta poco amable. Franca hasta la exageración, sentía la necesidad de desahogar mis penas y aunque deseaba verter mis lágrimas en el seno de un amigo, me era preciso aislar mi corazón en medio de mis semejantes y vivir en una reserva continua. Ciertamente estaba muy lejos de prever, cuando partí, las torturas que me haría sufrir mi papel de soltera. Los sufrimientos de a bordo estaban a lo menos endulzados por mi afecto hacia Chabrié. Pero desde el instante en que rompí con él, me prometí no tomar esa clase de amistad con nadie. Era demasiado peligrosa para mí y para aquél que fuera objeto de ella.

Yo no vivía. Vivir es amar y no tenía conciencia de mi existencia sino por ese deseo de mi corazón que no podía satisfacer. Si para cambiar trataba de concentrar mis facultades amorosas sobre mi hija, percibía también el peligro de abandonarme a ese amor. No me atrevía a pensar en esta niña y sin cesar trabajaba en arrojarla de mi memoria, pues temía traicionarme al hablar de ella en la conversación. ¡Ah! ¡Cuán difícil es olvidar ocho años de vida y sobre todo la calidad de madre!... La menor de las hijas de Joaquín tenía la edad de mi hija. Era simpática, traviesa y su lengua infantil me recordaba a mi pobre Alina. A este pensamiento mis ojos se llenaban de lágrimas... Quitaba los ojos de esta niña y me retiraba a mi cuarto en un estado de sufrimiento que sólo una madre puede concebir. ¡Ah! desgraciada, me decía ¡Qué he hecho? El dolor me ha tornado cobarde, desnaturalizada, he huido, incapaz de soportar el peso. He dejado a mi hija al cuidado de gente extraña. ¡La desgraciada criatura está quizá enferma, quizá muerta! Entonces mi imaginación me abultaba los peligros que podía correr, así como mis culpas hacia ella y caía en una desesperación delirante.

Todo lo que me rodeaba aumentaba mi dolor. No hablaba a los niños, hubiera deseado no verlos. Fui tan fría con los de mi tío y con los de Althaus, que los pobres pequeños no se atrevían a hablarme ni aun a mirarme. Esta casa en donde había nacido mi padre, que hubiera debido ser mía y en la que, sin embargo, yo estaba considerada como una extraña, irritaba las heridas de mi



corazón. La vista de sus amos hacía presente a mi espíritu la odiosa iniquidad que cometían despiadadamente conmigo. El precio de su hospitalidad me era amargo y no había penas ni peligros a los que no me expusiese en imaginación con tal de abandonar el antro en el que había sido yo tan cruelmente expoliada. Francia no se ofrecía a mis pensamientos sino con todos los dolores que había sufrido en ella... ¡No sabía dónde huir ni qué hacer! No entreveía asilo ni reposo en ningún sitio sobre la tierra. La muerte que durante largo tiempo había creído próxima y esperaba como un beneficio de Dios, se negaba a mis votos y mi salud se había fortalecido. Ninguna perspectiva a mis esperanzas. Ninguna persona en el seno de la cual pudiese desahogar mi dolor. Una negra melancolía se había apoderado de mí. Estaba silenciosa y meditaba los más siniestros proyectos. Había tomado aversión a la vida. Era para mí un fardo cuyo peso me agobiaba. En esta circunstancia hube de luchar contra una violenta tentación de destruirme. Nunca he aprobado el suicidio. Siempre lo he considerado como el resultado de la impotencia para soportar el dolor. El desprecio por la vida, cuando se sufre me parece tan natural, que jamás he podido considerar esta acción sino como la de un cobarde. Pero el sufrimiento tiene sus iras y la inteligencia es a veces muy débil para resistir, cuando no tiene la fe por apoyo. Creía entonces en la razón humana. Lejos de caminar en la vida, resignada a todo, buscando en los acontecimientos la vía que la Providencia me había destinado, esperaba o me dejaba arrastrar por el dolor, según me pareciera el porvenir sereno o cargado de tempestades. Hube de sostener rudos combates para dominar este disgusto por la vida, esta sed de morir. Un espectro infernal me pintaba incesantemente todas las desgracias de mi existencia pasada, todas las que se me esperaban todavía y dirigían contra mi corazón su mano homicida. Pasé ocho días y ocho noches sintiendo ese abrazo de la muerte y constantemente me parecía tener sobre mi cuerpo sus manos heladas. En fin, salí de este largo combate dejando que este poder infernal tomase posesión de mi espíritu.

Me resolví yo también a entrar en la lucha social y después de haber sido largo tiempo víctima de la sociedad y de sus prejuicios, ensayar de explotarla a mi vez, vivir de la vida de los demás y ser como ellos codiciosa, ambiciosa, implacable. Convertirme como ellos en centro de todas mis acciones. No detenerme, como ellos, ante ningún escrúpulo. Estoy en medio de una sociedad de revolución, me decía, veamos por qué medio podría yo representar un papel, cuáles los instrumentos de que sería preciso servirme.

En esta época, sin creer en el catolicismo, creía en la existencia del mal. No había comprendido a Dios, ni su omnipotencia y amor infinito para los seres a quienes creó. Mis ojos no se habían abierto todavía. No veía que el sufrimiento

y el gozo son dos modos de existencia inseparables de la vida. Que el uno trae al otro inevitablemente y es así como todos los seres progresan, como todos tienen sus fases de desarrollo por las cuales deben pasar, y ciegos agentes de la Providencia, todos también tienen una misión que cumplir, de la cual no podemos suponer que puedan apartarse sin rebajar la potencia divina.

Pensaba que dependía de nuestra voluntad formarnos para cualquier rol que fuera. Yo sólo había sentido hasta entonces las necesidades del corazón. La ambición, la codicia y otras pasiones ficticias no se habían presentado a mi espíritu sino como la efervescencia de cerebros enfermos. Había aspirado siempre a una vida animada por tiernos afectos, a una modesta comodidad y estos deseos me estaban vedados. Esclavizada a un hombre... (ya lo he calificado) en una edad en que toda resistencia es impotente, nacida de padres cuya unión no había sido inscrita según las fórmulas legales, debía, muy joven todavía, renunciar para siempre a las tiernas afecciones y a una vida por encima de la pobreza. El aislamiento era mi lote. No podía aparecer sino furtivamente en el mundo y la fortuna de mi padre se convertía en la presa de un tío millonario. Colmada la medida, me puse en abierta rebeldía contra un orden de cosas, del cual yo era tan cruelmente la víctima, que sancionaba la servidumbre del débil y la explotación del huérfano y me prometí entrar en las intrigas de la ambición, rivalizar en audacia y astucia con el monje, ser como él, perseverante; como él, sin piedad.

¡Desde aquel momento, el infierno entró en mi alma!... El infierno lo encontramos siempre que nos desviamos de la ruta trazada por la Providencia y nuestros tormentos aumentan a medida que nos alejamos de ella. En vano intentamos cambiar nuestra naturaleza. Pocas personas, según creo, podrían manifestar una voluntad más fuerte que aquella con que Dios me había dotado y sin embargo, con la firme intención de endurecerme, de ser ambiciosa, no pude conseguirlo. Puse toda mi atención en Valdivia. Lo estudié y comprendí su ardiente deseo de dominación, su odio contra el Obispo. Pero ninguno de estos sentimientos pudo penetrar en mí. Sentía que la existencia del monje me sería antipática. Me puse en el servicio de Althaus y reconocí que las fuertes emociones tras de las cuales corría me causarían horribles dolores. En cuanto a mi tío, jamás pude comprender qué gozo podía sentir en emplear su vida en sordas intrigas y miserables pequeñeces.

No dejé de persistir en los designios que había formado, no sólo de entrar en el movimiento político, sino aun de representar un papel principal. Tenía ante los ojos, para animarme, el ejemplo de la señora Gamarra, la que se había convertido en árbitro de la república. Gamarra y su esposa no habían derrocado a Orbegoso, sino para reinar bajo el nombre de Bermúdez. La señora

Gamarra dirigía todos los asuntos, mandaba los ejércitos y bajo los nombres de Bermúdez y de Orbegoso, la lucha iba, de hecho a empeñarse entre la señora Gamarra y el monje Valdivia.

Era preciso suplantar a éste último, reunir en torno mío a los principales partidarios de Orbegoso. Sólo por la potencia del sable se podía triunfar en semejante proyecto. Tenía un pesar excesivo de verme obligada a recurrir al brazo de otro, cuando me sentía capaz de actuar. Debía aplicarme a encontrar un militar que, por la energía de su carácter y su influencia sobre los soldados, fuese propio para secundarme. Le inspiraría amor, fomentaría su ambición y me serviría de él para emprender todo. Me puse seriamente a estudiar los oficiales que venían a casa de mi tío y a aquellos con quienes conversaba familiarmente todas las tardes en casa de Althaus.

Sin embargo, no había podido destruir todo mi ser hasta el punto de que los buenos principios que había en mí no se irguiesen contra la carrera en que me obstinaba a querer lanzarme. Asaltada, cuando estaba sola, por siniestras reflexiones, me representé las numerosas víctimas a quienes habría de inmolarse para lograr apoderarme del poder y conservarlo. Trataba en vano de hacerme ilusiones con los hermosos planes de felicidad pública con que construía la quimera. Una voz secreta me preguntaba quién me había revelado la certidumbre del éxito, para intentar su realización al precio del asesinato y si podía acusar de las desgracias de mi posición, a las personas cuya pérdida me vería obligada a conjurar. Veía ya levantarse contra mí los manes de mis antagonistas decapitados. Mi corazón de mujer se oprimía, mis cabellos se erizaban sobre la cabeza y sufría el suplicio anticipado de los remordimientos.

Si después de haber soportado por toda una noche el tormento de mis reflexiones, lograba calmarme y volvía a la irresolución, bastaba de una palabra de Althaus o de Manuel para determinarme nuevamente y se renovaban los combates de la víspera. En vano hubiera tratado de huir de las conversaciones sobre política. En casa de mi tío la política era el tema de todas las charlas. En casa de Althaus no se hacía otra cosa, su mujer se ocupaba de ella con ardor. Cada día, Manuela venía donde mí. Era que todas las demás personas a quienes veía sólo me hablaban de los asuntos de la república, esos asuntos interesaban a los individuos en lo que éstos tenían de más caro.

Carmen era la única que evitaba hablar de este tema. Me repetía a menudo:

—Florita, ¿qué necesidad tenemos, nosotras mujeres, de ocuparnos de los asuntos del Estado, si no podemos ocupar ningún cargo, desdeñan nuestros consejos y nuestros grandes personajes no nos juzgan aptas sino para servirles de juguete o de amas de llaves? Encuentro que usted y Ma-

nuela son más que buenas en atormentarse por las tonterías cometidas por ese monje intrigante y ese imbécil General. Déjelos que se batan. Al paso que van, dentro de tres meses no quedará un peso en todo el Perú con qué pagar la tropa y entonces el combate se acabará por falta de combatientes.

Cuando no sabía cómo escapar al tormento interior que me agitaba violentamente y a las inoportunidades de las conversaciones políticas, iba en busca de mi prima Carmen y le rogaba que me acompañara a pasear por las afueras de la ciudad. Carmen fue conmigo de una complacencia inagotable que siempre tendré gusto en reconocer. Cedía a mis instancias, aunque esto fuese para ella un trabajo pesado. Como en Arequipa no hay paseos, las mujeres no tienen costumbre de salir. El cuidado que tienen con sus pies contribuye también a hacerlas sedentarias, temen hacerlos engrosar con la marcha.

Nuestros paseos favoritos eran al molino del río, al que entrábamos algunas veces. Me gustaba examinar esta fábrica rústica que, en su conjunto, está muy lejos de igualar a los nuestros. Otro día, visitábamos el molino de chocolates, situado al lado del de harina. Encontraba allí con placer los progresos de la civilización. Se ve moler el cacao, triturar el azúcar y mezclar todo para formar el chocolate. La máquina ha sido importada de Inglaterra. Es muy grande y movida por agua. El dueño de este establecimiento me demostraba mucha consideración. Lo había conquistado por el interés que demostraba al hacerle preguntas sobre su máquina y por la atención que prestaba a sus explicaciones. Salía siempre de allí con una pequeña provisión de muy buen cacao y un lindo ramo de flores que su galantería me obsequiaba.

Cuando el río estaba bastante bajo para que lo pudiésemos atravesar, saltando de piedra en piedra o haciéndonos cargar por nuestras negras, pasábamos al otro lado, a fin de trepar por la colina al pie de la cual corre el río y domina el valle de Arequipa. Llegadas a la cima, nos deteníamos. Sentada cerca de Carmen y según el uso del país, con las piernas cruzadas como los orientales, encontraba un encanto inefable en quedarme así, durante horas enteras, sumida en un dulce arrobamiento, conversando con Carmen mientras ella fumaba su cigarro.

—Dígame, querida Florita ¿tienen en su bella Francia un valle como éste?

—No, prima, no creo que exista en ningún país un valle más pintoresco, una ciudad más caprichosamente situada y volcanes con tonos más melancólicos, con proporciones más gigantescas y con aspecto más poético.

—Y todo eso, Florita, deja fría y estéril el alma de los arequipeños. Nunca que yo sepa un arequipeño ha hecho un verso.

—Pero prima, piense pues en que, para comprender todas las bellezas que nos rodean, para que nuestra alma esté profundamente emocionada, no debemos entregarnos a las agitaciones del mundo y es preciso, si se quiere pintar esas bellezas, cultivar la inteligencia, ejercitarse en el manejo del idioma y leer buenos libros. Antes de que sus arequipeños hagan versos, será preciso que haya escuelas en donde puedan aprender a leer, en donde puedan formarse el gusto por la lectura de Homero y Virgilio, de Racine y de Byron. Entre ustedes sólo las personas de la primera sociedad saben leer, y aun así sólo han leído el catecismo, sin intentar siquiera comprenderlo. Las altas facultades intelectuales son muy escasas, cuando todo un pueblo no está llamado a gozar de las ventanas de la instrucción y no aparecen sino muy pocos hombres de élite.

—Participo de su opinión. Pero, ¿Por qué no se establecen en escuelas por todas partes? Con las sumas que ese monje acaba de arrancar a todos esos avaros, se hubiera podido dar instrucción a todo el Perú ¡Y nuestros gobernantes lo emplean en hacer matar a los hombres! Ahí tiene, Florita, cuando pienso en esto, ceso de creer en Dios.

—Prima, si Valdivia empleara el dinero que arrebata a los propietarios en fundar escuelas para la juventud de ambos sexos, en hacer caminos para transportar los comestibles entre todas las ciudades de este territorio, en fomentar la industria agrícola y manufacturera y las demás cosas útiles para la prosperidad del país ¿Aprobaría usted su conducta?

—¡Hermosa pregunta! No sólo la aprobaría, sino que me prosternaría ante él y vendería hasta mi último chal para contribuir a elevarle una estatua.

—¡Lo que usted dice allí es muy hermoso! Confieso prima, que no habría creído a usted capaz de tanta abnegación por su patria. Usted podría proceder así, por que tiene buen sentido y comprende muy bien que la prosperidad de un país es la de todos los individuos que lo habitan. Pero la mayoría de los peruanos ¿vería eso con los mismos ojos?

—Sí, sin duda Florita, la gran mayoría lo aprobaría, pues como usted lo repite sin cesar, el buen sentido está en las masas. Los ambiciosos, los intrigantes serían los únicos descontentos al ver emplear el dinero en cosas útiles. Habidos de los bienes de los demás, están siempre dispuestos a fomentar los disturbios. Encuentran la ocasión de enriquecerse sin trabajo en el despilfarro de los dineros públicos y salen de la dificultad aplaudiendo los desórdenes que se aprovechan. Esos hombres forman sin duda alguna el número más pequeño, pero con todo, dirigen los negocios y arruinan a nuestro desgraciado país.

Cuando en nuestras conversaciones Carmen me hablaba de las desgracias de su país, mis dolores se redoblaban. Era evidente para mí que si una persona dotada de un alma generosa y fuerte lograba apoderarse del poder, las calamidades tendrían un término y un porvenir de prosperidad se abriría a esta infortunada comarca, pensaba en todo el bien que podría hacer si me hallara en el sitio de la señora Gamarra y me decidía, más que nunca, a intentarlo.

Entre los militares que venían a casa de mi tío o a la de Althaus, sólo había encontrado uno que hubiera podido corresponder a mi designio y aunque era el que me inspiraba más repugnancia, no hubiese vacilado un instante en tratar de inspirarle amor, tan penetrada me hallaba de la santidad del rol que habría de representar. Pero debo creer que Dios me reservaba para otra misión: este oficial era casado. Cuando estuve bien convencida de no encontrar en Arequipa un hombre que pudiera servirme, me vi obligada a abandonar mis proyectos. Con todo, me quedaba una esperanza de la que me así con violencia: resolví ir a Lima.

Anuncié a mi tío y a toda la familia que deseaba regresar a Francia, pero como deseaba conocer la capital del Perú, iría a embarcarme a Lima.

Esta nueva sorprendió a todo el mundo. Mi tío pareció afectarse vivamente. Me hizo instancias para desanimarme de este designio, sin ofrecerme, sin embargo, una posición más independiente de la que gozaba en su casa. Althaus, estuvo realmente apenado, su esposa se desesperaba. Las dos personas de la familia que sintieron más vivo pesar fueron Manuel y Carmen.

La querida Carmen repetía a menudo con una tristeza que no era fingida: «Nadie aquí, Florita sufrirá más vivamente que yo, en su ausencia. Don Pío está absorbido por los negocios políticos; Althaus, aunque la quiere mucho, estará distraído con sus numerosas ocupaciones; Manuela, con sus relaciones sociales y su toilette; Manuel, con los placeres de su edad. Pero a mí, Florita, que vivo tan retirada, desconocida de los mismos entre quiénes el destino me ha colocado ¿quién podrá resarcirme de los consuelos de su dulce y alta filosofía?, ¿quién podrá darme esos momentos de alegría que debo a la originalidad de su carácter, momentos de encanto que reavivan mi triste existencia? ¡Ah, Florita! No pasará un día sin que exhale un suspiro pensando en usted».

No podría decir la pena que experimentaba al dejar a mi prima Carmen. Los otros no tenían ninguna necesidad de mí, mientras que para ella me había hecho indispensable.

Mi tío me rogó que al menos esperara antes de partir ver el sesgo que tomaban los acontecimientos políticos. Consentí en ello.

El monje había conseguido, a fuerza de dinero y de fanfarronadas de su periódico, organizar los cuerpos siguientes:

Infantería.....	1,000	hombres
Caballería.....	800	“
Batallón de Inmortales formado por la flor de los jóvenes de Arequipa .....	70	“
Chacareros (hombres del campo) de los alrededores.....	300	“
Total del ejército .....	2,170	hombres

Había además una guardia nacional formada por 300 ó 400 veteranos, reservada para la defensa de la ciudad.

Para presentar una apariencia guerrera, el general Nieto había formado un campamento. Creyó acostumbrar a sus soldados a las fatigas, haciéndoles dejar sus cuarteles. Ese campamento, muy mal situado desde el punto de vista militar, se hallaba a una legua de Arequipa, muy cerca de un pueblo y tenía el grave inconveniente de estar rodeado de *chicherías* (especie de tiendas en donde se vende chicha, bebida espirituosa hecha con maíz quebrado, puesto a fermentar).

El cuartel general se estableció en la casa de un señor Menao. Althaus había intentado disuadir a Nieto de establecer este campamento, haciéndole observar los peligros que en la estación de las lluvias correría la salud del soldado y los enormes gastos que resultarían de ellos. El presuntuoso General había desdeñado estas consideraciones, así como las sabias opiniones de su jefe de estado mayor a la ubicación del campamento. Nieto se imaginaba causar efecto y asemejarse a un gran capitán por medio de esta imagen de la guerra. Cedía también a la necia vanidad de mostrar su poder en medio de las tiendas de campaña y de un numeroso séquito de oficiales. Al General le agradaba lucirse, seguido de un brillante estado mayor. De la ciudad al campo y del campo a la ciudad eran idas y venidas continuas y encontrábamos muy divertida la comedia que cada día nos daba la heroica cabalgata. El General montado sobre un hermoso caballo negro, adoptaba los aires de un Murat, tan esmerado y suntuoso era en la variedad de sus vestidos. Valdivia, muy a menudo en hábito talar, siempre sobre un caballo blanco, figuraba el Lafayette peruano y la multitud de oficiales cubiertos de oro y cargados de penachos no eran menos ridículos.

Gracias a Althaus y a la amabilidad del General podía disponer de un caballo cuando quería ir a ver el campamento. Los civiles ya no tenían caballos. Se habían visto obligados a dar los suyos o esconderlos para sustraerlos a las requisiciones. Sólo mi tío había conservado su yegua chilena, porque eran tan briosa que ningún oficial se hallaba dispuesto a cabalgarla y en medio de un cuerpo de caballería, hubiera ocasionado accidentes. La visita del campamento era para mí un paseo favorito. Iba alternativamente con mi tío, con Althaus o con Manuel, el cual era ya oficial. El General me recibía siempre muy bien, pero el monje parecía adivinar mi pensamiento y el desprecio que me inspiraba. Desde que me veía, su fisonomía de por sí falsa, llena de odio y cínica, adquiría una expresión muy particular. Me parecía evidente que comprendía mi antipatía hacia él. Valdivia me saludaba con una fría cortesía, escuchaba con atención todo cuanto yo hablaba sin tener el aire de ocuparse de ello, y no se mezclaba en la conversación. Sabía, por Manuel, que mis visitas no le agradaban y mis *risas* con Althaus disgustaban mucho a ese señor. Pero, ¿Cómo no me habría yo reído al ver a esos oficiales tan absurdamente ridículos? Nieto no tenía que acampar sino a 1,800 hombres (los chacareros y los inmortales no formaban parte del campamento) y había ocupado más terreno del que hubiera necesitado un general europeo para un ejército de 50,000 hombres. Sobre un montículo a la izquierda de la casa de Menao, se había construido un reducto armado con cinco cañoncitos de montaña. Era la primera vez en mi vida que los veía y me hacían el efecto de tubos de goteras. Este reducto estaba dominado por una posición que la naturaleza misma había fortificado y en donde el enemigo podía alojarse sin obstáculo, si venía por el camino que la empalmaba. Luego, como Arequipa es una ciudad abierta, a donde se puede llegar por diez caminos diferentes, era difícil prever cual tomaría el enemigo.

La infantería, acampada en varias líneas cerca del reducto, tenía un aire miserable. Los desgraciados soldados dormían bajo tiendas mal cerradas y hechas de una tela tan delgada, que no podía defenderlos de las lluvias frecuentes de la estación. La caballería, mandada por el coronel Carrillo, que ocupaba mucho más sitio, se había establecido en el otro lado del reducto. El General me hacía galopar por delante de esta larga fila de caballos que estaban muy apartados unos de otros. No había allí más orden que en el sector de la infantería. Todo era de dar pena. En el extremo del campamento, detrás de las tiendas de los soldados estaban acantonadas las *rabonas*, con todos sus trastos de cocina y sus hijos. Se veía la ropa puesta a secar, a las mujeres ocupadas en lavar y coser. Todas haciendo una terrible barahúnda con sus gritos, cantos y charlas.



Las *rabonas* son las vivanderas de la América del Sur. En el Perú cada soldado lleva consigo tantas mujeres cuantas quiere. Hay algunos que tienen hasta cuatro. Forman una tropa considerable, preceden al ejército por espacio de algunas horas para tener tiempo de procurar víveres, cocinarlos y preparar todo en el albergue que debe ocupar. La partida de la vanguardia femenina permite enseguida juzgar los sufrimientos de estas desgraciadas y la vida de peligros y fatigas que llevan. Las *rabonas* están armadas. Cargan sobre mulas las marmitas, las tiendas y en fin todo el bagaje. Arrastran en su séquito una multitud de niños de toda edad. Hacen partir sus mulas al trote, las siguen corriendo, trepan así las altas montañas cubiertas de nieve, atraviesan los ríos a nado, llevando uno y a veces dos hijos sobre sus espaldas. Cuando llegan al lugar que se les ha asignado, se ocupan primero de escoger el mejor sitio para acampar. Enseguida descargan las mulas, arman las tiendas, amaman-tan y acuestan a los niños, encienden los fuegos y cocinan. Si no están muy alejadas de un sitio habitado, van en destacamento en busca de provisiones. Se arrojan sobre el pueblo como bestias hambrientas y piden a los habitantes víveres para el ejército. Cuando los dan con buena voluntad no hacen ningún daño; pero si se les resiste, se baten como leonas, y con valor salvaje triunfan siempre sobre la resistencia. Roban entonces, saquean la población, llevan el botín al campamento y lo dividen entre ellas.

Esas mujeres proveen a las necesidades del soldado, lavan y componen sus vestidos, pero no reciben ninguna paga y no tienen por salario sino la facultad de robar impunemente. Son de raza india, hablan esa lengua y no saben una palabra de español. Las *rabonas* no son casadas; no pertenecen a nadie y son de quien ellas quieren ser. Son criaturas al margen de todo. Viven como los soldados, comen con ellos, se detienen en donde ellos acampan, están expuestas a los mismos peligros y soportan aun mayores fatigas. Cuando el ejército está en marcha es casi siempre del valor y de la intrepidez de estas mujeres que lo preceden en cuatro o cinco horas, de lo que depende su subsistencia. Cuando se piensa en que además de llevar esta vida de penurias y peligros, cumplen los deberes de la maternidad, se admira uno de que puedan resistir. Es digno de notar que, mientras el indio prefiere matarse antes de ser soldado, las mujeres indígenas abrazan esta vida voluntariamente y soportan las fatigas y afrontan los peligros con un valor del que son incapaces los hombres de su raza. No creo que se pueda citar una prueba más admirable de la superioridad de la mujer, en la infancia de los pueblos. ¿No sería lo mismo entre los pueblos más avanzados en civilización, si se diera igual educación a ambos sexos? Es de esperar que vendrá un tiempo en el cual se intente la experiencia.

Muchos generales de mérito han querido suplir el servicio de las *rabonas* e impedirles seguir al ejército. Pero los soldados se han rebelado siempre contra todas las tentativas de ese género y ha sido necesario ceder. No tenían suficiente confianza en la administración militar que hubiese provisto a sus necesidades, para conformarse a renunciar a las *rabonas*.

Esas mujeres son de una horrible fealdad. Esto es concebible por la naturaleza de las fatigas que resisten. En efecto, soportan la intemperie en los climas más opuestos, sucesivamente expuestas al ardor abrasador del sol de las pampas y al frío de las cimas heladas de las cordilleras. Tienen la piel quemada, agrietada, los ojos enrojecidos, pero sus dientes son muy blancos. Llevan por todo vestido una pequeña falda de lana que les cae hasta las rodillas, una piel de carnero, en medio de la cual hacen un hueco para pasar la cabeza y los dos lados les cubren la espalda y el pecho. No se ocupan de lo demás, los pies y los brazos están siempre desnudos. Se nota que entre ellas reina bastante armonía a pesar de que las escenas de celos ocasionan a veces asesinatos. Las pasiones de esas mujeres no están contenidas por ningún freno y esos acontecimientos no deben sorprender. Está fuera de duda que, en un número igual de hombres a quienes no contuvieran ninguna disciplina y llevaran la vida de estas mujeres, los asesinatos serían mucho más frecuentes. Las *rabonas* adoran el sol, pero no observan ninguna práctica religiosa.

El cuartel general había sido transformado en casa de juego. La gran sala de los bajos dividida en dos por medio de una cortina, estaba ocupada, de un lado, por el General y los oficiales superiores; del otro, por los sub-oficiales. Todos, en una y otra pieza, jugaban al faraón sumas enormes<sup>19</sup>. Althaus quiso hacerme ver en toda su hermosura a los oficiales de la república y me llevó a las once de la noche, a la casa de Menao. No entramos, y sin ser vistos, nos pusimos a mirar por la ventana. ¡Ah!, ¡qué espectáculo el que ofrecía la reunión! Vimos a Nieto, Carrillo, Morán, Rivero y Rosas, sentados alrededor de una mesa, con las cartas en la mano, ante un rimero de oro. Sobre la mesa había botellas y vasos llenos de vino o licores. La cara de estos personajes expresaba lo que la pasión del juego tiene de más violento: la rabia reconcentrada o esa codicia que nada puede saciar y se acrecienta aún más con el alimento que el azar le arroja. Todos tenían un cigarro en la boca y la luz pálida que atravesaba la atmósfera de humo, daba a estas fisonomías algo de infernal. El monje no jugaba, se paseaba con pasos lentos, se detenía por momentos delante de aquellos hombres y cruzando los brazos parecía decirles: ¡Qué

---

19 Los militares peruanos son muy jugadores. El coronel Morán en una partida en Chorrillos, cerca de Lima, perdió en una noche 30,000 pesos. (Nota de la autora).

puedo esperar de semejantes instrumentos! Con su largo vestido negro, con la expresión de su fisonomía y por el lugar en donde se le encontraba, se le hubiera tomado por el genio del mal, indignándose por los obstáculos que le presentaban los vicios en la carrera del crimen. Los músculos de su rostro se contraían de un modo espantoso, sus pequeños ojos negros lanzaban fuego sombrío, su labio superior expresaba el desprecio y la soberbia. Después recuperaba su impassibilidad con la apariencia de la resignación. Permanecimos largo rato contemplando esta escena. Nadie nos vio. Los esclavos de servicio dormían, los bravos defensores de la patria estaban absortos en el juego y el monje en sus pensamientos. Al retirarnos, conversamos Althaus y yo sobre la desgracia de un país entregado a semejantes jefes.

—Althaus, quienes se dejan dominar por el amor al juego, muestran tener más confianza con el azar que con su habilidad. Dudo que esta pasión pueda coger a un hombre de verdadero mérito.

—Florita, si habla usted de los miserables juegos de cartas, soy de su opinión. Pero existe un juego sabio, en el cual puede ejercitarse la alta inteligencia: es el ajedrez. Si esos bribones emplearan su tiempo en jugarlo, les perdonaría el derroche del dinero arrebatado a los propietarios y sostendría, aun contra usted, hermosa prima, que progresarían más jugando ajedrez cada día, que con las cuchufletas que el monje les lanza en latín y en español o con las ridículas revistas del General.

—Pero, primo, sea pues consecuente consigo mismo. Si pretende que ninguno de esos oficiales es capaz de comprender la más sensible demostración matemática, ¿cómo podrían pasar como usted tres horas en resolver una dificultad del juego de ajedrez?

—Tiene usted razón. Para ser aparente para las sabias combinaciones de aquel juego, es menester haber nacido en Alemania. Sin embargo, he encontrado a un inglés y un ruso quienes hubiesen podido competir con el más famoso de los jugadores alemanes. Pero no he encontrado otros adversarios, ni aun en Francia, que valiesen la pena de prepararse antes del momento del asalto.

En los últimos días de marzo se supo desde Lima, que el presidente Orbegoso se disponía a tomar el comando del ejército del departamento de Arequipa. Con esta nueva Nieto se desesperó. El Presidente, decía, venía a arrebatarse la gloria que estaba seguro de obtener al medirse con San Román. El presuntuoso General no podía pensar en rebelarse, no tenía suficiente influencia para presentarse como jefe de partido y obrar por su cuenta. Sin embargo, quiso prevenir lo que consideraba como una afrenta y recurrió a un medio al

alcance de su espíritu. Hizo escribir, en secreto una carta confidencial a no sé quién y tomó sus medidas para que cayese en manos de San Román. Se decía en esta carta, que el ejército de Nieto estaba en el más miserable estado, sin armas, sin municiones y en completa incapacidad de defenderse. Después del despacho de su misiva, el General esperaba cada día ver llegar al ejército enemigo y su impaciencia llegaba al colmo.

Desde hacía tres meses, el ataque con que el famoso San Román amenazaba a Arequipa, era el tema de todas las conversaciones. Durante los dos primeros meses, el nombre de este jefe producía sobre la población el mismo efecto que el nombre del *Coco* sobre la imaginación de los niños pequeños. Los partidarios de Orbegoso lo describían como un hombre malo, feroz, capaz de degollar él mismo, por propio placer, a los pobres arequipeños y poner la ciudad a sangre y fuego, a fin de satisfacer las venganzas de su partido. Se decían también de él otras mil gentilezas por el estilo.

Si al público le agradaba inventar cuentos sobre San Román con el objeto de asustarse mutuamente, por esa propensión a lo exagerado y a lo maravilloso que empuja siempre a este pueblo a los extremos, se encontraba también gente poderosamente interesada en acreditar esos rumores, tales como el Monje, el General, sus subordinados y otros más. Todas las esperanzas de ambos partidos descansaban en los ejércitos a quienes habían confiado su defensa. Uno y otro iban a jugar el todo por el todo en un solo golpe. La victoria aseguraría al partido vencedor un éxito completo; la derrota, la ruina irreparable. El partido de Orbegoso, deshecho en todos sus puntos, no tenía más apoyo que el valor de los arequipeños y todas las miradas estaban fijadas en ellos. La señora Gamarra, por su lado, sentía que la autoridad del gobierno organizado por ella no podría mantenerse mientras existiese una resistencia armada. Para ser dueña de Lima era preciso serlo de Arequipa, y con los tres batallones que le quedaban, reducir esta ciudad. Orbegoso no osaría regresar a la capital. Se concibe cuán importante debía ser, para los jefes del ejército de Arequipa, para las autoridades de la ciudad y para las personas interesadas en sostener a Orbegoso, alimentar en el pueblo las ideas exageradas de las calamidades a las cuales al triunfo de San Román lo expondría a fin de excitarlo a defenderse hasta el último extremo. Por esto, se hacían circular cada día, escritos hechos a mano, redactados por el monje (aunque no llevaran ninguna firma), en los cuales se decía que San Román, había prometido a sus soldados el saqueo de la ciudad. La descripción de las matanzas, de las violaciones, de las atrocidades contenidas en estos escritos infundían en el alma tímida de los habitantes, un terror rayano en la desesperación. El monje lograba así su objeto, pues la desesperación inspira valentía al más cobarde. El General arengaba a sus sol-

dados; el prefecto y el alcalde lanzaban sus problemas en el mismo tono y en fin, los monjes de los diferentes conventos, cediendo a la fuerza, predicaban en sus iglesias la resistencia hasta la muerte.

Todas esas arengas y predicaciones, produjeron sobre el pueblo el efecto esperado. Durante el primer mes trascurrido después de la insurrección, el temor de la llegada inopinada de San Román, que mandaba a tres de los mejores batallones, suscitó penosa ansiedad e hizo organizar la defensa con celo. El segundo mes, los arequipeños confiados en sus preparativos y en el triunfo prometido por el monje a su valor, se acostumbraron a la idea de la lucha que iban a empeñar y esperaron el enemigo a pie firme. Pero al tercer mes, su impaciencia no conoció ya límites. La lentitud de San Román en venir, les pareció un indicio de miedo que ellos inspiraban, su coraje aumentó y como sucede siempre entre los pueblos carentes de experiencia, pasaron, del terror que los había embargado, a una jactancia, a una fanfarronada que causó justas aprensiones a todas las personas racionales. Estas temían el fracaso y no sentían menores inquietudes por las consecuencias de la victoria si acaso la obtenían estos hombres tan cobardes como presuntuosos. Desde el momento, en que, en su ciega confianza, creyeron haber ganado la batalla, sin conocer a los enemigos a quienes habían de combatir, a cuál de ellos cometió más necedades, desde el general en jefe hasta el último empleado de la alcaldía. ¡Era de dar pena! Reconocí desde entonces que cualquiera que fuese el desenlace, el país estaba perdido y los éxitos de Nieto traerían tan inevitablemente como los de San Román, la exigencia de contribuciones enormes, la expoliación de las propiedades, y el saqueo bajo todas sus formas.

El 21 de Marzo, Althaus me dijo:

—Por fin Florita, parece que el General tiene datos exactos. San Román estará aquí mañana o pasado mañana. ¿Creerá usted que no obstante haber hecho enormes gastos en espías, no hemos podido saber hasta el presente una palabra de verdad sobre lo que ocurre en el campo enemigo? El General no quiere que yo me mezcle. El amor propio de este necio se siente herido por un consejo oportuno y me oculta todo cuanto puede.

Desde hacía dos días las tropas habían entrado a sus cuarteles. Se habían visto obligados a hacerlas regresar porque estaban extenuadas por la fatiga y las privaciones, sufridas durante su inútil permanencia en el campamento. Parece, según una opinión autorizada, que el General hubiera debido apresurarse en hacer salir sus tropas, ya para tomar de nuevo la posición acabada de abandonar o para establecerlas en la nueva que las circunstancias podían exigir; que no hubiera debido olvidar ninguna de las precauciones indicadas

por la prudencia para evitar toda sorpresa de parte del enemigo, la confusión entre las tropas y la alarma en el pueblo; que todo, en fin, debía haber sido previsto y adoptadas las medidas para prevenir los desórdenes que pudiesen resultar en la ciudad por la victoria o la derrota. Tal hubiera sido la conducta de todo militar con sentido común; pero el general Nieto no pensó en nada de esto y sin preocuparse en dictar ninguna disposición, dejó los asuntos abandonados y fue con los demás jefes a Tiabaya, a festejar la Semana Santa. Al día siguiente como a las cuatro de la tarde, un espía vino a decir con todo apuro que el enemigo se hallaba en Cangallo ¡El rumor fue general! Por un lado se corría a buscar a Nieto; por el otro, los Inmortales se reunían, las tropas salían en desorden. Los *chacareros* espantados, se negaban a marchar y las pelucas de la Municipalidad hacían disparates sobre disparates. La confusión llegaba al colmo.

Entonces se demostró la profunda ignorancia y la absoluta nulidad de esos jefes presuntuosos, tanto civiles como militares, que dirigían los asuntos de este desgraciado país. Temería fatigar al lector y no ser creída por él, si le refiriera el derroche que se hizo en todas las cosas, las escenas de desorden y de indisciplina que se exhibieron en aquel momento de crisis y la conducta de los oficiales, los cuales, en la víspera de la batalla, en lugar de hallarse en sus puestos, jugaban o se embriagaban en las casas de sus queridas.

Todo lo que ocurrió esta tarde y en la noche siguiente sería increíble para todo europeo. No entro, pues, en ningún detalle, pero afirmo que la confusión fue tal, que si San Román hubiera tenido noticias de ello, habría podido apoderarse de la ciudad el mismo día y acuartelar sus tropas sin combatir. Estaban fuera de estado de disparar un solo tiro de fusil para impedirlo. Se hubiese acabado la guerra en tres horas. Ciertamente se debe lamentar que no ocurriera así. Se habría economizado mucha sangre vertida y muchos males irreparables se habrían evitado.

## CAPÍTULO 3

### Los conventos de Arequipa

Como he dicho, Arequipa es una de las ciudades del Perú que encierra el mayor número de conventos de hombres y mujeres. Por el aspecto de la mayoría de esos monasterios, la tranquilidad constante que los envuelve y el aire religioso que exhala de ellos, se podría creer que si la paz y

la felicidad habitan sobre la tierra, es en estos asilos del Señor; sobre todo si se transporta el pensamiento a las agitaciones de la sociedad. Pero ¡ay! No es en los claustros en donde ese deseo de reposo que siente el corazón desengañado de las ilusiones del mundo puede quedar satisfecho. En el recinto de aquellos inmensos monumentos, no se encuentra más que agitaciones febriles que la regla cautiva pero no ahoga. Sordas, veladas, hierven como la lava en los flancos del volcán que la encubre.

Aún antes de haber entrado al interior de uno solo de esos conventos, cada vez que pasaba delante de sus pórticos, siempre abiertos, o a lo largo de sus grandes muros negros, como de treinta a cuarenta pies de alto, se me oprimía el corazón. Sentía por las desgraciadas víctimas sepultadas vivas entre esos montones de piedras una compasión tan profunda que mis ojos se llenaban de lágrimas. Durante mi estada en Arequipa, iba a menudo a sentarme al mirador de nuestra casa. Desde aquel punto me gustaba pasear la vista desde el volcán hasta el lindo riachuelo que corre en su parte baja y desde el riente valle que éste riega hasta los dos magníficos conventos de Santa Catalina y Santa Rosa. Este último sobre todo atraía mi atención y cautivaba mi pensamiento. Era en su triste claustro donde se había desarrollado un drama lleno de interés, cuya heroína era una joven hermosa, tierna y desgraciada, ¡oh! ¡Bien desgraciada! Esta joven era mi parienta. Yo la quería por simpatía y forzada a obedecer los prejuicios fanáticos del mundo que me rodeaba, sólo podía verla en secreto. Aunque a raíz de mi llegada a Arequipa hacía ya dos años que se había evadido del convento, la impresión producida por este acontecimiento estaba aún latente. Debía por eso emplear muchos miramientos en el interés que despertaba en mí esta víctima de la superstición. No hubiera podido servirla con otro género de conducta y habría corrido el riesgo de excitar aún más el fanatismo de sus persecutores. Todo lo que Dominga (éste era el nombre de la joven religiosa) me había referido de su extraña historia, me daba el vivo deseo de conocer el interior del convento donde la desgraciada había languidecido durante once años. Por eso, cuando al atardecer subía a lo alto de la casa para admirar los graciosos y melancólicos matices que los últimos rayos del sol esparcen sobre el encantador valle de Arequipa, en el momento de desaparecer detrás de los tres volcanes, cuyas nieves eternas tiñe de púrpura, mis ojos se dirigían involuntariamente al convento de Santa Rosa. Mi imaginación me presentaba a mi pobre prima Dominga revestida con el amplio y pesado hábito de las religiosas de la orden de las Carmelitas. Veía su largo velo negro, sus zapatos de cuero con hebillas de cobre, su disciplina de cuero negro pendiente hasta el suelo, su enorme rosario, que la desgraciada niña por instantes oprimía con fervor pidiendo a Dios ayuda para la ejecución de su proyecto y enseguida destrozaba entre sus manos crispadas por la ira

y la desesperación. Se me aparecía en lo alto del campanario de la hermosa iglesia de Santa Rosa. Era a ese campanario a donde iba todas las tardes la joven religiosa, con el pretexto de ver si faltaba algo a las campanas o al reloj, cuidado confiado a su vigilancia. Desde lo alto de aquella torre, la joven podía contemplar a su gusto el estrecho, pero hermoso vallecito en donde se habían deslizado felices los días de su infancia... Veía la casa de su madre, a sus hermanas y hermanos correr y retozar en el jardín...

¡Oh! ¡Qué felices le parecían de poder así jugar en libertad! ¡Cómo admiraba sus vestidos de colores y sus hermosos cabellos ornados de flores y de perlas! ¡Cómo le gustaba su elegante calzado, sus chales de seda y sus ligeros mantos de gaza! A esta vista la desgraciada se sentía ahogar bajo el peso de sus gruesos vestidos. Esta camisa, estas medias, ese largo y amplio vestido de grosero tejido de lana, le causaban horror. La dureza del calzado le hería los pies y su largo velo negro, también de lana, que la orden exigía con rigor tener siempre caído, era para ella la plancha que encierra vivo al cataléptico en el ataúd. La infortunada Dominga rechazaba ese horrible velo con un movimiento convulsivo. Sordos gemidos brotaban de su pecho. Trataba de pasar los brazos por entre los barrotes que cerraban las aberturas del campanario. La pobre reclusa no deseaba sino un poco de aire libre dado por Dios a todas sus criaturas, un pequeño espacio en el valle en donde mover sus miembros entumecidos. No pedía sino cantar los aires campestres, bailar con sus hermanas, ponerse como ellas zapatitos rosados, un ligero chal blanco y algunas flores de los campos entre los cabellos. ¡Ay! Eran muy poca cosa los deseos de la joven; pero un voto terrible, solemne, que ningún poder humano podía romper, la privaba para siempre del aire puro y de los alegres cantos, de los vestidos de su edad, apropiados a los cambios de estación y de los ejercicios necesarios para su salud. La infortunada a los dieciséis años, arrastrada por un movimiento de despecho y de amor propio herido, había querido renunciar al mundo. La ignorante niña había cortado ella misma sus largos cabellos y echándolos al pie de la cruz, había jurado sobre Cristo tomar a Dios por esposo. La historia de la monja hizo gran ruido en Arequipa y en todo el Perú. La he juzgado muy notable para incluirla en mi relato. Pero, antes de instruir a mis lectores de todos los hechos y dichos de mi prima Dominga, les ruego seguirme al interior de Santa Rosa.

En los tiempos ordinarios estos conventos son inaccesibles. No se puede entrar sin permiso del Obispo de Arequipa, permiso que desde la evasión de la monja se negaba inflexiblemente. Pero en las circunstancias extraordinarias en que se encontraba la ciudad, todos los conventos ofrecieron el asilo del santuario a la población alarmada. Mi tía y Manuela juzgaron prudente refu-



giarse y aproveché de esta coyuntura para instruirme sobre los detalles de la vida monástica. Santa Rosa estaba siempre presente en mi pensamiento. Me esforcé en decidir a las señoras a que la prefirieran a Santa Catalina, adonde se hallaban inclinadas a ir. Las superiores de ambos conventos eran nuestras primas. La una y la otra nos habían hecho las invitaciones más cariñosas. Cada una de ellas deseaba tenernos y trataba de determinar nuestra elección en favor de la buena hospitalidad que nos preparaba. Santa Rosa excitaba más vivamente nuestra curiosidad por su hermosura; pero las señoras temían la extrema severidad de la orden de las Carmelitas, que las religiosas de aquel convento no relajan en ninguna oportunidad. Tuve mucho trabajo en vencer sus repugnancias. Sin embargo logré triunfar. Como a las siete de la noche nos dirigimos al convento, después de haber tenido el cuidado de enviar por delante a una negra para anunciarnos.

No creo que alguna vez haya existido en un estado monárquico, una aristocracia más altiva y más chocante en sus distinciones, que aquella cuya vista causó mi admiración al entrar en Santa Rosa. Allí reinan con todo su poder, las jerarquías del nacimiento, de los títulos, de los colores de la piel y de las fortunas y éstas no son vanas clasificaciones. Al ver marchar en procesión en el convento, a los miembros de esta numerosa comunidad, vestidos con el mismo hábito, se creería que la misma igualdad subsiste en todo. Pero, si se entra a uno de los patios, está uno sorprendido del orgullo empleado por la mujer que tiene un título, en sus relaciones con la mujer de sangre plebeya; del tono despreciativo que usan las blancas con las que no lo son. Al ver este contraste de una humildad aparente y del orgullo más indomable está uno tentado de repetir estas palabras del sabio: «Vanidad de vanidades».

Fuimos recibidas en la puerta por algunas religiosas enviadas por la superiora a nuestro encuentro. Esta grave diputación nos condujo con todo el ceremonial exigido por la etiqueta, hasta la celda de la superiora que estaba enferma y en cama. Su lecho se hallaba colocado sobre un estrado y en los escalones de aquel estrado, esperaban un gran número de religiosas jerárquicamente colocadas. El estrado cubierto con un tapiz de gruesa lana blanca, daba a este lecho el aire de un trono. Permanecimos algún tiempo cerca de la venerable superiora. Las cortinas del lecho eran de género de lino y una de sus acompañantes nos explicó, en voz baja, que la superiora estaba sumamente afligida de verse obligada, por la naturaleza de su enfermedad, a infringir la regla de la santa orden de las Carmelitas, reemplazando la lana por el hilo. Después de haber satisfecho su curiosidad sobre los acontecimientos del día, las buenas religiosas, vacilantes y con discreción, me hicieron algunas preguntas sobre los usos de Europa y enseguida nos retiramos a las celdas que nos habían

preparado. Pregunté a una de las jóvenes religiosas que me acompañaban si podía hacerme ver la celda de Dominga. «Sí, me contestó, mañana le daré la llave para que usted entre; pero no diga nada, pues aquí esa pobre Dominga está maldita, sólo somos tres las que nos atrevemos a compadecerla».

Santa Rosa es uno de los más vastos y ricos conventos de Arequipa. La distribución interior es cómoda. Presenta cuatro claustros que encierran cada uno de ellos un patio espacioso. Gruesos pilares de piedra sostienen la bóveda un tanto baja de este claustro. Las celdas de las religiosas están alrededor, se entra a ellas por una puertecita baja, son grandes y las paredes muy blancas. Reciben luz por una ventana de cuatro vidrios que, como la puerta, da sobre el claustro. El mobiliario de estas celdas consiste en una mesa de encina, un escabel de la misma madera, un cántaro de barro y un cubilete de estaño. Encima de la mesa hay un gran crucifijo. El Cristo es de hueso amarillento y ennegrecido por el tiempo y la cruz, de madera negra. Sobre la mesa está una calavera, un reloj de arena, un libro de horas y a veces otros libros de oraciones. A un lado, enganchada en un grueso clavo, pende una disciplina de cuero negro. Excepto la superiora, ninguna religiosa puede acostarse en su celda, sólo la tienen para meditar en el aislamiento y el silencio, para recogerse o descansar. Comen en común en un inmenso refectorio, almuerzan a las doce del día y la comida es a las seis de la tarde. Mientras toman los alimentos, una de ellas lee algunos pasajes de los libros santos y todas se acuestan en los dormitorios, que son en número de tres en este convento.

Esos dormitorios son abovedados, construidos en forma de escuadra y sin ninguna ventana que deje entrar luz. Una lámpara sepulcral, colocada en el ángulo, despide apenas suficiente claridad como para alumbrar un espacio de seis pies a su alrededor, de suerte que los dos extremos del dormitorio quedan en una oscuridad absoluta. La entrada a estos dormitorios está prohibida, no sólo a las personas extrañas, sino hasta a las mujeres del servicio de la comunidad y si furtivamente se introduce uno bajo las bóvedas sombrías y frías de sus largos salones, por los objetos con que uno se siente rodeada, se creería haber descendido a las catacumbas y esos lugares son tan lúgubres que es difícil retener un movimiento de espanto. Las *tumbas*<sup>20</sup> se hallan dispuestas a cada lado del dormitorio a doce o quince pies de distancia una de otra. Elevadas sobre un estrado, se asemejan por completo por su forma, y el orden en que están colocadas, a las *tumbas* que se ven en los sótanos de las iglesias. Están cubiertas por un género negro de lana, parecido al empleado en las tapicerías de las ceremonias fúnebres. El interior de estas *tumbas* tiene diez o doce pies

---

20 Se llama tumba al lugar donde cada religiosa se retira para dormir. (Nota de la autora).

de largo por cinco o seis de ancho y otro tanto de alto. Están amobladas con un lecho formado por dos gruesas tablas de encina colocadas sobre cuatro fierros. Encima de esas tablas hay un grueso saco de género, que se llena según el grado de santidad de la que reposa en él, de ceniza, piedras, hasta espinas, paja o lana. Debo decir que entré a tres de estas *tumbas* y encontré los sacos llenos de paja. Junto a un extremo del lecho, hay un mueblecito de madera negra que sirve al mismo tiempo de mesa, de reclinatorio y de armario. Así como en la celda, sobre este mueble está un gran Cristo frente al lecho y encima del Cristo hay alineados una calavera, un libro de oraciones, un rosario y una disciplina. Está expresamente prohibido, en cualquier circunstancia, tener luz en las *tumbas*. Cuando una religiosa se enferma, va a la enfermería. ¡Es en una de estas *tumbas* en donde mi pobre prima Dominga se había acostado durante once años!

La vida que hacen estas religiosas es de las más penosas. Por la mañana se levantan a las cuatro para ir a Maitines. Después se suceden casi sin interrupción, una serie de prácticas religiosas a las que están obligadas a asistir. Esto dura hasta el mediodía hora en la que van al refectorio. Desde las doce hasta las tres, gozan de algún descanso. Enseguida comienzan para ellas las oraciones que se prolongan hasta la tarde. Numerosas fiestas vienen aún a agregarse a estos deberes, con las procesiones y otras ceremonias impuestas a la comunidad. Tal es el compendio de las austeridades y exigencias de la vida religiosa en los claustros de Santa Rosa. El único recreo de esas reclusas es el paseo por sus magníficos jardines, Tienen tres en los cuales cultivan hermosas flores que cuidan con gran esmero.

Al tomar el velo en la orden de las Carmelitas, las religiosas de Santa Rosa, hacen voto de pobreza y de silencio. Cuando se encuentran, la una debe decir: «Hermana, tenemos que morir» y la otra responde: «Hermana, la muerte es nuestra liberación» y jamás pronunciar otra palabra. Sin embargo estas señoras hablan y mucho. Pero es sólo durante el trabajo del jardín, en la cocina, cuando van a vigilar a las mujeres del servicio, o en lo alto de las torres y de los campanarios cuando su deber las llama allí. Hablan también en sus celdas, cuando a escondidas se hacen largas visitas. En fin, las buenas señoras hablan en todas partes en donde creen poderlo hacer sin violar el voto y para ponerse en paz con su conciencia, observan un silencio de muerte en los patios, en el refectorio, en la iglesia y sobre todo en los dormitorios, en los que jamás ha resonado una voz humana. No soy yo ciertamente quien les imputaría como un crimen las ligeras transgresiones a la regla de la santa orden de las Carmelitas. Encuentro muy natural que busquen ocasión de cambiar algunas palabras después de largas horas de silencio. Pero desearía, para su

felicidad, que se limitasen a hablar de las hermosas flores que cultivan, de los buenos y sabrosos bizcochos que hacen tan bien, de sus magníficas procesiones y de las joyas de la Virgen o aun de su confesor. Por desgracia, esas señoras no se limitan a estos temas de conversación. La crítica, la maledicencia, hasta la calumnia reinan en sus charlas. Es difícil formarse una justa idea de los pequeños celos, de las bajas envidias que alimentan unas contra otras y de las crueles maldades que no cesan de hacerse. Nada menos piadoso que las relaciones que entre sí mantienen estas religiosas. En ellas se revela la sequedad, la aspereza, el odio. Esas señoras no son más rigurosas en la observancia de su voto de pobreza. Ninguna debería tener, según el reglamento, más de una mujer a su servicio; pero algunas tienen tres o cuatro esclavas alojadas en el interior. Además cada una sostiene afuera una esclava para hacer sus comisiones, comprar lo que desea, y comunicarse, en fin, con su familia y con el mundo. Se encuentran también en esta comunidad, religiosas cuya fortuna es muy considerable y hacen muy ricos presentes al monasterio y a su iglesia. Envían con frecuencia a sus amistades de la ciudad, regalos de toda clase, frutas, golosinas, trabajitos hechos en el convento y a veces, las personas a quienes ellas distinguen reciben dones de más alto valor.

Santa Rosa de Arequipa está considerado como uno de los más ricos monasterios del Perú y a pesar de ello, las religiosas me han parecido más desgraciadas que las de cualquier otro de los conventos que he tenido ocasión de visitar. La exactitud de mi observación me ha sido confirmada, en América, por todas las personas familiarizadas con el interior de las comunidades. Me han asegurado que las austeridades de las monjas de Santa Rosa superan en mucho a las practicadas por las religiosas de los demás conventos. Tuve muchas conversaciones con la superiora, durante los tres días que habité Santa Rosa. Voy a citar algunos pasajes que harán conocer el espíritu que dirige a esta comunidad.

Debo decir en primer lugar, que la superiora me recibía con mucha distinción. Tenía entonces sesenta y ocho años y desde hacía dieciocho presidía la comunidad. Ha debido ser muy hermosa. Su fisonomía es noble y todo en ella anuncia una gran fuerza de voluntad. Nacida en Sevilla, vino a Arequipa a la edad de siete años. Su padre la puso en Santa Rosa para educarse y desde entonces no ha salido más. Esta señora habla el español con una pureza y una elegancia notables. Es tan instruida como puede serlo una religiosa. Todas las preguntas que me hizo sobre Europa me probaron que la superiora de Santa Rosa se había ocupado mucho de los acontecimientos políticos que han agitado España y el Perú desde hacía veinte años. Sus opiniones en política son tan exaltadas como en religión y su fanatismo religioso pasa todos los límites de la

razón. Referiré una de sus frases que, por sí sola resume el orden de ideas de esta anciana religiosa: «¡Ay! mi querida niña, me dijo, ahora estoy demasiado vieja para emprender alguna cosa, ya mi tiempo se acabó. Pero si tuviera tan sólo treinta años, me iría con usted. Iría a Madrid y allí perdería mi fortuna, mi ilustre nombre y mi vida o, por la muerte de Jesucristo que está allí en la cruz, le juro que restablecería la «Santa Inquisición». Es imposible tener más fuego en la mirada, más energía en la voz y expresión en el gesto, que el puesto por ella al extender la mano sobre el Cristo que estaba al pie de su lecho. Su conversación se mantenía siempre en el mismo diapasón. Al hablarme de Dominga me dijo: «Esta joven estaba *poseída por el demonio*. Estoy contenta de que el diablo haya escogido mi convento de preferencia. Este ejemplo hará revivir la fe, pues mi querida Flora, le confiaré una parte de mis penas. Cada día veo vacilar en el corazón de las jóvenes religiosas, esta fe poderosa que, sola, puede hacer creer en los milagros». La evasión de Dominga no me parecía que había producido el efecto esperado por la superiora, sino por el contrario, era de naturaleza para provocar la imitación. Hasta dudo de que se hiciese ilusiones a este respecto. Pero hablando de Dominga en presencia de algunas religiosas, quizá creyó de su deber hacer esta reflexión. Esta mujer de una austeridad rigurosa, ha sabido hacerse obedecer y respetar de las religiosas aun gobernándolas con mano de hierro, mas después de tantos años que las gobierna, no ha podido obtener el sincero afecto de ninguna de ellas.

Los tres días pasados en el interior de este convento habían fatigado tanto a mi tía y a mis primas que, sin preocuparse del riesgo que podían correr al salir, no quisieron quedarse más tiempo. En cuanto a mí, había hecho durante tan corta permanencia muchas observaciones y no me había aburrido. Las graves religiosas nos acompañaron con la misma ceremonia y la misma etiqueta que habían puesto al recibirnos. Por fin pasamos al umbral de la enorme puerta de encina, con cerrojos y revestida de hierro como la de una ciudadela. Apenas se cerró, nos pusimos a correr en la larga y ancha calle de Santa Rosa gritando: ¡Dios mío, qué felicidad estar libres! Las señoras lloraban. Los niños y las negras saltaban en la calle y confieso que yo respiraba con más facilidad. Libertad ¡oh libertad!

¡No hay compensación alguna por tu pérdida! ¡La seguridad misma no es suficiente! ¡Nada en el mundo podría reemplazarte!

Desde el día siguiente a nuestra entrada a Santa Rosa, Althaus nos había mandado decir que la noticia era falsa, pues el indio de quien la habían recibido estaba vendido a San Román y éste no llegaría antes de quince días. Creímos entonces poder regresar a casa. Pero la misma tarde de nuestra salida, hubo otra alerta y esta vez mis parientes se retiraron a Santa Catalina. Parecía

positivo que San Román estaba en Cangallo. Su llegada a tan corta distancia de Arequipa (cuatro leguas) hacía el peligro inminente. En cuanto la nueva circuló el desorden en la ciudad y en el campo no fue menor que a la primera alarma dada por el espía. No sabían qué hacer. Se tocaron las campanas a rebato. Masas de gente se refugiaron en los conventos. Hubo una confusión y un terror que no me dieron muy alta idea del valor de esta población fanfarrona: que debía defender la ciudad hasta su *último soplo de vida*. Los conventos y las iglesias se habían convertido en guardamuebles de los habitantes. Desde hacía quince días escondían allí todo cuanto poseían de objetos transportables y sus casas completamente desguarnecidas parecían haber sido saqueadas. Yo misma hice llevar mis maletas a Santo Domingo, junto con los efectos de mi tío. A las doce del día se supo la llegada del enemigo a Cangallo y se esperaba verle aparecer hacia las seis o siete de la noche. Las azoteas de las casas se llenaron de una multitud de gente que miraban en todas direcciones. Mas la espera general quedó burlada. El enemigo había hecho alto.

Althaus regresó del campamento y me dijo:

—Prima, esta vez sí es verdad que San Román está en Cangallo. Pero sus soldados están rendidos de fatiga y estoy seguro de que permanecerán allí tres o cuatro días para reponerse.

—¿No cree que venga hoy?

—No creo que estén aquí antes de cuatro o cinco días, puede pues, irse a reunir con Manuela. Por lo demás podrá usted contemplar el combate desde lo alto de las torres del monasterio tan bien como de la casa de su tío.

Seguí su consejo y fui a Santa Catalina a reunirme con mis parientes.

Aquí estoy de nuevo en el interior de un convento. Pero ¡qué contraste con el que acababa de dejar! ¡Qué ruido ensordecedor! ¡Qué hurras cuando entré! «¡La Francesita! ¡La Francesita!» gritaban por todas partes. Apenas se abrió la puerta me vi rodeada por una docena de religiosas que hablaban todas a la vez gritando, riendo y saltando de gozo. La una me quitaba el sombrero, porque un sombrero era una pieza *indecente*. Me quitaron igualmente mi peineta con el mismo pretexto de que era *indecente*. Otra quería sacarme mis mangas abuchonadas, siempre con la misma acusación de ser muy *indecentes*. Esta me levantaba el vestido por detrás porque quería ver cómo estaba hecho mi corset. Una religiosa me deshizo el peinado para ver si mis cabellos eran largos. Otra me levantaba el pie para examinar mis borceguíes de París. Mas lo que excitó sobre todo su admiración fue el descubrimiento de mi calzón. Esas buenas jóvenes son sencillas, pero había sin duda más *indecencia* en sus

preguntas que en mi sombrero, mi peineta y mis vestidos. En una palabra, esas señoras me revolvieron en todo sentido y actuaron conmigo como hace un niño con la muñeca que se le acaba de dar.

Quedé, sin ninguna exageración, un largo cuarto de hora en la puerta de entrada, que sirve de torno, temiendo a cada instante verme sofocada por el calor, en el pequeño espacio que me habían dejado esas turbulentas religiosas y la multitud de negras o zambas que me rodeaban. Mis parientes, que habían visto la dificultad de mi situación y sentían cuánto debía mortificarme, hicieron toda clase de esfuerzos para llegar al sitio en donde me hallaba, mientras mi zamba, que había entrado al mismo tiempo que yo, gritaba con todas sus fuerzas que me ahogaba, que me hacían daño y pedía auxilio. Pero sus gritos y los de mis primas estaban dominados por más de cien voces que decían a la vez: ¡Ah! ¡La francesita! ¡Qué bonita es! ¡Viene a vivir con nosotras!

Comencé seriamente a desesperarme y temí no salir de allí en otra forma que desmayada. Sentía flaquear mis piernas. Estaba bañada en sudor y el laberinto que toda esta gente hacía, en mis oídos, me aturdía de tal manera que no sabía ya donde estaba, cuando por fin llegó la superiora a recibirme. Era prima de la de Santa Rosa y pariente nuestra en el mismo grado. Al acercarse, se calmó un poco el ruido y la multitud abrió paso para dejarla llegar hasta mí. Me sentí realmente muy mal. La buena señora se dio cuenta, y regañó severamente a las religiosas y dio orden de hacer retirar a todas las negras. Me llevó enseguida a su grande y hermosa celda y allí, después de haberme hecho sentar sobre ricos tapices y blandos cojines, me hizo traer en uno de los más bellos azafates de la industria *parisién*, diversas clases de excelentes bizcochos hechos en el convento, vinos de España en lindos frascos de cristal cortado y un soberbio vaso dorado del mismo cristal y grabado con las armas de España.

Cuando me repuse un poco, la buena señora quiso de todos modos acompañarme a la celda que me destinaba. ¡Oh! ¡qué amor de celda! Y cuántas de nuestras elegantes quisieran tenerla como *boudoir*. Imagínense un cuartito abovedado, de diez a doce pies de ancho con catorce o dieciséis de largo, cubierto íntegramente con una hermosa alfombra inglesa con dibujos turcos. En medio, una puertecita en ojiva y a cada lado una pequeña ventana del mismo estilo y esas dos ventanas provistas de cortinas de seda color cereza con franjas negras y azules. A un lado del cuarto una pequeña cama de fierro barnizado con un colchón forrado en cutí inglés y sábanas de batista adornadas con encaje de España. Al frente, un diván también de cutí inglés, recubierto por un rico tapiz proveniente del Cuzco. Cerca del diván unos cojines para uso de los visitantes y lindos banquitos de tapicería. En el fondo se abría un nicho

ocupado por una hermosa consola, muchos floreros llenos de flores naturales y artificiales, candeleros de plata con velas azules, un librito de misa empastado de terciopelo violeta y cerrado con un candadito de oro y un pequeño Cristo de madera primorosamente trabajado. Encima del Cristo se veía una Virgen en un cuadro de plata y a su lado, en ricos marcos, Santa Catalina y Santa Teresa. Un rosario de granos finos y menudos había sido enrollado en la cabeza del Cristo. En fin, para que nada faltase a este elegante mobiliario, en medio del cuarto estaba una mesa cubierta por un gran tapiz y sobre ésta un gran azafate con un juego de té con cuatro tazas, una garrafa de cristal cortado, un vaso y todo lo necesario para refrescarse. Este asilo encantador, era el retiro de la superiora. Esta señora sentía por mí una amistad entusiasta por el solo motivo de venir yo *del país en donde vivía Rossini*. A pesar de mis instancias para no aceptar este agradable albergue, quiso a viva fuerza que me instalase en su retiro. La amable religiosa me hizo compañía hasta muy tarde y hablamos principalmente de música y enseguida de los asuntos de Europa, por los que estas señoras toman un vivo interés. Después se retiró rodeada de una multitud de religiosas, pues todas la quieren como a una madre y amiga.

He tenido, durante diez años de viajes, que cambiar con frecuencia de habitación y de lecho. Mas no recuerdo jamás haber sentido una sensación tan deliciosa como la experimentada al acostarme en la cama de la superiora de Santa Catalina. Tuve la niñada de encender las dos velas azules que estaban sobre el altar, cogí el pequeño rosario, el lindo libro de oraciones y me quedé leyendo largo rato, interrumpiéndome a menudo para admirar el conjunto de los objetos que me rodeaban o para respirar con voluptuosidad el dulce perfume que exhalaban mis sábanas ornadas de encajes. Esa noche, casi tuve el deseo de hacerme religiosa. Al día siguiente me levanté muy tarde, pues la indulgente superiora me previno que era inútil levantarme a las seis (como nos lo habían exigido en Santa Rosa), para ir a la misa. Basta con que asista usted a la de las once, me había dicho la buena señora y si su salud no se lo permite, la dispenso de asistir.

El primer día lo empleé en hacer visitas a las religiosas. Todas querían verme, tocarme, hablarme. Esas señoras me interrogaban sobre todo: ¿Cómo se visten en París? ¿Qué se come? ¿Hay conventos? Pero sobre todo ¿se toca música? En cada celda encontramos reunida numerosa sociedad. Todo el mundo hablaba a un tiempo, en medio de risas y de chistes. Por todas partes nos ofrecían bizcochos de toda clase, frutas, jarabes, vinos de España. Era una serie continua de banquetes. La superiora, había ordenado, para la tarde, un concierto en su pequeña capilla y allí escuché una magnífica música compuesta



con los más hermosos pasajes de Rossini. Fue ejecutada por tres jóvenes y lindas religiosas, no menos *dilettante* que su superiora. El piano provenía de manos del más hábil fabricante de Londres y la superiora había pagado por él 4,000 francos.

Santa Catalina pertenece también a la orden de las Carmelitas. Pero como me hizo observar la superiora, con *muchas modificaciones*. ¡Oh! ¡Sí!, pensaba yo, con inmensas modificaciones.

Esas señoras no usan el mismo hábito que las de Santa Rosa. Su vestido es blanco, muy amplio y se arrastra por el suelo. Su velo, carmelita generalmente, es negro en los días de grandes solemnidades. No sé si su regla exige que se usen sólo telas de *lana*, más lo que puedo asegurar es que el vestido es la única de sus prendas hechas de *lana*. Es de un tejido muy fino, sedoso y de una radiante blancura. Su gorro es de crespón negro y tan lindamente plisado que tenía deseos de llevarme uno como objeto de curiosidad. Su forma graciosa les da una fisonomía encantadora. El velo es también de crespón. Nunca lo llevan caído, salvo en la iglesia o en ceremonias. Hay que creer que esas piadosas señoras no hacen voto de silencio, ni de pobreza, pues hablan bastante y casi todas gastan mucho.

La iglesia del convento es grande. Los adornos son ricos, pero mal cuidados. El órgano es muy hermoso, los coros y todo lo relativo a la música de la iglesia es objeto de cuidados muy especiales de parte de las religiosas. La distribución interior del convento es muy extraña. Se compone de dos cuerpos de construcción, uno de los cuales se llama el antiguo convento y el otro, el nuevo. Este último comprende tres pequeños claustros muy elegantemente contruidos. Las celdas son pequeñas, pero ventiladas y muy claras. En el centro del patio hay un círculo sembrado de flores y dos hermosas fuentes que alimentan la frescura y la limpieza. El exterior de los claustros está tapizado con viñas. Se comunica por medio de una calle escarpada con el antiguo convento. Es este un verdadero laberinto, compuesto de una cantidad de calles y callejuelas en toda dirección y atravesado por una calle principal a la que se sube como por una escalera. Estas calles y callejuelas están cerradas por las celdas que son a su vez otros tantos cuerpos de una construcción original. Las religiosas que las habitan se hallan como en pequeñas casas de campo. He visto algunas de aquellas celdas que tenían un patio de entrada bastante espacioso como para criar aves y en donde se había establecido la cocina y el alojamiento de los esclavos. A continuación un segundo patio en el que se había levantado dos o tres cuartos. Enseguida un jardín y un pequeño retiro cuyo techo formaba una terraza. Desde hace más de veinte años, esas señoras ya no viven en común. El refectorio ha sido abandonado, el dormitorio igualmente, aunque

por forma cada una de las religiosas tiene todavía un lecho, blanco como la regla lo exige. Tampoco están obligadas, como las Carmelitas de Santa Rosa, a esa multitud de prácticas religiosas que ocupan todo el tiempo de estas últimas. Por el contrario, les queda después del cumplimiento de sus deberes conventuales, mucho tiempo que consagran al cuidado de su habitación, al de sus vestidos, al de ocupaciones de caridad y en fin a sus distracciones. La comunidad tiene tres vastos jardines que no se siembran sino con legumbres y maíz, porque cada religiosa cultiva flores en el jardín de su celda. Además la vida que llevan esas señoras es muy laboriosa. Hacen toda clase de trabajos de aguja, admiten pensionistas a quienes instruyen y tienen también una escuela gratuita en donde enseñan a niñas pobres. Su caridad se extiende a todo; dan ropa a los hospitales, dotan a las jóvenes y diariamente distribuyen pan, maíz y vestidos a los pobres. Las rentas de esta comunidad se elevan a una suma enorme, pero esas damas gastan en proporción a esas mismas entradas. La superiora tenía entonces setenta y dos años. Nombrada y destituida en varias ocasiones, su gran bondad había hecho que siempre la rechazaran los sacerdotes que tienen autoridad sobre el convento, mas esta misma bondad la hacía nombrar de nuevo por las religiosas, las cuales tienen el derecho de elegir a su superiora en el escrutinio.

Esta amable mujer, en todo punto distinta de su prima de Santa Rosa, es tan delgada y tan fina, que desaparece casi por completo bajo su largo y amplio vestido. Toda su vida ha estado enferma y la única cosa que proporciona algún alivio a sus males, es escuchar buena música. No parece vieja esta buena señora, sino por su cara y sus manos decrepitas. Jamás hubiese creído que se pudiera encontrar, en una mujer de aquella edad y de tan débil constitución, tanta vivacidad y actividad como la superiora demostraba. Su conversación excesivamente alegre, era siempre brillante por sus agudezas y picante por su originalidad. Ninguna de sus religiosas más jóvenes la podría superar en el entusiasmo que ponía en hablar. Le referí los conceptos sostenidos por la superiora de Santa Rosa. Se encogió de hombros con una sonrisa de piedad y me dijo con una expresión muy artística; «Y yo, mi querida niña, si sólo tuviese treinta años, iría con usted a París a ver representar en la gran Ópera, las sublimes obras maestras del inmortal Rossini. Una nota de ese hombre de genio es más útil a la salud moral y física de los pueblos, que los horrorosos espectáculos de los autos de fe de la Santa Inquisición lo fueron a la religión».

En Santa Catalina, cada una de esas señoras hace poco más o menos lo que quiere. La superiora es demasiado buena para molestar o contrariar a ninguna de las religiosas. La aristocracia de las riquezas, la que reina en todas partes, hasta en el seno de las democracias, es la única que existe en este convento,

por lo que he notado. Las religiosas de Santa Catalina realmente progresan. Entre estas señoras, hay tres a quienes se considera como las reinas del lugar. La primera colocada en el convento a la edad de dos años, podía tener cuando estuve allí treinta y dos y/o treinta y tres. Pertenece a una de las más ricas familias de Bolivia y tenía ocho negras o zambas a su servicio. La segunda es una joven de veintiocho años, alta y esbelta, hermosa, con esa hermosura viva y atrevida de las mujeres de Barcelona. Es de origen catalán. Esta encantadora muchacha, huérfana con 40,000 libras de renta vive en el monasterio desde hace cinco años. Por fin, la tercera, amable persona de veinticuatro años, buena, alegre y risueña, es religiosa hace siete años. La de más edad, se llama Margarita y es la farmacéutica del convento. Rosita, la segunda es la portera. En cuanto a la más joven, Manuelita, es demasiado loca y demasiado ligera para confiarle la menor función.

Esas tres religiosas por el deseo incesante de actividad que las atormenta y por los caprichos de su espíritu, fueron causa de una de aquellas destituciones a las que su excesiva bondad ha expuesto a la superiora. La hermana Manuelita, a quien su excesiva robustez y demasiada gordura tienen siempre enferma, tuvo un pequeño altercado con el viejo doctor del convento, porque éste quería imponerle dieta, a la cual la joven, un poco golosa, se negó a sujetarse. El padre de Manuelita es un viejo octogenario, no menos extraordinario por su género, que mi prima la superiora en el suyo. El uno y la otra simpatizaban mucho y son los mejores amigos que puede darse. Ese anciano iba a menudo al convento en donde tenía permiso para entrar cuando deseara. Quiere a su hija la religiosa con una pasión particular y Manuelita, abusa de ello como lo hacen todos los niños engreídos. Así pues se quejó a él del tratamiento a que quería someterla el viejo doctor y se fingió mucho más enferma de lo que realmente estaba. Don Hurtado el viejo sabio a quien mi lector ya conoce, tiene la pretensión de ser filósofo, médico, químico y astrólogo y además está inclinado a tener una gran admiración por todos los europeos. Se mostró sensiblemente afectado por el estado de su hija querida e indignado contra el viejo doctor Bagras, que quería imponer dieta a su hija.

«Querida hija —le dijo—, no quiero que ese ignorante te prescriba el menor remedio. Te traeré mañana a un médico inglés, joven encantador, lleno de ciencia, que a los veintiséis años ha dado ya dos veces la vuelta al mundo. Juzga hija mía ¡qué médico deber ser!» El padre Hurtado, fiel a su promesa vino al día siguiente al convento, acompañado de un elegante y amable dandy que hablaba el español con un acento muy agradable, de admirar en un extranjero. Este infatigable viajero cuya lengua se había suavizado con el uso del francés y del italiano, que hablaba igualmente bien, era al mismo tiempo

el más fashionable de los médicos. Unía a maneras distinguidas la originalidad especial de su nación y una alegría muy difícil de encontrar.

Después de haber visto e interrogado a Manuelita, juzgó que toda su enfermedad provenía de la falta de ejercicio y realmente, la tendencia de esta joven a la obesidad, denotaba la necesidad urgente de hacerlo. El joven doctor inglés prescribió el ejercicio del caballo a la religiosa, que lo recibió con alegría. Vio en esto una ocasión para distraerse de la vida monótona cuyo peso la agobiaba y dijo enseguida a su padre que éste sería el único remedio que podría mejorarla. El viejo Hurtado propuso mandar al convento su yegua que es muy mansa. El amable doctor ofreció la montura inglesa usada por su esposa y sólo faltaba para seguir la receta, el consentimiento de la superiora. La hermana Rosita, predilecta de la buena madre, se encargó de obtenerlo. En efecto, le hizo comprender que Manuelita *tenía una enfermedad a los nervios* de tal naturaleza, que el ejercicio del caballo era tan necesario a su curación como la melodía de una buena música para la salud de su venerable superiora. La comparación de la astuta Rosita tuvo gran éxito. El permiso fue concedido sin la menor dificultad y la superiora agregó que, como seguramente ese joven doctor inglés debía conocer la música, ella deseaba conocerlo.

El día esperado con impaciencia llegó por fin. Don Hurtado entró al convento una mañana muy temprano, seguido de su yegua. Ésta, completamente enjaezada, tenía una magnífica silla de terciopelo verde. La vista de este lindo animal produjo universales aclamaciones. Las pobres reclusas acudían de todas partes, ávidas por contemplar un objeto tan nuevo para ellas. Cuando toda la comunidad se hubo saciado del placer de ver y tocar la yegua, la silla, la brida y la fusta, el viejo Hurtado ayudó a su hija a subir y cuando estuvo en la silla, condujo a la yegua de la brida y le hizo dar dos veces la vuelta a los corredores. Después de haberse apeado Manuelita, su amiga Rosita, que tenía también enfermedad a los nervios quiso montar en la yegua. Más atrevida que la primera amazona, guió sola a su cabalgadura y a la tercera vuelta la lanzó al trote. Este rasgo de bravura, extasió a las tímidas religiosas. Todas, hasta las viejas, querían también montar la yegua. Se convino en que el encantador animal quedaría en el convento y don Hurtado debía regresar al día siguiente para presidir el paseo. Al día siguiente, Manuelita manejó su caballo ella sola y lo hizo ir al trote. Rosita cabalgó enseguida y quedó arreglado que, en adelante, no se necesitaba al padre Hurtado. La señora doña Margarita que desde hacía mucho tiempo sufría horriblemente de los nervios, quiso a su vez ensayar el ejercicio que tanto bien hacía a sus dos compañeras. La buena señora era un poco pesada y muy cobarde, Rosita fue su conductora durante los primeros días. Hacía cerca de quince que los paseos a caballo divertían a

la comunidad, alimentaban todas las conversaciones y curaban a maravilla todos los males, cuando un acontecimiento, que pudo ser funesto, hizo cesar la alegría general, excitó la más viva inquietud y llevó el desorden al seno de la comunidad. La hermana Margarita estaba lejos de ser tan ágil como sus dos hermosas compañeras y no había podido transformarse en tan buena amazona como ellas, pero quiso a pesar de esto imitarlas y hacer correr su caballo a galope. Le sucedió una desgracia: al torcer una de las callejuelas del antiguo convento, su largo vestido se enredó en una zarza. Margarita, en el movimiento que hizo para desasirse, perdió el equilibrio y cayó pesadamente sobre el sardinel, en el ángulo de la calleja. En su caída la desgraciada se rompió el hombro en una forma horrible.

Doña Margarita fue conducida a su lecho en un cruel estado de sufrimiento. Se corrió a llamar al médico inglés, el que se apresuró a venir, arregló el hombro roto y consoló a las amigas de la enferma, asegurándoles que la herida no presentaba peligro alguno, más bien temía que la curación fuese un poco larga.

Pero el viejo doctor Bagras venía como de costumbre al convento y al no ver a la hermana Margarita en su farmacia, preguntó si estaba enferma. No, le contestaron primero, pero se ha hecho reemplazar en la farmacia porque tiene por otro lado algunas ocupaciones que por algunos días le impedirán venir. Cuatro semanas transcurrieron sin que la pobre farmacéutica estuviese en estado de levantarse para ir en persona a suministrar al doctor Bagras los medicamentos necesitados por las enfermas del convento. Y mientras la curiosidad del viejo médico con respecto a ella, le hacía nacer ciertas inquietudes, se veía obligada a permanecer en su lecho, sufriendo atroces dolores.

Bagras, al fin comenzó a sospechar que le ocultaban alguna cosa acerca de la hermana Margarita. Espió a las negras de esta religiosa, interrogó a algunas de ellas y el aire confuso con que respondieron a sus preguntas, lo convenció de que Margarita estaba enferma. El desconfiado doctor quedó intrigado por el misterio que todo el convento le había hecho sobre esta enfermedad. Mil conjeturas se presentaron a su espíritu y no tuvo ya sino un pensamiento; el de descubrir la palabra del enigma.

Tenía, como médico de la comunidad, el derecho de entrar hasta el interior de los claustros. Un día acechó el instante en que los patios estaban desiertos y aprovechó para ir y presentarse en la celda de Margarita. Encontró a la religiosa acostada e irreconocible, ¡tan pálida y delgada la había puesto el sufrimiento! A la vista del doctor todas las personas presentes lanzaron un grito de espanto. La enferma se desvaneció. El viejo Esculapio no sabía dónde se hallaba. No

podía explicarse cómo él, médico del convento desde hacía veinticinco años, conocido por todas esas señoras de la comunidad, que todas, lo trataban con familiaridad, podía producir tan terrible efecto en las que estaban en la celda de la enferma. Quiso aproximarse al lecho de Margarita para ofrecerle sus cuidados, pero todas las religiosas se precipitaron sobre él para rechazarlo. La alarma producida y el misterio con que estas señoras se envolvían, hicieron nacer en el pensamiento del viejo doctor las más extrañas sospechas. Estaba estupefacto. Lleno de respeto por el convento de Santa Catalina, al que desde hacía tanto tiempo servía celosamente y receloso de la santidad de sus religiosas, se persuadió de que por deber y por religión debía prevenir a la superiora de lo que ocurría. Sin embargo, lo que en el fondo de su alma le apenaba más, era ver que la hermana Margarita no tuviese suficiente confianza en él para reclamar sus cuidados. Llegado a presencia de la superiora, Bagras que conocía su extraordinaria vivacidad, no se atrevía a hacer un largo preámbulo y con todo, no sabía cómo componérselas para abordar de frente el tema. La venerable señora, cuya inteligencia es realmente notable, comprendió el pensamiento del viejo doctor, antes de que él encontrara palabras con qué expresarlo. Esta anciana religiosa, con todas las extravagancias y alegrías de su espíritu, ha sido siempre de una severidad de principios y de una virtud ejemplares. Sufría en el alma y se escandalizó horriblemente ante la idea de que se pudiese sospechar que una de sus religiosas se había apartado de las reglas de esa virtud que ella cree existir en el corazón de todas las hermanas, con la misma pureza que en el suyo. Con gesto, impuso silencio al anciano y con una voz llena de nobleza e indulgencia le dijo:

—Doctor Bagras, si he consentido en que se le ocultara el desgraciado percance ocurrido a la hermana Margarita, ha sido sólo por consideración hacia usted. Sus largos servicios merecen atenciones que no podría desconocer. Pero, usted comprende, doctor, que no debo llevar la complacencia hasta el punto de comprometer la salud de las santas niñas que Dios ha confiado a mis cuidados. Juzgué conveniente llamar a mi convento a un joven médico extranjero que, en adelante lo ayudará a usted en sus funciones, demasiado penosas para un hombre de su edad. Nuestro nuevo médico prescribió a algunas de estas señoras montar a caballo. Ese ejercicio les hace mucho bien, pero la Providencia permitió que nuestra querida hija Margarita, se cayera y rompiera el hombro. Sufre desde hace dos meses y el doctor inglés que la cuida responde de su curación. Tales son, doctor Bagras, las causas muy sencillas de la enfermedad de la hermana Margarita. Ahora que está usted enterado de lo que deseaba saber, puede retirarse.

Refiero este rasgo de mi vieja prima con una satisfacción interior que no puedo callar. Su conducta, en esta ocasión, me parece admirable de generosidad y de dignidad.

El doctor Bagras se puso tan furioso al verse suplantado por el elegante inglés, que regresó a su casa hirviendo de ira y dirigió enseguida al Obispo un informe de lo que acababa de suceder en el convento.

Yo he leído la copia de este informe. Es en realidad una pieza curiosa. Dice así:

«¡Horror! ¡Tres veces horror! ¡Ha entrado en el santo convento de Santa Catalina un descreído, un *perro inglés*!<sup>21</sup>. En fin, Monseñor ¡podrá usted creerlo! El perro ha hecho galopar a las santas religiosas sobre una *yegua* que estaba *vestida* con una silla inglesa...». Todo el informe prosigue en el mismo tono.

Este acontecimiento hizo gran ruido en la ciudad. La generación joven estaba toda en contra del Obispo y a favor del elegante doctor inglés y de la generosa superiora. Ésta fue destituida a causa de este hecho, pero las religiosas se indignaron tanto por esta injusticia que la reeligieron inmediatamente.

Las amables amazonas de Santa Catalina, han hecho que me aparte de mi tema. Este convento ofrece un campo tan vasto de observación, que es difícil, aun omitiendo muchas cosas, ser menos extenso de lo que uno intentaba ser. Es menester añadir, para terminar esta digresión, que desde aquel desgraciado acontecimiento, esas señoras hubieron de renunciar al hermoso proyecto que habían concebido: hacer construir en un rincón del jardín, una caballeriza para tener tres caballos, a fin de que cada una de ellas tuviese el suyo. Don Hurtado se vio obligado a recoger su yegua y recibió una severa reprimenda del Obispo. En fin, el amable doctor inglés fue puesto a la puerta del convento. Pero se sacó el clavo en la reja del locutorio, en donde continuaba dando perniciosos consejos a las santas religiosas, pues todas tenían mal a los nervios desde que el severo doctor Bagras las atendía por orden del Obispo.

Desde el día siguiente a nuestra llegada, cada una de las tres amigas había dejado ver en la conversación, el vivo deseo que tenían de escuchar el relato exacto de la historia de la pobre Dominga. Circulaba por el convento, el rumor de que estas tres señoras, después de la aventura de Dominga, meditaban de concierto, para cada una de ellas, una no menos abominable. Rosita era de

---

21 En el Perú se cree por lo general que todos los ingleses son protestantes y la tolerancia ha hecho tan pocos progresos, que el epíteto de *perro* se usa con frecuencia al hablar de ellos. He oído decir, al hablar de una joven que se había casado con un inglés, que se había casado con un perro. (Nota de la autora).

la edad de Dominga y sentía por ella vivo interés, pues la había conocido mucho cuando ambas eran niñas. Mi primo Althaus no apetecía otra cosa que contar esta historia quizá por vigésima vez y se ofreció con gusto a satisfacer la curiosidad de estas señoras. Quedó convenido en que la buena Manuelita invitaría a mi prima y a mí a comer en privado con sus dos amigas, a fin de poder conversar a nuestro gusto y tanto tiempo como lo deseáramos. Fue la víspera de nuestra salida del convento cuando tuvo lugar la comida. Era terminar de una manera bastante picante los seis agradables días pasados en este monasterio.

Manuelita nos recibió en su linda habitación del antiguo convento. La comida fue una de las más espléndidas y sobre todo de las mejor servidas a que fui invitada durante mi estancia en Arequipa. Pusieron hermosa porcelana de Sévres, manteles adamascados, servicio de plata elegante y en el postre, cuchillos de plata dorada. Cuando acabó el convite, la graciosa Manuelita nos invitó a pasar a su retiro. Cerró la puerta del jardín y dio orden, a su primera negra, de que no nos molestaran con ningún pretexto.

Ese pequeño retiro no era tan hermoso como el de la superiora, pero era más original. Como era extranjera, esas señoras me hicieron los honores. Quisieron que ocupase yo sola el diván y me recosté muellemente, apoyada sobre cojines de seda. Las tres religiosas, muy elegantes con sus vestidos de anchos pliegues, se colocaron en torno mío: Rosita, sentada sobre un cojín cuadrado, con las piernas cruzadas a la moda del país se inclinaba al pie del diván; la buena Manuelita, a mi lado, jugueteaba con mis cabellos, los destrenzaba y los trenzaba de mil maneras; y la grave Margarita, en medio de nosotras, mostraba complacientemente su linda mano blanca y llena que apretaba un grueso rosario de ébano. Mi prima, la actriz principal, estaba sentada frente a su auditorio, sobre un gran sillón muy antiguo, con un cojín a los pies.

Mi prima comenzó por darnos a conocer los motivos que habían determinado a Dominga a hacerse religiosa. Dominga era más hermosa que sus tres hermanas. A los catorce años su belleza estaba lo bastante desarrollada como para inspirar amor. Gustó a un joven médico español, quien al saberla rica trató de hacerse amar por ella. Eso fue cosa fácil. Dominga nacía para el mundo. Era tierna y amaba como se ama a su edad, con sinceridad y sin desconfianza, creyendo la pobre niña en su sencillez, que el amor que inspiraba igualaba al que ella misma sentía. El español la pidió en matrimonio y la madre acogió su demanda. Pero temiendo que su hija fuese todavía demasiado joven, quiso que el matrimonio se efectuase al cabo de un año. Ese español, como casi todos los europeos llegados a esta comarca, estaba dominado por la codicia, quería conseguir grandes riquezas y como su unión con Dominga le había parecido



un medio de lograrlas, había especulado con la crédula inocencia de una niña. Apenas transcurridos algunos meses, desde que aquel extranjero pidió su mano, renunció este al amor verdadero de esta niña por una mujer viuda sin ninguna cualidad, pero mucho más rica que Dominga y sin demostrar la más ligera consideración por el profundo pesar que iba a causarle su abandono. La falta de lealtad del español hirió cruelmente el corazón de Dominga. Su proyectado enlace había sido anunciado públicamente a toda la familia y su orgullo no pudo soportar este ultraje. La joven se sentía humillada y los consuelos que trataban de prodigarle, no hacían sino irritar un dolor que hubiera querido ocultarse a sí misma. En su desesperación no vio más refugio que la vida conventual. Declaró a su familia que Dios la llamaba a sí y que estaba resuelta a entrar al monasterio. Todos los parientes de Dominga unieron sus esfuerzos para quebrantar su resolución. Pero ella tenía la cabeza exaltada y los pesares de un corazón no le permitieron escuchar ninguna súplica. Todo fue inútil. La joven se mostró tan indiferente a las exhortaciones y a los consejos, como había sido sorda a las solicitudes. La resistencia encontrada en su familia, sólo dio por resultado que su obstinada temeridad la llevara a entrar al convento más rígido de la orden de las Carmelitas. Después de un año de noviciado Dominga tomó el velo en Santa Rosa.

Parece, continuó mi prima, que Dominga en el fervor de su celo, fue feliz los dos primeros años de su estada en Santa Rosa. Al cabo de este tiempo, comenzó a cansarse de la severidad de la regla. Los sufrimientos físicos habían calmado la exaltación moral y tardías reflexiones le hicieron verter lágrimas sobre la suerte que se había buscado. No se atrevía a hablar de sus penas y de su tedio a su familia que se había opuesto tenazmente al partido que había adoptado y por lo demás ¿de qué hubiera podido servirle?

—Ustedes, saben señoras —agregó mi prima—, todo pesar es inútil. Una vez que se entra a uno de estos retiros, no se sale más.

Aquí las tres religiosas se miraron y hubo un acuerdo en esas miradas cambiadas, que no se nos escapó a ninguna de las dos.

La desgraciada Dominga encerró sus pesares en su corazón y sin esperar consuelo de nadie, se resignó a sufrir en espera de la muerte que pondría fin a sus males. Cada día pasado en el convento, el cual era ya considerado por la religiosa sólo como una prisión, debilitaba su salud, antes tan excelente. Una palidez mortal había reemplazado en sus mejillas el carmín que daba tanto realce a su belleza, cuando vivía en el mundo. Sus hermosos ojos, que estaban ya opacos, se habían hundido en sus órbitas, como los de los penitentes agotados por las austeridades del claustro. Un día, hacia fines del tercer año,

le tocó el turno de hacer la lectura en el refectorio y Dominga encontró, en un pasaje de Santa Teresa, la esperanza de su liberación.

Refiere ese pasaje que con frecuencia el demonio recurre a mil medios ingeniosos para tentar a las monjas. La Santa cuenta, por ejemplo, la historia de una religiosa de Salamanca que sucumbió a la tentación de fugarse del convento. El demonio le sugirió el pensamiento de poner, en el lecho de su celda, el cadáver de una mujer muerta, destinado a hacer creer a toda la comunidad que ella había fallecido, con el fin de tener tiempo de ponerse a cubierto de los alguaciles de la Santa Inquisición, ayudada por el mensajero del diablo, bajo la forma de un hermoso joven.

¡Qué rayo de luz para la joven! Ella también podrá salir de su prisión, de su tumba, por el mismo medio de la religiosa de Salamanca. Desde aquel momento, la esperanza entra en su alma y desde entonces ya no siente más fastidio. Apenas tiene tiempo suficiente para emplear toda la actividad de su imaginación en idear los medios de realizar su proyecto. Ya no hay prácticas austeras, ni deberes penosos que le cuesta trabajo cumplir, porque ve un término a su cautiverio. Cambió gradualmente de modo de ser con las religiosas, buscaba ocasiones de hablarles a fin de conocer a fondo a cada una de ellas. Dominga trataba sobre todo de trabar amistad con las hermanas porteras. Las funciones de estas hermanas no duran sino dos años en el convento de Santa Rosa. A cada cambio, ella se esforzaba con sus atenciones y asiduidades en atraerse a la nueva portera. Se mostró muy generosa y muy buena con la negra que le servía de comisionista fuera del convento, para asegurarse una abnegación sin límites. La prudente y perseverante joven no olvidó, en suma, nada de lo que pudiese facilitar la ejecución de sus planes. Ocho años transcurrieron, sin embargo, antes de poder realizarlos. ¡Ah! ¡Cuántas veces durante esa larga espera, la desgraciada pasaba de la alegría delirante que siente el prisionero pronto a abandonar su calabozo por un esfuerzo de valor y habilidad, al desánimo profundo, a la desesperación del esclavo que, sorprendido en el momento de su fuga, va a caer de nuevo entre las manos de un amo cruel! Sería demasiado largo referir todas sus ansiedades, todas sus alternativas de esperanza y de temor. Algunas veces, después de haber empleado cerca de dos años en halagar a una vieja hermana portera, dura y áspera, en el momento en que Dominga se creía segura de la simpatía y discreción de la vieja, una circunstancia, la hacía ver que, si hubiese tenido la imprudencia de confiar en aquella mujer, se hubiese perdido. A este pensamiento, Dominga, espantada del peligro que acaba de correr, temblaba de terror. Se pasaban entonces muchos meses sin que se atreviera a hacer la menor tentativa. Sucedía también que en momentos de confiarse a una portera que le parecía buena y digna del

terrible secreto que iba a decirle, era ésta cambiada y reemplazada por una especie de cancerbero cuya sola voz helaba a la pobre Dominga.

En medio de estas crueles ansiedades vivió durante ocho años, la joven religiosa. No se concibe cómo su salud pudo resistir tan larga agonía. Al fin, sintiendo que ya no podía más, se decidió a franquearse con una de sus compañeras a quien amaba más que a ninguna otra y que acababa de ser nombrada portera. Su confianza, se encontró felizmente, bien colocada y Dominga una vez segura de la ayuda y del silencio de la portera, sólo pensó en el medio de procurarse a la negra, su mandadera, pues sin el concurso de esta esclava era imposible tener éxito. Esta confidencia iba rodeada de peligros y en esta circunstancia como en todas las relacionadas con su plan de evasión, Dominga fue admirable de valor y de perseverancia. No podía comunicarse con su negra sino en el locutorio y a través de una reja. Las palabras de Dominga podían ser escuchadas por alguna de las silenciosas religiosas que iban y venían sin cesar al locutorio, y sin cesar también, tenían el oído en acecho. He aquí el plan concebido por Dominga y que tuvo el atrevimiento de exponer a su negra, ofreciéndole una buena recompensa para resarcir a esta esclava de los peligros que podía correr.

Era preciso que la negra consiguiera una mujer muerta, y que la trajera al convento tarde, a la caída de la noche. La portera le abriría y mostraría el lugar donde debía esconder el cadáver. Dominga por la noche vendría a buscarlo para llevarlo a su lecho, prenderle fuego y escapar, mientras las llamas quemaban el cadáver en la *tumba*. No fue sino muchísimo tiempo después de haber conocido el proyecto de su ama, cuando la negra pudo tener el cadáver. Hubiera sido peligroso pedirlo en el hospital, en donde por lo demás no lo proporcionaban sino a cirujanos y para uso indicado, pues en Arequipa no hay escuela de medicina. Era casi imposible obtener el cuerpo de una mujer muerta en una casa. Aseguran también que sin los buenos oficios de un joven cirujano que fue admitido en la confidencia, la buena amiga de Dominga habría acabado sus dos años de portera antes que la esclava hubiese podido conseguir el cadáver que, en el convento, debía hacer creer en la muerte de su ama. Una noche sombría, la negra dominó sus terrores pensando en la recompensa prometida y cargó sobre sus hombros el cadáver de una india muerta desde hacía tres días. Llegada a la puerta del convento hizo la señal convenida. La portera temblorosa, abrió y la negra en silencio, depositó el fardo en el lugar que con el dedo le mostró la portera. La esclava fue enseguida a apostarse a la vuelta de la calle de Santa Rosa para esperar a su ama.

Dominga, era desde hacía muchos días, presa de las más vivas inquietudes por los obstáculos sin cesar renacientes que dificultaban la ejecución de sus

planes. Esperaba con una ansiedad inimaginable el resultado de las últimas intenciones intentadas para conseguir un cadáver de mujer, cuando su amiga la portera vino a prevenirle que su negra lo había introducido al convento. A esta noticia, Dominga cayó de rodillas, besó el suelo y dirigiendo los ojos sobre el Cristo, permaneció largo rato en esta posición, como abismada en un sentimiento inefable de amor y de reconocimiento.

Por la tarde, la portera puso el cerrojo en la puerta, sin cerrarla con llave. Enseguida fue, según la regla lo exigía, a llevar la llave a la superiora y se retiró a su *tumba*. Dominga como a las doce de la noche, cuando juzgó que todas las religiosas estaban profundamente dormidas, salió de su tumba, en la que dejó una pequeña linterna sorda y fue al lugar indicado por la portera a sacar el cadáver. Era una carga muy pesada para los miembros delicados de la joven religiosa. Pero ¿qué no puede el amor a la libertad? Dominga levantó el horrible fardo con tanta facilidad como si hubiese sido una canasta de flores. Lo depositó sobre su lecho, le puso sus hábitos de religiosa y revestida ella misma con un traje que había tenido cuidado de conseguir, prendió fuego a su lecho y huyó, dejando abierta la puerta del convento.

Mi prima calló y las tres religiosas de Santa Catalina se miraron con un aire de inteligencia que me hizo presentir sus pensamientos. Después de algunos instantes de silencio, la hermana Margarita preguntó lo que había ocurrido en el convento después de la evasión de Dominga y lo que habían pensado.

—Nadie —dijo mi prima—, dudó de la veracidad del hecho. La hermana portera que no dormía, como pueden ustedes presumirlo, corrió tras de los pasos de Dominga a cerrar la puerta con el cerrojo y en la confusión ocasionada por el incendio, la lista portera tomó la llave del cuarto de la superiora y cerró su puerta como de costumbre. Todo el mundo quedó convencido que Dominga se había quemado. Los restos del cadáver que se encontró estaban irreconocibles y fueron enterrados con las ceremonias usuales para el entierro de las religiosas. Dos meses después la verdad de este acontecimiento comenzó a traslucirse. Pero las religiosas de Santa Rosa no quisieron prestar fe y cuando la existencia de Dominga había cesado de ser una duda para todo el mundo, las buenas hermanas sostenían todavía que estaba bien muerta y que lo que se contaba sobre la pretendida salida del convento, era una calumnia. No se convencieron sino cuando la misma Dominga se tomó el cuidado de hacerlo, atacando a la superiora para que le restituyera su dote que era de 10,000 pesos (50,000 francos).

Durante todo el tiempo que había durado el relato de mi prima, me había ocupado atentamente en observar el efecto producido por su narración sobre

las tres encantadoras religiosas. La mayor de las tres, la hermana Margarita, se había mantenido casi constantemente en su reserva habitual. A la viva e impetuosa Rosita se le habían escapado varias exclamaciones que demostraban con qué sinceridad esta amable niña compadecía los sufrimientos soportados por Dominga en sus once años de agonía. En cuanto a la dulce Manuelita, lloraba y repetía a menudo con una sencilla compasión: «¡Pobre Dominga! ¡Cuánto ha debido sufrir! Pero también ¡cuán feliz es por haberse podido al fin libertar!». Y la graciosa niña recostaba su cabeza en mi hombro con un movimiento infantil y lloraba.

Nos retiramos dejando a estas señoras sumidas en sus pensamientos que no creímos discreto turbar.

—Apostaría, dije entonces a mi prima, que antes de dos años esas tres religiosas no estarán ya acá.

—Pienso como usted —me respondió—, y me alegraría mucho de ello. Esas tres religiosas son demasiado hermosas y demasiado amables para vivir en un convento.

Al día siguiente salimos de Santa Catalina. Habíamos permanecido seis días durante los cuales estas señoras pusieron todo su esmero en hacernos pasar el tiempo lo más agradablemente posible: comidas magníficas, meriendas deliciosas, paseos. Las amables religiosas no omitieron nada para agradarnos y hacernos gozar de las distracciones que el convento les permitía ofrecernos. Fuimos acompañadas hasta la puerta por toda la comunidad, en desorden, sin ceremonia ni la menor etiqueta, pero con un afecto tan verdadero y emocionante, que lloramos con las buenas religiosas por el verdadero pesar que teníamos al separarnos. Nuestras impresiones eran muy diferentes de las sentidas a nuestra salida de Santa Rosa. Esta vez salimos con pena del convento y nos detuvimos muchas veces en la calle para dirigir nuestras miradas sobre las torres del asilo hospitalario que acabábamos de dejar. Nuestros niños y las esclavas estaban tristes y las señoras no cesaban de elogiar la bondad de esas amables religiosas.

No hubo día en la semana siguiente a nuestra salida, que las religiosas no nos enviaran regalos de toda especie. Sería inútil hacerse una idea de la generosidad de estas excelentes señoras. Había yo conservado un recuerdo tan agradable de la acogida amistosa recibida en el convento de Santa Catalina, que antes de mi partida de Arequipa, fui varias veces a conversar en el locutorio con mis antiguas amigas. En esta circunstancia, esas señoras me colmaron de regalitos y me dieron el encargo de enviarles de Francia música de Rossini.

**La batalla de Cangallo**

**E**l martes 1° de Abril salimos de Santa Catalina. Mi tía, inquieta por su marido, por su casa y sin poder contener su impaciencia, había querido regresar a su hogar. Por lo demás, todo el mundo decía que San Román, asustado por el número y el buen orden de las tropas de Nieto, no osaría acercarse y se quedaría en Cangallo hasta que Gamarra le enviase refuerzos del Cuzco. El General compartía también la opinión de la multitud y siempre preocupado por la llegada de Orbegoso, se impacientaba de la lentitud del enemigo y no adoptaba ninguna disposición para recibirlo. El monje en su periódico, entonaba ya los cánticos de la victoria. Los eruditos de Arequipa componían canciones en honor de Nieto, de Carrillo y de Morán y endechas sobre San Román, todo tan burlesco y tan ridículo que me recordaba los cantores de las calles de París después de las jornadas de Julio.

Ese mismo martes, día de fiesta, se pagó a la tropa y Nieto para hacerse agradable a los soldados, les dio permiso para divertirse, favor del que se aprovecharon ampliamente. Fueron a las *chicherías* a beber *chicha*, entonaron a voz en cuello las canciones que acabo de mencionar y pasaron toda la noche en la embriaguez y el desorden. Por lo demás no hacían con esto, sino seguir el ejemplo de sus jefes, quienes por su lado se habían reunido para beber y jugar. Estaban tan persuadidos de que San Román no se atrevería avanzar antes de recibir refuerzos, que no hacían preparativos ni tomaban precauciones. La misma negligencia reinaba en las avanzadas. El miércoles 2 de abril, mientras los defensores de la patria dormían profundamente la mona de la víspera, se supo de repente que el enemigo se aproximaba. Todo el mundo subió a lo alto de las casas, pero habían sido engañados tantas veces por el General, que se prestaba una fe dudosa a las noticias anunciadas por éste.

Eran las dos de la tarde y excepto lo que la imaginación de cada uno prestaba a la luna de larga vista, no se distinguía nada. Comenzaban a impacientarse. El sol quemaba. Un viento seco, tal como sopla de continuo en Arequipa, hacía el calor más insoportable aún, barría los techos de las casas y arrojaba polvo a las caras de los espectadores. El lugar no era soportable sino para un observador de mi intrepidez. En vano mi tío me gritaba desde el patio que iba a perder la vista por la reverberación del sol, que esperaba inútilmente, que San Román no vendría en todo el día. Yo no hacía caso de sus opiniones. Me había acomodado en el reborde del muro. Había tomado un amplio paraguas rojo para defenderme del sol y provista de un anteojo de

larga vista de Chevallier, me encontraba muy bien instalada. Me había abandonado a mis pensamientos contemplando el volcán y el valle y ya no pensaba en San Román, cuando súbitamente me recordó el objeto de la atención general, un negro que me gritaba: «Señora ¡allí están!». Sentí subir a mi tío y dirigí enseguida mi larga vista en la dirección indicada por el negro. Vi con claridad dos líneas negras que se dibujaban en lo alto de la montaña vecina al volcán. Esas dos líneas delgadas como un hilo, se desplegaron en el desierto, describiendo ya una curva, ya otra, a medida que avanzaban, formaban a veces zig-zags, pero sin romperse jamás, así como se ve en las bandadas de pájaros viajeros que varían infinitamente el orden de su vuelo y presentan en el aire una serie de puntos negros.

Al distinguir al enemigo, toda la ciudad lanzó un grito de júbilo. La situación desgraciada en que el monje y Nieto había puesto a los habitantes, les era insoportable y a cualquier precio querían salir de ella. En el campamento de Nieto fue también grande el gozo. Oficiales y soldados se pusieron de nuevo a beber *chicha* y a entonar himnos de victoria, celebrando los funerales de aquellos a quienes iban a *abatir, a deshacer*. Como a las tres, Althaus entró al patio a galope y como nos viera a todos en lo alto de la casa, me llamó con la emoción de un hombre muy inquieto. Bajé y prometí a mi tío regresar para darle las noticias que hubiera recibido.

—¡Ah, prima! jamás me he encontrado en un momento más crítico. Decididamente todas estas gentes están locas. Figúrese que estos miserables están ebrios. Ningún oficial se halla en estado de dar una orden y ningún soldado en el de cargar su fusil. Si San Román tiene un buen espía estamos perdidos. Dentro de dos horas será dueño de la ciudad.

Subí y comuniqué a mi tío los funestos presentimientos de Althaus.

—Lo esperaba —dijo mi tío—. Esos hombres son completamente incapaces. Perderán su causa y tal vez no sea esto una desgracia para el país.

El pequeño ejército de San Román empleó cerca de dos horas en descender de la montaña y vino a colocarse a la izquierda del volcán sobre el montículo llamado *Apacheta*. Esta posición dominaba las fortificaciones de Nieto. Era la que Althaus había previsto que ocuparía. San Román dispuso sus tropas en líneas muy extendidas, con la espera de causar ilusión respecto a su número. Pero se distinguía perfectamente que las filas no tenían sino uno o dos hombres de fondo. Formó también en batallón cuadrado a los setenta y ocho hombres que componían toda su caballería. Hizo, en una palabra, todo lo que un hábil táctico podía hacer para que le atribuyeran un número de gente cuatro veces mayor. Las *rabonas* encendieron una multitud de fuegos

sobre la cima del montículo y hacían tal ruido, que sus gritos se oían en la parte baja del valle.

Pero una vez en presencia el uno del otro, ambos ejércitos se temieron mutuamente y cada uno de ellos quedó convencido de la superioridad del contrario. Si la apariencia verdaderamente militar que San Román había tomado a los ojos de Nieto hizo temer a éste que sus elegantes Inmortales no tuviesen fuerza para sostener el choque con los soldados veteranos de su adversario, por su lado San Román no era más sabio ni menos presuntuoso que Nieto. Según los informes de sus espías pensaba marchar a una victoria fácil. Creía aún obtenerla sin combatir. Muchos de sus oficiales me han dicho que todos estaban tan persuadidos de entrar la misma tarde a Arequipa, que al salir por la mañana de Cangallo, no habían pensado sino en sus pequeños preparativos de toilette, a fin de estar a su llegada, listos para visitar a las damas. Los soldados participaban de la misma confianza, habían arrojado sus víveres y vaciado las marmitas, gritando: «Viva la sopa del cuartel de Arequipa». Sin embargo, las *señoras rabonas* a pesar de todo el trabajo que se daban para tener aire de cocinar, no tenían ni una mazorca de maíz, ningún alimento que ofrecer a sus imprudentes compañeros. Y para colmo de fatalidades, el ejército se encontraba acampado en un lugar en donde no podía obtenerse ni una gota de agua. En cuanto San Román pudo apreciar su situación, no supo más que desesperarse y llorar como un niño, como hemos sabido después. Felizmente, para su partido tenía a su lado tres jóvenes oficiales cuyo valor, firmeza y talento, lo sacaron del aprieto. Los señores Torres, Montoya y Quiroga, a quienes sus cualidades hacían dignos de servir mejor causa, se apoderaron del comando, reanimaron la moral del soldado, apaciguaron los insolentes murmullos de las *rabonas*, y dando el ejemplo de la resignación que todo militar debe tener en semejantes momentos, cortaron con sus sables unas ramas en forma de raquetas que crecen en abundancia en los cerros, las masticaron para aplacar la sed y las distribuyeron a los soldados y a las *rabonas*. Todos las recibieron con sumisión y se alimentaron con ellas sin atreverse a replicar. Pero estos oficiales comprendían que este medio no podía calmar la irritación de sus hombres sino por unas horas. Se decidieron a arriesgar el combate prefiriendo morir por el hierro y no de sed. El teniente Quiroga, preguntó a los soldados si querían retirarse sin combatir, huir vergonzosamente en presencia del enemigo y exponerse a su regreso a Cangallo, a perecer de hambre y de sed y morir en el desierto como animales, o preferían hacer sentir el poder de su brazo a esta tropa de fanfarrones incapaces de resistir a pesar de su número. Esos soldados que en cualquier otra circunstancia hubieran huido sólo a la vista de sus enemigos, respondieron con aclamaciones a esta arenga militar y pidieron el combate.



Eran cerca de las siete de la noche. Acababa de subir nuevamente a mi puesto de observación. Parecía reinar la calma en los dos campos. Se suponía que, en vista de la hora avanzada, el combate no se empeñaría sino al rayar el día. De repente vi destacarse del batallón cuadrado de San Román a una especie de portabandera, seguido inmediatamente por todo el escuadrón de caballería. Luego del ejército de Nieto avanzaron a su encuentro los dragones dirigidos por el coronel Carrillo. Ambos escuadrones se lanzaron a paso de carga. Cuando estuvieron a tiro se hizo una descarga de mosquetería, luego otra y continuaron así. El combate había empezado. Escuché entonces un gran rumor en ambos campos. Pero el humo era tan denso que nos ocultaba esta escena de carnicería.

Sobrevino la noche y quedamos en completa ignorancia de lo que ocurría. Mil rumores circularon. Los alarmistas pretendían que habíamos perdido mucha gente y los enemigos iban a entrar a la ciudad. Nuestra casa estaba llena de gentes que venían con la esperanza de tener noticias. El uno lloraba por su hijo, ésta por su marido o por su hermano, era una desolación general. Como a las nueve llegó un hombre del campo de batalla y pasó por la calle de Santo Domingo. Lo detuvimos y nos dijo que todo estaba perdido y que el General lo enviaba donde su esposa para decirle que se retirase enseguida al convento de Santa Rosa. Agregó que había un desorden espantoso en nuestras tropas: la artillería del coronel Morán había disparado sobre nuestros dragones, confundiéndolos con el enemigo y había muerto a un gran número de ellos. Esta nueva se divulgó por la ciudad. El espanto se apoderó de todo el mundo. Los que habían creído poder quedarse en sus casas, asustados de su propio valor, se apresuraron a dejarlas. Se les veía correr como locos, cargados con sus platos de plata y con sus vasos de noche<sup>22</sup> del mismo metal; ésta llevaba un pequeño estuche con alhajas, aquella un brasero; las negras y las zambas tenían mezcladas las alfombras y los vestidos de sus amas. Los gritos de los niños, las vociferaciones de los esclavos, las imprecaciones de los patrones, daban a esta escena de confusión, una expresión espantosa. Los dueños del oro, los propietarios de esclavos, la raza dominadora, en fin era presa del terror, mientras el indio y el negro se regocijaban de la próxima catástrofe y parecían meditar venganza y saborear de antemano las primicias. Las amenazas brotaban de boca del indígena. El blanco se intimidaba. El esclavo no obedecía. Su risa cruel, su mirada torva y feroz arredraban al amo, que no osaba golpearlo. Era la primera vez, sin duda, que todas las caras blancas y negras dejaban leer en su fisonomía toda la bajeza de su alma. Tranquila en medio de este caos, contemplaba con disgusto imposible de reprimir este panorama de las malas

---

22 En el Perú todos los vasos de noche son de plata. (Nota de la autora).

pasiones de nuestra naturaleza. La agonía de estos avaros porque temían la pérdida de sus riquezas, más que la misma vida; la cobardía de toda esa población blanca, incapaz de la menor energía para defenderse por sí misma; ese odio del indio, disimulado hasta entonces bajo formas obsequiosas, viles y rastreras; esa sed de venganza del esclavo, quien aun en la víspera, besaba como un perro la mano que lo había golpeado, me inspiraban el desprecio más profundo que en la vida he sentido por la especie humana. Yo le hablaba a mi zamba en los tonos ordinarios, y esta muchacha ebria de gozo, me obedecía porque veía que no sentía temor. Mi tía y yo no quisimos ya ir a ningún convento. Mis primas fueron solas con los niños. Al tumulto de la horrible escena que acabo de describir, sucedió el silencio del desierto. En menos de una hora toda la población se aglomeró confusamente en los conventos de mujeres o de hombres y en las iglesias. Estoy segura de que no quedaron en la ciudad veinte casas habitadas.

Nuestra casa se había convertido en el lugar de cita de los habitantes, en primer lugar por la seguridad que ofrecía la proximidad de la iglesia de Santo Domingo y enseguida por la esperanza de que Althaus hiciera llegar noticias donde don Pío. Nos hallábamos todos reunidos en una inmensa sala abovedada que daba sobre la calle: era el gabinete de mi tío. No había luz por no atraer la atención de los transeúntes. No teníamos sino el fulgor de los cigarros que los fumadores, esa tarde, tenían constantemente encendidos en la boca. Era una escena digna del pincel de Rembrandt. Se distinguía a través de las espesas nubes de humo que llenaban el cuarto, las caras largas y estúpidas de cuatro monjes de la orden de Santo Domingo, con sus largos vestidos blancos, sus rosarios de cuentas negras y sus toscos zapatos con hebillas de plata. Con una mano hacían caer la ceniza de su cigarro y con la otra jugaban con sus correas. En el lado opuesto, los rostros pálidos y delgados de tres pobres millonarios a quienes el lector ya conoce: los señores Juan de Goyeneche, Gamio y Ugarte. Una docena de otras personas se encontraban también allí. Mi tía estaba sentada en el extremo de uno de los sofás, con las manos juntas, rezando por los muertos de ambos partidos. En cuanto a mi tío, iba y venía de un lado a otro de la habitación, hablando y gesticulando de una manera brusca y animada. Yo me había recostado sobre el reborde de la ventana, envuelta en mi abrigo. Gozaba del doble espectáculo ofrecido por la calle y el gabinete. Esta noche estuvo para mí llena de enseñanza. El carácter de este pueblo tiene un sello que le es peculiar: su gusto por lo maravilloso y por la exageración es extraordinario. No podría decir cuántas historias macabras fueron referidas durante esta larga velada, cuántas mentiras fueron dichas, todo con un aplomo y con una dignidad que no podía dejar de admirar. Los que escuchaban probaban con sufrida indiferencia, que creían muy poco los cuentos que les narraban.

Pero de repente, cada vez que se recibían noticias verdaderas o falsas de lo que ocurría en el campo de batalla, se abandonaba la narración de cuentos y la conversación cambiaba. Si un soldado herido se arrastraba hacia el hospital y decía que los arequipeños habían perdido la batalla, se elevaba enseguida en la sala un rumor burlesco. Se vociferaba contra el *cobarde*, el *bribón*, el *imbécil* de Nieto y se exaltaba al *digno*, al *bravo*, al *glorioso* San Román. Los buenos monjes de Santo Domingo, dirigían al cielo sus votos sinceros para que ese perro de Nieto fuera muerto y se ponían a hacer hermosos proyectos para la brillante recepción que contaban hacer al ilustre San Román. Un cuarto de hora después, si otro soldado pasaba gritando: «¡Viva el general Nieto!, ¡la victoria es nuestra! ¡San Román está perdido!» entonces los asistentes aplaudían, los buenos padres palmoteaban con sus toscas manos y exclamaban: «¡Oh! ¡el valiente General! ¡cuánto valor! ¡cuánto talento! Condenado sea ese miserable indio, ese zambo de San Román». Mi tío temía verse comprometido por estos impertinentes charlatanes, tan ridículos como despreciables, pero en vano empleaba toda su elocuencia en hacerlos callar, sus esfuerzos eran inútiles, pues en la naturaleza de las gentes de este país, está en abrumar sin piedad y sin medida al que cae, para alabar con exageración al que ha tenido éxito.

Como a la una de la mañana, Althaus nos envió a uno de sus ayudantes para informarnos que, desde las ocho la acción había cesado. El enemigo intimidado por el número, no se había atrevido a aventurarse, durante la noche, en localidades que no conocía. Ya habíamos perdido treinta o cuarenta hombres, entre ellos un oficial, a causa de la funesta equivocación de Morán y un desorden alarmante reinaba entre las tropas. Mi primo me enviaba una esquela escrita a lápiz, en la cual me decía que consideraba la batalla perdida.

A las cuatro de la mañana, estaba yo en lo alto de la casa. Admiraba la salida del sol, y el magnífico espectáculo que me ofrecían las cúpulas de las numerosas iglesias y conventos que encierra esta ciudad, apiñadas de gentes. Todos esos seres humanos, hombres, mujeres y niños, que presentaban todos los matices del negro al blanco, trajeados según su rango y su respectiva raza y unidos en aquel instante por el mismo pensamiento que les preocupaba, formaban un todo armónico y no tenían más que una sola expresión. Las cúpulas de las torres habían perdido su naturaleza inerte. La vida se había incorporado a ellas. Estaban animadas por el mismo espíritu. Esas figuras inmóviles en igual actitud, todas con el cuerpo inclinado, la boca entreabierta y los ojos fijos en la misma dirección hacia los dos campamentos, cubrían totalmente las cúpulas y las torres y les daban un aspecto sublime.

¿Por qué impulso divino, me preguntaba, todos esos seres que viven entre sí, en una lucha perpetua, que aun ayer ofrecían la imagen del caos, componen ahora un armonioso conjunto? ¿Qué poder sobrehumano los obliga a todos, en el mismo instante, a abandonar sus moradas, y dejar el tumulto de la ciudad, en donde reinan ahora el silencio y la inmovilidad? ¿Cómo han podido en un momento olvidar el *tuyo* y el *mío* y confundir sus pensamientos en una idea común? Así como a bordo de un barco en donde todos los odios se apaciguan y todas las querellas cesan cuando se levanta la tempestad, la unión ¿no puede existir sobre la tierra entre los hombres, sino por la inminencia del peligro que corren? ¿Cómo no han sentido todavía que las sociedades no pueden lograr la felicidad sino por medio de la unión, como cuando evitan el peligro, y que el aislamiento es tan funesto al individuo como a la sociedad de la cual forma parte?

Volví la espalda al campo. Cautivada por mis reflexiones, olvidé el combate y los combatientes. Un ruido largo y sordo, que se escapó de las cúpulas como desde una tumba, me sacó de mi arrobamiento. ¡Toda esa masa animada por el mismo sentimiento no tuvo sino una voz! De esos millares de pechos brotó un solo grito, vibrante de una dolorosa expresión. Me emocioné hasta las lágrimas. Sin tener necesidad de voltear la cabeza hacia el campo de batalla, comprendí que se mataban... ¡o que iban a matarse!... A este grito de dolor, sucedió un silencio de muerte y la actitud en las cúpulas y en las torres anunciaban el más alto grado de atención. De repente se dejó oír un segundo grito, y el acento de éste y el gesto con que fue acompañado me tranquilizaron sobre la suerte de los combatientes. Me volví y vi gran movimiento en los dos campamentos. Rogué a mi tío que me dejara mirar con el largavista. Distinguía dos oficiales que corrían de un campo a otro y disparaban sus pistolas. Después el general Nieto seguido por sus oficiales iba al encuentro de un grupo de oficiales del campo enemigo. Los vi confundirse en mutuos abrazos. Nos convencimos entonces de que el ejército de San Román acababa de rendirse y de que todo se arreglaría.

Formábamos mil conjeturas, cuando Althaus entró a caballo al patio a toda velocidad y gritó a voz en cuello: «¡Eh! ¡los de arriba! ¡Bajen pronto! ¡Traigo grandes noticias!» Las escaleras de mano con las cuales se sube sobre las casas están muy lejos de ser cómodas, pero olvidamos todo peligro y bajamos a cual más ligero. Llegué al patio antes que los demás, salté al cuello de Althaus y lo abracé tiernamente por primera vez. No estaba herido, pero, ¡Dios mío!, ¡en qué estado se encontraba!. Él, tan amigo de la limpieza en sus vestidos, se hallaba cubierto de polvo, de lodo y de sangre. Su rostro estaba irreconocible. Sus ojos hinchados se saltaban de las órbitas. Su nariz y sus

labios estaban igualmente hinchados. Tenía la piel desgarrada, contusiones por todas partes. Las manos negras de pólvora y en fin la voz enronquecida en tal forma que apenas se le podía comprender una palabra.

—¡Ah, Primo! —le dije con el corazón afligido—, no tenía necesidad de verle en este estado para aborrecer la guerra. Después de todo cuanto he visto ayer, pienso en que no puede haber castigos demasiado crueles para quienes las desencadenan.

—Florita, usted hará hoy de mí lo que quiera, por que no puedo hablar. Pero por favor no dé el nombre de guerra a una refriega ridícula en la cual ninguno de esos mozalbetes sabía ni apuntar un arma. ¡Heme aquí en la facha de un ladrón! Y para llevar al colmo mi buen humor, mi amable esposa ha escondido hasta mi última camisa.

Althaus se arregló lo mejor que pudo, tomó cuatro o cinco tazas de té, comió una docena de tostadas y se puso enseguida a fumar. Mientras hacía estas cosas, regañaba a su mujer, se reía y bromeaba como de costumbre y nos contaba lo que había sucedido desde la víspera.

—Ayer —dijo—, el combate no fue sino una escaramuza pero qué inextricable confusión la que siguió. Felizmente los gamarristas tuvieron miedo y se retiraron. He necesitado toda la noche para poner un poco de orden entre nuestra gente. Esta mañana ocupábamos el campo de batalla y esperábamos ver al enemigo abatirse sobre nosotros con toda la ventaja de su posición, cuando en vez de esto vimos llegar a un parlamentario, quién a nombre de San Román pidió hablar con el general Nieto. Olvidando su dignidad, quería aturdidamente aceptar de inmediato esta invitación. El monje se opuso y también los demás. Para cortar por lo sano la discusión, dije: «Como jefe de Estado Mayor, a mi me toca ir». Y, sin esperar respuesta, dirigí mi caballo hacia donde se hallaba el parlamentario. Éste me anunció que San Román deseaba hablar con el General en persona. No pudiendo obtener de él otras palabras, regresé y dije al General: «Si quiere usted creerme, por toda conversación les enviaremos balas. Esas frases se comprenden siempre». El imbécil de Nieto no ha tenido en cuenta mi opinión.

Ha querido hacerse el bueno, el generoso, ver a su antiguo camarada, a sus hermanos del Cuzco. El monje rechinaba los dientes, echaba espumarajos de rabia. Pero le fue preciso ceder ante el hombre de quien pensaba servirse como de instrumento, cuando lo hizo nombrar. Nieto le impuso silencio con estas palabras: «Señor Valdivia, el único jefe aquí soy yo». El *padre* enojado le lanzó una mirada que decía a las claras: «Cuando pueda ahorcarte, no dejaré de hacerlo». Sin embargo no queriendo abandonar la partida, se resignó a

seguir al sensible Nieto. Actualmente están en conferencia con el enemigo, asistidos por dos periodistas, Quirós y Ros. Pero estoy ya repuesto y algo limpio y regreso al campamento, donde voy a dormir hasta que vengan a decirme si hay que batirse o abrazarse.

La nueva que nos dio Althaus, se propaló rápidamente por la ciudad y llegó hasta los conventos. Se creyó que la entrevista de los dos jefes traería la paz. Esta esperanza era ya una felicidad para todos. Los arequipeños son esencialmente perezosos. Las crueles agitaciones soportadas durante un día y una noche habían agotado sus fuerzas y acogieron con complacencia la ocasión de reponerse. Al tener un momento de tregua, cerraron los ojos al porvenir y estuvieron sin energía para intervenir en su propia causa. Cada uno de ellos sólo pensó en los pequeños goces de que se había privado durante veinticuatro horas: éste pensaba en su chocolate, aquél en renovar su provisión de cigarrillos, todos estaban en busca de algún sitio en los conventos o en las iglesias para acurrucarse a descansar. Yo también me sentí fatigada. Las emociones tan fuertes como nuevas que me habían agitado desde la víspera, me hacían sentir igualmente la necesidad de un reposo que no tenía deseos de resistir. Me acosté, después de haber dado a mi zamba la orden de despertarme sólo cuando los enemigos estuviesen en el patio. Era el jueves 3 de abril.

Como a las seis de la tarde estaba yo todavía profundamente dormida, cuando Manuel y mi tío entraron:

—Y bien —dijo mi tío—, ¿Qué noticias nos traes?

—Nada positivo. El General permaneció con San Román desde las cinco de la mañana hasta las tres de la tarde. Pero cuando regresó no dijo nada sobre esta larga conferencia, sino que pensaba que todo se arreglaría. Hemos sabido por un ayudante que la entrevista de ambos jefes ha sido muy conmovedora. Han llorado mucho por las desgracias de la patria y por la pérdida del oficial Montenegro, cuyo cuerpo rodearon y juraron sobre su cadáver, *unión y fraternidad*. En fin todo el día se pasó en recitar, por una y otra parte, hermosas frases. Los gamarristas se hacen los tontos y son dulces como corderos. Mientras tanto, Nieto más sensible que nunca, ha permitido a San Román que envíe a sus hombres y caballos a beber de la fuente del *Agua Salada*. Les ha hecho hasta llevar víveres y trata a San Román y a su ejército como hermanos.

Manuel me invitó a visitar el campamento. Mi tío quiso acompañarme y fuimos todos. Encontré las chicherías y la casa de Menao completamente destruidas y el campamento en el mayor desorden. Al ver el aspecto de esos lugares, se habría creído que los ocupaban los enemigos. Los campos del maíz estaban destrozados. Los pobres campesinos se habían visto obligados

a huir y sus chozas estaban llenas de *rabonas*. En el Estado Mayor vi a los guapos oficiales de ordinario tan elegantes, sucios, con los ojos rojos y la voz enronquecida. La mayoría de ellos dormían tendidos en el suelo, así como los soldados. El cuartel de las *rabonas* era el que más había sufrido. La artillería de Morán en la confusión, lo había alcanzado y había derribado todo. Tres de estas mujeres habían muerto y siete u ocho estaban gravemente heridas. No encontré al General ni a Valdivia: ambos dormían.

A nuestro regreso, mi tío me dijo:

—Florita, auguro males a todo esto. Conozco a los gamarristas, no son gentes capaces de ceder. Hay con San Román hombres de mérito. Nieto no es capaz de luchar en astucia con ellos. Bajo las apariencias de cordialidad, me engaño si no se oculta una trampa.

Al día siguiente. Nieto fue de nuevo a ver a San Román. Le hizo llevar vino, jamones y pan para sus tropas. Todo el mundo esperaba, a las doce, la publicación de un bando, en el que el General diera cuenta al ejército y al pueblo del resultado de las conferencias sostenidas desde hacía dos días con el enemigo. Eran más de las dos de la tarde y no apareció ningún bando. Entonces se comenzó a gritar contra este hombre nombrado por el pueblo Comandante General del departamento, quien desde hacía tres meses disponía a su agrado de la fortuna, de la libertad y de la vida de los ciudadanos y respondía a tal confianza dándose aires de Presidente o más bien de *dictador*.

Esta conducta llevó al colmo la exasperación contra Nieto. Una población de treinta mil almas, obligada a abandonar sus ocupaciones y sus costumbres para agazaparse en los monasterios y las iglesias, estaba impaciente por saber a qué atenerse. No podía soportar por más tiempo la situación a que la habían reducido. El pequeño número de personas que habían permanecido en sus casas, como nosotros lo habíamos hecho, estaban en la forma más incómoda. Con todo escondido en los conventos, se hallaba uno privado de ropa, de cubiertos, de sillas y hasta de camas. Pero si nosotros sufríamos estas privaciones, los millares de desgraciados hacinados confusamente en los monasterios, sufrían aun más todavía. Les faltaban los vestidos y las cosas más indispensables para la preparación de los alimentos. Hombres, mujeres, niños y esclavos se veían obligados a estar juntos en un reducido espacio. Su situación era horrible.

Fuera de estos verdaderos sufrimientos, ese pueblo soportaba una efectiva tortura moral, al no saber por cuál de los beligerantes debía pronunciarse, al ignorar el nombre de aquél a quien el destino ofrecía su incienso y el del infortunado a quien debía abrumar con sus ultrajes y sus maldiciones. Como

no podía prever cuál de los dos jefes había de triunfar, era menester esperar. Y esperar sin poder hablar, era para ese pueblo *hablador*, un cruel suplicio.

Como a las tres, circuló en la ciudad el rumor de que todo estaba arreglado. San Román reconocía a Orbegoso como legítimo presidente, había fraternizado con sus hermanos de Arequipa y su entrada quedaba postergada hasta el domingo siguiente, a fin de poder oír la misa de fiesta en acción de gracias. La población estuvo encantada al recibir esta noticia. Mas esta alegría fue, ¡ay!, de corta duración. A las cinco vino un ayudante de parte de Althaus a anunciarnos que las negociaciones entre ambos jefes quedaban rotas y que él mismo vendría por la tarde a referirnos todo el asunto. Al conocer este resultado, el pueblo cuya indignación estaba comprimida por el miedo, cayó en una especie de estupor: quedó como petrificado.

Nos hallábamos reunidos en el gabinete de mi tío. No sabíamos después de tantas noticias contradictorias, el sesgo que iban a tomar los acontecimientos y esperábamos a Althaus con una viva ansiedad, cuando el desgraciado General pasó, seguido del monje y de algunos otros. Me asomé a la ventana y le dije:

—General, ¿tendría usted la bondad de decirnos si decididamente tendrá lugar la batalla?

—Sí señorita, mañana al amanecer. Esto es positivo.

Asombrada por el tono de su voz, le tuve lástima. Mientras hablaba con mi tío, lo examinaba con atención: todo en él revelaba un dolor moral llevado al más alto grado. Su ser estaba íntegramente afectado. Sus miradas esquivas, las venas de la frente tendidas como cuerdas, sus músculos crispados, sus facciones descompuestas, manifestaban a las claras que el desgraciado aturdido acababa de ser engañado de una manera indigna. Apenas podía sostenerse en la montura. Gruesas gotas de sudor le corrían a lo largo de las sienes. Su voz tenía un timbre tan desgarrador que hacía sufrir al oírlo. Sus manos parecían triturar las riendas de su caballo. Le creí loco... El monje estaba sombrío, pero impasible. No pude sostener su mirada. Me heló... No se detuvieron sino breves minutos. Cuando se alejaron, me dijo mi tío:

—Pero Florita, ese pobre General está enfermo. No podrá mandar mañana.

—Tío, la *batalla* está *perdida*. Ese hombre no está en su razón. Sus miembros le niegan sus servicios. Es absolutamente preciso reemplazarlo, de otra manera mañana coronará todas sus necesidades.



Dejándome entonces arrastrar del impulso de mi alma, supliqué a mi tío ir a buscar al prefecto, al alcalde, a los jefes del ejército, hacerles contemplar la posición crítica en la cual Nieto los había puesto, inducirles a reunirse en asamblea, a fin de retirar a Nieto la dirección y nombrar a otro general en lugar suyo.

Mi tío me contempló espantado y me preguntó si a mi vez no me había vuelto loca el proponerle que se comprometiera con un acto de esta naturaleza ¿Y hombres semejantes quieren formar una república?... Todavía hablábamos sobre este tema cuando llegó Althaus.

—Florita tiene razón, su deber don Pío es reunir al instante a los principales vecinos de la ciudad, para que *esta misma tarde*, le quiten el comando a Nieto. Que se nombre a cualquiera a Morán, a Carrillo, al monje, a usted, pero ¡por Waterloo! que ese animal no se meta ya en nada, sin eso la batalla está *perdida*. Nieto no es un mal hombre, pero su debilidad y su sensiblería han hecho más daño del que hubiera podido causar su maldad. Hoy aprecia las consecuencias de las faltas cometidas y su débil inteligencia se ha espantado a tal punto, que se ha vuelto *loco*. Yo estoy seguro de que está *loco*. Todos sus actos lo prueban.

Mi tío no se atrevía a decir una palabra. Temía la franqueza de Althaus y la mía. Al vernos hablar en alta voz delante de veinte personas y siempre preocupado por el temor de comprometerse, tomó el partido de hacerse el enfermo y fue a acostarse. Mi tía hizo otro tanto y yo me quedé sola en la casa, Althaus me dijo que todo el ejército estaba indignado contra el General y que se hablaba en el campamento de arrancarle las charreteras.

—Primo, cuénteme todo lo que ha ocurrido.

—He aquí el asunto en dos palabras: San Román no tenía víveres. Halagó a Nieto para obtenerlos, le prometió reconocer a Orbegoso y nuestro crédulo General prestó fe a unas promesas dictadas por la necesidad. Por fin regresó Nieto. Estábamos todos impacientes por la espera. Morán le preguntó:

—Decididamente General ¿nos batiremos?, ¿hay que prepararse para esta tarde?

—Para mañana señor, a la salida del sol.

Traía consigo a tres oficiales de San Román. Los ha hecho detener y esta tarde quiere hacerlos fusilar.

—Le repito ese hombre está loco ... Sería urgente quitarle el comando. Pero la elección de otro jefe es algo muy difícil y ¿cómo proceder en esta nomina-

ción? Usted ve, todos los ciudadanos que deberían morir por la patria están ocultos en los conventos. Su tío se mete en cama. Los Goyeneche, los Gamio, etc. se contentan con llorar. Pues bien, le pregunto: ¿qué diablos se puede hacer con un pueblo de cobardes? Yo miro como cosa cierta que perderemos la batalla y me contraría esto, porque detesto a ese Gamarra.

Althaus me apretó la mano, me tranquilizó sobre su suerte diciéndome:

—No tema usted nada por mí, los peruanos saben correr, pero no matar.

Y regresó al campamento.

Me desperté en la madrugada al llegar un viejo *chacarero*, quien venía a decirnos de parte de Althaus que San Román aprovechando la noche había abandonado su posición para retirarse a Cangallo y Nieto había emprendido su persecución con todo el ejército, seguido hasta por las *rabonas*.

Cuando se hizo día, subí a lo alto de la casa y no vi en la llanura vestigio de campamento alguno. Al fin habían partido para batirse.

De nuevo la multitud cubría las cúpulas de las iglesias y de los conventos. Pero no era ya esa reunión de seres que formaban uno solo, por el sentimiento que lo animaba y cuyo silencio, la antevíspera, me había causado estupor. Un ruido sordo, confuso, brotaba de esas masas colosales y el movimiento continuo que las agitaba, parecía el tumulto de las olas de un mar irritado. Oía las conversaciones de la torre de Santo Domingo. Todos hacían conjeturas. Se suscitaban discusiones que acababan por convertirse en disputas, pues la irritación de todos causada por tan largos sufrimientos, los hacía ásperos, porfiados, insociables. Enseguida eran presa de las más crueles inquietudes. La ansiedad redoblada por una larga espera, se convertía en suplicio intolerable. Se impacientaban al no ver nada y el ardor de un sol ardiente exasperaba aún más esta impaciencia. Los monjes eran los únicos que trataban de alegrar a la multitud. El uno hacía una mala pasada a una zamba bonita. El otro hacía caer a un negrito con riesgo de matarlo. Todas esas gentilezas provocaban las risas ruidosas del populacho y eran un insulto a las angustias de los seres que temían por la suerte de un hijo, de un amante o de un hermano.

A las nueve, el cañón se dejó oír. Los cañonazos se repitieron con una espantosa rapidez. El más profundo silencio reinó entonces entre toda esa multitud. Era el condenado en presencia del cadalso. Al cabo de media hora distinguimos una nube de humo que se elevaba detrás de la *Apacheta*. El pueblo de Cangallo se encontraba al pie de esta montaña y supusimos que el combate se libraba allí. Hacia las once aparecieron muchos soldados en la plataforma de la *Apacheta*. Apenas había transcurrido media hora, cuando

desaparecieron detrás de la montaña y no vimos sino algunos hombres dispersos, unos a pie, otros a caballo. Con ayuda de la excelente larga vista del viejo Hurtado, yo distinguía perfectamente a muchos de estos desgraciados que estaban heridos: uno trataba de sentarse para vendarse el brazo con el pañuelo; otro se amarraba la cabeza; aquél estaba echado de lado sobre su caballo; todos descendían el camino estrecho y difícil de la montaña.

Por fin, a las doce y media, los arequipeños tuvieron la convicción de su desastre. El espectáculo de una derrota, magnífica como la tempestad, espantosa como ella, se ofreció a nuestras miradas. Yo había asistido a las jornadas de julio de 1830, pero entonces me hallaba exaltada por el heroísmo del pueblo y no pensaba en el peligro. En Arequipa no vi sino las desgracias que amenazaban a la ciudad.

Los dragones de Carrillo, bien montados, llevando la bandera del Perú en la punta de sus lanzas, aparecieron de improviso en la cima de la *Apacheta*. Se precipitaron desde lo alto de esta montaña al galope de sus caballos, en el más grande desorden que el miedo podía provocar. Tras de ellos venían los chacareros, montados sobre mulas y asnos. Enseguida los hombres de infantería corrían entre los caballos y las mulas y arrojaban sus fusiles y bagajes para estar más ágiles. Por fin, la artillería a lo último protegía la retirada. Todo esto seguido por las desgraciadas *rabonas*, que llevaban sobre sus espaldas a uno o dos niños y empujaban al propio tiempo las mulas cargadas, los bueyes y los carneros que Nieto había querido acompañasen al ejército.

A su vista, la ciudad lanzó un grito, ¡grito horrible, grito de terror que todavía resuena en mi alma! En el mismo instante desapareció la multitud. Las cúpulas no presentaron ya sino sus masas inertes. El silencio reinó en todas partes y la lúgubre campana de la catedral se dejó oír. Aquí no sé cómo expresarme, pues siento cuán impotentes son las palabras para reproducir semejante escena de desolación... Todo lo que la aflicción de madre y amante, de hija y de hermana tiene de más desgarrador, lo sintieron las mujeres de Arequipa. En el primer momento estuvieron como heridas por el rayo por esta calamidad. Abrumadas por el dolor todas cayeron de hinojos, levantaron las manos temblorosas, los ojos bañados en lágrimas y oraron...

Me había quedado sola en la casa y sin distinguir nada, miraba siempre en dirección de la *Apacheta* que una nube de polvo ocultaba mi vista, cuando sentí que me tiraban del vestido. Al voltearme vi a mi zamba mostrándome con el dedo los patios de mi tío y del señor Hurtado y me hizo signo de ponerme de rodillas. Obedecí a la esclava y me arrodillé. Vi en el patio de la casa de mi tía Joaquina, a las tres señoritas Cuello que tenían a su hermano entre los

dragones de Carrillo y a siete u ocho mujeres postradas en oración. El patio del viejo Hurtado me ofrecía el mismo espectáculo. Yo no oré por aquellos a quienes la batalla había libertado de la vida, sino por ese desgraciado país en donde se encuentran tantos hombres codiciosos, de una atroz perversidad y quienes, con pretextos políticos, provocan de continuo las disensiones a fin de tener en la guerra civil ocasión de saquear a sus conciudadanos. Cuando terminó esta piadosa invocación, dirigí mis miradas a la *Apacheta*. La nube de polvo se había disipado. El camino desierto había readquirido su tristeza habitual.

Hacia la una y media comenzaron a llegar los heridos. ¡Ah! Fueron escenas desgarradoras. Se reunieron en el ángulo de nuestra casa más de cien mujeres. Esperaban el paso de estos desgraciados, atormentadas por el temor de reconocer entre ellos a sus hijos, a sus maridos o hermanos. La vista de cada herido provocaba entre estas mujeres tal exceso de desesperación que sus gemidos y sus atroces angustias me torturaban. ¡Lo que sufrí aquel día fue algo espantoso!...

Estábamos inquietos por Althaus, por Manuel, por Crevoisier, Cuello y otros. No imaginábamos por qué el General no venía a ocupar la ciudad para defenderla como se había decidido que se haría en caso de un revés. Hacía más de una hora que había tenido lugar la derrota y se esperaba a cada instante ver llegar al enemigo. Cuello llegó moribundo. El infortunado había recibido un balazo en la cadera. La sangre le manaba desde hacía tres horas. Se le condujo al hospital. Yo fui a ayudar a su hermana a instalarle lo mejor posible.

¡Daba pena ver el patio de este hospital! Ninguno de los conventos de Arequipa comprende que la religión predicada por Jesucristo consiste en servir al prójimo. Esa abnegación por el sufrimiento, que sólo una religión verdadera inspira, no se muestra en parte alguna. No hay una sola hermana de caridad para cuidar a los enfermos. Son indios viejos los encargados de hacerlo. Esos hombres venden sus servicios. No se puede esperar de ellos ningún celo. Hacen eso como cualquier otra cosa, tratando de aligerar la tarea y de escapar a la vigilancia. Los heridos transportados al hospital eran colocados en el suelo, sin ningún cuidado. Esos desgraciados, muertos de sed, lanzaban débiles y lamentables gemidos. El ejército no tenía organizados servicios de ambulancia y los médicos de la ciudad eran insuficientes para este aumento de trabajo. Un gran desorden reinaba en este hospicio. Los empleados se apresuraban, pero, poco habituados a sus funciones, mientras más prisa se daban menos hacían. Les faltaba las cosas más precisas, como ropa, hilas, etc. Los sufrimientos de estos militares heridos eran mayores por el temor al enemigo, pues el vencedor en este país, de ordinario no da cuartel a los prisioneros y

mata a los heridos en los hospitales. Pudimos encontrar una cama para este pobre Cuello, en una pequeña pieza oscura, donde se hallaban ya otros dos desgraciados, cuyas quejas eran desgarradoras. Abandoné este antro de dolor, dejando cerca del herido a su hermana que lo amaba tiernamente y tomó el mayor cuidado por él.

Mi fuerza moral no me abandonó un solo instante en esta terrible jornada. Sin embargo los sufrimientos que acababa de presenciar trastornaron todo mi ser. Sentía los males de esos infortunados, deploraba mi insuficiencia en consolarlos y maldecía la atroz locura de la guerra. Cuando entré a casa de mi tío, distinguí a Manuel que llegaba a toda velocidad. Lo rodeamos impacientes por tener noticias. Althaus ni ninguno de los otros oficiales estaban heridos, pero ambos partidos habían perdido mucha gente. Manuel nos comunicó que la intención del General era abandonar la ciudad a causa de la imposibilidad de defenderla contra el enemigo. Nieto lo enviaba para clavar los cañones del puente y echar al río el resto de las municiones.

Nos dijo todo esto en cinco minutos y me encargó arreglar cuanto antes los objetos de Althaus, para que éste encontrase todo listo para la fuga. Corrí inmediatamente a casa de Althaus. Con ayuda de su negro a quien casi me vi obligada a golpear para que me sirviera, hice cargar una mula con una cama y una maleta llena con sus efectos personales. Mi zamba acompañada de otro negro de mi tío condujo por delante a la mula y al esclavo indócil, a fin de evitarle a Althaus las molestias de la salida por la ciudad. Hecho esto, me ocupé en hacer preparar té y alimentos, pensando que mi pobre primo debía sentir el imperioso deseo de tomar algún refrigerio. Oí un gran ruido de caballos. Corrí a la puerta. Era el General, seguido de todos sus oficiales que atravesaban la ciudad a galope. El ejército venía más atrás. Mi primo entró. Le había hecho preparar un caballo de repuesto. Al verlo, saltó del suyo, vino hacia mí, me tomó de la mano y me dijo

—Gracias buena Flora, gracias, ¡han preparado mis efectos?

—La mula ya salió, pero sería bueno que sus dos ayudantes fuesen a reunirse a ella, pues su maldito negro se niega a seguirlo a usted.

—¿Tiene usted algo que dar de beber a estos señores? Se caen de fatiga.

Les di vino de Burdeos. Cada uno tomó dos botellas y llené sus bolsillos de azúcar, chocolate, pan y todo cuanto encontré en la casa. Se dio también vino a los caballos y cuando jinetes y cabalgaduras se refrescaron un poco, partieron.

Althaus no podía ya hablar, a tal punto se había visto forzado a dar órdenes. Bebiendo el té a toda velocidad, me refirió en dos palabras que esta vez habían sido los dragones de Carrillo quienes habían hecho perder la batalla. Se habían equivocado en sus maniobras y habían disparado sobre la artillería de Morán, creyendo hacerlo sobre el enemigo.

—Le repito Florita, mientras estos estúpidos se nieguen a aprender la táctica militar, no harán sino disparates. Ahora el General no quiere defender la ciudad. No sé qué pánico se ha apoderado de él. No piensa sino en huir y no ha adoptado ningún plan. Llegados a la casa de Menao hemos tenido mucho trabajo en persuadirlo de que era preciso, por lo menos, dar tiempo a la tropa para reunirse. Esta es la causa por la que hemos perdido un gran número de fugitivos. Cuando regresamos a las chicherías, hicimos esfuerzos inauditos para reunir a estos fugitivos, pero sin éxito. Esos cobardes bribones, ayudados por las *rabonas*, creo que se ocultan bajo tierra como topos. Lo que me admira prima, es la lentitud que emplean los enemigos en llegar. No comprendo nada...

Manuel entró al patio.

—Vengo a buscarlo —le dijo a Althaus—. Todo el mundo se va. El monje ha cargado el resto de la caja de caudales en su caballo. El General ha ido a abrazar a su mujer que ha dado a luz esta noche. Yo acabo de estrechar a mi pobre madre entre mis brazos. Vamos, primo, sólo esperan a usted.

Althaus me apretó con fuerza contra su pecho y al abrazarme me recomendó a su esposa y sus hijos. Abracé a mi querido Manuel y ambos se alejaron rápidamente.

Cuando regresé a la calle de Santo Domingo, se hallaba desierta. Vi a mi paso todas las casas defendidas cuidadosamente con barricadas. La ciudad parecía gozar de tranquilidad absoluta. Pero la sangre enrojecía el pavimento de las calles y esos restos de muerte, esa soledad, demostraban en forma bien expresiva, las calamidades con que la ciudad acababa de ser golpeada y las que se temían aún.

Conté en casa a mi tío todo lo que Althaus y Manuel me habían referido. Todas las personas reunidas allí se indignaron contra el General, pero ninguno tomó la iniciativa para adoptar alguna medida.

A las cinco subí a lo alto de la casa. Sólo vi una inmensa nube de polvo que dejaban tras de sí, los dragones de Carrillo al huir a través del desierto. Se dirigían hacia Islay en donde pensaban encontrar dos navíos para ponerse fuera del alcance de la persecución de San Román. Permanecí largo tiempo

sentada en el mismo sitio de la mañana. ¡Cómo había cambiado de aspecto la ciudad! Un silencio de muerte la envolvía entonces. Todos los habitantes estaban en oración como resignados a dejarse masacrar sin oponer la menor resistencia.

Mi tío me rogó que bajase para ir a la iglesia de Santo Domingo a donde se encaminaban todas las personas de la casa. Pensé por primera vez en que no había comido en todo el día. Tomé una taza de chocolate, cogí mi abrigo y me dirigí a la iglesia.

A cada momento se preguntaba a las personas que se hallaban de vigías en las torres si veían algo por el lado de la *Apacheta*. Respondían siempre: nada absolutamente. Anunciaban que los enemigos estaban en las chicherías, pero que San Román no quería entrar, salvo que las autoridades de la ciudad se lo rogasen. Al oír esta nueva, se elevó un gran rumor en el convento de Santo Domingo. El prefecto y todas las autoridades de la ciudad se habían refugiado en este monasterio. Pretendieron que era a los reverendos padres a quienes correspondía cumplir esta comisión, completamente pacífica. Los monjes que no brillan por su valor, protestaron contra esta idea y hubo una acalorada discusión. Fui yo en cierta manera, quien determiné a los monjes a encargarse de esta misión. Sabía que ellos eran furiosos gamarristas, hablé al Prior, a don José, al capellán, a mi tío; en una palabra, lo hice tan bien, que se decidieron. Cuatro o cinco empleados de la alcaldía se unieron a ellos. Partieron y una hora más tarde, los vimos regresar a la cabeza de dos regimientos, uno de caballería y otro de infantería. Así pues, vencían los gamarristas. El sábado 5 de abril, a las once de la noche, tomaron posesión de la ciudad de Arequipa.

Cuando el Prior y los monjes entraron al convento, nos refirieron todo lo que habían podido averiguar.

—Hermanos míos —dijo el buen Prior—, les confieso que no estoy sin inquietudes. Ustedes saben que comprendo bastante bien el *quechua*. Todo lo que he oído en la conversación de estos indios me prueba que tienen muy malas intenciones. Lo que hay de más terrible, es que están sin jefes. No puedo explicarme por qué. Hemos encontrado en la casa de Menao a unos sesenta hombres de a caballo que tienen por jefe a un simple porta-bandera y a ciento cincuenta hombres de infantería, mandados por dos sub-oficiales. Los hemos conducido a la alcaldía, de donde uno de los empleados los ha enviado a los cuarteles. Le he oído murmurar en su lengua. Muchos de ellos decían:

—Pero nos habían prometido el saqueo de la ciudad....

—Hermanos —continuó el Prior—, les repito que estoy muy inquieto y no les ocultaré que la presencia de ustedes aquí redobla mis inquietudes. Se sabe que ustedes han traído a nuestros conventos todo cuanto tienen de más precioso y necesariamente, si esos soldados roban, vendrán a las iglesias.

A estas palabras, todos los asistentes lanzaron un grito de espanto. El padre Diego Cabero, el cerebro de la comunidad, hombre de espíritu y de talento, pero de carácter áspero y altanero y según decían muy malo, tomó la palabra para dirigir los más vivos reproches al Prior.

—Y bien, padre Prior, usted conviene entonces en que tenía yo razón, cuando no cesaba de repetirle desde el principio de estos asuntos, que su excesiva bondad y su cobarde debilidad traerían sobre nuestro santo monasterio calamidades de las cuales responderá usted delante de Dios. A pesar de mis exhortaciones, usted ha recibido aquí las riquezas de esta gente y su condescendencia será causa de que todos seamos degollados.

—Hermano Diego —decía el buen Prior—, nuestro deber es prestar auxilio a los habitantes, socorrerlos en la necesidad y al consentir en darles refugio y proteger sus bienes, no he hecho sino lo que la caridad me ordena hacer en estos terribles momentos.

—Prior, la conservación del templo de Dios debe pesar antes que toda otra consideración, Por lo demás, el espectáculo que ofrecen los claustros y las iglesias es un verdadero escándalo. Las mujeres duermen allí con sus maridos, los niños hacen suciedades, nunca, en ningún tiempo, en ninguna circunstancia, he visto al pueblo hacerse culpable de semejantes ultrajes hacia nuestra santa religión.

—Hermano Diego, ese escándalo me aflige y más que a usted. Mas para evitarlo, sería preciso que vuestro convento renunciara a ofrecer al infortunio el asilo del santuario y perdiera el más hermoso de sus privilegios y con él, todo su poder.

—Padre Prior, su ignorancia de los asuntos políticos le hace cometer graves errores. ¿Qué habla usted de asilo? ¿No ve usted, pues, en la manera como Nieto nos ha tratado desde hace tres meses, que nuestra autoridad no tiene ya ningún poder? ¡Cómo! ¿No ha tenido este impío la desvergüenza de arrojarnos de nuestro convento para acuartelar en él a sus soldados<sup>23</sup>? ¡Y usted lo ha soportado! ¡Y así lo han hecho los Piores de las otras comunidades! ¡Oh, Dios

---

23 Nieto a quien faltaba sitio para acuartelar sus tropas, ocupó los conventos de hombres y los monjes se vieron obligados a abandonarlos. Esta medida fue para estos religiosos, menos vejatoria de lo que se puede imaginar, pues los monjes de Arequipa moraban todos con sus familias. Entre ellos sólo los pobres ocupaban sus celdas. (Nota de la autora).



mío! ¡Tu templo está mancillado! ¡Tus sacerdotes son arrojados, humillados y ninguno de ellos se atreve a elevar la voz en defensa de tu causa!

Mi tío y otras personas tomaron el partido del Prior. Algunos monjes se pusieron del lado del hermano Diego. Pronto la discusión se trocó en disputa y se llegaron hasta injuriar en los términos más insultantes. La multitud los había rodeado, la disputa cautivaba la atención de todos, el rumor era general.

—¡Santísima Virgen! —exclamaba éste—, ¿hemos llegado a los tiempos en que debemos ser muertos hasta en las iglesias?

—Yo te lo había prevenido —decía aquél a su esposa—, que nos exponías mucho más trayéndonos a esta iglesia. Me arrepiento mucho ahora de haber abandonado mi casa.

—¿Pero desde cuando roban en las iglesias? y crees tú...

—¡Creo todo posible!... Por lo demás el siglo de los conventos ya pasó. Los soldados de San Román vendrán a robar acá, porque saben que hay plata y la plata es lo único digno que ellos conocen.

Todos eran presa de las más crueles inquietudes. Se formaron grupos numerosos entre los que se provocaban interminables discusiones. Las familias se dividían. Los unos querían regresar a sus casas, pensando que estarían con mayor seguridad en ellas. En tanto que los otros persistían en quedarse en el claustro.

Aproveché del altercado entre el Prior y el padre Diego para salir de este convento, pues me espantaba en verme condenada a pasar allí la noche. Había tantas pulgas como en Islay y era demasiado desagradable permanecer en medio de personas que venían a hablarle a uno con sus vasos de noche bajo el brazo. Me dirigí al monje Mariano, hermano del padre Cabero y le hice entender que sería más conveniente, después de la disputa habida, que él y su hermano se retirasen a sus casas y si sus hermanas consentían en acompañarlos yo les pediría asilo. Los dos monjes después de algunas vacilaciones aceptaron mi propuesta y me ayudaron a decidir a sus hermanas. Salí entonces con ellos a fin de reconocer la calle y abrir la puerta de su casa que está situada al lado de la iglesia. Al no ver a nadie fuera, el hermano Diego fue en busca de las señoras y una vez que entraron, se cerró la puerta con barricadas. Nos reunimos todos en la pieza del fondo de la casa. En muchas ocasiones algunos soldados golpearon la puerta de la calle con la culata de sus fusiles. Las pobres señoras temblaban de miedo y los dos monjes no llegaban a tranquilizarlas.

A las doce de la noche, sentí tal necesidad de dormir que hubiera sido vano intento el resistir. No habían camas, me arrojé sobre un mal colchón de paja y dormí profundamente hasta el día siguiente a las ocho.

## CAPÍTULO 5

**Una tentación**

**A**l despertar encontré a la gente que me rodeaba presa de gran emoción. Algunos soldados, decían, habían recorrido la ciudad durante la noche, robando a los que encontraban y dos personas habían sido muertas.

Era día domingo. A las nueve, como las señoras Cabero no deseaban perder la misa, salimos acompañadas por los dos monjes. ¡Qué espectáculo tan repugnante presentaba la iglesia! El hermano Diego tenía razón. ¡Esa aglomeración de hombres, de mujeres, de niños y hasta de perros, ese hacinamiento de lechos, de cocinas, de vasos de noche, esa nube de humo, todo era verdaderamente escandaloso! Se cantaba la misa en un rincón, se comía y fumaba en otro. Fui a ver a mi tío y a mi tía, quienes estaban instalados en la celda del prior con siete u ocho personas más. No pude decidirlos a regresar a casa. Mi tío se arredraba ante la idea del saqueo. Como yo no sentía ningún temor regresé sola y me puse a escribir los acontecimientos de los tres días que acababan de transcurrir. Por la tarde mi tío insistió en quedarse en el convento. Pasé la noche en la casa sin más compañía que la de mi zamba. Esta muchacha me decía: «Señorita, no tema usted nada, si los soldados o las *rabonas* vienen a robar, yo soy *india* como ellas, su lenguaje es el mío. Les diré: mi ama *no es española*, es francesa, no le hagan daño. Estoy segura de que entonces no le harán nada, porque ellos no atacan sino a sus enemigos». Así se expresaba una esclava de quince años<sup>24</sup>. Pero a ninguna edad la esclava ha amado a sus amos, por dulces que éstos fueran. El segundo día estaba todavía sola cuando dos oficiales vinieron a hablar con el señor don Pío. No quise confesarles que mi tío se había escondido. Los hice entrar a mis habitaciones, les dije que don Pío estaba ausente y les pregunté lo que deseaban para él.

—Señorita, deseamos que su señor tío, como uno de los notables del país, venga a hablar con el coronel Escudero, que reemplaza en el comando a San Román, muerto en la batalla. Somos los vencedores y los arequipeños abusan

24 Esta muchacha pertenecía a mi tía. (Nota de la autora).

de nuestra moderación al continuar tratándonos como enemigos. Desde nuestra entrada a la ciudad todas las casas están cerradas, nuestras tropas están sin pan, nuestros heridos, abandonados, moribundos en el campo de batalla, mientras todos los habitantes se obstinan en permanecer en los conventos, como si viniésemos aquí para matarlos. Usted es la primera persona a quien podemos comunicar nuestras necesidades. Pero usted comprende, señorita, que este estado de cosas no puede prolongarse por más tiempo.

Hablé largo rato con estos señores y los encontré muy moderados. Cuando salieron, corrí a Santo Domingo a prevenir a mi tío y a las personas refugiadas allí. En cuanto se supo que San Román había muerto y que el coronel Escudero mandaba en su lugar, los espíritus comenzaron a tranquilizarse. Éste último era conocido y muy querido en Arequipa. Casi todos salieron del convento para regresar a sus casas y mi tío fue enseguida a hablar con Escudero.

Cuando regresó mi tío, me dijo:

—Estamos salvados. Yo personalmente, no tengo ya nada que temer. Escudero me debe mucho y me guarda mucha consideración. La muerte de San Román ha dejado al ejército sin jefe, ¿creerá usted que me ha propuesto hacerme nombrar?

—¿Aceptaría usted?

— ¡Oh! Me cuidaré muy bien de hacerlo. En semejantes crisis hay que mantenerse apartado. Cuando más tarde esté todo tranquilo, trataré de colocarme en un puesto a mi gusto. No quiero ya comando militar. Estoy demasiado viejo.

—Me parece tío, que justamente en las crisis difíciles es cuando los hombres como usted deberían ofrecer el concurso de su talento y de su experiencia.

—Florita, es una suerte para usted no ser personaje político, su abnegación la perdería. Lejos de ofrecer mis servicios a estos ignorantes, quiero dejarlos engolfarse en los obstáculos y las dificultades. Mientras más tengan, sentirán mayor necesidad de tenerme a su lado. Los veré venir a rogarme, a suplicarme y entonces pondré condiciones.

Miré a mi tío y no pude sino decir: ¡Pobres peruanos!

En esta circunstancia, don Pío fue también a ofrecer a Escudero un préstamo de 2,000 pesos, animó a los Goyeneche, a Ugarte y a otros a seguir su ejemplo. El obispo ofreció 4,000 pesos, su hermano y su hermana 2,000 pesos cada uno y los demás dieron en proporción.

El tercer día Escudero hizo publicar un bando en el cual prescribía abrir la puerta de todas las casas en el plazo de tres horas y dejarlas abiertas como de costumbre y advertía que las que permanecieran cerradas serían derribadas por los soldados. Esta ordenanza obligó a los que todavía quedaban en los conventos a regresar a sus moradas. Para acabar de tranquilizar a estos pobres burgueses, Escudero impartió a sus soldados la orden de pasarse por la ciudad con la severa prohibición de insultar a nadie.

Supimos por Althaus que el domingo 6 de abril, Nieto y todo el ejército habían llegado a Islay. Habían clavado los cañones, quemado los registros de la aduana y obligado al administrador don Basilio de la Fuente a irse a Lima. Ellos mismos después de haber devastado el lugar, se habían embarcado en tres naves peruanas para dirigirse a Tacna.

Escudero había entrado a Arequipa el domingo por la noche, de manera que nadie sabía con precisión cuántos soldados traía consigo. Se había anunciado primero la muerte de San Román. Cuatro días después, circuló el rumor de que sólo estaba herido. En fin, al cabo de siete días llegó a Arequipa y entró también durante la noche.

He aquí la explicación de este asunto, tal como el mismo Escudero me la dio:

San Román después de haber engañado a Nieto por tres días consecutivos con el único objeto de obtener víveres para sus tropas, se retiró a Cangallo sin presumir que Nieto lo seguiría. Quería, antes de librar la batalla, consultar con Gamarra y pedirle refuerzos. En Cangallo, encontró a Escudero con cuatrocientos hombres enviados por Gamarra. Los soldados de San Román festejaban a los recién llegados, cuando de repente apareció el ejército de Nieto, en lo alto de la *Apacheta*. Reinó entonces una gran confusión. San Román había permitido bañarse a sus soldados y una parte de ellos estaban desnudos, cuando vieron a los arequipeños. Se creyeron perdidos. Sin Escudero, que restableció el orden, iban a huir. Se empeñó el combate, se batieron con valor. Pero muy pronto las municiones escasearon y la alarma cundió. Cuando San Román vio desbandarse a sus soldados, creyó la batalla perdida y pensó que no le quedaba por hacer nada mejor que huir a su vez. Acompañado por algunos de los suyos, se alejó en su caballo a toda velocidad. De este modo, cada uno de los valerosos campeones, espantados el uno por el otro, huía por su lado. Corrieron sin detenerse durante un día y una noche, poniendo entre ellos una distancia de *ochenta leguas*. El terror de Nieto lo hizo ir hasta Islay, cuarenta leguas al sur. El de San Román, hasta Vilques, cuarenta y dos leguas al norte. Un milagro juntó una parte de los soldados de San Román y les hizo

regresar a Arequipa. Uno de los oficiales de este ejército, a quien Nieto había retenido prisionero en la alcaldía, vio desde lo alto de la casa la derrota de los arequipeños. Aprovechó del espanto del momento, montó en el primer caballo que encontró en el patio de la alcaldía y como conocía muy bien la localidad, tomó un camino apartado por el cual en una hora llegó a Cangallo. Ordenó detenerse a los fugitivos y les dijo que Nieto se consideraba derrotado y huía hacia el puerto. Escudero y algunos otros a quienes encontró, emplearon toda la noche y una parte del siguiente día en reunir a algunos soldados, lograron congregarse más o menos una tercera parte de efectivo y seguros de no encontrar ninguna oposición, se dirigieron a Arequipa. Sin este oficial, los dos ejércitos creyéndose vencidos, hubiesen continuado su fuga en direcciones opuestas y la ciudad no hubiese visto aparecer ni defensores ni enemigos.

Cuando Escudero me refería todos estos incidentes, pensaba en Althaus, para quien la ciencia militar es el árbitro supremo de los éxitos y de los reveses. Y yo sentía no poderle probar, con este ejemplo, cuán vanos son los hombres y su ciencia.

Se vieron obligados a correr hasta Vilques, para advertir a San Román que *había ganado la batalla*. Este no entró a Arequipa hasta el séptimo día. Se decía que estaba herido en la cadera con el fin de motivar este atraso, pero no había nada de cierto en ello.

Mi tío, que tiene el talento de estar bien con todos los partidos, si no participaba de la confianza de los gamarristas, por lo menos estaba muy vinculado a ellos. Todos los días recibíamos a comer a esos señores y mañana y tarde nuestra casa estaba llena. Veía con sorpresa, al conversar con los oficiales, cuán superiores eran a los de Nieto. Los señores Montoya, Torres, Quiroga y sobre todo Escudero, son hombres muy distinguidos.

Escudero es uno de esos españoles de espíritu aventurero que han abandonado la bella España por probar fortuna en el Nuevo Mundo. Muy hábil según las circunstancias, militar, periodista o comerciante. Se presta a todas las exigencias del momento con admirable facilidad y es excelente en cualquier género a que dedique su prodigiosa actividad, como si fuese la única especialidad de su vida. Escudero tiene el espíritu vivaz, la imaginación inagotable, el carácter alegre y una elocuencia persuasiva. Escribe con calor y sin embargo, ha sabido hacerse amar por todos los partidos.

Este hombre extraordinario era el secretario, el amigo, el consejero de la señora Gamarra. Desde hacía tres años ocupaba cerca de esta reina una posición de intimidad, objeto de la envidia de una multitud de rivales. Se había consagrado a su causa, escribía para hacer prevalecer sus planes y rechazar

los ataques continuos dirigidos contra ella. Combatía bajo sus órdenes, la acompañaba en su aventurosa carrera y no retrocedía jamás ante las audaces empresas concebidas por el genio de esta mujer de ambición *napoleónica*.

Desde la primera visita, me vinculé con el coronel Escudero. Nuestros caracteres simpatizaban. Me manifestó mucha confianza y me puso al corriente de todo cuanto había ocurrido en el campamento de Gamarra. Comprendí, por lo que me dijo, que San Román no había cometido menos necedades que Nieto.

—¡Qué desgraciado es este país! —me decía Escudero—. No sé en verdad quién podrá hacer salir a los peruanos de la posición deplorable en que los hombres de sangre y de rapiña los han colocado.

—¿Cómo es, coronel, que comprendiendo mejor que nadie la causa de las calamidades del país, no haya tratado de poner remedio?

—¡Ay, señorita! Este es el objeto de todas mis meditaciones. Pero sólo puedo presentar los medios de hacer el bien y carezco de la autoridad necesaria para ponerlos en ejecución. La señora Gamarra es una mujer de gran mérito, pero trabaja ante todo para consolidar el poder entre sus manos. Su ambición viene constantemente a trastornar mis planes para la felicidad pública, y consagrado a su servicio, me veo obligado sin cesar a proceder en oposición a mi propia voluntad.

—Había oído decir que usted tenía mucho ascendiente sobre esta señora.

—Más que cualquier otro, sin duda, pero muy poco en realidad. Cuando a fuerza de trabajo y de paciencia consigo modificar sus ideas, es un éxito que estimo feliz. Esta mujer tiene una voluntad de hierro, que ni aun la adversidad podría domeñar. Toda resistencia la irrita y siempre está dispuesta a triunfar de ella por la fuerza. Hubiera sido una gran reina en un país en donde sus decisiones no hubiesen encontrado obstáculo alguno. Pero en este, donde para reinar es necesario tener numerosos partidarios y para conservar la autoridad hay que usar de ella lo menos posible, la señora Pancha de Gamarra no conviene también. No se le puede hacer comprender que los medios empleados para conquistar el poder, deben abandonarse en cuanto se le ha obtenido. Con la anarquía de opiniones y el egoísmo reinantes entre los peruanos, después de las expoliaciones de que han sido víctimas, es preciso tener por objeto especial la protección de las personas y de las propiedades y conciliarse a todos los partidos sin unirse a ninguno de manera exclusiva. ¡Ah! Señorita Flora, me arrepiento amargamente de haberme así comprometido. Desde hace tres años sirvo a doña Pancha con mi pluma y con mi sable y no he podido aún

conseguir que adopte alguno de mis planes. Esto me desespera y aunque su carácter altanero y despótico me hace desgraciado, lo soportaría con resignación si pudiese llegar a hacer algún bien. Sin embargo, esta mujer me necesita demasiado para que yo pueda pensar en abandonarla. Debo trabajar para que recupere una autoridad sin disputa. Si tengo éxito juro que arrojaré el sable y la pluma a cambio de la guitarra y tocaré durante tres meses sin preocupaciones de ninguna especie.

Al escuchar a Escudero me pareció evidente que estaba ya cansado del yugo que le había impuesto su todopoderosa ama y no buscaba sino un pretexto para sustraerse a él. Venía a verme todos los días. Sosteníamos largas conversaciones. Tuve todo el tiempo de conocer a fondo a este hombre y reconocí que él era quizá el único en el Perú, capaz de secundarme en mis proyectos de ambición. Sufría por las desgracias de un país al que me había acostumbrado a considerar como el mío. El deseo de contribuir a su bien había sido constantemente la pasión de mi alma y una carrera activa y aventurera no desagradaba a mis gustos. Creí ver, que si yo inspiraba amor en Escudero, tomaría sobre él una gran influencia. Entonces me atormentó de nuevo la agitación febril de mi espíritu. Mis combates interiores se renovaron. La idea de asociarme con este hombre, espiritual, audaz y despreocupado, sonreía a mi imaginación. Al correr con él los azares de la fortuna, ¿qué me importa, me decía yo, triunfar si no tengo nada que perder? La voz del deber hubiese sido quizá impotente a hacerme resistir a esta tentación, la más fuerte que he tenido en mi vida, si otra consideración no hubiese venido a mi socorro. Temía esa depravación moral que el goce del poder origina generalmente. Temía volverse dura, despótica, criminal, semejante a quienes lo poseían actualmente. Temblé de participar del poder en un país en el que vivía mi tío ... ¡El tío a quien había amado tiernamente y a quien amaba todavía, pero que me había hecho tanto mal!... No quise exponerme a ceder a un momento de resentimiento y puedo decirlo aquí, delante de Dios, que sacrifiqué la posición que me era tan fácil adquirir al temor de tratar a mi tío como a enemigo... El sacrificio era tanto más grande cuanto que Escudero me agradaba. Era feo para los ojos de muchas gentes, pero no para los míos. Podía tener de treinta a treinta y tres años, era de talla mediana, muy delgado, con los ojos brillantes y lánguidos y dientes como perlas. Su mirada tierna, su sonrisa melancólica daban a su fisonomía un carácter de elevación y de poesía que me subyugaban. Con este hombre nada me hubiese parecido imposible. Tengo la íntima convicción de que si hubiese sido su esposa, habría sido muy feliz. En las tormentas originadas por nuestra posición política, me hubiese cantado una romanza o tocado la guitarra con tanta libertad de espíritu como cuando era estudiante en Salamanca. Necesité esta vez de toda mi fuerza moral para

no sucumbir a la seducción de esta perspectiva... Tuve *miedo de mí misma* y juzgué prudente sustraerme a este nuevo peligro por medio de la huida. Me resolví marcharme inmediatamente para Lima.

Nadie comprendió esta determinación tan precipitada. En vano me representaron que el camino a Islay estaba infestado de desertores que vivían del robo y me exageraron la descripción de los peligros que podía correr. No tomé en cuenta estas advertencias. Ningún peligro a mis ojos igualaba al que me exponía quedándome en Arequipa. Para escapar de él hubiera atravesado todos los desiertos de la tierra. Alegaba, como pretexto, que me era indispensable partir si quería llegar a Europa antes de la mala estación. Y como en el fondo, en casa de mi tío estaban muy contentos de mi partida, no insistieron más.

Un inglés, conocido mío, Mr. Valentín Smith, se dirigía a Lima. Le pregunté si me querría por compañera de viaje. Aceptó mi propuesta. Tratamos con un capitán italiano que tenía un barco en Islay y decidimos salir el 25 de abril.

Antes de irme tuve que cumplir la tarea de las visitas. Según la etiqueta hubiese debido ir donde todo el mundo, como a mi llegada. Pero me limité a visitar a las principales familias con las que estaba en buenas relaciones y envié tarjetas a los demás.

Esas visitas me pusieron en estado de juzgar la extensión de los males que la guerra había causado en esta desgraciada ciudad. En cada casa vi correr lágrimas y a sus ocupantes vestidos de luto. Sin embargo, estimé peores que las pérdidas ocasionadas por la muerte, la discordia y el odio que las disensiones civiles habían hecho brotar en el seno de las familias. Eran enemistades profundas entre parientes, entre hermanos. La libertad no figuraba para nada en estos debates políticos. Cada cual había abrazado el partido del jefe de quien esperaba conseguir más. Los epítetos de *gamarristas* y de *orbeogistas*, distinguían a los dos campos entre los cuales se dividían las familias. La desconfianza reinaba en todas partes y trataban de perjudicarse mutuamente. Esos pobres arequipeños envidiaban mi suerte:

—¡Ah, señorita! —me decían en cada casa—. ¡Qué feliz es usted de dejar un país en donde los hermanos se matan entre sí! ¡En donde las exacciones de los enemigos nos reducen a la miseria, comprometen nuestras vidas y nos ponen en la imposibilidad de satisfacer las exigencias del enemigo!

Cuando fui a despedirme de la familia del Obispo, tuve un ejemplo palpable de las desgracias a que están expuestos los insensatos que colocan su felicidad fuera de sí mismos. Los Goyeneche no habían sido felices sino sobre montones de oro y la pérdida de una parte de sus riquezas trastornaba sus facultades



intelectuales. La señorita Goyeneche, doña Mariquita, se había afectado tan vivamente por las extorsiones cometidas contra todos ellos y por los ultrajes y diatribas dirigidos contra el Obispo a quien ella quería tiernamente, que su salud había quedado profundamente quebrantada y su razón vacilante. Tenía los ojos fijos, la mirada extraviada, los gestos bruscos. El sonido áspero de su voz no correspondía al sentido de sus palabras. Su fisonomía tenía una expresión extraña. Era como un espejo falso que reflejara invertidos, los objetos exteriores. Hablaba con tal volubilidad, que apenas se podía comprender lo que decía. Se hubiera creído que soñaba. Me di cuenta que no reconocía a las personas que le hablaban. Llamaba a mi tío *doña Florita* y a mí *don Pío* o *don Juan*. Su exaltación era espantosa. Le dije en voz baja a mi tío:

—Esta pobre mujer está loca.

—Parece que sí. Ya me lo habían dicho, pero me había resistido a creerlo.

La locura del Obispo tenía un carácter diferente de la de su hermana. Parecía afectado por otra impresión. No decía ya una sola palabra, no hacía movimiento alguno, tenía los ojos obstinadamente fijos en el anillo que llevaba en el dedo. Y él generalmente tan amable, tan previsor, que recibía a todos con las muestras de amistad más afectuosa, no se movió cuando entramos al salón. Parecía que ni siquiera nos veía. Su hermano se acercó a él y le dijo:

—Es la señorita Florita que viene a despedirse. Va a ver a nuestro hermano Mariano, de Burdeos, ¿qué quieres que le diga?

Hizo entonces el movimiento de un hombre que sale de un largo sueño y dijo muy bajo, como si tuviese miedo de ser oído:

—Mi hermano Mariano es feliz, no lo matarán, ¡pero a nosotros nos matarán, matarán, matarán...!

A estas palabras, la locura de Mariquita se manifestó con discursos incoherentes. Hablaba, gesticulaba, amenazaba. Eso hacía daño. Don Juan había conservado su razón y se encontraba de jefe de la familia.

—Vean, nos dijo llorando, a qué estado han reducido a mi pobre hermano. Su alegría, su amabilidad han desaparecido. Está como petrificado por el dolor. ¡Ay! Temo mucho que se vuelva completamente imbécil... Cada día su estado empeora. Las sacudidas recibidas han sido demasiado fuertes para la dulzura de su carácter. En cuanto a mi hermana, no me atrevo a mirarla. Sus ojos me dan miedo... Mi esposa y yo hacemos todo cuanto podemos para impedir que hable, pero es imposible. Habla sola, hasta de noche. Véanla ustedes ahora, continúa discurrendo sin darse cuenta de que no la escuchamos, está lo...

No pudo acabar. Al pronunciar estas últimas palabras, su voz se extinguió en un sollozo. ¡Era una escena emocionante! Mi tío se levantó y me dijo en francés:

—¡Qué lección, Florita, para aquellos cuyos deseos aspiran a bienes cuyo peso excede a sus fuerzas! Esta familia ha llegado a adquirir inmensas riquezas, títulos, honores, dignidades. Pero no ha comprendido que era preciso saber perder una parte de sus ventajas para conservar el resto. La moral se ha abatido bajo los favores de la fortuna. Cuando los reveses han sobrevenido no han podido resistir el asalto. El uno va a morir idiota, la otra loca.

El Obispo parecía un esqueleto, tan delgada, envejecida y cadavérica estaba su cara. Cubierto por completo de seda y oro, hundido en un gran sillón, dando apenas signos de vida, parecía asistir él mismo a sus pompas fúnebres. Me conmovía este espectáculo por absurdo que fuera el dolor que conducía al Obispo a la tumba. ¿Qué valor atribuye, pues al oro, me preguntaba yo, para afectarse así tan vivamente por su pérdida, si lo empleaba tan poco en sí y jamás consolaba un infortunio? Pero, buscaba en vano. La avaricia ofrece a mis ojos un problema moral al que nunca me ha sido posible encontrar solución. Si ese prelado hubiese distribuido sus riquezas a los pobres, sus enemigos no hubiesen podido jamás prevalecer contra él. Las virtudes del apóstol habrían protegido con más eficacia ese oro que mancillaba su carácter, y ni el monje Valdivia, ni Nieto, ni cualquier otro hubiesen osado atentar contra su tranquilidad. Esa pobre Mariquita, en quien el amor del oro había sustituido todo otro afecto, que había rechazado con desdén a todos los partidos, porque ella quería ante todo juntar dos masas de oro de igual peso, ¿no ofrece también un fenómeno moral imposible de explicar?

Quise también hacer una visita a San Román. No lo había visto todavía. No había salido hasta entonces porque necesitaba hacer creer el cuento de su cadera rota. Mi tío temía mi franqueza e hizo todo cuanto pudo para impedir que fuera. No quiso acompañarme sino cuando Escudero se ofreció a ser mi caballero. Éste anunció a San Román mi visita y tuvo el cuidado de advertirle que no se asustara con la libertad de mi lenguaje.

Al dirigirnos a la casa de Gamio, en donde se había alojado San Román con todo su Estado Mayor, mi tío no cesaba de repetirme:

—Florita, le ruego tener cuidado en lo que diga al General, pues...

—¿De qué General me habla usted?

—Pues de San Román.

—¿Es General, ahora? Ignoraba su ascenso.

—No era sino Coronel. Pero usted comprende, después de esta victoria será nombrado General y la cortesía exige...

—¡Ah! ¡Ah!, tío, le ruego a mi vez que no me haga reír. De otra manera no respondo por las locuras que puedo soltarle a su *General*, tan hábil en la carrera, que debería mandar una tropa de liebres.

Al entrar en casa de Gamio, vimos en el gran salón a un grupo de oficiales en pie, que gesticulaban y hablaban muy alto. En cuanto nos distinguieron, se retiraron precipitadamente a la pieza vecina. Quise seguirlos para sorprender al General vencedor apoyado sobre *sus dos piernas*. Pero mi tío adivinó mi intención maligna y me retuvo diciéndome: Espere a que nos anuncien...

Dos o tres de esos señores se acercaron a mí y me dijeron:

—Señorita, el General está muy halagado con su visita. Está felizmente un poco mejor. Lo verá usted tendido sobre un canapé.

Entré al dormitorio de la señora Gamio. San Román se excusó de no poder *levantarse* para recibirme. No estaba acostado, sino sólo sentado, con la pierna estirada sobre un banquillo. Ese San Román tan temido por los arequipeños no presentaba en su persona nada tan temible. Tenía alrededor de treinta años. Su fisonomía era abierta y alegre. Pero sus cabellos, su barba y el color de su piel denotaban que tenía sangre india en las venas. Esto lo hacía muy feo a los ojos de los peruanos de raza española.

Nuestra conversación fue muy original, burlona y seria al mismo tiempo. Conversaba bien, pero tenía un defecto terrible para la reserva que me había recomendado mi tío: era el reír a carcajadas a propósito de la menor cosa. Esa extrema hilaridad contrastaba con la seriedad de las personas que lo rodeaban. Eso me animó y yo también reí bastante.

—¿Es cierto señorita, me dijo con un movimiento de orgullo muy pronunciado, que los arequipeños han tenido miedo de mí?

—A tal punto coronel, que llegué a darle el sobrenombre de *Coco*.

—¿Y qué sentido dan ustedes a ese nombre?

—Es el que las niñeras emplean en Francia para intimidar a los niños pequeños: si no eres formal, si no haces lo que te digo, les dicen ellas, llamo al *Coco* que vendrá a comerte. Y el niño espantado obedece al instante.

—¡Ah! ¡ah! ¡La comparación es encantadora! Nieto es la niñera, los arequipeños son los niños y yo soy el hombre que me los como.

—¿Va usted, pues, a comerse a estos pobres arequipeños?

—¡Dios me libre! Vengo, al contrario, a restablecer la tranquilidad, a alentar el trabajo y el comercio para que tengan qué comer.

—Es un noble propósito, Coronel. Me gustaría conocer el sistema que intenta seguir para alcanzarlo.

—Nuestro sistema señorita, es el de la señora Gamarra. Cerraremos nuestros puertos a esa multitud de barcos extranjeros que vienen a infestar nuestro país con toda clase de mercaderías que venden a tan bajo precio, que la última negra puede pavonearse adornada con sus telas. Usted comprende, la industria no podrá nacer en el Perú con semejante concurrencia. Y mientras sus habitantes puedan conseguir en el extranjero, a vil precio, los objetos de consumo, no intentarán fabricarlos ellos mismos.

—Coronel, los industriales no se forman como soldados y las manufacturas tampoco se establecen como los ejércitos, por la fuerza.

—La realización de ese sistema no es tan difícil como usted lo cree. Nuestro país puede proporcionar todas las materias primas: lino, algodón, seda, lana de una finura incomparable, oro, plata, hierro, plomo, etc. En cuanto a las máquinas, las haremos venir de Inglaterra y llamaremos obreros de todas las partes del mundo.

—¡Mal sistema, Coronel! Créame, no es aislándose, como harán nacer el amor por el trabajo, ni excitarán la emulación.

—Y yo, señorita, creo que la *necesidad* es el único aguijón que obligará a este pueblo a trabajar. Observe también que nuestro país se halla en una posición más ventajosa que ninguno de los de Europa, pues no tiene ejército gigantesco ni flota que sostener, ni una deuda enorme que soportar. Se encuentra así en circunstancias favorables al desarrollo de la industria. Y cuando la tranquilidad se restablezca y hayamos prohibido el consumo de mercaderías extranjeras, ningún obstáculo se opondrá a la prosperidad de las manufacturas que establezcamos nosotros.

—¿Pero no cree usted que por mucho tiempo todavía, la mano de obra será más cara aquí que en Europa? Ustedes tienen una población muy escasa y ¿la ocuparán en la fabricación de tejidos, de relojes, de muebles, etc.? ¿Qué sucederá con el cultivo de las tierras, tan poco avanzado y con la explotación de las minas que se han visto obligados a abandonar por falta de brazos?

—Mientras estemos sin manufacturas, los extranjeros continuarán llevándose nuestro oro y nuestra plata.

—Pero Coronel, el oro y la plata son productos del país y más que otra cosa, perderán su valor si no los pueden cambiar con los productos del exterior. Le repito, la época de establecer manufacturas no ha llegado todavía para ustedes. Antes de pensar en ello, hay que hacer nacer en la población el gusto por el lujo y por las comodidades de la vida, crearle necesidades a fin de inclinarla al trabajo, y sólo por la libre importación de mercaderías extranjeras lo conseguirán. Mientras el indio camine con los pies descalzos, se contentará con una piel de carnero por todo vestido, con un poco de maíz y algunos plátanos para alimento y no trabajará.

—Muy bien señorita, veo que defiende con celo los intereses de su país.

—¡Oh! No creo olvidar en esta circunstancia que pertenezco a una familia peruana. Deseo ardientemente ver prosperar a esta nación.

Instruyan al pueblo, establezcan comunicaciones fáciles, dejen al comercio sin trabas y verán entonces como la prosperidad pública marchará a pasos de gigante. Sus hermanos de América del Norte han admirado al mundo por la rapidez de sus progresos empleando los medios muy sencillos que le propongo.

Nuestra conversación fue larga. Mi alegría y mi gravedad encantaron de tal manera al vencedor, que cuando me levanté para retirarme, olvidó su *cadera rota* y se levantó al mismo tiempo que yo para acompañarme. Tuve la malicia de dejarle dar algunos pasos, a pesar de las caras alarmadas de los oficiales presentes y le dije en seguida:

—*General*, no quiero que vaya usted más lejos. Está usted enfermo, su herida es peligrosa. Quédese bien envuelto en su abrigo, no hable de economía política, fume buenos cigarrillos y con el tiempo, siguiendo este régimen, espero que se restablecerá.

San Román me agradeció el interés sincero que le demostraba y se puso a cojear al regresar a su canapé.

Por la tarde Escudero vino a verme. Al distinguirlo me puse a reír tan alegremente que no pudo dejar de reírse conmigo. Nos habíamos comprendido.

—Querida Florita, así es el mundo. Una comedia perpetua en la que somos ya actores y ya espectadores. Quizá en Tacna, en estos momentos, el general Nieto tiene el brazo en cabestrillo. ¡Ay, Dios mío! Esas pequeñas supercherías son muy inocentes.

—Sí, sin duda Coronel. Pero convenga usted en que cuando se hace anunciar en público que se tiene la *cadera rota*, se debería tenerlo presente y no levantarse para despedir a las damas.

—¡Y es usted con sus ojos de gacela, cuyo poder conoce muy bien, es usted quien hace un reproche a ese pobre San Román, por haber olvidado en su presencia que su cadera debería parecer rota! ¡Ah, señorita Flora! Eso no es generoso.

—Coronel, no se trata aquí de generosidad. La posición de San Román ha debido parecerme risible y usted mismo acaba de reírse hace un instante.

—¡Ah! En mí es diferente. Yo soy como el querido Althaus. Me río de todo. Además, no he realizado la conquista del vencedor como la linda Florita.

—¡De veras? ¡Ah! Esto me reconcilia con él. No creía haberlo dejado satisfecho después de las grandes verdades que le dije a propósito de su absurda política...

—Usted le ha gustado de tal manera que me ha dicho: «Si yo fuera libre, pediría en matrimonio a esta señorita. No concibo, cómo ustedes, solteros, la dejan irse».

—¡Ah!, pero parece que se cree irresistible el señor *Coco*.

—Antes de *haber ganado la batalla*, no se hubiese quizá atrevido a hablar así. Pero actualmente usted debe sentir, amable Florita, que para el vencedor de Cangallo nada hay imposible.

—Escudero, los hombres de este país son realmente curiosos. Cuando en Europa yo quiera describir sus actos, no me creerán.

—Escriba de todos modos su viaje y si los franceses no lo creen, los peruanos aprovecharán tal vez de las verdades que usted tendrá el valor de decirles.

Escudero juzgaba como Althaus a los hombres con quienes estaba obligado a vivir. Pero más suave de maneras y de carácter que mi primo, se divertía como hombre alegre, con las ridiculeces que veía. Tenía para los peruanos esa indulgencia insultante que se concede a aquellos a quienes uno desdén de hacer una exhortación.

Antes de dejar Arequipa, quise también despedirme de mi prima la monja de Santa Rosa.

Fui sola a esta visita. El valor y la perseverancia que ha manifestado la joven religiosa, han sido admirados por todo el mundo. Pero vive en el aislamiento y aunque está relacionada con las familias más ricas e influyentes del país, nadie se *atreve a verla*, pues los prejuicios de la superstición han conservado todo su rigor en este pueblo ignorante y crédulo.

Fui por la tarde a la casa que habitaba Dominga. La encontré ocupada en aprender francés. Se juzgaba como un crimen en ella, el gusto que demostraba por la toilette y el lujo, como si después de haber huido del claustro debería continuar en el mundo con sus absurdas austeridades. Su madre la señora Gutiérrez, la rechazó con dureza. Su hermano y una de sus tías, muy ricos el uno y la otra, eran las dos únicas personas de la familia que tomaron su partido.

Le amoblaron una casa, le dieron esclavos y dinero para vivir y comprarse un ajuar. El amor por el lujo y la toilette es un sentimiento muy natural. Puede ser imprudente en los que carecen de medios de satisfacerlo, pero racionalmente, no podría incurrir en la censura pública. Concibo que estos goces puedan parecer pueriles a las personas preocupadas por altos y graves pensamientos. Pero aunque muy sencilla en mis gustos, no puedo encontrar un motivo que excuse los reproches que, por este motivo, era objeto la monja. Me parecía muy natural que la pobre reclusa se desquitara de sus once años de cautiverio, de los tormentos y de las privaciones de toda especie que había sufrido en Santa Rosa.

Dominga estaba encantadora aquella tarde. Lucía un lindo vestido escocés rosa y negro, de gros de Nápoles, un mandilito de encaje negro, mitones de tul negro que dejaban ver a medias sus brazos torneados y sus manos con los dedos alargados. Sus hombros estaban desnudos y un collar de perlas ornaba su cuello. Sus cabellos de un negro de ébano, brillaban como la seda más hermosa, y caían sobre su seno en varias trenzas artísticamente mezcladas con cintas de raso rosa. Su hermosa fisonomía tenía un tono de melancolía y de dolor que esparcía en toda su persona un encanto indefinible.

Cuando entré, avanzó hacia mí y me dijo con un acento que me penetró de tristeza:

—¿Es verdad, Florita, que regresa usted a Francia?

—Sí, prima, me voy y vengo a decirle adiós.

—¡Ah, Florita! ¡Qué feliz es usted y cómo envidia su suerte!

—¡Querida Dominga! ¿Es usted muy desgraciada acá?...

—Más de lo que puede usted imaginarlo..., mucho más de lo que alguna vez fui en Santa Rosa...

Al decir estas palabras retorció sus manos con desesperación y sus grandes ojos con expresión sombría se elevaron hacia el cielo como para reprochar a Dios el cruel destino que le había deparado...

—¿Cómo, Dominga, usted *libre*, usted tan hermosa, adornada tan graciosamente, usted es más desgraciada que cuando se hallaba prisionera en ese lúgubre monasterio, sepultada entre sus velos de religiosa? Confieso que no la comprendo.

La joven inclinó hacia atrás su cabeza altiva y mirándome con una sonrisa melancólica me dijo:

—¡Yo, *libre*!... ¿Y en qué país ha visto usted que una débil criatura, sobre quien cae el peso de un atroz prejuicio, sea libre? Aquí, Florita, en este salón, ataviada con este lindo vestido de seda rosa, ¡Dominga es siempre la monja de Santa Rosa!... A fuerza de valor y de constancia pude escapar de mi tumba. Pero el velo de lana que yo había elegido, está siempre sobre mi cabeza y me separa para siempre de este mundo. En vano he huido del claustro, los gritos del pueblo me rechazan...

Dominga se levantó para respirar. Me pareció, en el movimiento que hizo, que su velo la ahogaba todavía... Quedé anonadada... Aquí está en toda su hermosura, pensé, la civilización que trae el culto de Roma. Así como la religión de Brahma, ese culto que invoca audazmente el nombre de Cristo tiene sus *Parías* y las criaturas que Dios ha colocado con sus dones son también lapidadas por esos feroces sectarios. Consideré con dolor a mi pobre prima, que se paseaba a lo largo de la habitación. Parecía hallarse en un violento estado de agitación. ¡Cuán noble era su aspecto! ¡Cuán esbelto y flexible su talle! ¡Cuán fina su pierna y su pequeño pie! Tantos encantos, tantos elementos de felicidad estaban perdidos... perdidos porque el fanatismo ahogaba entre sus garras a esta graciosa criatura.

—Querida Dominga —le dije—, venga a despedirse. Veo que mi presencia aquí le causa turbación y no he venido con este propósito. La quiero a usted con toda mi simpatía. Mi desgracia sobrepasa aun a la suya...

—¡Oh! ¡Imposible! —exclamó con voz vibrante, echándose en mis brazos—. ¡Oh! ¡No, es imposible, pues la mía excede a las fuerzas humanas!

Me tenía estrechamente abrazada y sentía su corazón que latía como si fuera a romperse. Sin embargo, no lloraba.

Se hizo un largo silencio. Sentíamos una y otra que nos hallábamos en una de esas situaciones en las que basta una sola palabra para levantar una multitud de penosos pensamientos. Al fin Dominga se desprendió de mis brazos con un movimiento brusco y me dijo con un tono de voz terrible.



—¡Más desgraciada que yo...! ¡Ah, Florita! ¡Usted blasfema! ¡Usted desgraciada, cuando puede amar al hombre que le agrada y casarse con él!... No, no, Florita, ¡yo sólo tengo el derecho de quejarme! ¡Si me distinguen en las calles, me señalan con el dedo y las maldiciones me acompañan!... Si voy a participar de la alegría común en una reunión, me rechazan diciéndome: «No es este el sitio en donde debe encontrarse una *esposa del Señor*. Entre en el claustro, regrese a Santa Rosa...» . Cuando me presento a pedir un pasaporte, me responden: «¡Usted es monja... esposa de Dios! Usted debe vivir en Santa Rosa». Si quiero casarme con el hombre a quien amo, me dicen: «Usted es monja, esposa de Dios». ¡Oh! ¡Condenación! ¡Seré siempre monja!...

Y yo, me repetía muy bajo, ¡siempre casada!...

La expresión con que Dominga pronunció estas palabras me hizo estremecer de espanto. Su desesperación la empujaba hasta la rabia. La desgraciada cayó agotada sobre el sofá. No intenté darle consuelo. No lo hay para semejantes dolores... Acariciaba sus cabellos. Corté un mechón de ellos para conservarlo religiosamente. Infortunada Dominga. ¡Cómo compadecía su dolor!

Como a las diez, golpearon a la puerta. Era el joven médico que la había ayudado a conseguir el *cadáver de mujer*. Ella le tendió la mano y le dijo con voz emocionada.

—Florita se va... y yo...

—Y usted también —interrumpió el joven—. ¡Usted se irá muy pronto! Un poco más de paciencia y no tardará en ver mi bella España y a mi buena madre que la querrá como a su hija.

A estas palabras la pobre Dominga suspiró como una persona que renace a la esperanza. La sonrisa reapareció en sus labios y con un acento de amor y de duda dijo:

—¡Que Dios lo oiga Alfonso! Pero ¡ay! Temo no poder gozar jamás de semejante dicha.

Esta última escena me inició en los pesares de mi prima y me hizo comprender cuánto debía sufrir...

El momento de mi partida se aproximaba. En casa de mi tío mostraban la cara entristecida, pero había leído el fondo de sus pensamientos y su tristeza me hacía el efecto de las lágrimas de un heredero. Por más consideraciones que mostraron, mi manera de ser en la casa atestiguaba a los ojos del mundo la conducta de mi familia para conmigo. Mi vestido, de extrema sencillez, anun-

ciaba bien a las claras que esta rica familia no suplía con sus regalos mi falta de fortuna. Y se veía, en la casa de don Pío, a la hija única de Mariano, tratada como una extraña. Sin embargo, estaba tranquila y resignada. Ni mis palabras, ni mi fisonomía manifestaban mi descontento. Después de la escena que tuve con mi tío no me permití la más ligera alusión a la suerte a que me había condenado. Mas esta dignidad de modales los hacía sentirse incómodos consigo mismo y delante de los demás. Mi presencia era, para todos ellos un reproche perpetuo y mi tío, que me quería realmente, sentía remordimientos.

Quise tener una conversación con mi tía, a propósito de los niños. Le supliqué que me confiara a su hijo y a su segunda hija Panchita, para hacerlos educar en Francia de una manera conveniente a su fortuna y a su rango en la sociedad. Llamé particularmente su atención sobre Panchita, ese pequeño ángel de belleza y de espíritu que sería un ser extraordinario si sus grandes disposiciones se desarrollaban hábilmente. Mi tía, impresionada por las razones que alegué, me dijo que consentiría la partida de su hijo, pero por nada del mundo podría decidirse a enviar a Panchita a Francia.

—¡Mandar a mi hija a un colegio de París para que se instruya en filosofía, en la herejía y el ateísmo! ¡Oh! Jamás con mi consentimiento pondrá los pies en un país en donde se ridiculiza nuestra santa religión. Donde Voltaire y Rousseau son considerados como dioses y sus obras están en manos de todo el mundo.

En vano hice observar a Joaquina que, en los colegios de Francia se educa a los niños en las creencias religiosas que sus padres quieren darles. Mi tía se indignaba porque en este punto se pudiese escoger y la conversación de tres horas que tuve con ella, sobre este capítulo, me la presentó como una fanática de aquellas con que el catolicismo de Roma cuenta pocas hoy día. Joaquina me preguntó un día si en Francia los judíos y los protestantes entraban en las iglesias.

—Nadie tiene derecho de impedirselos —le dije.

—¡Ah! ¡Qué horror! ¡Qué sacrilegio!

—Por lo demás: ¿cómo quiere que no suceda esto? ¿Podrían los sacristanes de la iglesias conocer en la cara la religión de cada individuo?

—Basta Florita, no me hable más de ese país de impiedad.

Rechazada por mi tía me dirigí a mi tío. Este no era accesible a los mismos temores. El riesgo que en Francia pudieran correr las ideas supersticiosas de sus hijos no entró para nada en las consideraciones en que fundó su negativa.

—Florita, me guardaré muy bien de enviar a mis hijos a Europa. Tengo demasiados ejemplos ante los ojos, de los malos resultados de la educación que allí se recibe. Todos regresan a su país, después de seis u ocho años de ausencia, con gusto de lujo y despilfarro y no saben ya hablar su idioma. Pero en cambio hablan francés, lengua completamente inútil aquí, bailan la galopa, baile endemoniado que requiere un espacio inmenso, mientras en el Perú se baila la marinera en cuatro pies cuadrados, montan caballo a la inglesa, moda que en nuestros caminos sólo es buena para romperse la cabeza. En fin, además de esos hermosos conocimientos, los niños prodigios tocan violín, flauta o cuerno. Convenga conmigo, Florita, en que no es una educación capaz de hacer hombres útiles a la República.

—Ciertamente, tío, habría que dejar a su hijo en el Perú si en Europa debiera recibir semejante educación, pero ¿no cree que sea posible darle una mejor?

—¡Ah! Estoy muy lejos de pensarlo. Sin embargo, desde 1815 más de veinte jóvenes han sido enviados a Europa y han regresado tal como acabo de describirlo.

—Tío, esos han recibido la educación que la necesidad de sus padres ha querido darles. ¿Conoce usted las cartas que el afecto paternal inspira a aquellos padres ilustrados y que dirigen a los apoderados de sus hijos? He visto algunas en manos de ciertos negociantes de Burdeos. Todas trazan el programa de estudios del *querido hijo*. Siempre el mismo: desean que el joven aprenda francés, monte a caballo, baile a la moda de París, toque violín, etc. Pero en ninguna he visto recomendar que les enseñen matemática, dibujo y los conocimientos requeridos para entrar en una de las escuelas de ingenieros, de minas o politécnicas, que los instruyan en arquitectura, o que los envíen a aprender agricultura en las haciendas modelos. Tampoco era cuestión de hacer frecuentar las escuelas de Derecho o de Medicina a ninguno de ellos. Los padres no pueden quejarse sino de ellos mismos si sus hijos han recibido una educación fútil que no los hace apropiados para ninguno de los empleos de la sociedad. Sin duda, los habían destinado a comer plata y no a ganarla. Convenga tío, en que la acusación hecha contra la educación europea es la mayor injusticia. Althaus, Escudero, Bolívar y usted mismo tío, han sido educados en Europa. Me parece que ustedes cuatro hacen honor a la educación que han recibido, para que ninguno de ustedes se coloque en el número de sus detractores.

—Althaus y Escudero, tenían a sus padres a su lado para dirigir su educación. Bolívar tuvo por guía y amigo a Rodríguez, hombre de gran mérito y

yo tuve a su padre, mi querido Mariano, cuyos cuidados y solicitud jamás me perdían de vista y me trataba como a su hijo. Su padre educado en el colegio de *La Flèche*, encontró buena la educación que él había recibido y vino a buscarme. No tenía yo entonces sino siete años y me puso en el mismo colegio. A la edad de dieciocho años me retiró de él para hacerme entrar como suboficial en el soberbio regimiento de los guardias *walones*. Mi servicio me dejaba muchos ocios y mi hermano me los hacía emplear en el estudio. Recompensaba mi asiduidad dándome maestros de música o de baile. Consideraba estos talentos como propios únicamente para hacerse ver bien de las damas. Durante mis vacaciones me enviaba a Inglaterra, a Alemania a fin de instruirme en las costumbres, la política, la industria y la organización militar de aquellos países. Quería que tomase notas sobre todo cuanto veía y estaba obligado a hacerle una relación de mis viajes, redactada con tanto cuidado y exactitud como si hubiese sido destinada a la imprenta. Este trabajo me era a menudo penoso y hubiera preferido divertirme. Pero yo quería a mi hermano con esa deferencia que un hijo tiene hacia su padre. La gran diferencia de edad que había entre nosotros, su carácter serio y severo me inspiraban un respeto a veces mezclado de temor. Concibo Florita, que cuando un joven tiene semejante hermano por mentor, haga rápidos progresos. ¡Pero enviarlo *consignado* a un negociante para que lo ponga en un colegio, como puede colocar un fardo en su almacén, cargue en cuenta a los padres el quince o veinte por ciento de comisión y no se inquiete de nada más! Le repito que es un modo detestable y es sin embargo el único que tenemos. Además, encuentro inútil hacer muchos gastos cuyo resultado sería quizá hacer de Florentino peor de lo que es.

Mis instancias no pudieron obtener nada de mi tío. Me objetó que la edad de Florentino y su carácter engréido por su madre, lo harían indócil a mis consejos y a la dirección que yo pretendiera darle. Combatí sus objeciones haciéndole observar que el amor propio de su hijo y el sentimiento de su inferioridad lo inducirían a hacer esfuerzos para ponerse a nivel de los camaradas que tuviese a su alrededor. Derrotado en todos los puntos, mi tío alegó el gasto que le ocasionaría la permanencia de Florentino en Francia. Sonreí a esta última objeción.

—No hablo —agregó—, de los gastos de una educación que no sabría aprovechar, sino de los gastos a los que su edad no tardaría en arrastrarlo. Ciertamente, don Pío es suficientemente rico para correr el riesgo de pagar algunas locuras de juventud, mas el pobre hombre sufría para ocultar el verdadero motivo que le hacía persistir en su negativa. Mi tío ha reinado siempre en su casa como amo absoluto. Preferiría morir antes de ver declinar esta influencia dominadora. No se cree viejo. Sus facultades intelectuales se hallan

intactas y parece que no quisiera pensar que puede llegarle la decrepitud. Su hijo es espiritual, pero ignorante y lleno de defectos producidos por la falta de educación. Don Pío desea que su hijo tenga siempre necesidad de él y a la deferencia debida a un padre, una la del ejemplo dado por todas las personas que lo rodean. Con este objeto mi tío no quiere que este niño adquiera nuevas ideas y desarrolle su inteligencia. Teme que la educación europea tenga por resultado inspirar a Florentino confianza en sí mismo y desdeñe los consejos y opiniones de su padre. Mi tío tiene inmensas y grandes propiedades que dejará a sus hijos y se imagina que esto será una compensación suficiente a la falta de instrucción. Cree poder satisfacer ese amor de dominio que siente hasta en su casa, sin comprometer la existencia futura de estos niños. Pero los bienes de la fortuna, son tan precarios, tan pocas personas los conservan, que fiar en ellos para el porvenir es la más insigne aberración del espíritu humano. El precepto que la sabiduría predica a los hombres, desde hace más de dos mil años, el de contar sólo consigo mismo y considerar las riquezas como accidentales y los talentos como las únicas realidades de este mundo, recibe diariamente su demostración en un país atormentado por la discordia, en donde los individuos a quienes se supone ricos están sin cesar expuestos a exacciones. Yo también había nacido para tener una parte igual a la de don Pío, en la inmensa fortuna dejada por mi abuela. Mi padre lo creía así: su hija, decía, tendría un día 40,000 francos de renta. A pesar de ello, trabajo para vivir y educar a mis hijos. No ha dependido de mí evitar a los de mi tío las rudas pruebas por las que yo he pasado, si la fortuna de su padre, como la del mío, llegara a frustrar sus esperanzas. Hubiera deseado que tuviesen talento, para que pudiesen, en la prosperidad, sustraerlo a las pasiones y hacerlo útil a sus semejantes, y en la necesidad, subvenir a su existencia. Pero Dios no ha permitido que mi tío tuviese la voluntad de hacerlo.

La víspera de mi partida, don Pío me renovó la promesa hecha delante de toda la familia de asegurarme, una vez restablecida la tranquilidad, la pensión de 2,500 francos que me daba y me entregó una carta para Mr. Bertera, en la que daba orden de pagarla puntualmente y por adelantado.

**Mi partida de Arequipa**

**E**l viernes 25 de abril, Mr. Smith vino a recogerme a las siete de la mañana. Estaba ya lista para montar a caballo y mis facciones no demostraban ninguna agitación. Sentía, sin embargo una viva emoción al abandonar estos lugares. Dejaba la casa en donde había nacido mi padre. Había creído encontrar en ella un asilo y durante los siete meses que la había habitado sólo ocupé la morada de un extraño. Huía de esta casa en la cual había sido soportada, pero no adoptada. Huía de las torturas morales que sufría y de las sugerencias que me inspiraban la desesperación. Huía para ir ¿dónde?... Lo ignoraba. No tenía plan y harta de decepciones, no formaba proyectos. Rechazada en todas partes, sin familia, sin fortuna o profesión y hasta sin nombre, iba a la ventura, como un globo en el espacio que caerá en donde el viento lo empuje. Dije adiós a esas paredes, invocando en mi ayuda la sombra de mi padre. Abracé a mi tía y la compadecía de todo corazón por su dureza para conmigo. Abracé a sus hijos y los compadecí también, pues ellos tendrán a su vez días de aflicción. Dije adiós a los numerosos servidores reunidos en el patio, monté a caballo y dejé para siempre este asilo ocasional, para entregarme a la merced de Dios. Mi tío, mi primo Florentino y muchos otros amigos vinieron a acompañarme.

Avanzábamos en silencio. Las personas que me rodeaban admiraban mi gran valor y se asustaban de él. Mr. Le Bris y Viollier estaban tristes y mi tío parecía estarlo también. En cuanto a mí, una voz secreta me tranquilizaba. Sentía como por instinto que Dios no me había abandonado.

Nos detuvimos en Tiabaya. Mis miradas se dirigieron hacia Arequipa y su valle encantador, después sobre mi tío... Asaltada a la vez por mil recuerdos, sentí una cruel aflicción y las lágrimas me sofocaban. Esos señores callaban y parecían adivinar lo que pasaba en mi alma. Mr. Le Bris, me dijo:

—Querida señorita, todavía es tiempo, si quiere usted regresar a Arequipa. Sus amigos la ayudarán a llevar una vida, sino brillante, por lo menos tranquila y fácil.

Le apreté la mano y di al mismo tiempo la señal de partida. En el lugar en donde nos encontrábamos, el camino era estrecho, pasé la primera y atravesé así la población. Cuando estuvimos en campo raso, me detuve para esperar a mi tío, pero no lo vi más... Mr. Le Bris me dijo que, para

evitarme la emoción del último adiós, había aprovechado el recodo formado por el camino para regresar a Arequipa sin que yo lo viera. Todo había acabado... ya no debía volver a ver a mi tío... ¡No podría expresar cuán penoso era para mí este pensamiento! Ese tío que me había hecho tanto mal, cuya conducta dura e ingrata me obligaba a vagar sobre la tierra, como el pájaro en la selva, sin tener la existencia más segura que aquel. Ese tío que no había tenido para mí un acto de justicia, cuya avaricia había aventajado en su corazón el afecto y la compasión. ¡Pues bien! ¡Lo quería! ¡Lo quería *contra mi voluntad!* ¡Tan duraderas y poderosas son las impresiones de la infancia! Sentía tan vivo dolor que vacilé un momento en regresar a Arequipa únicamente para ver de nuevo a mi tío, para conjurarle que me quisiera y olvidara que retenía mis bienes. ¡Tal era la necesidad que sentía de su afecto! ¡Ah!

¿Quién puede explicar las aberraciones del corazón humano? Amamos, odiamos, así como Dios lo quiere, sin poder lo más a menudo, señalar el motivo. ¡Ah! ¡Desgraciada organización social! Si no hubiera estado obligada a disputar con mi tío por mi herencia, nos hubiésemos amado sinceramente. Su carácter de hombre público no me inspiraba ninguna simpatía, pero el resto de él, me agradaba. Jamás he encontrado un hombre cuya conversación fuese más instructiva, las maneras más amables y los chistes más graciosos.

En Congata encontramos listo un buen almuerzo, debido a la galantería del muy amable Mr. Smith. Vi de nuevo al pequeño Mariano, crecido y embellecido. Quería de todos modos venirse conmigo a Francia. Ese querido niño tenía una expresión admirable, cuando me decía: «*Mi Floritay*<sup>25</sup> diga a esos extranjeros que nos dejen solos, me molestan y tengo que hablarle». Nos quedamos en casa del señor Nájjar hasta que pasara un poco el calor. Hacia las doce del día, comenzó a soplar el aire del mar y nos pusimos en camino.

Al separarme de mis dos mejores amigos Mr. Le Bris y Viollier, sentí un sincero pesar. Durante siete meses me habían prodigado muestras de interés de toda clase y sentía por ellos la más sincera amistad.

Mr. Smith, tenía por sirviente a un chileno muy inteligente y mi tío me había dado un hombre de confianza para acompañarme y servirme hasta el momento de mi embarque. Además debía a la graciosa galantería del coronel Escudero, una guardia de seguridad. El teniente Mansilla, con dos lanceros estaban encargados por él de mi defensa.

---

25 El diptongo *ay* al final de los nombres, les da una dulzura acariciadora. No se le emplea sino para hablar a las personas a quienes se ama tiernamente. (Nota de la autora).

Ese viaje fue mucho menos penoso que el anterior. Me había provisto de las cosas necesarias para precaverme, en cuanto fuese posible, del sol, del viento, del frío, de la sed y en una palabra de todos los sufrimientos del desierto. Tenía dos buenas mulas para poder cambiar de montura. Además Mr. Smith tuvo la extrema cortesía de poner su segundo caballo a mi disposición. Mi tía Joaquina me había prestado dos sillas, una inglesa para el caballo y otra apropiada para las mulas. En fin, los cuidados con que me rodeaba Mr. Smith, me hicieron encontrar en él a un segundo don Baltazar con diez años de experiencia en esta clase de viajes que no cedía en nada al primero.

Cuando llegamos a la cima de la primera montaña nos detuvimos. Bajé del caballo y fui a sentarme al mismo sitio en donde meses antes me habían depositado moribunda. Permanecí allí largo rato admirando el delicioso valle de Arequipa. Le di mis últimos adioses. Contemplé la forma extraña con que aparecía la ciudad y al sucederse mis pensamientos, soñaba en que, libre y dueña de poder asociarme a un hombre de mi agrado, hubiera podido gozar allí de una vida tan feliz como en cualquier país de Europa. Esas reflexiones me entristecían, estaba emocionada.

—Señorita —me dijo Mr. Smith que recorría el mundo desde los diecisiete años y no concebía que se pudiese echar de menos Arequipa—, es una bonita ciudad, sin duda, pero aquella adonde vamos es un verdadero paraíso. Ese volcán es soberbio y no quisiera ver uno semejante en Dublín. Aquellas cordilleras son magníficas. Sin embargo, usted convendrá en que el viento frío y volcanizado debe atribuirse a esa vecindad y eso haría atrabiliario el carácter más alegre y más dulce de toda Inglaterra. ¡Ah! ¡Viva Lima! Cuando no se puede ser miembro del Parlamento, con 10,000 libras esterlinas, hay que venir a vivir a Lima.

Es así como la alegría natural y llena de espíritu de Mr. Smith, desviaba el curso de mis pensamientos.

Al ir de Arequipa a Islay, se tiene el sol por detrás y el viento de frente. Por consiguiente se sufre mucho menos con el calor, que al salir de Islay a Arequipa. Hice el camino muy bien y sin gran fatiga y como mi salud había mejorado, me encontré más fuerte para soportarlo que cuando hice mi primer viaje. A las doce de la noche llegamos al *tambo*. Me eché vestida sobre la cama, mientras preparaban la comida. Mr. Smith poseía un talento milagroso para salir de apuros en el viaje. Se ocupaba de todo: de la cocina, de los arrieros, de los animales y todo esto con una ligereza y un tacto admirables. Ese inglés era un joven elegante de treinta años, en todo lo que hacía ponía la misma distinción de modales y hasta en el desierto se reconocía al dandy de salón.



Pudimos hacer, gracias a sus cuidados, una excelente comida, después de la cual nos dedicamos a conversar, pues ninguno de nosotros pudo dormir. A las tres de la mañana nos pusimos en camino. El frío era tan fuerte que me cubrí con tres ponchos. Al sobrevenir la aurora me sentí dominada por un sueño invencible y rogué a Mr. Smith dejarme dormir siquiera media hora. Me apeé y sin dar tiempo al sirviente para extender la alfombra, quedé tan profundamente dormida que no se atrevieron a molestarme para acomodarme mejor. Me dejaron así una hora. Me sentí muy bien después de este sueño. Nos hallábamos entonces en pampa rasa y monté a caballo para atravesar esta inmensidad siempre a todo galope.

Mr. Smith dudaba mucho de que yo pudiera seguirlo. Para animarme no cesaba de desafiarme. Yo aceptaba el desafío y tenía a honra ir siempre delante de él, unos quince o veinte pasos. Con esta manera de estimularme, obtuvo el resultado que esperaba. Pronto me convertí en excelente amazona. Hice galopar tan bien mi caballo, cuidándolo al mismo tiempo, que el oficial Mansilla no pudo seguirme y menos aún los dos lanceros. Por fin Mr. Smith se vio obligado a pedirme gracia para su hermosa yegua chilena, a la cual temía fatigar demasiado.

A las doce del día llegamos a Guerrero e hicimos alto. Comimos bajo la fresca sombra de los árboles. Enseguida arreglamos lechos en el suelo y dormimos hasta las cinco. Ascendimos a paso lento la montaña y llegamos a Islay a las siete. Grande fue la sorpresa de don Justo cuando me vio. Este hombre que es de una bondad y de una hospitalidad extrema con todos los extranjeros, me prodigó muchas atenciones. Islay había cambiado mucho de aspecto desde mi última estada allí. Esta vez no fui invitada a ningún baile. Nieto y sus valientes soldados habían devastado todo durante las veinticuatro horas que permanecieron en la población. Además de la requisita de víveres habían cometido extorsiones de toda clase a fin de arrebatar dinero a los desgraciados habitantes. Ese pueblo estaba en la desolación. El bueno de don Justo no cesaba de repetirme:

—¡Ah, señorita! Si no estuviera tan viejo, me iría con usted. Las guerras continuas que destrozan este país lo han hecho inhabitable. He perdido ya a dos de mis hijos y espero en cualquier momento tener noticia de la muerte del tercero que sirve en el ejército de Gamarra.

Me quedé tres días en Islay, en espera de la salida de nuestra embarcación y los habría pasado muy tristemente sin la sociedad de Mr. Smith y de los oficiales de una fragata inglesa anclada en la bahía, con quienes había trabado amistad. Nunca he encontrado y me complazco en recordarlo, oficiales tan

distinguidos por sus maneras y su espíritu como los de la fragata *The Challenger*. Todos hablaban francés y habían vivido en Francia algunos años. Esos señores, siempre vestidos de paisanos, eran notables por su indumentaria de una limpieza exquisita y de una elegante sencillez. El comandante era un hombre soberbio, de una hermosura ideal. Sólo tenía treinta y dos años, pero una profunda melancolía pesaba sobre él. Sus actos y sus palabras tenían un sello de tristeza que me daba pena. Pregunté la causa a uno de sus oficiales, el cual me dijo:

—¡Ah! Sí, señorita, su tristeza es muy grande. Mas el pesar que la origina es también el más doloroso del mundo. Desde hace siete años está casado con la mujer más hermosa de Inglaterra. La ama locamente, es igualmente correspondido y sin embargo, debe vivir separado de ella.

—¿Quién le impone esta separación?

—Su estado de marino. Como es uno de los capitanes de la fragata más jóvenes, lo mandan constantemente a las estaciones lejanas, en viajes que duran tres o cuatro años. Hace tres años que estamos en estos parajes y no regresaremos a Inglaterra antes de quince meses. Juzgue el cruel dolor que tan larga ausencia debe hacerle sentir...

—¡Que debe hacerle sentir!... ¿No tiene pues, fortuna para seguir una carrera que lo tortura a él y aquella a quien ama?

—¡Fortuna! Tiene 5,000 libras esterlinas de renta y su esposa, la más rica heredera de Inglaterra, le ha llevado 200,000 libras de dote. Es hija única y tendrá aún dos veces más a la muerte de sus padres.

Quedé admirada.

—Entonces, señor explíqueme ¿qué potencia obliga a su comandante a estar alejado de su esposa durante cuatro años, a morir de consunción a bordo de su fragata y a condenar a tan hermosa criatura al dolor y a las lágrimas?

—Es preciso que llegue a una alta posición. Nuestro comandante no ha obtenido de sus padres a esta rica heredera, sino con la condición de seguir en su profesión hasta que sea hecho almirante. Ambos jóvenes han consentido. Los dos han prometido y para cumplir esta promesa él debe recorrer los mares durante diez años más, por lo menos, pues es en la ancianidad cuando, entre nosotros, se hacen las promociones.

—¿Así es que el comandante se cree obligado a vivir todavía durante diez años separado de su esposa?

—Sí, para cumplir su promesa. Pero, transcurrido este tiempo, será almirante, llegará a la Cámara de los Lores, quizá al Ministerio, en fin, será uno de los primeros del Estado. Me parece señorita, que para llegar a tan hermosa situación, se puede muy bien sufrir durante algunos años.

¡Ah! Pensé. Por estas malditas grandezas, los hombres pisotean lo que hay de más sagrado. Dios mismo se ha complacido en dotar a esos dos seres: belleza, espíritu, riqueza, todo les ha sido concedido y el amor que sienten el uno por el otro debería asegurar una felicidad tan grande como es capaz de gozar nuestra naturaleza. La felicidad aspira a comunicarse. En torno a ella todo trasciende su dulce influencia. Y dichosos, ambos seres habrían podido hacer gozar a sus semejantes. Pero el orgullo de un viejo imbécil destruye este porvenir de felicidad terrestre. Quiere que veinte años del más hermoso período de su existencia sean cercenados a la vida de sus hijos. Que esos veinte años estén consagrados a la tristeza, al dolor y a los tormentos de todo género que hace nacer la separación. Cuando al fin estén reunidos, la esposa habrá perdido su belleza, el hombre sus ilusiones. Su corazón estará sin amor y su espíritu sin frescura, pues veinte años de disgustos, de temores y de celos, desfloran las almas más hermosas. ¡Pero será almirante! ¡Par del reino! ¡Ministro! etc. Absurda vanidad.

No podría decir cuán amargas reflexiones me sugirió la historia del comandante de la *Challenger*... Encontraba en todas partes el sufrimiento moral. En todas partes veía resaltar los prejuicios impíos que ponen al hombre en pugna con la Providencia y me indignaba de la lentitud de los progresos de la razón humana. Pregunté a este guapo comandante si tenía hijos: «Sí, me contestó, una hija tan hermosa como su madre y un hijo que me dicen se me parece mucho. No lo conozco todavía. Tendrá cuatro años cuando yo lo vea, si Dios permite que lo vea»... Y el desgraciado contuvo un suspiro. Todavía era sensible porque era joven. Mas a los cincuenta años, probablemente se habrá vuelto tan duro como un suegro y exigirá tal vez de su hijo y de su hija sacrificios tan crueles como los que le han sido impuestos a él. Así se transmiten los prejuicios que depravan nuestra naturaleza y esta transmisión no se interrumpe sino cuando se presentan aquellos seres a quienes Dios ha dotado de una voluntad firme y de un valor enérgico que soportan el martirio antes que el yugo.

El 30 de abril, a las once de la mañana, salimos de la bahía de Islay. El 1° de Mayo a las dos de la tarde, anclamos en la rada del Callao. Este puerto no me pareció tener tanta actividad como Valparaíso. Los últimos acontecimientos políticos habían tenido una funesta influencia sobre sus negocios comerciales. Estos iban muy mal y había menos navíos que de costumbre.

Desde el mar se distinguía Lima, situada sobre una colina, en medio de los Andes gigantescos. La extensión de esta ciudad y los numerosos campanarios que la coronan le dan un aspecto grandioso y mágico.

Estuvimos en el Callao hasta las cuatro, en espera del coche para Lima. Tuve mucho tiempo para examinar ese pueblo. Así como Valparaíso e Islay, el Callao desde hace diez años progresa de tal manera, que después de una ausencia de dos o tres años, los capitanes apenas lo reconocen. Las casas más hermosas pertenecen a los negociantes ingleses y norteamericanos. Tiene allí depósitos considerables. La actividad de su comercio establece un movimiento continuo entre el puerto y la ciudad, que se halla a dos leguas. Mr. Smith, me había conducido donde sus agentes. Encontré en esta casa inglesa ese lujo y *confort* particular a los ingleses. El servicio lo hacían criados de aquella nación, que, como sus amos iban vestidos como si estuviesen en Inglaterra. La casa tenía una galería semejante a todas las casas de Lima. Esas galerías son muy cómodas en los países cálidos: a cubierto del sol, se va a ellas a respirar el aire, paseándose alrededor de la habitación. Lindas cortinas inglesas embellecían aquella en la cual me hallaba. Me quedé algún tiempo y pude observar con toda comodidad, la larga y ancha calle que forma la ciudad del Callao. Era domingo. Los marinos, en vestido de fiesta, se paseaban por la calle. Veía grupos de ingleses, de americanos, de franceses, de holandeses, de alemanes. En suma una mezcla de casi todas las naciones y palabras de todas las lenguas llegaban hasta mis oídos. Al oír conversar a estos marinos, comprendí el encanto que su vida aventurera debía tener para ellos y el entusiasmo que inspiraba el *verdadero marinero* Leborgne. Cuando cansada del espectáculo de la calle eché una mirada al gran salón, cuyas ventanas rodeaban la galería, cinco o seis ingleses, con sus hermosas caras tranquilas y frías, perfectamente bien puestos, estaban allí reunidos. Bebían un *grog* y fumaban excelentes cigarrillos de La Habana, balanceándose muellemente en hamacas de Guayaquil suspendidas del techo.

Por fin, dieron las cuatro. Subimos al coche. El conductor era francés y todas las personas que encontré allí hablaban francés o inglés. Había dos alemanes, grandes amigos de Althaus y enseguida me encontré entre conocidos.

Desde mi salida de Burdeos, era la primera vez que subía a un coche. Tuve un placer que me hizo feliz durante las dos horas que duró el trayecto. Me creía ya de regreso en plena civilización.

El camino es malo al salir del Callao, pero después de haber recorrido una legua, es más o menos bueno, muy ancho, plano y con poco polvo. A media legua del Callao, sobre el borde derecho de la ruta, yacen extensas ruinas de

construcciones indígenas. La ciudad cuya existencia recuerdan, había dejado de ser cuando los españoles conquistaron el país. Se podría saber posiblemente por las tradiciones de los indios, lo que fue esa ciudad y la causa de su destrucción. Pero hasta ahora, la historia de este pueblo no ha inspirado suficiente interés a sus amos para consagrarse a aquellas investigaciones. Algo más lejos a la izquierda, está la ciudad de Bellavista, en donde hay un hospicio destinado a los marineros. A la mitad del camino, nuestro conductor se detuvo en una taberna cuidada por un francés. Después de haberla pasado, la ciudad se descubrió a nuestras miradas con toda su magnificencia. La campiña cercana, verde, de mil tonos, ofrecía la riqueza de una vigorosa vegetación. Por todas partes grandes naranjos, plataneros, palmeras y una multitud de árboles propios de esos climas despliegan su variado follaje. Y el viajero en éxtasis, ve los sueños de su imaginación sobrepasados por la realidad.

A media legua de la ciudad, el camino bordeado por grandes árboles, forma una avenida cuyo efecto es en verdad majestuoso. A los lados se paseaba un buen número de peatones. Muchos jóvenes a caballo pasaron también cerca del coche. Esta avenida era, según supe después, uno de los paseos de los limeños. Entre las paseantes, había muchas con *saya*. Este vestido me pareció tan extraño que cautivó toda mi atención. La ciudad está cercada al extremo de la avenida, llegamos a una de las puertas. Sus dos pilastras eran de ladrillo. El frontispicio que lucía los escudos de España, había sido mutilado. Unos empleados, visitaron el coche como se practica a la entrada de París. Atravesamos una gran parte de la ciudad. Las calles me parecieron espaciosas y las casas muy diferentes de las de Arequipa. Lima, tan grandiosa vista de lejos, cuando se entra a ella no mantiene sus promesas, ni responde a la imagen que uno se había forjado. Las fachadas de las casas son mezquinas, sus ventanas sin vidrios y las barras de fierro con que están enrejadas, recuerdan las ideas de desconfianza y de opresión, al mismo tiempo que la entristece a uno por el poco movimiento que hay en todas aquellas calles. El coche se detuvo delante de una casa de hermosa apariencia. Vi venir del fondo, a una señora alta y gorda, a quien reconocí enseguida, por el retrato que de ella me habían hecho los señores del Mexicano, como a Mme. Denuelle. Esta señora vino en persona a abrirme la portezuela, me ofreció su mano para bajar y me dijo con la expresión más afable: «Señorita Tristán, la esperábamos aquí desde hacía mucho tiempo con impaciencia. Después de todo lo que Mr. Chabrié y David nos han dicho de usted, estaremos muy felices al tenerla entre nosotros».

**Un hotel francés en Lima**

**L**a señora Denuelle me condujo a un salón amoblado a la francesa. Hacía apenas cinco minutos que estaba sentada, cuando vi entrar a doce o quince franceses, todos muy afanados por verme. Me conmovió esta prueba de interés, conversé algunos instantes con ellos y les agradecí esta acogida afectuosa. Enseguida la señora Denuelle me condujo al pequeño departamento que me destinaba. Éste se componía de un salón y de un dormitorio.

Había salido de Arequipa cargada de cartas para una multitud de personas de Lima. Mr. Smith, siempre de una complacencia inagotable para conmigo, me había ofrecido, al bajar del navío, hacer entregar esas cartas. Se las di, de manera que, una hora después de mi llegada, las personas a quienes iban dirigidas afluyeron donde mí para tener noticias políticas. Su afán era tal, que me hacían veinte preguntas a la vez. El uno inquiría por su padre, el otro por su hermano; Don Basilio de la Fuente a quien encontré alojado donde Mme. Denuelle, quería saber lo que había sucedido a su esposo y a sus once hijos; ésta lloraba por su hermano a quien habían muerto; aquella se inquietaba por su hermana, esposa del general Nieto, que había quedado como prisionera en Santa Rosa y todos temían no sin fundamento, que la señora Gamarra regresara a Lima, en donde tenía tantas venganzas que ejercitar.

El carácter de los limeños me pareció, en esta primera entrevista, aun más fanfarrón y medroso que el de los arequipeños. Como a las once de la noche, la señora Denuelle hizo comprender a los visitantes que yo debía tener necesidad de descanso. Se retiraron con gran contento de mi parte. Ya no podía más, tenía la cabeza hueca. Mr. Smith me advirtió que había entregado personalmente a mi tía, la hermosa Manuela de Tristán, esposa de mi tío Domingo a la sazón gobernador de Ayacucho, la carta que le había sido dirigida y ella le había rogado que la fuera a buscar, pues quería verme la misma noche. Vino pues, en cuanto me vi libre de las demás visitas. Encontré muy delicada esta atención de su parte.

Por lo que había oído decir de la belleza extraordinaria de mi tía de Lima, esperaba naturalmente ver una mujer estupenda. Sin embargo, la realidad sobrepasó a mis ojos lo que me había imaginado. ¡Oh! Esa no era una criatura humana. Era una diosa del Olimpo, ¡una hurí del paraíso de Mahomet descendida sobre la tierra! A la vista de esta divina criatura, me sentí sobre-

cogida de santo respeto. No me atrevía a tocarla: me había cogido una mano que guardaba entre las suyas, mientras me decía las cosas más afectuosas, pronunciadas con una nobleza, una gracia y una facilidad que acabaron de fascinarme. Siento mi insuficiencia para describir tal belleza. Rafael no ha concebido jamás para sus vírgenes una frente en donde haya tanta nobleza y candor, una nariz tan perfecta, una boca más suave y más fresca. Pero sobre todo un óvalo, un cuello y un seno más admirablemente hermosos. Su piel es blanca, fina y aterciopelada como la de un melocotón. Sus cabellos, castaños, finos y brillantes como la seda, caían en largos bucles ondulados sobre sus redondeadas espaldas. Está un poco gorda quizá, sin embargo, su esbelto talle no pierde nada de su elegancia. Todo en ella está lleno de orgullo y de dignidad. Tiene el porte de una reina. Su toilette se armonizaba con la frescura de su hermosa persona.

Su vestido de muselina blanca, sembrado de pequeños botones de rosa bordados en color, era muy escotado, con mangas cortas y el talle muy bajo formaba una punta por delante. Esto le sentaba muy bien pues dejaba ver lo que tenía de más hermoso, el cuello, los hombros, el pecho y los brazos. Largos aretes pendían de sus orejas. Un collar de perlas ceñía su cuello de cisne y brazaletes de diversas especies hacían resaltar la blancura de sus brazos. Un gran manto de terciopelo, color celeste oscuro, forrado en raso blanco, envolvía ese hermoso cuerpo y un velo de encaje negro, echado negligentemente sobre su cabeza, la preservaba de las miradas indiscretas de los transeúntes. Había cesado de hablar y yo contemplándola todavía, la escuchaba y no respondía a todos sus ofrecimientos de servirme, sino exclamando: —¡Dios mío, tía, que hermosa es usted!...

¡Ah! ¿Quién podrá explicarme el mágico imperio de la belleza? ¿De ese ascendiente irresistible que armoniza todo sin tener en sí una apariencia que se pueda definir?; ¿de esa emanación divina que da la vida a las formas, a los colores, vibra en los sonidos y se exhala en los perfumes?; ¿de ese poder magnético esparcido según los fines de la Providencia, sobre todos los seres de la creación? ¡Jerarquía que sale de Dios y que desciende al átomo que ningún ojo puede percibir! Esta causa oculta que determina nuestra elección, nuestras predilecciones, que nos fascina. En una palabra, la belleza en cualquier forma que se muestre, aérea, visible o palpable, penetra todo mi ser con su dulce influencia. Los perfumes de las flores, los cantos de los pájaros me la hacen sentir. La experimento a la vista del gigante de la selva, cuya copa se eleva hasta la región de las tempestades; a la vista de la gracia salvaje del animal indómito; a la aparición de un hombre tal como el comandante de la *Challenger*, de una mujer como mi tía Manuela. Y en presencia de la belleza,

de esa sonrisa de los dioses, palpitante de admiración y de placer, mi alma se eleva hacia el cielo.

Mi tía insistió mucho para que fuera a vivir a su casa. Le agradecí, excusándome con la molestia que podía ocasionarle. Como era muy tarde, dejamos la decisión para el día siguiente. Después de su partida, la señora Denuelle, se quedó conversando conmigo, de suerte que era más de la una cuando me encontré sola.

Nunca he llegado a un país desconocido sin sentir una agitación más o menos viva. Mi atención, casi a pesar mío, se dirige sobre todo lo que me rodea y mi alma ávida por conocer y comparar se interesa por todo. La sucesión de personas y de cosas que habían desfilaro delante de mí desde mi desembarque en el Callao me había agotado hasta el punto de que, a pesar de mi cansancio, me fue imposible dormir. Mi pensamiento me mantenía en vela y no cesaba de reproducir las impresiones que acababa de sentir. Me adormecí al amanecer y soñé con los hermosos naranjos, con las lindas limeñas con saya y con la aparición de mi tía.

Desde las ocho de la mañana, la señora Denuelle entró a mi cuarto y pronto dirigió la conversación sobre mi tía. Me dijo con aire confuso, que en interés mío creía deber instruirme sobre algunas particularidades de la señora Manuela de Tristán. Me refirió que desde hacía largos años Manuela tenía amores con un americano del norte a quien amaba mucho y del que estaba excesivamente celosa. Mme. Denuelle me habló en forma de dejarme conocer el fondo de su pensamiento. Temía verme aceptar la hospitalidad que me había sido ofrecida, no tanto por el gasto que podía ocasionar, sino por el deseo vehemente de tenerme a su lado durante mi estada en Lima. Si de antemano no hubiese estado decidida a rechazar los ofrecimientos de mi tía, lo que acababa de saber hubiera bastado para impedírmelo. Ya había llegado a conocer el corazón humano lo suficiente para comprender que no debía alojarme en casa de una mujer, si corría el riesgo de convertirme en objeto de sus celosas sospechas y también si me interesaba en no provocar su odio, el que ciertamente quería evitar. Al dejar la casa de mi tío Pío, me había prometido a mí misma no aceptar la hospitalidad de ningún pariente. Hablé de esto un día con Carmen y ella me dijo: «Hará usted bien Florita, vale más comer pan en casa de uno que bizcocho en la de los parientes». Tranquilité, pues, a Mme. Denuelle, traté del precio con ella, a razón de dos pesos por día y cuando regresó mi tía, le hice comprender que nos molestaríamos mutuamente. Quedó convenido que me quedaría en el hotel. Creí ver que mi discreción causaba gran placer.



Sin embargo, mi situación pecuniaria hubiera debido causarme inquietud. Había salido de Arequipa con algunos cientos de francos. Mi tío me había dado una carta de crédito por 400 pesos, pero únicamente destinada a pagar mi pasaje. Había estipulado que no podría tocar su importe hasta el momento de la partida. Me hacía comprender con esto, a las claras, que me daba este dinero con la condición de salir del país. No había navíos en franquía y sabía por Mr. Smith que no los habría antes de dos meses. Mi permanencia de todo este tiempo en el hotel era un gasto de 120 pesos y además, me veía obligada a hacer algunos gastos pequeños en mi vestido. Comprendí que necesitaba por lo menos 200 pesos para hacer frente a todas estas necesidades. Puedo decir que he tenido todas las desgracias, fuera de una: la de tener *deudas*. El temor de contraerlas ha dominado siempre mi conducta. Contando con cuidado antes de gastar, jamás he debido un centavo a nadie. Cuando hice este cálculo de 200 pesos y no encontré sino 20 en mi bolsillo, estuve, lo confieso, muy asustada. Mi guardarropa era ya lo he dicho, más mezquino. Me puse con todo a examinarlo y, pluma en mano, valoricé pieza por pieza para ver cuánto podría obtener de todos esos trapos, si hacía una venta en momentos de mi partida. Vi que el producto ascendería a más de 200 pesos. Cuando adquirí esta certidumbre, ¡oh! ¡me sentí feliz, muy feliz! Había renunciado, al dejar a Escudero, a todos mis grandes proyectos de ambición y no quería oír hablar más de política. Volví a ser joven, alegre, y por primera vez en mi vida, de una despreocupación completa. Jamás he gozado de mejor salud. Engordaba a ojos vistas, comía con apetito y dormía perfectamente. En una palabra, puedo decir que esos dos meses constituyen la única época de mi existencia en que no he sufrido.

Al día siguiente de mi llegada, tuve algunos desagradados con el cónsul de Francia. Mr. Barrere. El asunto fue el siguiente: A raíz de mi salida de Arequipa, los franceses residentes en esa ciudad, aprovechando la ocasión, dirigieron un pedido colectivo a Mr. Barrere para que invistiera a Mr. Le Bris de poderes especiales, a fin de que éste pudiera proteger sus intereses gravemente comprometidos por los últimos acontecimientos políticos. Mr. Morinière, me había rogado, a nombre de los peticionarios, que expusiera de viva voz al cónsul los motivos poderosos que los había inducido a presentar tal solicitud. Comprendía muy bien la posición de todos ellos y les había prometido cumplir con mi doble misión. Por la mañana envié al cónsul la carta de mis compatriotas y le escribí dos palabras para informarle que estaba encargada de hacerle conocer verbalmente la cruel situación en que se encontraban los franceses de Arequipa. Agregué que el asunto era urgente y que, retenida en el hotel por una indisposición, si quería honrarme con su visita, podría exponerle enseguida lo que le interesaba saber. Esas son las palabras textuales de

mi carta. Costará trabajo creer que Mr. Barrere las encontrara *ofensivas para su dignidad consular*. Y sin embargo, así fue. Preguntó quién era yo y en dónde había sido educada, para *ignorar las conveniencias hasta el punto de pensar que él, el cónsul, era quien debía ir a hacerme una visita*. Dos o tres personas amigas vinieron a decirme que no se hablaba sino de la carta altanera que había escrito al cónsul, que estaba muy escandalizado. Mi admiración fue grande. Leí a todo el mundo el borrador de mi carta, que felizmente había conservado y nadie comprendió nada en la gran ira de Mr. Barrere. Explicué el motivo de mi apuro en comunicar al cónsul aquello de que estaba encargada y todos aprobaron la sencilla gestión hecha por mí. Creo que le hicieron reflexionar en lo inconveniente de su conducta, sobre todo, tratándose de una mujer, pues a la noche siguiente me envió a su sobrino para excusarse ante mí por no haber venido a verme, porque su salud no se lo había permitido. El sobrino se presentó como secretario de su tío y me pidió, en esta calidad, los informes que había de dar al cónsul. Pero este joven me pareció tan poco capaz de comprender la menor cosa, que no me preocupé en comunicarle ningún detalle y lo despedí, diciéndole que escribiría al señor cónsul lo que hubiera preferido decirle de viva voz.

Esos son los hombres encargados, en el extranjero, de velar por los intereses franceses. Mr. Barrere, viejo gotoso, caprichoso e irritable en exceso, no se hallaba al nivel de la importancia de las funciones que le están confiadas. El celo, la vigilancia y la actividad que exigen están por encima de sus fuerzas y carece de los conocimientos especiales indispensables para cumplir sus deberes. No sólo era una necesidad absurda de Mr. Barrere ofenderse por la carta en que le pedía venirme a ver porque tenía comunicaciones para él enviadas por el comercio francés de Arequipa, sino que, en esas circunstancias, sus funciones de cónsul le imponían la obligación de venir a tomar informes de mi boca, en cuanto supo mi llegada.

Desde hacía un mes no se tenían en Lima noticias de Arequipa. El cónsul francés ¿no debía mostrarse celoso por saber, si por los resultados de la batalla de Cangallo, los intereses y la seguridad de sus compatriotas habían quedado comprometidos? Los datos recibidos por la correspondencia traída en nuestro barco no podían dispensarlo de recoger informaciones verbales. Todas las cartas habían sido abiertas en Islay y nadie se atrevía a escribir la exacta verdad. El cónsul de Inglaterra comprendía sus deberes de otra manera. No creyó comprometer su dignidad en ir hasta el Callao e informarse por medio de Mr. Smith sobre los acontecimientos de Arequipa. No hay nación en la que sus intereses comerciales estén peor defendidos por sus agentes, que los

intereses del comercio francés por los cónsules nombrados por el Ministerio de Relaciones Exteriores. Es un hecho del que se puede adquirir la certeza sin salir de Francia, en las ciudades manufactureras y los diversos puertos de mar del reino: Marsella, Lyon, Burdeos, Rouen, el Havre. Antes de Mr. Barrere, el cónsul francés en el Perú, era Mr. Chaumet-Desfossés, hombre muy instruido, escritor espiritual, encantador en sociedad. Además, gastrónomo distinguido, que cuidaba con la más grande atención los destellos culinarios y daba una soberbia comida el día del santo del rey. Pero a pesar de todos estos talentos, Mr. Chaumet-Desfossés era el hombre menos adecuado para las funciones consulares. No creo que él se hubiera ofendido con mi carta, pero si se puede creer la voz general, durante los seis años que fue cónsul, el sabio sólo se ocupó de sus investigaciones científicas. Y como el país no ofrecía a este respecto un campo muy dilatado, se puso a aprender el chino y el árabe. Mr. Chaumet-Desfossés era completamente extraño a los intereses comerciales de su país y a la dirección de los asuntos comerciales. Mr. Chabrié y los otros capitanes de navío estaban indignados por la manera como cumplía sus funciones. Cuando iban donde él por las formalidades relacionadas con la llegada o la expedición de los navíos, el cónsul abría la pequeña ventanilla que había mandado hacer en su puerta.

—¿Qué quieren? —preguntaba.

—Señor, tengo que hablarle de algo relativo a la declaración de mi carga.

—No tengo tiempo —respondía el cónsul cerrando la ventanilla.

—Pero, señor, no esperamos sino su firma para levar anclas.

—Regrese usted, no tengo tiempo —respondía desde adentro sin reabrir la ventanilla. En Chile, el cónsul que precedió a Mr. Verninac, fue muerto en duelo por un capitán de navío a quien había insultado. El capitán apuraba la expedición de su barco, al que la demora debida al cónsul ocasionaba un perjuicio considerable. El cónsul maltratado por el capitán, creyó también comprometida su dignidad y el duelo tuvo lugar.

Cuando el gobierno francés reconoció la independencia de los Estados de la América Española, se hizo gran ruido en los periódicos de París, sobre los cónsules enviados por el ministerio. Éstos iban, por medio de tratados, a abrir nuevos mercados para nuestros productos. Mas la primera condición para cumplir bien con una misión, es la de conocer los intereses que nos están confiados. Hubiera sido fácil a esos cónsules aprovechar del odio de la América del Sur contra su antiguas metrópolis española y portuguesa, para hacer admitir los vinos de Francia con derechos menores que los impuestos a los vinos de la Península. Hubieran podido prever las relaciones que no debían

tardar en establecerse entre la China y las costas occidentales de América y obtener que fuésemos, en nuestros artículos de sedería, mejor tratados que los chinos, cuyas sedas importadas por los navíos de Norte América y Europa arruinan a nuestros fabricantes por los bajos precios a que se venden. Los agentes franceses disimularon su ignorancia de los intereses materiales de su país, estipulando que las mercaderías francesas serían tratadas como las de las naciones más favorecidas y creyeron con esto haber hecho una obra maestra. En efecto, la producción en Francia es más barata que en ninguna otra nación y nuestras mercaderías no tienen necesidad de encontrar ventajas en ninguna parte. Si dejaran a nuestras grandes ciudades manufactureras y marítimas designar sus agentes en el exterior, no mandarían seguramente a sabios, arqueólogos, ni hombres con títulos, pero sí a gentes escogidas que comprenderían sus intereses mejor que los aprendices de diplomáticos salidos de Relaciones Exteriores.

No tuve, durante mi estancia en Lima, disputas por mi herencia. Había sido despojada, ya no debía pensar más en ello. No asistí a grandes trastornos, semejantes a los que presencié en Arequipa. No estuve agitada por violentas emociones y mis observaciones se dirigieron únicamente a las localidades y personas que se ofrecían a mis miradas. Comenzaré por dar a conocer al lector a la señora Denuelle y su casa. Recorrerá enseguida conmigo la ciudad, después le hablaré de las mujeres, de los franceses residentes, etc.

La señora Denuelle vive en Lima desde 1826. Ha establecido una pensión que es la más hermosa y mejor tenida de todas las que encierra la ciudad. Tenía anexo, desde hacía dos años, un almacén en el que vendía toda clase de mercaderías, pues como ya he tenido ocasión de demostrar, el comercio en este país no está aún clasificado y subdividido en especialidades y todo el mundo se mezcla en él. Además, es ella quien ha hecho correr los primeros coches entre Lima y el Callao, para el transporte de pasajeros. Esta empresa le pertenece. En el fondo de la casa está el comedor. La mesa es de cuarenta cubiertos. A un lado se encuentra un hermoso salón que comunica con una sala de billar, las dos piezas dan a un pequeño jardín. El mobiliario de todas estas salas es cómodo y rico. Se juntan la elegancia francesa y el confort inglés. El servicio de mesa es muy lindo. Se ve el mismo lujo que en Londres, en el hotel *Brunet*. Los departamentos que alquila a los extranjeros están siempre muy bien tenidos: buenas camas, ropa elegante, nada falta. Los criados son franceses o ingleses, de suerte que todo se hace con mucha prontitud y limpieza. Esto en lo que concierne a la casa. En cuanto a la huésped, ¡oh! ese es el resumen de una larga historia, ¡historia de cuarenta años de vida de mujer,

agitada por fortunas diversas y durante los cuales ha tenido ocasión de conocer todo, de agotar todo!

La señora Denuelle que hoy tiene un hotel en Lima, no es otra que la hermosa, la magnífica, la seductora Mademoiselle Aubé, que debutó en la ópera en el rol de la Vestal. Su voz fresca, sonora y extensa, obtuvo en este rol el más brillante éxito. Fueron aplausos frenéticos, aturdidores, en la primera, segunda y tercera aparición de Mlle. Aubé. Tres veces coronada por las aclamaciones del público entusiasta, la debutante, llegaba a la cumbre de las grandezas teatrales y firmó un contrato de 15,000 francos al año con el director.

En la embriaguez de su alegría convidó a todos sus amigos a un banquete espléndido. ¡Ah! ¡fue un día de gloria y de felicidad!; ¿cuántos adoradores tuvo? El mundo entero estaba a sus pies. El sonido de su voz, vibraba en todos los corazones y se esperaba que en todos los papeles Mademoiselle Aubé sería tan sublime, excitaría los mismos transportes y haría sentir los mismos arrebatos que en el de la Vestal. ¡Cuántas envidias había levantado éxito tan brillante! Su nombre estaba sobre el cartel. La multitud invadía el teatro. Mlle. Aubé representaba un nuevo papel. Se presentó... Pero ¡qué repentina metamorfosis se había operado en el público! Sólo es acogida por los aplausos de algunos. Desde la primera escena, su voz, su aire, su modo de actuar provocan murmullos. Canta su aria y la multitud permanece muda. Ningún aplauso la alienta. Escucha hasta observaciones malévolas. La desgraciada entra a los bastidores con la cabeza ardiente, las arterias hinchadas como si se le fueran a romper. Su boca está seca, bebe para humedecerla, repasa su partitura que teme no saber bien. El público espera.

Es menester reaparecer en la escena. En aquella noche todo le es fatal: el vestido no le sienta; la hace parecer más alta y más delgada de lo que en realidad es. Todos los anteojos están dirigidos sobre ella. Los mismos que otras veces la habían encontrado tan hermosa, exclaman ¡es fea! La actriz no oye estas palabras, pero la relación magnética que existe entre el actor y el público le hace comprender que las han dicho. Está aterrada. Las lágrimas la ahogan. Un temblor agita sus miembros. Ve todo el peligro de su situación y su terror redobla. Sin embargo, hay que cantar... Con la fuerza de la desesperación canta. Pero su voz tiembla y canta en falsete. Enseguida una gritería se eleva de todas partes y los silbidos acaban de trastornar a la desgraciada artista. Siente un sudor frío por todo su cuerpo, no oye ya la orquesta. Sus miradas espantadas se detienen sobre esos millares de cabezas, cuyas risas la escarnecen, cuyas palabras la ultrajan, permanece inmóvil, deseando que el piso se hunda bajo sus pies para verse libre para siempre de esas risas infernales, de esos gritos demoníacos. El murmullo aumenta. La infortunada no ve nada.

Una nube delante de los ojos le oculta las luces. Toda su sangre afluye hacia su corazón. Sus piernas se doblan bajo su peso. Hace un último esfuerzo y se precipita fuera del proscenio en donde cae como muerta. Mme. Denuelle me ha referido muchas veces su desventura. La impresión había sido tan cruel y su recuerdo se había grabado tan profundamente en su memoria que, sorprendidos en el Cabo de Hornos por una violenta tempestad, cuando todos abordo presa de la desesperación veían la muerte en cada ola, ella decía al capitán: «¡Oh! No es desde hoy que conozco la tempestad. Usted está allí como yo estaba sobre las tablas»...

Este acontecimiento cerró el porvenir de Mme. Denuelle. Le fue imposible reaparecer en la ópera y después de haber sido contratada en el primer teatro lírico del mundo, su amor propio de artista le indujo a rechazar todas las propuestas que le hicieron en los teatros de Lyon, Burdeos y Marsella. Prefirió expatriarse. Estuvo mucho tiempo en la corte de Luis Bonaparte, en Holanda y en Westphalia, con Jerónimo. A la caída del Emperador, se encontró sin empleo y representó en los teatros de Dublín y de Londres. Desde 1815 hasta 1825 su vida no presentó sino un tejido de acontecimientos de los cuales varios fueron funestos... Perdió por completo la voz y engordó demasiado para aparecer en el teatro. Entre tanto se había casado con Mr. Denuelle, hombre suave, cortés y muy bien educado. Después de haber ensayado de todo para hacer fortuna, sin triunfar en nada, decidió irse al Perú, con la esperanza de que allí la suerte le fuese menos adversa. Llegó con muy poco dinero y como Mme. Aubrit en Valparaíso, fue a Chabrié a quien debió poder establecerse. Su hotel había prosperado más allá de sus esperanzas. Cuando la conocí trataba de venderlo, pues deseaba regresar a Francia en donde podría vivir cómodamente con 10,000 libras de renta que había economizado. Con un carácter diferente, ella podría ser muy feliz en Lima, pero no es así.

Mme. Denuelle está dotada de un espíritu vivo e inteligente. Su corazón mediocrementemente sensible, no se conmueve sino en las grandes ocasiones. Su educación, por completo volteriana, las repulsas que ha soportado en el ejercicio de su profesión y los treinta años de decepciones y desgracias sufridas, no han contribuido poco a endurecerla. Nunca ha tenido hijos, de suerte que ningún sentimiento tierno, ninguna dulce emoción ha venido a echar algunas flores en esta vida árida, toda de egoísmo y de indiferencia. Mme. Denuelle es en general detestada en Lima. Sus sarcasmos han herido a todo el mundo. No hay una persona a la que no hayan alcanzado: todas han sido ridiculizadas en sus bromas.

Esta mujer tiene realmente el talento muy notable de coger el ridículo, las manías y el aire mismo de los individuos. Tuerce la nariz, cojea, bizquea,

tartamudea, finge contracciones, todo con tanta verdad y comicidad que es de perecer de risa. Como se puede presumir el ejercicio de semejante talento le ha suscitado implacables enemigos. Muchas personas hacen un largo rodeo para no pasar delante de la tienda de Mme. Denuelle, por temor de ser objeto de una de sus caricaturas. Cuenta todo con tanta alegría como espíritu y su conversación en extremo variada, es de lo más divertida. Se le acusa de ser déspota en su casa, de tratar mal a su marido, de ser áspera y hasta mala con sus inquilinos. Esos reproches son fundados. Sin embargo, para ser justos, no hay que callar sus buenas cualidades. No se le reconoce ninguna y con todo, las tiene. El orden y la economía con que dirige su casa. Su vida sedentaria y laboriosa son rasgos que no deberían omitirse para que el retrato se le pareciera. Cualidades tanto más notables por encontrarse en una mujer cuya vida ha sido tan disipada. Pero los hombres no tienen en cuenta en los demás sino las cualidades de que sacan provecho.

Mme. Denuelle tenía entonces cincuenta y seis años. Parecía no tener sino cuarenta. Siempre he pensado que se envejecía por coquetería. Es una mujer de cinco pies y tres pulgadas de alto, gruesa en proporción, de buen color, tiene los cabellos muy negros, todos sus dientes, los ojos vivos, atrevidos, malévolos, los labios delgados, la nariz arremangada y la fisonomía dura, la expresión sardónica y arrogante. Está siempre arreglada con mucha sencillez y con una extrema limpieza.

Mme. Denuelle me tomó gran amistad. Como la conocía por lo que de ella me habían dicho Mr. Chabrié, David y Briet y por haber oído hablar a otros, adopté, frente a ella, el modo de hacerle sentir que esperaba de ella más consideraciones que intimidación. Todos mis queridos compatriotas y hasta los limeños venían a prevenirme muy oficiosamente que me cuidará si no quería que Mme. Denuelle me manejara a su antojo. Mi sonrisa a estos decires, manifestaba a las claras que no temía esta influencia. Más bien la obtuve yo en tal forma sobre nuestra huésped, que jamás se atrevió a hacerme una pregunta, a pesar de su extrema curiosidad. Jamás me llamó de otro modo que señorita Tristán, cuando muchos de los señores de su hotel y hasta su marido me decían a menudo *señorita Flora*. Me contó toda su vida, todos sus dolores y yo soy quizá la única persona en el mundo a quien haya tenido el valor de confesar que jamás había sido feliz.

Aunque sea, según dicen, de una gran sequedad de corazón, me complazco en afirmar aquí que conozco dos o tres rasgos en su vida, de una sublime abnegación y que prueban que su alma no ha sido siempre inaccesible a los sentimientos generosos.

Los franceses son mucho más numerosos en Lima que en Arequipa. La mayoría se ocupan del comercio. Tienen cuatro casas fuertes y unas veinte de segunda clase. Además hay un continuo movimiento de capitanes, sobrecargos y pasajeros franceses que van y vienen.

Lo digo con pesar. Hay en Lima entre nuestros compatriotas, menos acuerdo aun que en Arequipa. Todos se detestan, se calumnian y se hacen cuanto daño pueden. A la cabeza de las casas francesas, citaré las de Mr. Gautreau de Nantes; Dalidou, Martenet y Larichardiére, de Burdeos, Baroillet, de Bayona, etc. etc.

Hay una multitud de otros franceses, comerciantes, artistas, maestros de toda especie, artesanos, etc. Hay igualmente muchas francesas vendedoras de modas, costureras, dueñas de pensión, parteras. Toda esa gente trata de hacer fortuna y lo consigue con mayor o menor éxito.

En ocho días Mme. Denuelle me puso al corriente de todo lo que se hacía en la ciudad. Me hizo conocer por sus relatos a la mayor parte de las personas, tan bien como si las hubiese yo estudiado durante diez años. Jamás he llevado una vida más variada y más distraída, pero, sin embargo, no me hubiera agradado continuarla. Apenas tenía un momento para escribir mi diario. En cuanto estaba sola, Mme. Denuelle subía a mi cuarto y su interminable conversación era tan instructiva como divertida.

Almorzaba y comía con los pensionistas. La casa reunía a muy buena sociedad: oficiales de la marina inglesa, americana o francesa, negociantes y gentes del país. Mientras duraba la comida me divertía mucho. Como tengo el oído muy fino, la maliciosa Mme. Denuelle a cuyo lado estaba yo colocada, me decía en voz baja las cosas más graciosas, las más chistosas sobre las personas presentes y todo esto, haciendo con gracia, los honores de la mesa, sin que su cara traicionara en nada las palabras que me decía. Después de la comida, me refería chismes o remedaba a los individuos y siempre me hacía reír hasta las lágrimas. Lo que me ganaba su buena voluntad era saberla escuchar. No tenía yo en eso gran mérito, porque me agradaba oírlos. Pero ¡qué tesoro para una actriz, encontrar después de diez años de destierro, a una persona a quien sus gestos divierten y sus relatos interesan! Sin embargo, tenía muy poco tiempo que consagrar a Mademoiselle Aubé. Por la mañana recorría la ciudad. Iba a menudo a comer a las casas donde me habían invitado. Y las visitas, los paseos, el teatro, las reuniones y las charlas íntimas con mis nuevos amigos me ocupaban todas las noches.



**Lima y sus costumbres**

**M**i tía Manuela me sirvió de gran ayuda. Me hizo conocer la ciudad y tratar a la alta sociedad. Me demostró mucha amistad, pero no es este sentimiento el que hace nacer relaciones de simpatía y creo que ésta nunca existió entre nosotros. Por hermosa que fuera, sus ojos no expresaban franqueza y jamás miraban de frente. Me buscaba por ese interés que debía naturalmente inspirarle una pariente extranjera, nacida a tres mil leguas, cuya existencia se ignora y que de repente aparece. Encontré en ella recursos inmensos para instruirme sobre todo lo que deseaba saber. Su carácter se parece al de Mme. Denuelle. Tiene una gran inteligencia y el sarcasmo está siempre en sus labios. Fue ella, en gran parte, quien me sirvió de *cicerone*. Su belleza, el nombre de mi tío y mi título de extranjera nos hacían abrir las puertas con complacencia. Pasé días íntegros con ella. Me encantaba su espíritu, pero me apenaba la insensibilidad de su corazón. Lima es todavía una ciudad muy sensual. Las costumbres se han formado bajo la influencia de otras instituciones. El espíritu y la belleza se disputan el imperio. Es como París bajo la regencia de Luis XV. Los sentimientos generosos y las virtudes privadas no pueden nacer cuando se sabe que a nada conducen y la instrucción primaria no está lo bastante desarrollada para que las altas clases puedan temer mucho a la libertad de prensa.

Vi en casa de mi tía a los hombres más distinguidos del país: el presidente Orbegoso, el general inglés Miller, el coronel francés Soigne, ambos al servicio de la República, a Salaverry, la Fuente, etc. No encontré sino a dos señoras. Las demás se habían alejado de mi tía, alegando la extrema liviandad de su conducta. Esas virtuosas señoras disimulaban hábilmente bajo ese pretexto, la aversión que sentían de ofrecerse en paralelo con una belleza como la de Manuela, al lado de la cual todas cesaban de parecer hermosas. Las noches, en casa de mi tía transcurrían en una forma muy agradable. Dios se ha complacido en colmarla con sus dones: su voz, encantadora de suavidad y melodía, desarrolla los sonidos con un método admirable. Un italiano que residió en Lima durante cuatro años, maravillado éste de su voz divina, se había consagrado con entusiasmo a cultivarla y muy pronto Manuela superó a su maestro. Cantaba en italiano los más hermosos pasajes de las óperas de Rossini y cuando se cansaba hablaba de política. Mi tía como todas las señoras de Lima, se ocupa mucho de política y en su trato, pude formarme opinión sobre el espíritu y el mérito de los hombres que se encontraban a la

cabeza del gobierno. Orbegoso y los oficiales que lo rodeaban me parecieron de una completa nulidad. Vi también allí al famoso sacerdote Luna Pizarro. Me parece que está por debajo de su reputación y lejos de tener tanta capacidad como Valdivia. Ese viejo, es por su violencia el Marat del Perú. Por lo demás no he encontrado en él ninguna amplitud de miras. Mostraba la pasión de un demoleedor, pero no los planes de un arquitecto. La ambición privada es el móvil de todos estos personajes. El propósito del viejo sacerdote era reemplazar al obispo de Arequipa. Se había enrolado entre los facciosos a fin de obtenerlo. Habría sido un cortesano vulgar si hubiera sido este un medio para conseguirlo. Por desgracia, el pueblo está demasiado embrutecido para que de su seno salgan verdaderos tribunos y para juzgar a los hombres que dirigen los negocios públicos.

Lima contiene en la actualidad cerca de ochenta mil habitantes, fue fundada por Pizarro en 1535. No sé de dónde le viene el nombre. Esta ciudad encierra muy hermosos monumentos y una gran cantidad de iglesias y de conventos de hombres y mujeres. Las casas están construidas regularmente, las calles bien delineadas, son largas y anchas. El agua corre por dos acequias en casi todas ellas, una a cada lado. Sólo algunas tienen un arroyuelo en el centro. Las casas están construidas de ladrillo, adobe y madera pintados de diversos colores claros: azul, gris, rosa, amarillo, etc. No tiene sino un piso y los techos son chatos. Como las paredes sobresalen del techo, producen el efecto de casas inconclusas. Algunos de aquellos techos sirven de terrazas en las que se ponen macetas de flores; pero hay pocas que tengan la solidez necesaria para este uso. Jamás llueve. Si eso sucediera accidentalmente, al cabo de cuatro horas de lluvia, las casas no serían sino un hacinamiento de lodo. El interior está muy bien distribuido. El salón y el comedor forman el primer cuerpo. En el fondo se encuentra la cocina y el alojamiento para los esclavos, rodeando el segundo patio. Los dormitorios se hallan encima del piso bajo, todos amueblados con gran lujo, según el rango y la fortuna de quienes los habitan.

La catedral es magnífica, el tallado del coro es de un trabajo exquisito. Las balaustradas que rodean el altar mayor son de plata y este altar es también sumamente rico. Las pequeñas capillas laterales son encantadoras. Cada canónigo tiene la suya. Esta iglesia es de piedra y tan sólida que ha resistido los más fuertes temblores, sin haber sufrido en lo menor. Las dos torres, la fachada y el atrio son admirables, de una grandiosidad rara en nuestra vieja Europa y que no esperaríamos encontrar en una ciudad del Nuevo Mundo. La catedral ocupa todo el lado este de la gran plaza. Al frente está la Municipalidad. Esta plaza es el *Palais Royal* de Lima. En dos de sus lados hay galerías con arcos, a

lo largo de las cuales están las tiendas más hermosas y mejor provistas. En el centro hay una fuente soberbia. En cualquier hora del día ofrece a la vista un gran movimiento. Por la mañana son los aguadores, los militares, las procesiones, etc. y por la tarde mucha gente se pasea en esta plaza. Se encuentran allí mercaderes ambulantes que venden helados, frutas, bizcochos y algunos bufones divierten al público con sus pruebas y sus bailes.

Entre los conventos de hombres, el más notable es el de San Francisco. Su iglesia es la más rica, elegante y original de todas cuantas he visto. Cuando las mujeres desean visitar los conventos de religiosos o religiosas, emplean un medio singular: dicen que están *encinta*. Los buenos padres profesan un santo respeto por los antojos de las mujeres en estado grávido y les abren entonces todas las puertas. Cuando estuvimos en San Francisco, los monjes embromaron con nosotros en la forma más indecente. Subimos a las torres y como yo lo hacía con mucha vivacidad, el prior al verme delgada y ágil, me preguntó *si yo también estaba encinta*. Confundida por esta inesperada pregunta, quedé desconcertada. Mi turbación provocó entonces, entre los monjes, risas y propósitos tan inconvenientes que Manuela que no es tímida, no sabía qué actitud adoptar. Salí del convento escandalizada. Cuando me quejé, me respondieron: ¡Oh! ¡Es su costumbre! Esos monjes son muy alegres. Pasan por ser los más amables de todos. ¡Y es a semejantes hombres a quienes ese pueblo concede su confianza! Pero, en Lima lo que no es corrompido, está fuera de uso.

Fui a visitar un convento de mujeres, el de la Encarnación. No se siente nada religioso en el interior de aquel monasterio. La regla conventual no se presenta en ninguna parte. Es una casa en donde todo ocurre como en cualquier otra. Hay veintinueve religiosas. Cada una de ellas tiene su alojamiento en el que hace cocinar; trabaja, educa a niños, habla, canta; en una palabra, procede como mejor le parece. Hasta vimos algunas que no usaban el hábito de su orden. Aceptan alumnas que entran y salen. La puerta del convento está siempre abierta. Es un género de vida cuyo objeto no se comprende. Estaría una tentada de creer que esas mujeres se han refugiado en aquel recinto para ser más independientes de lo que habían sido en el mundo. Encontré a una francesa joven y bonita de veintiséis años, con una hijita de cinco años. Vivía allí por razones de economía, mientras su marido viajaba por asuntos de negocios en Centro América. No vi a la superiora, nos dijeron que estaba enferma. Esas religiosas de nueva especie, me parecieron bastante chismosas. Su convento está sucio, mal tenido, diferente en todo a Santa Rosa y Santa Catalina. Como no encontré nada que mereciera la atención, subí a la torre para ver la ciudad a vuelo de pájaro. Esta soberbia ciudad tiene el aspecto

más miserable, cuando la vista se detiene en ella. Sus casas descubiertas hacen el efecto de ruinas y la tierra gris con que están construidas tiene un tono tan sucio y tan triste que se las tomaría por cabañas de una población salvaje. Mientras tanto los monasterios, las numerosas y gigantescas iglesias construidas de piedra, de una atrevida elevación y de una solidez que parece desafiar al tiempo, contrastan de una manera chocante con la multitud de casuchas. Se siente por instinto que el mismo defecto de armonía debe existir en la organización de este pueblo y que llegará la época en la cual las casas de los ciudadanos sean más hermosas y los edificios religiosos menos suntuosos. Mi horizonte era de lo más variado. El campo que rodea la ciudad es muy pintoresco. En la lejanía aparece el Callao con sus dos castillos y la isla de San Lorenzo. Los Andes cubiertos de nieve y el océano Pacífico completan el cuadro. ¡Qué panorama más grandioso! Estuve tan decepcionada con mi visita a este convento, que no me sentí tentada de ver otros. Había ido con la esperanza de sentir esas emociones religiosas que hacen nacer la abnegación y el sacrificio inspirados por cualquier fe. No había encontrado sino un ejemplo más de la decadencia de esa fe y de la decrepitud de las comunidades conventuales.

El bello local de La Moneda me pareció bien administrado. Desde hace algunos años, ha recibido notables mejoras.

Se ha hecho venir de Londres inmensos laminadores, los cuales se mueven, así como el volante, por medio de una caída de agua. Sin embargo, sus monedas no están hechas con relación al arte, tan bien como las de Europa, porque faltan buenos grabadores. En el año 1833 se acuñaron 3,000,000.00 de pesos de plata y en oro por valor de 1,000.000.00 de pesos, más o menos.

Sentí un terror involuntario al entrar a las prisiones de la Santa Inquisición. El edificio fue construido con cuidado, como todo lo que hizo el clero español, en una época en que, como todo se hallaba dentro del Estado, no faltaba dinero para su magnificencia. Hay veinticuatro calabozos, cada uno de cerca de diez pies cuadrados. Reciben luz por una pequeña ventana que les da aire, pero muy poca claridad. Se ve además los subterráneos y los calabozos destinados para los castigos severos y para los desgraciados de quienes querían deshacerse secretamente. La sala de las sentencias es imponente, con esa expresión que convenía a su terrible destino. Es sumamente elevada. Dos ventanitas provistas de barrotes de fierro dejan filtrarse una luz tenue. El gran inquisidor se sentaba sobre un trono y los jueces en nichos semejantes a aquellos en donde se colocan las estatuas. Las paredes están revestidas hasta gran altura, de madera admirablemente tallada. El aspecto de esta sala es tan lúgubre, está tan lejos de las habitaciones de los hombres. Los monjes que

formaban ese terrible tribunal demostraban tanta insensibilidad en su aspecto, que era imposible que el infortunado conducido ante ellos no se sintiera, a la entrada, sobrecogido de espanto.

Después de la independencia del Perú ha sido suprimida la Santa Inquisición. Se ha establecido en el edificio que le estaba consagrado, un gabinete de historia natural y un museo. La colección reunida se compone de cuatro momias de los incas, cuyas formas no han sufrido alteración alguna, aunque preparadas con menos cuidado que las de Egipto; de algunos pájaros disecados, de conchas y muestras de minerales. Todo en pequeña cantidad. Lo que encontré de más curioso, fue una gran variedad de vasos antiguos usados por los incas. Ese pueblo daba a los recipientes que empleaba, formas tan grotescas como variadas y dibujaban miserables *mamarrachos*, ni siquiera extendidos sobre un bastidor. No hay ninguna estatua. El señor Rivero, hombre instruido que ha vivido en Francia, es el fundador de ese museo. Hace todo cuanto puede por enriquecerlo, pero no se ve secundado por nadie. La República no concede fondos para este objeto y sus esfuerzos no tienen ningún éxito. El gusto por las bellas artes sólo se manifiesta en la edad avanzada de las naciones. Cuando están fatigadas de las guerras y de las conmociones y sobre todo desengañadas, es cuando se aficianan por ellas y animan así su existencia desencantada. Esas brillantes flores de la imaginación no adornan la cuna de la libertad, ni los debates que ella origina.

Durante mi estancia en Lima, asistí muchas veces a los debates del Congreso. La sala es muy bella, aunque demasiado pequeña para su nuevo destino. Es de forma oblonga y servía antiguamente a reuniones académicas y para los discursos de aparato pronunciados por los altos funcionarios. Desde hace diez años, no cesan de presentar proyectos para construir otro. Pero el ministerio de Guerra absorbe los fondos de la República y ningún peso se emplea en los trabajos útiles. Los senadores (es el título que se dan), se sientan en cuatro filas que forman una herradura. El Presidente en el ángulo. En medio hay dos grandes mesas en torno a las cuales se colocan los secretarios. Los senadores no usan vestido especial. Cada uno de ellos, sea militar, sacerdote o burgués, asiste a la sesión con su vestido corriente. En lo alto hay una galería destinada a los funcionarios, a los agentes extranjeros y al público. El fondo está dispuesto en anfiteatro y reservado únicamente para las señoras. Siempre que asistí encontré un gran número de ellas. Todas estaban con saya leían un periódico o conversaban sobre política. Los miembros de la asamblea hablan por lo general desde su sitio. Hay una tribuna, pero sólo recientemente la he visto ocupada. Esta asamblea es mucho más seria que las nuestras. Cuando habla un orador, nadie lo interrumpe. Se le escucha en religioso silencio. No se pierde

ninguna de sus palabras, todas se oyen. Esta lengua española es tan hermosa y tan majestuosa, sus desinencias tan llenas, tan variadas y al mismo tiempo los pueblos que la hablan tienen por lo general tanta imaginación, que todos los oradores a quienes escuché me parecieron muy elocuentes. La dignidad de su porte, su voz sonora, sus palabras bien acentuadas, sus gestos imponentes, todo en ellos concurre a encantar al auditorio. Los sacerdotes en especial, se distinguen entre los demás oradores. El extranjero que juzgara a esta nación por los discursos de sus representantes, sentiría un desengaño mayor que la opinión que se puede concebir al juzgar un libro por el anuncio del editor. No hay quien no recuerde aquella famosa insurrección napolitana, los elocuentes discursos de los oradores de su asamblea, los juramentos de morir por la patria y todo lo que esto se convirtió al acercarse el ejército austríaco del mariscal de campo Frimond. ¡Pues bien! Los senadores peruanos no ceden en nada a los que Nápoles ofreció en espectáculo al mundo en 1822. Presuntuosos, atrevidos en sus palabras, pronuncian con aplomo discursos pomposos, en los cuales se respira la abnegación, el amor a la patria, mientras cada uno de ellos sólo piensa en sus intereses privados y nada en esta patria, a la cual por lo demás, estos fanfarrones serían incapaces de servir. No hay en esta asamblea sino permanentes conspiraciones para apropiarse de los recursos del Estado. Esa intención se oculta en el fondo de todos los pensamientos. La virtud tiñe todos los discursos, pero el más vil egoísmo se manifiesta en los actos. Al escuchar a aquellos amantes de hermosas frases, pensaba en el periódico del monje Valdivia, en las arengas de Nieto, en las circulares del prefecto y en los discursos del jefe de Los Inmortales. Comparaba mis recuerdos, la conducta de todos los cabecillas de Arequipa con sus palabras y comprendía de qué manera había de interpretarse los discursos de los oradores del Congreso y juzgar su valor, su desinterés y el patriotismo de que hacían tanta ostentación.

El palacio del Presidente es muy vasto, pero tan mal construido como mal ubicado. La distribución interior es muy incómoda. El salón de recepciones, largo y estrecho, parece una galería. Todo mezquinamente amueblado. Pensaba en Bolívar al entrar y en lo que mi madre me había referido. Él, a quien le gustaba el lujo, el fausto y el aire ¿cómo había podido resolverse a ocupar ese palacio que no valía ni la antecámara del hotel que habitaba en París? Pero en Lima, él mandaba, era el primero, mientras que en París no era nada. Y el amor por la dominación hace pasar por encima de muchos otros inconvenientes. Durante mi estada en Lima, el Presidente no dio bailes ni grandes recepciones. Esto me contrarió, pues sentía mucha curiosidad por ver una de sus reuniones de gala.

La municipalidad es muy grande, pero sin nada notable. La biblioteca me ofreció más interés. Está instalada en un hermoso local. Las salas son espaciosas y bien cuidadas. Los libros se hallan dispuestos en estantes con mucho orden. Hay mesas cubiertas con tapices verdes y rodeadas de sillas. Allí se puede leer los periódicos del país. Los libros de Voltaire, Rousseau, de la mayoría de nuestros clásicos, todas las historias de la revolución, las obras de Mme. Staél, de Mme. Rolland, viajes memorias, etc. etc., forman un número como de doce mil volúmenes y están en francés. Sentí gran satisfacción al encontrar a nuestros buenos autores en esta biblioteca. Por desgracia, el gusto por la lectura está aún muy poco difundido para que muchas personas saquen provecho. Vi también a Walter Scott, Lord Byron, Cooper, traducidos al francés y una cantidad de otras traducciones. Se ve también algunas obras en inglés y en alemán. Además se encuentra todo lo que España ha producido de bueno. En fin, esta biblioteca es muy hermosa con relación a un país tan poco avanzado.

Lima tiene un teatro muy bonito. Está decorado con gusto y muy bien iluminado. Las mujeres y sus toilettes parecen encantadoras.

Actuaba a la sazón una mala compañía española que representaba obras de Lope y vaudevilles franceses, desfigurados por la traducción. Vi *El Matrimonio de Razón*, *La joven casadera*, *El Barón de Felsheim*, etc. etc. Esta compañía era tan admirable que le faltaba hasta los disfraces. Durante tres o cuatro años había estado una compañía de italianos muy buena que dio con mucho éxito las mejores óperas, según decía Mme. Denuelle. La *prima donna* salió encinta y no quiso quedarse. Su salida desesperó a su amante, quien se afanó en seguirla y sus camaradas se vieron obligados a buscar fortuna en otra parte. Hay función dos veces por semana: los domingos y los jueves. Las veces que asistí, acudió muy poca gente. En los entreactos fumaban todos los espectadores, hasta las mujeres. Esta sala resultaría demasiado exigua si la población tuviese tanta pasión por las representaciones dramáticas como tiene por las corridas de toros.

La arena construida para este género de espectáculos, demuestra, por sus gigantescas dimensiones, el gusto dominante de este pueblo. Vacilé mucho tiempo en rendirme a las sollicitaciones de las señoras amigas mías que me ofrecían sus palcos, pues me costaba trabajo dominar mi repugnancia por este género de carnicería. Sin embargo, como quería estudiar las costumbres del país, no podía limitarme a las observaciones de salón. Debía ver a este pueblo en aquello a lo que sus inclinaciones lo arrastran. Fui un domingo a la corrida de toros, en compañía de mi tía, de otra señora y de Mr. Smith. Encontré allí un gentío inmenso, cinco o seis mil personas, quizá más, todas muy bien

vestidas según su condición y gozosas por el placer que esperaban. Alrededor de un vasto redondel están colocadas en anfiteatro, veinte filas de banquillos. Encima se halla la galería, dividida en palcos ocupados por la aristocracia limeña. La vista del dolor me hace tanto daño, que siento un cruel pesar en describir el espectáculo repugnante por la barbarie de que fui testigo. Me es imposible dominar las emociones que siento ante aquellas escenas de horror y el pincel para pintarlas se escapa de mis manos.

En el redondel hay cuatro o cinco hombres a caballo que tienen en la mano una pequeña bandera roja y una lanza corta con lámina acerada y cortante. En medio de este redondel, hay una rotonda formada con estacas tan juntas como para que los toros no puedan pasar la cabeza por los intersticios. Tres o cuatro hombres se mantienen dentro de esta rotonda. Salen en los momentos de abrir la puerta por la cual el animal entra a la arena y comienzan a agujionarlo. Le echan cohetes sobre el lomo, en las orejas, lo excitan con todos los tormentos imaginables y en cuanto temen ser destripados, entran rápidamente a su barrera. No creo que haya alguien que pueda librarse de una fuerte emoción de terror a la vista del toro cuando entra de un salto al redondel y se lanza furioso contra los caballos. El animal, con el pelo erizado, chicoteándose los flancos con la cola, con las narices dilatadas, lanza a ratos mugidos de rabia. Su furor convulso es espantoso. Salta mil veces y persigue a los caballos y a los hombres, pero éstos se le escapan con agilidad.

Concibo el atractivo poderoso que estos espectáculos pueden tener en Andalucía, allí los toros soberbios cuyo furor no necesita ser excitado; los caballos llenos de fuego y de vigor para el combate: los toreros andaluces, vestidos como pajes brillantes de pajuelas de oro y de diamantes, cuya agilidad gracia y valentía tienen algo mágico, jugándose con el furor del terrible animal, al que derriban de un golpe, dan a esas sangrientas representaciones tanta grandiosidad; el peligro es tan real y el valor tan heroico, que concibo, como he dicho, el entusiasmo y la embriaguez de los espectadores. Pero en Lima, nada viene a poetizar estas escenas de carnicería. En ese país con clima suave y debilitante, los caballos y los toros carecen de vigor; los hombres de valentía. Diez minutos después de estar suelto, el toro se cansa y para prevenir el fastidio de los espectadores, los hombres que están en la barrera, armados de una hoz enmangada con una pértiga, le cortan los jarretes de atrás. El pobre animal no puede ya apoyarse sino sobre las patas delanteras y da pena verlo arrastrarse así. En ese estado, los bravos toreros limeños, le echan cohetes, lo abruman a lanzadas, en una palabra, lo matan en ese sitio como podrían hacerlo los torpes y bárbaros carniceros. El desgraciado toro forcejea, lanza sordos gemidos; gruesas lágrimas corren de sus ojos y al fin su cabeza cae en



el charco de sangre negra que lo rodea. Entonces toca la banda de música, mientras se coloca el animal muerto sobre un carro, arrastrado por cuatro caballos a todo galope. Durante todo este tiempo, el pueblo palmorea, golpea con los pies, grita, es una alegría, una exaltación que parece alucinar todas las cabezas. ¡Ocho hombres armados acaban de matar un toro, hermosa causa de entusiasmo! Estaba indignada con este espectáculo. En cuanto mataron al primer toro quise retirarme, pero las señoras me dijeron: «Hay que esperar, lo bueno viene siempre al fin, los últimos toros suelen ser los más bravos. Quizá matarán a los caballos o herirán a los hombres». Y esas señoras recalcaron la palabra hombre, como para decirme: «Entonces será interesante...». Estuvimos muy favorecidas: el tercer toro destripó a un caballo y casi mata al torero que lo montaba. Los que cortaban los jarretes en su espanto, le destrozaron las cuatro patas y el animal, jadeante de furor, cayó bañado en sangre. El caballo, por su lado tenía los intestinos fuera del vientre. A esta vista salí precipitadamente, pues temí sentirme mal. Mr. Smith estaba pálido y sólo pudo decirme: «Este espectáculo es inhumano y repugnante».

Apoyada en su brazo, anduve algún tiempo por el paseo que rodea al río. El aire puro me reanimó, mas el lugar de donde acababa de salir, me entristecía todavía. Ese atractivo que ofrece a todo un pueblo el espectáculo del dolor me parecía un indicio del último grado de corrupción. Estaba preocupada por estas reflexiones, cuando vimos venir la calesa de mi hermosa tía. Me gritó, desde la distancia en que la podía oír: «Y bien sensible Florita ¿por qué se escapó así en el mejor momento? ¡Oh! ¡Si hubiese visto el último! ¡Qué magnífico animal! ¡Era realmente de asustar! ¡Ha habido tal entusiasmo en la plaza! ¡Oh! ¡Era encantador!. ¡Miserable pueblo! Pensaba yo, ¿estás tan desprovisto de piedad como para encontrar delicias en semejantes escenas?

El Rímac se parece mucho al río de Arequipa. Corre igualmente sobre un lecho de piedras y entre rocas. El puente es hermoso y es allí donde se colocan los papanatas para ver pasar a las señoras que van al Paseo de Aguas. Antes de proseguir, voy a hacer conocer el vestido especial de las mujeres de Lima, el partido que sacan de él y la influencia que tiene sobre sus costumbres, hábitos y carácter.

No hay ningún lugar sobre la tierra en donde las mujeres sean más libres y ejerzan mayor imperio que en Lima. Reinan allí exclusivamente. Es de ellas de quien procede cualquier impulso. Parece que las limeñas, absorben ellas solas, la débil porción de energía que esta temperatura cálida y embriagadora deja a los felices habitantes. En Lima, las mujeres son por lo general más altas y de constitución más vigorosa que los hombres. A los once o doce años están ya completamente formadas. Casi todas se casan a esa edad y son muy

fecundas, a menudo tienen seis o siete hijos. Tienen embarazos felices, dan a luz con facilidad y se restablecen pronto. Casi todas amamantan a sus hijos, pero siempre con ayuda de una nodriza, quien suplente a la madre y alimenta también al niño. Es esta una costumbre proveniente de España, en donde las familias acomodadas tienen para sus hijos dos nodrizas. Las limeñas no son hermosas por lo regular, pero su graciosa fisonomía tiene un ascendiente irresistible. No hay hombre a quien la vista de una limeña no haga latir el corazón de placer. No tienen la piel curtida como se cree en Europa. La mayoría, son por lo contrario, muy blancas. Las otras, según su diverso origen, son trigueñas pero de una piel lisa y aterciopelada y de una tez cálida y llena de vida. Las limeñas tienen todas buen color, los labios de un rojo vivo, hermosos cabellos ondulados naturalmente, ojos negros de forma admirable, con un brillo y una expresión indefinibles de espíritu, de orgullo y de languidez. Es en esta expresión en la que reside todo el encanto de su persona. Hablan con mucha facilidad y sus gestos no son menos expresivos que las palabras que los acompañan.

Su vestido es *único*. Lima es la única ciudad del mundo donde ha aparecido. En vano se ha buscado hasta en las crónicas más antiguas, de donde podía traer su origen. No se ha podido descubrirlo. No se parece en nada a los diferentes vestidos españoles y lo que hay de cierto es que no fue traído de España. Se encontró en aquellos lugares a raíz del descubrimiento del Perú, aunque es notorio al mismo tiempo que nunca existió en otra ciudad de América. Ese vestido llamado saya, se compone de una falda y de una especie de saco que envuelve los hombros, los brazos y la cabeza y se llama *manto*. Ya oigo a nuestras elegantes parisienses lanzar exclamaciones sobre la sencillez de este vestido. Pero están muy lejos de pensar en el partido que puede sacar de él la coquetería. Esa falda que se hace de diferentes telas según la jerarquía del rango y la diversidad de las fortunas, es de un trabajo tan extraordinario que tiene el derecho de figurar en las colecciones como objeto de curiosidad. Sólo en Lima se puede confeccionar un vestido de esa especie. Las limeñas pretenden que hay que haber *nacido en Lima* para poder hacer una saya y que un chileno, un arequipeño o un cusqueño, jamás podría llegar a *plisar la saya*. Esta afirmación, cuya exactitud no me he inquietado en verificar, prueba cuán fuera de las costumbres conocidas se halla este vestido. Trataré de dar una idea, por algunos detalles.

Para hacer una saya ordinaria, se necesita doce o catorce varas de raso<sup>26</sup>. Se forra con una tela de algodón muy ligera. El obrero, a cambio de las cator-

---

26 Ese raso se importa de Europa. El vestido se hacía, antes del descubrimiento del Perú,

ce varas de raso, trae una faldita que tiene tres cuartos de alto, toma el talle dos dedos encima de las caderas y baja hasta el tobillo. Es tan excesivamente apretada, que en la parte baja tiene el ancho preciso para poner un pie delante del otro, caminando a pasos menudos. Se encuentran así ceñidas dentro de esta falda como en una vaina. Está completamente plisada de arriba abajo, a pequeños pliegues y con tal regularidad, que sería imposible descubrir las costuras. Esos pliegues, están tan sólidamente hechos, dan a este saco tal elasticidad, que se ha visto el caso de sayas que tenían ya quince años y conservaban todavía suficiente elasticidad para dibujar todas las formas y prestarse a todos los movimientos.

El manto está también artísticamente plisado, pero hecho de tela muy delgada no podría durar tanto como la falda, ni el plisado resistir los movimientos continuos de quien lo usa y la humedad de su aliento. Las mujeres de buena sociedad llevan saya de raso negro. Las elegantes tienen además otras de colores de fantasía, tales como morado, marrón, verde, azul, rayadas, pero jamás de tonos claros, por la razón de que las *mujeres públicas* las han adoptado de preferencia. El manto es siempre negro y envuelve el busto por completo. No deja ver sino un ojo. Las limeñas usan también un corselete, del que se ven las mangas. Esas mangas, cortas o largas, son de ricas telas: terciopelo, raso de color o tul; pero la mayoría de las mujeres va con los brazos desnudos en todas las estaciones. El calzado de las limeñas es de una gran elegancia. Tienen lindos zapatos de raso de todos colores, adornados con bordados. Si son llanos, los colores de las cintas contrastan con el del zapato. Usan medias de seda caladas, de distintos tonos y cuyos talones están bordados con la mayor profusión. En todas partes las mujeres españolas se hacen notar por la gran elegancia de su calzado. Pero hay tanta coquetería en el de las limeñas, que parecen sobresalir en esta parte de su indumentaria. Las mujeres de Lima usan el cabello separado a cada lado de la cabeza. Cae en dos trenzas perfectamente hechas y rematadas por un grueso nudo de cintas. Esa moda, sin embargo, no es la única. Hay mujeres que usan los cabellos ondulados a la *Ninon* y caen en largos bucles sobre el seno, el cual, según la moda del país, dejan casi siempre desnudo. Desde hace algunos años se ha introducido la moda de llevar grandes chales de crespón de China, ricamente bordados en colores.

La adopción de este chal ha hecho su vestimenta más decente, velando, con su amplitud, el desnudo y las formas dibujadas demasiado fuertemente. Uno de los refinamientos de su lujo es tener un lindo pañuelo de batista bor-

---

con un género de lana fabricado en el país. No se emplea ya esa tela sino por las mujeres pobres. (Nota de la autora).

dato y adornado con encajes. ¡Oh! ¡Cuánta gracia tienen, qué embriagadoras son esas bellas limeñas con su *saya* de un hermoso negro brillante al sol, que dibujan las formas verdaderas de algunas, falsas en muchas otras, pero que imitan tan bien a la naturaleza, que es imposible, al verlas, tener idea de la superchería!... ¡Qué graciosos son los movimientos de sus hombros, cuando atraen el manto para ocultar por completo el rostro, el que por momentos dejan ver a hurtadillas! ¡Qué fino y flexible es su talle y cuán ondulante es el balanceo de su paso! ¡Qué lindos son sus piececitos y qué lástima que sean demasiado gruesos!

Una limeña en saya o vestida con un lindo traje venido de París, no es la misma mujer. Se busca en vano, bajo el vestido *parisién*, a la mujer seductora que se ha encontrado por la mañana en la iglesia de Santa Marta. Por eso mismo en Lima, todos los extranjeros van a la iglesia, no para oír cantar a los monjes el oficio divino, sino para admirar, bajo su vestido nacional, a esas mujeres de naturaleza aparte. Todo en ellas, está, en efecto, lleno de seducción. Sus posturas son tan encantadoras como su paso y cuando están arrodilladas, inclinan la cabeza con malicia, dejando ver sus lindos brazos cubiertos de brazaletes, sus pequeñas manos con los dedos resplandecientes de sortijas que recorren un grueso rosario con una agilidad voluptuosa mientras sus miradas furtivas llevan la embriaguez hasta el éxtasis.

Un gran número de extranjeros me han referido el efecto mágico que había producido sobre la imaginación de muchos de ellos la vista de esas mujeres. Una ambición de aventuras los había hecho afrontar mil peligros con la firme persuasión de que la fortuna los esperaba en esas lejanas playas. Las limeñas les parecían *sacerdotisas* o más bien, pensando en el paraíso de Mahomet, creían que para resarcirlos de los penosos sufrimientos de una larga travesía, y recompensar su valor, Dios les había hecho abordar un país encantado. Esos extravíos de la imaginación no parecen muy inverosímiles, cuando se es testigo de las locuras y extravagancias que estas bellas limeñas inducen a hacer a los extranjeros. Se diría que el vértigo se ha apoderado de sus sentidos. El deseo ardiente de conocer sus facciones, que ellas ocultan cuidadosamente, los hace seguirlas con ávida curiosidad. Pero hay que tener una gran práctica en ver *sayas* para seguir a una limeña con ese vestido que da a todas una gran semejanza. Se necesita una atención muy sostenida para no perder de vista, entre la multitud, a aquélla cuya mirada ha encantado. Ágil, se desliza y muy pronto, en su sinuosa carrera, como la serpiente a través del césped, se escapa a la persecución. ¡Oh! ¡Desafío a la más linda inglesa, con su cabellera rubia, sus ojos en los que se refleja el cielo y su piel de lirio y de rosa, a luchar con una limeña bonita con *saya*! ¡Desafío igualmente a la más

seductora francesa, con su linda boca entreabierta, sus ojos espirituales, su talle elegante, sus maneras alegres y todo el refinamiento de su coquetería, a luchar con una limeña bonita con *saya*! La española misma, con su noble porte y su hermosa fisonomía, llena de orgullo y de amor, no parecería sino fría y altiva al lado de la bonita limeña con *saya*. ¡Oh! Sin ningún temor de ser desmentida, puedo afirmar que las limeñas con ese traje serían proclamadas las reinas de la tierra, si bastara la belleza de las formas y el encanto magnético de las miradas, para asegurar el imperio que la mujer está llamada a ejercer. Pero si la belleza impresiona los sentidos, son las inspiraciones del alma, la fuerza moral y los talentos del espíritu los que prolongan la duración de su reinado. Dios ha dotado a la mujer de un corazón más amante y más abnegado que el del hombre y como no hay ninguna duda, honramos al Creador con el amor y la abnegación, la mujer tiene sobre el hombre una superioridad incontestable. Mas es preciso que cultive su inteligencia y sobre todo que se haga dueña de sí misma para conservar esta superioridad. Sólo con estas condiciones obtendrá toda la influencia que Dios ha permitido ejercer a las cualidades de su corazón. Pero cuando desconoce su misión cuando en vez de ser el guía, el genio inspirador del hombre, y la causa de su perfeccionamiento moral, sólo trata de seducirlo y reinar sobre sus sentidos, su imperio se desvanece junto con los deseos que ha hecho nacer. De este modo cuando esas limeñas encantadoras que no han puesto ningún ideal elevado en las actividades de su vida, después de haber electrizado la imaginación de los jóvenes extranjeros, llegan a mostrarse tales como son con el corazón hastiado, el espíritu sin cultura, el alma sin nobleza y gustando sólo del dinero... destruyen al instante el brillante prestigio de fascinación que sus encantos habían producido.

Sin embargo, las mujeres de Lima gobiernan a los hombres, porque son muy superiores a ellos en inteligencia y en fuerza moral... La fase de civilización en la que se encuentra este pueblo está aún muy alejada de la que hemos alcanzado en Europa. No existe en el Perú ningún instituto para la educación de uno u otro sexo. La inteligencia no se desarrolla sino por sus fuerzas naturales. Por esta causa, la preeminencia de las mujeres de Lima sobre el otro sexo, por inferiores que sean a las mujeres europeas con relación a la moral, debe atribuirse a la superioridad de inteligencia que Dios les ha concedido.

Se debe también hacer notar, cuán favorable es la indumentaria de las limeñas para secundar su inteligencia y hacerles adquirir la gran libertad y la influencia dominante de que gozan. Si alguna vez abandonaran ese traje sin adoptar nuevas costumbres, si no reemplazaran los medios de seducción que les proporciona este disfraz por la adquisición de talentos y virtudes que tengan como objetivo la felicidad y el perfeccionamiento de los demás,

virtudes cuya necesidad no han sentido hasta ahora; se puede predecir sin vacilar que perderán enseguida todo su imperio, caerán muy bajo y serán tan dichosos como pueden serlo las criaturas humanas. No podrán ya entregarse a esta actividad incesante que favorece su incógnito y serán presa del tedio sin ningún medio de suplir la falta de estimación que se profesa en general a los seres que no son accesibles sino a los goces de los sentidos. En prueba de lo que digo, voy a trazar un ligero esquema de los usos de la sociedad de Lima y se juzgará, según esta exposición, de la exactitud de mi observación.

La *saya*, como he dicho, es el vestido nacional. Todas las mujeres la usan, cualquiera sea la clase social a que pertenezcan. Se la respeta y forma parte de las costumbres del país, como en oriente lo es el velo de la musulmana. Desde el principio hasta el fin del año, las limeñas salen así disfrazadas y aquél que osara quitar a una mujer con *saya*, el manto que le oculta el rostro por completo, a excepción de un ojo, sería perseguido por la indignación pública y severamente castigado. Está establecido que cualquier mujer *puede salir sola*. La mayoría se hacen seguir por una negra, pero no es obligación. Ese vestido cambia de tal modo la persona y hasta la voz, cuyas inflexiones se alteran (la boca está cubierta) salvo que esta persona tenga algo notable, como un talle muy alto o muy bajo, que sea coja o jorobada, es imposible reconocerla. Creo que se necesitan pocos esfuerzos de imaginación para comprender las consecuencias que resultan de un estado de disfraz continuo, consagrado por el tiempo y la costumbre y sancionado o al menos tolerado por las leyes. Una limeña desayuna por la mañana con su marido con un pequeño peinado a la francesa, con los cabellos levantados absolutamente como nuestras señoras de París. Si tiene deseo de salir se pone en *saya* sin corset (la faja interior que oprime la *saya* es suficiente), deja caer sus cabellos, se *tapa*, es decir, esconde la cara con el *manto* y va donde quiere. Encuentra a su marido en la calle y él no la reconoce, lo intriga con su mirada, le hace gestos, lo provoca con frases, entra en gran conversación, se deja ofrecer helados, frutas, bizcochos, le da una cita, lo deja y enseguida entabla otro diálogo con un oficial que pasa. Puede llevar tan lejos como quiera esta nueva aventura, sin quitarse jamás su manto. Va a visitar a sus amigas, hace un paseo y entra a su casa a almorzar. Su marido no le pregunta dónde ha ido, pues sabe perfectamente que, si tiene interés en ocultarle la verdad, le mentirá y como no tiene miedo de evitarlo, adopta el partido más sabio: el de no inquietarse. Así estas señoras van solas al teatro, a las corridas de toros, a las asambleas públicas, a los bailes, a los paseos, a las iglesias, a las visitas y son muy bien vistas en todas partes. Si encuentran algunas personas con quienes desean conversar, les hablan, las dejan y quedan libres e independientes, en medio de la multitud, aun más de lo que son los hombres con el rostro descubierto. Ese vestido tiene la inmen-

sa ventaja de ser a la vez económico, muy limpio, cómodo, se tiene listo en cualquier momento y jamás necesita el menor cuidado.

Existe además una costumbre que no debo dejar de referir. Cuando las limeñas quieren hacer su disfraz aún más impenetrable, se ponen una *saya* vieja, toda desplisada, rota y cayéndose a pedazos, un manto y un corselete viejos. Pero las que desean hacerse reconocer como pertenecientes a la buena sociedad se calzan perfectamente y llevan en el bolsillo uno de sus más lindos pañuelos. Este subterfugio es *aceptado*, se llama *disfrazar*. Una disfrazada es considerada como persona muy respetable. No se le dirige la palabra. No se le acercan sino muy tímidamente. Sería inconveniente y aun desleal seguirla. Se supone, con razón, que si se ha disfrazado, debe tener motivos importantes para hacerlo y por consiguiente, nadie debe arrogarse el derecho de examinar sus actos.

Después de lo que acabo de escribir sobre el vestido y los usos de las limeñas, se concebirá fácilmente que deben tener un orden de ideas diferentes al de las europeas, quienes desde su infancia son esclavas de las leyes, de las costumbres, de los hábitos, de los prejuicios, de las modas, de todo, en fin. Mientras bajo la *saya*, la limeña es libre, goza de su independencia y se apoya confiadamente en esta fuerza verdadera que todo ser siente en sí cuando puede proceder según los deseos de su organismo. La mujer de Lima, en todas las situaciones de su vida, es siempre *ella*. Jamás soporta ningún yugo: soltera, escapa al dominio de sus padres por la libertad que le da su traje; cuando se casa, no toma el nombre del marido, conserva el suyo y siempre es la dueña de su casa. Cuando el hogar la aburre mucho, se pone su *saya* y sale como lo hacen los hombres al coger su sombrero. Procede en todo con la misma independencia de acción. En las relaciones íntimas que mantiene, ya sean ligeras, ya sean serias, las limeñas conservan siempre dignidad, aunque su conducta a este respecto, sea en realidad muy diferente a la nuestra. Al igual de todas las mujeres, ellas miden la fuerza del amor que inspiran por la extensión de los sacrificios que se hacen por ellas. Como después del descubrimiento, su país no ha atraído a los europeos a tan gran distancia de sus patrias, sino por el oro que podían obtener, el *oro únicamente*, con exclusión de los talentos o la virtud, ha sido siempre el único objeto de la consideración y el móvil de todas las acciones. Es el que ha dirigido todo; los talentos y la virtud, nada. Las limeñas, consecuentes en su manera de proceder con el orden de ideas que se desprenden de ese estado de cosas, no ven pruebas de amor sino en las masas de oro que les son ofrecidas. Es por el valor de la ofrenda por el que juzgan la sinceridad del amante y su vanidad queda más o menos satisfecha, según sean las sumas más o menos grandes, o mayor o menor el precio del

objeto recibido. Cuando se quiere dar idea del violento amor de tal señor por tal señora, no se emplea sino esta fraseología: «Le ha dado oro a manos llenas. Le ha comprado por un precio enorme todo cuanto había de más precioso. Se ha arruinado totalmente por ella»... Es como si nosotros dijésemos «*Se mató por ella*». La mujer rica siempre recibe dinero de su amante, aunque sea para darlo a sus negras si no tienen en qué gastarlo. Es para ella una *prueba de amor*, la *única* que la puede *convencer de que es amada*. La vanidad de los viajeros, les hace disfrazar la verdad y cuando han hablado de las mujeres de Lima y de la buena suerte que han tenido con ellas, no se han jactado de que sólo les había costado un pequeño tesoro. Esas costumbres son muy originales, pero son verdaderas. He visto a varias señoras de buena sociedad, usar sortijas, cadenas y relojes de hombre...

Las señoras de Lima se ocupan de su casa. Pero como son muy activas, el poco tiempo que les consagran basta para tener todo en orden. Tienen una inclinación decidida por la política y la intriga. Son ellas quienes se ocupan de colocar a sus maridos, a sus hijos y a los hombres que les interesan. Para obtener un propósito, no hay obstáculos o disgustos que no sepan dominar. Los hombres no se mezclan en esta clase de asuntos y hacen bien. No se desenredarían con la misma habilidad. Les gusta mucho el placer, las fiestas, buscan las reuniones sociales, juegan mucho, fuman cigarrillos y montan a caballo, no a la inglesa, sino con un pantalón largo como los hombres. Tienen gran pasión por los baños de mar y nadan muy bien. En materia de talentos de adorno, tocan la guitarra, cantan muy mal (hay algunas, sin embargo, que son buenas músicas) y bailan con un encanto indescriptible los bailes del país.

Las limeñas no tienen en general ninguna instrucción, no leen y permanecen extrañas a todo cuanto ocurre en el mundo. Tienen mucho espíritu natural, una comprensión fácil, buena memoria y una inteligencia sorprendente.

He descrito a las mujeres de Lima, tales como son y no según los dichos de ciertos viajeros. Esto me cuesta, sin duda alguna, pues la manera amable y hospitalaria como ellas me han acogido, me ha penetrado de los más vivos sentimientos de reconocimiento. Pero mi papel de viajera concienzuda, me hacía un deber decir toda la verdad.

He hablado del teatro y de las corridas de toros, pero he omitido el espectáculo ofrecido por las iglesias a la población limeña. Es el más concurrido y el deseo perpetuo de distracciones, conduce a ellas a la multitud. En Lima todo el mundo oye dos o tres misas, una en la Catedral, porque se ve allí a un gran número de lindas mujeres y a los extranjeros atraídos por aquellas bellezas;



otra en San Francisco, porque estos padres distribuyen excelente pan bendito, se oye un magnífico órgano y todos los sacerdotes están ricamente vestidos; la tercera misa se oye en el Niño Jesús, a fin de gozar del divertido canto de los numerosos pájaros encerrados en las jaulas. En casi todas las iglesias de Lima, se ve cerca de los altares, jaulas llenas de pájaros de diferentes especies. Sus cantos dominan a menudo las palabras del sacerdote que dice la misa. Además de las distracciones cotidianas que se tienen en las iglesias, hay en la ciudad, por lo menos dos procesiones por semana y esas procesiones son aun más cómicas y más indecentes que las que tanto me escandalizaron en Arequipa. Y en fin, para que la continuidad de las ceremonias, la edificación y la diversión de los religiosos limeños no se interrumpan, hay oficios durante la noche, celebrados con mucha pompa, en los que todo tiene lugar, debemos creerlo así con el mismo respeto por las conveniencias. ¡Cuántas escuelas se establecerían con lo que cuestan todas esas vanas ceremonias! ¡Cuántas cosas útiles podrían aprenderse o hacerse en el tiempo que se pierde en ellas!...

Los dos principales paseos son el *Almendral* y el *Paseo de Aguas*. Este último es el preferido. Es hermoso, pero mal situado. El riachuelo que lo bordea, los grandes árboles que lo adornan, producen, en invierno, humedad muy perjudicial a la salud y durante el verano, la falta de aire. El domingo y los días feriados este paseo se asemeja, por las tardes al boulevard de Gante. La multitud se apiña en los lados bajos formados por dos avenidas sombreadas por grandes árboles. Las mujeres están casi todas con *sayas* y muchas sentadas sobre las bancas. En esta posición, el vestido deja ver hasta las rodillas. Hay en la calzada numerosas calesas. Unas van al paso, otras se detienen para que las señoras que van en ellas puedan hacer admirar su belleza y su elegancia. Este paseo dura cuatro o cinco horas. Me habría parecido demasiado largo, de no haber estado en compañía de varias señoras y en especial de mi tía que tiene un brillante espíritu cuando hace críticas. Y en ese paseo hay un gran campo para hacerlas...

La iniciación de la primavera es uno de los grandes placeres de Lima. Es en realidad una fiesta soberbia. El día de San Juan comienza el paseo de Amancaes<sup>27</sup>, especie de Longchamp, a donde fui con doña Calixta, una de mis amigas. Asistía toda la población. Había más de cien calesas que llevaban a las señoras magníficamente ataviadas. Se veían numerosas cabalgatas y una inmensa multitud de peatones. Durante los dos meses de invierno, mayo y junio, los cerros se cubren de flores amarillas y de hojas verdes, llamadas amancaes y tienen el aspecto de la primavera. Esto es lo que da lugar a la fiesta

---

27 *Amancaes*, es el nombre de una flor amarilla que crece en los cerros. (Nota de la autora)

y al nombre del paseo. El camino que conduce a estos cerros es muy ancho y la perspectiva que se tiene desde cierta altura es encantadora. En muchos lugares, se arman tiendas en las cuales se venden refrescos y se ejecutan las danzas más indecentes. El gran mundo frecuenta estos sitios en los dos meses de la estación y el imperio de la moda, el deseo de ver y de ser visto hacen excusar los numerosos inconvenientes que ofrecen. El camino es muy malo. Los caballos se hunden en la arena hasta las rodillas. El viento es frío y por la tarde, si uno se demora en retirarse corre el riesgo de ser detenido por los ladrones que abundan en Lima. A pesar de todo, los limeños acuden con un verdadero furor. Forman grupos, llevan su almuerzo y comida y pasan allí la noche.

No me limité a visitar los paseos y los edificios de Lima. Traté de introducirme entre los principales habitantes, a fin de conocer los usos y costumbres. Había sido recomendada a muchas familias y además a dos primas de Arequipa: la señora Baltazara de Benavides y la señora Inés de Izcue. Fui muy bien acogida en estas dos casas, donde me dieron dos comidas de etiqueta. Nada en el mundo es más pesado que estas comidas. Se despliega un gran lujo en la vajilla, en el cristal, en todas las cosas, pero en especial en los guisos y golosinas de mil clases. Lima se distingue por sus progresos en la cocina. El arte culinario es floreciente y desde hace diez años, todo se hace a la francesa. El país proporciona muy buena carne, buenas legumbres, pescado de todas clases y gran abundancia de frutas exquisitas. Es fácil confeccionar con poco gasto un estupendo menú. Esos banquetes me causaban a mí que tengo el hábito de comer en diez minutos, una fatiga inimaginable. Se sirven dos o tres platos y es preciso comer de todo para no infringir los usos de la cortesía. Necesitaba constantemente repetir las mismas excusas, decir hasta la saciedad que no comía carne ni sopa y que mi alimentación se limitaba habitualmente a legumbres, frutas y leche. Se quedan dos horas en la mesa. Durante este tiempo la conversación versa sobre la excelencia de los guisos y se dirigen elogios en términos pomposos al dueño de casa. Como en Arequipa, se tiene también la costumbre de hacerse pasar pedazos de los alimentos, en la punta del tenedor, pero ya este uso se pierde. Lo que he visto comer en estas ocasiones es en realidad monstruoso. Resulta que a la salida de la comida, casi todos los convidados están enfermos y en tal estado de estupor, que son incapaces de decir una palabra. En definitiva, sus festines son tan cansados como perjudiciales a la salud. La profusión que ostentan denota un pueblo todavía reducido a los goces sensoriales. La hora corriente para el almuerzo no se alteraba en esos días: se sientan a la mesa a las tres, como es costumbre, pero no se levantan hasta las cinco o seis. Después hay que acompañar una o dos horas a los dueños de casa. Se puede juzgar cuán pesada tarea sería para

mí semejantes invitaciones. En todas esas comidas, se sirven nuestros mejores vinos, lo que ocasiona un gran gasto para el país.

Entre las mujeres distinguidas que viven en Lima, citaré a tres, cuyos nombres no podría omitir al hablar de esta ciudad. La primera es la señora de la Riva-Agüero, célebre por sus desgracias y por el valor y la constancia que demuestra al soportarlas. La segunda es la señora Calixta Twaites, la mujer más instruida que he encontrado en América y que se distingue por su brillante espíritu y la exactitud de sus juicios. Y por fin, la tercera es la señora Manuela Riglos, mujer sabia y muy espiritual, según dicen, pero más pedante aún.

Al contar la historia de la señora de la Riva-Agüero mi intención es también demostrar, como lo he hecho en la historia del Comandante del *Challenger*, de cuántos males es causa la tiranía ejercida por los padres sobre las inclinaciones de sus hijos. Como si los errores del corazón, la saciedad y la suerte buena o mala de la vida no bastasen para comprometer la felicidad de un lazo que en nuestra sabiduría hemos hecho indisoluble, aún es necesario aumentar esos peligros haciendo intervenir a la razón humana con su cortejo de prejuicios en el afecto más desinteresado de nuestra naturaleza. ¡Ah! La razón es aún más fecunda en decepciones que el corazón, y el amor que Dios enciende tiene sin duda más derechos a nuestro respeto que las vanas opiniones nacidas en nuestro cerebro por la influencia del mundo exterior. La presión ejercida a este respecto, por los padres sobre sus hijos, es el más culpable abuso de la fuerza, al mismo tiempo que el más insigne absurdo de la razón. Matar a la víctima es menos criminal que prepararle un porvenir de calamidades. Obligar a amar es el colmo de la demencia a que puede llegar la tiranía.

La señora de la Riva-Agüero (Carolina Delooz) pertenece a una de las primeras familias de Holanda, en donde ha nacido. Recibió una educación tan brillante como sólida y la extrema amabilidad de su tono, sus maneras a la vez sencillas y elegantes demuestran haber vivido, desde su infancia, entre la mejor sociedad. Es una mujer completa, si alguna vez un ser humano ha merecido que se diga eso de él. Cuando la conocí, tenía alrededor de treinta años. Muy bella todavía, a los dieciocho años debió ser encantadora criatura llena de gracia y de frescura. ¡Pobre joven! ¡Cuando jugabas en tus verdes campiñas, no pensabas en el triste destino que te reservaba la ambición de tus padres!

En 1822 llegó a Bruselas un peruano llamado José de la Riva-Agüero. Se introdujo, no sé como en la familia de la joven Carolina Delooz, se presentó con un cortejo de títulos y se dio de Presidente de la República del Perú, país que se había visto obligado a abandonar a consecuencia de movimientos

revolucionarios. Amplificó, con esa exageración propia de su país, todo lo que podía darle importancia y hacer concebir de él una alta opinión. Por fin, logró por su elocuencia y sus aires de grandeza, interesar a la familia Delooz y deslumbrarla. Mr. Delooz, padre de siete hijos, había perdido una gran parte de su fortuna y tenía cuatro hijas solteras. Creyó en las palabras del que se titulaba Presidente del Perú, poseedor, en su patria, de grandes riquezas. El noble y ambicioso holandés vio en este extranjero un partido conveniente para una de sus hijas y acogió su pedido. Declaró su voluntad a Carolina, quien quedó petrificada. Riva-Agüero tenía entonces cincuenta y cinco años, era de una repugnante fealdad, de mala salud y de carácter triste y severo. La joven con la desesperación en el alma, fue a echarse a los pies de su madre y a pedirle protección. Pero ¡ay! la pobre madre, esclava como su hija, no podía sino confundir sus lágrimas con las de su niña. El noble esposo, amo absoluto de su familia, vio callar ante su voluntad todas las resistencias. En todo el círculo de la familia Delooz no se encontró una sola persona que se atreviera a observar al padre que procedía con crueldad, echando a su hija entre los brazos de un viejo hipocondriaco, y con imprudencia, casándola con un desconocido que quizá los engañaba. Esa sociedad holandesa, aún más esclavizada que la nuestra por los prejuicios del orgullo, encontraba que el Presidente del Perú era un excelente partido para Carolina Delooz y la pobre niña se vio obligada a sentirse honrada, contenta y feliz. Tenía diecisiete años cuando se casó con el viejo.

Poco tiempo después de su matrimonio, la joven se vio obligada a dejar a su madre y a sus hermanos a quienes amaba tiernamente, para seguir a su marido a sus estados. Llegó a Valparaíso con un hijo de quince meses y encinta. Estuvo allí cerca de dos años, viviendo en una casa amueblada en la forma más mezquina, sin atreverse a preguntar a su augusto esposo, cuándo pensaba conducirla a su palacio. Mr. De la Riva-Agüero había agotado sus escasos recursos para subvenir a esta miserable existencia y se vio obligado a traer a su esposa a Lima. ¡Ah! Cuál debió ser la desesperación de esta joven a la vista de la casa en donde la instaló su marido. Su desgracia era evidente. Ese hombre había abusado indignamente de la credulidad de su padre. Se veía a tres mil leguas de su país, sin su madre ni ninguno de los suyos para consolarla y ayudarla con sus consejos y su afecto. Se veía sin fortuna, sin ninguna consideración, en lucha con la miseria y condenada a pesares de toda especie y a temer hasta por sus hijos. ¡Debió ser horrible su desesperación! Mr. De la Riva-Agüero, había mentido al presentarse como Presidente del Perú. Es verdad que durante un movimiento revolucionario, un nombramiento extralegal le había dado aquel título. Lo conservó tres días en medio del desorden al que lo debió. Una vez restablecida la calma, se vio obligado a escapar apresuradamente, pues había sido puesto fuera de la

ley, como faccioso. Había mentido cuando se había dicho dueño de grandes riquezas, porque no tenía ya por toda fortuna sino la mitad de la propiedad de una vieja casucha, cuya otra mitad pertenecía a su hermana. Llegado a Lima, no le fue posible ocultar su situación a su esposa. Ella escuchó todos los cuentos que le refirió con una sangre fría y una firmeza que demostraban su gran valor y soportó su suerte con una dignidad y una resignación digna de los más grandes elogios. Jamás alguien ha oído salir de sus labios la más ligera alusión al indigno engaño de que ha sido víctima. Habla siempre de su marido con el mayor respeto, parece estar muy convencida de la exacta verdad en todo cuanto él le ha dicho; atribuye las desgracias de Mr. Riva-Agüero a los acontecimientos políticos y sólo se queja de la ingratitud de la República.

La señora de la Riva-Agüero es un ángel de virtud. Su conducta es tan ejemplar que ni la maledicencia de las limeñas ha podido encontrar qué decir. Cuando la vi era madre de tres niños, los más hermosos que se puede ver y estaba encinta. Esa mujer con su orden, su extrema economía y sus hábitos laboriosos, tenía el talento de sostener su casa sobre un pie muy honorable. Amamantaba y educaba ella misma a sus hijos, cosía sus vestidos y cuidaba a su viejo marido casi siempre enfermo. Así excitaba la admiración de quienes la conocían. ¡Ah! Si su padre hubiese podido ser testigo de las lágrimas vertidas en secreto. Pero ese padre recibe de su hija cartas dictadas por un respeto filial que hace callar cualquier otro sentimiento. La joven señora es demasiado piadosa, demasiado generosa, para querer, con sus reproches o sus quejas, turbar el reposo de su padre. Le escribe que es feliz y el viejo hinchado de orgullo, enseña sus cartas y dice a todos que su hija es la Presidenta del Perú.

Conozco todos estos detalles por una sirvienta holandesa que vino al Perú con la señora Riva-Agüero y estaba, desde hacía seis meses, en casa de la señora Denuelle. Lo que me refirió de la señora Riva-Agüero me dio deseos de conocerla y le escribí para obtener el permiso de hacerlo. Vino esa misma tarde y conversó conmigo largo rato. Habla el francés como una francesa y su conversación prueba que había nacido con un carácter alegre, vivo y lleno de orgullo. Su embarazo la hacía sufrir y su expresión tenía algo de angelical. Al retirarme me cogió la mano con cariño y me dijo: «Venga a verme señorita, tendré mucho gusto en conversar con usted sobre Europa y esos hermosos países donde usted regresa. La vida que llevo aquí es muy monótona. Sin embargo, no me quejo. Mis hijos, mis queridos hijos reemplazan todo para mí». Miré con santo respeto a esta mujer de virtud tan admirable, víctima como yo de los crueles prejuicios a los que todavía se someten las gentes rutinarias a pesar de haber reconocido su absurdo. Durante mi residencia en Lima, fui

muy a menudo a ver a esta señora. Algunas personas iban también, a veces a tomar el té con nosotros.

Intimé mucho con doña Calixta Twaites y sentí un vivo pesar al no poder decidirla a venir a vivir a Europa. Esta mujer es realmente superior, tanto por la elevación de su espíritu como por la inmensa variedad de sus conocimientos. Habla el inglés de un modo admirable, ha traducido una gran parte de Lord Byron al español y al francés. Su erudición es sorprendente con relación a su edad. No tenía entonces sino veintinueve años. Nacida en Buenos Aires, se había casado con un inglés y hacía cuatro que había venido a establecerse a Lima, en donde su marido tenía una casa de comercio. Enviudó poco tiempo después de su llegada y gozaba de una buena fortuna. No se puede ver sin pensar que semejante mujer se establezca en un país donde tan pocas personas son capaces de apreciarla. ¡Ojalá pudiese despertar entre algunos el gusto por las letras y hacer que aparezcan luces entre esa espesa oscuridad! La Providencia al inspirarle la voluntad de habitar el Perú parece haberla destinado a esta misión.

Cuando llegué a Lima, no vi a la señora Riglos. Acababa de perder a su abuela y me envió a su marido. Fui a pagarle la visita sin encontrarla. No vino a verme y pensé que sería indiscreto de mi parte regresar. Me dijeron que no se había atrevido a presentarse en mi hotel por temor de la maldad de Mme. Denuelle. Ésta, es verdad, se burlaba de ella despiadadamente. Esta señora tiene la modesta pretensión de creerse a la misma altura que Mme. Stáel. Ha escrito obras notables, según dice ella, pero que nadie ha visto, de modo que es preciso creer en sus palabras. En las luchas de los partidos, dirige odas a los vencedores. Compone piezas poéticas sobre el sol, la luna, el mar y otros temas no menos grandiosos. La señora Riglos era entonces una mujer de cuarenta años, flaca, pálida y coja. Jamás usa saya y su vestido se distingue por su extravagancia. Siempre tiene grandes sombreros con plumas blancas, trajes amarillos con chales rojos y el resto de su indumentaria, por el estilo. Profesa por su país un profundo desprecio. La señora Riglos proyecta venir a establecerse a Francia. Repite sin cesar que una mujer de su mérito no podría vivir en otra parte, que en París. Por todo lo que me han referido de esta señora, creo que si tuviera menos pretensión y tratara de producir menos efecto, no se pondría en duda su talento como poetisa. Pero el «espíritu que quiere aparentar perjudica al que hay en ella».

## Los baños de mar - Un ingenio azucarero

Los limeños han escogido, para tomar baños de mar, el sitio para mí, más árido y más desagradable de la costa. Ese lugar se llama *Chorrillos*. La familia Izcue había alquilado, en *Chorrillos*, una casa para la temporada y me invitó a pasar allí el tiempo que deseara.

Mr. Izcue vino a buscarme por la mañana a las siete y subimos enseguida a la calesa. Debíamos recorrer cuatro leguas sobre arena. El camino, a pesar de todo, es bueno para los caballos, la arena es dura y no se hunden como en la de las pampas. El campo es muy desigual. A la vegetación sucede la aridez de una tierra negra, sobre la que se ve de lejos algunos árboles, casas encantadoras y dos torres desde las cuales se distingue el campo, Lima y el mar, que se halla a un cuarto de legua. Es ciertamente el más lindo lugar que he visto en América. Después de haberlo dejado, se encuentran campos de papas y de alfalfa, pero ninguno de trigo. Llegamos a dos casas, de hermosa apariencia, pertenecientes a Mr. Lavalle, antiguo intendente de Arequipa; vi magníficos jardines dependientes de aquellas casas y en plena campiña naranjos, papayos, palmeras, zapotillos y toda clase de árboles frutales. A los diez minutos de ese sitio se atraviesa el Barranco, pequeña aldea situada entre abundante follaje, grandes árboles y mucha agua. Al dejar este oasis, hasta *Chorrillos* no hay sino áridas tierras. Habíamos tenido, durante todo el camino, una niebla espesa y húmeda. Sentía mucho frío. Llegué enferma y me acosté después de haber bebido una taza de café bien caliente.

Me levanté a la hora de la comida. Al verme mejor, Mr. Izcue me propuso visitar los campos vecinos, cuyas tierras eran fértiles para los cultivos de caña de azúcar. Me dieron un caballo y salimos a nuestro paseo.

No había visto caña sino en París en el Jardín Botánico. Aquellos vastos campos de caña de ocho o nueve pies de altura, tan apretada que un perro apenas podría abrirse paso entre ella, coronada por millares de flechas que llevaban florecillas en espiga, anunciaban una poderosa vegetación que está lejos de manifestarse con la misma energía en nuestros campos de trigo o de papas. La naturaleza, en esos climas favorecidos, parece convidar al hombre al trabajo con sus más ricas recompensas. Ese cultivo me inspiró el más vivo interés y al día siguiente fuimos a visitar una de las grandes explotaciones del Perú.

El Ingenio de Mr. Lavalle, la *villa Lavalle*, situado a dos leguas de Chorrillos, es un magnífico establecimiento, en el cual habitan cuatrocientos negros, trescientas negras y doscientos negritos. El propietario, se ofreció con la mayor cortesía a hacérselo conocer con todos sus detalles y tuvo la amabilidad de explicarnos cada cosa. Vi con mucho interés cuatro molinos para triturar la caña, movidos por una caída de agua. El acueducto que trae el agua a la usina es muy hermoso y su construcción ha costado mucho dinero, por los obstáculos que oponía el terreno. Recorrí el vasto establecimiento en donde se hallaban las calderas. Se hacía hervir el jugo de la caña y enseguida fuimos a la refinería contigua, en donde el azúcar se separaba de la melaza. Mr. Lavalle, me habló de sus proyectos de mejoras. —Pero, señorita, agregó, la imposibilidad de conseguir nuevos negros, es desesperante. La falta de esclavos traerá la ruina de todos los ingenios. Perdemos muchos de ellos y las tres cuartas partes de los negritos mueren antes de llegar a los doce años. En otros tiempos tenía mil quinientos negros. No tengo ya sino novecientos, comprendiendo a estos débiles niños que usted ve.

—Esta mortalidad es espantosa y debe hacerle concebir, en efecto, los más funestos temores para su establecimiento. ¿De qué proviene, pues, que no se mantenga el equilibrio entre los nacimientos y las defunciones? El clima es sano y se creería que los negros están aquí tan bien como en África.

—El clima es muy sano, pero las negras se hacen abortar a menudo y los padres no tienen cuidado alguno de sus hijos.

—¡Oh! ¡Entonces son muy desgraciados! ¡La especie humana aumenta hasta en medio de las calamidades! Sus negros se multiplicarían tanto como los hombres libres si su existencia fuese tolerable y si entre ellos el sentimiento del dolor no fuese más fuerte que los más tiernos afectos de nuestra naturaleza.

—Señorita usted no conoce a los negros. Es por pereza que dejan perecer a sus hijos y no se puede obtener nada de ellos sin el látigo.

—¿Cree usted que siendo libres, sus necesidades bastarían para inducirlos al trabajo?

—Las necesidades en estos climas se reducen a tan poca cosa, que no necesitarían de gran trabajo para satisfacerlas. Además, no creo que el hombre, por más necesidades que tenga, pueda sentirse inducido sin la fuerza a un trabajo regular. Las poblaciones de indios esparcidas por todas las latitudes de América del Norte y del Sur ofrecen la prueba de mi afirmación. En México y en el Perú, se ha encontrado, es verdad, alguna cultura entre los indígenas y todavía vemos a la mayoría de nuestros indios no hacer nada y vivir en la



miseria y la ociosidad. Pero en todo el vasto continente de las dos Américas, las tribus independientes viven de la caza, de la pesca y de los frutos naturales de la tierra, sin que las hambrunas frecuentes a que están expuestos les hagan entregarse al cultivo. La vista de los goces conseguidos por los blancos con su trabajo, goces por los que sienten avidez, carecen igualmente de incentivo para hacerlos trabajar y no es sino por medio de castigos corporales que nuestros misioneros han logrado hacer cultivar algunas tierras a los indios que han reunido. Sucede lo mismo con los negros y ustedes franceses han hecho la experiencia en Santo Domingo. Desde que han libertado a sus esclavos, éstos no trabajan más.

—Creo con usted, que el hombre blanco, rojo o negro, se resuelve difícilmente al trabajo cuando no ha sido educado para él. Pero la esclavitud corrompe al hombre y al hacerle odioso el trabajo, no podrá prepararlo para la civilización.

—Sin embargo, señorita, en tiempo de los romanos Europa estaba cubierta de esclavos y la esclavitud se mantiene aún en Rusia y en Hungría.

—También, señor, las guerras sociales pusieron a menudo en peligro el Imperio Romano y no habría sucumbido por la invasión de los pueblos del norte, si las tierras hubiesen sido cultivadas por brazos libres y si las ciudades no hubiesen contenido más esclavos, pero únicamente consagrados al cultivo de las tierras. Esos esclavos eran colonos aparceros, tal como son en Rusia y en Hungría, que acaba usted de nombrar. Fue esta esclavitud mucho más dulce que la de los romanos, la que se estableció en las Galias después de la invasión de los germanos y en España después de la de los Vándalos. Los siervos pudieron sucesivamente rescatarse con el fruto de su trabajo. Pero, en América el esclavo no tiene semejante perspectiva, trabajando bajo el látigo del inspector no tiene participación alguna en los frutos de su labor. Ese género de esclavitud excede al fardo de dolor que ha sido dado al hombre soportar.

—Observe, le ruego, que la esclavitud aquí, como entre todos los pueblos de origen español, es más dulce que entre las demás naciones de América. Nuestro esclavo puede rescatarse y entre nosotros, el negro sólo es esclavo de su amo. Si otro le golpea, se encuentra en estado de legítima defensa y puede devolver el golpe. Mientras que en sus colonias, el negro está en cierta manera bajo la dependencia de todo el mundo. Le está prohibido, bajo las penas más graves, defenderse contra un blanco. Si es herido, el dueño tiene derecho a una indemnización por el daño sufrido, pero no se le hace nada al autor de la herida. De este modo ustedes han agregado la pérdida de la seguridad al de la libertad.

—Convengo en que las leyes españolas relativas a los esclavos, son mucho más humanas que las de cualquier otra nación. Entre ustedes, el negro no es simplemente *una cosa*, es un correligionario y la influencia de las creencias religiosas le produce algún paliativo. Mas el vicio radical, la perpetuidad de esta esclavitud, subsiste entre ustedes así como en nuestras colonias pues es imposible para el esclavo, con la continuidad de trabajo exigido, que pueda alguna vez usar de la facultad de rescatarse. Si los productos debidos en América al trabajo de los negros perdieran su valor, estoy segura de que la esclavitud sufriría felices modificaciones.

—¿En qué forma señorita?

—Si el precio en que se vende el azúcar, comparado el valor de trabajo que demanda, estuviese en la misma relación que los productos de Europa comparados con sus gastos de producción, el amo, sin tener entonces una compensación de la pérdida de su esclavo, no lo obligaría al trabajo y velaría por su conservación. Suponga usted que el trigo en Rusia, valiera 6 u 8 pesos las 100 libras, como vale el azúcar aquí y en nuestras colonias, ¿cree usted entonces que el señor ruso se contentaría con entrar en participación con su esclavo?... Ciertamente que no. Lo atormentaría con su vigilancia y lo hostigaría con el látigo para obtener la mayor cantidad posible. Está usted igualmente persuadido que entonces la población de siervos en vez de prosperar como sucede en la actualidad, disminuiría en la misma proporción que la población negra de América.

—Pero la trata está ya abolida y mientras más valor tengan nuestros productos, más interesados estaremos en conservar nuestros esclavos.

—Parece que debería ser así y usted ve por su propia experiencia que sucede lo contrario. El presente es todo para el hombre. Los propietarios no se contentan con vivir del producto de sus ingenios, quieren que esas entradas les proporcionen con qué pagar la adquisición de aquellos, si la deben todavía, y el modo de crearse una fortuna independiente. Ninguno de ellos consentiría en disminuir su cosecha en la mitad para hacer cultivar a sus negros mayor cantidad de plantas alimenticias, concederles mayor descanso y mejorar su suerte. Además, en los grandes establecimientos, los esclavos reunidos en numerosos obrajes, constantemente bajo la mirada de su amo, hostigados sin cesar, sufren una tortura moral que debe bastar para hacerles considerar la vida con horror.

—Señorita, usted habla de los negros como persona que no los conoce, sino por los bellos discursos de sus filántropos de tribuna. Mas por desgracia es demasiado cierto que no se les puede hacer marchar sino con el látigo.

— Si es así, señor, le confieso que hago votos por la ruina de los ingenios y creo que estos votos serán escuchados muy pronto. Dentro de algunos años, la beterraga destronará a la caña.

— ¡Oh! señorita, si usted no tiene otro enemigo más peligroso que oponernos..., es una broma aquella de sus beterragas. Esta raíz es buena a lo más para endulzar la leche de las vacas en invierno, cuando éstas se alimentan con pastos secos.

— ¡Ríase, ríase, señor! Pero con esta raíz de la que usted se burla, podríamos nosotros en Francia prescindir de su caña. El azúcar de beterraga es tan buena como la suya y tiene además a mis ojos el mérito supremo, de hacer bajar el precio del azúcar de las colonias. Y estoy convencida de que sólo de esta circunstancia puede resultar el mejoramiento de la suerte de los negros y por consiguiente, la abolición completa de la esclavitud.

— La abolición de la esclavitud... ¿No está usted desengañada por el ensayo que acaban de hacer en Santo Domingo?

— Señor, una revolución que tuviera sentimientos más generosos por móviles, debería de indignarse por la existencia de la esclavitud. La Convención decretó la libertad de los negros por entusiasmo, sin sospechar aparentemente que tenían necesidad de estar preparados para usar de su libertad.

— Y además su Convención olvidó también de indemnizar a los propietarios, como hace en la actualidad el Parlamento Inglés.

— El Parlamento, teniendo nuestro ejemplo ante los ojos, ha procedido en esta materia en una forma más racional que la Convención. Pero ha estado también demasiado apresurado en alcanzar su propósito y las disposiciones que ha adoptado son tan bruscas y generales que por mucho tiempo todavía no podrían dar buenos resultados. Los obstáculos que se oponen a una liberación simultánea son tales, que hay lugar para admirar que una nación tan ilustrada como la nación inglesa haya creído deber prestar una atención muy ligera y se haya arriesgado a libertar al esclavo antes de haberse asegurado de sus hábitos laboriosos y de haberlo preparado por medio de una educación conveniente a hacer buen uso de la libertad de nuestra organización social. Estoy bien persuadida de que la liberación gradual, únicamente ofrece un medio pronto para transformar a los negros en miembros útiles para la sociedad. Se hubiera podido hacer de la libertad una recompensa del trabajo. El Parlamento Inglés hubiera ido más pronto hacia el bien, si se hubiese limitado a libertar anualmente a los esclavos de menos de veinte años y los hubiese colocado en escuelas rurales y de artes y oficios antes de dejarlos gozar de la libertad. No

existen colonias europeas en donde no se encuentren vastas extensiones de tierra sin roturar, a las cuales poder enviar a los libertos y el trabajo tampoco faltaría a los negros que aprendieran un oficio. Procediendo en esta forma, bastarían unos treinta años para llegar a la emancipación general. Los negros libertos acrecentarían anualmente la población laboriosa y por consiguiente, la riqueza de las colonias. Mientras tanto, con el sistema adoptado, esos países sólo tienen en perspectiva un largo porvenir de miseria y de calamidades.

—Señorita, su manera de considerar la cuestión de la esclavitud no prueba sino que usted tienen buen corazón y demasiada imaginación. Esos hermosos sueños son soberbios como poesía... Pero un viejo agricultor como yo, siente tener que decirle, que ninguna de sus bellas ideas es realizable.

Esta última réplica de Mr. Lavallo, me hizo sentir que al hablar con el viejo agricultor, hablaba con un *sordo*. Puse fin a la conversación, que por lo demás, había sido demasiado larga. Sin embargo, es satisfactorio para mí decir que Mr. Lavallo, de carácter dulce y en extremo afable, trató esta cuestión tan irritante para todos los propietarios de esclavos, con mucha más razón que cualquier otro en su lugar lo hubiera hecho. Continuamos recorriendo su magnífico establecimiento, con igual amenidad de su parte.

La esclavitud ha excitado siempre mi indignación y sentí un gozo inefable cuando tuve noticias de la formación de esa santa liga de señoras inglesas que se abstendrían del consumo de la azúcar de las colonias occidentales. Ellas se comprometieron a no consumir sino azúcar de la India aunque fuese más cara por los derechos con que estaba gravada, hasta que el Parlamento aprobara el *bill* de emancipación. El acierto y la constancia empleados en el cumplimiento de esta caritativa resolución hicieron desprestigiar los azúcares de América en los mercados ingleses y triunfaron de las resistencias opuestas a la aprobación del *bill*. ¡Ojalá sea imitable en Europa continental tan noble manifestación de los sentimientos religiosos de Inglaterra! La esclavitud es una impiedad a los ojos de todas las religiones y participar en ella es renegar de sus creencias. La conciencia del género humano es unánime sobre este punto.

El Ingenio de Mr. Lavallo es uno de los mejores del Perú. Su extensión es inmensa, su situación, de la más apropiada, costea el mar y las olas se estrellan contra las rocas de la orilla.

Mr. Lavallo ha hecho construir para sí una de las casas más elegantes. No ha economizado nada para su solidez y embellecimiento. Ese palacete manufacturero está amoblado con una gran riqueza y con el mejor gusto: alfombras inglesas, muebles, relojes y candelabros de Francia; grabados y curiosidades de la China; en fin, todo lo que puede contribuir a la comodidad de la existencia

se ve allí reunido. Mr. Lavallo ha hecho construir también una capilla. Ésta es sencilla, de buen gusto, bastante espaciosa como para contener mil personas y las decoraciones son muy apropiadas. Los domingos y días de fiesta, todos los negros del establecimiento asisten a la misa. Los negros españoles son supersticiosos y la misa es, para ellos, una necesidad indispensable. Sus creencias aligeran sus males y son, para el amo, una garantía. Mr. Lavallo, tuvo la amabilidad de hacer vestir a un negro y una negra con sus vestidos de fiesta, a fin de que yo pudiera juzgar del golpe de vista que ofrece su iglesia el domingo. La indumentaria del hombre consistía en un pantalón y una chaqueta de algodón con rayas azules y blancas y un pañuelo rojo envuelto en el cuello. La mujer tenía una falda de la misma tela rayada, un largo chal de tela de algodón rojo, con el cual se envolvía la parte posterior de la cabeza, los hombros, la garganta y los brazos. Usaba zapatos de cuero negro, atados en las piernas con cintas azules. Sobre su negra piel, aquel contraste ofrecía un efecto singular. Los negritos tenían un mandil de un pie cuadrado. El vestido de los días corrientes es mucho más sencillo aún: los negritos están completamente desnudos. Las mujeres no tienen sino la pequeña falda y los hombres un pantalón o un mandil pequeño. Mr. Lavallo tiene la reputación de ser muy lujoso con sus negros.

Los países cálidos son ricos en frutas. La huerta de Mr. Lavallo las reúne todas. La tierra les es favorable y todas crecen muy hermosas. El zapotillo por su elevación parece querer poner fuera del alcance del hombre su voluminosa manzana verde oscura, cuya pulpa sabrosa reúne los sabores más deliciosos. Tan elevado como la encina, el mango luce sus frutos de forma oval, con carne hilachosa y olor de trementina. No cesaba de admirar el follaje de los grandes y hermosos naranjos con ramas de tan lindo verde, rendidas bajo el peso de millares de bolas cuyo color alegraba la vista y el perfume embelesaba la atmósfera. ¡Me creí transportada a un nuevo Edén! Glorietas con granadillas, ofrecían a las manos el sorbete de sus frutos, mientras aquí y allá, los platanares se doblegaban bajo el peso de sus cabezas y desplegaban sus anchas hojas quebradas. Una colección muy variada de flores de Europa, embellecía ese vergel de los trópicos con recuerdos de la patria. En un lugar encantador por la frescura y los perfumes que se respiran, se encuentra un mirador desde donde la vista es magnífica. Por un lado se ve el mar que arrastra sobre la playa sus olas espumosas y las rompe con estrépito contra las rocas; por el otro se descubren vastos campos de caña de azúcar, tan hermosos cuando están en flor. Ramilletes de árboles aquí y allá reposan la vista y varían el cuadro.

Era tarde cuando nos retiramos. Al pasar por una especie de granja en donde trabajaban algunos negros, sonó el ángelus. Todos abandonaron su

trabajo, cayeron de rodillas y postraron su rostro contra la tierra. La fisonomía de aquellos esclavos es repugnante de bajeza y de perfidia. Su expresión es sombría, cruel y desgraciada, hasta en los niños. Traté de entablar conversación con algunos, pero no pude obtener sino un *sí* o un *no*, pronunciados con sequedad e indiferencia.

Entré a un calabozo en donde se hallaban encerradas dos negras. Habían dado muerte a sus hijos, privándolos de alimento. Ambas completamente desnudas, estaban agazapadas en un rincón. La una comía maíz crudo y la otra, joven y hermosa, dirigió sobre mí sus grandes ojos. Su mirada parecía decirme: «He dejado morir a mi hijo, porque sabía que él no sería libre como tú... He preferido verlo muerto y no esclavo». La vista de aquella mujer me hizo daño. Bajo esa piel negra, hay a veces almas grandes y orgullosas. Los negros pasan bruscamente de la independencia de la naturaleza a la esclavitud y se encuentra entre ellos, algunos indomables que soportan los tormentos y mueren sin doblegarse al yugo.

El día siguiente fuimos a ver echar las redes. La manera de pescar es horrorosa y me pareció tan difícil como peligrosa. Los pescadores entran en el mar hasta muy adentro, presentan a la ola la boca de una inmensa red fija en torno de un gran círculo. El mar llega con furia, los cubre por completo y cuando se retira la ola, tiran de la red hacia la playa. Eran doce los que se ocupaban en esta pesca y sólo después de la cuarta tentativa cogieron nueve pescados. Al ver a hombres libres soportando tan penosas fatigas y corriendo tan inminentes peligros para ganar el pan, me pregunté si existe algún género de trabajo para el cual sea necesaria la esclavitud y si un país en donde se encuentran hombres obligados a ejercer semejante oficio para vivir, tenía necesidad de esclavos.

Ya he dicho que no concebía la predilección de los limeños por *Chorrillos*. Esa palabra quiere decir alcantarilla. Se ha llamado así ese pueblo, por los hilos de agua que caen desde lo alto de las rocas que rodean la playa, los cuales forman en la parte baja una laguna de agua dulce. Es a ese pequeño lago a donde se va a bañar. En aquel sitio el mar es muy tranquilo y jamás las olas llegan al lago. Esa vecindad del agua dulce ofrece una gran ventaja a los bañistas, quienes en su mayor parte van a enjuagarse al salir del mar, a fin de quitarse las partículas salinas, adheridas a la piel. El lugar es, por lo demás, muy incómodo para bañarse. Se podría hacer con poco gasto baños tan agradables como los de Dieppe. Si *Chorrillos* sigue de moda, quizá lo pensarán un día los limeños.

El Barranco, oasis encantador del que ya he hablado, hubiera sido conveniente para lugar de cita de los bañistas. Se halla a corta distancia del mar, tiene hermosos árboles, verdor y agua (es la misma agua que viene a formar las filtraciones de Chorrillos). Pero este último pueblo, situado en lo alto de una roca negra y árida está privado de todas las ventajas que ofrece el Barranco. Nada más triste y más sucio que este hacinamiento de cabañas. Ningún árbol, ninguna brizna de hierba viene a recrear la vista y el agua corre en la parte baja de la roca. Las casas son de madera, muchas no están enladrilladas. Hay algunas de caña que no tienen más aberturas que las puertas. Todas muy incómodas y amobladas con vejezes. Chorrillos carece de todo para la alimentación y su mercado no está lo suficientemente provisionado. Todo es caro y malo. No se puede salir sin hundirse hasta media pierna en una arena negra. Los zapatos, las medias y el ruedo del vestido se malogran después de semejante paseo. El viento del mar sopla esa arena negra sobre los ojos y se siente uno cegado por la reverberación del sol. En una palabra, es el lugar más detestable que he encontrado en mi vida y sin embargo, ese pueblo ha crecido de tal modo desde hace cinco años, que tenía ya 800 casas.

La vida de los bañistas en aquel lugar de reunión, refleja de manera exacta las costumbres limeñas. El *far niente*, el placer y la intriga componen toda su existencia. Las mujeres viven como los hombres. Sus costumbres y sus gustos son semejantes y se revelan con igual independencia. Montan a caballo para pasearse por los alrededores. Se bañan con los hombres. Fuman desde la mañana hasta la noche. Juegan rabiosamente (mi tía Manuela perdió diez mil pesos en una noche). Dirigen cuatro o cinco intrigas amorosas, políticas y demás. Van a los festines, a los bailes rústicos que da todo el mundo y pasan una *gran* parte del día extendidas sobre una hamaca, rodeadas de cinco o seis adoradores. Las fiestas de Chorrillos arruinan a las más ricas familias de Lima. Los sacrificios que hacen para residir allí uno o dos meses son incalculables. Esas extravagancias son más comunes en Lima que en ninguna otra parte. El clima contribuye a ellas sin duda, pero la ausencia de bellas artes y de toda instrucción que ocuparían la viva imaginación de que está dotado este pueblo, hacen que se lance a todas las locuras, arrastrado por esta superabundancia de vida que lo desborda.

Después de haber permanecido una semana en Chorrillos regresé a Lima con verdadero placer. Mi pequeño departamento amoblado *a la francesa* y mi comida francesa me parecieron mejores que nunca y encontré mil veces más agradable la entretenida conversación de Mme. Denuelle.

## CAPÍTULO 10

**La ex presidenta de la República**

A pesar de todas las distracciones que Lima me ofrecía y la acogida amistosa de mis nuevos amigos, deseaba vivamente partir. Esta ciudad por radiante que fuera a causa de la bondad de su clima y la alegría de sus habitantes, era el último lugar de la tierra en donde yo hubiera consentido habitar. La sensualidad reina en ella exclusivamente. Todos aquellos seres tienen ojos, oídos y paladar, mas no tienen alma que responda a la vista, a los sonidos y al gusto. Jamás he sentido un vacío más completo, una aridez más agobiadora que durante los dos meses que permanecí en Lima.

La impaciencia que sentía por regresar a Europa, a la que apreciaba y amaba más desde que la había dejado, me hizo vacilar un instante en ir a Valparaíso en donde esperaba encontrar listo un navío que se hiciese a la vela para Burdeos. Pero abandoné muy pronto este proyecto con la casi certidumbre de encontrar a Chabrié en Chile. Soporté, pues, con resignación los gastos y el disgusto de mi estada en Lima.

Con todo, me demoré algún tiempo antes de resolverme a retener mi pasaje, no porque temiese la mala alimentación a bordo de una nave mercante inglesa, sino porque deseaba ardientemente regresar por la América del Norte. Era un viaje muy penoso. Mr. Briet que lo había hecho, casi sucumbe de fatiga. Sin embargo, me sentí con fuerzas para emprenderlo y lo hubiera realizado si hubiese tenido dinero suficiente para subvenir a los gastos del camino. Confieso que sentí un vivo pesar. Escribí a mi tío manifestándole el deseo de conocer esta parte de América y le dejé ver que mi falta de recursos me impedía tomar esa ruta. Diez veces estuve a punto de pedirle de frente la suma que me era indispensable, tan dominante es en mí el gusto por los viajes azarosos. Pero mi orgullo venció. Las respuestas de mi tío relativas a mi proyecto, me hacían temer una negativa. No quise exponerme a ella.

Tomé pasaje en el *William-Rusthon* de Liverpool, que debía llegar e ir en línea recta a Plymouth.

Hacía dos meses que había salido de Arequipa, cuando llegó esta nave al Callao, trayendo abordo a la señora Pancha de Gamarra, acompañada por su secretario Escudero. Mr. Smith vino a darme la noticia y me trajo un gran



paquete de cartas de Arequipa en las cuales me referían los acontecimientos de la última revolución.

Voy a hacer la narración sucinta de lo que me contaban.

El señor y la señora Gamarra habían entrado el 27 de abril a Arequipa, en donde las necesidades de su partido los arrastraron como de costumbre por la vía de las exacciones. Impusieron a los habitantes una enorme contribución, por medio de prisiones y de otras medidas militares y les faltó autoridad o deseo para impedir que sus soldados cometieran mil rapiñas. Todas las clases de la población estaban exasperadas. Los soldados exigían rescate a los individuos cuando se les presentaba la ocasión y ellos mismos no podían salir aisladamente al campo sin correr el riesgo de ser muertos por los campesinos. Uno de ellos murió de una cuchillada dada por un monje a quien exigió dos reales. Un descontento universal fermentaba en todo el territorio ocupado por los gamarristas y atraía la población al partido de Orbegoso. Por todas partes gritaban: ¡Viva Nieto! Este atrincherado en la ciudad de Tacna, a la cual se había replegado, esperaba que las circunstancias lo llamasen de nuevo a representar un rol. Los gamarristas intentaron explotar otra vez su credulidad y le enviaron a su cuñado con una carta de Bermúdez anunciándole la derrota del partido de Orbegoso. Pero ya Nieto no se dejó engañar, rechazó sus avances y entró en negociaciones con Santa Cruz, Presidente de Bolivia, para obtener socorros.

Tal era la situación, cuando el domingo de Pentecostés, 18 de mayo, dos compañías se separaron del partido de Bermúdez. En el instante menos esperado por la señora Gamarra, se vio a don Juan Lobatón, mayor del batallón Ayacucho apoderarse de la artillería con doscientos hombres y gritar en la plaza: ¡Viva Orbegoso!... ¡Viva Nieto!... ¡Viva la ley!... El pueblo aborrecía a estos soldados, creyó que era una estratagema de su parte y que actuaban así para tener ocasión de apoderarse de los hombres que se adhirieran a ellos y en su indignación se precipitó sobre los revoltosos. Hubo quince o veinte muertos en el altercado, entre ellos Lobatón, el autor del movimiento.

Cuando el pueblo vio los muertos, el desorden llegó al colmo. En su exasperación se dirigió a la casa ocupada por la señora Gamarra y la saqueó. Doña Pancha había visto venir la tempestad y había escapado del furor popular escondiéndose en una casa vecina. El pueblo, en su furia, mató indistintamente a los soldados y oficiales que habían hecho la revolución así como a los demás y para sustraer a los militares a la matanza, hubo necesidad de esconderlos. La casa de Gamio, que había ocupado San Román fue saqueada

y la de Angelita Tristán en donde vivió Quiroga, igualmente asaltada. Pero ya éste había huido.

En el primer momento, mi tío fue nombrado por aclamación comandante militar. Al día siguiente, todo quedó en orden. El pueblo se sometió a los consejos de los jefes que había escogido. Sus sufrimientos y su victoria habían reanimado su moral, a tal punto, que en cuanto circuló el rumor, verdadero o falso de que se acercaban los gamarristas, todos se apresuraron, incluso las gentes del campo a armarse y a salir a su encuentro.

Arismendi, Landaun y Rivero fueron con Lobatón, los autores de esta revuelta. Fueron ellos quienes se pusieron a la cabeza del pueblo y expulsaron a los gamarristas de Arequipa. Este acontecimiento desanimó a los diversos cuerpos partidarios de Bermúdez y todos, sucesivamente, reconocieron por presidente a Orbegoso. Nieto entró a Arequipa el 22 de mayo. Según la costumbre, gravó con una contribución excesiva a los desgraciados propietarios de la ciudad. Al obispo se le impuso 100,000 pesos... y a los demás en la debida proporción. Pero don Pío que formaba parte del gobierno supremo, se vio esta vez exento de toda contribución. Gamarra, se refugió en Bolivia. Su esposa, sobre quien se dirigía principalmente el odio popular, se mantuvo siempre escondida. Sólo por influencia de mi tío logró poder retirarse desterrada a Chile y aun así se encontró en el caso de salir de noche, para librarse de la venganza del pueblo que reclamaba su muerte.

Escudero así como la señora Gamarra me rogaron ir a verlos a bordo del navío inglés del que no tenían permiso de bajar. Me dirigí enseguida al Callao. Al subir a bordo me recibió Escudero. Me apretó la mano con cordialidad. Le correspondí esa prueba de afecto y le dije en francés:

—Querido Coronel, ¿cómo es que después de haberlo dejado hace dos meses vencedor y dueño de Arequipa, lo encuentro prisionero en este navío y arrojado de aquella ciudad?

—Señorita, es así como la suerte zarandea a los hombres que representan un papel en un país presa de las guerras civiles, en donde, sin conciencia pública, se lucha sólo por un jefe. Después de su partida, he pensado a menudo en usted. Usted tenía razón y comienzo a creer que podría hacer algo mejor que permanecer en América. Quizá, sin estos últimos acontecimientos de Arequipa, habría regresado con usted a Europa en este barco. Lo he pensado más de una vez, pero es otro de aquellos proyectos que la fatalidad de mi destino ha hecho desvanecer. Aquí estoy arraigado para siempre. La pobre presidenta se ve arrojada de todas partes, su causa está perdida sin remedio, su cobarde e imbécil marido ha ido a buscar refugio donde Santa Cruz y ciertamente va

a perder las pocas probabilidades de éxito que pudieran quedarle. No puedo abandonar a esta mujer. Con la ayuda de su tío, mi abnegación ha logrado sustraerla a las venganzas populares. Hemos huido de Arequipa de noche, como bandidos. Igualmente de noche, la hicimos embarcar, pues temíamos por su vida con el oído homicida que la persigue. Santa Cruz no quiso recibirla en su Estado y se la deporta a Chile. En cuanto a mí estoy completamente libre. Nieto me ha rogado quedarme con él y Santa Cruz me reclama en todas sus cartas. Pero, usted comprende Florita, que la señora Gamarra, en la desgracia, tiene derecho a mi abnegación. Mientras esta mujer esté prisionera, desterrada y repudiada por todos, debo seguirla a su prisión, a su destierro y ser todo para ella.

En aquel momento Escudero me pareció sublime. Le apreté la mano y le dije con una voz cuyo acento le hizo comprender mi pensamiento: —Pobre amigo, usted era digno de mejor suerte...

Iba a continuar, cuando la señora Gamarra apareció en el puente. ¡Ah, mi señorita Florita! ¡Qué contenta estoy de verla... ¡Estaba impaciente por conocerla! ¡Sabe, linda señorita que ha conquistado usted a nuestro querido Escudero? Me habla de usted sin cesar y la cita a todo momento. En cuanto a su tío ya no procede sino bajo su *inspiración*. ¡Ah! ¡Mala! Estuve muy molesta con usted, cuando supe que había abandonado Arequipa la antevíspera de mi llegada. ¡Qué! Usted había querido ver a San Román y su curiosidad no llegó hasta *la salvaje, la feroz, la terrible* doña Pancha! Pero me parece, querida Florita, que si el *Coco* de los arequipeños le parecía digno de figurar en su diario, el gran *Coco* del Perú, ¡no debía también tener un sitio en él!

Hablando así, me condujo al extremo de la toldilla, me hizo sentar junto a ella y despidió con la mano a los importunos que tenían deseos de seguirme. Prisionera, todavía doña Pancha, era presidenta. La espontaneidad de su gesto manifestaba la conciencia que tenía de su superioridad. Nadie permaneció en la cubierta, aunque corrido el toldo, era el único en donde se estaba protegido de un sol abrasador. Todo el mundo quedó abajo en el puente. Me examinaba con gran atención y yo la miraba con no menos interés. Todo en ella anunciaba a una mujer excepcional, tan extraordinaria por el poder de su voluntad como por el gran alcance de su inteligencia. Podía tener 34 ó 36 años, era de talla mediana y de constitución robusta, aunque muy delgada. Su rostro, según las reglas con que se pretende medir la belleza, no era ciertamente hermoso. Pero a juzgar por el efecto que producía sobre todo el mundo, sobrepasaba a la más bella. Como Napoleón, todo el imperio de su hermosura estaba en su mirada. ¡Cuánto orgullo! ¡Cuánto atrevimiento! ¡Cuánta penetración! ¡Con qué ascendiente irresistible imponía el respeto,

arrastraba las voluntades y cautivaba la admiración! El ser a quien Dios concede aquella mirada no necesita de la palabra para gobernar a sus semejantes. Posee un poder de persuasión que se soporta y no se discute. Su nariz era larga, con la punta ligeramente arremangada. Su boca grande pero expresiva. Su cara larga. Las partes huesosas y los músculos fuertemente pronunciados. Su piel muy trigueña, pero llena de vida. Tenía una enorme cabeza coronada por largos y espesos cabellos que bajaban hasta la frente. Eran estos de un castaño oscuro, brillante y sedoso. Su voz tenía un sonido sordo e imperativo. Hablaba de una manera brusca y seca. Sus movimientos eran graciosos, pero traicionaba constantemente la preocupación de su pensamiento. Su vestido fresco y elegante, de los más esmerados, formaba un extraño contraste con la dureza de su voz, con la austera dignidad de su mirada y la gravedad de su persona. Llevaba un traje de gros de India, color ave del paraíso, bordado de seda blanca; ricas medias de seda rosa y zapatos de raso blanco. Un gran chal de crespón de China punzó, bordado de blanco, el más lindo que he visto en Lima, caía negligentemente sobre sus hombros. Tenía sortijas en todos los dedos, zarcillos de diamantes, un collar de perlas finas de una gran belleza y debajo pendía un pequeño escapulario sucio y muy usado. Al ver la sorpresa que sentía al examinarla, me dijo con su tono brusco:

—Estoy segura querida Florita, que usted cuyo modo de vestir es tan sencillo, me encuentra muy ridícula con mi grotesca indumentaria. Pero creo que habiéndome ya juzgado, debe usted comprender que estos vestidos no son los míos. Usted ve allí a mi hermana, tan gentil. La pobre niña no sabe sino llorar. Es ella, quien esta mañana, los ha traído y me ha suplicado que me los ponga para darle gusto a ella, a mi madre y a los demás. Esas buenas gentes se imaginan que mi fortuna podría rehacerse, si yo consiento en usar vestidos llegados de Europa. Cediendo a sus instancias, me he puesto este traje en el cual me siento molesta, esas medias que son frías para mis piernas, ese gran chal que temo quemar o ensuciar con la ceniza de mi cigarro. Me gustan los vestidos cómodos para montar a caballo, soportar las fatigas de una campaña y visitar los campamentos, los cuarteles y las naves peruanas. Son los únicos que me convienen. Desde hace mucho tiempo recorro el Perú en todas direcciones, vestida con un largo pantalón de tosco paño fabricado en el Cuzco, mi ciudad natal, con una amplia chaqueta del mismo paño, bordada de oro y con botas con espuelas de oro. Me gusta el oro. Es el mejor adorno de un peruano, es el metal precioso al que mi país debe su reputación. Tengo también una gran capa un poco pesada, pero muy abrigadora. Fue de mi padre y me ha sido útil en medio de las nieves de nuestras montañas. Usted admira mis cabellos, agregó esta mujer de mirada de águila. Querida Florita, en mi carrera, mi audacia y mi fuerza muscular han sido a menudo menores que mi

valor, y mi posición se ha visto algunas veces comprometida. He debido, para suplir la debilidad de nuestro sexo conservar sus atractivos y servirme de ellos para armar, según las necesidades, el brazo de los hombres.

—De modo que, exclamé involuntariamente, esta alma fuerte, esta alta inteligencia, ha debido para dominar, ceder ante la fuerza bruta.

—Niña, me dijo la ex-presidenta apretándome la mano hasta magullarla, con una expresión que no olvidaré jamás, niña, sábelo bien: es por no haber podido someter mi indomable orgullo a la fuerza bruta, que me veo prisionera aquí, arrojada y desterrada por los mismos a quienes, durante tres años, yo goberné...

En aquel momento, comprendí su pensamiento. Mi alma tomó posesión de la suya. Me sentí más fuerte que ella, la dominé con la mirada... Se dio cuenta de esto, se puso pálida, sus labios perdieron el color. Con un movimiento brusco, echó su cigarrillo al mar y apretó los dientes. Su expresión hubiera hecho estremecer al más atrevido. Pero estaba bajo mi dominio y yo leía todo cuanto pasaba en ella. A mi vez, le tomé la mano que tenía fría y bañada en sudor y le dije con tono grave:

—Doña Pancha, los jesuitas han dicho: Quien quiere el fin, quiere los medios y los jesuitas han dominado a los poderosos de la tierra...

Me miró largo rato sin contestar nada. También ella trataba de penetrar mis pensamientos. Rompió ese silencio con el acento de la desesperación y de la ironía.

—¡Ah, Florita! Su orgullo le engaña. ¡Usted se cree más fuerte que yo! ¡Insensata! Usted ignora las luchas incesantes que he sostenido durante ocho años! Las humillaciones ¡oh! Las sangrientas humillaciones que he debido soportar... He rogado, adulado, mentido. He empleado todo. No he retrocedido ante nada ... y sin embargo, no ha sido suficiente... Creí haber vencido, llegado por fin al término en que iba a recoger el fruto de ocho años de tormentos, de trabajos y de sacrificios, cuando por un golpe infernal, me veo arrojada, perdida. ¡Perdida, Florita! ...No regresaré jamás al Perú... ¡Ah! ¡Gloria! ¡Cuán caro cuestas! ¡Qué locura sacrificar la felicidad de la existencia y la vida íntegra para obtenerte! No es sino un relámpago, humo, una nube, una decepción fantástica. Es nada... Y sin embargo, Florita, el día en que haya perdido toda esperanza de vivir envuelta por esa nube, por ese humo, ese día, ya no habrá sol para alumbrarme, ni aire para mi pecho, y moriré.

La expresión sombría de doña Pancha estaba de acuerdo con el acento profético de estas últimas palabras. Sus ojos se hundían en la órbita como

suspendidos en un globo de lágrimas. Contemplaba el cielo azul y sereno encima de nuestras cabezas y entregada a su celeste visión, no parecía ser ya de este mundo. Me incliné ante esta alma superior, que había sufrido todos los tormentos reservados a los seres de su naturaleza a su paso por la tierra. Iba a continuar la conversación, pero se levantó bruscamente. En dos saltos estuvo abajo en la toldilla, llamó a su hermana y a dos señoras y les dijo: «Vengan, me siento mal».

Escudero se acercó a mí y me dijo:

—Perdón, señorita, temo que doña Pancha sufra uno de sus ataques<sup>28</sup>, y en este momento sólo yo puedo cuidarla.

—Coronel, me voy, Regresaré mañana. Vaya pronto donde esa pobre mujer. Tiene mucha necesidad de sus servicios y de su afecto.

—No tema nada, Florita, iré hasta el fin.

—Rogué a mi futuro Capitán hacerme conducir en su bote a la fragata la *Samarang* en donde Mr. Smith, Mme. Denuelle y muchas otras personas me esperaban. Conocía mucho al comandante de la *Samarang*, pues, desde su llegada lo había encontrado en casa de Mme. Denuelle, donde estaba alojado y comió todos los días conmigo. Ese Comandante, presentaba en todo, la inversa del comandante del *Challenger*. Era feo, tanto como el otro buenmozo, tan alegre como triste era el otro, tan extravagante y negligente en su vestido, como el otro sencillo y cuidadoso. El mismo contraste se ofrecía entre los oficiales de su barco y los del *Challenger*. Los criados copian a sus amos. Los oficiales de un barco de guerra reflejan también a su comandante. Los señores de la *Samarang* dividían el día en tres partes que empleaban así: toda la mañana montaban a caballo, vestidos de bandidos mexicanos; enseguida iban a pasearse con las mujeres perdidas; por fin se sentaban a la mesa y pasaban el resto del tiempo bebiendo grogs y durmiendo la mona. Aparte de esta conducta cuyo resultado sólo perjudicaba a su salud y su bolsillo, eran hombres suaves, amables y cómodos para convivir. El Comandante se distinguía sobre todo por sus maneras de hombre muy correcto, que había

---

28 La señora Gamarra, sufría de epilepsia. Los ataques que le daban la ponían en un estado espantoso. Sus facciones se descomponían, sus miembros se contraían, sus ojos quedaban fijos, desmesuradamente abiertos. Sentía de antemano el momento en que iba a caer. Si se hallaba en algún lugar público, se retiraba. Cuando le sobrevenía el acceso se le erizaban los cabellos. Ponía ambas manos en cruz sobre su cerebro y lanzaba tres gritos. Escudero me ha dicho haber presenciado hasta nueve ataques en un día. Si hubiera vivido en otros tiempos, habría podido como Mohamet servirse de su enfermedad para sus proyectos de ambición y dar a sus palabras la autoridad de la revelación. (Nota de la autora).

conservado a pesar de su vida de libertinaje. Su fealdad era agradable, como lo es casi siempre la de las personas picadas de viruela. Yo le había prometido visitar su fragata, el día que fuera a ver mi navío.

Confieso que esperaba encontrar a bordo el mismo descuido de su Comandante y de sus oficiales. ¡Cual fue mi sorpresa, a poner el pie en el puente, ver reinar el orden y la limpieza hasta en los menores detalles! Nunca había visto algo semejante. Los dos entrepuentes, las camas, los modales de los soldados y de los oficiales de servicio, eran admirables de convivencia y regularidad. Como contemplaba todo con aire de admiración, el Comandante me dijo sonriendo:

—Estoy seguro señorita, que usted se figuraba, al venir aquí, encontrar la confusión que usted veía en mi cuarto cuando pasaba delante de él.

—No precisamente Comandante. Pero le confieso con franqueza que no esperaba encontrar a bordo un orden tan perfecto.

—Permítame decirle señorita, que estoy sorprendido de que una persona tan sensata como parece serlo usted en todas las ocasiones, se haya apresurado a formular un juicio sobre algo que no conocía. En tierra, desligado de mis deberes, soy libre de entregarme a mis inclinaciones. Mi conducta puede ser reprobada por las personas que emplean menos franqueza en sus actos, aunque no creo que la mía hiera algún interés de la sociedad, A bordo, soy el Comandante de mi fragata, conozco el alcance y la importancia de las obligaciones confiadas a mí. Desde hace quince años tengo el honor de servir a mi país y puedo decir que jamás he omitido cumplir puntualmente los deberes que me están encargados. Ninguno de estos mismos oficiales a quienes me ve usted tratar en la mesa con tanta familiaridad y camaradería, encontraría gracia ante mi severidad, por el más ligero olvido de los deberes que les están impuestos.

Este hombre que, en su conducta en tierra, manifestaba un desdén soberbio por la opinión, era a bordo, uno de los mejores oficiales de la marina inglesa y uno de los más rigurosos observantes de la disciplina. Había orgullo y originalidad en esta manera de ser. Pero ciertamente, había también, un gran dominio de sí. El Comandante así como los demás oficiales eran a bordo de una excesiva sobriedad y llevaban una vida muy laboriosa. No se permitía ninguna distracción. Los retratos de mujeres que tenían en sus camarotes (habían seis en la del Comandante) eran los únicos recuerdos que parecían conservar de su existencia en tierra. Durante todo el tiempo que permanecí en el barco, observé a estos oficiales de exterior grave, de aire marcial y cuya expresión contrastaba de manera extraña con la que les había visto en casa de Mme. Denuelle. El Comandante me había recibido con una fría cortesía y

la etiqueta reguló todas sus demostraciones mientras estuvimos a bordo. Nos retiramos todos muy admirados del cambio de tono y de maneras que habíamos observado en los oficiales de la Samarang y fue, hasta nuestra llegada a Lima el objeto de nuestra charla.

La impresión que me había dejado mi conversación con la señora Gamarra, me agitaba de tal manera que no pude dormir por la noche. ¡Qué multitud de pensamientos asaltaron mi espíritu! Por un poder de fascinación yo había leído en el alma de esta mujer, envidiada durante tanto tiempo y cuya vida en apariencia tan brillante había sido, sin embargo, tan miserable. No pude sin temblar, pensar en que durante un tiempo había formado el proyecto de ocupar la posición de la señora Gamarra. ¡Qué! Me decía. ¿Eran esos los tormentos que me estaban reservados si hubiese tenido éxito en la empresa que meditaba? ¡Hubiese sido también presa de los dolores, de las humillaciones y de las ansiedades! ¡Ah! ¡Cuánto más nobles y preferibles me parecían mi pobreza y mi vida oscura con libertad! Experimentaba un sentimiento de rubor por haber creído un instante en la felicidad de la carrera de la ambición y en la existencia de una compensación, en el mundo, a la pérdida de la independencia.

Regresé al Callao. La señora Gamarra había dejado el William Rusthon y se hallaba a bordo de otro barco inglés, la *Jeune Henriette* que zarpaba el mismo día para Valparaíso. Cuando llegué, encontré a Escudero pálido, con el aire abatido. ¿Qué tiene usted mi pobre amigo?, le dije. Parece enfermo.

—Lo estoy en efecto. He pasado una noche muy mala. Doña Pancha ha tenido tres ataques horribles... No sé de qué tema ha podido usted conversar. Pero desde que usted se fue ha estado en una agitación constante.

—Era la primera vez que veía a doña Pancha y es posible que, a pesar mío, mis palabras en vez de calmar su dolor, hayan aumentado su amargura. Si es esto, lo deploro muy de veras.

—Es posible que a pesar suyo, como dice, la haya herido en su orgullo cuya susceptibilidad es extrema.

Hacía cerca de un cuarto de hora que conversaba con Escudero, cuando lo llamaron. Se precipitó a la cabina y quedé sola. Repasé en mi memoria las palabras de mi conversación de la víspera, las sometí a examen, para descubrir las que hubiesen podido herir a doña Pancha. Mas el dolor del poder perdido y sus lados vulnerables, no pueden ser comprendidos por completo sino por aquellos que lo han poseído y sentido su embriaguez. Mi búsqueda fue vana.



Sentía haberme dejado llevar por mi franqueza y no haber sido más reservada con un dolor que salía fuera de la línea de las aflicciones humanas.

Escudero interrumpió mis reflexiones. Me tocó ligeramente el hombro y me dijo con un acento que me hizo sufrir:

—Florita, la pobre Pancha, acaba de tener un ataque de los más violentos. Creí que iba a expirar entre mis brazos. Ahora ha vuelto en sí y quiere verla. Le suplico tener cuidado en lo que va a decir. Una sola palabra que hiera su susceptibilidad bastará para provocarle un nuevo acceso.

Al bajar al camarote mi corazón latía con violencia... Entré a la cámara del Capitán que era grande y muy hermosa y encontré allí a doña Pancha a medio vestir, extendida sobre un colchón que habían puesto sobre el suelo. Me tendió la mano y me senté a su lado.

—No ignora usted sin duda —me dijo—, que soy víctima de un mal terrible y...

—Lo sé —interrumpí—. Pero la medicina ¿es importante para curarla o no tiene usted confianza en los socorros que le ofrece?

—He consultado a todos los médicos y hecho exactamente cuanto me han prescrito. Sus indicaciones no han tenido éxito. El mal aumenta mientras más avanzo en edad. Esta enfermedad me ha perjudicado en todo lo que he querido emprender. Cualquier emoción fuerte me causa enseguida un ataque. Usted puede juzgar por allí cuántos obstáculos ha debido oponer a mi carrera. Nuestros soldados son tan poco expertos y nuestros oficiales tan cobardes, que me resolví a dirigir yo misma todos los asuntos importantes. Desde hace diez años y mucho tiempo antes de tener la esperanza de hacer nombrar presidente a mi marido, asistía a todos los combates a fin de acostumbrarme al fuego. A menudo, en lo más fuerte de la acción, la ira que sentía al ver la inercia y la cobardía de los hombres a quienes mandaba, me hacía arrojar espuma de rabia y entonces comenzaban mis ataques. No tenía sino el tiempo de echar pie a tierra. Muchas veces los caballos me han pisoteado y mis servidores me han llevado como muerta. ¡Pues, bien Florita! ¡Creerá usted que mis enemigos se han servido contra mí de esta cruel enfermedad a fin de desacreditarme en el espíritu del ejército! Decían por todas partes, que era el miedo al ruido del cañón, el olor de la pólvora lo que me atacaba los nervios y me desvanecía como una marquesita de salón. Le confieso, son estas calumnias las que me han endurecido. He querido hacerles ver que no tenía miedo ni de la sangre, ni de la muerte. Cada revés me hace más cruel y si... Se detuvo y elevando

los ojos al cielo, parecía conversar con un ser a quién sólo ella veía. Después me dijo:

—Sí, dejo mi país para no regresar jamás a él y antes de dos meses estaré con usted...

Algo que no era de la tierra podía únicamente darle la expresión que tenía su rostro al pronunciar estas palabras. La contemplé entonces. ¡Ah! ¡Qué cambiada la encontraba desde la víspera! ¡Sus mejillas se habían adelgazado, su tez estaba lívida, sus labios exangües, sus ojos hundidos y brillantes como relámpagos! ¡Qué frías tenía las manos! La vida parecía abandonarla. No me atrevía a decirle una palabra, pues temía hacerle daño nuevamente. Mi cabeza estaba inclinada sobre su brazo y una lágrima cayó sobre él. Esta lágrima, causado sobre esta desgraciada, el efecto de una chispa eléctrica. Salió de su visión, se volvió hacia mí de manera brusca, me miró con sus ojos resplandecientes y me dijo con una voz sorda y sepulcral:

—¿Por qué llora? ¿Mi suerte le inspira lástima? ¿Me cree usted desterrada para siempre, perdida, muerta en fin? ...

No pude hallar una palabra para responderle. Como me había empujado rudamente de su lado, me encontré de rodillas delante de ella. Crucé las manos con un movimiento maquinal y continué llorando mientras la miraba. Hubo un largo momento de silencio. Pareció calmarse y dijo, con voz desgarradora:

—¿Lloras, tú? ¡Ah! ¡Bendito sea Dios! ¡Tú eres joven, hay todavía vida en ti, llora por mí que ya no tengo lágrimas... por mí que ya no soy nada... por mí que estoy muerta! ...

Al terminar estas palabras, cayó sobre su almohada, puso las manos en cruz sobre su cabeza y lanzó tres débiles gritos. Acudió su hermana, vino Escudero. Todos se apresuraron a prodigarle los cuidados más afectuosos. Y yo de pie, cerca de la puerta, contemplaba a esta mujer. No hacía ningún movimiento, no respiraba ya, tenía los ojos brillantes y desmesuradamente abiertos.

El Capitán me arrancó de este triste espectáculo, anunciándome que los visitantes debían pensar en retirarse, porque se levaba anclas. Mr. Smith, vino a recogerme, escribí con lápiz dos palabras de adiós a Escudero y me fui.

Cuando subíamos al coche, vimos a la *Jeune Henriette* alejarse de la rada. Distinguí en la cubierta a una mujer envuelta en una capa oscura y con los cabellos desgreñados. Extendía los brazos hacia una chalupa y agitaba un pañuelo blanco. Esa mujer era la ex presidenta del Perú que dirigía su último adiós a su hermana y a los amigos a quienes no debía volver a ver.

Regresé a mi cuarto enferma. Esta mujer estaba siempre presente a mi vista. Su valor y su constancia heroica en medio de los sufrimientos sin número que la infortunada, había tenido que soportar, me la hacían aparecer sobrenatural. Sentía una angustia indecible al ver a esta criatura de elección, víctima de esas mismas cualidades que la distinguían de sus semejantes. Obligada por los temores de un pueblo pusilánime, a dejar su país, abandonar a sus parientes y amigos e ir, presa de la más horrible enfermedad, a terminar su penosa existencia en el destierro. Una señora nacida en el Cuzco, amiga de infancia de doña Pancha, me ha referido sobre esta mujer extraordinaria, particularidades que creo deben interesar al lector.

Doña Pancha era hija de un militar español que se había casado con una señorita muy rica del Cuzco. Desde su infancia se hacía notar entre sus compañeras, por su carácter orgulloso, audaz y sombrío. Era muy piadosa y desde la edad de doce años quiso entrar a un convento con intención de hacerse religiosa. La debilidad de su salud no le permitió cumplir su deseo. A la edad de diecisiete años sus padres la obligaron a regresar a la casa paterna para recibir los cuidados que reclamaba su enfermedad. La casa de su padre era frecuentada por muchos oficiales. Muchos la pidieron en matrimonio, pero ella declaró que no quería casarse, resuelta como estaba a regresar a su convento en cuanto pudiera... El padre, con la esperanza de curarla, la hizo viajar, la trajo a Lima, la presentó en sociedad y le procuró todas las distracciones posibles. Sin embargo, estaba siempre triste y parecía poco sensible a los placeres de su edad. Empleó dos años en viajar y regresó al Cuzco. Poco después de su regreso, renunció a la idea de hacerse religiosa y escogió por marido a un pequeño oficial feo, necio y el más insignificante de todos aquellos que la habían solicitado. Se casó con el señor Gamarra cuando era simple Capitán. Aunque de salud débil y casi siempre encinta, siguió a su marido a todos los lugares a donde la guerra lo llamaba. Y esas continuas fatigas robustecieron de tal modo su constitución que, adquirió una gran fortaleza y fue capaz de hacer largos viajes a caballo. Por mucho tiempo logró ocultar la cruel enfermedad que la atormentaba y que progresaba cada día más. Y sólo cuando fue presidenta y su vida se convirtió en objeto de toda clase de averiguaciones, el público la supo por intermedio de sus amigos. Sus solicitudes y sus intrigas habían hecho ascender a su marido a la presidencia y una vez obtenida ésta, ella se apoderó del manejo de los negocios, se unió íntimamente con Escudero y se sirvió con habilidad de aquellos a quienes juzgó capaces de secundarla. Cuando llegó al poder, después del general La Mar, la República se hallaba en el estado más deplorable. Las guerras civiles destrozaban al país en todo sentido. No había un peso en el Tesoro.

Los soldados se vendían a quienes les ofrecían más. En una palabra, era la anarquía con todos sus horrores. Esa mujer educada en un convento, sin instrucción, pero dotada de un sentido recto y de una fuerza de voluntad poco común, supo gobernar tan bien este pueblo hasta entonces ingobernable, aún para el mismo Bolívar, que en menos de un año, el orden y la tranquilidad reaparecieron. Las facciones se habían apaciguado. El comercio florecía. El ejército había devuelto su confianza a sus jefes y si no reinaba aún la tranquilidad en todo el Perú, al menos gozaba de ella la mayor parte del país.

Las virtudes heroicas de doña Pancha la hicieron querer y admirar al principio de su reinado. Pero tenía defectos que debían restringir su duración. Por brillantes que sean las cualidades que Dios nos ha concedido, son apropiadas a sus fines y no a los del hombre... Todos somos perfectos para el orden de la Providencia, pero ninguno de nosotros lo es con relación a un orden social. Doña Pancha parecía, por su carácter, estar llamada a continuar por largo tiempo la obra de Bolívar. Lo habría hecho si su calidad de mujer no hubiese sido un obstáculo. Era hermosa, muy graciosa cuando quería y poseía todo cuanto inspiraba el amor y las grandes pasiones. Sus enemigos propalaron contra ella las calumnias más atroces y encontrando más fácil criticar sus costumbres que sus actos políticos, le atribuyeron vicios, a fin de consolarse de su superioridad. La ambición ocupaba demasiado sitio en el corazón de doña Pancha para que el amor tuviera un gran imperio sobre ella. Este no fue tampoco el objetivo de sus pensamientos. Muchos de los oficiales que la rodeaban se enamoraron de ella. Otros fingieron estarlo, creyendo encontrar con esto un medio de progresar. Doña Pancha rechazó a todos sus pretendientes, no con esa indulgencia de la mujer hacia el amor que no comparte, sino con la ira y el desprecio del orgullo ofendido.

—¿Qué necesidad tengo de su amor? Les decía con su tono brusco y cortante. Son sus brazos, sólo sus brazos los que necesito. Lleven sus suspiros, sus palabras sentimentales y sus romanzas a las jóvenes. Yo no soy sensible sino a los suspiros del cañón, a las palabras del Congreso y a las aclamaciones del pueblo cuando paso por las calles.

El corazón de los que la amaban con sinceridad quedaba profundamente herido con la rudeza de semejante lenguaje y el orgullo de los ambiciosos que aspiraban a arrastrarse en pos de ella no se sentía menos humillado. Pero no se detenía en esto. Les tomaba odio, les retiraba su confianza y aprovechaba todas las ocasiones para burlarse de ellos, hasta en público, en la forma más ofensiva. Se comprende que esta conducta debía hacerle perder no sólo las ventajas de su sexo, sino también suscitarle enemigos implacables que debieron

ser numerosos. Los hombres al proponerse conseguir un éxito, creen siempre poseer las cualidades de que carecían los que fracasaron.

Cada uno de ellos meditaba perpetuamente contra ella proyectos de venganza. Muchos dijeron en alta voz que habían sido sus amantes y que sólo les había retirado sus favores porque ellos habían cesado de amarla. Esas calumnias irritaban a la orgullosa e indomable presidenta y muchas veces la volvieron cruel. Las acciones que esto la indujo a cometer demuestra hasta qué punto la dominaba la ira y con qué violencia sentía esos ultrajes. Un día fue al Callao a visitar las prisiones militares que están en uno de los castillos. A su llegada toda la guarnición presentó las armas para recibirla. Hizo su visita de inspección y al pasar delante de uno de los batallones, distinguió a un Coronel que lo habían señalado como a uno de los que se habían jactado de haber sido su amante. Enseguida se lanzó sobre él, le arrancó las charreteras, le cruzó el rostro a latigazos y le dio tan rudo empujón que fue a caer entre las patas de su caballo. Todos los asistentes quedaron petrificados: «Es así, exclamó ella con voz retumbante, como corregiré yo misma a los insolentes que se atrevan a calumniar a la presidenta de la República». Otra vez invitó a comer a cuatro oficiales, se mostró amable durante toda la comida y en el postre interpelló a uno de ellos en esta forma: «¿Es verdad Capitán, que usted ha dicho a estos tres señores que estaba usted cansado de ser mi amante?». El desgraciado palidece, balbucea y mira a sus camaradas con terror.

Estos inmóviles, guardan silencio. «Pues bien —continúa—¿mi pregunta le hace perder el uso de la palabra? Responda... Si es verdad que usted ha sostenido este propósito voy a hacerlo azotar con sus camaradas. Si por el contrario ellos lo han calumniado, son unos cobardes y nosotros dos los castigaremos». Era demasiado cierto que el inconsiderado joven había sostenido aquel propósito. Hizo cerrar las puertas, llamó a cuatro negros, les ordenó dejar al oficial en camisa y exigió que los otros tres oficiales presentes fustigarán a su camarada con unas varas.

Esa conducta no estaba en armonía con las costumbres del país que gobernaba y debía necesariamente levantar a todo el mundo en contra de ella. En efecto, en una sociedad en la que existe la más grande libertad entre ambos sexos, no se cree en la virtud, en el sentido que se ha convenido dar a esta palabra al hablar de las mujeres. Los peruanos se sintieron insultados por la manera de proceder de la orgullosa presidenta. Tampoco era por hacer creer en una virtud que no apreciaba más que las demás mujeres del Perú, que doña Pancha procedía de esta suerte. No se hubiere ofendido, en la vida privada, de los homenajes dirigidos a sus encantos y como todas las limeñas, hubiera sido indiferente al número de amantes que le hubiesen atribuido.

Pero embriagada de poder y haciéndose ilusión sobre su duración, el orgullo de los Reyes había pasado a su corazón. Se creyó de una esencia superior y antes de haber consolidado su dominio, tuvo la susceptibilidad de una mujer nacida sobre el trono y fue igualmente imperiosa.

Doña Pancha no guardaba mayor deferencia por el Congreso, que Napoleón por su Senado conservador. Enviaba a menudo notas escritas de su mano, sin siquiera hacerlas firmar por su marido. Los ministros trabajaban con ella, le sometían los actos del Congreso y los de su administración. Ella misma leía todo, tachaba los pasajes que no le convenían y los reemplazaba por otros. Su gobierno en fin, fue absoluto en medio de una organización republicana. Esa mujer había prestado grandes servicios. Su amor por el bien público inspiraba confianza y hubiera podido establecer un orden de cosas estable, hacer prosperar al Perú y ser una gran reina si, antes de haber asumido la suprema autoridad, hubiese empleado sus recursos en asegurarse para siempre el poder. Era en extremo laboriosa, de una actividad infatigable y no confiando en nadie, quería ver todo por sí misma. Sabía muy bien escoger su gente, no mostraba menor discernimiento en la repartición del trabajo por hacer o de las misiones que cumplir. Económica en sus gastos personales, era generosa con aquellos que correspondían a su confianza. Trataba bien a sus servidores y todos ellos le eran adictos. Esta mujer guerrera era excelente amazona, domaba los corceles más fogosos y hablaba en público con tanta dignidad como precisión. Con todas las virtudes necesarias para el ejercicio del poder, en la situación en que se encontraba el Perú, le costó sin embargo trabajo a la señora Gamarra, llegar al final de su tercer año (las funciones de presidente están confiadas por tres años). Su despotismo había sido tan duro, su yugo tan pesado, había herido a tantos en su amor propio, que una imponente oposición se levantó contra ella. Cuando vio que le sería imposible lograr la reelección de su marido, recurrió a una medida de astucia. El señor Gamarra fue al Senado a declarar que no aceptaría la presidencia porque su salud no le permitía ya ocuparse de los asuntos públicos. La señora Gamarra hizo nombrar para la presidencia a una de sus criaturas, a un esclavo sometido a su voluntad. Ella y su marido ejercieron toda su influencia y la de sus amigos para favorecer a Bermúdez. Pero con todo, Orbegoso venció, como se ha visto.

Para terminar con la historia de doña Pancha, diré que a su llegada a Valparaíso, alquiló una hermosa casa amoblada, en la cual se estableció con Escudero y sus numerosos servidores. Pero ninguna señora de la ciudad fue a visitarla. Los extranjeros que habían tenido motivos de queja contra ella vociferaron en contra suya. Apenas dos o tres oficiales, entre sus antiguos compañeros de armas tuvieron la cortesía de ir a ver. Esta mujer, orgullosa

y altiva, debió sufrir cruelmente por este abandono universal, por este aislamiento en que la encerraban los odios. Condenada a la inmovilidad, era, con la actividad de su alma, como ser sepultada viva en una tumba. Como no recibí carta de Escudero después de mi salida de Lima, no puedo precisar cuáles fueron sus sufrimientos. Pero siete semanas después de su partida del Callao, murió. Transcribo aquí lo que Althaus me escribió al respecto:

*«La esposa de Gamarra ha muerto en Chile, seis semanas después de su llegada. Se dice que de un mal interior, pero yo creo que es de rabia por no ser ya general en jefe. La pobre mujer ha acabado muy tristemente. Su único compañero fue Escudero, quien ha regresado al Perú a reunirse con Gamarra y hacer de las suyas».*

El día siguiente de mi visita a la señora Gamarra, me sentí enferma. Era la primera vez que esto me ocurría desde que estaba en Lima. Pasé un día muy triste en mi lecho. Mme. Denuelle vino a pasar la tarde conmigo:

—¿Cómo se siente, señorita?

—Lo mismo, estoy triste y quisiera que alguien me hiciera llorar.

—Vengo, por el contrario a hacerla reír. Estoy segura de que son sus visitas al Callao las que le han hecho daño. Esa doña Pancha, con sus ataques de epilepsia, le ha enfermado los nervios. Dicen que ayer se desvanecía cada cuarto de hora. ¡Gracias a Dios, ya estamos libres de ella! ¡Oh! ¡Qué mala mujer!

—¿Cómo puede usted juzgarla así?

—Por Dios, no es muy difícil. Un marimacho más audaz que un dragón de guardia, que abofeteaba a los oficiales, como podría yo hacerlo con mi negrito.

—¡Y por qué esos oficiales eran tan viles como para soportarlo!

—Porque ella era el amo y distribuía los grados, los empleos y los favores.

—Señora Denuelle, un militar que soporta los bofetones merece recibirlos. Doña Pancha conocía muy bien a los hombres a quienes gobernaba y si no tuviera más culpa que la de corregir a los asalariados del gobierno que faltaban a sus deberes, ustedes la tendrían todavía de presidenta.

Mme. Denuelle tuvo el talento de cambiar el curso de mis pensamientos y cuando salió me sentía casi alegre.

Por fin llegó el momento de mi partida. Esperaba ese día con una viva impaciencia. Mi curiosidad estaba satisfecha y la vida tan materialista de Lima me fatigaba con exceso.

La última semana, no tuve una hora para mí. Hube de hacer visitas de despedida a todos mis conocidos, recibir las de ellos, escribir numerosas cartas a Arequipa, ocuparme en vender las bagatelas que quería deshacerme. Cumplí con todo y el 15 de julio de 1834, dejé Lima a las nueve de la mañana para dirigirme al Callao. Iba acompañada por uno de mis primos. Mr. De Rivero. Comimos donde el agente de Mr. Smith. Después del almuerzo hice trasladar mi equipaje a bordo del *William Rusthon* y me instalé en la cabina que había ocupado la señora Gamarra. Al día siguiente recibí muchas visitas de Lima. Eran los últimos adioses. Como a las cinco se levó anclas. Todo el mundo se retiró. Me quedé sola, completamente sola, entre dos inmensidades: el agua y el cielo.



# EL ESTUDIO EJEMPLAR

## EN EL NOMBRE DEL PADRE DE PEREGRINACIONES DE UNA PARIA

Cristina Guiñazú

*Hacia mediados del siglo XIX, el relato de viaje, constituido en género literario, es reconocido como instrumento didáctico y de entretenimiento. A lo largo del siglo, dentro de la gran proliferación de textos existentes, es posible examinar numerosas variantes, según los intereses del autor: misionera, naturalista y la del simple viajero curioso de novedades. Rasgo común a todos los textos es la autoridad del yo narrador sobre la cual invariablemente se apoya la narración. Sin embargo, en el caso de muchos textos escritos por mujeres, el prestigio de las autoras necesita reafirmarse dentro del texto con explicaciones destinadas a probar la legitimidad de sus voces. En la mayoría de estos casos el motivo de los viajes se debe más a razones personales y familiares que a deberes intelectuales y las autoras se sienten obligadas a justificar la tarea escritural que acometen.*

*Aunque muchas viajeras no provienen de metrópolis con intereses imperialistas, sus afirmaciones denotan cambios y alternancias de voz en relación con su autoridad dentro del texto. En **Las peregrinaciones de una paria** (1838) de Flora Tristán la búsqueda de la legitimidad por parte de la autora juega un rol preponderante en el relato y sigue una dinámica sumamente compleja. Dada la importancia de las circunstancias biográficas de Tristán, creo útil recordar algunos datos que tienen relevancia en relación con el texto estudiado. Flora Tristán nace en París en 1803, hija de Anne-Pierre Laisnay y de Mariano de Tristán, miembro de una familia peruana de gran alcurnia y coronel al servicio del rey de España. El matrimonio, celebrado en una ceremonia religiosa privada, sin ninguna documentación civil, no tiene validez legal. Por esa razón, cuando Mariano Tristán muere en 1807, la familia queda totalmente desprotegida y pasa grandes necesidades económicas. En 1821, Flora es obligada por su madre a contraer matrimonio con el pintor y litógrafo André-François Chazal. La pareja tiene una relación difícil y las violencias del marido obligan a Flora a una primera mudanza a la casa de su madre. A lo largo de su vida, siempre por temor a Chazal, tendrá que cambiar de residencia en numerosas ocasiones. En 1828, Flora logra la separación de bienes y en 1832,*

el marido acepta la separación de cuerpos. A cambio de ese arreglo, Flora cede la tenencia de su hijo Ernest al marido mientras que la hija menor queda bajo su tutela. En 1829 Flora le escribe por primera vez a su tío, Pío Tristán que vive en el Perú. Invocando el nombre del padre —adjunta su certificado de nacimiento— le cuenta sus penurias en espera de compensación legal y económica. Se despide con estas palabras: “Espero de Ud. justicia y bondad. Confío en Ud. con la esperanza de un futuro mejor. Le pido su protección y le ruego amarme como tiene derecho a reclamar la hija de su hermano Mariano” (p. 110, en esta edición).

Las circunstancias biográficas mencionadas explican el motivo del viaje de Flora Tristán al Perú en 1833. Su objetivo es doble: reclamar el reconocimiento de la familia paterna y la herencia que le corresponde por su padre. Por temor al rechazo de la familia y al maltrato que podría recibir durante el viaje, deja a su hija en Francia, ocultando a todos que es madre y que vive separada del marido. Georges Van Den Abbeele señala que todo viaje supone un intercambio que resulta en ganancia o pérdida para el viajero. El capital arriesgado puede incluir artículos tan variados como la cultura, la salud y la sabiduría. En el caso de Tristán, sin embargo, las finalidades del texto han de diferenciarse de las necesidades del viaje. Las peregrinaciones cuentan el viaje al Perú pero sobre el itinerario geográfico se inscriben varios intereses. A la búsqueda personal del origen y de la identidad propios se añade el ajuste de cuentas que, ante el fracaso en lograr el apoyo familiar, Tristán torna en beneficio propio y en contra de su familia peruana, sobre todo de su tío. Además, muy importantemente, selecciona episodios y escenas en torno de los cuales traza la evolución de su pensamiento.

Los tres textos que preceden el relato de viaje: la dedicatoria, el prefacio y el prólogo responden a un cuidadoso montaje de autopresentación y justificación por parte de la autora. Escritos después de terminado el relato, presentan la imagen pública que Tristán quiere para sí. Surge aquí la figura de la autora experimentada que escribe con conocimiento de causa y que difiere de la imagen de la viajera presentada en el transcurso del relato.

Tristán escribe en francés y publica su libro en Francia; lo dedica sin embargo “A los peruanos” y firma la dedicatoria: “Vuestra amiga y compatriota”. De ese modo, se autorrepresenta en un espacio cultural intermedio en el que une su ciudadanía francesa, real con una ciudadanía peruana, imaginaria. No hay duda que quiere afirmar el privilegio y el prestigio de ser una mujer de mundo, conocedora de los dos continentes. Mary Louise Pratt en su estudio del relato de viaje distingue, al referirse a Hispanoamérica, dos variedades narrativas: la etnográfica y la autoetnográfica. La primera corresponde a los textos que, escritos por europeos para lectores europeos, describen lo diferente y exótico desde una perspectiva de superioridad destinada a una posible dominación. La segunda, caracteriza al texto que responde al anterior;

*escrito por autores provenientes de sociedades colonizadas interpreta la cultura autóctona para el público de la metrópolis. Tristán se adjudica una postura ambigua que pretende abarcar ambas variedades narrativas: en tanto europea, observa y critica desde una postura en que formación y experiencia juegan en favor de su autoridad; pero, en tanto paria y mujer que desea convertirse en criolla, queda fuera de las esferas de poder. Las circunstancias señaladas hacen que conceptos tales como civilización, marginalidad y desplazamiento tejan un subtexto muy relevante. Como se verá, la voz autorial cambia de posturas. A principios del relato la narradora reconoce las limitaciones que padece, debidas a la inexperiencia:*

En esa época, yo era muy exclusiva, mi país ocupaba más mi pensamiento que todo el resto del mundo: a partir de las opiniones y los usos de mi patria juzgaba las opiniones y los usos de otros países. El nombre de Francia y todo lo que se le relacionaba me producían efectos casi mágicos. Entonces consideraba a un inglés, a un alemán, a un italiano como a extranjeros: no comprendía que todos los hombres son hermanos y que el mundo es su patria común. (p. 34)

*A pesar de esta advertencia muchos comentarios críticos son formulados a través del prisma europeo. Europa figura como el paradigma sobre el cual mide sus observaciones. Sin embargo, eso no le impide referir críticas a las sociedades europeas. La posición compleja y equívoca que la autora crea para sí dentro del texto le facilita jugar con un amplio registro de temas que abarca sus preocupaciones políticas y sociales y su situación personal. Figuran en el texto la situación de los esclavos en Perú, la guerra civil en Arequipa, las costumbres familiares, la vida en los conventos, los conflictos con su esposo, las negociaciones con su tío, y una de las preocupaciones que marca toda su obra, la situación de las mujeres.*

*La estrategia de Tristán por hacer suya “la zona de contacto” entre las dos culturas, la francesa y la peruana atenúa el tono de la dedicatoria, del prefacio y del prólogo que preceden al relato de viaje en sí. Los tres textos introductorios tienen por objeto apoyar el derecho de Tristán a narrar con autoridad su viaje al Perú. En la dedicatoria se arroga una superioridad que le permite señalarles a los peruanos sus errores: “... viendo que tomaban la ruta equivocada, que no pensaban antes que nada, en armonizar sus costumbres con la organización política que han adoptado, he tenido el coraje de decirlo, a riesgo de ofender el orgullo nacional”. Resume luego sus críticas: la clase alta es corrupta y las clases bajas están embrutecidas; propone a continuación una solución: educar a todo el pueblo. Termina con el deseo de que algún día, el gobierno peruano pida ayuda a las artes de Asia y de Europa para que el país recupere el rango que tuvo en la época precolombina.*

Tristán asume la postura de un sujeto activo que formula juicios valorativos sobre los peruanos a quienes otorga la posición de objeto pasivo; se trata de una relación de poder parecida a la denunciada por Edward Said en **Orientalism** con relación a Oriente. A esa concepción de la otredad corresponde la representación de los peruanos bajo imágenes generalizadoras y estereotipadas. Sin embargo, como se verá más adelante, la voz autorial en **Las peregrinaciones** altera ese modo de observación con la inclusión de comentarios divergentes. Las preocupaciones del sujeto narrador por representar las vivencias de diferentes grupos minoritarios relativiza el tono del discurso etnocéntrico.

En el prefacio, Tristán continúa estableciendo su autoridad; explica que los libros más útiles a la sociedad son los que ayudan a la humanidad a conocerse a sí misma. Dice apreciar el género de las memorias cuando son publicadas en vida del autor y cuando narra las luchas de las personas sin alcurmia contra los poderosos. Resulta obvio que el comentario valora el texto propio explicando las razones por las cuales lo escribe y a sabiendas de que va a generar reacciones adversas<sup>29</sup>. El prefacio también puede leerse como un manifiesto a favor de las mujeres. La autora recurre al argumento de los utopistas sociales para quienes el grado de civilización de un pueblo se mide según el grado de independencia de sus mujeres. Defiende así su derecho —y el de todas las mujeres— a escribir su historia; les da coraje para que escriban sus experiencias, extendiendo ese derecho a todos:

Que todo individuo, en fin, que ha visto y ha sufrido, que ha debido luchar contra las personas y las cosas se haga el deber de contar con toda verdad los acontecimientos en los que ha sido actor o testigo y que nombre a aquellos de quienes se queja y a quienes elogia ya que, lo repito, la reforma no puede operarse, y no habrá ni integridad ni franqueza en las relaciones sociales sin revelaciones semejantes. (p. 9)

Convencida del poder de la palabra para producir cambios sociales, Tristán incita a la publicación de las experiencias personales y de los sufrimientos individuales. Si bien por un lado, da entrada al yo romántico, por otro, la actitud de la autora no deja de sorprender al lector por cuanto anuncia una exhibición, inaceptable para una mujer en esa época. Dice: “En el transcurso de la narración hablo a menudo de mí. Describo mis sufrimientos, mis pensamientos, mis afectos...” (p. 9) Se trata de una manera de asumir autoridad justificando ante el lector la importancia

29 Cuando el libro de Tristán se dio a conocer en el Perú, fue quemado en la plaza de Arequipa. Ricardo Palma apunta que el libro de Tristán también fue quemado en el escenario de un teatro limeño por los años de 1837 a 1839. (En : “El poeta de las adivinanzas”, Tradiciones peruanas completas. Madrid: Aguilar, 1968: 712. En otro acto de represión, su tío, Pío Tristán ordena cancelar los pagos de una pensión que le había adjudicado a su sobrina.

de “sus memorias”.<sup>30</sup> Tristán se arriesga al franco rechazo de los lectores ya que desafía el anonimato que Carolyn Heilbrun acertadamente nota como condición asignada a la mujer. Llega incluso a acusar, sin nombrarla a George Sand, por su falta de coraje:

...un escritor que ha brillado desde sus comienzos, por el pensamiento elevado, la dignidad y pureza de su estilo, al elegir la novela para hacer sobresalir la desgracia de la posición que nuestras leyes le han causado a la mujer, ha puesto tantas verdades en su descripción que hasta sus propios infortunios han sido presentidos por el lector. Pero ese escritor, que es una mujer, no se ha contentado con el velo con que se ha escondido en sus escritos y los ha firmado con un nombre de hombre. (p. 9)

*Si anteriormente la narradora había hecho alardes de mujer de mundo para criticar a la sociedad peruana, ahora toma su mirada a Europa para señalar allí la falta de libertad e incluso atacar a uno de sus íconos feministas.*

*Las experiencias personales tienen importancia para Tristán porque cree en la posibilidad de formar un movimiento social en base a la comunidad de intereses individuales. Formula así un alegato en favor de todas las mujeres que viven separadas de sus maridos. Aunque este sea otro justificativo para hablar de sí misma, la aserción adquiere una amplitud que le da vigencia política:*

Muchas mujeres viven separadas de hecho de sus maridos en los países en que el catolicismo de Roma ha hecho rechazar el divorcio. No es entonces sobre mí personalmente que he querido atraer la atención sino sobre todas las mujeres que se encuentran en la misma posición y cuyo número aumenta diariamente. (p. 9)

*Este tipo de comentario altera notablemente la representación del sujeto narrador que, reconociendo sus debilidades y necesidades se hace portavoz de sus congéneres. Concluye el prefacio con una visión de sí misma en la que se muestra abriendo un nuevo camino y cumpliendo una misión de conciencia. Cierra el párrafo con el gesto romántico de una guía heroica que da las pautas de una moral social nueva.*

*Dentro de la profusión de observaciones y comentarios del libro, los datos autobiográficos y las explicaciones que los acompañan juegan un papel importante ya que sirven como contrapartida a los juicios que emite como sujeto europeo y civilizado. Siguiendo nuevamente a Said, los elementos autobiográficos y los episodios y*

---

30 En el prefacio, Tristán califica a su relato de viaje como “memorias”. Podríamos decir que en efecto, su relato se acerca a ese género ya que en numerosos episodios actúa como testigo de los acontecimientos que narra. Se acerca también a la autobiografía porque el relato se centra en el yo narrador y en las peripecias que le suceden.

caracteres individuales que figuran en el texto —y que con tanta frecuencia aparecen en los relatos de viaje de mujeres— minimizan las declaraciones generalizadoras que presentan al otro, aquí, a los peruanos, en situación de inferioridad. A modo de viñetas, Tristán introduce las historias de los personajes que le permiten desarrollar su pensamiento. En todos los casos se presenta a sí misma como participante o como testigo directo de lo que acontece. En el ver y en el oír fundamenta la veracidad del relato.

### La paria

El tercer y último texto que precede la narración del viaje, el prólogo, consiste en un relato autobiográfico; no insistiré sobre él ya que se han dado anteriormente los datos más importantes. Sólo mencionaré que relata los maltratos recibidos de su marido, Chazal. Tristán aquí se declara una paria en base al tratamiento que la sociedad le da a la mujer separada. Explica: “Exceptuando un pequeño número de amigos, nadie le cree y, alejada de todo por la maledicencia, no es más, dentro de esa sociedad que se vanagloria de su civilización, que una paria desgraciada...” (p.66). Por primera vez en el texto —la idea será repetida posteriormente— Tristán da su definición de paria. La importancia de la explicación no sólo deriva de la prominencia de la palabra en el título del libro sino de que también otorga identidad a la narradora. Autorreconocerse como tal, le permitirá asumir una nueva voz y una postura política conducentes a actividades públicas de envergadura. Nuevamente hay que insistir en que estas declaraciones son muy poco comunes en la escritura femenina del siglo XIX; además de tocar temas prohibidos lo hace en términos igualmente prohibidos.

El pivote central narrativo gira en torno a la lucha por conseguir el reconocimiento de la familia paterna o sea, el reclamo en el nombre del padre. Tristán insiste sobre el tema cuando le escribe a su tío después de haber perdido todas las esperanzas de triunfar en su misión: “Ya que la legitimidad de mi nacimiento es discutida, sólo me quedaba desear ardientemente ser reconocida como hija legítima, a fin de correr una cortina sobre la falta de mi padre, cuya memoria queda empañada por el estado de abandono en que ha dejado a su hija...” (p. 208) . Ha expresado la misma idea cuando, en el barco, discute con uno de los pasajeros, Alfred David que critica duramente a los peruanos: “He nacido en Francia pero soy del país de mi padre. El azar determina que nazcamos en un lugar y no en otro. Observe mis facciones y dígame a qué nación pertenezco”. (p. 77) En la lucha por lograr ser reconocida como perteneciente a la familia Tristán, sin otra documentación que la ya mencionada, utiliza los rasgos de su cara para probar su origen. En más de una ocasión señala la sorpresa con que familiares y amigos notan el parecido con su padre o con otros miembros de la familia. Sin embargo, una vez aceptada la condición de paria —Pío Tristán la considera hija natural de su hermano— comprende la dimensión pública

de su situación y le adhiere paulatinamente un plan de carácter político. La noción de ser una paria, que ya había sido introducida en el prólogo, se fundamenta en el texto con la historia de cada mujer que encuentra en el viaje. En el siglo XIX, las mujeres, sin derechos civiles y consideradas responsables del padre o del marido, después de la separación matrimonial quedan desplazadas en la sociedad sin tener un rol específico y respetable que cumplir. Tristán descubre el carácter universal de la paria; esa situación, que la impulsa a iniciar el viaje, no cambia bajo el paisaje americano: “Siendo Paria en mi país, había creído que interponiendo entre Francia y yo la inmensidad de los mares, podría recobrar una sombra de libertad. ¡Imposible! En el nuevo mundo, era todavía tan Paria como en el otro.” (p. 90)

A partir de esa aceptación, construye una nueva visión de sí que la libera de la sujeción familiar paterna y le gana la independencia intelectual. El proceso de cambio tiene lugar durante el viaje y ocurre a medida que la narradora enfrenta nuevas situaciones. Inserta en la narración la biografía de varias mujeres que, aunque viven bajo condiciones muy diferentes, sufren injusticias semejantes en razón de su sexo. Esas experiencias, salpicadas con diálogos directos que ceden la voz a las mujeres, se desarrollan ante los ojos del lector y dan al relato un valor testimonial. Un caso en particular es el de su prima Carmen, mujer de alcurnia que, por el matrimonio con libertino y jugador se ve reducida a vivir en la pobreza. Luego de una discusión con Carmen sobre el destino de las mujeres, concluye Tristán: “Las mujeres son aquí, por el matrimonio, tan desgraciadas como en Francia: ellas encuentran también la opresión de ese lazo y la inteligencia que Dios les ha dado queda inerte y estéril”. (p. 148) La discusión entre las primas confronta dos puntos de vista opuestos. Para la peruana resulta inconcebible actuar independientemente ya que, desafiar las costumbres locales, la marginaría aún más. Sus actividades se reducen a un ir y venir entre visitas y reuniones dentro de un círculo cerrado de familiares y amigos. Tristán nota una diferencia entre las mujeres del Perú y las europeas: “En Europa, como aquí, las mujeres están sometidas a los hombres y tienen que sufrir aún más su tiranía. Pero en Europa, se encuentra más que aquí, mujeres a quienes Dios ha otorgado suficientes fuerzas morales para liberarse del yugo” (p. 147). Este comentario hace referencia a la misma Tristán que, sin poder decírselo a su prima, se ha rebelado y ha huido del marido, actuando según sus convicciones. El comentario, por otra parte, responsabiliza a las peruanas o, por lo menos a aquéllas que podrían ejercer algún liderazgo, por no reaccionar en contra del status quo. La mayoría de los casos narrados por Tristán están relacionados con su interés por hacer reinstaurar la ley de divorcio. El matrimonio forzado es una de las grandes injusticias por las que luchan muchas mujeres a lo largo del siglo.

Otro ejemplo que destaca como notable es el de la señora de Gamarra, “la mariscala” quien, según la opinión general, gobierna el Perú y comanda el ejército

*durante la presidencia del marido. Su ejemplo le da a Tristán la idea de intervenir en la vida política. Sin embargo, hacia el final del viaje, cuando Tristán la conoce personalmente, doña Pancha se halla camino al exilio, perseguida y odiada por el pueblo peruano; ella también, convertida en paria. Recuerda la narradora:*

Esa mujer estaba todavía presente en mi mente: su coraje, su constancia heroica en el medio de los sufrimientos innumerables que había tenido que soportar me la hacían ver más grande de lo que era en realidad y sentía que se me cerraba el corazón al ver esa criatura de élite, víctima de las mismas cualidades que la distinguían de los demás, forzada, por los temores de un pueblo pusilánime, a dejar su país, a abandonar familia y amigos y partir, siendo víctima de la enfermedad más horrible, para acabar su dolorosa existencia en tierras del exilio. (p. 375)

*En base a las observaciones señaladas —aquí sólo menciono unos pocos ejemplos— Tristán elabora un panorama social en el que se sitúa a sí misma.<sup>31</sup> Si bien al final de viaje su condición de paria no ha variado, sí ha cambiado su actitud frente a ella. Las consideraciones que la narradora hace sobre su situación después del fracaso de sus demandas y cuando ya ha decidido volver a Francia, la muestran en un cuadro de desolación romántica, vulnerable, decepcionada pero enfrentando el mundo:*

...dejaba la casa donde había nacido mi padre y donde había creído poder encontrar refugio; durante los siete meses en que la había habitado, había hallado la morada de un extraño. Huía de esa casa donde me habían tolerado sin adoptarme; huía de las torturas morales que había sentido y de las sugerencias que allí me había inspirado la desesperación: ¿huía hacia donde?... lo ignoraba. No tenía un plan y cansada de las decepciones, no hacía proyectos: dejada de lado por todos, sin familia, sin fortuna ni profesión, sin siquiera un nombre propio, partía al azar como un globo en el espacio que va a caer allí donde el viento lo lleva. (p. 314).

31 Otras historias interesantes: la Sra. Aubrit, francesa que tuvo que huir del matrimonio con un viejo militar y que ha conseguido después de una serie de peripecias instalar una casa de alojamiento en Valparaíso. Su prima Dominga que, habiendo sido religiosa, se escapa del convento para retomar su vida seglar. En su conversación con Flora, Dominga se queja de haber sido dejada de lado por la sociedad y de carecer de toda libertad. Otras historias, de carácter grupal, se refieren a las rabonas y a las tapadas. Las primeras, son mujeres indias que acompañan a los soldados en las campañas militares y demuestran destrezas superiores a las de sus compañeros. Las segundas, son las limeñas de las clases media y alta. Son llamadas así por la vestimenta que usan para salir a la calle; las cubre completamente, exceptuando un ojo. Tristán admira la libertad de movimientos de las limeñas pero lamenta la frivolidad de sus intereses.



A pesar de esa imagen azarosa, Tristán ha desarrollado durante el viaje todo un aparato crítico que le permite reflexionar sobre cuestiones políticas y sociales. A partir del gesto heroico que implica aceptar el fracaso de su misión, surge el orgullo de su superioridad moral y la convicción de poder hacerle frente a la adversidad. Tristán elabora en **Peregrinaciones** los principios de lo que Máire Cross y Tim Gray denominan feminismo legal consistente en demostrar la necesidad de proteger a las mujeres de ciertos tipos de opresión para otorgarles mayor libertad y darles acceso a la educación.

Aunque las ideas feministas de Tristán hallan mayor desarrollo en este texto, no sólo sus observaciones sobre la situación de las mujeres influyen su pensamiento. También ha tenido la ocasión de apreciar prácticas sociales en las que el ejercicio de la autoridad por parte de un grupo minoritario con poder económico sacrifica a la mayoría a trabajar en condiciones insalubres. El relato del viaje crea un espacio de reflexión en que las costumbres europeas y las peruanas se contrastan. A este orden de cosas pertenecen sus comentarios sobre la esclavitud, la iglesia peruana y el sistema de gobierno, por ejemplo. Si Tristán, años más tarde, pone tanto empeño en su labor por organizar la Unión Obrera es porque esas ideas han germinado en base a las observaciones y a los comentarios de **Las peregrinaciones**.

En dos ocasiones la viajera discute sus ideas sobre la esclavitud. La primera tiene lugar en una escala en las islas de Cabo Verde donde se enfrenta con M. Tappe, ex-seminarista dedicado a la trata de esclavos quien le cuenta en qué consiste su trabajo; sus palabras provocan la repugnancia de Tristán que debe retirarse. La segunda ocurre en Chorrillos, Perú, cuando visita un ingenio azucarero. Allí el dueño del establecimiento, M. Lavallo le explica la necesidad de la esclavitud como el único medio de lograr que los pueblos de otras razas —menciona también a los indios— trabajen. Tristán transcribe el diálogo enfrentando el interés económico del dueño del ingenio con su interés humanista. Contrasta luego el lujo de la casa de Lavallo con la indigencia de sus esclavos. El episodio termina con la visita a una celda en que dos mujeres negras han sido encerradas por haber dejado morir de hambre a sus hijos. Tristán comprende en ese hecho un acto de rebeldía para evitar la esclavitud de los niños. En ambos episodios la narradora deja que los explotadores transmitan sus opiniones permitiendo que el lector las “escuche” de su boca haciendo que participen de la discusión. La serie de viñetas mencionadas destruye la posibilidad de considerar a los peruanos bajo una figura unificadora, sujeta a algún estereotipo. Lo que la viajera ha hallado, sin embargo es una semejanza que cruza todas las fronteras: la marginalidad de los grupos sin poder económico.

El relato de viaje, iniciado por el deseo de encontrar el reconocimiento en el nombre del padre y de todo lo que este significa, culmina con el gesto de triunfo de Tristán que acomete la tarea de narrar sus experiencias. La aventura culmina de

una manera opuesta a la de Telémaco; Tristán no va a tomar el lugar de su padre sino que va a crear un espacio nuevo para sí. De las experiencias personales y de la influencia de las ideas preconizadas por las utopías socialistas de Saint-Simon y Fourier nace la escritora y la combatiente que va a luchar por los derechos de los obreros en Inglaterra y Francia. Hay que recordar nuevamente la gran distancia que media entre el sujeto del relato de viaje que alterna entre una postura de inseguridad —frente al tío por ejemplo— y otra de seguridad —que le permite las críticas— y la voz altamente triunfal de los textos que lo preceden: dedicatoria, prefacio y prólogo, escritos después de la narrativa. Uno de los logros mayores del libro reside en mostrar cómo las diferentes tensiones trazan la evolución del sujeto narrador que culmina con la adquisición de una voz autorial nueva capaz de tomar partido político en los conflictos que la apasionan. Con ese acto marca su libertad y se hace cargo de su quehacer. Resulta obvio que la distancia señalada corresponde igualmente a un distanciamiento ideológico. Creo que esto permite leer la expresión del título, peregrinaciones, bajo una nueva perspectiva. Francesca Denegri observa que el uso de la palabra resulta anacrónico en el siglo XIX. Según esta crítica, Tristán voluntariamente aleja su libro de las narrativas de viaje convencionales enmarcándolo dentro del discurso religioso. Si bien las peregrinaciones evocan el recorrido jalonado de penitencias que sigue un peregrino en pos de una figura espiritual de la cual espera favores y retribuciones, la palabra, en este contexto, resulta altamente irónica. Las peregrinaciones de Tristán no sólo fracasan en su primera misión sino que culminan con la proclamación de la palabra propia. Desplazada del dominio patrimonial a un lugar marginal por su ilegitimidad, Tristán consigue por la escritura trastornar las jerarquías del poder. La figura de autoridad ha sido subvertida por el yo. Si ha perdido el derecho a hablar en el nombre del padre, habla en nombre de los desposeídos, de los parias que forman parte de todas las comunidades, sean europeas o americanas. Volviendo al prefacio, se debe notar que utiliza el pronombre “nosotros” que abarca un grupo social no especificado. A ese grupo se dirige para dejar establecida su misión de guía social. Si se da otra ojeada a la dedicatoria, hay que reconocer ahora que la autora no se dirige a todos los peruanos sino sólo a aquéllos a quienes puede responsabilizar de la mala situación del país y, en especial, a aquél a quien puede responsabilizar de su propia situación. De allí que la noción de texto etnográfico, con que calificaba la dedicatoria a comienzos de este trabajo, deba ser modificada. En este texto, sobre todo, condensa Tristán el arreglo de cuentas con sus opositores<sup>32</sup>. La frase “A los

32 Hay que notar el tono altamente irónico con que comienza la dedicatoria: “Pensé que de mi relación podría resultar algún beneficio para ustedes; por eso se los dedico. Estarán sorprendidos, sin duda, que una persona que usa tan raramente epítetos laudatorios cuando habla de ustedes haya pensado en dedicarles su obra. Los pueblos son como los individuos: menos avanzados son y más susceptible es su amor propio”.

peruanos” *disimula un escrito personal cuidadosamente armado para herir y atacar a personajes bien determinados.*

*El viaje y su posterior narración marcan un hito en la vida de la autora; señalan el antes y el después de un aprendizaje que se traduce en un cambio radical de la perspectiva autorial. En la narración son frecuentes expresiones tales como “en aquella época”, “en aquel entonces” para señalar los comienzos del viaje pero no indican meramente una distancia temporal sino y sobre todo, el distanciamiento del yo inexperto de la viajera del yo conocedor y experimentado de la narradora. La experiencia en el Perú es el origen de muchas de las inquietudes que Tristán pondrá en obra después de su regreso a Francia. La maleabilidad del relato de viaje le ha dado la posibilidad de hacer hincapié en viñetas y escenas en las que es posible leer la germinación de su pensamiento socialista y feminista.*<sup>33</sup>

---

33 Cf. en internet. *En el nombre del padre: Las peregrinaciones de una paria de Flora Tristán*, de Cristina Guíñazú. CIBERLETRAS. Revista de crítica literaria y de cultura.



# ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	I
A los peruanos.....	3
Prefacio .....	13
SEGUNDA PARTE	
<b>Capítulo 1</b> El Mexicano .....	23
<b>Capítulo 2</b> La Praya .....	32
<b>Capítulo 3</b> La vida a bordo .....	55
<b>Capítulo 4</b> Valparaíso .....	91
<b>Capítulo 5</b> El Leónidas .....	100
<b>Capítulo 6</b> Islay.....	106
<b>Capítulo 7</b> El desierto .....	120
<b>Capítulo 8</b> Arequipa.....	138
SEGUNDA PARTE	
<b>Capítulo 1</b> Don Pío de Tristán y su familia.....	195
<b>Capítulo 2</b> La República y los tres presidentes.....	211
<b>Capítulo 3</b> Los conventos de Arequipa.....	250
<b>Capítulo 4</b> La batalla de Cangallo.....	274
<b>Capítulo 5</b> Una tentación .....	294
<b>Capítulo 6</b> Mi partida de Arequipa .....	314
<b>Capítulo 7</b> Un hotel francés en Lima .....	322
<b>Capítulo 8</b> Lima y sus costumbres .....	333
<b>Capítulo 9</b> Los baños de mar - Un ingenio azucarero .....	355
<b>Capítulo 10</b> La ex-presidenta de la República .....	364
EL ESTUDIO EJEMPLAR .....	381





Este libro se terminó de imprimir  
en el mes de marzo de 2010  
en los talleres gráficos de

Arequipa – Perú.